Este texto es un apasionante recorrido por la historia del feminismo de los últimos cuarenta años y por los diferentes paradigmas que han surgido para comprender la realidad social.

Comenzando al hilo de las luchas feministas de los setenta, Dalla Costa efectúa una lectura radical y heteredoxa de cómo la división sexual del trabajo, el trabajo doméstico y el cuerpo de la mujer resultan puntos clave en los procesos de reproducción social, y cómo la invisibilidad de una parte esencial del trabajo femenino constituye realmente la infraestructura de la acumulación de capital. La crisis del trabajo doméstico, de la economía de los cuidados y de la familia patriarcal se analiza en su estrecha imbricación con las estructuras de poder capitalistas en un mundo cada vez menos justo y más polarizado.

Asimismo, Dalla Costa señala de qué modo, en las últimas décadas, las mujeres han sido protagonistas en la lucha por la conservación de las condiciones ecológicas básicas que permiten una reproducción social ambientalmente sostenible, cuando no la pura supervivencia de grandes segmentos de la población del Sur global. En esta nueva situación, la biopolítica resitúa el conflicto y la lucha de clases en un complejo horizonte que el pensamiento feminista ha contribuido poderosamente a delinear, trastrocando inteligentemente los aspectos más opacos y ciegos del paradigma marxista.

Mariarosa Dalla Costa es profesora en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua. Figura histórica del feminismo internacional, encabezó a principios de los años setenta el debate sobre el trabajo doméstico y su retribución, sobre la familia como centro de producción y sobre la mujer como reproductora de la fuerza de trabajo. Ha dedicado su carrera al estudio de la situación femenina en el desarrollo capitalista, conjugando estos estudios con la investigación sobre las condiciones ecológicas de sostenibilidad del planeta. Entre sus obras de denuncia, *Isterectomia. Il problema sociale di un abuso contro le donne* (1998) ha constituido una notable contribución a la cuestión del respeto del cuerpo de la mujer.

ISBN 978-84-460-2716-4

58

Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista

Mariarosa Dalla Costa

Mariarosa Dalla Costa

Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista





Diseño de interior y cubierta: RAG

Traducción de
Marta Malo de Molina

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2716-4
Depósito legal: M-42.020-2009

Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista

Mariarosa Dalla Costa

Prólogo de
Montserrat Galcerán Huguet



Prólogo

MONTSERRAT GALCERÁN HUGUET

Es para mí un placer y un honor prologar este libro de Mariarosa Dalla Costa, el primero que ofrece una selección de sus textos en castellano. Y es además una obligación ya que, a pesar de que todas nosotras nos hemos beneficiado de las luchas y de las tesis teóricas avanzadas por el movimiento de Lotta Femminista [Lucha Feminista], una de cuyas impulsoras fue nuestra autora, su obra ha permanecido parcialmente desconocida en nuestro país. Pero además es un gusto volverla a encontrar, después de tantos años, en los lugares donde era de esperar que se hallara: apoyando las luchas de los estudiantes contra las guerras que Estados Unidos ha emprendido en Oriente Medio desde 2001, solidarizándose con los zapatistas, participando en diversas manifestaciones del Foro Social Mundial. No es que sea una excepción pero, mientras que tantos otros y otras han optado por ser cooptados o por claudicar, Mariarosa sigue donde siempre estuvo, reivindicando su pasado. Mantener esa gallardía es en Italia todavía más difícil que en España, por lo que no puedo dejar de apreciar su notable valentía.

La estudiosa Mariarosa Dalla Costa nació en 1943 en Treviso, ciudad a la que siempre se ha mantenido profundamente ligada, en el noreste de la península Italiana, y escribió el primero de los textos que componen este libro siendo todavía muy joven. Como ella misma ha relatado en alguna de sus intervenciones, tras licenciarse en Ciencias Jurídicas en la Universidad de Padua, inició sus investigaciones en el ámbito del Instituto de Ciencias Políticas y Sociales de la misma ciudad, donde trabajó junto a Antonio Negri y un estrecho y entusiasta grupo de jóvenes investigadores, ligados al colectivo político Potere Operaio [Poder obrero]. Sus primeros seminarios se dedicaron al estudio de la relación entre capital y trabajo en diversos contextos y se acompañaron de una intensa actividad militante ante las puertas de las fábricas y

en los barrios obreros. Pero su continuada lectura de *El capital* de Marx tardó en mostrar otros frutos. Gracias al encuentro con Selma James, Mariarosa Dalla Costa dará vida a una reflexión que será fundamental en el entonces embrionario movimiento feminista: se trata del análisis del trabajo doméstico con el que se abre camino un nuevo horizonte para el trabajo teórico. A partir de ahí se desarrolló rápidamente la red feminista internacional *Wages for Housework* (red integrada por los comités y grupos defensores de un salario para el trabajo doméstico) y, ya en 1972, Mariarosa fundó, juntamente con otras mujeres, el Colectivo Internacional Feminista con el objetivo de promover el debate y coordinar las acciones en los distintos países. Resultado del encuentro entre Mariarosa y Selma James fue el texto *Poder femenino y subversión social,* publicado en 1972 y traducido a varias lenguas, al que, en la edición original, seguía un escrito de la propia Selma James, fechado en 1953. En él la autora, ama de casa y obrera, pone de relieve las muchas luchas de las mujeres obreras, emigradas como ella a la ciudad de Los Ángeles, en los crudos años de la Guerra Fría. Su discurso revela las múltiples formas en que las luchas de las mujeres han intentado subvertir el dilema clásico en que el sistema capitalista encierra a las mujeres de clase trabajadora: o bien un trabajo, impagado, en el ámbito doméstico, o bien un trabajo asalariado, en el marco de la fábrica que, sin embargo, no elimina el primero sino que se añade a él. Sometida siempre a los dos patrones, como se dice en este extraordinario panfleto que fue origen de tantas luchas.

Este libro lo recoge, si bien no incluye el interesante texto de Selma James, y lo acompaña con otros artículos y capítulos de libros de Mariarosa Dalla Costa. A primera vista puede parecer algo abigarrado y sin embargo creo que es posible identificar en la obra de esta autora un hilo de continuidad, con todas sus derivas y matices: la preocupación por los temas de la reproducción del vivir en cuyo centro estamos colocadas las mujeres, entendiendo que esta reproducción es un hecho extraordinariamente *material,* pues está compuesto de una asombrosa pluralidad de tareas conectadas entre ellas de diversas formas que incluyen procesos de producción *material* de recursos, pero que incorpora también difíciles y laboriosas tareas *inmateriales* de gestión de las relaciones sociales. Esta centralidad recorre todas sus reflexiones y análisis, desde los primeros trabajos en torno al papel de las amas de casa y a favor de las campañas por un salario para el trabajo doméstico, hasta las recientes intervenciones sobre la soberanía alimentaria, con especial dedicación a los problemas de salud y de las condiciones de vida y de trabajo de los/as campesinos/as y de los/as pescadores/as. Estas recientes investigaciones la llevaron en 1996 con ocasión del Foro de Organizaciones No Gubernamentales (celebrado como contra-foro a la cumbre de la FAO) a compartir los debates con dos grandes teóricas feministas: Maria Mies y Vandana Shiva, cuyas tesis sobre ecofeminismo son cercanas a las suyas, aunque se diferencien de ella por una acusada insistencia en el carácter consumista del Primer Mundo que no les permite percibir, a juicio de Mariarosa, la extraordinaria pobreza que también reina en éste.

En la década de 1970 no dejaba de resultar chocante ver a una Mariarosa en minifalda en primera línea de una manifestación de jóvenes, y no tan jóvenes, reclamando un salario para el trabajo doméstico. ¿Acaso las feministas emancipadas de la década de 1970 no aborrecíamos más que cualquier otra cosa la jaula doméstica donde nuestras madres, tías y abuelas habían atendido, día tras día, a los hombres, niños y ancianos de la familia?, ¿acaso no estábamos obsesionadas con escapar a semejante destino y nos acogíamos a nuestro papel de mujeres liberadas con el oculto temor de que ni aún así lográramos escapar a un destino perverso?, ¿cuántas de nosotras no nos vanagloriábamos de nuestra libertad cuando nos comparábamos con amigas del colegio que ya estaban agobiadas, con poco más de veinte años, por papillas, pañales y cocinas?

Ni siquiera la militancia política nos ahorraba esa inquietud. Especialmente cuando los compañeros masculinos empezaban a quejarse de la poca consideración y apoyo de sus respectivas compañeras. Recuerdo que en algunas ocasiones, cuando lográbamos llegar en unas abarrotadas camionetas verdes a lo que por aquel entonces era el remoto barrio de Zarzaquemada en el extrarradio madrileño, donde debíamos reunirnos con los compañeros de las fábricas del metal, entreveíamos rápidamente a sus mujeres, que eran casi de nuestra misma edad. Recuerdo especialmente a un compañero, en cuya casa solíamos reunirnos, que no había conseguido ahorrar el dinero necesario para amueblar las estancias, por lo que nuestras voces resonaban en un comedor vacío, en el que nos sentábamos, aquí y allá, en los taburetes de la cocina traídos para la ocasión, y en las sillitas de los niños. Su mujer entraba alguna que otra vez y nos traía cervezas a las que acompañaban unas bolsas inmensas de pipas y pistachos. Ella sacaba a los niños para que no nos molestaran, les daba la cena y los acostaba, y luego comía silenciosamente en la cocina mientras nosotros seguíamos discutiendo sobre el próximo convenio, las asambleas, las luchas y las movilizaciones. No participaba nunca en las discusiones y su marido decía que «ella no entiende de esas cosas»: no era como nosotras, jóvenes comunistas emancipadas, con nuestros tejanos ajustados y nuestro pelo corto. Ella se teñía de rubio y se quejaba de que el salario era demasiado escaso y de que no llegaba a fin de mes, pero, según él, gastaba demasiado porque no sabía lo que era ganar un salario trabajando en la fábrica.

Para una parte del movimiento feminista esas mujeres eran una incógnita. Tal vez por eso los ensayos de Mariarosa y de Selma James fueron una auténtica revelación que dio inicio al movimiento internacional de las mujeres por un salario para el trabajo doméstico, que al inicio del decenio de 1970 se extendió por diversos países europeos y americanos. Reivindicarlo como trabajo productivo fue un acto político

de notable incidencia, como se refleja en las conclusiones del Congreso feminista celebrado en Montreal en junio de 1973, en las que explícitamente se dice:

> Puesto que el trabajo de producción y reproducción de la fuerza de trabajo depende principalmente de las mujeres; puesto que el trabajo de crear y hacer crecer a los hijos (que se conjuga tantas veces con un trabajo fuera de casa) es una función social; puesto que el trabajo realizado en casa no está pagado, se ha deliberado que el Estado pague un salario de las trabajadoras domésticas[1].

A tono con esta declaración los Comités por el salario para el trabajo doméstico ampliaron sus exigencias en el tema del aborto y la salud sexual de las mujeres, especialmente con ocasión de la campaña por el aborto libre y gratuito. Y pusieron de relieve la violencia sufrida en sus propios cuerpos con ocasión de múltiples experiencias de su vida: cuidados ginecológicos, partos, enfermedades, etc. A esta preocupación se deben algunos trabajos escritos a lo largo de los noventa en los que la autora insiste en los peligros de la histerectomía para la salud de la mujer. El libro sobre la histerectomía editado[2] no se ha podido recoger en esta antología por exigencias de espacio.

En efecto, lo interesante y novedoso del libro y de toda la campaña es que las autoras colocan en el centro de sus reflexiones precisamente esa figura del «ama de casa obrera» sobre cuyas espaldas reposa la posibilidad misma de reproducción del sistema, desafiando con ello los análisis clásicos del movimiento obrero marxista, para el que el ama de casa es una figura marginal a la lucha obrera y sindical. De ahí sus críticas a gran parte de esta tradición: «en el marco de la izquierda nadie ha querido ver que a través de nuestras casas pasa la mitad del ciclo productivo: que sin nuestro trabajo gratuito, nuestros hombres no podrían presentarse cada mañana en las fábricas y en las oficinas dispuestos a dejarse explotar», se dice en un panfleto del movimiento fechado en 1975[3].

Y, sin embargo, fue la propia formación marxista de Mariarosa la que le permitió descubrir un trabajo de producción –de la mercancía fuerza de trabajo– donde otros habían visto solamente un lugar externo al propio sistema de explotación capitalista y a partir de este hilo tirar de todo el entramado de la subordinación de la mujer. La argumentación no podía ser más lógica: si el trabajo de reproducción de

[1] *Donne all'attacco,* Bollettino del Comitato per il salario al lavoro domestico di Trieste, 8 de marzo de 1975.

[2] *Isterectomia. Il problema sociale di un abuso contro le donne,* Milán, FrancoAngeli, 1998, 3ª ed. ampliada, 2002 [trad. ingl.: *Gynocide,* Nueva York, Autonomedia, 2007].

[3] *Ibid.*

la fuerza de trabajo es vital para el sostenimiento del capitalismo y ése es un trabajo que desarrollan especialmente las mujeres, éstas tienen una enorme palanca de poder para hacerlo valer socialmente; «poner en valor» el trabajo doméstico implica que sea visibilizado, que sea reconocido socialmente y que sea *pagado*. Reconocer todo ello implica comprender simultáneamente la extraordinaria fuerza de las mujeres, pues está en su mano rechazar un trabajo de tan elemental importancia para el capital, desencadenando graves problemas para la reproducción social capitalista.

Así, con un forzamiento atrevido del concepto de «trabajo productivo», fruto de su concienzuda lectura de Marx, pero animada por la reinterpretación de este concepto en el marco del operaísmo italiano, Dalla Costa consigue desencajarlo de su ubicación en el propio texto de Marx –donde por «trabajo productivo» se entiende siempre trabajo que produce o reproduce capital a partir de una inversión inicial– para mostrar cómo el trabajo doméstico, siendo extraordinariamente productivo puesto que produce y reproduce esa mercancía específica que es la fuerza de trabajo, queda oculto en cuanto tal. Se devalúa en tanto que invisible, en tanto que no pagado y en tanto que ejercido por las mujeres en la soledad del hogar. Pero entonces la figura del ama de casa doméstica, lejos de ser el exterior del sistema productivo capitalista, pasa a convertirse en aquel fondo de trabajo informal que jamás aflora a la superficie pero que, en su invisibilidad, sostiene el edificio de la economía «productiva» en el sentido capitalista. Y que como tal contribuye de forma destacada a la formación del plusvalor.

Como dirá más tarde Immanuel Wallerstein, el sexismo y el colonialismo son las dos válvulas de escape de la tensión del sistema, las dos entradas por las que afluyen al sistema dosis de trabajo invisible que constituyen algo así como la condición primera de la existencia de las mercancías y, en especial, de esa mercancía específica que es la fuerza de trabajo. Cuando a los 16 años el joven entra en el mercado laboral inaugura su existencia como trabajador asalariado, pero lleva tras de sí años y años de trabajo impagado y ni siquiera visto, que es el que le ha permitido llegar hasta ahí. La economía capitalista no tiene ninguna consideración para ese trabajo que no entra en sus cálculos. Pero del mismo modo, cuando el ama de casa obrera gasta el salario familiar en comprar bienes de subsistencia, incorpora al circuito capitalista bienes que en algunos casos no han sido producidos en términos estrictos como «mercancías» sino que arrastran todavía largas raíces procedentes de su ubicación en economías de subsistencia. Por eso puede decir Marx que el intercambio mercantil entre el salario y los bienes de subsistencia pertenece a la circulación simple y no a la circulación del capital en cuanto tal. Sólo en aquellas sociedades en que toda economía de subsistencia ha desaparecido, donde los ingresos en dinero son el único medio de compra de la

clase obrera y donde la producción de los recursos básicos ha sido íntegramente capitalizada, todo intercambio mercantil es, a su vez y simultáneamente, circulación de capital.

Este engarce nos permite leer el libro como un todo a pesar de la distancia entre sus temas específicos: la cuestión feminista del trabajo doméstico en la primera parte y la atención a la producción de subsistencia y las luchas de resistencia de esos productores, que son en su mayoría mujeres, contra su capitalización en la segunda.

Se constata, por otra parte, que la consideración «laboralista» del trabajo y de la lucha obrera no ha tenido ninguna sensibilidad frente a todo el trabajo doméstico, justamente porque la focalización en el trabajo fabril, preponderantemente masculino, ha dejado fuera de campo el trabajo de las mujeres obreras amas de casa. Ejércitos de mujeres que han cuidado de «sus» hombres en los marcos familiares, que han hecho de las familias no sólo unidades de consumo y de educación de sus hijos/as para seguir siendo buenos y buenas trabajadoras, enterrando en este empeño sus propias ansias de autonomía personal y de liberación sexual, sino que las han hecho funcionar como auténticas «fábricas de producción»; que, extendiendo la disciplina de la fábrica al sostenimiento de la casa familiar, han ampliado el territorio de la «fábrica social»; que, administrando los magros salarios masculinos, han logrado mantener un mínimo nivel de confort en el seno de la familia, pagado, tantas y tantas veces, con jornadas interminables de comprar, coser, cocinar, fregar, reparar, mantener, limpiar...; que, aumentando los ingresos con el trabajo realizado fuera de la casa o en largas jornadas nocturnas, han conseguido aumentar las rentas y mejorar las expectativas de sus hijos. Haber puesto sobre el tapete las exigencias básicas de estas mujeres en torno a la reivindicación del salario para el trabajo doméstico es el primero de sus logros.

Y con todo, la cuestión va más allá del salario y del trabajo, puesto que la peculiar condición del trabajo doméstico se amplía a la subjetividad toda de la mujer que incluye su afectividad y su sexualidad. La miseria económica de las mujeres se liga, en gran parte de los casos, a la miseria sexual, sujetas siempre al chantaje que supone el «ser mantenidas» por otro, al carecer de los medios económicos para proveer a la propia subsistencia en una sociedad que sólo reconoce derechos a los seres independientes y, sedicentemente, autosuficientes. ¡Cuántas veces habremos oído las mujeres eso de que «yo soy el que trae el dinero a casa» en boca de nuestros padres y/o maridos! ¡Cuántas veces habremos deseado no tener que deberle a nadie nuestra subsistencia y la de nuestros hijos! La reapropiación del propio cuerpo implica para nosotras podernos sacudir la sujeción a normas y relaciones que han sido inventadas por los varones según sus propios patrones, imponiéndonos formas de conducta que nos impiden conocernos y valorarnos y que, en esa misma medida, nos generan impotencia.

Resumiendo, podemos decir que lo interesante de la perspectiva abierta por estas feministas se sitúa en su punto de partida: la indagación por la autonomía de las mujeres y las condiciones de nuestra dependencia, especialmente en el caso de las mujeres de clase obrera. Hacer de ellas un interlocutor privilegiado era, por lo demás, coherente con el proyecto de luchar para cambiar el modo de producción capitalista y, por ende, para eliminar la propia condición de la clase obrera. No se trata, por tanto, de una preocupación de orden primariamente «académico», a pesar de que Mariarosa Dalla Costa sea una notable socióloga y politóloga, sino de introducir una perspectiva teórico-militante. Como ella misma explica en alguno de los textos recientes, también incorporados en este volumen, la problemática teórica y política del salario para el trabajo doméstico surge también de la insatisfacción por prácticas políticas en el marco de los grupos de izquierda y del propio movimiento estudiantil que dan poca importancia a estas cuestiones.

> Nos sentíamos *escindidas* entre un imperativo que nos quería homologadas con los hombres, capaces de ser y de hacer lo que ellos, y la sensación de que, sin embargo, pertenecíamos a otro mundo en el que también los hombres venían a pedirnos cosas distintas y esperaban que fuésemos distintas [...]. Una especie de *clandestinidad de la feminidad*[4].

Pero mientras que en otros grupos esa insatisfacción se tradujo en la búsqueda de prácticas de autoconciencia y de relaciones entre mujeres que hicieran emerger rasgos compartidos creando una especial «subjetividad femenina», en las prácticas militantes del grupo Lotta Feminista las luchas se centraron en individualizar los lugares sociales de la opresión de la mujer, en primer lugar la propia familia; a ella se añadían los diversos lugares de la organización capitalista del trabajo que dicta las condiciones de vida, tanto en la familia como en la fábrica, y tanto para las mujeres como para los varones. Razón por la cual las luchas sobre las condiciones de la reproducción se desarrollaron desde los barrios hasta las fábricas, las oficinas, las escuelas, los hospitales o los servicios.

Con ello dieron el impulso inicial a un debate cuyos efectos se han prolongado durante años: por una parte, se planteó la cuestión de quién debía pagar tales trabajos: ¿le correspondía al Estado en tanto que poder público y redistribuidor de la riqueza social, o debían ser los propios patronos, primeros beneficiarios de ese trabajo invisible?; ¿debería pagarse directamente a las implicadas o bien debían buscarse formas de desgravación fiscal y/o ayudas sociales?; ¿qué criterios deberían establecerse para hacer emerger socialmente todo ese trabajo sin que eso supusiera

[4] Véase el capítulo «Autonomía de la mujer y retribución del trabajo de cuidados en los nuevos trances», p. 281.

fijar todavía más a las mujeres en las ocupaciones domésticas? Por otra, había también quien encontraba contraproducente la medida pues no contribuiría a liberar a las mujeres al ofrecerles la posibilidad de elegir el trabajo doméstico remunerado como una posibilidad de vida que, sin embargo, contribuiría en poco a su liberación. La respuesta de la autora a esta crítica es contundente:

> la perspectiva del salario para el trabajo doméstico tiene en esencia la función de construir una palanca de poder que permita que las mujeres no tengan ya que dejar el hogar en una situación de debilidad, obligadas a aceptar un «trabajo cualquiera» por «poquísimo dinero» y a utilizar «cualquier servicio» para correr a hacer ese segundo «trabajo cualquiera»[5].

Aún en las peores condiciones supondrá un reconocimiento de su labor y una fuente de ingresos propios que, en cualquier caso, disminuirá su dependencia.

Pero además, y esto es importante recalcarlo, estas cuestiones se enmarcaban en un ciclo de luchas potentes en todo el mundo y en especial en Italia cuando, tras la efervescencia de la revolución mundial de 1968, surgían por doquier movimientos anticapitalistas de modo que parecía posible un cambio de importancia en el sistema productivo y reproductivo. El movimiento feminista, que se afirma en la década de 1970, no estaba, pues, solo sino que formaba parte, junto con todas esas iniciativas, de un vasto proyecto de transformación social compartido por tantas y tantas gentes. Su perspectiva era muy distinta del movimiento feminista, más institucional y académico, que surge en la década de 1980 y que niega su propia genealogía.

A pesar del esfuerzo de una entera generación de feministas, estas cuestiones están todavía pendientes de respuesta. Especialmente porque la globalización en la década de 1990 supuso una enorme entrada de mujeres migrantes en los países del Primer Mundo que se han hecho cargo de las tareas domésticas permitiendo altas cotas de emancipación de ese mismo trabajo para mujeres de clase media con cargas familiares. El problema está, pues, lejos de haberse resuelto. Como el propio texto pone de manifiesto, la búsqueda de autonomía por parte de las mujeres sin un adecuado reconocimiento social de esos trabajos está produciendo lo que actualmente conocemos como «crisis de los cuidados»: la situación de cuidados precarios en que se encuentran las personas dependientes, cuando las mujeres rechazan hacerse cargo del trabajo que tales cuidados requieren y socialmente no se ofrecen medios suficientes para atenderlos. Con la amarga consecuencia de que tantas mujeres que en la década de 1970 optaron por defender a ultranza su autonomía tomando decisiones en ocasiones difíciles, como la de no tener hijos, no pueden obviar, cuarenta años después, las dificultades de cuidar a padres ancianos sin los necesarios apoyos sociales. Muestra de que las redes sociales son el auténtico sostén de la vida en común y que, por lo mismo, deben ser adecuadamente reconocidas y sus gastos sufragados.

[5] Véase «Intervención II», p. 253.

El debate incluye, juntamente a su valencia política, un aspecto más teórico que se pregunta por la relación entre sistema de producción y sistema de reproducción, entendiendo por el primero el capitalismo, y por el segundo lo que en la terminología feminista se suele denominar «patriarcado». Esta cuestión, con sus consiguientes críticas al olvido en Marx del trabajo de reproducción, dio algunos resultados teóricos notables pero no logró iluminar suficientemente las relaciones entre ambos. En mi opinión eso sólo es posible si, en vez de privilegiar la lógica mercantil capitalista como horizonte del análisis, se la inserta en la propia dinámica de la reproducción social de la que la reproducción del capital es sólo una parte, sacando a la luz todo el soporte de trabajo no pagado del que aquél se alimenta y que no se reduce al solo trabajo doméstico sino que se extiende a formas sociales más complejas, escasamente monetarizadas. Con ello se muestra además la extraordinaria violencia que dicho sistema ejerce. Entiendo que estas cuestiones son de gran interés en el debate actual sobre la renta básica en el que se une la exigencia de autonomía que esos textos reivindicaban para las mujeres con el reconocimiento de la productividad del trabajo social difuso que es condición de existencia de las poblaciones.

Así pues, vemos que el haber partido de las tesis de la autonomía permitió a nuestra autora extender la perspectiva de esta corriente marxista a la resistencia que las mujeres oponen a la explotación en otros ámbitos de su vida, en especial en lo que respecta a la reproducción y la natalidad, tal como vemos en otros textos de la misma década, como por ejemplo el trabajo «Reproducción y emigración», de 1974, también incluido en este volumen. La interpretación política de la caída de la natalidad, como ejemplo notable de rechazo de la labor de producción y reproducción, fue un punto muy importante para este discurso, porque mostraba cómo en el «trabajo de producción de la fuerza de trabajo» se estaba incluyendo el propio hecho de la concepción, la gestación y el parto, considerado como un trabajo, al tiempo que se denominaba «trabajo de reproducción» a todo el trabajo material e inmaterial de cuidado que permite criar a los niños, futuros trabajadores, y no sólo las labores domésticas que mantienen vivas su corporalidad física y psíquica. Mariarosa, en consonancia con otras feministas europeas, interpreta desde esta perspectiva el rechazo de la maternidad que las mujeres empiezan a poner activamente en práctica desde la década de 1960, de tal modo que las tasas de natalidad descienden, incluso antes de la generalización de las píldoras anticonceptivas. Con ello pone de relieve cómo la «autonomía de las mujeres», la lucha por escapar de la asfixia del poder y de la coerción familiar, informa estrategias de vida con las que las mujeres

tienden a mejorar sus propias expectativas y las de sus hijos, pasando también por experiencias como pudo ser la propia emigración, fenómeno masivo en la Italia de las décadas de 1960 y 1970. Como consecuencia la familia obrera sufrió profundas transformaciones de las que son también efecto las luchas de finales del decenio contra el autoritarismo en la familia y en la escuela, luchas que tuvieron en Italia una extraordinaria importancia.

Esa perspectiva de investigación, que toma la experiencia de las mujeres como punto de partida, muestra su eficacia interpretativa en el análisis del *New Deal*, tema al que la autora ha dedicado otro conjunto de trabajos, en especial el libro *Famiglia, welfare e stato tra Progressismo e New Deal* (1997), que se recoge también en esta antología. En él, el *welfare* (Estado del bienestar) se analiza como un intento por parte del Estado para intervenir en las políticas de reproducción en la medida en que éstas son mecanismos necesarios para asegurar una clase obrera sana y productiva. Sin duda que las medidas emprendidas por Roosevelt en el contexto de la crisis de la década de 1930 tenían como objetivo relanzar el consumo en un momento de crisis económica, pero simultáneamente ponían en marcha una serie de dispositivos que se infiltraron en el proceso social de reproducción de la fuerza de trabajo, atendiendo a aspectos característicos de la formación y mantenimiento del «capital humano» que contribuyeran a aumentar la productividad del trabajador. Para ello era indispensable proteger la familia, ya que para sostener el incremento de trabajo en los sectores punteros hacía falta una familia obrera que se alimentara del salario del marido –o jefe de la familia– respaldado por una mujer-ama de casa, que atendiera con diligencia a la reproducción familiar. Basándose en documentos de la época la autora muestra cómo:

> Los *Five Dollars Day* [5 dólares por día], de los que *no* disfrutaban los obreros con menos de seis meses de antigüedad, los jóvenes menores de 21 años ni las mujeres, se presentaban incluso como una «prima» a la que se podía no tener derecho o que se podía perder por llevar una vida poco moral o poco higiénica (las malas compañías, peleas en la familia, inminencia de divorcio o tener ya estipulado el divorcio, consumo de tabaco, alcohol, afición al juego, etc.). [...] Ford [el famoso empresario de la fábrica de automóviles iniciador de esta política] se vale de un «departamento de sociología» y de un cuerpo de inspectores y de controladores con el deber de entrar en las casas de los obreros e investigar sus vidas y *cómo gastan el sueldo*. La «primas» de los 5 dólares por día, de hecho, se podía retirar en el caso de obreros cuya conducta hiciera que este nivel salarial se considerara más un obstáculo que un incentivo a la honradez[6].

[6] Véanse el capítulo «Familia, políticas de bienestar y Estado entre Progresismo y *New Deal*», p. 158.

En todos esos programas de control social las destinatarias directas eran las mujeres, puesto que la mejor manera de que los recursos sirvieran para el fin previsto consistía en incrementar la presión sobre el trabajo doméstico de las mujeres, en atraer su atención hacia las infinitas tareas que comporta el mantenimiento saludable de la población: alimentación, higiene, salud, descanso, etc. Estas reflexiones, aunque centradas en el análisis de la década de 1930, ofrecen elementos de interés para explorar una hipotética salida de la crisis actual que reedite mecanismos de un nuevo *New Deal*. Un *New New Deal*, como se anuncia en algunas publicaciones, pues, que tal vez, igual que entonces, surja en torno a la reivindicación principal de la renta y no solamente del salario y del mantenimiento de los empleos. Y tal vez igual que entonces las luchas de las mujeres y de los/las desempleados/as para obtener de las Administraciones públicas más recursos sociales logren forzar a éstas a introducir medidas novedosas de redistribución social de la riqueza, aunque esta vez logremos que no coloquen la familia y el trabajo doméstico de las mujeres como pivote central de la reestructuración.

Como ya he dicho, la militancia política y el quehacer teórico de Mariarosa se enmarcaban en el contexto de los colectivos de la izquierda radical italiana, por lo que también a ella le afectó la extraordinaria criminalización de estas corrientes a partir de 1979. A finales del decenio de 1970 la represión generalizada que tuvo lugar en Italia contra todas las formaciones de la extrema izquierda alcanzó a estos grupos feministas que cerraron sus sedes, la de Padua y las de otras ciudades. La acción política de éstos quedó dramáticamente interrumpida. En esos años y los inmediatamente siguientes nuestra autora siguió trabajando, ahora en una cierta soledad, pues la década de 1980 coincide con el auge de las políticas neoliberales y de ajuste estructural, al tiempo que, especialmente en Italia, se prolonga en el tiempo una larga serie de procesos judiciales. En esos momentos aciagos, la atención de nuestra autora se orienta hacia la investigación de los procesos de empobrecimiento de los llamados países en vías de desarrollo, la expansión de la deuda y, en especial, los procesos de dependencia alimentaria, espoleados por la extraordinariamente agresiva industria agroalimentaria; a la vez que mantiene el contacto con colegas norteamericanos, en ese caso la gente de Midnight Notes (un grupo que se había formado en Estados Unidos a partir de los análisis sobre el trabajo de reproducción). Estas temáticas, centrales en esa segunda parte de su obra, la llevan a un contacto también más estrecho con algunas ecofeministas anteriormente mencionadas, como Vandana Shiva y Maria Mies.

La problemática de la reproducción nos ofrece el punto de enlace con los textos de esta segunda parte, articulando estrechamente la reproducción a través del trabajo de las mujeres con las cuestiones de la reproducción de los recursos que mantienen el vivir de las poblaciones en la producción de sus medios de vida. Esa refle-

xión arranca del análisis de cómo las políticas neoliberales de la década de 1980/1990 han contribuido extraordinariamente a la creación de pobreza, al privatizar bienes comunales como la tierra o el agua, y bienes públicos como la sanidad o la educación. Estas medidas han supuesto un ataque enorme a las condiciones de la reproducción social, y han tenido que enfrentarse en casi todos los países a las luchas de las mujeres por mantener y reforzar espacios de autosubsistencia y de autonomía. El aumento de la pobreza, que todas las estadísticas mundiales ponen de relieve como un dato irrefutable, afecta en primer lugar a las propias mujeres y condiciona en gran medida sus posibilidades de bienestar.

Acudiendo de nuevo a Marx, los textos ponen de relieve la cercanía entre las medidas de expropiación de la tierra que éste analiza en el famoso capítulo XXIV de *El capital,* el titulado «La acumulación originaria», y las medidas de cercamiento y de expropiación que las grandes empresas imperialistas ponen de nuevo en práctica en el contexto de la colonización y la globalización. Y en especial llama la atención sobre un aspecto del particular: el modo en que la capitalización integral de la producción de bienes de consumo por medio de una agricultura industrial ha empobrecido extraordinariamente a millones de campesinos, volviendo imposible la práctica tradicional de la agricultura y de la pesca.

En este punto es de destacar el nuevo forzamiento de las categorías marxistas que la autora emprende, pues donde el marxismo, tal vez influido por la mitificación de la industria, menosprecia al campesino, Mariarosa, incorporando dimensiones nuevas descubiertas entre otros en los movimientos de las mujeres indígenas, no ceja en su empeño de acercar la lucha contra la expropiación continuada de la tierra y del agua (mares, ríos, lagos) por parte de campesinos y pescadores con las luchas contra la expropiación del intelecto de los nuevos trabajadores posfordistas.

En efecto, basta leer un texto que hizo historia en el marxismo más ortodoxo, el célebre libro *La cuestión agraria* de K. Kautsky, para darse cuenta de que ese tema ha sido un hueso difícil de roer para una tradición marxista excesivamente apasionada por el modelo del trabajo industrial. No sólo, en este texto, se aplaude la progresiva desaparición del campesinado, juzgado la cuna de la reacción y el bonapartismo, sino que se sueña con una industrialización del campo que ofrezca alimentos abundantes para la población y logre alejar la amenaza de la miseria y el hambre. En el propio marco de la revolución soviética, la industrialización del campo, ahora en su versión socialista, es presentada como remedio infalible contra los viejos males de la vida campesina, como muestra sin duda con gran lirismo el film del viejo Eisenstein, *Lo viejo y lo nuevo*. La leche que mana en abundancia de las vacas estabuladas inunda de alegría el rostro de la joven campesina. Y todo eso a pesar de que los problemas con los que la revolución tropezó en el campo, las dificultades por garantizar el consumo urbano y las atroces medidas de transformación agraria, tomadas entre otros por Stalin, constituyen una de las páginas más negras de la tradición revolucionaria.

Mariarosa no entra en esta historia, pero sí recoge algunas de las experiencias más interesantes de los movimientos campesinos actuales, movimientos que van desde Vía Campesina –el movimiento dirigido entre otros por Bové en Francia– al Movimiento de los Trabajadores sin Tierra (MST) del Brasil y a movimientos en India y otras partes del mundo. En ellos descubre el resurgir de una vieja idea: la concepción del ciclo de reproducción agrario como un ciclo que exige respeto de sus ritmos y equilibrios, pues se trata de un proceso en el que hay que trabajar con cuidado, pues la ruptura de los equilibrios de la tierra puede provocar resultados catastróficos. Ese saber, acumulado a lo largo de generaciones dedicadas al cultivo de la tierra y a las prácticas de pesca, ha sido arrinconado por la urgencia de obtención de beneficios por parte de las grandes corporaciones del agroindustrialismo. Como ya todos sabemos, el exceso de las capturas conlleva la imposibilidad de que la especie capturada se reproduzca, pero la extinción de una especie conlleva a su vez la extinción de otras de modo que, en poco tiempo, la tierra se agosta y el mar se despuebla.

Las consecuencias son dobles: por una parte, la eliminación de las prácticas habituales de cultivo de la tierra disminuye el número de especies, homologa los productos y los inserta en largas cadenas que van desde los productores directos, cada vez más esquilmados, a los consumidores urbanos, cada vez más desprovistos. Pero por otra, los propios productores, empobrecidos, se transforman en migrantes pobres en busca de un salario, a la vez que aumenta la supeditación de todo el mundo al poder del dinero. Ésta constituye, al decir de la autora, la auténtica *bioeconomía* de nuestra época, un estadio en el que sólo el intercambio mediado por el dinero permite el aprovisionamiento de los medios de subsistencia imprescindibles.

Frente a la dinámica capitalista monetizante y depredadora Mariarosa enlaza las luchas de estos movimientos con las preocupaciones de una ética del cuidado que había descubierto ya en sus reflexiones de la década de 1970. El límite de las luchas que entonces emprendiera esa corriente feminista tropezaba con la reticencia de las mujeres, por fuertes que fueran sus dinámicas de resistencia, a abandonar a sus allegados en momentos de grave necesidad. Incluso las mujeres más aguerridas acuden, en esos momentos, para atender y cuidar a quienes lo necesitan. Pues bien, en los nuevos movimientos de los campesinos y los pescadores, nuestra autora descubre de nuevo ese límite: los campesinos entienden su relación con los campos de los que extraen los productos como tierras que hay que cuidar y mientras que las grandes empresas no tienen ningún problema en esquilmar los lugares, del mismo modo que esquilman los recursos naturales y humanos de un territorio para luego deslocalizar, los lugareños cuidan del entorno porque saben que mantenerlo con vida es la mejor manera de garantizar su propia reproducción y supervivencia.

¿Se está planteando con ello una nueva utopía?, ¿son utópicas las luchas por la Tierra que encontramos en tantos de esos movimientos? Mariarosa Dalla Costa entiende que no hay ahí utopía alguna: primero porque son millones de personas las que están luchando en estos momentos contra el complejo agrario-industrial y las grandes compañías de la alimentación, obteniendo en ocasiones interesantes victorias contra Nestlé, contra Coca-Cola, contra Monsanto; segundo, porque, como ella misma dice, «partir de la voluntad de reintroducir la relación con la tierra, cuya negación (como expropiación y como manipulación) constituyó y sigue constituyendo el fundamento del desarrollo capitalista, quiere decir minar todo el proceso, subvertir sus condiciones y sentar las bases para construir otro desarrollo»[7]. De eso depende otro modo de vivir, ya que justamente esas condiciones de respeto por la diversidad y de cuidado de las fuentes del vivir son requisitos imprescindibles de esa nueva sociedad que queremos construir. La lucha de esos movimientos constituye por tanto una propuesta estratégica de gran importancia, pues se sitúa en el nervio de la producción biopolítica. En una, aunque solo aludida, discusión con Antonio Negri y otros teóricos postoperaístas, el nudo estratégico de la actual expansión biopolítica del capitalismo se centraría, para Mariarosa, en el intento de supeditar a su lógica todo el espacio de la reproducción del vivir y, en primer lugar, de la producción de los medios de vida y no sólo, o no tanto, en sus intentos por expropiar y rentabilizar el trabajo cognitivo. Mariarosa Dalla Costa entiende que la estrategia orientada a capitalizar y manipular las fuentes y los ciclos de reproducción espontánea de la vida, convirtiéndola cada vez más en un producto de laboratorio que sólo es posible vender y comprar pero que, por eso mismo, se sustrae al acceso libre o a la reproducción en comunidad, oculta el proyecto de una nueva esclavitud. Ésta coinsiste en que la humanidad entera pase a depender exclusivamente del dinero para su supervivencia y que, por tanto, se encuentre en la dependencia más absoluta. Se trata de una nueva biotiranía.

Pero además, ella insiste en destacar que actualmente este modelo alimenticio hace agua por todas partes. Provoca en los ciudadanos del Primer Mundo epidemias que se derivan del modelo intensivo de crianza de los animales, genera extraordinarios costes medioambientales y es la causa de una profunda insostenibilidad económica. Eso explica que en determinados países avanzados empiecen a aparecer grupos de jóvenes campesinos que quieren dedicarse a la agricultura sin las fatigas y miserias de sus abuelos y que entran en relación con habitantes urbanos que sostienen de variadas formas a esos campesinos locales y honestos. Es decir, tanto el tema de la agricultura como de la pesca está explotando en los propios países avanzados.

[7] Véase el capítulo «Rurales y éticos», p. 393.

El Sur y el Norte viven, como si dijéramos, las dos caras opuestas de una misma moneda. Y eso no es una utopía. Lo que está en juego es la propia salvaguardia de las capacidades reproductivas de la tierra y de los seres humanos.

No querría finalizar este prólogo sin señalar que en el amplio y variado mundo del feminismo italiano la corriente representada por Mariarosa Dalla Costa y sus compañeras ocupa un lugar destacado, que no por ignorado es menos meritorio. A ellas y en particular a Mariarosa les debemos el haber desvelado el carácter productivo del trabajo doméstico y por ampliación del trabajo de cuidado y de mantenimiento de la subsistencia con el que tantas mujeres, silenciosamente, contribuyen al mantenimiento de las sociedades. Espero que su lectura resulte atractiva para todos aquellos y aquellas que se dejen seducir por la pasión política y teórica que alienta en sus páginas.

Madrid, 19 de mayo de 2009

1 Poder femenino y subversión social

Prefacio*

El Movimiento Feminista ha empezado a establecerse en Italia desde hace poco más de un año. Surge de grupos denominados «espontáneos» de mujeres que han pasado en general por la experiencia del movimiento estudiantil, además de por la experiencia extraparlamentaria y de partido, o que están libres de cualquier «militancia política».

Lo que une a todas estas mujeres del mismo modo es que ninguna ha encontrado en ninguno de estos lugares, de las asambleas estudiantiles a las reuniones de grupo extraparlamentario o de partido pasando por las cuatro paredes de la cocina, una posición en la que su lucha o su vida fuesen otra cosa que «lateralidad».

Situación esta con la que también las obreras, a pesar de estar inscritas, precisamente en tanto que «obreras», en la definición del explotado histórico por excelencia, la «clase obrera», se las tuvieron que ver, con independencia del sujeto que aspirara a organizar la lucha de fábrica.

Hasta ahora, la bibliografía del Movimiento Feminista ha descrito y documentado, con honda perspicacia y mordaz precisión, la degradación de la mujer y la formación de una personalidad inclinada a tornar pacíficamente aceptable esta degradación. Quienes se han preocupado por que la clase y no la casta fuese el elemento fundamental, han utilizado por lo general su «análisis de clase» para socavar la autonomía de las mu-

---

* M. Dalla Costa, «Prefazione», en *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James,* Venecia, Marsilio Editori, [1972] 1977 (ed. revisada y corregida), pp. 7-11.

jeres. «Las mujeres "marxistas" –decía una mujer del movimiento de Nueva Orleans– son hombres bajo piel de mujer».

Y eso parecen cuando hablan, por un lado, de «lucha femenina» y, por otro, de algo mayor, de algo llamado «lucha política». Esta «lucha política» nosotras la interpretamos como lucha de clases. El dilema es:

a. ¿son las mujeres –de manera abierta, las amas de casa, de forma tácita, las obreras (tal como han presupuesto las distintas izquierdas)– siervas del capital y, por lo tanto, ancilares con respecto a una lucha más fundamental y más política contra el capital?;

b. ¿puede algo ser «político» si excluye a las mujeres?

La confrontación de la experiencia femenina con lo que ha pasado por marxismo nos ha llevado a bosquejar un análisis de la mujer que responde no tanto al problema de cómo se ha degradado a las mujeres sino al por qué.

La bibliografía del Movimiento Feminista, después de haber detallado cómo se condiciona a las mujeres para su esclavización, ha descrito la familia como ámbito de la sociedad en el que se obliga a los jóvenes a aceptar la disciplina de las relaciones capitalistas que, en los términos marxistas, empieza con la disciplina del trabajo. Algunas mujeres han identificado la familia como centro de consumo y otras incluso han identificado a las amas de casa como reserva oculta de fuerza de trabajo.

Sin embargo, las mujeres «desempleadas» trabajan tras las puertas cerradas del hogar, antes de que se las vuelva a invitar a salir cuando el capital así lo requiere.

Nosotras aceptamos todo esto, pero lo situamos sobre otra base: la familia, en el capitalismo, es un centro de consumo y de reserva de fuerza de trabajo, pero es, ante todo, un centro de producción. *Cuando los antedichos «marxistas» decían que la familia capitalista no producía para el capitalismo, no formaba parte de la producción social, negaban con ello el poder social potencial de las mujeres. O, mejor dicho, al presuponer que las mujeres, en el hogar, no podían tener poder social, no podían concebir que las mujeres, en el hogar, produjesen. Si tu producción es vital para el capitalismo,* negarse a producir, *negarse a trabajar, constituye una palanca fundamental de poder social.*

La mercancía que las mujeres producen, a diferencia de las demás mercancías producidas bajo el capitalismo, es el ser humano: el obrero.

Se trata de una extraña mercancía, porque no es una cosa. La capacidad de trabajar reside únicamente en el ser humano, cuya vida el proceso productivo consume. En primer lugar, necesita nueve meses en el vientre materno, hay que alimentarlo, vestirlo, criarlo; luego, cuando trabaja, hay que hacerle la cama, barrerle el suelo y prepararle el almuerzo y la cena tiene que estar lista cuando vuelve a casa, aunque sean las ocho de la mañana y vuelva del turno de noche. Así se produce y reproduce la fuerza de trabajo que se consume diariamente en las fábricas y en las oficinas. Describir esta producción y reproducción es describir el trabajo de la mujer.

El contexto social, por lo tanto, no es un territorio libre supeditado de la fábrica, sino que es, de por sí, integral *respecto del modo de producción capitalista y cada vez está más sometido a la disciplina de fábrica, por lo que lo definimos como «fábrica social».*

La reclusión de la mujer en el hogar históricamente estuvo y en la actualidad sigue estando más extendida en Italia que en el resto de los países industrializados. Además, esta situación se ha deteriorado a pesar de las medidas legislativas, escasas, dirigidas a «proteger» a las mujeres. El salario, en Italia, ha logrado así regir una tasa excepcionalmente alta de «trabajo del hogar». El capital, en Italia, en mayor medida que en los demás países industrializados, ha «liberado» al hombre de los servicios domésticos para aumentar al máximo su disponibilidad a la explotación fabril.

En la «vía italiana al socialismo» tras la Segunda Guerra Mundial parecía que el poder de la mujer debía derivarse de una alta tasa de ocupación femenina futura, que, a su vez, debía ir acompañada de un ejercicio cada vez más amplio de las libertades democráticas y de la progresiva conquista de la igualdad de hecho por parte de la ciudadana. Pero, entretanto, la masa de «ciudadanas» debía elegir entre la alternativa del trabajo sin horario en el campo y la migración a la ciudad sin la certeza de encontrar un puesto de trabajo.

Resultó luego que el puesto menos inseguro estaba destinado al hombre, mientras que a la mujer le tocaban los sectores más afectados por las coyunturas difíciles, esto es, los sectores atrasados.

Cuando han entrado en las fábricas, las mujeres han sido las últimas en ser contratadas y las primeras en ser despedidas.

La recesión de 1963-1964 y la que hoy experimentamos nos han ofrecido útiles lecciones a este respecto, pero la patronal las ha entendido mejor que toda la izquierda: hasta tal punto que los planificadores de nuestro país creen que pueden mantener tranquilamente *sin variaciones la baja relación entre empleo femenino y empleo global en los próximos años.*

Si las mujeres hubiesen esperado a obtener un puesto de trabajo para empezar a luchar, no se habría puesto fin al trabajo sin horario en la agricultura, ni hubiese habido luchas contra el aumento de los precios, ni ocupaciones de casas.

Y, por otra parte, el escaso poder de las mujeres frente al actual aumento de precios no hace sino revelar la vulnerabilidad general de la clase ante la inflación. Sólo así se explica por qué la clase obrera en Italia se halla inerme en el campo social ante la violencia de la recesión.

En Inglaterra y en Estados Unidos –al igual que, sin duda, en otros países de Occidente– el movimiento de liberación feminista ha tenido que rechazar la reluctancia de la izquierda a considerar cualquier otro ámbito de lucha que no fuese la fábrica de la metrópoli.

En Italia, el movimiento de liberación, mientras forja su propia modalidad autónoma de existencia contra la izquierda y contra el movimiento estudiantil, se bate en un terreno que, aparentemente, éstos plantean: cómo organizar la lucha en el campo social. La propuesta de la izquierda para la lucha en el campo social ha sido simplemente la extensión mecánica y la proyección de la lucha de fábrica: el obrero varón sigue siendo la figura central. El movimiento de liberación feminista considera que el campo social es ante todo el hogar *y considera, por lo tanto, que la* mujer *es la figura central de la subversión social. De este modo, la mujer se presenta como contradicción de* su *marco político y reabre toda la cuestión de la perspectiva de la lucha política y de la organización revolucionaria.*

Esta vez, quien «volvió un poco en sí» es toda la población femenina, no tanto «aturdida por el *estruendo de la producción»*[1], *sino a pesar del estruendo de la ideología de izquierdas* en torno *a la «producción».*

Enero de 1972

Mujeres y subversión social*

Estas observaciones para un intento de definición y de análisis de la «cuestión femenina» identifican la cuestión misma en todo el «rol femenino» tal como la división capitalista del trabajo lo ha producido.

Privilegiamos en estas páginas la figura del «ama de casa» como figura central de este rol. Presuponiendo que todas las mujeres que trabajan fuera de casa siguen siendo también amas de casa. Es decir, a escala mundial, esta especificidad del trabajo doméstico, no sólo como cantidad de horas y tipo de trabajo, sino como calidad de la vida y calidad de las relaciones resultantes, determina la posición de la mujer allá donde se encuentre y cualquiera que sea la clase a la que pertenezca.

El hecho de que hayamos centrado aquí el análisis en la mujer de clase obrera no quiere decir en absoluto que sólo las mujeres de clase obrera estén explotadas. Más bien, pretende remachar que el rol del ama de casa de clase obrera, que consideramos ha sido indispensable para la producción capitalista, es determinante para la posición de todas las demás mujeres. Por ello, todo análisis de las mujeres como casta debe partir del análisis de la posición del ama de casa de clase obrera.

Para llegar a entender así la centralidad de este rol ha resultado indispensable analizar brevemente, ante todo, cómo el capital ha creado la familia moderna y, en

[1] K. Marx, *El Capital,* Libro I, Tomo I, Madrid, Akal, 2000, p. 369 [la cursiva es mía].

* M. Dalla Costa, «Donne e sovversione sociale», en *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James,* cit., pp. 33-71.

ella, al ama de casa, destruyendo el tipo de familia grupal o comunitaria antes existente. Proceso que aún no se ha consumado plenamente.

Aunque hablamos del mundo occidental y de Italia en particular, debemos tener presente que, en la medida en que el modo de producción capitalista también somete bajo su poder de mando a la periferia mundial, en ella se desencadenará, como de hecho ya está sucediendo, el mismo proceso de destrucción. Debemos tener claro asimismo que el tipo de familia que nosotros conocemos hoy en los países occidentales tecnológicamente más avanzados no representa la forma final que la familia puede adoptar en el proceso capitalista. Pero sólo podremos analizar cuáles son las tendencias a partir de un análisis previo de los modos en los que el capitalismo ha creado tanto esta familia como el rol de la mujer, ambos como momentos de un mismo proceso.

Respecto a la figura de la mujer que trabaja fuera de casa, se intentará analizarlo posteriormente en otro trabajo que complete las observaciones que siguen. En estas páginas, sólo queremos apuntar las conexiones entre dos experiencias aparentemente independientes, la del ama de casa y la de la mujer que trabaja fuera del hogar.

Los fenómenos endémicos de lucha de masas que las mujeres han desplegado tras la Segunda Guerra Mundial van directamente contra la organización de la fábrica y del hogar. La «poca fiabilidad» de las mujeres de la que tanto se han quejado los patronos tanto fuera como dentro del hogar ha crecido a gran velocidad a partir de la Segunda Guerra Mundial. Y va directamente contra la fábrica como unidad disciplinante en el tiempo y en el espacio y contra la fábrica social como reproducción de la fuerza de trabajo. Tal tendencia a un mayor absentismo, a un menor respeto de los horarios, a una mayor movilidad, es común a jóvenes y mujeres de clase obrera. Mientras que en los momentos cruciales de la vida de la pareja, el hombre es el único que percibe un salario, en general, las mujeres, al no estar constreñidas con la misma dureza por la relación laboral y al tener que dar prioridad al trabajo doméstico, muestran también inevitablemente una mayor insubordinación a la disciplina del trabajo, obstaculizando el flujo productivo y ocasionando por ello costes más altos. *Ésta es la excusa para salarios discriminatorios que compensan con creces las pérdidas del capital.* Pero justamente esta tendencia (que ha llevado a grupos de mujeres a dejar a sus hijos al cuidado de sus maridos en las fábricas y en las oficinas)[2] es y será cada vez en mayor medida una de las fuerzas determinantes de la crisis del sistema de fábrica y de fábrica social.

En los años más recientes, se han desarrollado, en particular en los países de capitalismo avanzado, una serie de movimientos feministas con distintas connotaciones que van desde el descubrimiento de la cuestión femenina como lucha atávica de natu-

[2] Sucedió en Estados Unidos durante la masiva manifestación de mujeres en celebración del Día Internacional de la Mujer en agosto de 1970.

raleza hombre-contra-mujer, entendida como lucha entre especies, hasta la identificación de una cuestión femenina como expresión específica de la explotación de clase.

En la medida en que, en especial a los ojos de las mujeres que han tenido y tienen una experiencia de militancia política, la primera de estas posiciones suscita un gesto de perplejidad, nos parece que hay que poner de inmediato en evidencia que estas mujeres, que forman parte del Movimiento Feminista en su conjunto, constituyen una señal de extrema importancia de la propia exasperación a la que han llegado millones de mujeres en el Movimiento y fuera del Movimiento. Algunas definen su lesbianismo en estos términos (nos referimos en particular a todo lo expresado por corrientes del Movimiento en Estados Unidos): «Hemos empezado a funcionar juntas como mujeres desde el momento en que, justamente en la medida en que nos encontrábamos entre nosotras, ya no podíamos tolerar las relaciones con los hombres, en tanto que no podíamos impedir que tales relaciones se convirtiesen en relaciones de poder en las que estaríamos sometidas de forma inevitable. Con ello, nuestras tensiones y energías se desviaban, nuestro poder se debilitaba y nuestros objetivos se limitaban». A partir del rechazo de estas relaciones, se ha puesto en marcha un movimiento de mujeres *gay* que afirma la posibilidad de una relación libre de la lucha sexual por el poder, libre de la unidad social basada en ataduras ideológicas, y que afirma al mismo tiempo nuestra necesidad de abrirnos a un potencial social y, por lo tanto, sexual más amplio.

Ahora bien, para entender esta exasperación femenina que va desplegándose bajo formas cada vez más amplias, hay que tener claro qué es lo que ha catalizado una crisis así en la estructura de la familia capitalista. La opresión de la mujer, sabemos, no ha empezado con el capitalismo. Con el capitalismo dio comienzo una explotación más intensa de la mujer *como* mujer y se abrió al fin la posibilidad de su liberación.

En la sociedad precapitalista patriarcal, el *hogar* y la *familia* eran los centros de una producción agrícola y artesanal. Con la llegada del capitalismo, se organizó la socialización de la producción en torno a la *fábrica:* los que trabajaran en el nuevo centro productivo –no otro sino la fábrica–, recibirían un salario, los demás, no. Las mujeres, los niños y los ancianos perdieron el poder ligado a la dependencia de la familia de su trabajo, *percibido por ello como social y necesario.* El capital, al destruir la familia y la comunidad como centro productivo, por un lado, trasladaba y centralizaba toda la producción social fundamental en las fábricas y en las oficinas y, por otro, básicamente, se llevaba al hombre de la familia, haciendo de él un trabajador asalariado y echando a sus espaldas la responsabilidad financiera de mujeres, niños, ancianos y enfermos, en una palabra, de todos los que no percibían un salario. Desde ese momento, comenzó también la exclusión del hogar de todos los que no *procreaban* y no *daban servicios a quienes trabajaban a cambio de un salario.* Y, en este sentido, los primeros en verse excluidos del hogar después de los hombres fueron

los niños, que fueron enviados a la escuela. La comunidad precapitalista no sólo dejó de ser centro productivo, sino también centro educativo[3].

En la medida en que los hombres eran los jefes despóticos de la familia patriarcal, basada en una estricta división del trabajo, la experiencia de mujeres, niños y hombres era una experiencia contradictoria que nosotros heredamos. Pero, en la sociedad precapitalista, era inmediatamente evidente que el trabajo de cada miembro de la comunidad de siervos iba dirigido a un objetivo: o bien a la prosperidad del señor, o bien a la propia supervivencia. En esta medida, toda la comunidad de siervos estaba obligada a conformar una unidad de la no libertad, que incluía en igual medida a mujeres, niños y hombres, unidad que el capitalismo hace necesariamente añicos[4]. En este mismo sentido, el *individuo no libre,* la democracia de la *no libertad*[5], entró en crisis. El paso de la servidumbre a la fuerza de trabajo libre separó a los proletarios de las proletarias y a ambos de sus hijos. El patriarca no libre quedó transformado en el trabajador asalariado libre y, sobre la contradictoria experiencia de sexo y generación, se construyó una alienación más honda y, por ello, más subversiva.

Pues bien, detenerse brevemente en esta separación de los niños respecto de los adultos es importante para entender también todo el significado de la separación de la mujer respecto del hombre y para entender cómo la organización de la lucha por parte del Movimiento Feminista en su conjunto no puede tender, incluso en sus formas de subversión más violenta y, por lo tanto, también de rechazo radical de toda relación con los hombres, sino a la superación de la separación basada en la «libertad» del trabajo asalariado.

Los análisis sobre la escuela surgidos durante los últimos años –en particular desde la llegada del movimiento estudiantil– han entendido perfectamente la escuela

[3] Lo que equivale a que la palabra «educación» adquiera un significado totalmente nuevo y el trabajo que se está desarrollando ahora en torno a la historia de la educación obligatoria –aprendizaje forzado– es la confirmación de ello. En Inglaterra, en el siglo XIX, a los maestros se les concebía como «policía moral» que podía: (1) condicionar a los niños contra el «delito», esto es, frenar la reapropiación de la clase obrera en la comunidad; (2) destruir el «populacho» y la «calle», la organización de la clase obrera basada en la familia que era todavía una unidad productiva o, por lo menos, una unidad organizativa viva; (3) acostumbrar a la presencia regular y a la puntualidad, tan necesarias para el futuro puesto de trabajo de los niños y niñas y (4) estratificar la clase a través de los títulos y la selección. Al igual que con la propia familia, la transición a esta nueva forma de control social no era directa ni uniforme y era el resultado de fuerzas contradictorias tanto en el seno de la clase como en el seno del capital, como en toda fase de la historia del capitalismo.

[4] El trabajo asalariado se basa en la subordinación de todas las relaciones a la relación de trabajo asalariado. El obrero y la obrera deben entrar como «individuos» en el contrato capitalista, despojados de la protección de las relaciones de parentesco.

[5] Cfr. K. Marx, *Opere filosofiche giovanili* (trad. italiana de Galvano della Volpe), Roma, Editori Riuniti, 1969, p. 44 [ed. cast.: *Escritos de juventud,* México, FCE, 1982].

como lugar de disciplinamiento ideológico y de formación de la fuerza de trabajo y de sus dirigentes. Quizá nunca haya salido a la luz, o al menos no en todo su alcance, lo que antecede a todo esto, es decir, la desesperación habitual de los niños desde el primer día de parvulario, cuando se ven depositados en una clase y sus progenitores se marchan bruscamente. *Pero es justo entonces cuando comienza toda la historia de la escuela*[6]. Y, por lo tanto, en este sentido, los niños de la escuela primaria no son meros apéndices que sólo es posible poner de algún modo en relación con los estudiantes de la enseñanza superior a través de los objetivos de «pagadnos el transporte, comedor y libros gratis», enseñados por los mayores. Entre los niños de la escuela primaria, hijos e hijas de la clase obrera, existe ya una conciencia plena de que la escuela les está poniendo de algún modo contra progenitores y coetáneos y, por lo tanto, hay una resistencia instintiva al estudio y a ser educados. Se trata de la misma resistencia por la que se encierra a los niños negros en colegios diferenciales en Inglaterra[7]. El niño de clase obrera europeo, al igual que el niño de clase obrera negro, ve en el maestro a una persona que le está enseñando algo contra su madre y su padre, no en su defensa como niño, sino como ataque a su clase. El capitalismo es el primer sistema de producción en el que se disciplina y educa a los hijos de los explotados en instituciones organizadas y controladas por la clase dirigente[8].

[6] No nos referimos aquí a la estrechez de la familia nuclear, que impide que los niños lleguen fácilmente a establecer relaciones con otra gente; ni a las consecuencias de todo esto, es decir, a la argumentación de los psicólogos de que un condicionamiento apropiado evitaría tales crisis. Nos referimos a toda la organización de la sociedad, de la que la familia, la escuela y la fábrica son compartimentos guetizados. Cualquier tipo de tránsito de un compartimento a otro es un tránsito doloroso. No es posible eliminar el dolor apostando por las relaciones entre un gueto y otro, sino con la destrucción de todos los guetos.

[7] En Inglaterra y en Estados Unidos, los psicólogos Eysenck y Jensen, que están convencidos «desde una perspectiva científica» de que los negros tienen una «inteligencia» inferior a los blancos, *parecen* diametralmente opuestos a educadores progresistas como Ivan Illyich. En realidad, les divide el método, pero les une un único objetivo. Desde luego, los psicólogos no son más racistas que los demás, sólo más oblicuos. La «inteligencia» es la capacidad de aceptar la «razonabilidad» de la posición del enemigo y de forjar sobre ella la propia lógica. Cuando toda la sociedad funciona institucionalmente partiendo del presupuesto de la superioridad racial blanca, estos psicólogos proponen una planificación más astuta, de manera que los niños que aprendan a leer, no aprendan a hacer cócteles molotov. Se trata de un punto de vista razonable, con el que Illyich, preocupado por la categoría del «bajo rendimiento escolar» de los niños (es decir, por el rechazo de la «inteligencia»), puede estar de acuerdo.

[8] Aunque el que administra la escuela sea el capital, el control nunca está dado de una vez por todas, dado el continuo cuestionamiento de los contenidos por parte de los proletarios y por cómo estos hacen cargar al propio sistema capitalista con los costes de la escuela. Por lo tanto, en general, si hay que restablecer el control, hay que restablecerlo en cotas y con características *fabriles* cada vez más estrictas.

Sin embargo, las nuevas políticas educativas fraguadas en estos tiempos son más complejas. Aquí apenas podemos apuntar el impulso que las motiva:

La prueba de que este adoctrinamiento, proveniente de otra clase, iniciado desde el parvulario, está basado en la división de la familia es que los pocos hijos de la clase obrera que llegan a la universidad ya no son capaces de hablar con su comunidad, porque les han lavado el cerebro. Los niños de clase obrera, por lo tanto, son los primeros que resisten y se rebelan de forma instintiva a la escuela y a la educación ofrecida por la escuela, pero sus progenitores les llevan a la escuela y les obligan a la escuela porque se preocupan por que tengan una educación que les evite la cadena de montaje o la cocina a la que ellos están confinados. Si un niño de una familia obrera muestra dotes particulares para el estudio, enseguida toda la familia se concentra en él, le ofrece las mejores condiciones, con frecuencia sacrificando a los demás, esperando y apostando por que ese hijo les saque de la clase a la que pertenecen. En efecto, éste se convierte en el modo por el cual el capital consigue, a través de la esperanza, la ayuda de los progenitores para disciplinar a la nueva fuerza de trabajo.

En Italia, cada vez son menos los progenitores que consiguen mandar a sus hijos a la escuela. La resistencia de los niños a la escuela crece y se difunde cada vez más, aunque no tenga todavía organización alguna.

A medida que crece entre los niños la resistencia a que se les eduque en escuelas, crece también el rechazo *a aceptar la valoración* que el capital hace de su *edad*. Es sabido que los niños quieren todo lo que ven. Hasta aquí esto quiere decir que no han aprendido todavía que para tener cosas hay que pagarlas y que para pagarlas hay

a) el rechazo por parte de la juventud de clase obrera de la idea de que la educación prepara para algo que no sea la fábrica, aunque lleven cuello blanco y usen máquinas de escribir y tecnígrafos en lugar de llaves cilíndricas;
b) el rechazo por parte de los jóvenes de clase media del papel de mediadores entre clases y de la personalidad reprimida que requiere el papel de mediador;
c) la exigencia capitalista de una fuerza de trabajo nueva y más diferenciada por salario y *estatus* social;
d) la posibilidad de un nuevo tipo de proceso laboral que intentará despertar el interés del obrero que rechaza la monotonía y la fragmentación de la actual cadena de montaje.

Si los jóvenes rechazan el tradicional «camino hacia el éxito» e incluso el propio «éxito», hay que encontrar nuevas metas a las que puedan aspirar, es decir, gracias a las cuales vayan al colegio y a trabajar. Aparecen sin cesar nuevos «experimentos» de pedagogía «libre», en los que se debe animar a los niños a que participen en la planificación de su formación y en los que debe haber mayor democracia entre docentes y discentes. Creer que esto supone una derrota para el capital, al igual que creer que el disciplinamiento es una victoria, constituye una ilusión: porque en la creación de una fuerza de trabajo manipulada de manera más creativa, el capital no perderá ni un 0,1 por 100 de beneficios. «En efecto –sostienen–, podéis ser más eficaces para nosotros si os abrís vuestro camino, siempre que vuestro camino pase por nuestro territorio». En algunas secciones de la fábrica y de la fábrica social, el lema del capital será cada vez más claramente «libertad y fraternidad para garantizar y extender la igualdad».

que tener un salario y, por lo tanto, también hay que ser adulto. En general, es difícil explicarles por qué no pueden tener esas cosas sin las cuales la televisión les acaba de decir que no pueden vivir.

Pero está sucediendo algo en las novísimas levas de niños y muchachos que hace cada vez más difícil explicarles cuándo se hace uno adulto. Ellos mismos están replanteando sin cesar ese punto tan arbitrario: en el sur de Estados Unidos, durante la década de 1960, los niños de seis años se enfrentaban con los perros policía; hoy nos reencontramos con estos mismos fenómenos en el sur de Italia y en Irlanda, donde los niños actúan como los adultos en las revueltas. Cuando las vicisitudes de los muchachos (y de las mujeres) se reconozcan como parte integrante de la historia, sin duda, verán la luz otros ejemplos de participación de gente muy joven (y de mujeres) en la lucha revolucionaria. La novedad es la autonomía de su participación *contra y a causa* de su exclusión de la producción directa. En las fábricas, los jóvenes rechazan la guía de los más mayores y son la punta de diamante de las revueltas sociales. En las metrópolis, las generaciones salidas de la familia nuclear[9] han producido los movimientos estudiantiles y juveniles que, en términos generales, han empezado a sacudir el orden del poder constituido. En el Tercer Mundo, los jóvenes desempleados están a menudo en las calles antes que la clase obrera organizada en los sindicatos.

Vale la pena referir todo lo que escribía *The New York Times* del 1 de julio de 1971 a propósito de una reunión de profesores convocada porque uno de ellos había recibido una amonestación por haber pegado a un alumno: «Ya no se puede disciplinar a estos elementos irresponsables que aparecen por todas partes con la evidente intención de erosionar toda autoridad social [...] se trata de un complot para destruir los valores sobre los que está construida nuestra civilización y de los que nuestras escuelas son uno de los mejores bastiones».

Hemos querido tratar brevemente la actitud cada vez más extendida de revuelta de los niños y de los muchachos, en especial de la clase obrera y en particular de la población negra, porque pensamos que es algo verdaderamente vinculado con el Movimiento Feminista y que el propio Movimiento Feminista debe tener en cuenta: se trata de la revuelta de los excluidos, de quienes se han visto separados del sistema de producción y expresan con su acción la necesidad de destruir las fuerzas que les impiden una vida social, pero esta vez como individuos.

Las mujeres, los niños y los ancianos se han visto excluidos. La revuelta de unos contra la explotación a través de la exclusión es índice de la revuelta de los otros.

---

[9] La familia nuclear es aquella que una canción estadounidense de los años cincuenta describía como «tú, yo, con el niño somos tres».

En la medida en que el capital se ha llevado al hombre y ha hecho de él un trabajador asalariado, ha creado la escisión entre él y los demás proletarios sin salario, a los que, como no participan de forma directa en la producción social, no se les considera en condiciones de ser sujetos de la revuelta social.

Desde Marx, ha estado claro que el capital ejerce su poder de mando y se desarrolla por medio del salario. El fundamento de la sociedad capitalista es el trabajador asalariado y su explotación directa. No ha estado igualmente claro, ni las organizaciones del movimiento obrero han asumido nunca, que, a través del salario, se organizaba la explotación del trabajador no asalariado. Y que su explotación ha sido si acaso tanto más eficaz en tanto que estaba oculta, mistificada por la ausencia de un salario. Es decir, el salario reunía bajo su mando más prestaciones que las que aparecían en el contrato de fábrica. Por lo tanto, el *trabajo de las mujeres parecía una prestación de servicios personales exterior al capital*. Se pensaba que la mujer sufría el chovinismo masculino, que era maltratada porque el capitalismo significa en general «injusticia» y su maltrato tenía que ver con «gente mala e irracional»; los pocos hombres que llegaron a advertir este maltrato se convencieron por otro lado de que se trataba de una «opresión» y no de «explotación». Pero la palabra «opresión» encubría otro aspecto, más endémico, de la sociedad capitalista. El capital no había excluido a los niños de la casa enviándoles a la escuela sólo porque fueran una traba para el trabajo más «productivo» de otros o sólo para adoctrinarles. El poder de mando capitalista por medio del salario se despliega como coerción para todo individuo apto para funcionar bajo la ley de la división del trabajo de maneras directa o indirectamente productivas, todas dirigidas a catalizar la extensión en el tiempo y en el espacio del dominio capitalista. Éste es, en esencia, el significado de la escuela. Por lo que se refiere a *los niños, su trabajo parece consistir en aprender por su propio bien*.

Los niños proletarios se han visto todos obligados en la escuela a la misma educación: en esto consiste la homologación capitalista frente a las posibilidades infinitas del aprendizaje. La mujer, por otro lado, se ha visto aislada en el hogar, obligada a desarrollar un trabajo considerado no cualificado, el trabajo de hacer nacer, criar, disciplinar y servir a la fuerza de trabajo de cara a la producción. En el ciclo de la producción social, su papel ha seguido siendo invisible, porque lo único visible es el producto de su trabajo, *el obrero*. Ella se ha visto, por lo tanto, encerrada en condiciones precapitalistas de trabajo y nunca ha percibido un salario a cambio.

Y cuando decimos «condiciones precapitalistas de trabajo», no aludimos sólo a las mujeres que utilizan la escoba para barrer, sino que ni la más equipada de las cocinas estadounidenses tiene nada que ver con el nivel de desarrollo tecnológico actual; a lo sumo, puede estar en relación con el del siglo XIX. Sin percibir una paga por horas, nadie, por lo menos dentro de ciertos límites, controla cuánto tiempo de-

dica a desarrollar su trabajo. El trabajo doméstico, de hecho, no sólo es diferente desde el punto de vista *cuantitativo,* sino también *cualitativo.* La diferencia cualitativa reside justamente en el tipo de mercancía, la fuerza de trabajo, que este trabajo tiene como objeto producir.

Dentro del sistema capitalista, la productividad del trabajo no crece a menos que haya un enfrentamiento entre capital y clase. La innovación tecnológica y la cooperación son al mismo tiempo momentos de ataque para la clase y de respuesta capitalista. Pero si esto es verdad para la producción de *mercancías en general,* no lo es para la producción de esa *particular mercancía que es la fuerza de trabajo.*

Si la innovación tecnológica puede bajar el umbral del trabajo necesario y la lucha obrera en la fábrica puede utilizar la innovación tecnológica para ganar horas libres, esto no puede ser correspondientemente cierto para el trabajo doméstico: una mecanización mayor de los trabajos domésticos no «libera» horas para la mujer, en la medida en que ésta debe, en una situación de aislamiento, procrear, criar y mantenerse al cargo de los hijos. La mujer está siempre de turno porque no existen máquinas que hagan y cuiden a los niños[10].

Una productividad más alta del trabajo doméstico, a través de la mecanización, sólo puede concernir, pues, a determinados servicios: cocinar, lavar, limpiar. La jornada laboral de la mujer, por lo tanto, es ilimitada no porque la mujer no tenga máquinas, sino porque está aislada[11].

Con la llegada del modo de producción capitalista, por lo tanto, la mujer se vio relegada a una situación de aislamiento, encerrada en la celda familiar, dependiente en todos los sentidos del hombre. Se le negaba la nueva autonomía salarial, a la par que se la constreñía a un estadio precapitalista de dependencia personal, más brutal

[10] No ignoramos en absoluto los actuales intentos para llegar a los hijos en probeta. Pero, a día de hoy, estos mecanismos pertenecen por completo a una ciencia y a un control capitalistas. Su utilización iría en su totalidad dirigida contra nosotras y contra la clase. No nos interesa *abdicar* de la procreación para dejarla en manos enemigas. Nos interesa conquistar una libertad de procreación que no se pague ni al precio del *salario* ni al de la *exclusión social.*

[11] En la medida en que sólo los «cuidados humanos», y no la innovación tecnológica, pueden criar a los niños, la *verdadera liberación* del tiempo de trabajo doméstico, el *cambio cualitativo del trabajo doméstico,* sólo puede provenir de un movimiento de mujeres, de la lucha de las mujeres: cuanto más crece el Movimiento, menos pueden los hombres, empezando por los militantes políticos, contar con la vigilancia femenina de los niños. Y, al mismo tiempo, el nuevo ambiente social que construye el Movimiento ofrece a los niños un espacio social, en el que tanto los hombres como las mujeres se identifican y que no tiene nada que ver con los jardines de infancia estatales. Éstos son ya resultados que constatamos a partir de la existencia del Movimiento. Justamente en tanto que *resultados* de un movimiento, de un movimiento que es, por naturaleza, lucha, no tienen nada que ver con *propósitos* de sustituir la propia lucha por un tipo cualquiera de cooperación. Se trata ya de victorias de la lucha.

ahora en tanto que entraba en contradicción con un tipo de producción organizado predominantemente a gran escala, con un alto grado de socialización.

La aparente incapacidad femenina para hacer determinadas cosas, para entender determinadas cosas, y ante todo la política, tiene aquí el origen de su historia, que es una historia muy parecida, en determinados aspectos, a la de las clases diferenciales o a la de los colegios para subnormales. Por lo tanto, en la medida en que la mujer se ha visto excluida de una producción directa y socializada y ha quedado aislada en el hogar, se le ha arrebatado toda posibilidad de vida social y, por lo tanto, de conocimiento y de educación social, exceptuando el ámbito de las relaciones de vecindad.

Aislada en el hogar, la mujer se ha visto así privada de la amplia experiencia de organización de la planificación colectiva de las luchas de fábrica y de las luchas de masas en general. Se le ha negado, pues, la fuente esencial de educación social, la experiencia de la revuelta social, que es la primera experiencia de la que se pueden aprender las capacidades propias, es decir, el poder propio, y la capacidad, por lo tanto el poder, de la clase a la que se pertenece. A través de este aislamiento que se le ha impuesto, se ha creado, pues, el mito en la sociedad y entre las propias mujeres de la incapacidad femenina.

Este mito ha ocultado ante todo que la incesante organización informal de las mujeres era condición necesaria para que los obreros de fábrica organizasen luchas de masas en el campo social, huelgas por los alquileres, luchas por los costes en general y, por lo tanto, que, en las luchas dentro del ciclo de la producción directa, el apoyo y la organización, formal e informal, de las mujeres fueron decisivos. Esta red femenina permanente surge y se organiza en los momentos cruciales justamente a través del talento, la energía y la fuerza de la «mujer incapaz». Pero el mito no muere. Cuando las mujeres podrían gritar victoria junto con los hombres –por haber sobrevivido durante el desempleo o haber sobrevivido y ganado durante la huelga–, las conquistas pertenecen a la clase «en general». Rara vez, en la mejor de las hipótesis, obtienen las mujeres algo para sí mismas, rara vez, en la mejor de las hipótesis, tiene la lucha un objetivo que modifique de algún modo la estructura de poder del hogar y sus relaciones con la fábrica: haya huelga o desempleo, «el trabajo del hogar nunca se acaba».

Nunca, hasta la llegada del capitalismo, significó la destrucción de la mujer como persona también y de inmediato semejante laceración de su *integridad física.* Las sexualidades femenina y masculina conocieron antes del desarrollo capitalista una serie de articulaciones, regímenes y condicionamientos. Conocieron también métodos eficaces de control de la natalidad que han desaparecido de manera inexplicable. El capitalismo construye la familia como núcleo que subordina la mujer al hombre en tanto que, al no participar ésta en la producción social, no se presenta de forma autónoma en el mismo mercado de trabajo. Por consiguiente, al igual que castra todas sus posibilidades de invención y de desarrollo de una actividad laboral, castra todas sus posibilidades de autonomía sexual, psicológica y emocional.

Como decíamos, nunca se había producido una laceración tal de la integridad física de la mujer, del cerebro al útero. No es lo mismo participar juntos en la construcción del tren, del coche o del avión que menear sola durante siglos la misma escoba en los mismos metros cuadrados de cocina.

Y éste no es un llamado a la gestión común, hombres y mujeres, de la construcción de los aviones. Se trata más bien de asumir que la diferencia entre las dos historias no sólo determina diferencias en las formas actuales de lucha, sino que saca también por fin a la luz las diferentes formas, durante mucho tiempo invisibles, que las luchas de las mujeres adoptaron en el pasado.

Como decíamos, a la mujer se le arrebata también, enteramente, la vida sexual para trocarla en función reproductiva de la especie o, mejor dicho, en función reproductiva de la fuerza de trabajo: las mismas observaciones que hacíamos respecto al nivel tecnológico de desarrollo de los servicios domésticos valen respecto a la investigación anticonceptiva (y cabe decir que también respecto a todo el campo de la ginecología), totalmente aparcada hasta fechas muy recientes, mientras pesaba sobre la mujer la obligación de engendrar, expresada también en la prohibición precisa de abortar en caso de que, como era previsible, fallaran las técnicas anticonceptivas más rudimentarias.

A través de esta laceración general de la figura de la mujer, el capital ha empezado a construir el «rol femenino» y ha hecho del hombre en la familia el mediador y gestor de tal laceración: el hombre, en tanto trabajador asalariado y cabeza de familia, se ha convertido, así, en el instrumento específico de esa explotación específica que es la explotación de la mujer. Podemos entonces explicar el punto de degeneración al que ha llegado la relación hombre-mujer justamente por la fractura que el sistema ha abierto entre hombre y mujer, subordinando a ésta como objeto o como «complemento» del hombre. A la luz de tal fractura, entendemos la explosión de tendencias dentro del Movimiento Feminista en las que las mujeres quieren dirigir la lucha contra los hombres en cuanto tales[12] y no piensan gastar más energías ni siquiera en afrontar relaciones sexuales con ellos, hasta tal punto cada una de estas relaciones se presenta una y otra vez como algo frustrante. Una relación de poder obstaculiza toda posibilidad de afectividad sexual y de intimidad. Entre hombres y mujeres, el poder, con sus prescripciones, *domina* la afectividad sexual y la intimidad. La relación entre *gays* representa, en este sentido, el mayor intento de desvincular sexualidad y poder a escala de masas.

Pero la homosexualidad en general está también arraigada en la propia estructura de la sociedad capitalista: las mujeres en el hogar y los hombres en las fábricas o

[12] Es imposible decir por cuánto tiempo seguirán estas tendencias constituyendo una fuerza impulsora del Movimiento y cuándo podrían convertirse en una fuerza contraria.

en las oficinas, separados unas de los otros durante todo el día; o una típica fábrica femenina con 1.000 mujeres y 10 jefes de sección varones; o una sección de reproducción documental (de mecanógraf*as* naturalmente) que trabajan para 50 profesionales varones. Todo esto es ya estructura homosexual de la vida.

El capital, mientras eleva la heterosexualidad a religión, torna al mismo tiempo imposible en la práctica que hombres y mujeres estén física y emocionalmente en contacto y limita la heterosexualidad a disciplina sexual, económica y social.

Creemos que ésta es una realidad de la que hay que partir. La explosión de estas tendencias *gays* ha sido y es importante para el propio Movimiento, porque plantea la urgencia de recuperar justamente una especificidad de la lucha feminista y, por lo tanto, de esclarecer en todo su alcance todos los aspectos y el lugar de la explotación femenina.

Llegadas a este punto, querríamos empezar a desescombrar el terreno de determinado punto de vista que, sin embargo, la ortodoxia marxista, en especial en la ideología y en la práctica de los denominados partidos marxistas, ha dado siempre por descontado: a saber, la idea de que, para la mujer, la exterioridad de la producción social o, mejor dicho, del ciclo productivo organizado socialmente, comportaba también la exclusión de la productividad social. A decir verdad, siempre se ha considerado que el rol femenino era el rol de una personalidad subordinada desde el punto de vista psicológico, fuera de la producción o empleada fuera del hogar en una medida marginal, pero en esencia proveedora en el hogar de una serie de valores de uso de carácter precapitalista.

Éste no dejaba de ser también el punto de vista de Marx quien, al observar entre otras cosas todo lo que les sucedía a las mujeres que trabajaban en la fábrica, concluye que estaban mejor en casa. Estar en casa, además, se considera que es llevar una vida más moral, pero nunca aparece claramente la verdadera naturaleza de este rol en el hogar.

Algunos tuvieron más tarde ocasión de observar que las mujeres de Lancashire, esposas de los obreros del algodón y empleadas también ellas en la manipulación del algodón, eran muy libres sexualmente y recibían la ayuda de los hombres en las tareas domésticas. Mientras que, en Yorkshire, zona carbonífera, donde las mujeres participaban solo en un pequeño porcentaje en la extracción del carbón, cocinaban mejor y estaban también más dominadas por la figura del marido.

En otras palabras, incluso quienes han sido capaces de definir la explotación de las mujeres en la producción socializada, luego no han entendido con igual claridad la posición de explotación de la mujer dentro del hogar; los hombres están demasiado comprometidos en la relación de poder con las mujeres, con lo que sólo las mujeres pueden definirse a sí mismas y sublevarse y luchar.

Hay que aclarar, por lo tanto, que, dentro del salario, el trabajo doméstico no sólo tiene una función esencial en la producción de plusvalor, y no un mero valor de uso, sino que lo mismo sucede con la construcción del rol femenino en su conjunto como rol de personalidad subordinada en todos los planos, físico, psicológico y ocupacional, que ha tenido y tiene un lugar preciso en la división del trabajo capitalista, en la persecución de la productividad a escala social[13].

Analicemos con más precisión este rol femenino como fuente de productividad social, ante todo en la familia.

A)

Dentro de la definición del trabajo asalariado, se ha afirmado más de una vez que la mujer no es productiva con el trabajo doméstico. Es cierto exactamente lo contrario, si se piensa en la enorme cantidad de servicios sociales que la organización capitalista transforma en actividad privada, poniéndolos bajo la responsabilidad de la mujer en el hogar. El trabajo doméstico no es en absoluto femenino. Ninguna mujer se realiza o se cansa menos que un hombre lavando y limpiando. Éstos son servicios sociales en tanto que sirven a la reproducción de la fuerza de trabajo. Y el capital, justamente al instituir su estructura familiar, ha «liberado» al hombre de estas funciones para dejarlo del todo «libre» para la explotación *directa,* es decir, libre para ganar lo bastante como para que la mujer lo reproduzca como fuerza de trabajo[14]. Esto es, ha construido trabajadores asalariados en la medida en que ha conseguido poner estos servicios bajo responsabilidad de la mujer en la familia, controlando a través de este proceso la entrada de la fuerza de trabajo femenina en el mercado de trabajo. En Italia, las mujeres aún son necesarias en el hogar y el capital sigue necesitando este tipo de familia. En el estadio actual de desarrollo, en Europa en general y en Italia en particular, el capital sigue prefiriendo importar como fuerza de trabajo a millones de hombres de las áreas subdesarrolladas y dejar a las mujeres en casa[15]. Y las mujeres son útiles en casa no sólo porque desempeñen las tareas del hogar *sin salario ni huelga,* sino porque, en casa, acogen siempre a los miembros que cada tanto las crisis de empleo expulsan. La familia, ese lecho materno siempre acogedor en el momento de la necesidad, ha sido durante mucho tiempo la mejor garantía de que los parados no se transformen inmediatamente en millones de *outsiders* [parias] rebeldes.

Los partidos del movimiento obrero se han cuidado mucho de plantear el problema del trabajo doméstico, de acuerdo con su consideración de la mujer como figura inferior incluso en la fábrica. Plantearlo, de hecho, hubiera significado desafiar toda la plataforma de construcción del sindicato, basada (a) sólo en la fábrica, (b) sólo en la jornada laboral mensurable y «pagada», (c) sólo en esa parte del salario que se da y no en esa parte del salario que se sustrae a través de la inflación. Los partidos del movimiento obrero siempre han empujado a la mujer a postergar su liberación a un mañana hipotético, subordinado a las conquistas que arranquen para «sí» los hombres, limitados en el alcance de sus luchas por estos partidos.

En realidad, cada etapa de la clase ha llevado la subordinación y la explotación femeninas a cotas más elevadas. La propuesta de una pensión para las amas de casa[16] –no se entiende entonces por qué no también un salario para las amas de casa– no hace sino revelar la total voluntad de los susodichos partidos de institucionalizar la actual condición femenina.

Ninguna de nosotras cree que la emancipación, la liberación, se produzca a través del trabajo. El trabajo siempre es trabajo, tanto en casa como fuera. La autono-

[13] En una primera lectura desde el Reino Unido y Estados Unidos, ha habido a quienes les ha parecido que esta definición del trabajo doméstico debería ser más precisa. Puede que sea útil aclararlo también para las lectoras italianas. Lo que hemos querido decir en concreto es que el trabajo doméstico es trabajo *productivo* en sentido marxiano, es decir, trabajo que produce plusvalor. Hablamos a continuación de la productividad del rol femenino en su conjunto. Para exponer con mayor claridad aún la productividad de la mujer, tanto en relación con su trabajo como en relación con el rol que desempeña en su totalidad, remitimos a un próximo documento en el que estamos trabajando. En él, se explica de manera más clara la posición de la mujer desde el punto de vista del conjunto del ciclo capitalista.

[14] Véase el «Prefacio»: la fuerza de trabajo es «una extraña mercancía, porque no es una cosa. La capacidad de trabajar reside únicamente en el ser humano, cuya vida el proceso productivo consume [...] *Describir esta producción y reproducción* (de la fuerza de trabajo) *es describir el trabajo de la mujer*».

[15] Esto choca no obstante con la tendencia a introducir de hecho a las mujeres dentro de la industria, pero en sectores particulares. Diferentes necesidades del capital dentro de la misma área geográfica han producido propagandas y praxis políticas diferentes e incluso contrarias. Mientras que en el pasado la estabilidad de la familia se había basado en una mitología relativamente estable –con lo que las praxis políticas y la propaganda se mantenían uniformes y sin discusión oficial–, en la actualidad las diferentes áreas capitalistas se contradicen entre sí y minan la definición de familia como unidad estable, inalterada y «natural». Un clásico ejemplo de esto es la variedad de puntos de vista y de políticas demográficas para el control de la natalidad. En estos precisos momentos, el gobierno británico ha duplicado la asignación de fondos a este objetivo. Debemos analizar en qué medida esta nueva política está conectada con una política racista de la inmigración y, por lo tanto, con la manipulación de las fuentes de fuerza de trabajo adulta; y hasta qué punto es consecuencia de la creciente erosión de la ética del trabajo, que desemboca en los movimientos de parados y de madres sin recursos, y tiene como objetivo el control de aquellos nacimientos que contaminan la pureza del capital con niños revolucionarios.

[16] En Italia, ésta es la política, entre otros, del Partido Comunista, que durante algunos años promovió una propuesta de ley que preveía una pensión para las amas de casa a los 55 años. Huelga decir que no fueron más que palabras. Son tiempos duros. En 1971, el ministro Piccoli podía aludir humildemente a unas prestaciones por desempleo más decentes. En 1972, el pan está ligado de forma cada vez más estricta al trabajo, en el sentido nixon-andreottiano.

mía salarial es ser individuo para el capital, no menos en el caso de las mujeres que en el de los hombres. Quienes pretenden que la liberación de la mujer de clase obrera estriba en la posibilidad de encontrar trabajo fuera de casa no están descubriendo más que una parte del problema, no la solución. La esclavitud en la cadena de montaje no es ninguna liberación de la esclavitud del fregadero de la cocina. Quienes lo niegan, niegan también la esclavitud de la cadena de montaje, probando una vez más que si no se sabe hasta qué punto están explotadas las mujeres, no se sabe realmente hasta qué punto lo están los hombres. Pero esta cuestión es tan crucial para el Movimiento Feminista que la trataremos aparte. Lo único que hay que aclarar de momento aquí es que, al no corresponderles un salario en un mundo organizado de forma capitalista, la figura del patrón se difumina detrás de la del marido. Éste parece el único destinatario de los servicios domésticos y eso da una connotación ambigua y esclavista al trabajo del ama de casa. El marido, los hijos, con su participación afectiva, con su chantaje afectivo, se convierten en los primeros controladores, en los primeros jefecillos de este trabajo.

El marido tiende a leer el periódico y a esperar que la cena esté lista, incluso cuando su mujer trabaja con él y vuelve a casa con él. Está claro que la especificidad de la explotación representada por el trabajo doméstico requerirá una especificidad de la lucha, de la lucha feminista, justamente, *dentro de la familia.*

Por otro lado, si no se tiene del todo claro que precisamente esta familia es el pilar de la organización capitalista del trabajo, si se comete el error de considerarla una superestructura que se modificará en las distintas fases de la lucha de fábrica, estaremos haciendo el camino de una revolución claudicante, que perpetuará y acrecentará cada vez más una *contradicción fundamental dentro de la lucha de clases y funcional al desarrollo capitalista.* Perpetuaremos el error de considerarnos amas de casa proveedoras de valores de uso, de considerarnos amas de casa y, como tales, exteriores a la clase. Mientras se considere que las amas de casa son exteriores a la clase, la lucha de clases se verá en todo momento y en cualquier punto obstruida, frustrada y sustraída a la plenitud de sus objetivos prácticos.

Excede el objetivo de estas primeras observaciones desarrollar este punto más extensamente. Ahora bien, denunciar el trabajo doméstico como forma encubierta de trabajo productivo abre una serie de interrogantes en relación con los objetivos de lucha, con las formas de lucha.

A decir verdad, la demanda inmediata que se deriva de ello, «salario para el trabajo doméstico»[17], implica sublevarse desde una perspectiva en la que las formas de lucha rompen en el acto toda la estructura del trabajo doméstico. Rechazarlo de inmediato, rechazar el rol de amas de casa, rechazar el hogar como gueto para la propia existencia. El punto de partida *no es* cómo hacer *las tareas* domésticas de forma más eficaz, sino encontrar una posición protagonista en la lucha; es decir, ya no se busca una productividad mayor del trabajo doméstico, sino un *carácter subversivo mayor de la lucha.*

Invertir en el acto la relación tiempo de trabajo doméstico y tiempo no dedicado al trabajo doméstico: no hace falta planchar las sábanas ni las cortinas, ni tener los suelos resplandecientes, ni quitar el polvo todos los días. Y, sin embargo, muchísimas mujeres lo hacen. Desde luego, no porque sean estúpidas. Nos remitimos al parangón establecido antes con los colegios diferenciales. Lo hacen porque esas tareas son las únicas en las que pueden realizar su identidad, desde el momento en que, como decíamos, la producción capitalista las ha expulsado del proceso de producción organizado socialmente.

Pero la exclusión de este proceso no comporta de forma automática la exclusión de la lucha organizada socialmente: una lucha que exige sustraer tiempo al trabajo doméstico, pero que ofrece al mismo tiempo una alternativa de identidad a la mujer que antes sólo la encontraba en el ámbito del gueto doméstico. En la socialidad de la lucha, la mujer descubre y ejerce un poder que, de hecho, le da una nueva identidad. *Identidad que, justamente, no puede consistir sino en una nueva cota de poder social.*

---

[17] En la actualidad, la demanda de un salario para el trabajo doméstico se está viendo impulsada de forma cada vez más amplia y con menor oposición en el Movimiento Feminista, tanto en Italia como en el exterior. Desde los tiempos de la primera redacción de este documento (junio de 1971), el debate se ha profundizado y se han superado muchas incertidumbres que se debían a la novedad de la discusión. Pero, sobre todo, el peso de las necesidades de las mujeres proletarias no sólo ha radicalizado las demandas del Movimiento, sino que nos ha dado más fuerza para impulsarlas. La demanda de salario para el trabajo doméstico le da una indicación de lucha y una dirección en términos organizativos, en cuyo marco opresión y explotación, situación de casta y de clase, se encuentran indisolublemente ligadas. La constante traducción práctica de esta perspectiva es la tarea que el Movimiento ha afrontado en estos últimos años y está afrontando de forma cada vez más amplia en Italia y en otros lugares. En Italia, en particular, el rechazo del trabajo doméstico ha llevado también a una negociación diferente del trabajo extradoméstico por parte de las mujeres. Sectores femeninos, hasta ahora ignorados de forma más o menos consciente por el sindicato, se han visto sacudidos por focos de lucha que han obligado a éste no sólo a dejarse ver, sino incluso a gestionar la negociación de una serie de exigencias muy concretas. Además, mujeres de sectores tradicionalmente sindicalizados han logrado que se introduzca el trabajo doméstico en las plataformas reivindicativas locales, ya sea bajo la forma de una denuncia de este trabajo no pagado que están obligadas a desempeñar por añadidura al otro o, directamente, bajo la forma de reivindicaciones concretas. En todo caso, en todas partes, la espiral de rechazo del trabajo doméstico desencadenada por las mujeres en los hogares ha alcanzado también, como es lógico, al trabajo doméstico en los puestos de trabajo extradomésticos: encargos para el patrón, limpieza de las oficinas, etc. La demanda de salario para el trabajo doméstico, que se extiende cada vez más en Italia y en el exterior, ha dado fuerza a estas luchas, así como el nuevo nivel de organización implantado en estas luchas se ha convertido en momento de fuerza para el rechazo del propio trabajo doméstico en los hogares.

Tal posibilidad de lucha en el campo social no surge sino del carácter socialmente productivo de la actividad de la mujer en el hogar. Y no son sólo o sobre todo los servicios desempeñados en el hogar los que hacen que el rol femenino sea productivo desde el punto de vista social. El capital puede mejorar tecnológicamente estos servicios. Lo que el capital por el momento no está dispuesto a hacer, por lo menos en Italia, es hacer estallar la condición de ama de casa como sostén de la familia nuclear. Y, por este motivo, no esperemos la automatización de las tareas domésticas porque no llegará nunca, porque el mantenimiento de la familia nuclear es incompatible con la automatización de estos servicios. Para automatizarlos de verdad, el capital debería destruir la familia bajo su forma actual, es decir, debería socializar para poder automatizar.

Pero sabemos perfectamente lo que son las socializaciones capitalistas. Son siempre en el mejor de los casos lo contrario de la Comuna de París.

Tales socializaciones determinarían un nuevo salto en la organización capitalista, como puede ya presentirse en Estados Unidos o, en general, en los países de capitalismo avanzado, en el sentido de destruir el aislamiento precapitalista de la producción en el hogar, reconstruyendo una familia que reflejaría más de cerca la igualdad capitalista y su poder de mando a través del trabajo cooperativo; es decir, de trascender la «incompletitud» del desarrollo capitalista, cuyo sostén sigue siendo la mujer «no libre», y reconstruir una familia que reflejaría más de cerca su función de reproducción de la fuerza de trabajo.

Volviendo, pues, a todo lo que decíamos antes, las mujeres, las amas de casa, al identificarse con el hogar, tienden a una especie de perfeccionismo laboral. Es de sobra conocido el dicho de «si se quiere, en una casa, siempre hay cosas por hacer».

No ven más allá de las cuatro paredes porque la condición de ama de casa, como modo de trabajo precapitalista y, por consiguiente, la propia feminidad que les han construido hace que el mundo, los demás, toda la organización del trabajo, les parezca algo difuso y, en esencia, desconocido, no vivido, a las espaldas del marido, de ese marido que cada día sale y se encuentra con esa otra cosa. Las mujeres deben, pues, invertir esta relación tiempo-de-trabajo-doméstico y tiempo-no-dedicado-al-trabajo-doméstico y empezar a salir de casa, partiendo justamente de la voluntad de romper el rol de amas de casa, para empezar a encontrarse con las demás mujeres, no como vecinas de casa y amigas, sino como compañeras de trabajo y de lucha contra el trabajo, rompiendo esa especie de rivalidad privada femenina y reconstruyendo una solidaridad feminista: no solidaridad defensiva del *statu quo,* sino solidaridad para el ataque, para la organización de la lucha.

Solidaridad común contra el trabajo común. Del mismo modo, las mujeres deben dejar de encontrarse con el marido y los hijos como amas de casa, es decir, en la mesa del almuerzo y de la cena, después de su regreso.

Justamente en tanto que el conjunto de la organización capitalista presupone el hogar, cualquier lugar de lucha fuera del hogar tiene un punto débil de cara a un posible ataque feminista: las asambleas de fábrica, las asambleas estudiantiles, las reuniones de barrio, son todos ellos lugares igualmente adecuados para la lucha feminista: y, por lo tanto, para el encuentro-enfrentamiento, si se quiere, mujeres-hombres, todos como individuos y no como madre y padre, hijo e hija, con todas las posibilidades de hacer estallar fuera de la familia las contradicciones, las represiones, las frustraciones que el capital ha querido acumular dentro de la misma.

Que las mujeres pidan en una asamblea de fábrica que sea abolido el turno de noche porque de noche quieren hacer el amor además de dormir, y no es lo mismo hacerlo de día cuando la mujer trabaja de día, quiere decir plantear el propio interés autónomo feminista subjetivo contra la organización del trabajo, negándose a ser las mamás insatisfechas del marido y de los hijos.

Pero, en este encuentro-enfrentamiento en el que las mujeres expresan su interés feminista específico, tal interés no está, como se ha dicho, separado del interés de clase, ni es ajeno a él. Durante demasiado tiempo, los partidos políticos, en especial de izquierdas, y los sindicatos han determinado y restringido el ámbito de la lucha de clases. Hacer el amor y rechazar el trabajo nocturno para tener la posibilidad de hacer el amor es *interés de clase.* Indagar por qué son las mujeres y no los hombres las que plantean la cuestión es si acaso arrojar nueva luz sobre el conjunto de la historia de la clase.

Encontrarse con los propios hijos e hijas en una asamblea de estudiantes significa descubrirlos como individuos que hablan en medio de otros individuos y significa presentarse ante ellos como individuos.

Casi todas las mujeres han abortado y muchísimas han parido. No se entiende por qué no pueden expresar su punto de vista como mujeres incluso antes que como estudiantes en una asamblea de medicina. Y no mencionamos la Facultad de Medicina por casualidad: en las aulas estudiantiles y en las clínicas podemos ver una vez más no sólo la explotación de clase en virtud de la cual sólo se utiliza de cobayas para la experimentación a los pacientes de sala; sino que las mujeres son, específicamente, el primer objeto de experimentación y de desprecio sexual, de sadismo y de arrogancia profesional de los doctores.

En definitiva, esta explosión de movimiento resulta esencial como expresión de la especificidad de los intereses femeninos, castrados hasta ahora por la organización familiar capitalista, intereses que deben plantearse en cualquier lugar en el que se apele a su supresión, por la sencilla razón de que la explotación general de clase se ha podido construir gracias a la mediación específica de la explotación femenina.

Y, entonces, como Movimiento Feminista, hay que recuperar toda la especificidad de la situación de tal explotación, esto es, recuperar toda la especificidad del interés feminista en la gestión de la lucha.

Cualquier ocasión es buena: las amas de casa de las familias desahuciadas pueden aducir que el trabajo de ama de casa ha pagado con creces los meses de alquiler no pagados (en la periferia de Milán muchas familias han probado ya esta forma de lucha).

Los electrodomésticos son algo grande y hermoso, pero, para los obreros, intentar procurarse muchos supone tiempo y trabajo. Que cada salario tenga que comprarlos todos es una carga y presupone que cada ama de casa debe manejarlos todos sola. Lo que implica la congelación de su condición de ama de casa en un estadio más elevado. ¡La suerte siempre viene acompañada!

El problema no es tener un comedor. Recordemos además que el capital primero hace la Fiat y luego el comedor.

Por lo tanto, pedir un comedor para el barrio desvinculado de una práctica global de lucha contra la organización del trabajo, contra el tiempo de trabajo, corre el riesgo de impulsar un nuevo salto que, a escala de barrio, someta en realidad a las mujeres en algún trabajo tentador para tener luego la posibilidad de comer todas en el comedor al mediodía una comida asquerosa.

Que quede claro que no es éste el comedor que se quiere, ni tampoco son éstos, en este mismo sentido, los jardines de infancia que se quieren[18]. Queremos también comedores, y también jardines de infancia, y también lavadoras y lavaplatos, pero queremos asimismo comer entre cuatro personas cuando tengamos ganas y tener tiempo para estar con los niños y con los ancianos y con los enfermos cuando y donde queramos; y «tener tiempo» se sabe que quiere decir trabajar menos y tener tiempo para poder estar más con los hombres quiere decir que también ellos deben trabajar menos. Y tener tiempo para estar con los niños, con los ancianos y con los enfermos no

[18] Ha habido algunos malentendidos con respecto a lo que hemos dicho a propósito de los comedores. Han surgido confusiones análogas en la discusión tanto en Italia como en otros países a propósito del salario para el trabajo doméstico. Tal como hemos explicado con anterioridad, el trabajo doméstico está institucionalizado, al igual que el trabajo de fábrica, y nuestro fin último es destruir ambas instituciones. Pero, más allá de la demanda concreta que se discuta, se malentiende qué es una demanda. Es un objetivo que no representa sólo algo, sino, al igual que el capital en todo momento, representa en esencia un estadio del antagonismo de las relaciones sociales. El que los comedores o el salario que consigamos sean una victoria o una derrota depende de la fuerza de nuestra lucha. De esta fuerza depende que el objetivo sea una oportunidad para que el capital organice de forma más racional el poder de mando sobre nuestro trabajo o una oportunidad para que nosotras debilitemos su posesión de tal poder de mando. La forma que adopte el objetivo cuando lo obtengamos, el que se trate de salario o de comedores o de acceso a métodos de control de la natalidad, surge y se crea de hecho en la lucha y registra la cota de poder que hemos alcanzado en esa lucha.

quiere decir poder correr a hacer una visita rápida a esos garajes de niños que son las guarderías o a los asilos de ancianos o a las residencias de minusválidos, sino que quiere decir que nosotras, que hemos sido las primeras excluidas, tomemos la iniciativa de esta lucha para que todas estas personas, igualmente excluidas, niños, ancianos, minusválidos, participen de la riqueza social para poder estar con nosotras y con los hombres, entre nosotros, de forma tan autónoma como queremos estar nosotras mismas; porque su exclusión del proceso social directamente productivo, de la vida social, al igual que la nuestra, es producto de la organización capitalista.

Por consiguiente, rechazamos el trabajo del hogar como trabajo femenino, como trabajo impuesto, que las mujeres nunca han inventado, que no ha estado nunca pagado, que nos han obligado a gestionar con tiempos absurdos (doce, trece horas al día) para forzarnos a permanecer en el hogar.

Salgamos de casa: rechacemos el hogar en la medida en que queremos unirnos con las demás mujeres para luchar contra todas las situaciones que presuponen que las mujeres están en casa, para conectarnos con todas las situaciones que presuponen que la gente se queda en guetos, ya sea el gueto del jardín de infancia, del colegio, del hospital, del asilo o de las zonas chabolistas. Abandonar el hogar es ya una forma de lucha, porque así estos servicios sociales ya no se desarrollarán en esas condiciones y, necesariamente, todos los que trabajan pedirán que el capital los organice, que recaiga sobre él tal carga: con tanta mayor violencia cuanto más violento, decidido y masificado sea este rechazo del trabajo doméstico por parte de las mujeres.

La familia obrera es el punto más difícil de romper. Porque es el sostén del obrero como obrero y, por el mismo motivo, el sostén del capital. *Porque de esta familia depende el sostén de la clase, la supervivencia de la clase, pero a expensas de la mujer, contra la propia clase*. La mujer dentro de esta familia es la sierva del obrero y su prestación garantiza la explotación del hombre que depende de ella. Al igual que el sindicato, la familia protege al obrero pero al mismo tiempo garantiza que tanto él *como ella* no sean nunca otra cosa que obreros. Y éste es el motivo por el que la lucha de las mujeres de clase obrera contra la familia es decisiva.

Abandonar el hogar, decíamos, es una forma de lucha. Encontrarse con las demás mujeres que trabajan en casa, en casa y fuera, nos hace apropiarnos de los demás momentos de lucha.

En la medida en que nuestra lucha es una lucha contra el trabajo, está inscrita en la lucha general que la clase obrera lleva a cabo contra el trabajo. Pero en la medida en que la explotación del trabajo doméstico ha tenido y tiene una especificidad histórica, ligada a la subsistencia del núcleo familiar, esta lucha tiene una especificidad de trayectoria que pasará por la destrucción del núcleo familiar tal como lo ha construido el orden capitalista, determinando, por lo tanto, una nueva dimensión de la lucha de clases.

B)

El rol femenino, sin embargo, no es el de mera proveedora no asalariada de servicios sociales. Como se viene diciendo desde el principio, el encierro de la mujer en una función complementaria y subordinada al hombre en el núcleo familiar ha tenido como presupuesto la laceración de su integridad física. Obligándola, en Italia con la eficaz ayuda de la Iglesia católica, que siempre ha definido a la mujer como un ser inferior, primero a la abstinencia prematrimonial y, después del matrimonio, a una sexualidad reprimida destinada únicamente a la procreación, forzada a la procreación, se ha creado un rol femenino de «madre heroica y esposa feliz» cuyo sexo es pura sublimación, cuya función es, sobre todo, de receptáculo de las funciones emotivas de los demás, de almohadilla de los antagonismos familiares. Aquello que se tilda de frigidez femenina debe, pues, ser redefinido como imposición de una receptividad pasiva incluso en la función sexual en sentido estricto.

Pues bien, lo que se torna «productivo» es justamente esta pasividad de la mujer en la familia: en primer lugar, porque la mujer se convierte gracias a ella en el centro de descarga de la opresión del trabajo con la que se encuentra el hombre fuera y, al mismo tiempo, en el sujeto sobre el que el hombre puede ejercer el ansia de poder que el dominio de la organización del trabajo induce en él; y, por lo tanto, en este sentido, la mujer se vuelve «productiva» para la organización capitalista en tanto válvula de escape de las tensiones sociales. En segundo lugar, la mujer se vuelve «productiva» en tanto que la propia frustración general de su autonomía personal hace que sublime esta frustración en una serie de necesidades continuas que tienen siempre el hogar como centro de realización y son el equivalente consumista del perfeccionismo laboral. Desde luego que no nos corresponde a nosotras enseñar a otras mujeres qué es lo que deben meter en sus casas. Nadie puede definir las necesidades de otro. Pero nos interesa organizar la lucha que haga caer estas sublimaciones.

Utilizamos la palabra «sublimación» a propósito. La frustración que se deriva de los servicios domésticos monótonos y repetitivos y la que se deriva de la pasividad sexual sólo pueden separarse con las palabras. La creatividad sexual y la creatividad en el trabajo son ambas ámbitos donde la necesidad humana requiere que demos –como dice Marx– un campo de acción indeterminado a nuestros «poderes naturales y adquiridos»[19]. Para las mujeres (y por lo tanto para los hombres), los poderes naturales y adquiridos se reprimen a la par. La receptividad pasiva de la mujer crea el perfeccionismo laboral del ama de casa y puede hacer terapéutica la monotonía de la cadena de montaje. La banalidad de la mayor parte del trabajo doméstico y la disciplina que se requiere para hacer el mismo trabajo todos los días, todas las semanas, todos los años, el doble los días de fiesta, destruye la posibilidad de una sexualidad desinhibida. Nuestra infancia es la preparación para el sacrificio: nos enseñan a disfrutar de un sexo desodorizado y de sábanas «cada vez más blancas», a sacrificar la sexualidad y, al mismo tiempo, cualquier otra actividad creativa.

Hasta ahora, el Movimiento Feminista, en especial con la desmitificación del orgasmo vaginal, ha denunciado el mecanismo físico que ha permitido que el hombre defina y limite estrechamente el potencial sexual de las mujeres. Ahora podemos empezar a reintegrar la sexualidad con otros aspectos de la creatividad, a constatar que la sexualidad estará siempre aplastada mientras el trabajo que hagamos nos mutile a nosotras y nuestras capacidades individuales y mientras las personas con las que tenemos relaciones sexuales sean nuestros patrones y estén también ellos mutilados por *su* trabajo. Hacer estallar el mito vaginal requiere autonomía femenina contra la subordinación y la sublimación. Pero no se trata sólo del clítoris contra la vagina, sino de ambos contra el útero. O bien la vagina es ante todo la pasarela para la reproducción de la fuerza de trabajo vendida como mercancía, es decir, para la función capitalista del útero, o bien forma parte de nuestro bagaje social. La sexualidad es la más social de las expresiones, la comunicación humana más profunda. En este sentido, constituye la disolución de la autonomía. La clase obrera organiza en tanto clase su superación como clase; dentro de esta clase, nosotras nos organizamos autónomamente para crear las bases para la superación de esta autonomía.

Mientras descubrimos nuestro modo de ser y de organizarnos en la lucha, debemos enfrentarnos con quienes están demasiado deseosos de atacar a las mujeres, incluso cuando se convierten en movimiento. Ellos sostienen que, al posicionarse contra su anulación, a través del trabajo y a través del consumo, la mujer es responsable de la falta de unidad de clase. Hagamos entonces una lista parcial de los pecados de los que se la ha acusado. Ellos dicen que:

1. Ella quiere una parte mayor del salario del marido para comprarse, por ejemplo, vestidos para ella y para los niños, no basándose en lo que él cree que ella necesita, sino en lo que ella cree que debe tener para ella y para los niños. Él trabaja duro para procurar dinero. Ella no pide más que una distribución distinta de su falta de riqueza, en lugar de sostener la lucha que él libra por una riqueza y un salario mayores.

[19] K. Marx, *El Capital* I, Tomo II, cit., p. 230: «[La gran industria] convierte en una cuestión de vida o muerte sustituir la disponibilidad absoluta del hombre para las necesidades variables del trabajo por esa monstruosidad que es una población obrera miserable disponible, mantenida en reserva de cara a las necesidades variables de explotación del capital; sustituir al individuo plenamente desarrollado, para el que las distintas funciones sociales constituyen modos alternantes de actividad [en el sentido de poderes naturales y adquiridos], por el individuo parcial, mero portador de una función social de detalle» [traducción corregida a partir de la versión original].

2. Ella entra en rivalidades con otras mujeres por tener más cosas que la mujer de la puerta de al lado, en virtud del mismo mecanismo por el que su casa debe estar más limpia y más en orden que la de sus vecinas. No se alía con ellas como debería en virtud de su clase.

3. Ella se encierra en casa y es incapaz de entender la lucha de su marido en la fábrica. Llega incluso a parecerle criticable que él haga huelga, en lugar de apoyarlo. Vota por la conservación social.

Éstas son algunas de las razones por las que consideran reaccionaria a la mujer o, en la mejor de las hipótesis, atrasada, incluso hombres que tienen papeles de liderazgo en las luchas de fábrica y que parecen más capaces de entender la naturaleza de los modelos sociales porque son militantes políticos. Se les hace fácil condenar a las mujeres por lo que consideran un atraso, ya que ésta es la ideología predominante en la sociedad. Pero no añaden que se han beneficiado de la subordinación de las mujeres, que les han cuidado desde que nacieron. Algunos ni siquiera se dan cuenta que les han cuidado, tan natural les resulta que madres, hermanas e hijas sirvan a «sus» hombres. Y a nosotras nos es verdaderamente difícil, por otra parte, separar su supremacía masculina innata de su ataque, que parece ser siempre «político» en sentido estricto, que parece lanzado sólo en beneficio de la clase.

Examinemos la cuestión más de cerca.

1. Las mujeres no hacen de la casa un centro de consumo. El proceso de consumo es integral con respecto a la producción de la fuerza de trabajo y si las mujeres se negasen a hacer la compra, a «gastar», estarían haciendo una huelga. Una vez dicho esto, sin embargo, debemos añadir que con frecuencia las mujeres intentan compensar las relaciones sociales de las que se ven privadas, en tanto que separadas de un trabajo organizado socialmente, comprando cosas. Si esto es algo superfluo o no depende del punto de vista y del sexo de quien lo juzgue: los intelectuales compran libros pero nadie considera tal consumo superfluo. Con independencia de la validez mayor o menor del contenido, el libro en esta sociedad representa todavía, gracias a una tradición iniciada antes del capitalismo, un valor masculino.

Hemos dicho ya que las mujeres compran cosas para la casa porque la casa es la única prueba de que existen. Pero la idea de que el no consumo es de algún modo una liberación es tan vieja como el capitalismo y proviene de los capitalistas que echan siempre a los obreros la culpa de la condición obrera. Durante años, los negros de Harlem sufrieron las amonestaciones de buenos liberales que les decían que si hubiesen dejado de conducir Cadillacs –hasta que las empresas que los vendían a plazos los hubiesen retirado–, se habría resuelto el problema del color. Hasta que la violencia de su lucha (que era la única respuesta adecuada) dio la medida de su poder social, esos Cadillacs eran uno de los pocos modos de mostrar su potencial de poder. Y esto, y no la frugalidad, era lo que inducía a los liberales a la recriminación.

En todo caso, nada de lo que compramos nos sería necesario si fuésemos libres. Ni el alimento de mala calidad que nos suministran, ni los vestidos que hacen clase, sexo y generación, ni las casas en las que nos meten.

En todo caso, nuestro problema es que no tenemos nunca bastante, no que tengamos demasiado. La presión que ejercen las mujeres sobre los hombres es una *defensa, no un ataque al salario*. Precisamente en tanto que las mujeres son las siervas de los obreros, los hombres dividen el salario entre ellos y los gastos generales de la familia. Si las mujeres no pidiesen nada, el nivel general de vida de la familia descendería, absorbido por la inflación, y las mujeres, como es lógico, serían las primeras en sufrir las consecuencias. Por ello, sin presión femenina, la familia funcionaría una vez más en el sentido de absorber la caída del salario real[20]. Por consiguiente, éste es el modo material más directo por el cual pueden las mujeres defender el nivel de vida de su clase. ¡Y cuando salgan para las reuniones políticas, necesitarán aún más dinero!

2. En cuanto a la «rivalidad» entre mujeres, Frantz Fanon ha explicado respecto del Tercer Mundo algo que sólo el racismo impide que se aplique en general a la clase. Los colonizados, dice él, cuando no se organizan contra sus opresores, se cortan el cuello unos a otros. La presión por aumentar el consumo puede a veces expresarse bajo la forma de «rivalidad», a pesar de lo cual, tal como hemos dicho, garantiza el nivel general de vida de la clase. Al contrario de la rivalidad sexual femenina, que tiene sus raíces en la dependencia económica y social de las mujeres con respecto a los hombres. En la medida en que las mujeres viven para los hombres, se visten para los hombres y trabajan para los hombres, y son manipuladas por los hombres a través de esta rivalidad[21].

[20] J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* México, DF, FCE, [1936] 1997, pp. 23-24: «La otra y más importante objeción que desarrollaremos en los capítulos siguientes surge de nuestra inconformidad con el supuesto de que el nivel general de los salarios reales está directamente determinado por el carácter de los convenios sobre salarios [...] trataremos de demostrar que, en primer término, son *otras varias las fuerzas* que determinan el nivel general de los salarios reales [...]. Vamos a sostener que ha existido una *confusión fundamental respecto a la forma en que opera en realidad a este respecto la economía en que vivimos*» [la cursiva es mía]. Estas *«otras varias fuerzas»,* desde nuestro punto de vista, son ante todo las mujeres.

[21] Se ha observado que muchos de los bolcheviques, después de 1917, encontraron pareja femenina entre la aristocracia venida a menos. Cuando el poder se mantiene en manos de los hombres, tanto a escala de Estado como de las relaciones individuales, los viejos criterios de elección de las mujeres como «presa sometida a la lujuria de la comunidad» (K. Marx, *Opere filosofiche giovanili,* cit., p. 244) siguen perpetuándose. La estirpe de los nuevos zares se remonta lejos. Ya en 1921, entre las «Decisiones del III Congreso de la Internacional Comunista», se puede leer en la parte I del capítulo sobre el «Trabajo entre las mujeres»: «El Tercer Congreso de la Internacional Comunista confirma la afirmación fundamental del marxismo revolucionario, es decir, que no hay ninguna "cuestión femenina es-

En cuanto a la rivalidad por el hogar, a las mujeres se las adiestra desde la más tierna infancia para que sean obsesivas y posesivas con un hogar «ordenado y pulcro». Pero los hombres no pueden seguir disfrutando del privilegio de tener una sierva personal y lamentarse por los efectos de la «servidumbre personal». *Si se lamentan, debemos concluir que su ataque a nuestra rivalidad es en realidad una apología de nuestra servidumbre.* Si no es acertado el punto de vista de Frantz Fanon de que el conflicto entre colonizados es una expresión del bajo nivel de organización, entonces el antagonismo es una señal de incapacidad natural. Cuando llamamos al hogar gueto, podemos llamarlo con idéntica precisión colonia gobernada por la metrópoli a través de la jerarquía local. La solución al antagonismo recíproco de los colonizados radica en la lucha autónoma. Las mujeres han superado obstáculos mucho mayores que la rivalidad a la hora de unirse a la lucha en apoyo de los hombres. En lo que las mujeres han salido menos victoriosas es en la profundización y en la transformación de los momentos de lucha en otras tantas oportunidades para plantear sus propias demandas. La lucha autónoma invierte la cuestión: no serán «las mujeres que se unen en apoyo de los hombres», sino «los hombres que se unen en apoyo de las mujeres».

3. ¿Qué ha impedido con anterioridad la actividad política de las mujeres? ¿Por qué ha llegado algunas veces a ser posible utilizarlas contra la huelga? ¿Por qué, en otras palabras, la clase no es unidad? Desde el inicio de estas páginas, hemos postulado la centralidad de la exclusión de las mujeres de la producción socializada. Ésta es una característica objetiva de la organización capitalista: trabajo socializado en las fábricas, trabajo aislado en el hogar. Este modo queda reflejado subjetivamente en el modo en que los obreros de fábrica se organizan de forma separada del campo social. ¿Qué se debe hacer en el campo social? ¿Qué deben hacer las mujeres? ¿Sostener, ser apéndices de los hombres en el hogar y en la lucha, incluso formar grupos supeditados al sindicato? Esta división y este tipo de división constituyen la historia de la clase. En cada estadio de lucha, se ha utilizado a los sectores de clase más periféricos contra los que estaban en el centro del ciclo productivo, en mayor medida cuanto más ignoraban éstos a aquéllos. Ésta es, precisamente, la historia del sindicato, por ejemplo en Estados Unidos, cuando se utilizó a los obreros negros como esquiroles, nunca, en todo caso, con tanta frecuencia como se ha intentado hacer creer a los obreros blancos. A los negros, como a las mujeres, se les identifica de inmediato y las relaciones de esquirolismo refuerzan los prejuicios que nacen de divisiones objetivas: el blanco en la cadena de montaje y el negro que barre alrededor de sus pies o el hombre en la cadena de montaje y la mujer que barre alrededor de sus pies cuando vuelve a casa.

Los hombres, cuando son ellos los que rechazan el trabajo, se consideran militantes, pero cuando somos nosotras las que lo rechazamos, nos consideran lunáticas intratables. Cuando votamos por la conservación social, porque nos hemos visto excluidas de la lucha política, consideran que estamos atrasadas, mientras ellos votan por partidos que sólo les han malvendido, sin reconocer que nosotras existimos como algo más que apéndices potenciales.

pecífica", ni ningún "movimiento femenino específico", y que cualquier tipo de alianza de mujeres de clase obrera con el feminismo burgués, así como cualquier apoyo de las mujeres de clase obrera a la táctica traidora de los socialintrigantes y de los oportunistas acaba por minar las fuerzas del proletariado [...] para acabar con la esclavitud de las mujeres es necesario inaugurar la nueva organización comunista de la sociedad [...]». Como se ve, la teoría era masculina, pero la práctica era directamente «neutralizadora». Y citamos de uno de los padres fundadores: en la primera Conferencia Nacional de las Mujeres Comunistas, el 26 de marzo de 1922, «el compañero *Gramsci* destacó que se debe organizar una acción especial entre las mujeres del hogar, que constituyen la gran mayoría de las proletarias y que con la creación de organizaciones especiales deberían estar de algún modo vinculadas con nuestro Movimiento. Las mujeres del hogar, por la cualidad de su trabajo, pueden compararse con los artesanos, por lo que difícilmente serán comunistas; sin embargo, en tanto que compañeras de obreros y seres de algún modo de su vida, se ven llevadas hacia el comunismo. Nuestra propaganda puede, pues, influir sobre estas mujeres del hogar; puede servir, si no para encuadrarlas en nuestras organizaciones, sí para neutralizarlas, de manera que no constituyan un impedimento en las eventuales luchas de los obreros» [*Compagna* I, 3, p. 2, 2 de abril de 1922].

C)

El tercer aspecto del rol femenino en la familia es que, por los motivos ya considerados de laceración personal, la mujer se convierte en la principal figura represiva y disciplinadora de todos los miembros de la familia misma, tanto en el plano ideológico como en el psicológico. La mujer puede vivir bajo la tiranía del marido, del hogar, la tiranía de esforzarse por ser «madre heroica y esposa feliz», mientras toda su existencia niega este ideal. Aquellos tiranizados y privados de poder son, con las nuevas generaciones, durante los primeros años de vida, reproductores de trabajadores dóciles y jefecillos, del mismo modo que hace la maestra en el colegio (de este modo, la mujer es cómplice del marido: no es casual que existan asociaciones progenitores-docentes). En tanto que responsable de la reproducción de la fuerza de trabajo, la mujer, por un lado, disciplina a los hijos que trabajarán el día de mañana y, por otro, disciplina al marido, que trabaja el día de hoy y de cuyo solo salario depende la subsistencia de toda la familia.

Pues bien, a partir de todo lo considerado hasta el momento, sin adentrarnos en el análisis de los meandros de los mecanismos psicológicos, nos basta haber identificado y bosquejado la esencia de esta productividad femenina doméstica que pasa a través del rol global que la mujer desempeña (además de pasar, en particular, a través del trabajo doméstico con el que carga de forma gratuita). Planteamos, por lo

tanto, como cuestión preliminar, la exigencia de romper este rol que quiere divididas a las mujeres, unas de otras y respecto de los hombres, de los niños, cada una en su familia como crisálida en su capullo, que se encierra con su propio trabajo para morir y dejar la seda al capital. Rechazar todo esto, tal como hemos dicho a lo largo de estas observaciones, quiere decir, para las amas de casa, reconocerse también como sección de clase, la más degradada de ellas en tanto que no pagada.

Su posición en la lucha global de la mujer es decisiva en tanto que viene a minar el pilar de la organización capitalista actual, esto es, la familia.

Por lo tanto, todo objetivo que tienda a recuperar la individualidad de la mujer contra esta figura complementaria de todo y de todos que es el ama de casa vale la pena que se plantee como objetivo subversivo de la posibilidad de este rol.

En este sentido, todos los objetivos que sirvan para restituir a la mujer la integridad de sus funciones físicas fundamentales, empezando por la sexual, que fue, junto con la invención laboral, la primera en serle arrebatada, deben plantearse con la máxima urgencia.

No es casual que la investigación anticonceptiva se haya desarrollado con un retraso considerable. No es casual que el aborto esté prohibido casi a escala mundial o que a lo sumo se permita con fines terapéuticos.

Sublevarse por estas cosas no es hacer un reformismo fácil. La gestión capitalista de estos asuntos replantea una y otra vez la discriminante de clase y la discriminante femenina específicamente. ¿Por qué las mujeres proletarias, las mujeres del Tercer Mundo, hacen de cobayas de estas investigaciones? ¿Por qué el problema anticonceptivo sigue planteándose como problema femenino? Empezar a luchar para subvertir la gestión de estas cosas es sublevarse desde el punto de vista de la clase y desde un punto de vista específicamente femenino. Ligar estas luchas con la lucha contra la maternidad considerada responsabilidad exclusiva de las mujeres, contra el trabajo doméstico considerado como trabajo femenino, en el extremo, contra todos los modelos que el propio capital ofrece como ejemplos de emancipación femenina y que no son sino burdas copias del rol masculino, es luchar contra la división y la organización del trabajo.

Por sintetizar, hay que destruir el rol del ama de casa, tras cuyo aislamiento se ha ocultado el trabajo social. Pero las alternativas están definidas de manera estrecha. Hasta ahora, el mito de la incapacidad femenina, arraigado en la mujer aislada en el hogar, dependiente del salario de otro y, por ello, modelada por la conciencia de otro, se ha roto a través de una única alternativa: la de la mujer que se hacía con un salario propio, rompiendo con la dependencia económica, construyendo una experiencia propia e independiente con el mundo exterior, prestando trabajo dentro de una estructura socializada, ya fuese la fábrica o la oficina; y emprendía allí sus propias formas de rebelión social por añadidura a las formas tradicionales de lucha de clases. *La llegada del movimiento de liberación feminista constituye el rechazo de esta alternativa.*

El capital ha intentado e intenta utilizar el impulso que ha creado el Movimiento –el rechazo por parte de millones de mujeres del puesto tradicional de la mujer– para recomponer la fuerza de trabajo con un creciente número de mujeres. El Movimiento sólo puede desarrollarse en oposición a esta alternativa. Con el hecho mismo de existir, ya expresa y deberá expresar con una acción cada vez más articulada la necesidad del rechazo feminista del mito de la liberación a través del trabajo.

Hemos trabajado bastante. Hemos recogido millones de toneladas de algodón, lavado millones de platos, raspado millones de suelos, mecanografiado millones de palabras, puesto los hilos de millones de radios, lavado millones de pañales a mano y a máquina. Cada vez que nos han «abierto puertas» para entrar en alguna fortaleza masculina, nos han abierto a una nueva cota de explotación. Tenemos que hacer de nuevo referencia, aunque de otro modo, al subdesarrollo del Tercer Mundo y al subdesarrollo en la metrópoli, más específicamente, en las cocinas de la metrópoli. El plan capitalista ofrece al Tercer Mundo «desarrollarse»: lo cual quiere decir, además del purgatorio presente, sufrir también el purgatorio de la contrarrevolución industrial. A las mujeres de la metrópoli se les ha ofrecido la misma «ayuda». Pero aquellas entre nosotras que han salido de casa para trabajar, por necesidad de supervivencia o para los denominados gastos personales o por independencia económica, han puesto en guardia a las demás: la inflación nos ha dejado atadas al condenado consorcio de las mecanógrafas o a la cadena de montaje y en todo esto no hay salvación. Debemos rechazar el desarrollo que nos ofrecen. Con todo, la lucha de la mujer que trabaja fuera no va dirigida a volver al aislamiento del hogar, por más que algunas veces los lunes por la mañana el hogar pueda parecer atractivo. Del mismo modo, la lucha del ama de casa no va dirigida a cambiar la prisión doméstica por la atadura a la mesita de la máquina de escribir o a la cadena de montaje, por más que el trabajo fuera pueda parecer atractivo en comparación con la soledad de la vivienda.

Las mujeres deben redescubrir por completo sus posibilidades, que no son ni hacer calceta ni de capitán de altura.

O, mejor dicho, se pueden hacer también todas estas cosas, pero la posición que estas cosas tienen en la actualidad está por completo inscrita en la historia del capital.

El reto del Movimiento Feminista consiste en encontrar modos de lucha que, liberando a la mujer del hogar, por un lado, le eviten una doble esclavitud y, por otro, quiten espacio a una nueva posibilidad de control y de sometimiento capitalistas. En el fondo, ésta es la discriminante entre reformismo y política revolucionaria en el Movimiento Feminista.

Parece que mujeres genio ha habido pocas. Fundamentalmente, no podía haber mujeres genio desde el momento en que, al estar excluidas del proceso social, no se sabe en qué materia podrían habérselas ingeniado. Ahora hay una materia, la propia lucha.

Freud dijo, entre otras muchas cosas, que toda mujer, desde el momento de su nacimiento, sufre una frustración por no tener pene. Le faltó añadir que este sentimiento de frustración nace en el momento en que se da cuenta de que tener pene quiere decir tener poder. Y ni mucho menos puso esto en relación con el hecho de que el poder tradicional del pene abrió una nueva etapa de su historia cuando la separación entre hombre y mujer se convirtió en una separación capitalista.

Nuestra lucha parte de aquí.

Padua, 29 de diciembre de 1971

Intervención I
Una huelga general*

Ésta es la parte final de un discurso pronunciado el 10 de marzo de 1974, durante una semana de acción organizada por el Comité Triveneto por un Salario para el Trabajo Doméstico, en conmemoración del Día Internacional de las Mujeres y a modo de lanzamiento de la campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico en Italia.

Hoy, el Movimiento Feminista inaugura en Italia la campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico. Como habréis oído en las canciones, como habréis visto en la exposición fotográfica, como habréis leído en las pancartas, las cuestiones que estamos planteando hoy son muchas: las brutales condiciones en las que tenemos que enfrentarnos al aborto, el sadismo al que estamos sometidas en las clínicas de obstetricia y ginecología, nuestras condiciones laborales –en los puestos de trabajo fuera del hogar nuestras condiciones son siempre peores que las de los hombres y en casa trabajamos sin salario–, el hecho de que los servicios sociales o no existen o son tan malos que nos da miedo dejar que nuestros hijos los utilicen, etcétera.

Ahora bien, llegados a este punto, habrá gente que pueda preguntar cuál es la conexión entre la campaña que estamos inaugurando hoy, la campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico, y todas esas cosas que hemos planteado hoy, que hemos sacado a la luz y contra las que estamos luchando. Todas esas cosas de las que hemos hablado, sobre las que hemos compuesto canciones, que hemos mostrado en nuestra exposición y en películas.

* M. Dalla Costa, «A General Strike», en W. Edmond y S. Fleming, *All Work and No Pay. Women, Housework and the Wages Due,* Power of Women Collective y Falling Wall Press, 1975.

Creemos que la debilidad de todas las mujeres –esa debilidad que está detrás de que se nos haya borrado de la historia, que está detrás de que, cuando dejamos el hogar, debamos enfrentarnos a los trabajos más repugnantes, infrapagados e inseguros–, esta debilidad se basa en que todas nosotras, las mujeres, hagamos lo que hagamos, estamos desde el principio agotadas y exhaustas por 13 horas de trabajo doméstico que nadie ha reconocido nunca y por el que nadie ha pagado nunca.

Y ésta es la condición básica que obliga a las mujeres a contentarse con guarderías como la «Pagliuca», «Celestini» u «OMNI»[22]. Esta debilidad nos obliga a pagar medio millón de liras por un aborto y esto, digámoslo alto y claro, sucede en todas las ciudades y en todos los países (y, para colmo, nos arriesgamos a la muerte y a la cárcel).

Todas nosotras hacemos trabajo doméstico: es lo único que todas las mujeres tenemos en común, la única base en torno a la cual podemos reunir nuestro poder, el poder de millones de mujeres.

No es casual que los reformistas de todas las calañas se hayan cuidado mucho de soslayar siempre la idea de que nos organicemos a partir del trabajo doméstico. Siempre se han negado a reconocer el trabajo doméstico como trabajo, precisamente porque es el único trabajo que todas nosotras tenemos en común. Una cosa es enfrentarse a doscientas o trescientas trabajadoras en una fábrica de zapatos y otra muy distinta enfrentarse a millones de amas de casa. Y, como todas las trabajadoras fabriles son amas de casa, otra cosa bien distinta es enfrentarse con esas doscientas o trescientas trabajadoras fabriles unidas a millones de amas de casa.

Pero esto es lo que hoy, en esta plaza, estamos poniendo a la orden del día. Éste es el primer momento de organización. Hemos decidido organizarnos en torno al trabajo que todas nosotras hacemos, para tener el poder de millones de mujeres.

Para nosotras, por lo tanto, *la demanda de un Salario para el Trabajo Doméstico es una demanda directa de poder, porque el trabajo doméstico es lo que millones de mujeres tienen en común.*

Si los millones que somos podemos organizarnos en torno a esta demanda –y ya hoy estamos bastantes de nosotras aquí, en esta plaza–, podremos conseguir tanto poder que ya no tendremos que estar en una posición de debilidad cuando salgamos de casa. Podremos introducir condiciones laborales nuevas en el propio trabajo doméstico: si tengo dinero en el bolsillo que es mío puedo comprarme hasta un lavavajillas, sin sentirme culpable y sin tener que suplicar a mi marido durante meses y meses porque él, que no lava los platos, considera que un lavavajillas es innecesario.

Así que si tengo dinero que es mío, dinero que me pagan a mí, que me dan en mano, puedo cambiar las condiciones del propio trabajo doméstico. Es más: *podré elegir* cuándo quiero salir a trabajar. Si cobro 120.000 liras por el trabajo doméstico que hago, no me volveré a vender por 60.000 liras en una fábrica textil o como secretaria de alguien o como cajera o acomodadora en el cine. Asimismo, si tengo ya en mis manos cierta cantidad de dinero, si cuento ya con el poder de millones de mujeres, podré imponer una calidad completamente nueva en los servicios, guarderías, comedores y todas esas prestaciones que son indispensables para reducir las horas de trabajo y permitir que tengamos una vida social.

Hay algo más que queremos decir. Durante mucho tiempo –con particular fuerza en los últimos diez años, pero digamos que siempre– los trabajadores varones han salido a luchar contra sus jornadas de trabajo y por más dinero y se han reunido en esta plaza.

En las fábricas de Porto Marghera, ha habido muchas huelgas, muchas luchas. Todos recordamos las marchas de trabajadores varones que empezaban en Porto Marghera, cruzaban el puente de Mestre y llegaban aquí, a esta plaza.

Pero dejemos algo claro. *Ninguna huelga ha sido hasta ahora una huelga general.* Cuando la mitad de la población trabajadora está en casa, en la cocina, mientras los demás están en huelga, *no se trata de una huelga general.*

Nunca hemos visto una huelga general. Sólo hemos visto salir a la calle a hombres, por lo general hombres de las grandes fábricas; mientras sus mujeres, hijas, hermanas y madres seguían guisando en la cocina.

Hoy en esta plaza, con la inauguración de nuestra movilización por un Salario para el Trabajo Doméstico, ponemos a la orden del día *nuestras jornadas laborales, nuestras vacaciones, nuestras huelgas y nuestro dinero.*

Cuando alcancemos cotas de poder que nos permitan reducir nuestra jornada laboral de 13 o más horas a 8 horas o incluso menos, cuando podamos a la vez poner a la orden del día nuestras vacaciones –porque no es un secreto para nadie que los domingos y los periodos de descanso las mujeres no tienen vacaciones–, entonces, tal vez podamos hablar por primera vez de una huelga «general» de la clase obrera.

Mariarosa Dalla Costa
Mestre (Italia), marzo de 1974

[22] «Pagliuca» y «Celestini» son ambas guarderías conocidas por su crueldad. «OMNI» es el nombre que recibían las guarderías públicas, mal equipadas y peor gestionadas.

2 Reproducción y emigración*

Introducción

1. Por lo menos desde finales del siglo XIX, la economía política, bajo la supuesta cuestión del *optimal size of population,* tamaño ideal de la población, se plantea en realidad el problema del dominio estatal de los índices de fertilidad y natalidad de cara a la ampliación o contracción del mercado de trabajo, el *optimal size of the State* [tamaño ideal del Estado] y, con él, las guerras imperialistas, con su duro precio en «carne de cañón».

Justamente a lo largo del siglo XIX, el índice de natalidad empieza a descender en todos los países europeos, a excepción de Francia, donde este descenso había comenzado ya en el último cuarto del siglo XVIII.

El otro aspecto del problema era que el *incremento de la población* avanzaba, dentro de ciertos niveles, en *proporción inversa a su bienestar* y esta constatación[1], aunque por un lado aminoraba las alarmas malthusianas de superpoblación, por otro disminuía las esperanzas gubernamentales de un desarrollo siempre garantizado por una reproducción adecuada de la fuerza de trabajo.

Hemos dicho: dominio estatal de los índices de fertilidad y natalidad y esto significa ante todo *dominio estatal* del *destino de la mujer,* de su posibilidad o no de ser un «individuo social» y no un mero apéndice de un plan estatal de desarrollo o estancamiento económico.

---

* M. Dalla Costa, «Riproduzione e emigrazione», en VVAA, *L'operaio multinazionale in Europa,* Milán, Feltrinelli, 1977.

[1] Véanse T. Sadler, *The Law of Population,* Londres, 1830; y T. Doubleday, *The True Law of Population,* Londres, 1853. Estos dos autores observaron que el incremento de la población está en pro-

El Estado sólo se preocupa de la divergencia entre índice de fertilidad e índice de natalidad cuando se considera que este último es *bajo*. Y, de hecho, su respuesta es la abolición de cualquier método anticonceptivo y de las prácticas abortivas. En este sentido, tanto el nazismo como el fascismo han sido típicos: pero sólo dentro de lo que eran los lindes nacionales de la Alemania hitleriana y de la Italia mussoliniana (no en las colonias). Sin embargo, el Estado se desentiende de tal divergencia, es decir, se muestra brutalmente indiferente, ignora que la mujer aborta y cómo aborta, cuando el índice de natalidad se estima al menos suficiente.

En estas páginas, no nos interesa tanto enumerar las variables independientes que modifican la actitud del Estado. Nos interesa más bien tener presente que el interés del Estado en modificar el índice de natalidad –y, en segundo orden, el de fertilidad– varía en el tiempo y en el espacio y –lo que más cuenta– varía también dentro de una continuidad de régimen.

La historia demográfica de la URSS después de 1917 y de los países del Este europeo después de 1945 es una continua oscilación entre permisividad extrema y control muy rígido[2].

Sin embargo, a pesar de la aplicación de incentivos materiales, la tasa de natalidad se mantiene por debajo de las expectativas de los planificadores, en especial en la zona clave, la URSS. Y, tal como comprobaremos con más detalle, esto sucede también en el área de Europa occidental, que nos toca aquí más de cerca.

¿Cómo cabe interpretar la *resistencia de las mujeres a adecuarse a la planificación*? A nuestro juicio, hay que interpretarla simple y llanamente como *ajenidad* de las mujeres al denominado *bien común,* donde por bien común se entiende una tasa planificada de crecimiento económico que las mantenga necesariamente sujetas a largas horas de trabajo, sobre todo en la fábrica y en la oficina, como en el Este europeo, o sobre todo en el hogar y en el campo, como en algunos países de Occidente.

En su destacada obra, *World Revolution and Family Patterns* [Revolución mundial y modelos de familia][3], el sociólogo estadounidense William J. Goode sostiene que

porción inversa a su bienestar y que una mejora de la calidad de vida habría provocado una disminución de la fecundidad que alejaría el peligro de superpoblación temido por Malthus.

[2] En la URSS, hasta 1936, no hay restricción alguna a propósito del aborto; de 1936 a 1955, el aborto se somete a un control rígido. A partir de 1956, el Estado vuelve a permitir cierta liberalización. Las democracias populares, después de un importante estímulo al incremento demográfico en la posguerra, introducen, entre 1956 y 1958, una serie de medidas bastante permisivas, para luego abolirlas en la década de 1960: es el caso de Rumanía en 1966. Mientras, Checoslovaquia, Hungría y Bulgaria tienden a utilizar también para estimular el incremento demográfico incentivos materiales como el aumento de las ayudas familiares, los servicios para la infancia y los permisos especiales de excedencia para las mujeres con salario o paga.

[3] W. J. Goode, *World Revolution and Family Patterns,* Nueva York, The Free Press, 1970.

la transformación importante *no* estriba en que el índice de natalidad se haya reducido en la última generación. La reducción comenzó ya en Francia en el último cuarto del siglo XVIII, en Estados Unidos a principios del siglo XIX y antes de 1875 en Inglaterra y probablemente en Suecia y Bélgica. La transformación estriba más bien en la aceptación general de la idea de que el marido y la mujer pueden controlar el número de hijos –si lo desean; se deriva de ello que tanto la disminución como el aumento pueden tener lugar de forma más repentina que en el pasado, reajustándose rápidamente a las modificaciones de la situación de vida, como la prosperidad o la guerra o la experiencia particular de segmentos específicos de la población[4].

Podemos añadir que el *control* del número de hijos, no tanto de modo genérico por parte de la familia, sino de forma más específica por parte de la mujer, *no ha dejado de reforzarse* –como no podía ser de otra manera– precisamente porque, guerra tras guerra, el Estado volvía a entrar en crisis de credibilidad cada vez más profundas a los ojos de la «mujer y el hombre corrientes». Si a esto se añade la reacción indignada de los progenitores ante la perspectiva de no poder ofrecer a sus hijos otro futuro que el de la fábrica, es imposible no ver que la actitud de las mujeres hacia la política demográfica del Estado va ya más allá del recelo: se trata de una auténtica ajenidad de intereses, aún más evidente en países donde el Estado quiere seguir siendo el garante de altos índices de fertilidad y natalidad, como es justamente el caso de Italia. Es imposible no ver que el estrato capitalista en Italia se ha beneficiado de manera particular del crecimiento demográfico italiano, incluso del obtenido a través del régimen fascista. Podemos decir sin pestañear que si las mujeres se sustrajeron a los mandatos demográficos mussolinianos, lo hicieron a despecho y contra las leyes del Estado y de la Iglesia: el crecimiento de la natalidad fue relativamente leve[5] y la cifra de abortos se mantuvo, bajo el régimen y después, en torno a las decenas de millones.

Pero justo en la década de 1950, salía de la adolescencia la generación del hogar mussoliniano. ¿Y a dónde se dirigía el grueso de esta generación? Partiendo del campo del Norte y de todo el Sur, se dirigía hacia el *triángulo industrial* y hacia *Europa central.* No hay duda de que la provisión o no de fuerza de trabajo por parte del gobierno italiano al gobierno alemán y suizo constituía para la clase dirigente italiana ya en la década de 1950 un resorte de poder y de negociación en relación con sus socios extranjeros.

[4] *Ibid.*, p. 53.

[5] El anuario estadístico italiano, ISTAT, de 1943, ofrece los siguientes índices de fecundidad: 139,2 para el periodo de 1920-1922; 110,2 para el periodo de 1930-1932; 104,8 para el periodo de 1935-1937; 106,0 para el periodo de 1939-1940. Hay que señalar que el periodo en el que el índice de natalidad vuelve a elevarse –aunque sólo de 104,8 a 106,0– coincide con la promulgación de incentivos económicos.

Pero preguntémonos: ¿qué conclusiones debían extraer las mujeres y, en particular, las mujeres del Sur respecto de un Estado que *negocia* el flujo de fuerza de trabajo hacia el exterior?

¿No hay ninguna continuidad con el flujo –tan voluntario como pueda serlo, por cierto, en una Italia martirizada por el desempleo– de fuerza de trabajo hacia Alemania en el periodo 1939-1942, flujo acordado entre jefes de Estado?[6].

Como puede verse, el *no* de las mujeres italianas a la coerción estatal tiene motivos fundados para venir de lejos y para ir lejos.

2. Más allá del caso italiano, en términos más generales, lo que intentaremos evidenciar aquí es que *la formación a escala europea de una clase obrera multinacional* tiene sus *repercusiones sobre la historia de las mujeres como sector de clase* que, en particular *a partir de la guerra,* empieza a marcar de manera cada vez más homogénea y ampliada su especificidad de movimiento. Por consiguiente, hay que identificar y definir la *nueva cualidad* del *poder político* que esta clase expresa precisamente a partir de los *procesos de autonomía* que los *distintos sectores de clase,* ante todo el *femenino,* han puesto en marcha dentro de la propia clase.

Ante todo, el rechazo de la *procreación*.

En particular en la segunda mitad de la década de 1960[7], la caída de la tasa de natalidad se manifiesta de forma drástica en todos los países europeos y no se deriva ante todo de la difusión de métodos anticonceptivos[8].

[6] E. L. Homze, *Foreign Labor in Nazi Germany,* Princeton, Princeton UP, 1967.

[7] El profesor Roland Pressat, insigne estudioso de demografía, docente en el Instituto Nacional de Estudios Demográficos de París y ya autor de la importante obra *Analyse Démographique,* muestra con un gráfico extremadamente evidente la caída de la tasa de natalidad después de 1964 en Holanda, Reino Unido, Alemania Occidental, Francia, Bélgica y Luxemburgo en su *Population,* Londres, Penguin Books, 1973, p. 96. Se trata, en todo caso, de un hecho confirmado en general entre los demógrafos.

[8] «Further, the degree of diffusion of the latest contraceptive, at least in Europe, has not been such as to account for the recent reduction in the fertility rate», *ibid.*, p. 97 [además, el grado de difusión de los últimos métodos anticonceptivos, por lo menos en Europa, no ha sido tal como para explicar la reciente reducción de la tasa de fertilidad]. Añadimos: en los países europeos dominados por la Iglesia católica, para la enorme mayoría de mujeres, es a día de hoy toda una empresa entrar en posesión no de los métodos anticonceptivos más recientes, sino de cualquier método anticonceptivo. A este respecto, la historia irlandesa tiene una nueva heroína. La señora Mary McGee, mujer de un pescador, de 28 años, madre ya de cuatro hijos y afectada en dos ocasiones por trombosis cerebral, fue detenida el año pasado en la aduana por un funcionario que, al registrar el bolso de la señora, había descubierto un dispositivo intrauterino. Exasperada, Mary McGee se dirigió al Tribunal Superior, que, en diciembre de 1973, dictó la primera sentencia liberalizadora en la materia: «No forma parte de las competencias del Estado», dijo el Tribunal, «interferir en cuestiones tan íntimas y delicadas» (*La Stampa,* 22 de marzo de 1973, p. 3).

En particular, la natalidad cae en los estratos que menos capacidad tenían antes de controlar su fecundidad[9].

Las mujeres tienen tanta más capacidad de rechazar el poder de mando estatal respecto a la procreación cuanto más logran sustraerse de los distintos poderes de mando familiares: de los mayores, del marido, de los hijos.

Y esto es así, en una medida más o menos amplia, tanto en países con un empleo asalariado femenino alto como en aquellos con un empleo asalariado femenino bajo, tanto en países de emigración como en países de inmigración, tanto por parte de mujeres «autóctonas» como por parte de mujeres inmigrantes.

La familia, como lugar de trabajo gratuito y de dependencia personal es el terreno primario en el que la resistencia femenina consigue progresivamente hacerse masiva y organizarse.

Y cuanto más consiguen las mujeres liberarse de las constricciones familiares, más logran también *emanciparse de condiciones atrasadas de vida,* del campo sobre todo.

a) Pero, en el proceso de emancipación de los distintos poderes de mando familiares, el paso de la familia patriarcal campesina a la familia nuclear urbana marca también el *paso a una gestión diferente del salario por parte de la mujer*[10], todavía más a favor de los hijos que de sí misma.

Al desvanecerse el poder de mando de los mayores, crece el poder por parte de la mujer para gastar el salario familiar en lugar de ahorrar como querían los mayores. Y lo gastará esencialmente en una mejora de la crianza de los hijos.

Serán hijos criados con potitos, acostumbrados a la disponibilidad de cigarrillos, casetes y grabadoras.

Y esto sobre todo en áreas con un cierto nivel de industrialización. En cambio, donde esto no es posible, como en el sur de Italia, la *lucha de las mujeres que se han quedado solas,* a causa de la emigración, directamente por intereses propios, como las condiciones del barrio, el agua, el puesto de trabajo, etc., *cataliza la lucha de los jóvenes* por un cierto nivel de vida a toda costa. Y en este sentido interpretaremos la mayor «delincuencia de menores» en el Sur y los «fenómenos» análogos.

Lo que, de cualquier modo, se quiere poner en evidencia, en un caso y en otro, es que el proceso de autonomía femenina, más o menos dirigido de forma inmedia-

[9] Cfr. de nuevo R. Pressat, *Population,* cit.

[10] Ésta es una de las tesis principales desarrolladas por L. Fortunati en *Le donne contro la famiglia* [Las mujeres contra la familia], que analiza la relación entre mujer y capital en los últimos treinta años en relación con el caso italiano. Esta obra está en vías de publicación, mientras que algunas formulaciones relativas a los años de la guerra y de la primera posguerra están contenidas en L. Fortunati, «La famiglia verso la ricostruzione», en M. Dalla Costa y L. Fortunati, *Brutto ciao,* Roma, Edizioni delle donne, 1977.

ta a la mejora de la propia calidad de vida o la de los hijos, determina un nuevo tipo de generación, una nueva clase obrera, un nuevo plano de las luchas.

Es decir, este nuevo comportamiento de las mujeres, que cada vez están menos interesadas en el matrimonio *tout court* [a secas], que hacen menos hijos, que intentan por todos los medios elevar el nivel de vida de la nueva generación y de su vida, *se dejará sentir en las luchas de las fábricas:* los obreros jóvenes, inmigrantes y no, «que piensan menos en el matrimonio» (porque ya hay algun*as* que piensan mucho menos en él)[11], que cada vez más raramente son padres de una prole numerosa, que *están ya acostumbrados a luchar a toda costa* cuando el salario familiar ya no puede garantizarles cierto nivel de vida.

Claramente, las mujeres han conseguido rechazar la procreación y elevar el nivel de vida de sus hijos en algunos países mejor que en otros.

En países como Francia, Alemania y Suiza, esto quiere decir que la clase obrera logra alcanzar salarios muy altos: la mano de obra escasea y al mismo tiempo está bien acostumbrada.

En otras áreas, como la Italia meridional, la península Ibérica, el Magreb, Turquía, etc., las mujeres no consiguen tener tanto control sobre la natalidad y no logran elevar tanto el nivel de vida de sus hijos.

El *capital europeo,* que intenta comprar a los hijos del «subdesarrollo» a un precio menor que a los hijos del «desarrollo», tratando de utilizar a aquellos contra éstos, se adentra cada vez más en un *terreno de enfrentamiento con las mujeres, con la medida de su lucha, con el valor de su trabajo.*

b) Todo el *uso que se hace de la emigración,* entonces, en tanto tentativa de restablecimiento de la clase obrera en términos cuantitativos y cualitativos, como restablecimiento de una clase convenientemente disciplinada y con unas dimensiones adecuadas, constituye la *respuesta estatal al rechazo de las mujeres a la procreación,* por todo lo que este *rechazo supone* en tanto proceso de luchas e instauración de nuevas relaciones dentro de la clase. Y la clase multinacional europea es expresión directa de esto.

Hemos dicho: los años de la posguerra son para las mujeres, a escala europea, años de lucha, de rechazo del campo con su horario sin fin en el hogar y en los cultivos, de rechazo de la familia patriarcal campesina con su poder de mando ejercido

[11] B. Kremen, «Lordstown. Searching for a better Way of Work», en *New York Times,* 9 de septiembre de 1973. Joseph Goodfreys, director general del Departamento de Montaje de la General Motors, ha dicho: «Sí, los obreros de nuestras plantas tienen menos ganas que antes de hacer el máximo esfuerzo [...]. Hay mucha inquietud en el ambiente y nosotros lo notamos en la cadena de montaje –guerra, revuelta juvenil, drogas, raza, inflación, degeneración moral–. El matrimonio ya no es lo que era antes. Lo notamos. ¡Tienen la cabeza en otras cosas!».

por los hombres y por los mayores, de rechazo del pueblo con su realidad de aislamiento y de sometimiento a la intromisión eclesiástica.

Las variantes que encontramos en regiones con niveles más altos o más bajos de industrialización, de empleo asalariado femenino, de abandono total de los campos, de inmigración o emigración, no contradicen el impulso general que expresan las mujeres, de forma cada vez más homogénea, hacia la liberación de las dependencias personales, de la falta de dinero propio, de las jornadas de trabajo largas e indeterminadas.

Y resulta bastante fácil constatar la relación que conecta la insubordinación de las madres, esposas e hijas a partir del lugar de trabajo no asalariado, la familia, a la insubordinación de los hombres y de las mujeres en los lugares de trabajo asalariado.

En *Europa occidental,* en cuanto área, el uso que se hace de la *emigración* constituye la respuesta a la lucha, que se presenta con cualidades nuevas y con una relación más subversiva entre estos dos lugares.

En la medida en que el *rechazo de la procreación* es un *momento conquistado* a través de un *arco de luchas* que definen una nueva relación en el seno de la clase, entre mujeres y hombres, entre el lugar de trabajo no asalariado y el lugar de trabajo asalariado, el uso que se hace de la *emigración* es la *contraofensiva estatal* respecto al rechazo de las mujeres a procrear. Y esto no sólo porque la emigración tienda a restablecer la natalidad obrera *tout court* –como decíamos– para construir una clase convenientemente disciplinada y con unas dimensiones adecuadas: sino porque *tiende a descomponer todo ese proceso* que el rechazo de la procreación tenía tras de sí como *proceso de luchas* y de *definición de nuevas relaciones dentro de la clase:*

I. *la emigración* no sólo *afecta* al individuo que se desliga de la comunidad y de la red de organización que ésta constituye, sino a *la propia comunidad y, en primer lugar, a la mujer,* sostén de toda la comunidad, que se ve privada de ese eslabón organizativo constituido por la fuerza de trabajo más joven e independiente;

II. *con la emigración,* la fuerza de trabajo de las «zonas más atrasadas» se ve utilizada contra la fuerza de trabajo de las «zonas más avanzadas». Pero esto no sólo supone utilizar fuerza de trabajo joven inmigrante, en un momento todavía de separación y en el que no ha habido recomposición política, contra la fuerza de trabajo local que ha desarrollado ya cotas de recomposición más elevadas. Se ven asimismo afectadas las *«mujeres de las comunidades más atrasadas»,* es decir, de las comunidades donde las mujeres no han luchado tanto y han obtenido resultados más débiles, utilizando esta debilidad contra los niveles de lucha de las mujeres de las «comunidades más avanzadas», es decir, donde las mujeres han alcanzado cotas de poder más altas;

III. en la *metrópoli de «llegada», cada nueva oleada* migratoria *aleja aún más* en el tiempo y en el espacio el proceso de recomposición de las mujeres de los distintos grupos de inmigrantes y el proceso de recomposición entre mujeres in-

migrantes y mujeres autóctonas. Constituye nuevamente un desgarro del tejido que se articula entre el trabajo de los hogares y el trabajo de la fábrica, entre el trabajo de reproducción y el trabajo de producción;

IV. precisamente por todos los motivos enumerados, con la emigración se golpea *directamente*, una vez más, a las *mujeres en el lugar de trabajo fuera* del hogar, en el lugar de trabajo asalariado, donde se prefiere a los varones antes que a las mujeres.

3. La regla de preferir a los emigrantes varones parecería tener *excepciones*, en particular *después de 1968* y durante la década de 1970: asistimos a la incorporación de mujeres emigrantes en *sectores* como el *químico*, el de la *mecánica* y el del *automóvil*.

¿Cómo podemos interpretar estas incorporaciones de mujeres? ¿Tiene sentido interpretarlas como la instauración de una contratendencia en el seno del capital –las mujeres emigrantes en lugar de los inmigrantes varones– en sectores clave como los que acabamos de mencionar? Y, en términos más generales, cabe tomar estas incorporaciones como *señales* de una contratendencia capitalista más general, es decir, de la contratendencia hacia un empleo externo femenino, como la que los reformistas de distinto cuño querrían que se introdujese y por la que invitan a las mujeres a «esforzarse»?

Como veremos a lo largo de estas páginas, cuyos temas de fondo se han anticipado antes brevemente, las conclusiones que cabe extraer parecerían más bien otras.

En los sectores químico, de la mecánica y del automóvil, la incorporación de mujeres tiene lugar en las franjas más descualificadas y se presenta como intento de doblegar las cotas de lucha obrera de los estratos inmigrantes más recientes. Al mismo tiempo, sin embargo, tal como hemos apuntado y veremos de forma más clara a continuación, la autonomía femenina ha determinado ya una relación crítica entre mujeres y capital, entre mujeres y Estado, con respecto a la tasa planificada de crecimiento económico que hay que sostener por medio de niveles adecuados de reproducción, entendiéndose por ello niveles adecuados de procreación y del trabajo doméstico que sostiene tal procreación. Esta secuencia ha pasado a ser de forma cada vez más evidente el momento crítico del desarrollo, no sólo en la región europea occidental, sino, tal como apuntábamos, también en la región de Europa oriental. Y podríamos desde luego añadir: a escala mundial[12]. Hemos apuntado también la complejidad de luchas que implica el rechazo de las mujeres a procrear y, en términos más generales, a pagar el precio de la reproducción. Hemos señalado cómo este rechazo determina una nueva cota de poder dentro de la clase, ante todo para las mujeres, pero también, y de manera especial, para las generaciones de jóvenes que dependen del trabajo de las mujeres y que se sostienen gracias al trabajo de las mujeres.

[12] Sobre las contradictorias políticas que este rechazo desencadena a escala mundial resulta significativa la conferencia de Bucarest.

Si hemos postulado todo lo anterior y estas hipótesis no parecen gratuitas, todo esto constituye también el marco en el que hay que plantear el problema del significado de la incorporación de las mujeres en los sectores antes mencionados. Ante todo:

a. ¿cuán amplio alcance puede tener el intento del capital de *doblegar*, con el uso de las mujeres, *la insubordinación de los estratos más recientes*, que con frecuencia han *incorporado* ya la insubordinación de las mujeres de la comunidad de la que proceden?

b. ¿Hasta qué punto puede este uso *contar con la tradicional debilidad* política femenina en la fábrica si *las mujeres ya han abierto la lucha fuera*?

c. ¿Qué *extensión* puede tener el empleo de las mujeres en la fábrica justamente en el momento en el que *hay que estimular su función reproductiva*, una función que las mujeres, ante determinado precio de la vivienda, la fábrica, la oficina y la calidad global de vida, han aprendido a rechazar de manera irreversible?

Las hipótesis que hemos formulado antes y que intentaremos desarrollar en las páginas que siguen, aunque brevemente por el momento, definen también, a nuestro juicio, el marco global en el que plantear otro problema. A saber: el problema del «empleo femenino», más debatido en la actualidad que nunca por políticos que pretenden dar una respuesta al surgimiento internacional del Movimiento Feminista.

Precisamente a la luz de estas hipótesis, no nos parece que quepa deducir de la incorporación de las mujeres en las fortalezas masculinas de la química, la mecánica y el automóvil, la posibilidad de una contratendencia por parte del capital en la estructura del empleo femenino. Lo que quiere decir, en otras palabras, que tampoco nos parece que se pueda deducir de esta incorporación, como pretenderían algunos, la tendencia a la abolición de la separación entre mercado de trabajo masculino y femenino. Pero no es casual que quien hoy ve en la «fábrica mixta» la posibilidad de abolir tal separación, ayer ni siquiera reconocía que tal separación existía.

Con la guerra y la posguerra se rompe la relación entre producción y reproducción en lo que respecta al «equilibrio» ligado a regiones determinadas geográficamente y con determinadas cotas de comunidad

¿Por qué partir de la *Segunda Guerra Mundial*? Sin duda, ésta representó el *ataque más descomunal al valor de la fuerza de trabajo* y, con ello, el punto de partida para una reestructuración multinacional del poder de mando capitalista.

Pero fuerza de trabajo ha significado sólo fuerza de trabajo masculina durante demasiado tiempo como para que esta afirmación pueda denotar de manera inme-

diata la complejidad del ataque al que queremos aludir. Y, con ello, la complejidad de las nuevas relaciones que se han originado con la formación de una clase obrera multinacional.

Romolo Gobbi[13], en su original interpretación de las luchas obreras durante la Resistencia, ofrece los siguientes datos fundamentales para el caso italiano: «El salario real se reduce de forma sistemática durante este periodo, hasta llegar a equivaler en 1945 a un 22 por 100 del salario real de 1913, es decir, se ve reducido a 1/5 del salario de 30 años antes, por cierto en absoluto sobreabundante»[14]. Pero, continúa, «contra aquel nivel salarial, se desató, en torno a la Primera Guerra Mundial, un formidable ataque obrero que, utilizando el crecimiento obrero para la producción bélica, elevó el nivel salarial de 1921 a una cota de 127, donde 100 sería el índice del salario real en 1913. Con este poderoso ciclo de luchas, la clase obrera obtuvo otros resultados fundamentales, como la jornada laboral de ocho horas y el reconocimiento de los delegados obreros en la fábrica»[15]. Por lo tanto, en 1945, no sólo el salario real había vuelto a un quinto de lo que era en 1913, sino que, durante la Segunda Guerra Mundial, los obreros no habían conseguido conquistar unas cotas de poder mínimamente parangonables a las del anterior conflicto bélico. Es decir, la Segunda Guerra Mundial se inserta ya en relaciones imperialistas de naturaleza decididamente distinta a las de la Primera.

En Estados Unidos, los obreros logran defender en gran medida su salario. Y, en Estados Unidos, no hay invasión de tropas, con todo lo que ello comporta, no se registran pérdidas relevantes (en comparación con las de los países europeos)[16] y no hay racionamiento. «El déficit calórico provocado por una dieta inadecuada es un problema que el estadounidense medio no ha tenido que combatir nunca, ni siquiera en tiempos de guerra»[17]. El empleo de mujeres en las fábricas y oficinas no se produce dentro de un contexto de ataque tan feroz a la comunidad como sucede en Europa. Más acá del Atlántico, en cambio, se da todo esto y, sobre el *debilitamiento*, sobre la *descomposición de las relaciones* que esto ocasiona, *se inserta la utilización de la emigración*.

[13] R. Gobbi, *Operai e Resistenza,* Turín, Musolini, 1973.

[14] *Ibid.*, p. 3.

[15] *Ibid.*, pp. 3-4.

[16] D. Thomson, *Storia d'Europa,* Milán, Feltrinelli, 1961, p. 852, ofrece los siguientes datos en relación con las bajas bélicas: de Francia, 500.000; de la Commonwealth, 445.000; de Alemania, 2.250.000 (sólo en combate); de Rusia, 7.000.000 de bajas oficiales (aunque existen otras cifras), frente a los 325.000 de Estados Unidos. Cfr. también F. Roy Willis, *Europe in the global age,* Nueva York y Toronto, Dodd y Mead & Company, 1968, p. 180; N. V. Rosanowsky, *Storia della Russia,* Milán, Garzanti, 1968, p. 604; D. F. Fleming, *Storia della guerra fredda,* Milán, Feltrinelli, 1964, p. 193.

[17] R. Gobbi, *Operai e Resistenza,* cit., p. 8. Para una visión más detallada, véase S. B. Clough, *Storia dell'economia italiana dal 1861 ad oggi,* Bolonia, Cappelli, 1965; R. Romeo, *Breve storia della grande industria in Italia,* Bolonia, Universale Cappelli, 1972.

El ataque al valor de la fuerza de trabajo en Europa quiere decir también: en Alemania, uso del trabajo forzoso de los reclusos y reclusas; en el Reino Unido, el máximo empleo posible de mujeres en las fábricas, oficinas, servicios:

> Mientras hubo hombres sin trabajo, no se recurrió a las mujeres para la industria bélica. Al principio, se olvidó su existencia. En diciembre de 1939, había 270.000 mujeres desempleadas registradas oficialmente [...] en marzo de 1941, el gobierno decidió poner a trabajar a las mujeres [...] reclutamiento que se pareció en muchos aspectos al reclutamiento de los hombres para el servicio militar [...]. Las únicas exentas eran las campesinas, que sustituían a los maridos movilizados, las enfermeras, las comadronas y las profesoras. En mayo de 1942, la movilización se extendió a las mujeres de dieciocho y diecinueve años.
>
> En 1944, 7.650.000 mujeres se encontraron así encuadradas en la industria y en los servicios complementarios o en la defensa civil. Otras 900.000 trabajaban media jornada bajo el control de los mismos servicios. Un millón prestaba un trabajo no remunerado bajo los auspicios del *Women's Voluntary Service* [Servicio Voluntario de Mujeres]. Luego hubo que sumar a las campesinas, las enfermeras, las profesoras, etc. [...]. Se hizo necesario descentralizar al máximo la producción. Se organizaron a toda prisa almacenes y plantas industriales en las periferias residenciales, donde era posible reclutar a madres de familia [...]. El trabajo a tiempo parcial se desarrolló rápidamente[18].

Pero, en términos globales, el deterioro de cierta posibilidad de defensa obrera (aunque antes sostenida a costa de la mujer) y la radicalización de los procesos de autonomía de las mujeres deben verse justamente en el *ataque a la relación entre producción y reproducción* y, con ello, a la relación entre *fuerza de trabajo masculina* y *fuerza de trabajo femenina*. Las mujeres, en tanto fuerza de trabajo no sólo más golpeada sino más urgida a actuar durante la guerra para el sostenimiento y la defensa de sí mismas y de los demás, se identificaron luego cada vez menos con la comunidad de pertenencia (familia, región, etc.). Ante la arbitrariedad estatal, las mujeres descubrían no sólo que tal *comunidad ya no les garantizaba nada,* sino que, justamente por la relación de debilidad y dependencia que tenían dentro de ella, pagaban en una medida monstruosa el sostén de la propia comunidad. Sin duda, nada tiene de absurdo afirmar que las *mujeres* fueron la *fuerza inesperadamente emergente* de la Segunda Guerra Mundial.

[18] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* Milán, Etas-Kompass, 1973, pp. 166-167.

Para la situación italiana, retomemos la perspicaz interpretación de Gobbi: «La caída vertiginosa de los salarios obreros y la reducción de la cuota calórica por debajo de los límites de supervivencia eran consecuencia de dos fenómenos concomitantes: la inflación y la ruptura del equilibrio de las relaciones de intercambio entre el campo y la ciudad»[19].

El precio de la reproducción, del trabajo femenino «primario», aumenta por ello para las mujeres durante la guerra de manera vertiginosa. Y no se trata sólo del trabajo que se multiplica por las dificultades de aprovisionamiento y del coste de los productos básicos (el eco de la manifestación de protesta de las mujeres en Turín, durante 1946, «se dejará oír por mucho tiempo»)[20]. Se trata también del precio del trabajo «secundario», mal pagado, en el que las mujeres se dejan la piel para mandar cosas y dinero a los soldados, que no sobrevivirían mucho de contar únicamente con el sueldo del Estado.

Reproducirse a sí mismas, a los hijos, a los soldados, a los ancianos, obliga a las mujeres a la suma de todos los trabajos: el hogar, el campo y la fábrica. Pero la fábrica, la oficina, el tranvía o el trabajo asalariado que sea, si bien permiten descubrir el poder de una nómina propia, permiten también descubrir que esta nómina está discriminada en comparación con la del varón[21]. En Italia, el campo, con lo que las mujeres consiguen sacar de la tierra, en ocasiones permite más fácilmente la supervivencia que la ciudad. En Inglaterra, el campo se convierte además en lugar de organización del trabajo a domicilio:

> Los pueblecitos de la dulce campiña inglesa conocieron entonces la novedad de los centros públicos de clasificación para los equipos y los almacenes de materiales que las mujeres iban a recoger [...]. Se calcula que, sólo en la región de Midlands, el trabajo a domicilio organizado de esta suerte reemplazó a más de 1.000 obreras a tiempo completo [...]. Esta descentralización de la producción era una ventaja en un país sometido a bombardeos constantes que pretendían desorganizar su economía[22].

En países como Italia, Francia y Alemania, era frecuente que la única vía para garantizar la supervivencia en la ciudad fuese la prostitución. Y esto iba acompañado de las habituales filiaciones ilegítimas, fruto de las tropas de paso (y del terrorismo

[19] R. Gobbi, *Operai e Resistenza,* cit., p. 11.

[20] L. Lanzardo, *Classe operaia e partito comunista alla Fiat,* Turín, Einaudi, 1971, p. 332.

[21] Se trata de un fenómeno apenas puesto en evidencia por la bibliografía política habitual. Lo encontramos en cambio diligentemente subrayado y precisado desde las primeras obras de la bibliografía feminista. Por citar apenas algunos ejemplos: en Francia, E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit.; en Italia, VVAA, *La coscienza di sfruttata,* Milán, Mazzotta, 1972.

[22] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 167.

internacional secular en lo relativo a los métodos anticonceptivos y el aborto), de las enfermedades venéreas y de una elevada mortalidad infantil. En cuanto al papel de la mujer en la Resistencia, no queremos adentrarnos aquí en una argumentación que, en su complejidad, nos remitiría a un espacio muy distinto. Sin embargo, sólo por apuntar las mayores contradicciones que la guerra abre en la condición femenina, nos interesa destacar aquí que se arroja mucha más luz sobre el papel de las mujeres en la Resistencia cuando lo miramos desde el punto de vista del trabajo. Fueron las mujeres quienes, *además del trabajo* del hogar, el campo y la fábrica, desempeñaron con frecuencia *las funciones más arriesgadas* del trabajo político: idénticas en esto a sus hermanas vietnamitas[23] o argelinas[24]. En cambio, por lo que se refiere al poder de determinar la organización política, éste fue, en términos globales, nulo[25].

La posguerra representó por lo general para las mujeres la expulsión de los lugares de trabajo asalariado o el confinamiento en los puestos más inseguros y peor pagados. Incluso en países como el Reino Unido, en donde esto se dio en menor medida que en otros sitios,

> en diciembre de 1945, el ministro de Trabajo contuvo el movimiento de "regreso a casa" [...]. Así y todo [...] [l]os hombres volvían y se buscaban un trabajo, mientras que, de sus mujeres, se esperaba que se hiciesen cargo de la familia, por fin recuperada. Muy pronto, el número de desempleadas oficiales volvió a crecer [...] las mujeres

[23] «Para participar en la Resistencia, el hombre se alistaba en las fuerzas armadas y la mujer le sustituía en las tareas agrícolas y en la administración del hogar y *además* [la cursiva es nuestra] participaba en la guerrilla y en el aprovisionamiento del frente» (de *Aperçus sur les institutions de la RDVN, Hanoi* y de *Nuova Rivista Internazionale* 6, citado en «Viet Nam, la famiglia nel diritto Vietnamita», en *Donne e Politica* IV, 19 [1973], p. 30).

[24] Todo lo dicho en la nota anterior es igualmente aplicable a las mujeres argelinas. Por otro lado, a estas alturas es archisabido que todas las bombas que se hicieron explosionar en los bares y en el estadio, durante el periodo del terrorismo, las pusieron mujeres. Pero, ¿no han colocado siempre las guerras de liberación de todo el mundo a las mujeres en una posición que la bibliografía resistencial, liberadora, etc., no ha hecho sino mistificar? ¿Qué decir, en cambio, del clásico ejemplo de la mujer rapada, expuesta al escarnio público de la población, cuando la propia guerra obliga a las mujeres a la prostitución como única forma de supervivencia? Digamos por fin que la guerra es también la feria del sadismo masculino y que esclarece de forma menos mistificada la relación que los hombres tienen con las mujeres. Las mujeres, obligadas a garantizar a un coste mucho más alto la reproducción, deben también defenderse una vez más de los hombres: del «enemigo» que las fuerza, del «partisano» que las rapa y del vecino de casa que las desprecia porque se prostituyen.

[25] El caso de las mujeres vietnamitas puede parecer «el más avanzado». Pero el poder político del que han dispuesto ha sido siempre muy «sectorial». No es casual que todavía hoy la mujer vietnamita que quiere abortar tenga que *pedir autorización a la comisión judicial correspondiente.* ¡Triste analogía con las «realidades avanzadas europeas»!

[...] para no perder el puesto de trabajo, tuvieron que ceder en el terreno del salario [...]. No se introdujo ninguna ley para obligar a los empleadores a adoptar el principio de la igualdad salarial entre hombre y mujer a igualdad de trabajo[26].

En Italia, las expulsiones y el coste de la vida tuvieron un carácter más cruento. En Turín, en 1946, 10.000 mujeres querían tirar al prefecto por la ventana[27]. El PCI aceptaba los Pactos de Letrán, mientras, en la Puglia roja, las mujeres, tal como cuenta Salvemini, atacaban con piedras las procesiones y, en el Norte, corrían aires de revuelta por todas partes, incluidas las cárceles. La vía italiana no fue otra sino la de la represión, empezando por los estratos de clase más débiles –mujeres, jóvenes y otros–, para golpear después a aquellos estratos que hasta la propia Democracia Cristiana seguía sin poder mellar[28], y el *voto para las mujeres* no fue sino una *hoja de higuera* para tapar un descontento que los partidos reformistas reprimieron de todas maneras. Se intentará también el relanzamiento de una política de expansión demográfica que, típica desde 1929, esta vez se replanteará bajo la insignia de la restauración anticomunista[29]. Así pues, en Europa, en la posguerra, en términos generales y con las debidas mediaciones, se intentó que cada cual volviera a su lugar.

No en todas partes la restauración posbélica comportó una expulsión masiva de las mujeres. En el caso de los países del Este, se dio incluso la situación contraria: empleo femenino masivo para sustituir a los millones de hombres muertos en la guerra. Pero también en el área occidental, que nos toca aquí más de cerca, Alemania mantuvo una tasa bastante elevada de empleo femenino (que no menguará hasta después de 1960). Francia, en cambio, que reduce poco a poco un empleo femenino tradicionalmente alto, instaura asimismo una prestación de *salario único [allocation de salaire unique]* para aquellas mujeres que manda de vuelta a casa[30].

Veremos que esta medida iba dirigida no sólo a dar un regalo de consolación a las mujeres expulsadas de los lugares de trabajo asalariado, sino también para estimular una reactivación de la natalidad. En este sentido, se experimentarán a escala europea medidas de política demográfica, sobre todo basadas en la institución o ampliación de las *ayudas familiares* y acompañadas de varios tipos de incentivos económicos. En efecto, las mujeres, a través de la experiencia de la guerra y de la inmediata posguerra, habían identificado de forma cada vez más generalizada a la *comunidad familiar*, más o menos ampliada, como *centro de organización de un trabajo* que no sólo esta comunidad no pagaba, sino que podía *dejar completamente a la intemperie*, estuviese el hombre ausente o hubiese vuelto; y, por lo tanto, como comunidad que, en la medida en que *obligaba a la procreación*, sometía a las mujeres a un *doble chantaje:* por parte de los patrones y por parte de los hombres de la familia, supervivientes, que pretendían que la mujer volviese a los «cuidados domésticos».

[26] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., pp. 169-170.

[27] L. Lanzardo, *Classe operaia e partito comunista alla Fiat,* cit., p. 332.

[28] Dos biografías de mujeres compendian la situación: D. Montaldi, *Militanti politici di base,* Turín, Einaudi, 1971 [la biografía de «Margitt» y la última del volumen, aquella de una «Ragazza» (muchacha)].

[29] Entre los medios adoptados para esta restauración, figuran, y no al final de la lista, las campañas ligadas al Año Santo y a la canonización de santa María Goretti y Domenico Savio.

[30] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 207.

Por parte de la mujer, el *corte* del cordón umbilical con el interés general y, de forma más específica, con el interés general-familiar, se *refuerza y propaga* cada vez más, precisamente *a partir de aquellos años.*

Esto se traduce sobre todo en un rechazo de la *procreación*[31] como función que, organizada dentro de la estructura familiar, determina cantidades de trabajo muy elevadas y una calidad de vida extremadamente rígida.

Hemos puesto en evidencia, aunque apenas con unas breves pinceladas, que la guerra representó, para las mujeres, no sólo, como entiende la bibliografía sobre el tema, el diezmamiento del arduo «fruto de su vientre», sino, de manera más precisa, un ataque mortífero a la condición femenina bajo la forma de la extenuación y la puesta en riesgo de la vida.

Por consiguiente, la lucha contra la procreación que surge y se masifica cada vez más a escala europea precisamente a partir de estos años *es lucha contra la organización familiar* en tanto que organización que, más que proteger, condena desde el principio a la impotencia.

Por consiguiente, la rebelión contra la condición femenina se articula de la organización familiar en sentido estricto a la *comunidad más o menos amplia de la que depende tal organización,* que la sostiene, pero por la que, por ello mismo, está determinada: la comunidad de pueblo, pero también el clan urbano, la red de parientes, amigos y «compadres» que ayudan a inventar una supervivencia en la ciudad apenas caracterizada por el salario (el sur italiano es típico a este propósito). En este sentido, veremos entonces que las mujeres *desarrollan a escala europea rumbos* que *determinarán también en una medida más o menos grande el rumbo de los hombres.*

En efecto, las mujeres estarán a la cabeza del abandono del campo y de la pequeña propiedad rural (y, con ella, de la familia de aparceros y pequeños agricultores)[32], de cualquier tipo de empresa de gestión familiar (comercial o agrícola), de la

[31] R. Pressat, *Population,* cit. Véanse además G. Mortara, «L'Italia nella rivoluzione demografica, 1861-1961», en *Annali di Statistica,* año 94, serie VIII, volumen 17, Roma, 1965; y M. Livi Bacci, «Il declino della fecondità della popolazione italiana nell'ultimo secolo», en *Statistica,* año XXV, número 3.

[32] Sobre estos temas están concentrando la atención algunas investigaciones a cuyos resultados esperamos poder remitir lo antes posible.

pequeña ciudad o del pueblo (a pesar de las limitaciones a la residencia en la ciudad que, por ejemplo en Italia, establecía la legislación fascista, todavía en vigor).

Un movimiento global en cuyo seno, tal como veremos más adelante, hay que captar la especificidad de la desidentificación de la mujer con su ambiente, con el precio y la calidad de vida que ese ambiente impone. El *matrimonio,* dentro de todo esto, se presenta a su vez como *medio para poder rechazar el propio ambiente.*

En países como Italia diríamos que, durante las décadas de 1950-1960, este medio fue muy utilizado[33]. La elevada ratio entre trabajadoras del hogar, y por ello no asalariadas, y trabajadores que trabajan fuera del hogar, y por ello asalariados, ha tornado Italia, de hecho, un país casi anómalo incluso en comparación con los demás países europeos.

Por consiguiente, la *rebelión contra la condición femenina* no pudo ser inmediatamente y *tout court* rechazo del matrimonio[34], en tanto que, durante la guerra y la posguerra, la familia puso crudamente al desnudo la condición de la mujer en su seno.

Hemos hablado ya de la multiplicación del trabajo doméstico durante la guerra ante todo por la dificultad y los costes del aprovisionamiento. Pero –precisamos en relación con la posguerra– el racionamiento se mantuvo hasta 1947[35]. La renta nacional, que se había reducido a la mitad de 1938 a 1945, «no superó el nivel de antes de la guerra hasta 1949»[36] y, aunque la producción de 1948 había vuelto a subir a las cotas de 1938 y, a quince años de la guerra, la renta nacional más o menos se había duplicado, así como la renta *per capita,* «a pesar de estos avances, *Italia seguía teniendo una de las rentas nacionales* per capita *más bajas de toda Europa occidental*»[37].

Lo que esto comportaba de fatiga y dependencia doméstica para la mujer, privada en el seno de la familia de toda renta o considerada en el mejor de los casos un apéndice del salario del marido, se ve reflejado sintéticamente en esos datos estadísticos de acuerdo con los cuales las mujeres morían de más enfermedades «de subdesarrollo», es decir, por avitaminosis y enfermedades de la circulación[38]. En otras palabras, en el campo, y no sólo en el campo, las mujeres se iban a la cama sin cenar

[33] Cfr. M. Livi Bacci, «Il declino della fecondità della popolazione italiana nell'ultimo secolo», cit.
[34] L. Fortunati, *Le donne contro la famiglia,* cit.
[35] S. B. Clough, *Storia dell'economia italiana dal 1861 ad oggi,* cit., p. 370.
[36] *Ibid.*, p. 378.
[37] *Ibid.*, p. 388.
[38] Cfr. *Annuari Statistici Italiani,* ISTAT. Sin embargo, la nula relevancia concedida por la ciencia a la nocividad del trabajo doméstico requiere la compensación lógica de cualquier comprobación estadística.

para dejar que comieran los demás (marido e hijos)[39] y pasaban demasiado tiempo de pie y con las manos en el agua[40].

En la ciudad, las mujeres y los jóvenes se salvaban todavía menos. Dice Romita: «Luego estaba la prostitución, otra plaga muy triste que siempre se acentúa después de las guerras. También aquí se dispusieron medidas precisas [...]».

«Pero para todo esto hacía falta una policía buena, eficiente y entrenada»[41]. Y prosigue: «¿Y qué decir de la delincuencia juvenil? Este último problema tenía visos importantes, en especial en las grandes ciudades». «Enseguida se dispusieron medidas y la policía no dejó de realizar redadas frecuentes de menores abandonados, dedicados a negocios ilícitos y, en todo caso, expuestos al peligro de descarrío. En los casos más graves, se procedió a la reinserción, dentro de los límites, más bien restringidos, de la disponibilidad de plazas en las distintas Instituciones. En los demás casos, no había más alternativa que requerir a los progenitores [...]»[42].

Son cosas sabidas. Sin embargo, no queremos mantener el discurso de lo que siempre sucede con la guerra y después de la guerra. Ni todo lo que se ha dicho hasta ahora ha pretendido ir en este sentido. La intención ha sido más bien la de esbozar, a través de algunas cifras, de la puesta en evidencia de algunos hechos y del esclarecimiento de aspectos determinantes, pero dejados en la sombra por la tradición política, la drástica ruptura de una relación entre producción y reproducción y, con ello, el desgarro que se provocó en áreas sociales enteras. Sobre esta ruptura y sobre este desgarro, tal como anticipábamos en las páginas introductorias, se insertará la emigración.

De aquí la separación definitiva de las mujeres de ámbitos de comunidad ni mucho menos privados, ya desde antes, de tensiones centrífugas. De aquí el despliegue de dos caminos en la historia de la clase en Europa.

Pero incluso antes de la emigración, y esto es lo que hemos querido poner en evidencia hasta aquí, la comunidad a las mujeres ya no les ofrecía nada.

Vale la pena entonces, antes de concluir estas consideraciones, detenerse también brevemente sobre la huella que las *luchas de los jornaleros* dejaron en las mujeres. Todo el mundo está de acuerdo en el retraso general del lema «la tierra es para quien la trabaja», con todas las ambigüedades con las que el reformismo quiso in-

[39] «Come mejor quien es un asalariado o va a convertirse en uno», independientemente de quién trabaje más. Y, a este respecto, *no creemos que las migraciones del campo a la ciudad cambiasen mucho la situación.*
[40] Impresiona un poco advertir a este respecto que entre las exportaciones más importantes del periodo figuraban las de electrodomésticos (cfr. S. B. Clough, *Storia dell'economia italiana dal 1861 ad oggi,* cit., p. 407).
[41] G. Romita, *Dalla monarchia alla repubblica,* Pisa, Nistri-Lischi, 1954, p. 41.
[42] *Ibid.*, p. 41.

troducirlo. Pero, desde un punto de vista más específico y más definitivo, que es el que aquí nos interesa, su «retraso» o, mejor, su «debilidad» radicaba en la ilusión de que las mujeres debían poder seguir refiriéndose a los momentos y a las formas de lucha de los hombres en una época en que la *familia proletaria había experimentado profundas transformaciones* y no sólo por necesidad del capital.

La emigración de masas de los hombres acabaría con insurrecciones en las que las mujeres ocupaban las tierras llevando banderas rojas y cubas de agua y convirtiéndose con ello en blanco inerme (junto a los hombres y los jóvenes) de la policía. Y sin haber podido dar su opinión durante las asambleas regionales. La muerte de Angelina Mauro[43] cierra un periodo. Después no quedarán más que las mujeres, los niños y los ancianos. Pero los emigrantes que salen hacia el Norte mandarán a casa mucho menos dinero que los emigrantes que habían partido rumbo a América. Y, algo que hay que subrayar muy claramente, cada vez tendrán menos ganas de mandarlo a casa, de mantener con ese dinero a otros. Por lo cual, las mujeres jóvenes intentarán por todos los medios encontrar dinero propio, ya sea trabajando como criadas en la ciudad o cogiendo trabajos a domicilio y temporeros, aunque años de estos trabajos no les servirán más que para hacerse un ajuar.

No obstante, las luchas de los jornaleros les valdrán a las mujeres por lo menos para poner fin a la infausta costumbre[44] de tener que servir también gratis a la mujer del patrón. Con la emigración del marido, ya no jornalero sino obrero, este rechazo se convierte en un hecho. Y, por otra parte, las pagas de las jornaleras pasan de 400 a 1.500-2.000 liras al día, por la ausencia de competencia masculina en el mercado.

Además de esta pequeña cantidad de dinero propio, empezaron a llegar luego, aunque no siempre de manera regular, las remesas, gracias a las cuales las mujeres empezaron a administrar dinero por primera vez de manera directa, así como los pocos bienes patrimoniales que los hombres dejaban tras de sí. A pesar de que, debemos agregar, seguían estando más o menos controladas por los mayores. Pero fue un cambio decisivo en la comunidad meridional.

No habrá nunca muchas mujeres que sigan a los hombres en la emigración, por lo que el Sur seguirá lleno de mujeres. Aunque la dependencia familiar ya no garantiza nada en la propia tierra, hay muy pocas esperanzas de que el destino sea mejor en un gueto de emigrantes. Así pues, las mujeres orientarán su rumbo en otras direcciones.

[43] Angelina Mauro, herida en la insurrección de Melissa, murió después de ocho días en el hospital de Crotone, el 9 de noviembre de 1949.

[44] No se trata sólo de «usos y costumbres». Era muy frecuente que esta situación estuviese sancionada por escrito. V. Mauro, *Lotte dei contadini in Calabria,* Milán, Sapere, 1973, contiene también algunos ejemplos de contratos entre propietarios de la tierra y los que «la trabajaban», que incluyen cláusulas sobre el trabajo gratuito de las mujeres. Por otro lado, el diario *Il Giorno* del 2 de septiembre de 1973 relata –a través de una carta al periódico– que, en la asamblea de pescadores que se celebró en aquellos días en Trapani, en la que participaron también las mujeres, alguien gritó: «¡Se acabaron los tiempos en los que los armadores sólo contrataban a un pescador si su mujer les iba a casa a hacer gratis de sirvienta!».

La emigración se inserta sobre esta ruptura, pero cataliza y, en algunas regiones, masifica procesos de autonomía femenina ya en marcha

El caso de Italia

Con la *emigración italiana* hacia Alemania, el *proceso de la autonomía femenina* se radicaliza y se articula en el sur italiano y en el Norte de acuerdo con recorridos que reconoceremos sustancialmente equivalentes en los países europeos que se reestructuran a escala multinacional. *El uso que se hace de la emigración es el elemento determinante de esta reestructuración.* Un uso de la emigración que se basa en un ataque colosal al valor del trabajo, masculino y femenino, iniciado ya con la guerra, en el profundo desgarro de las relaciones organizativas en el ámbito de la comunidad y en la ruptura de la posibilidad de reproducción de la comunidad proletaria.

Ante todo, se golpea la reproducción y, de este modo, se obliga a los proletarios a hacerse obreros, a convertirse en clase obrera multinacional.

Las mujeres de Sicilia (en 1943) habían quemado las casas dispersas que el fascismo les había asignado para defender el ámbito de comunidad que al menos el pueblo ofrecía, aunque el pueblo, como decíamos, no estuviera ni mucho menos privado de tensiones centrífugas de parte de las propias mujeres. Pero, con la emigración de los hombres, estas tensiones estallan en la medida en que el pueblo ya no ofrece nada.

En torno a la emigración, en torno a la precariedad de relaciones que ésta pone al descubierto, podemos seguir entonces el rumbo que empiezan a tomar las mujeres, con la tendencia a construir su rechazo al poder de mando del Estado. Un rechazo a planes de desarrollo que las quieren todavía garantes de proles numerosas, atadas a largas jornadas de trabajo en el hogar y en los campos y sujetas a dependencias personales, de familia o de pueblo, donde si no mandan los hombres, lo hacen los mayores.

En el sur italiano, la administración de las remesas en el seno de una familia, donde, partido el hombre, quedan los mayores, y el trabajo de un hogar numeroso y de la tierra se convierte cada vez más claramente en una calidad y un precio de la vida en el que las mujeres no quieren reconocerse.

No sólo en el Sur. Sucede lo mismo en el Norte, con la pequeña propiedad campesina. Mientras el Estado quiere atar a las mujeres a una jornada sin fin y al aislamiento de la agricultura, cada vez son más las mujeres que logran abandonar la tie-

rra. Leopoldina Fortunati, en su trabajo, *Le donne contro la famiglia,* demuestra, para el caso italiano, que la lucha de las mujeres contra la familia pasa también a través del rechazo del campo. Y pone de relieve que esta lucha se ahonda asimismo a través de una nueva gestión del salario por parte de estratos cada vez más amplios de las propias mujeres.

El proceso de éxodo rural se produce a gran escala a pesar de que el gobierno italiano quiera mantener su carácter selectivo, en el sentido de que «la residencia no se concede a quien no tiene un puesto de trabajo y el puesto de trabajo no se concede a quien no tiene residencia».

Las mujeres usan entonces el matrimonio para conseguir abandonar el campo. Cada vez se casan menos con quienes no las llevan a la ciudad[45].

Llegar a la ciudad no sólo significa trabajar para uno en lugar de para muchos, sino también ser capaz de controlar mejor el número de hijos, libre de presiones familiares y del pueblo: «[...] Resultan confirmadas las hipótesis [...] En las ciudades, en las poblaciones urbanas, el control voluntario de la procreación se ha extendido antes y con mayor rapidez que en los demás sectores de la población; este control voluntario ha venido acompañado además de una menor propensión al matrimonio, amplificando los efectos sobre el ascenso de la natalidad»[46].

Giorgio Mortara precisa también, hablando en general de la caída de la natalidad en Italia de 1861 a 1961, que: «Cuando la limitación de la natalidad se lleva a cabo mediante el celibato o el retraso del matrimonio, se ve disminuir la proporción de casados, en especial en las edades jóvenes; cuando la práctica de la prevención de la concepción y de la supresión de su fruto está ampliamente extendida, se observa a veces un aumento de la proporción de casados»[47], y confirma lo que sostenemos en conjunto al decir que: «La creciente concentración de la población en las zonas urbanas y suburbanas ha contribuido a promover la difusión de las prácticas dirigidas a la limitación de la natalidad»[48].

---

[45] Se trata de un hecho notorio. En la actualidad, los hombres que se han quedado en el campo en el Norte recurren cada vez con mayor frecuencia a las buenas artes de algún hombre o mujer meridional que «trafica con matrimonios», recuperando así de pueblos dispersos de Lucania, Campania y Sicilia, a través del intercambio de fotografías, a aquellas mujeres que no han conseguido partir por sí solas.

Pero los campesinos no son los únicos que buscan a estas mujeres. También aquellos obreros que aún están por conquistar la jornada de ocho horas.

[46] M. L. Bacci, «Il declino della fecondità della popolazione italiana nell'ultimo secolo», cit., p. 410. Véanse también la tabla III de este volumen para la proporción de las mujeres casadas en relación con las solteras y las tablas II, I y XII para las tasas de fecundidad legítima, fecundidad general y fecundidad ilegítima.

[47] G. Mortara, «L'Italia nella rivoluzione demografica, 1861-1961», cit., p. 6.

[48] *Ibid.*, p. 6.

La *ciudad* representa ya un *poder mayor* para la mujer proletaria. No sólo ella *controlará más el número de hijos,* sino que tendrá más poder para *mejorar su calidad de vida y la de sus hijos.*

El caso de Francia

El abandono del campo, la marcha hacia la ciudad y, por lo tanto, hacia un poder mayor en relación con la reproducción es, tal como decíamos, de parte de las mujeres, un *hecho europeo.* Por más que, en el caso del sur italiano, el desgarro del tejido social sea trágico, no por ello el rechazo de las mujeres a garantizar la procreación a toda costa deja de convertirse después de la Segunda Guerra Mundial en un hecho europeo: el precio de la reproducción es ya demasiado alto, la dependencia personal y el aislamiento cada vez más inaceptables.

El caso de Francia, que procedemos a analizar, parece el más cercano al italiano[49]: el Estado ha reducido ya de manera progresiva el empleo femenino a índices más bien bajos, pero, a pesar de ello y contra ello, las mujeres abandonan de manera cada vez más masiva la agricultura y las empresas comerciales o agrícolas de gestión familiar. Las mujeres francesas, además, han conquistado ya, con anticipación en comparación con otros países europeos,[50] un cierto poder de control sobre la procreación. Y esto parece crear vacíos problemáticos principalmente en la reconstrucción posbélica. De Gaulle se dirige en 1945 a las mujeres francesas, pidiéndoles de manera desconsolada *doce millones de hermosos bebés*[51]. De 1945 a 1960, toda la emigración argelina se concibe justamente como «política de repoblación»[52].

Nosotras no queremos decir que el grotesco llamamiento de De Gaulle haya encontrado una solución inmediata en la emigración argelina.

Pero, aunque el problema no se perciba simplemente desde el punto de vista del «restablecimiento cuantitativo», sino más bien desde el punto de vista de la tentativa estatal de responder y recuperar, en la medida de lo posible, procesos de autonomía

---

[49] Antes del siglo XX, Francia podía parecerse a Estados Unidos y al Reino Unido por la gran tradición de empleo femenino, pero, a principios de siglo, este empleo ya se había reducido. Y el censo de 1962 registrará 6.585.000 a mujeres activas, frente a las 7.694.000 de 1906.

[50] Cfr. más arriba en este mismo texto, p. 59.

[51] M. F. Mouriaux, *L'emploi en France depuis 1945,* París, A. Colin, Collection, 1972, p. 35.

[52] «*Ces accroissement de la population en France entre 1958 et 1965 est dû pour 52,4 por 100 à un excédent de naissance sur le décés, et pour 47,6 por 100 à l'immigration*», en «Les travailleurs immigrés parlent», *Les cahiers du Centre d'Etudes Socialistes* 94-98 (1969), p. 19. [Estos incrementos de la población en Francia entre 1958 y 1965 se deben en un 52,4 por 100 a un mayor número de nacimientos que de fallecimientos y en un 47,6 por 100 a la inmigración.]

femenina que, en su complejidad, pueden comprometer determinados planes de desarrollo, el nexo entre orquestación de una política demográfica[53] y empleo femenino[54] en Francia, a partir de la inmediata posguerra, y la «estructura» de la emigración argelina es evidente. La emigración argelina de aquel periodo –hemos dicho– se concebía como una «política de repoblación». Sería más adecuado decir que era una política de «restablecimiento de la clase obrera»: las mujeres argelinas llegaban con marido e hijos y seguían produciendo hijos[55], en sustancia destinados a la fábrica.

Repetimos: esta relación no hay que interpretarla en términos matemáticos, sino políticos. Por otro lado, el nexo entre, por un lado, evolución demográfica desfavorable (a la que intentan poner remedio las medidas «incentivadoras» de la natalidad y las expulsiones –o ulteriores marginaciones– de las mujeres del trabajo asalariado) y política de emigración, por otro, viene de antiguo, aunque los políticos rara vez lo hayan puesto en evidencia[56].

La trayectoria de la autonomía femenina en Francia, tal como decíamos, tiene una correspondencia particularmente estrecha con el caso italiano. El éxodo de la agricultura es masivo. Si, de 1910 a 1954, un campesino de cada cuatro había abandonado la tierra, este mismo porcentaje se da luego en el restringido arco temporal de 1954 a 1962 y, después de 1962, el ritmo se acelerará aún más[57]. (En 1962, se contarán 1.272.000 labradoras directas y jornaleras agrícolas, frente a los 3.329.000 de 1906)[58].

Y quienes *dejan el campo son sobre todo las mujeres jóvenes, aún antes que los hombres.* «Los campesinos jóvenes que quieren quedarse trabajando la tierra buscan en vano una mujer. Las chicas se han escapado a la ciudad para dejar de verse

[53] Junto a la «prestación por salario único», se establece toda una reestructuración del régimen de ayudas familiares.

[54] Del plan McCloy de 1949 al plan Schuman de mayo de 1950, la integración económica europea postulaba la conveniencia de «un proyecto político [...] basado en un salario no rígido a la baja, es decir, en una ampliación de la estratificación de la fuerza de trabajo hacia abajo, con el mantenimiento o la expansión de los sectores que requieren una intensidad de trabajo alta. Este proyecto implicaba la introducción masiva en la producción fabril de contingentes de fuerza de trabajo nueva y políticamente débil [...] la fuerza de trabajo femenina se adaptaba sólo en parte a este proyecto [...]», «las mujeres oponían resistencia a la descualificación [...]» (Franca Cipriani, «Proletariato del Maghreb e capitale europeo», en VVAA, *L'operaio multinazionale in Europa,* cit.).

[55] En la actualidad, para estimular esta función entre las mujeres argelinas, se hace también uso de «cursos de economía doméstica», impartidos por «asistentes sociales».

[56] No falta alguna que otra mujer que, a propósito de la tradición francesa en materia de empleo, abre así la argumentación: *«Par suite d'une natalité très faible, la nation recour de manière très large à l'immigration»,* M. F. Mouriaux, *L'emploi en France depuis 1945,* cit., p. 29. [A resultas de una natalidad muy reducida, la nación recurre a la inmigración de manera masiva.]

[57] «Les travailleurs immigrés parlent», cit., p. 20.

[58] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 206.

tratadas como sus madres, tratadas más como sirvientas que como reinas del hogar»[59].

Por otra parte, en las *escuelas de formación agrícola,* mientras que a los hombres les dan nociones de agronomía y mecánica agrícola, a las chicas sólo les imparten lecciones de trabajo doméstico.

El éxodo rural no es sólo fuga del aislamiento y de la servidumbre personal, del atraso, sino de un destino de doble trabajo que las nuevas nacionalizaciones agrícolas no apuntan a modificar. El Estado intenta una vez más destinar a las mujeres al hogar y al campo e imponer una función reproductiva que ninguno de los incentivos económicos inventados desde hace tiempo logra ya estimular. Y vale la pena recordar a este respecto que ya desde 1932 el Estado francés se había visto obligado a instaurar las *ayudas familiares de forma oficial y obligatoria,* en el intento de incentivar esa tasa de natalidad que la promulgación, en 1920, de la ley que prohibía el aborto y cualquier forma de publicidad de los métodos anticonceptivos no había logrado elevar de manera significativa[60].

Ahora bien, después de la guerra, la *prestación por salario único* es la medida más arriesgadamente contradictoria con respecto a una tradición que había logrado congelar una cantidad muy elevada de trabajo doméstico e institucionalizar a las mujeres como proveedoras del mismo justo en la medida en que tal trabajo nunca se había intercambiado por un salario. No se trataba de mucho dinero, pero no podemos dejar de vincular de inmediato esta asignación mensual, que el Estado abonaba a las mujeres, con la institución, en 1945 en Inglaterra, de las *Family Allowances* [prestaciones familiares], dirigidas igualmente a reanimar una disposición hacia la procreación que se presentaba más que deteriorada a escala internacional[61].

La «prestación por salario único» fue una pequeña suma de dinero que las mujeres intentaban desesperadamente sumar a las retribuciones derivadas de sus diferentes trabajos clandestinos.

De hecho, si las mujeres hubiesen declarado estos trabajos, habrían perdido el derecho a percibir la asignación. Así, todo el área de las trabajadoras a domicilio, de las trabajadoras domésticas, de las trabajadoras a tiempo parcial, no se declaró nunca como «activa» precisamente para no perder la asignación[62].

[59] *Ibid.*

[60] La aprobación del *Code de Famille* [Código de Familia] en 1942 marcó el inicio de una nueva etapa dentro de este esfuerzo.

[61] Más específicamente, las *Family Allowances* (en lugar de estar incluidas en la nómina del padre, como en Italia) iban directamente a manos de la madre, estuviera o no casada, que «sin duda las gastaría en beneficio de los hijos», garantizando así esa mejora cualitativa de la fuerza de trabajo que los laboristas, de nuevo en el poder, auspiciaban y estimulaban asimismo con una política de asistencia social global.

[62] Conocemos, por otro lado, toda la serie de motivos, desde perder la pensión hasta perder las prestaciones familiares, etc., que han hecho que estos trabajos sean fundamentalmente clandestinos en

En cuanto al empleo, cuando las mujeres francesas llegan a la ciudad, les cuesta encontrar un auténtico salario[63]. El proyecto que subyace a la integración europea está basado, tal como decíamos, en una mayor marginación y discriminación de la fuerza de trabajo femenina. La novedad del empleo femenino está constituida, si acaso, por la incorporación de mujeres en sectores industriales antes reservados en exclusiva a los obreros varones.

En conjunto, desde principios de siglo, el empleo de mujeres en la industria se encuentra en declive en números absolutos y más aún en términos de porcentaje. Pero, desde la posguerra, se registran cambios importantes en la distribución de esta fuerza de trabajo: la reestructuración del sector textil es uno de los fenómenos más relevantes, precisamente porque comporta la formación de puestos de trabajo cualificados y mejor pagados que poco a poco se van poniendo en manos de hombres, con la consiguiente expulsión de las mujeres, a las que, en cambio, se contrata en escalafones sin ninguna cualificación en absoluto de la industria metalúrgica y electrónica.

En la industria mecánica, se produce una gran incorporación de mano de obra femenina, sobre todo de 1954 (136.646 trabajadoras) a 1962 (194.222 trabajadoras), por lo que, en este periodo, la tasa de actividad femenina asciende a +42,1. Después de 1962, la situación se mantendrá más bien estable. En los dispositivos eléctricos, las mujeres pasan, de nuevo entre 1954 y 1962, de 65.508 a 114.000 (un incremento del 74 por 100). También se registra un notable aumento de la mano de obra femenina en la industria química (de nuevo en el periodo considerado, de 92.196 a 104.540 contratadas, con una tasa de aumento, por lo tanto, de +13,4) y alimentaria (tasa de aumento de +8,8), donde, a las cifras de obreras permanentes hay que añadir las decenas de miles de obreras temporales[64].

Se da asimismo cierto incremento de la mano de obrera femenina en las fábricas de productos farmacéuticos, cosméticos y de material plástico. No obstante, ya se trate de sectores tradicionalmente femeninos, como el zapatero o el de la porcelana, o de sectores nuevos en la incorporación de mujeres, como la electrónica, de sectores con mano de obra fundamentalmente masculina o femenina, las obreras siempre se ven relegadas a los puestos inferiores. La única excepción, que bien mirado no es

cada país. Por consiguiente, también en el caso de Francia, resulta difícil calibrar la extensión de su mercado a partir de fuentes estadísticas, aunque sea fácil conjeturar que era bastante amplio, si pensamos, por un lado, en el pequeño porcentaje de mujeres asalariadas y, por otro, en la dureza de las discriminaciones que el Estado consiguió seguir imponiendo a partir de la posguerra contra el impulso de las mujeres por conquistar unos ingresos autónomos.

[63] Con todo, hay una afluencia importante al terciario. Se trata, también en este caso, de un hecho europeo. Para la situación de Francia, véase François Lantier, «Le travail et la formation des femmes en Europe», *La Documentation Française* IV (1972), pp. 44 ss. Véase en particular la tabla XIII, p. 45.

[64] *Ibid.*, tabla XIII, p. 45; E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., pp. 208 ss.

tal, la constituyen las mujeres destinadas a la vigilancia de la sección femenina en el sector de la confección: en realidad, no se trata de puestos con mayor cualificación, sino sólo de vigilancia[65].

En la industria electromecánica, no hay obreras especializadas. Los puestos con algún grado de cualificación están reservados en exclusiva a los hombres[66].

En cuanto a la acogida de las mujeres en escalafones técnicos de la industria, es del todo irrelevante. Es más, tal como advierte Madeleine Guilbert, el establecimiento de procedimientos automáticos parece tener el resultado *«d'accentuer le cantonnement des femmes* [...]» [de acentuar el confinamiento de las mujeres][67].

El caso de Argelia

Pero no se puede concluir una argumentación sobre la Francia de la posguerra y de la década de 1950 si, después de haber establecido desde el principio el carácter crucial de la relación entre política demográfica y del empleo femenino, por un lado, y política migratoria, por otro, no se toma también en consideración lo que todo esto significó para las mujeres argelinas. Y, a este respecto, hay que plantear el problema precisamente por la peculiar posición que, en relación, por ejemplo, con el sur italiano, han empezado a tener para el uso de la emigración áreas como el Magreb o Turquía. Es decir, si, en el caso del sur italiano, hemos podido captar el desgarro de una comunidad, pero, al mismo tiempo, la catalización de fuerzas centrífugas, de las mujeres ante todo, que, también a través de la gestión de las remesas y de las mínimas cantidades de salario propio[68], han podido alcanzar momentos de autonomía y, por lo tanto, de poder mayores, ¿ha sucedido algo parecido en áreas como Argelia?

Lo que es verdad, y a nosotras nos interesa poner de relieve desde el principio, es que *tampoco la comunidad argelina* estaba privada de tensiones, de *voluntad de subversión por parte de las mujeres.* Las mujeres deben luchar, *cada día,* contra los hombres y contra el Estado. Entre los datos más significativos de la relación que la mujer tiene dentro de esta comunidad, figuran hasta el día de hoy el número de

[65] F. Lantier, «Le travail et la formation des femmes en Europe», cit., p. 54.

[66] *Ibid.*

[67] *Ibid.*, p. 55.

[68] Además del caso de las jornaleras, mencionado antes específicamente, véase, en relación con las dimensiones mucho mayores que tiene el trabajo a domicilio (así como el temporero, el trabajo a tiempo determinado, etc.) en el sur de Italia en comparación con el Norte, «Il lavoro a domicilio», en *Quaderni di Rassegna Sindacale,* año XI, 44-45 (1973).

homicidios e intentos de homicidio de mujeres perpetrados por hombres[69], el número de suicidios e intentos de suicidio femeninos y el número de infanticidios cometidos por madres, en especial no casadas[70]; existe todavía el matrimonio como compraventa decidida por los progenitores[71] (incluso en los estratos más acomodados), algo que *nunca ha constituido una transacción exenta de conflictos;* existe todavía la posibilidad de repudio, aún a día de hoy llamada divorcio[72], y esto, dadas las condiciones de la mujer argelina, *siempre ha constituido una vicisitud trágica.*

En el mantenimiento de una situación que sostiene estos datos de fondo, Boumédiène retoma en 1972 el discurso de De Gaulle de los doce millones de hermosos bebés, discurso que no ha muerto desde aquel lejano 1945.

En un discurso ante los estudiantes voluntarios para el servicio civil, Boumédiène declara a propósito de la «explosión demográfica»: «*Si cette question est posée sur la base de la limitation de naissances, je pense personnellement que la solution n'est pas dans le planning familial, mais dans le développement* [...]»[73]. Desarrollo conseguido en Argelia y en Europa a través de la «oferta ilimitada de mano de obra», cuyo *coste*

[69] Cfr. en general sobre la mujer árabe (aunque por lo menos las mujeres del Magreb no sufren la clitoridectomía), Y. El Masry, *Il dramma sessuale della donna araba,* Comunità, 1964 [ed. cast.: *Drama sexual de la mujer árabe,* Barcelona, Fontanella, 1963].

[70] Del libro de la argelina Fadela M'rabet, *Les Algériennes,* París, Maspero, 1969, libro cuya venta e importación se ha prohibido en Argelia, se desprende un porcentaje de suicidios femeninos muy alto. Y recordemos, a la hora de evaluar los porcentajes, que las mujeres están infrarrepresentadas en el registro civil, tanto en las partidas de nacimiento como en las partidas de defunción, que los intentos de suicidio no se toman en consideración, ni tampoco los suicidios fallidos (por ejemplo, tirarse por la ventana si no se muere en el acto), y que otros se encubren como «muertes accidentales». Se desprende asimismo que está muy extendido el infanticidio (cometido por madres no casadas), el cual, junto con el también extendidísimo aborto (p. 169), constituye el único modo conocido de control de la natalidad.

[71] La mujer argelina está obligada a casarse cuando y con quien decidan sus progenitores. Y esto es así también en el caso de esa ínfima minoría «culta» que llega a algún curso universitario. Pero tengamos presente que la norma es retirar a las mujeres de las escuelas –las que van– después del segundo curso de enseñanza primaria. En la actualidad, esta ínfima minoría que, además del curso universitario, ha conseguido alguna píldora anticonceptiva, ha descubierto un uso totalmente específico de la píldora y del matrimonio: como no hay poder para resistir a la primera imposición de matrimonio, estas mujeres se casan; gracias a la píldora, pueden fingir sin dificultad que son estériles, lo cual al cabo de muy poco tiempo las lleva al repudio-divorcio, en este caso anhelado.

[72] Para la gran mayoría de mujeres argelinas, el uso del divorcio a iniciativa propia tiene muy pocas posibilidades de éxito, además de por las condiciones materiales en las que viven, porque a muchísimas de ellas no se las ha registrado al nacer. De hecho, la «civilización» argelina, en la misma medida en que considera *valiosa* a la mujer en calidad de *bien,* la considera *inexistente* en calidad de *persona.*

[73] Discurso de Boumédiène ante los estudiantes voluntarios para el servicio civil, en *Moudjahid,* 22 de julio de 1972: «Aunque esta cuestión se plantee en función de la limitación de la natalidad, creo personalmente que la solución no pasa por la planificación familiar, sino por el desarrollo [...]».

de producción hay que mantener bajo. Ante este problema, el Estado argelino posrevolucionario ha mantenido una continuidad de la tradición: explotación e intimidación de las mujeres para asegurarse a toda costa[74] la procreación.

En el contexto que acabamos de esbozar, pero que evidencia ya diferencias determinantes de fondo con respecto a la comunidad meridional italiana, ¿qué modificaciones puede haber introducido la emigración en la condición de la mujer?

Los que emigran durante la década de 1950 son hombres jóvenes que *muy rara vez tienen consigo o tras de sí a una mujer.* El coste medio de una dote (que el hombre debe pagar al padre de ella) ronda el equivalente a 500.000 liras. Si se calcula que la renta anual de un campesino argelino gira en torno a las 200.000-250.000 liras, se entiende por qué los argelinos no lo tienen fácil para llevarse tras de sí a una mujer. Para las mujeres que se quedan en Argelia esto supone seguir quedándose dentro de comunidades que tienden a envejecer, regidas por el marido o por el padre o por los hermanos, como propiedad absoluta de ellos, sin posibilidad alguna de disponer de dinero. Para las mujeres que llegan a Francia, después de que el obrero emigrante argelino haya logrado ahorrar el dinero suficiente para comprarse una mujer, el destino es afrontar una cantidad de trabajo doméstico que tiende a multiplicarse: todo recién llegado que desembarca en Francia, durante un largo periodo de tiempo, se verá obligado a insertarse en una familia ya constituida para poder sobrevivir. Se formarán auténticos clanes, sostenidos por una sola mujer (y por sus hijas pequeñas) que, para reproducir comunidades cada vez mayores de hombres, deberán sustituir también a las mujeres que se han quedado en Argelia.

Los guerrilleros recaudaban fondos para la Guerra de Liberación a través de impuestos exigidos a los emigrantes argelinos en Francia[75]. Impuestos sobre un salario que es ya de miseria significan ante todo multiplicación del trabajo doméstico. Así pues, ni siquiera a las argelinas emigrantes se les niega el papel que corresponde a las mujeres durante las Liberaciones.

Con la *emigración argelina* de la década de 1950, por lo tanto, el Estado francés resuelve en esencia el problema del *«desarrollo», de la relación entre producción y reproducción con respecto a los procesos de lucha que estos dos momentos implican,* cargándolo sobre las espaldas de las mujeres argelinas. El Estado francés construye la segunda gran oleada migratoria desde Argelia sobre la menor cota de poder de las mujeres argelinas en relación con su comunidad y con la reproducción[76].

[74] Sobre la situación hospitalaria y los casos de lesiones obstétricas, véase Ministère de la Santé, *Tableaux de l'économie algérienne,* Argelia, 1970, pp. 82-83.

[75] Y. Courrière, *La guerre d'Algerie* II. *Le temps des leopards,* París, Fayard, 1969.

[76] La primera oleada se puede situar entre 1935 y la Segunda Guerra Mundial.

Mientras que, en los países con un cierto nivel de industrialización –en Italia, por ejemplo–, la guerra y la posguerra catalizan de manera bastante definitiva contradicciones de la estructura de la comunidad, del momento de reproducción a pesar de todo organizado, en el caso de Argelia esto no puede darse.

Si, por un lado, la propia Guerra de Liberación, tal como decíamos, cataliza tensiones ya existentes, por otro, por su propia naturaleza y por el tejido social en el que se inserta, no puede favorecer un ataque de las mujeres a la organización de la reproducción, ni tampoco, en términos más generales, su emancipación de situaciones de atraso.

Cuando las mujeres argelinas en Francia se encuentren por primera vez manejando un salario, por las condiciones de las que han partido, por las condiciones en las que deberán manejar en Francia este salario, no sacarán de este salario nuevas cotas de poder dentro de la comunidad y contra la comunidad, como sucederá en cambio en el área europea en general, incluso en sus «bolsas de atraso».

Y esta posibilidad de conseguir más poder para sí mismas se verá tanto más minada cuanto más deban estirar el salario para mantener *comunidades que se amplían* con cada recién llegado.

Esa utilización del salario que se da en cambio en Italia –incluso en el sur italiano, con las debidas diferencias– por parte de la mujer, que tiende a rechazar una familia patriarcal campesina o en todo caso ampliada por una familia que se reduzca en número y se mantenga con un salario[77], utilización dirigida a mejorar la calidad de vida de los hijos y de sí misma, no será posible para las mujeres argelinas. Es más, tal como decíamos, las mujeres argelinas en Francia deberán sustituir incluso a las que se han quedado en Argelia para reproducir la comunidad a toda costa.

Las consideraciones desarrolladas en relación con la emigración argelina pretenden ofrecer una perspectiva en profundidad desde la que interpretar las estratificaciones de poder en el seno de la propia emigración y, de manera específica, en el seno de la comunidad de la que esta emigración procede o gracias a la cual esta emigración se reproduce directamente. Habría que considerar, pues, de forma equivalente los demás flujos de africanos que han desempeñado, en el desarrollo francés, una función muy similar a la emigración argelina.

El otro hecho que, a nuestro juicio, hay que poner en relación con el temprano rechazo por parte de las mujeres francesas de la procreación, del trabajo de reproducción en su conjunto y de las situaciones de atraso, ante todo campesinas, dentro de las cuales el Estado tendía y tiende a imponer este trabajo de reproducción a las mujeres, son los flujos casi continuos de emigración tanto de Italia como de España

[77] L. Fortunati, *Le donne contro la famiglia,* cit., explica, en relación con el caso italiano, que el paso de la familia patriarcal campesina a la familia nuclear urbana no sólo es fruto de la disgregación de un cierto tipo de familia por parte del capital, sino también por parte de las propias mujeres.

y de Portugal, flujos que el Estado francés ha promovido siempre de manera más o menos abierta y que en un primer momento se encauzaban hacia el campo.

El caso de Alemania

Si pasamos a considerar ahora *Alemania,* como país que, además de tener un nivel elevado de industrialización, mantiene en la posguerra un porcentaje excepcionalmente alto de empleo femenino[78], las observaciones fundamentales que hemos desarrollado sobre la relación entre las mujeres y el Estado, sobre el momento crítico que han provocado las mujeres a todas las escalas en la reestructuración del capital europeo, del que se ha derivado la necesidad de una utilización ampliada de la emigración, son aplicables también en este caso.

La década de 1950 en Alemania es para las mujeres una década en la que el rechazo del trabajo doméstico, el campo y la participación en empresas familiares en general, por fin liberado de los ahogos nazis, crece y se extiende[79].

Se trata de un rechazo neto, no sólo del trabajo doméstico –que hará pensar a alguno en un «servicio doméstico» organizado al estilo del «servicio militar» para suplir los vacíos dejados por las mujeres–, sino, asimismo, rechazo decidido de los puestos de «ayudantes familiares» en las empresas de gestión familiar[80] y de todas las profesiones con un corte de economía doméstica.

Aún así, el éxodo rural de las mujeres se ve obstaculizado precisamente por una notable afluencia de emigrantes. Hasta alrededor de finales de la década de 1960, el gran flujo migratorio (cerca de 12 millones), sobre todo «político» desde el Este, forma un enorme surtidor de mano de obra que, en un primer momento, se instala en las áreas rurales menos debilitadas por la guerra[81]. En torno a 1957, comienza a haber una considerable afluencia de italianos.

Sin embargo, a medida que tanto los inmigrantes como los alemanes van desertando de la agricultura, pasan a manos de mujeres funciones ya no sólo de «ayuda», sino también de auténtica gestión, en primera persona, de la empresa agrícola. No resulta nada difícil ver, en zonas como Baviera, familias en las que el hombre trabaja en la industria y la mujer debe cargar tanto con el trabajo doméstico como con el del campo, trabajos que antes se repartían en función de los roles.

[78] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 231.

[79] Para los datos, contrástese el documento de la OCDE, *Labor Force Statistics,* París, 1970, pp. 96-97.

[80] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 230.

[81] Cfr. B. Groppo, «Sviluppo economico e ciclo dell'emigrazione in Germania occidentale», en VVAA, *L'operaio multinazionale in Europa,* cit.

De manera equivalente, en el artesanado, empiezan a darse casos de «hijas de artesanos que gestionan por su cuenta la empresa paterna cuando el hijo varón ya no quiere saber nada y se convierten en patronas de panaderías, encuadernadoras o decoradoras»[82]. Pero, mucho más mayoritariamente, las mujeres, en el artesanado, se convierten en obreras que trabajan en las empresas artesanas.

En conjunto, se puede decir que, en Alemania, la fuerza contractual que desarrollan las mujeres contra el *Kinder Kirche Küche* [niños, iglesia, cocina] no se transforma en una fuerza contractual equivalente en el puesto de trabajo externo.

Entre su rechazo a procrear y la posibilidad de ocupar el trabajo externo en «igualdad de condiciones» con los hombres alemanes se interpone la decisión del Estado alemán de utilizar fundamentalmente a los emigrantes del Este y de Italia. De hecho, durante los últimos años de la década de 1930[83] y durante la guerra[84], se garantiza siempre, de común acuerdo con el Estado italiano, cierto flujo de inmigración italiana, señal de que ya por entonces la reproducción de clase nacional no basta.

El Estado alemán, preocupado, pues, de que se creen vacíos demográficos en un periodo de crecimiento económico, mantiene una rígida prohibición del aborto, mientras que, por lo menos en la segunda mitad de la década de 1950, casi todos los países del Este llevan a cabo una cierta liberalización. Pero, de hecho, esa *«evolución demográfica desfavorable»* tan temida *se da también en Alemania,* en concomitancia con lo que sucede en los demás *países europeos, y se acentuará* más aún a partir *de la mitad de la década de 1960 (más o menos).*

Aunque el tipo de desarrollo posbélico alemán está basado tanto en un «uso extensivo» de la fuerza de trabajo[85] (y también en una jornada laboral larga y en un uso generalizado de las horas extraordinarias), como en un progresivo vaciamiento de la agricultura[86], las mujeres, por los motivos antes mencionados, sufren duras discriminaciones a la hora de incorporarse a la industria.

De forma análoga a lo que hemos visto en Francia, las mujeres se insertan en sectores industriales en los que el empleo de mujeres constituye una novedad[87]. Después de 1950, todas las industrias incrementan el número de obreras. Los nuevos sectores que se abren a las mujeres son la siderurgia y la metalurgia, donde, entre 1950 y 1960, las mujeres aumentan en un 162,3 por 100. La electrónica les sigue inmediatamente después.

Además de los tradicionales sectores del textil, la confección, los productos alimentarios, el tabaco, los dulces, etc., la incorporación de las mujeres se extiende a la mecánica de precisión, la óptica, la relojería, la fotografía, etc.[88], donde las consumadas cualidades femeninas de «destreza», «habilidad» y «precisión» tornan más abiertamente contradictorias que nunca las discriminaciones salariales por «falta de cualificación».

La década de 1960 ahonda las líneas trazadas por los procesos anteriores. La joven clase obrera es hija del rechazo, de la rebelión y de las luchas de las mujeres proletarias que tiene detrás

Con la *década de 1960,* en términos globales, *se masifica y se homogeneiza* a una escala cada vez más amplia ese *tipo de camino* tomado por *las mujeres* desde la posguerra como *rechazo a funcionar como apéndices* de planes de desarrollo que las quieren garantes de una prole numerosa, sujetas a largas jornadas de trabajo en el hogar y en el campo, y en la fábrica, y en la oficina, y atadas y guetizadas en situaciones de dependencia personal. La brusca reducción de la tasa de natalidad a partir de 1964 es casi la prueba fotográfica de la capacidad de control que las mujeres han conquistado ya en relación con la procreación. A escala europea, tal como decíamos desde el principio, esta evolución no responde en esencia a la divulgación de los métodos anticonceptivos y la novedad reside en que la caída de la natalidad se produce precisamente en los estratos que menos capacidad tenían antes de controlarla[89]. Y hemos visto que esta caída, más que un «acontecimiento» que haya que vincular a este o aquel factor, constituye en cambio un momento de poder que las mujeres han construido. Un momento construido a través de un proceso de lucha que surge ya en la inmediata posguerra y apunta a destruir el «atraso» global en el que todos los gobiernos de posguerra o posrevolución[90] han querido siempre confinar a las mujeres. Un momento de poder que se convierte cada vez más claramente en una *palanca de poder* para negociar una nueva calidad de vida.

Con la década de 1960, se *acentúa a escala europea el asedio contra las mujeres presente en el corazón de los planificadores* desde el comienzo del proceso de integra-

---

[82] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 231.

[83] Véase sobre este tema E. L. Homze, *Foreign Labor in Nazi Germany,* cit.

[84] Durante la guerra, se utiliza también el trabajo forzoso de mujeres enviadas desde el Este, además de, como es sabido, el de las mujeres hebreas, gitanas y presas políticas.

[85] B. Groppo, «Sviluppo economico e ciclo dell'emigrazione in Germania occidentale», cit.

[86] *Ibid.*, tabla IV.

[87] A este propósito, si se habla de novedad, es siempre en términos relativos. Al investigar las bases, se descubre siempre que todos los sectores industriales se sustentan sobre un empleo asaz amplio de fuerza de trabajo femenina y juvenil. Véase para el caso italiano S. Merli, *Proletariato di fabbrica e capitalismo industriale. Il caso italiano: 1880-1900,* Florencia, La Nuova Italia, 1973.

[88] E. Sullerot, *La donna e il lavoro,* cit., p. 231.

[89] Cfr. n. 9, más arriba.

[90] Aludimos aquí en concreto al caso argelino, sobre el que volveremos.

ción[91]. Pero el instrumento impulsor de esta integración europea, la emigración, se revela en último término un instrumento de doble filo. Y no sólo en la medida en que el emigrante se ha convertido en un vector de insurrección –algo bastante sabido–, sino en tanto que, tal como decíamos, la *emigración ha radicalizado ya de manera definitiva esas fuerzas centrífugas,* de las mujeres y de los jóvenes (sin querer olvidar a los ancianos, aunque en Italia, en estos momentos, sea muy difícil gritar «poder gris»[92]), que aspiran cada vez más claramente a cierta calidad de vida a toda costa.

Si existe un *diferencial* que todavía funciona a favor de la integración europea, aunque ya no en una medida demasiado importante durante la década de 1960, se trata ante todo del diferencial entre las áreas donde la mujer puede gestionar de manera total o parcial un salario, las remesas de los emigrantes o, incluso, justamente a causa de la emigración, dinero propio, y las áreas donde no.

En estas últimas áreas, en la medida en que no gestionar un salario remite a la propia *ausencia de salario* (la supervivencia se basa en ganancias agrícolas o apaños) y a una *dependencia total* de la mujer, primero de los hombres de la familia y luego de las mujeres más ancianas, la emigración de algunos hombres, empezando por los más jóvenes, no responsables del sostenimiento de la comunidad, no llega a minar todavía cierta estabilidad de la misma. El ejemplo de Argelia, del que hemos hablado, es típico a este respecto. Distinto, tal como hemos dicho, es el caso del sur italiano, que se encuentra ya en una situación más contradictoria, con islas de industrialización y dentro de un país industrializado. No es casual que, en el sur italiano, sea posible un abandono del campo por parte de las mujeres jóvenes, impensable en Argelia[93].

Y si estas mujeres jóvenes llegan a la conclusión de que es mejor buscarse una dote de manera autónoma, porque ya no llega dinero de Alemania, más allá de la decisión que tomen, se moverán en un contexto netamente distinto al de las mujeres argelinas.

No sólo. Dentro de la perspectiva desde la que hemos interpretado hasta aquí el proceso de autonomía femenina, más o menos escalonado todavía en elecciones mediadas, y desde la que hemos intentado entender, en momentos específicos, su relación con el movimiento de la clase obrera masculina, nos parece que hay otro hecho que es preciso poner claramente de relieve. Justo porque, a nuestro juicio, está liga-

[91] Cfr. n. 54, más arriba.

[92] L. Fortunati, *Le donne contro la famiglia,* cit.

[93] No es que este «abandono» no se dé también en Argelia, tanto bajo la forma de huida del campo, como bajo la forma de huida del techo conyugal. Se trata de huidas desesperadas, que pasan por intentos de esconderse en Argel como criada en casa de europeos. No obstante, por lo general, conforme a la regla de la *Ta'a,* la policía devuelve a la mujer a su hogar. Cfr. Y. El Masry, *Il dramma sessuale della donna araba,* cit., último capítulo.

do, de manera radical, con la oleada de luchas obreras que surge a finales de la década de 1960. Este hecho es el *uso diferente* del salario (o de las remesas) que la mujer consigue imponer dentro de la familia donde no hay mayores o donde los mayores ya no logran subordinar a la mujer bajo su mando. Las mujeres de los italianos que se han ido a Alemania y, junto a ellas, las mujeres de los obreros que trabajan en Nápoles o en Gela, aspiran cada vez más claramente a *administrar las remesas o la nómina* que su marido trae a casa o, incluso, su propio dinero *invirtiendo en los hijos lo que los mayores habrían ahorrado o invertido en la tierra.* Nosotras decimos, pues, que el joven proletario del Sur, que durante la década de 1960 va a la Fiat, ha *incorporado esta inversión* y, con ella, la aspiración a un nivel de vida más elevado, por el que no haya que pagar «gradualmente».

Y con esto no queremos negar la novedad de la rebelión de la que es portadora toda nueva generación, de obreros o de estudiantes.

Pero esta rebelión no pasa sólo y simplemente por un enfrentamiento directo del joven con lo que se encuentra fuera de casa, fuera de la familia. Pasa asimismo por determinados niveles de disgregación de la familia. Debemos, en este sentido, continuar con el nuevo discurso[94] sobre la familia. Es decir, debemos examinar la erosión del sentido de autoridad que se manifiesta en el seno de *la propia familia proletaria,* en particular en la década de 1960, y poner este hecho en relación con la *gestión del salario masculino por parte de las mujeres.* Gestión que, justamente a partir de la posguerra, a través de la integración europea y del proceso general de la emigración en el que se basa tal integración, y a través del proceso de desplazamiento a la ciudad impulsado en las distintas regiones fundamentalmente por las mujeres, se da *por parte de estratos proletarios de mujeres cada vez más amplios.* Esta gestión, junto a la posibilidad de un salario femenino propio más o menos «clandestino», pero con frecuencia único sostén de toda la familia (trabajo a domicilio, a tiempo parcial, a destajo, temporero, etc.), determina un poder mayor de la mujer en relación con el hombre y, por consiguiente, una *relación distinta* de los hijos con el padre y con la madre, un cierto grado de *crisis de autoridad.*

En países como *Italia,* durante las décadas de 1940 y 1950, *determinados estratos de mujeres proletarias comenzaron por primera vez* claramente *a gestionar un salario.* La emigración no podrá afectar a estas mujeres como podrá afectar en cambio durante los mismos años a las mujeres de países como Argelia. Es decir, para unas, la

[94] Decimos «continuar con el nuevo discurso» porque el enfoque de este discurso se empezó a plantear ya a finales de la década de 1960 (Estados Unidos) y principios de la década de 1970 (Europa), a escala internacional, con el Movimiento Feminista. Los sociólogos y políticos de aquellos años no hicieron sino añadir confusión al tema; cfr. además M. Dalla Costa, «Quartiere, Scuola e Fabbrica dal punto di vista della donna» [1972], en *L'Offensiva,* Turín, Musolini, 1974.

emigración catalizará procesos de autonomía. Para las otras, por lo menos a corto plazo, deteriorará aún más la situación. En cambio, en los *países* con un *empleo femenino elevado,* la *disgregación de la familia* y, como derivado de ésta, la mayor insubordinación de los jóvenes en la fábrica y fuera de la fábrica será más bien el resultado de las tensiones que provoca el trabajo de la mujer, en el hogar y fuera del hogar[95]. De cualquier forma, en un caso como en el otro, la joven clase obrera que, primero en Italia (Turín, Piazza Statuto, en 1962) y después a escala europea, desencadenará todo un nuevo ciclo de luchas, es hija del progresivo rechazo, de la rebelión y de las luchas de las mujeres proletarias que tiene detrás[96].

Hemos dicho: la *década de 1960* no hará *sino endurecer el asedio antimujer* ya presente en el corazón de los planificadores europeos desde los comienzos de la integración. Añadimos: las grandes luchas obreras harán aún más determinada esta actitud.

En el caso italiano, recordamos o, mejor dicho, aclaramos, visto que la izquierda nunca lo dijo, que los despidos que siguieron a 1962 fueron despidos de mujeres. Y que los despidos aún no han acabado. De entonces a ahora hemos logrado nada menos que un millón más de «desempleadas»[97].

En cuanto a Europa, repasemos brevemente los países ya tomados en consideración.

Alemania emprenderá, después de 1960, un tipo de desarrollo con una elevada inversión de capital y con procesos de racionalización del proceso productivo.

Con este desarrollo, la situación del trabajo externo femenino empeorará más aún[98].

Los despidos de mujeres de las fábricas extenderán el submundo laboral de los trabajos a tiempo parcial, trabajos a destajo, a tiempo determinado, etc. Baste decir

[95] *Ibid.*, p. 27.

[96] M. Dalla Costa, «Donne e sowversione sociale», en *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James*, cit., p. 41 [ed. cast.: «Mujeres y subversión social», en este mismo volumen]: «En las fábricas, los jóvenes rechazan la guía de los más mayores y son la punta de diamante de las revueltas sociales. En las metrópolis, las generaciones salidas de la familia nuclear han producido los movimientos estudiantiles y juveniles que, en términos generales, han empezado a sacudir el orden del poder constituido. En el Tercer Mundo, los jóvenes desempleados están a menudo en las calles antes que la clase obrera organizada en los sindicatos».

[97] Del Boletín mensual del ISTAT de marzo de 1972 se desprende que, en la fecha de la investigación, las personas mayores de 13 años no pertenecientes a la fuerza de trabajo ascienden a 21.754.000: 16.168.000 mujeres frente a 5.586.000 varones. De las mujeres, 10.701.000, es decir, el 49,1 por 100, son amas de casa. Más concretamente, en 1970, de las mujeres empleadas, el 22 por 100 trabaja en la agricultura y casi todas están casadas y no son jóvenes. Del resto, el 45 por 100 trabaja en los servicios (casadas o no, jóvenes y menos jóvenes) y el 33 por 100 en la industria. Véase también, para una comparación con la situación inglesa, M. Pia May, «Il mercato del lavoro femminile, espulsione o occupazione nascosta femminile», en *Inchiesta* III, 9 (1973), pp. 27-37.

[98] Véase, en general, el informe de la OCDE, *Labor Force Statistics,* cit.

que, de 1961 a 1971, las mujeres que trabajan a tiempo parcial aumentarán un 83 por 100, alcanzando los 2,3 millones[99].

Las mujeres inmigrantes tendrán empleos o bien de baja cualificación (60 por 100), o bien semicualificados (33 por 100)[100].

En Francia, de 1962 a 1968, los porcentajes de mujeres empleadas en los nuevos sectores industriales considerados varían del siguiente modo: en los dispositivos eléctricos, de 114.000 a 126.000 (+11,1 por 100); en la industria química, de 104.500 a 119.440 (+14,2 por 100); en la industria alimentaria, de 126.100 a 137.000 (+8,6 por 100); en la industria mecánica, de 194.220 a 202.160 (+4 por 100). En todo caso, se trata de cifras que no «feminizan» un sector[101].

Todavía en 1970, en el IV Congreso nacional de la CGT, Christiane Gilles declara con respecto a la mano de obra femenina: «Le second chiffre, celui de 33 % *que j'ai évoqué, est l'écart des salaires réels entre les hommes et les femmes [...] En 1945, les coefficients de l'ouvrière mécanicienne de l'habillement étaient égaux à ceux de P.1 et P.2 de la métallurgie. Ils sont aujourd'hui loin de compte. Les minima horaires étaient de 3,93 francs et 4,10 en mai dernier*»[102].

En cuanto a las *mujeres emigrantes,* en particular argelinas, hay que tener en cuenta que en torno a 1962-1963, medidas de «política monetaria» prohíben a los argelinos dejar Argelia con más de diez francos, lo cual obliga una vez más a tener personas (hombres con mujeres detrás de ellos) a las que acudir en Francia aún antes de partir.

A partir de 1967, nuevas restricciones prohíben a los emigrantes argelinos enviar francos a Argelia. Y esto empeora más aún la situación de las mujeres en Argelia, a las que se impide (en el caso de recibir dinero de los emigrantes) comprar bienes de cierta importancia, justamente bienes que sólo se pueden comprar con francos.

Después de la Guerra de Liberación, la *emigración argelina* se modifica, en el sentido de que emigran pequeños núcleos familiares e incluso *mujeres solas* que no aceptan ni el campo ni la cocina americana separada de los hombres en la ciudad, tal como querrían los partidarios del «socialismo islámico». Por lo que respecta a las mujeres que se marchan solas, se trata, en la mayoría de los casos, de mujeres no

[99] B. Groppo, «Sviluppo economico e ciclo dell'emigrazione in Germania occidentale», cit.

[100] *Ibid.*

[101] F. Lantier, «Le travail et la formation des femmes en Europe», cit., tabla XIII, p. 45. En términos más generales, véase OCDE, *Labor Force Statistics,* cit.

[102] M. F. Mouriaux, *L'emploi en France depuis 1945,* cit., p. 150: «La segunda cifra, la del 33 por 100 que he citado, es la diferencia entre los salarios reales de los hombres y de las mujeres [...]. En 1945, los coeficientes de la obrera mecánica de la industria textil eran iguales a los del P1 y P2 de la metalurgia. Hoy están muy lejos de eso. El salario mínimo por hora era el pasado mayo de 3,93 francos y 4,10».

proletarias que logran desembarcar en Francia con un pasaporte de turista o por motivos de estudio. *Una vez en Francia, al no poder acudir, a diferencia de los hombres, a la comunidad argelina,* que no admite mujeres sino bajo la tutela de algún hombre, acaban en el mejor de los casos de criadas y en los casos normales de prostitutas. Las emigrantes proletarias argelinas, tunecinas, marroquíes, turcas, yugoslavas y portuguesas se convierten en *criadas u obreras mecánicas en los puestos de más baja cualificación.*

Después de 1968, la década de 1970. Las mujeres abren la negociación sobre la reproducción. Cuando la comunidad de emigrantes no tiene ya que reproducirse

A partir de 1968, tal como decíamos, la *inversión* que las mujeres de la región europea, incluida la zona del sur italiano, *han hecho en sus hijos,* la mejora de la calidad de vida de sus hijos gracias al impulso aún más subterráneo por mejorar su propia calidad de vida, se revelan justamente en el *potencial de lucha que la clase expresa a escala europea.*

Después de aquellas luchas, hay una nueva interrupción del flujo italiano[103] y un desplazamiento hacia arriba de los italianos en la escala de empleo de los emigrantes. A partir de ese momento, aumenta más bien el flujo de la franja mediterránea, destinado a los puestos de más baja cualificación: turcos, griegos, argelinos, tunecinos, marroquíes, españoles, portugueses, etcétera.

No obstante, el gradualismo nunca ha caracterizado la historia de la clase. Y, aunque lejos de querer forzar conclusiones triunfalistas, es difícil dejar de ver que la afluencia de emigrantes de estos últimos años ha asegurado más el *ghost of revolution* [fantasma de la revolución], tal como puede leerse abiertamente en el *Financial Times*[104], que la paz social.

---

[103] Se puede considerar que la primera suspensión se produjo ya en 1962.

[104] «Europe Keeps Revolution at Bay», en *Financial Times,* 28 de febrero de 1973: «The spectre of revolution: this ghost [...] moves about from place to place, visiting even the Netherlands, but it is *fondest of all of Italy* [...]. What is important is that it is quite apparent that a great many of our leaders in industry, the trade unions, and the Government itself are aware, some consciously, others only vaguely, that Western society is in a more fragile state that it has been at any time since the war» [el espectro de la revolución: este fantasma [...] se desplaza de lugar en lugar, visitando hasta los Países Bajos, aunque el país con el que más encariñado está es Italia [...] Lo importante es que resulta bastante evidente que muchos de nuestros líderes en la industria, los sindicatos y el propio gobierno se dan cuenta, algunos conscientemente, otros sólo de manera vaga, de que la sociedad occidental está en un estado más frágil de lo que lo haya estado nunca desde la guerra].

Se intenta entonces, aunque de manera muy limitada, descubrir una franja de fuerza de trabajo más débil, más chantajeable que el emigrante varón, cualquiera que sea la tierra de la que provenga: *las mujeres.* Pero justamente en esto estriba el problema de la década de 1970. Se trata de la década en la que el camino de las mujeres se pone al descubierto, llega a constituirse, también en Europa, y no sólo en Estados Unidos, como movimiento de masas, portador del interés de las mujeres por una autonomía de vida para la que ya no compensa ni el coste del hogar ni el coste de la fábrica.

Si los hombres se muestran cada vez menos dóciles a la disciplina de fábrica, ¿se mostrarán más dóciles las mujeres emigrantes? Tampoco aquí queremos ignorar la diferencia de poder que existe en el seno de la clase y, con más dureza, entre las distintas franjas de la emigración. Pero, por el rumbo que hemos visto tomar con absoluto protagonismo a las mujeres de las zonas más «desarrolladas» y menos «desarrolladas», no nos parece que este uso pueda constituir un plan europeo de larga duración. En medio de las imágenes más o menos habituales de «tigres de papel» y «elefantes salvajes», la imagen que nos sugiere en este caso el juego capitalista es la de la «pescadilla que se muerde la cola».

Desde el punto de vista del problema que los planificadores europeos deben afrontar, parece un poco aquello de la «cuadratura del círculo».

En Alemania, en Francia y en Italia (en la Fiat después de 1969), se prueban nuevas incorporaciones de mujeres, en concreto emigrantes, para sustituir a determinados sectores de las franjas de emigrantes que se han demostrado ya ingobernables dentro de la disciplina de fábrica. En la más lejana Suecia, en la Saab's Scania de Sodertalje, sólo comparable con la Fiat de Cassino, no faltan ejemplos «estelares»[105] de reestructuración de tareas de la cadena para adaptarlas a amas de casa, incluso ancianas. Sin embargo, al mismo tiempo, las mujeres europeas se muestran cada vez menos dispuestas a aceptar el trabajo doméstico (como trabajo de reproducción gratuito) y a sumarlo al trabajo de fábrica, y cada vez más decididas en cambio a rechazar y poner un precio a este trabajo de reproducción. Por un lado, tal como se ha intentado poner en evidencia a lo largo de todo el presente trabajo, el desarrollo capitalista está necesariamente basado en determinadas cotas de reproducción que deben estar garantizadas de manera continuada y que hasta el momento han ocasionado al Estado gastos casi irrelevantes. Por otro lado, las mujeres han lanzado des-

---

[105] Aludimos a la estructura del montaje. Leemos en el *Financial Times* del 12 de marzo de 1973, en un artículo titulado «Car Plants Without Mass Disaffection» [Plantas automovilísticas sin desafección de masas]: «*The assemblers, all housewives with no previous factory experience, work in groups of three*» [las ensambladoras, todas ellas amas de casa sin experiencia fabril previa, trabajan en grupos de tres]. De todas formas, el ejemplo no tuvo mucha repercusión.

de hace tiempo un ataque precisamente a partir de la reproducción. Por más que sea cierto, por lo tanto, que el Estado sigue logrando hoy por hoy chantajear a través del trabajo de fábrica y del hogar a los estratos políticamente más débiles de mujeres, también es cierto que, a partir de ahora, el Estado se encuentra en la obligación de responder, en todo el área europea que hemos estado considerando, a la pretensión de las mujeres de que el coste de la reproducción recaiga sobre el Estado. Baste citar, entre los ejemplos más significativos, la propuesta que ha realizado en Francia la UNAF [Union Nationale des Associations Familiales], de un salario para el trabajo doméstico equivalente al 50 por 100 del SMIC (salario mínimo obrero), sujeto a impuestos y al que habría que considerar como un salario a todos los efectos[106]. Propuesta ante la que ya se han declarado favorables exponentes del gobierno. Baste pensar en Italia en la institución, aunque todavía no a escala nacional, de la asignación mensual «homofamiliar»[107] de 50.000 liras para retribuir el trabajo doméstico de la mujer que acepta a un pariente minusválido en casa, en lugar de dejarlo en manos de instituciones. Baste pensar, de nuevo en Italia, en los proyectos de ley en proceso de negociación sobre el incremento de las ayudas familiares que, aunque desde luego no «asalarian» el trabajo doméstico, constituyen un índice bastante importante de que la reproducción es ya un terreno de negociación.

Antes de concluir, quedan aún algunas puntualizaciones por hacer en favor del Reino Unido, país que no ha entrado en la integración europea hasta fecha reciente y que se mantiene ligado principalmente a un circuito estadounidense de capital. Lo cual explica algunas correspondencias por lo que se refiere a la política del empleo femenino y demográfica. Ya hemos tenido ocasión de mencionar su tradición de alto empleo de mano de obra femenina. En la década de 1970, mientras el gobierno encarga y financia estudios exhaustivos sobre la condición femenina y el índice relativo de empleo, las comisiones parlamentarias y gubernamentales constituidas a tal efecto recomiendan una flexibilidad máxima en la organización del trabajo «de manera que las mujeres puedan elegir entre tiempo completo y tiempo parcial»; recomiendan «la rápida expansión de guarderías y jardines de infancia con horarios flexibles y reajustables a los horarios de la madre» (que debería ir a trabajar) y comedores que proporcionen «la comida a los jóvenes y niños cuya madre esté trabajando, *también durante los días y periodos de vacaciones escolares*» (la cursiva es nuestra); recomiendan, por último, que el «Ministro de Educación Pública tenga *contactos regulares con las organizaciones de mujeres*» (la cursiva es nuestra) y, además, que se desarrolle «una investigación adecuada sobre la entidad y las condiciones en que se desempeña el trabajo a domicilio» (que desde luego no es sólo una plaga mediterránea)[108]. Por otro lado, más allá de los resultados de las investigaciones de las comisiones gubernamentales, para el gobierno británico resulta impensable contratar a las mujeres inglesas en las fábricas, en lugar de a las antillanas, africanas, indias o pakistaníes. Las mujeres inglesas han demostrado ya una notable resistencia a ocupar los puestos discriminados que, cada tanto, se les ha intentado asignar. Es impensable que acepten ahora con total tranquilidad los puestos de secretaria, mecanógrafa, etc., a los que aluden de manera bastante abierta los nuevos discursos[109] sobre la necesidad de un empleo más amplio de las mujeres que han alcanzado cierto grado de cualificación. Hasta en Inglaterra, es más, sobre todo en Inglaterra, ha comenzado la lucha por el coste de la reproducción, la lucha por un salario para el trabajo doméstico, y ha encontrado ya momentos de organización nacional a través de la campaña que las mujeres inglesas han sostenido por las *Family Allowances*[110]. El gobierno no sólo se ha visto obligado a abandonar el proyecto de eliminar las *Family Allowances* (único dinero que las mujeres perciben directamente en manos propias), sino que ha tenido que afrontar el crecimiento de un movimiento que, con esta primera fase organizativa, ha abierto de manera irreversible la lucha y la negociación sobre la reproducción.

Por otra parte, la *comunidad de mujeres y hombres emigrantes* ha adoptado ya comportamientos con un *contenido subversivo lo suficientemente alto* como para que pueda pensarse en un uso de las emigrantes contra los emigrantes. A decir verdad, el *nivel de empleo asalariado* de las *mujeres emigrantes* es muy elevado y, además, se da dentro de un mercado de trabajo rígidamente *dividido en función del sexo*.

Las nuevas generaciones de obreros, los hijos e hijas de los emigrantes negros y, en particular, las hijas, han hecho crecer el contenido subversivo de los comporta-

[106] «Les Femmes au foyer», en *Le Nouvel Observateur*, 4 de octubre de 1973.

[107] Esta asignación, precisamos, instituida por la administración provincial de algunos centros emilianos, está destinada oficialmente al pariente minusválido en relación con el cual debería cumplir la función terapéutica de conseguir que no se sienta un «peso» o una «carga» para la familia de la que forma parte. Oficialmente se ignora el hecho de que esta «participación» pasa de manera directa por un endurecimiento del trabajo doméstico de la mujer, que las 50.000 liras mensuales distan mucho de retribuir.

[108] Véase a este propósito Her Majesty's Stationery Office, *Sixth Report from the Expenditure Committee. Session 1972-1973. The Employment of Women*.

[109] Baste hojear los *Financial Times* y *Le Monde* de 1973.

[110] Para una breve historia de la lucha por las *Family Allowances* en Inglaterra, véase S. Fleming, *The Family Allowances Under Attack*, Bristol, Falling Wall Press, 1973; y *Hands Off Our Family Allowances. What We Need Is Money*, Londres, Crest Press, 1973. Sobre la perspectiva en la que se inscribe esta lucha –la lucha por un salario para el trabajo doméstico– y su relación con las luchas por la vivienda y con las luchas de las mujeres que hacen la limpieza de noche, véase *Radical America* VII, 4 (1973), pp. 131-192. El número reúne todo el debate en torno al salario por el trabajo doméstico en Italia, Inglaterra y Estados Unidos.

mientos de la clase obrera emigrante en el Reino Unido. Tanto las mujeres jóvenes como los hombres nacidos o criados en el Reino Unido están algo más libres de ilusiones sobre la posibilidad de ascender dentro de la jerarquía de la fuerza de trabajo, ilusiones que sus progenitores podían tal vez alimentar al provenir de áreas sociales en las que *cualquier salario* constituía ya una victoria.

Pero la *estabilidad* de un trabajo asalariado ha provisto a la segunda generación de cotas de *poder nuevas* para *romper la estabilidad*. La actitud de estos jóvenes hacia el trabajo asalariado es la misma que la de la generación correspondiente a escala internacional, sólo que agudizada por el racismo del mercado de trabajo, que rechazan de manera cada vez más generalizada. Y por una tradición de trabajo esclavista donde no hay gran diferencia entre el capataz y el patrono de esclavos. Lo específico de las mujeres, en este contexto, es el rechazo de los límites y las restricciones de la vida familiar que el *salario de los progenitores constituye y requiere*. Su violencia contra el trabajo escolar y fabril no ha alcanzado las cotas a las que llega la de los jóvenes varones, pero la violencia que tienen que afrontar frente a madres y padres que querrían atarlas a la «respetabilidad» y estabilidad de la familia, violencia que con frecuencia deben afrontar solas, en el aislamiento del hogar, les infunde cada vez menos terror. Como de costumbre cuando se trata de mujeres, sus luchas por una autonomía propia, precisamente porque se despliegan en el aislamiento, sostenidas sólo por un restringido círculo de amigos, y porque no requieren necesariamente de un enfrentamiento con la policía (un papel, éste, adoptado con frecuencia por el padre o el padrastro), se mantienen ocultas y el Movimiento Negro, ni en sus objetivos ni en su organización, ha demostrado confiar en la autonomía feminista. Sin embargo, el resultado empieza a verse en la creciente conciencia que tienen los progenitores de la posibilidad de defender sus propios intereses a través del apoyo que brindan en los enfrentamientos entre policía y juventud negra y entre escuela y juventud negra. Los jóvenes varones aparecen como protagonistas; la lucha de las mujeres jóvenes se mantiene bajo la superficie pero eficaz.

En el pasado era frecuente que el hombre de las Antillas, al comprender que no estaba en condiciones de sostener a su familia, escapara al Reino Unido, abandonando a mujer e hijos. Por otro lado, ha habido mujeres que se han ido lejos de casa para encontrar la autonomía de un salario propio, con o sin hombre. Y, cuando han hallado un lugar en el que quedarse, han sido ellas las que han mandado dinero para traerse a sus hijos. En esta situación, la crisis de autoridad no necesita de procesos muy largos en el tiempo. El gobierno británico, que desde hace tiempo establece *medidas para limitar la emigración,* ha promovido, en particular en la década de 1970, la exclusión de estos hijos y, con el *ataque a la natalidad negra,* ha favorecido iniciativas autónomas pero bastante extensas por parte de la profesión médica de esterilización de mujeres negras. *En correspondencia* con la dirección tomada y los

medios empleados por *Estados Unidos* desde la *década de 1960* con respecto a los negros dentro de su territorio y con respecto al denominado Tercer Mundo. Cuando la emigración ya no funciona, mejor exportar el capital. Pero las y los jóvenes del Tercer Mundo no parecen dispuestos a recibirlo sosegadamente.

3

A propósito de las políticas de bienestar...*

Aprovechamos la ocasión de la lectura del editorial y del artículo «Da marzo a novembre. Un aggiornamento critico» [De marzo a noviembre. Una actualización crítica], publicados en el número 6 de *Primo Maggio,* para esbozar unas breves notas sobre el tema de las políticas de bienestar, introducido en Italia dentro del debate sobre el gasto público. Arrojar luz sobre este tema, aunque en este artículo no nos propongamos más que señalar algunos puntos fundamentales, es muy urgente. De hecho, una interpretación distorsionada de las políticas de bienestar supone una interpretación distorsionada de la clase, de las relaciones de fuerza hoy entre clase y capital, con el riesgo por desgracia archiconocido de llegar a conclusiones sustancialmente derrotistas con respecto a las que la recuperación de los viejos útiles, rechazados hace muchos años por la clase, puede quizá parecer justificada.

Lo primero que hay que decir es que se sigue hablando de políticas de bienestar sin ver que los destinatarios de tales políticas a escala de masas son *mujeres*. Y, sin embargo, las cifras hablan por sí solas alto y claro: el 85 por 100 de los asistidos son mujeres, madres con hijos a su cargo (*Aid for Dependent Children,* Ayuda para Hijos Dependientes). También por lo que se refiere a la Seguridad de Suplemento de los Ingresos (SSI), destinada en esencia a los inválidos y a los ancianos, un sector que, hasta 1975, pertenecía al sistema de bienestar y, en la actualidad, forma parte de la Seguridad Social (SS), el gran porcentaje lo constituyen de nuevo mujeres, amas de casa sin pensión porque «nunca han trabajado», es decir, nunca han tenido un salario por un periodo lo bastante prolongado como para estar incluidas en la categoría de la jubilación social.

* M. Dalla Costa, «A proposito del *Welfare...*», *Primo Maggio. Saggi e documenti per una storia di classe* 9/10 (1977/1978), pp. 76-80.

Por otro lado, por lo que se refiere a los procesos de lucha que han llevado a esta realidad tan ignorada por los historiadores de nuestro país, habría bastado para iluminarles una ojeada a las fotos del *Welfare Movement* [Movimiento por una política de bienestar], que estalló durante la década de 1960 y que fue en esencia un movimiento de mujeres, mujeres negras, que supieron dar a la carga subversiva de los jóvenes que quemaban las ciudades y llevaban a cabo formas de apropiación de masas una salida estratégica capaz de asegurar un poder de larga duración: una exigencia masiva de salario que, en tanto que emanaba del área del no salario, constituía por primera vez un nuevo poder de masas para la clase. Impulsada por las mujeres, esta exigencia salarial era a la vez rechazo de la intensificación del tiempo de trabajo. Porque era rechazo del segundo trabajo, porque era «salario para el trabajo doméstico». Declaraciones como «una madre de familia trabaja ya a tiempo completo en casa, no necesita un segundo trabajo», «cuando hay una guerra es cuando el Estado se acuerda de que nuestros hijos le pertenecen [era la época de la guerra de Vietnam *(N. de la A.)*], pues bien, es hora de que le hagamos pagar por lo que nos cuesta criarles» o «las políticas de bienestar no son caridad, como el Estado nos quiere hacer creer, es un derecho nuestro, porque trabajamos ya por ese dinero»[1], expresaban claramente el punto de vista de las mujeres que dirigían estas luchas. En los artículos en cuestión, en cambio, enseguida se ve, antes que a las mujeres, a los desempleados blancos o, de manera más habitual, a la juventud negra o portorriqueña. Y, en la mente de quien escribe, se trata claramente de proletariado masculino, tanto es así que las prestaciones sociales de bienestar se definen como «renta sin trabajo»: «[...] las políticas de bienestar nacen de la asistencia pública generalizada, nacen de la asunción explícita de la necesidad de determinados índices de desempleo para poder controlar con eficacia los procesos sociales (marginación, guetización, conflictividad urbana, etc.) inducidos por la continua reestructuración del aparato productivo y, por lo tanto, de la composición de clase»[2]. «En sustancia, lo que Nixon intentaba quebrar era la rigidez negra y portorriqueña, entre otras cosas para romper la relación directa entre crecimiento de las luchas de fábrica y posibilidad de renta fuera de la relación de producción»[3]. Dentro de una visión como ésta, alusiones como «esas *welfare mothers* [madres que viven de las prestaciones sociales] de las que habla Gisela Bock» resultan grotescas[4]. No se ve a las mujeres, no se ve su trabajo y su lucha contra él, no se ve su primera victoria de masas por un salario para el trabajo doméstico.

[1] *Welfare Mothers Speak Out,* Milwaukee, Milwaukee Welfare Rights Organization, 1971.
[2] *Primo Maggio* 6 (1975), p. 8.
[3] *Ibid.*, p. 18.
[4] *Ibid.*, p. 19.

A resultas de esta identificación errada de los «sujetos políticos» de las políticas de bienestar, se sigue dando una interpretación distorsionada de la *crisis*, indisolublemente ligada al discurso de las políticas de bienestar como capítulo más importante del gasto público. A decir verdad, remitir a la interpretación común, conforme a la cual la crisis en general y, en el caso específico, la bancarrota de Nueva York se derivarían de la desproporción entre sectores productivos e improductivos, no dice nada sobre cuál es el terreno que ha provocado la crisis y cuáles son los procesos actuales de recomposición en la clase.

No ver a las mujeres en las políticas de bienestar es no ver la lucha en el terreno del trabajo de reproducción como lucha determinante con respecto a los procesos que están detrás de la crisis. Procesos en expansión de indisciplina y de rechazo del trabajo directamente derivados del rechazo del trabajo doméstico en el hogar, en la oficina, en el colegio, en la guardería, en la fábrica, respecto de los cuales la elefantiasis del gasto público no es sino el intento desesperado del Estado de *reconstruir y agigantar* continuamente –tras el *agigantamiento del rechazo*– una *madre y una esposa colectiva* que vuelva a disciplinar y a persuadir de trabajar. No ver todo esto es no conseguir interpretar la *necesidad de la creciente desproporción* de la inversión estatal en gasto público y perder el tiempo con una definición de la crisis que no deja de ser, en sustancia, descriptiva.

> Los datos disponibles nos dicen que la bancarrota de Nueva York, como la de tantas otras ciudades estadounidenses, depende del enorme aumento del gasto público, sobre todo en el capítulo de las políticas de bienestar, y del creciente endeudamiento con los bancos [...]. De estas dos series de datos se podría extraer la corroboración de lo que muchos están diciendo, a saber, que la crisis actual, en todas partes, tiene su origen en la desproporción entre el «sector improductivo» y el «sector productivo»[5].

A partir de 1965, empieza a desbocarse el ámbito de las prestaciones sociales de bienestar, tanto desde el punto de vista del número de inscritos, como desde el punto de vista de los conceptos[6] en los que la lucha obliga al Estado a articularlas. Y el

[5] *Ibid.*, p. 3.
[6] Además del subsidio mensual (calculado en función del número de integrantes de la familia), el concepto principal de las prestaciones sociales de bienestar lo constituía la categoría de las *special needs* [necesidades especiales], que permitía obtener otras ayudas por «casos de emergencia» y, justamente, «necesidades especiales», que iban de la compra de mobiliario nuevo a la adquisición de ropa y libros para los niños, etc. Donde mayores posibilidades había de articular la lucha de las mujeres para disponer cada vez de más dinero era justo en este terreno de las *special needs*. Y no es casual que sea precisamente esta categoría la primera víctima de los recortes de las prestaciones sociales realizados ya desde principios de la década de 1960. A partir de este periodo, las prestaciones sociales se presentan como un *flat grant* [subsidio fijo], es decir, como una cantidad fija que debería cubrir todas las necesidades de la familia.

hecho de que la categoría que se desboque sea justo la de la *Aid for Dependent Children* (AFDC), mientras que las demás categorías[7] se mantienen por lo general estables[8], evidencia de inmediato que se trata de una lucha de mujeres. El otro hecho que escapa a la mirada de estos historiadores es que, por primera vez en la historia de las políticas de bienestar, el aumento del número de inscritos se da de manera proporcionalmente inversa al de desempleados. De hecho, tal como puso ya de relieve con preocupación Moynihan en su *The Politics of a Guaranteed Income* [La política de una renta garantizada], el estallido de las prestaciones sociales se inscribe en un periodo de gran expansión económica en Estados Unidos. Por primera vez se rompe por completo la relación entre desempleo y prestaciones sociales[9]. De 1965 a 1970, año en el que todos los periódicos estadounidenses coinciden en designar las políticas de bienestar como «crisis nacional», la situación no hace sino «agravarse».

Pero, ¿qué es en realidad esta crisis nacional que ya desde 1970 constituye la espina que el Estado estadounidense tiene clavada?

> El símbolo de la dependencia de las prestaciones sociales era la familia con una mujer a la cabeza. Su número no dejaba de crecer, hasta tal punto que en 1969 *The New York Daily News* refería, no con rabia y ni mucho menos con desaprobación, sino simplemente como una evidencia, que «se está produciendo una callada revolución social en las áreas urbanas degradadas de la nación, en especial aquí, en Nueva York: el número de casos de abandono de la familia y de ilegitimidad se está disparando a expensas de la estructura tradicional de la familia misma»[10].

Y también:

> El tejido social aquí en Nueva York se está haciendo pedazos [...]. En un sector cada vez más amplio de la población, el sentido de la disciplina, del valerse por uno mismo y de la laboriosidad se están disolviendo [...]. El número de hijos ilegítimos

[7] Sobre esto, cfr. D. Moynihan, *The Politics of a Guaranteed Income,* Nueva York, Vintage Books, 1973.

[8] Lo cual no quita que, en los últimos dos años, justamente en Nueva York, se haya disparado el número de asistidos dentro de la *Home Relief* [Ayuda al Hogar], cuando antes representaban por lo general una exigua minoría. De hecho, ha habido que esperar hasta la gran oleada de desempleo que ha afectado de manera particular la Costa Este, para que la municipalidad de Nueva York se viera obligada a conceder la *Home Relief* a todos los desempleados a los que se les había acabado el subsidio. Precisamos que la *Home Relief* es una categoría no federal de las prestaciones sociales y que sólo existe a discreción de las autoridades locales. De hecho, sólo existe en Nueva York y en pocas ciudades más. Consiste en un dinero que se concede a quien pueda demostrar que no tiene una renta ni posibilidad de encontrar trabajo.

[9] D. Moynihan, *The Politics of a Guaranteed Income,* cit., pp. 82-83.

[10] *Ibid.*, p. 29.

> está creciendo; la familia está cada vez más en manos de las mujeres y atomizada, el delito y el desorden experimentan un fuerte aumento [...]. En resumen, se está produciendo una creciente desintegración de la sociedad [...][11].

Moynihan llevaba advirtiendo desde la época de su famoso *Report* [Informe] sobre la familia negra [1965] que las revueltas de los guetos tenían su origen en el hecho de que la inmensa mayoría de las familias negras estaban encabezadas por mujeres. A decir verdad, las mujeres, que ya no tenían por encima autoridad alguna que las disciplinase, se negaban de manera cada vez más extendida a hacer de disciplinadoras de sus hijos. Y, también en 1965, en la revista *America,* Moynihan vuelve a escribir:

> De los salvajes barrios miseria de la costa oriental del siglo XVIII a los suburbios sacudidos por las revueltas de Los Ángeles, no hay sino una única lección inconfundible en la historia de Estados Unidos: una comunidad que permite que un gran número de jóvenes crezca en familias "rotas", dominadas por mujeres, sin adquirir nunca expectativas racionales con respecto al futuro, una comunidad de tal tipo quiere y consigue el caos: delito, violencia, subversión, desorden y, sobre todo, la explosión furiosa e incontrolable de toda la estructura social. Esto no es sólo algo esperable, sino sin duda inevitable y que desde luego nos merecemos.

Desde entonces, también en el ámbito del debate sobre la reestructuración de las políticas de bienestar, Moynihan sigue repitiendo que dar dinero a las mujeres significa minar la estructura de la familia y, por lo tanto, toda la estructura del trabajo. No puede haber, pues, ninguna duda sobre el punto hasta el cual las políticas de bienestar han servido «no para comprar estabilidad, sino para comprar independencia y la posibilidad de crear relaciones familiares diferentes»[12], y esto, insistimos, empezando ante todo por las mujeres. Tal como corroboran todos los documentos del gobierno desde 1965, en correlación con el estallido de las políticas de bienestar, se disparan también: (1) el número de hijos denominados ilegítimos (en Washington ese año, por primera vez, el número de hijos ilegítimos superó al de hijos legítimos); y (2) el número de divorcios, que cada año bate un nuevo récord. Y las mujeres que se divorcian ya no son sólo o sobre todo las mujeres sin hijos, sino mujeres con hijos[13]. Todo esto quiere decir incremento continuo de las familias con una mujer a la cabeza. De 1960 a 1970, un aumento del 16 por 100.

[11] *Ibid.*, p. 66.

[12] Cfr. H. Ross, *Poverty. Women and Children Last*, Washington DC, The Urban Institute of Washington DC, 1976, p. 11.

[13] *Ibid.*, p. 5. A este propósito, cfr. también: *Studies in Public Welfare* 12, I. *The Family, Poverty and Welfare Programs. Factors Influencing Family Instability,* Washington, U.S. Government Printing Office,

El *agigantamiento* del gasto público, entonces, tal como decíamos poco más arriba, constituye el terreno al que se vio *abocado* el *Estado estadounidense a causa del rechazo de las mujeres* hacia el trabajo de reproducción. La victoria de las mujeres sobre las políticas de bienestar –y en este sentido las políticas de bienestar son el sector más significativo– permitió la masificación de este rechazo. Rechazo que fue capaz de impulsar inversiones cada vez mayores y más *articuladas* en el sector de la reproducción social de la fuerza de trabajo. Hay que estar realmente ciegos para no saber interpretar también el denominado proceso de terciarización como proceso de socialización del trabajo doméstico. En efecto, psicólogos, sociólogos, sexólogos, profesores, asistentes sociales, terapeutas, médicos, enfermeras y enfermeros, etc., deben desempeñar ahora esas tareas que las mujeres se han negado a desempeñar, con un rechazo que ha crecido sin cesar, se deben convertir, justamente, en la *madre* y la *esposa colectiva*. Sólo teniendo esto presente se puede entender por qué «los trabajadores de los servicios se han llevado la parte del león»[14].

Precisamente en esta dirección de una socialización del trabajo doméstico se inscribe el famoso *Title 20* [Título 20, una enmienda a la *Social Security Act* (Ley de Seguridad Social)], aprobado en 1975, que prevé la organización de un sistema de servicios sociales –programados por varios Estados pero financiados en gran parte por el gobierno federal– y que se presenta como una institución móvil en el territorio que provee trabajo doméstico y a la vez funciona, desde luego, como control. Los servicios incluyen: servicios a domicilio para los ancianos y para los maridos cuya mujer está incapacitada para el trabajo doméstico, la previsión de «cuidados» y «alojamientos alternativos» para los niños que crecen en hogares «inadaptados», etcétera.

Pero ni siquiera medidas como el *Title 20* han logrado combatir la situación. Es más, el rechazo se ha masificado cada vez más y ha producido una indisciplina en expansión, del hogar a la fábrica, un rechazo contagioso a producir y a verse de algún modo sometido, haciendo con ello más dramático el problema del gasto público. No tanto por su magnitud monetaria, aún así cada vez más relevante, sino por su sustancial irreductibilidad. El capital tiene ya muy claro, aunque sus estudiosos no tanto, que hay una conexión muy precisa entre las *kitchen blues* [cuitas de la cocina] y las *blue collar blues* [cuitas del trabajo manual], es decir, que el rechazo en la cocina significa de inmediato rechazo en las cadenas de montaje, rechazo en el ejército[15]. No es casual que, en los principales periódicos, como *Business Week* y *Magazine,* se culpabilice cada vez más duramente a las mujeres del estallido de luchas en las escuelas, de la victoria no lograda en Vietnam y, en general, de la propagación del desinterés por el trabajo y de la «delincuencia» que crece sin cesar.

1973, en particular, pp. 154 ss. No sólo se calcula que, de 1965 a la actualidad, el número de divorcios ha aumentado un 60 por 100, sino que un matrimonio de cada tres acaba ya en divorcio.

[14] *Primo Maggio* 6, cit., p. 3.

[15] Justamente en respuesta al rechazo de los jóvenes a «servir a la patria», el gobierno estadounidense se ha visto obligado, desde hace algunos años, a recurrir al ejército voluntario.

No obstante, desde el Estado hay conciencia de que no se cuenta, con respecto a este problema, con instrumentos políticos adecuados. De hecho, la inversión en gasto público se torna cada vez más «desproporcionada» y cada vez más «irreductible», sin lograr por ello poner freno a la situación. Situación que se agrava aún más en la medida en que el nuevo capital humano (asistentes sociales, etc.) en el que se invierte gran parte del gasto público y debe seguir invirtiéndose no da ninguna garantía de que esta inversión no se convierta en una espiral continua. Los nuevos agentes que deberían disciplinar a quien ha rechazado ya la disciplina son de por sí indisciplinados. Tal como pone en evidencia Peppino Ortoleva: «[...] sobre todo por lo que se refiere a ese sector particular de los empleados públicos que son los administradores mismos de la asistencia, son numerosos los ejemplos recientes de movilización conjunta entre ellos y "sus" asistidos»[16]. Más en concreto, en relación con el ámbito de las políticas de bienestar, que sigue siendo en todo momento el más significativo, la unión en la lucha entre asistidas y asistentes, que cada vez se niegan más rotundamente a hacer de policías, es el resultado más evidente del rechazo del trabajo doméstico por parte de ambas. Y justo a raíz de este rechazo, el capital estadounidense se ve ahora obligado a probar la vía de una creciente informatización de las políticas de bienestar[17].

Con la administración Nixon comienza el contraataque, tras el visible «fracaso» de los programas johnsonianos de la *Great Society* [Gran Sociedad] (a través de los cuales debía librarse la «guerra contra la pobreza» kennediana). Este contraataque adoptó múltiples formas. Desde el intento de impedir *tout court* [sin más] la reproducción del proletariado que dependía de las prestaciones sociales (desde 1970 hasta la actualidad, la esterilización de las mujeres negras, portorriqueñas y, en general, dependientes de las prestaciones sociales ha aumentado un 300 por 100) hasta el recorte de las políticas de bienestar realizado ante todo a través de la supresión de la categoría de las «necesidades especiales» y la introducción del *flat grant*. Pero, en términos generales, lo que se intenta filtrar es una tentativa de volver a ligar las prestaciones sociales al salario del varón. Ya Moynihan, siempre el más clarividente a este propósito, en el mismo 1965, había insistido en que sólo la consolidación de la posición económica del varón negro combatiría la espiral de indisciplina por parte del proletariado negro. Y, en este sentido, por primera vez bajo la administración Nixon, se presentó el FAP (Plan de Asistencia Familiar) como programa destinado a reconstruir familia, trabajo

[16] *Primo Maggio* 6, cit., p. 19.

[17] «City Opens Computer Center to Check On Eligibility of Welfare Recipients» [La municipalidad abre un centro informático para verificar si los beneficiarios de prestaciones sociales cumplen los requisitos exigidos], *New York Times,* 28 de febrero de 1975.

y autoridad masculina. Se acabó el dinero directamente para las mujeres, para dar paso al complemento salarial para el varón trabajador alrededor del cual mujer e hijos estaban de nuevo obligados a reunirse[18]. El FAP no logró la aprobación del Senado, pero proporcionó la indicación general para todas las propuestas de reforma que se debatieron y que se siguen debatiendo aún hoy. Como mínimo, continúa constituyendo la indicación general sobre la que debate la parte más inteligente del capital:

> No hay más que una pregunta en lo que se refiere a las prestaciones sociales, a saber, si daremos a las familias intactas la misma ayuda financiera que concedemos en la actualidad a las familias «rotas». El gobernador Cary [gobernador del Estado de Nueva York *(N. de la A.)*] ha dicho que es necesario un sistema de prestaciones sociales de bienestar que conserve intacta la familia. Pero en la actualidad esto es lo que falta. El sistema presente incentiva enormemente que la familia se parta. La pregunta fundamental es, pues, la siguiente: ¿le daremos al pobre [léase al pobre varón *(N. de la A.)*] que trabaja el mismo apoyo financiero que le damos al pobre que depende de las prestaciones sociales? Todo lo demás no son más que detalles administrativos[19].

Otros, en cambio, creen que la solución pasa por la federalización, en la medida en que la federalización representa ante todo un recorte de los ingresos[20], y, en segundo lugar, la eliminación, con la centralización de la gestión de las prestaciones sociales, de la negociación y, por lo tanto, de la posibilidad de organización a escala local tanto por parte de las asistidas como por parte de las asistentes[21].

En todo caso, aunque la reforma estructural del sistema de bienestar, en cuya necesidad coinciden todos, ya sean más o menos inteligentes, no se haya llevado todavía a cabo precisamente por las «dificultades» que presenta[22], en realidad, aún así,

[18] Sobre esto, cfr. D. Moynihan, *The Politics of a Guaranteed Income,* cit., que está por completo centrado en el análisis del FAP.

[19] «Welfare», extraído del *Robert McNeil Report,* 7 de julio de 1976.

[20] Con respecto a los proyectos de federalización de las políticas de bienestar, cfr. «The Welfare State and the Public Welfare», en *Fortune,* junio de 1976. La propuesta de federalización de las políticas de bienestar prevé la homogeneización del porcentaje que se puede repartir a escala nacional (en la actualidad, la cantidad correspondiente varía de Estado a Estado). Esta «homogeneización» no se llevará desde luego a cabo tomando como modelo las áreas en las que el coste de vida es más elevado, sino aquellas en las que es más bajo, como sucedió ya en el caso de la SSI.

[21] Centralización significa, de hecho, reducción del número de oficinas: los *welfare centers* [centros del sistema de bienestar], que siempre fueron y aún hoy son los puntos neurálgicos del enfrentamiento cotidiano.

[22] Resulta significativo que los economistas de Carter, que ha hecho de esta reforma el caballo de batalla de su campaña electoral, hayan declarado en fecha reciente que no será posible una reforma general antes de 1980.

se ha puesto en práctica toda una serie de medidas que tienden a restablecer la autoridad masculina en el ámbito familiar y, ante todo, a responsabilizar al varón del mantenimiento de los hijos. Por referir lo principal: se intentó chantajear a las mujeres, ofreciéndoles compensaciones económicas a cambio de que revelasen el nombre y el paradero del padre de sus hijos; a la vista del fracaso macroscópico de esta tentativa –las mujeres saben perfectamente que dejarse enganchar de nuevo al padre de sus hijos significa tener que sufrir también su mando–, se pasó a medidas más drásticas. En abril de 1974, el gobierno federal dio el pistoletazo de salida a la caza al hombre, permitiendo al Ministerio de Salud, Educación y Bienestar (HEW) la entrega de los números de la Seguridad Social para poder localizar a los posibles padres allende las fronteras de los distintos Estados[23]. En la ciudad de Nueva York se fue más lejos: se decretó que, a partir del 16 de febrero de 1977, toda mujer que solicite una prestación social –pero la medida es también retroactiva– debe declarar quién es el padre del niño, proporcionar su paradero y cualquier información que permita localizarlo y, además, declarar «si en el momento de la concepción ha tenido relaciones con otros hombres», tal como se pregunta textualmente en el nuevo formulario que las mujeres deben rellenar.

A partir de todo lo dicho, se entiende, pues, a cuento de qué existe en la actualidad, y no sólo en Estados Unidos, un *interés renovado por parte de los economistas en la familia* y por qué la *consolidación* de la familia está en estos momentos en el *centro de la política del gobierno estadounidense*. No es casual que las recientes elecciones hayan llevado al gobierno precisamente a Moynihan y Mondale (actual vicepresidente), el primero experto en mujeres, el segundo en niños, ni que el propio Carter haya hecho del elogio de la familia el centro de su campaña electoral. De Moynihan ya hemos hablado ampliamente. Por lo que respecta a Mondale, fue él quien, ya en 1975, introdujo la *Child and Family Services Act* [Ley de servicios a la familia y al niño], que representó una *enorme asunción de responsabilidad por parte del gobierno con respecto a la crianza de los niños*. De hecho, con esta ley, se auspiciaba la asignación de fondos federales, que correspondería a los distintos Estados gestionar para poner en marcha un gran arco de programas para los niños[24]. En fecha reciente, Mondale ha afirmado la necesidad de que todo plan gubernamental vaya acompañado de un *Family Impact Statement* [Informe sobre el impacto en la

[23] «Social Security Numbers Will Track Runaway Fathers» [Los números de la Seguridad Social permitirán rastrear a los padres huidos], *New York Times,* 7 de abril de 1976.

[24] La propuesta suscitó una enorme salva de críticas por parte de los padres estadounidenses, que la vieron como un intento de «societización» de la crianza de los niños. Véase a este propósito «A Twisted Attack On Day Care», *Newsday,* 30 de enero de 1976, que, frente a estas alarmas, destaca los méritos de esta ley.

familia], es decir, de un control de la influencia que tales programas gubernamentales pueden tener sobre la estabilidad de la familia.

Todo lo que hemos dicho se refiere a Estados Unidos. Pero en la medida en que Estados Unidos es el país de referencia en la respuesta capitalista, esperamos que esta aclaración aporte indicaciones fundamentales respecto a la dinámica del «Estado mundial» y de la lucha de la clase en el terreno de la reproducción. Siempre con la esperanza de que el interés principal de quienes estudian para hacer aportaciones al debate obrero no sea finalmente, conforme a la mejor tradición de izquierdas, «revolucionaria» y «reformista», hacer que el capital sea cada vez más inteligente.

Padua, abril de 1977

Anexo

Éste es el nuevo formulario que, desde el 16 de febrero de 1977, deben rellenar las mujeres que perciben alguna prestación social para permitir que el Estado pueda localizar al padre de sus hijos, declarando dónde se encuentra en la actualidad y declarando también si tuvieron otras relaciones sexuales en el momento de la concepción. «Sabio» giro en relación con los tiempos en los que, para conservar la prestación social, había que esconder cualquier huella masculina en el hogar.

Form M-984d
Rev.

Human Resources Administration
Department of Income Maintenance

IM CENTER .... NO. .... DATE ....

BASIC CASE NAME	CAT./CASE NUMBER/SUFF.

AFFIDAVIT ALLEGING PATERNITY
(AFTER BIRTH OF CHILD)

State of New York
County of ss.:

...., being duly sworn, says:
Name of Mother

I reside at .... in the County off .... , City of New York.

On or about 19....I gave birth out of wedlock to .... , (male) (female) child at .... (Hospital) in the City of .... State of ....

I request that the Commissioner of Social Services of the City of New York institute paternity and support proceedings against........... residing at .... City of.............................. State of ....

who is the father of said child.

I had relations with the above-named father at or about the period of conception preceding the birth of said child, and I did not have relations with any other male person during such period of conception.

Said child is (or is likely to become) a recipient of public assistance.

Sworn to before me

....
Signature of Mother

this............ day of............... . 19.... .

4

Trayectorias femeninas y política de reproducción de la fuerza de trabajo en la década de 1970*

Entre finales de 1970 y principios de 1971, se forman los primeros grupos feministas como agregaciones de mujeres que habían pasado por la experiencia del movimiento obrero y estudiantil de 1968-1969 y de la militancia en los grupos extraparlamentarios. Con el declive de la representatividad de estos últimos en relación con el sujeto hegemónico de finales de la década de 1960, estas mujeres habían experimentado una falta de representación de sí mismas como sujetos políticos, no sólo en el proyecto de los «grupos» en los que habían militado, sino, evidentemente, en su propia militancia. La nueva agregación se había dado, pues, en torno a la exigencia de una redefinición de su condición política en tanto que mujeres y de la problemática organizativa que se derivaba de tal condición.

---

* M. Dalla Costa, «Percorsi femminili e politica della riproduzione della forza-lavoro negli anni '70», en *La Critica Sociologica* 61 (1982). El artículo que viene a continuación constituyó la ponencia presentada por la autora en el congreso «Economic Policies of Female Labor in Italy and the United States» [Políticas económicas del trabajo femenino en Italia y Estados Unidos], organizado por el Centro di Studi Americani en colaboración con el German Marshall Fund of the United States en Roma, del 9 al 11 de diciembre de 1980 [La ponencia original en inglés tenía por título «State Crisis and Women's Struggle in Italy» (La crisis de Estado y la lucha de las mujeres en Italia)]. Aunque haya pasado un año desde su redacción [el artículo se publica en la primavera de 1982 *(N. de la T.)*], la que escribe no se ha considerado en el deber de actualizarlo, ya que las tesis de fondo contenidas en el artículo, en relación con las coordenadas en el ámbito económico, social y político en el que se inscriben, no se han visto refutadas. Si acaso reforzadas. De hecho, incluso el último censo revela el comportamiento femenino de creciente rechazo del trabajo doméstico, que pasa por la decisión de no cohabitar con hombres-compañeros sentimentales y por la constante reducción de la natalidad. También el número de matrimonios continúa en descenso. Sigue aumentando, en cambio, la oferta de fuerza de trabajo femenina y su empleo.

El estallido de masas del Movimiento Feminista se da, pues, dentro de la crisis. Los años álgidos pueden situarse entre 1974 y 1976. Dentro de la crisis quiere decir dentro de un panorama político en el que los intereses aparecen extremadamente fragmentados y en el que el surgimiento de distintos sujetos es la expresión directa de la nueva respuesta política, que, en el ámbito del trabajo regulado, junto a importantes fenómenos de reestructuración tecnológica y transferencia de ciclos manufactureros completos al denominado Tercer Mundo, produce desempleo, precarización y descentralización productiva; y, en el ámbito del trabajo en negro, que es a su vez una de las grandes caras de la propia descentralización, produce en cambio una coacción a hacer trabajos con características nuevas, ligadas entre otras cosas a la propia introducción de la informática en los distintos procesos laborales productores de mercancías en sentido estricto, así como de servicios, y con aspectos que van difundiéndose capilarmente hasta el punto de inhabilitar en gran medida las anteriores líneas divisorias entre áreas desarrolladas y no desarrolladas.

El chantaje político, frente a las luchas de finales de la década de 1960, iba dirigido a minar la seguridad del puesto de trabajo, la garantía de mantenimiento del salario, iba dirigido, en otras palabras, a golpear el arrojo de una jornada laboral obrera expresión de una clase que podía encastillarse en el rechazo de las horas extraordinarias y del sábado laboral (y tanto más, como es lógico, del trabajo a destajo), que extraía su fuerza del mantenimiento del salario y que apostaba por un aumento del mismo desvinculado de la productividad. La contrapartida, con todo, había tenido que ser la garantía, aunque en otros términos –fundamentalmente a través del trabajo en negro–, de la posibilidad obrera de mantener determinados niveles de salario-renta y, por lo tanto, de consumo y calidad de vida. El proletariado, en la crisis, se ve obligado a ceder en lo que respecta a cierta disponibilidad a trabajar para mantener estables algunos estándares de vida. Se trata de una disponibilidad, a nuestro juicio, cedida de manera totalmente táctica, puesto que es por completo ajena, y esto nos parece evidente, a cualquier ideología y ética del trabajo. A la hora de interpretar esta disponibilidad, hay que subrayar, entonces, por poner sólo un ejemplo, no tanto el escaso interés en la lucha por el descanso en horas de trabajo, sino más bien en la atención al cálculo de la relación entre un tipo de trabajo dado y el propio ciclo vital. En otras palabras, hay que poner el acento en la atención «de masas» al punto hasta el cual aceptar tal trabajo en lugar de otro puede sujetar, frenar, la capacidad de determinación de la propia vida[1].

[1] Cfr. S. Bologna, «Irrompe la quinta generazione operaia. Quelli che non sanno più cosa vuol dire etica del lavoro e sono partiti dal rifiuto del lavoro. Credo sia uno slogan politico da mettere in soffitta» [Irrumpe la quinta generación obrera. Aquellos que no saben qué demonios quiere decir ética del trabajo y que han partido del rechazo al trabajo. Creo que se trata de un eslogan inservible], en *Dossier Lavoro del Manifesto,* suplemento de *Il Manifesto* 248.

Esto respecto a la década de 1970 en general. En los últimos coletazos del año 1980, las amenazas masivas de despido –ante todo, las 24.000 personas que la Fiat ha enviado a *cassa integrazione***– introducen, desde luego, nuevas variables en el panorama de la posibilidad real de hallar un empleo y, por ende, probablemente también, en la actitud subjetiva hacia el mismo.

Pero la rotura de la composición de clase protagonista de las luchas de la década de 1960, la disolución de esa presión masificada y determinada sobre el salario, comportó para el Estado la desaparición de la posibilidad de basar cierta solidez familiar, y constituir por lo tanto orden social, fundamentalmente sobre la garantía de un salario masculino.

En la crisis convergen la objetividad del desvanecimiento de la garantía y solidez del salario masculino y la subjetividad de trayectorias femeninas de alejamiento de la familia y de rechazo del trabajo gratuito de reproducción. Trayectorias estas iniciadas ya en torno a las contradicciones abiertas con la guerra y la posguerra y catalizadas después por los procesos de la emigración[2]. Se abre en este sentido una crisis del Estado como imposibilidad de ligar, de continuar subordinando, dentro de un plan global, la reproducción de la fuerza de trabajo a los ritmos y modalidades de la acumulación de mercancías[3]. La lucha en la esfera de la reproducción se autonomiza con

** La *Cassa integrazione guadagni* (conocida comúnmente como *Casa integrazione* a secas) es una institución italiana consistente en una prestación económica que el Estado concede a trabajadores con suspensión de empleo o jornada reducida. Creada a través de un decreto ley en 1947 y a continuación ratificada con algunas modificaciones en 1951, su objetivo es ayudar a las empresas con dificultades, cubriendo parte de los costes de mano de obra temporalmente no utilizada. Existen dos tipos de *cassa integrazione:* ordinaria (para empresas con dificultades transitorias por una contracción temporal del mercado) y extraordinaria (aplicable, tras aviso a los sindicatos, en casos de reestructuración, quiebra empresarial, etc.). *[N. de la T.]*

[2] Aludo a las tesis que sostuve en «Riproduzione e Emigrazione», en VVAA, *L'operaio multinazionale in Europa,* Milán, Feltrinelli, 1977 [ed. cast.: «Reproducción y emigración», en este mismo volumen].

[3] Con distintos puntos de vista y diferencias interpretativas sobre la transformación de las condiciones de la esfera de la reproducción y su relación con el Estado, cfr. G. Gozzi (ed.), *Le trasformazioni dello stato,* Quaderni Aut Aut, Nuova Italia, 1980 y, en particular, en el mismo volumen recopilatorio, Joachim Hirsh, «Lo stato di sicurezza nazionale: l'influsso esercitato dalle mutate condizione di riproduzione della forza-lavoro sulla forma e le funzioni dello stato»; Tino Costa (ed.), *Il capitale e lo stato,* Verona, Bertani editore, 1979; A. Negri, «Stato, spesa pubblica e fatiscenza del compromesso storico» y «Dall'estremismo al che fare», en *La forma Stato,* Milán, Feltrinelli, 1977 (en particular, pp. 306-316); C. Offe, *Lo stato nel capitalismo maturo,* Milán, Etas Libri, 1979; y, del mismo autor, *Teoria dello stato e politica sociale* (con introducción de G. Gozzi), Milán, Feltrinelli, 1979; E. Forti, «Riproduzione: nuova sfera del comando capitalistico», en VVAA, *Oltre il lavoro domestico,* Milán, Feltrinelli, 1980, así como, en el mismo volumen recopilatorio, A. del Re, «Struttura capitalistica del lavoro legato alla riproduzione», además, naturalmente, de la obra clásica de J. O'Connor, *The fiscal crisis of*

respecto a la lucha en la esfera de la producción. El poder de las mujeres estalla como rebelión a partir de su principal trabajo. Siguiendo esta clave de interpretación, intentaremos interpretar también la novedad de sus comportamientos en el ámbito del trabajo extradoméstico y la cualidad de la negociación en el terreno del gasto público.

Hemos dicho ya en numerosas ocasiones que no se puede hablar de rechazo femenino del trabajo de reproducción sin que ello remita en primer lugar a la lucha en torno a los índices de procreación. La novedad no reside simplemente en la reducción de la tasa de natalidad, tendencia iniciada cuando menos desde la unificación de Italia, sino que, dentro de esta reducción, expresión de un conjunto de factores de transformación socioeconómica que se suman, de cualquier modo, a la voluntad de la mujer, destaca la aceleración particularmente brusca de los últimos 15 años. Aceleración iniciada además en un periodo de firme prohibicionismo en materia de métodos anticonceptivos[4].

La explosión en la actualidad de estudios demográficos al respecto[5], renovados cualitativamente por la idea –aunque sólo aparezca de manera esporádica– de que la reducción del número de hijos es también «instrumento de afirmación de la autonomía femenina»[6], expresa ya el problema como alternativa entre reactivación de la fertilidad o continuación del descenso de la fecundidad por debajo del índice de sustitución, hipótesis, esta última, que conduciría de manera cada vez más insoslayable a un retroceso demográfico. Nora Federici se inclina –entre otros– por esta tesis[7].

the State, Nueva York, St. Martin's Press, 1973. Y, por último, para algunas observaciones generales, aunque centradas principalmente en la realidad estadounidense, remito a mi «A proposito di Welfare», en *Primo Maggio* 9/10 (1978) [ed. cast.: «A propósito de las políticas de bienestar», en este mismo volumen].

[4] La sentencia del Tribunal Constitucional que declara la inconstitucionalidad de las normas del Código Penal que perseguían como delito la publicidad, la difusión y la venta de métodos anticonceptivos data de 1971. Pero habrá que esperar algunos años, con la institución de los consultorios familiares (1975), de la atención sanitaria nacional (1978) y de la ley sobre la «protección social de la maternidad y la interrupción voluntaria del embarazo» (1978) para que el Estado dé realidad práctica a los derechos que la sentencia del Tribunal enunciaba.

[5] Se ha publicado en Italia en fecha reciente la traducción del libro de M. Livi Bacci, *A History of Italian Fertility During the Last Two Centuries,* Princeton, Princeton University Press, 1977: *Donna, fecondità e figli. Due secoli di storia demografica italiana,* Bolonia, Il Mulino, 1980. Esta obra representa, en el ámbito de la bibliografía científica reciente, una de las aportaciones más importantes al análisis de la historia de la fecundidad en Italia. Esta investigación forma parte de conjunto de iniciativas promovidas por la Office of Population Research [Oficina de Investigación sobre la Población] de la Universidad de Princeton. En torno a la publicación en Italia de la obra, véanse los artículos de P. de Sandre, N. Federici, G. Levi, G. Gesano, A. Golini y E. Sonnino aparecidos en *Inchiesta,* año X, 45 (1980).

[6] Cfr. E. Sonnino, «Le determinanti del comportamento riproduttivo», en *Inchiesta,* cit., p. 5.

[7] N. Federici, «L'evoluzione della fecondità in Italia nelle sue regioni», en *Inchiesta,* cit., p. 14.

Junto a esta caída de la natalidad, con el significado global que tiene, es preciso interpretar la reducción de la nupcialidad y el aumento de los motivos de separación, además del uso del divorcio[8]. Y hay que registrar también, en torno a estos hechos que cabe documentar con exactitud, una serie de *comportamientos* (separaciones de hecho, relaciones interpersonales definidas en otros términos) que mantienen la firmeza tendencial de la voluntad, por parte de las mujeres, de *no cohabitar con hombres*[9], y que tienden, pues, a *romper* no sólo con la prestación material de las tareas

[8] Todas ellas son evoluciones correspondientemente registradas. Remitimos, en todo caso, a los datos del ISTAT. Desde la época de la Conferencia Mundial sobre población de Bucarest (1974), la iniciativa de los Estados a escala internacional para una comparación y una armonización de las políticas capaces de incidir en el desarrollo de estos comportamientos no ha dejado de crecer. En agosto de 1977, se celebró en la Ciudad de México la última Conferencia Internacional sobre Población organizada por la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población. Entre las reflexiones más recientes de acreditados estudiosos: «La población italiana está envejeciendo [...] durante el siglo pasado, la proporción de la población por encima de los 65 años era igual al 4,5 por 100, pero, a lo largo del presente siglo, ésta ha ido aumentando de manera gradual hasta alcanzar un 13,1 por 100 el 1 de enero de 1979. El envejecimiento demográfico no es consecuencia de la prolongación de la duración de la vida a causa de la disminución de la mortalidad, como por lo general somos llevados a creer [...]. El envejecimiento es consecuencia, por el contrario, de la progresiva contracción de la natalidad [...]. Todos los países desarrollados manifiestan esta tendencia al envejecimiento, que es mayor allí donde el declive de la natalidad ha sido más incisivo y precoz [...]. En comparación con 1964, los nacidos en 1979 [en Italia] han sido casi 350.000 menos, con una disminución de una tercera parte. Para 1980 se perfila una nueva disminución. En los últimos años, el número de matrimonios se ha reducido de forma importante, pasando de los 419.000 de 1973 a los 326.000 de 1979. No obstante, no se puede excluir que la disminución de los matrimonios se derive también de una menor propensión a la nupcialidad de las generaciones más jóvenes, que invertiría la tendencia que todavía afectaba a las generaciones nacidas en la década de 1940» (M. Livi Bacci, «La popolazione dell'Italia. Tendenze, conseguenze sociali ed economiche ed implicazioni per l'azione pubblica», en *Censis. Quindicinale di Note e Commenti,* año XVI, 339 [1980], pp. 737 y ss.).

El despertar político del Estado italiano sobre el tema demográfico, después de que el rechazo femenino le haya sustraído la antigua riqueza de la «sobreabundancia de fuerza de trabajo», ha llevado también en este país a la puesta en marcha de iniciativas para una política adecuada y global de la familia. Con la intención de inaugurar el terreno, se ha celebrado en Milán, en junio de 1980, un congreso con el patrocinio del secretario general del Consejo Europeo, bajo el título «La política familiar en Europa» y organizado por el Centro Internacional de Estudios sobre la Familia (CISF).

[9] Optar por una estructura habitacional en la que se vive solo o se comparte casa con personas con las que no se tienen lazos particulares de parentesco o sentimentales es un comportamiento femenino y masculino al que en estos últimos años se le dedica cierta atención en el ámbito de diferentes disciplinas. Hasta los principales periódicos hacen comentarios al respecto y es frecuente que los grandes centros de investigación le dediquen estudios. A nosotras nos interesa subrayar la iniciativa femenina que hay detrás de este comportamiento, único punto de partida desde el que se puede percibir con claridad el significado político del mismo. Para una muestra sumaria de los escritos al respecto: A. Oliviero, *La società solitaria,* Roma, Editori Riuniti, 1979; «Le famiglie di nuova formazione», *Censis.*

del trabajo de reproducción, sino, sobre todo, con la *garantía de continuidad* del estar psíquicamente «a disposición». Es decir, las mujeres se niegan a verse responsabilizadas, de manera privilegiada, del trabajo de reproducción, a que se las defina y acepte como mujeres en la medida en que responden a esta expectativa. Si la lucha por el aborto, sostenida por casi todo el Movimiento Feminista en la década de 1970, fue lucha contra el trabajo gratuito de producción y reproducción de la fuerza de trabajo y, al mismo tiempo, lucha por la desvinculación de la sexualidad de la función laboral procreadora-reproductiva, hay que poner en evidencia y reiterar con igual fuerza que el recorrido de esta lucha se sostuvo sobre una serie de comportamientos que iban en la misma dirección y que son los que antes esbozábamos.

Ya tuvimos ocasión de hablar de estas cosas, así como, desde luego, del aspecto implícito, en esta misma lucha, de la conquista de una posibilidad de maternidad distinta[10]. En estas páginas nos interesa subrayar, en cambio, que el *único terreno* en el que la clase ha logrado, incluso en tiempos de crisis, expresar y mantener el *rechazo más drástico* ha sido precisamente el de la *reproducción gratuita*.

Mujeres y hombres, jóvenes y no tan jóvenes, en la crisis, se han visto en la obligación de negociar la disponibilidad para el trabajo productivo de mercancías y servicios con tal de tener dinero. Pero la indisponibilidad de las mujeres hacia el trabajo gratuito se ha hecho cada vez más profunda, mientras afloraba con fuerza una disponibilidad cada vez mayor por su parte a ofrecerse en el mercado de trabajo[11]. Las mujeres parecían cada vez menos dispuestas a declararse amas de casa, «no fuerza de trabajo», y cada vez más determinadas a declararse «desempleadas».

Por lo tanto, la laboriosidad general que la crisis ha conseguido inducir, en cotas más altas y en distintos términos, entre otras cosas precarizando y marginando a estratos cada vez más numerosos de mujeres y hombres, aunque, por un lado, ha reunido de nuevo, esta vez en torno a la producción de mercancías, amén de dentro de la organización del trabajo doméstico, núcleos familiares que han intentado mantener o construir así un cierto nivel de salario-renta[12], por otro, ha visto cómo masas

---

Quindicinale di Note e Commenti, año XIV, 300 (1978), p. 843; A. Pinnelli, «L'infanzia fra demografia e politica sociale», *Censis. Quindicinale di Note e Commenti,* año XIV, 339 (1980), pp. 788 ss. El autor apostilla en el artículo, entre otras cosas: «Lo cual no excluye que, junto a las vías legales para la formación de familia, cada vez se hagan más frecuentes otras vías, como sucede desde hace años en distintos países. El aumento del número de nacimientos ilegítimos, que ha pasado de cerca de 20.000 en 1964-1965 a cerca de 26.000 en 1978-1979, mientras que los nacimientos legítimos se han reducido de casi un millón a 650.000 en el mismo periodo, podría reforzar una hipótesis en este sentido. Estas indicaciones no deben entenderse necesariamente como síntomas de disgregación de la vida familiar, sino, tal vez, de la búsqueda de soluciones de vida distintas, no formalizadas, pero igualmente compatibles con la ejecución de las tareas de reproducción y asistencia dentro del núcleo que se forma [...]. En conclusión, el aspecto más dinámico de la evolución demográfica reciente parece ser el de la reducción de la nupcialidad, con los indudables efectos que esto tiene en la disminución de la natalidad y, probablemente, en la creación de formas de convivencia no legalizadas y en el aumento de la ilegitimidad» (pp. 281-282); y, además, A. Cortese, «Le famiglie unipersonali», *Genus* XXXIV, 3/4 (1978); y P. de Sandre, «Aspetti e problemi di demografia della famiglia italiana», *Studi di Sociologia,* año XIV, 2/3 (1976).

En Estados Unidos, no sólo el comportamiento de vivir sola (o sola con hijos) por parte de la mujer tiene dimensiones radicalmente más macroscópicas, sino que está asimismo mucho más extendida que en Italia la opción de convivir con personas con las que no se tienen relaciones definidas de manera específica. Precisamente la extensión de esta última opción ha llevado incluso, en los últimos años, al diseño de inmuebles no destinados a núcleos familiares sino a grupos de cohabitantes extraños entre sí. De nuevo, para el caso italiano, aunque con los acentos puestos en lugares diferentes a donde los ponemos en la argumentación que estamos desarrollando, véase también G. Campanini y P. Donati, *Le comuni familiari tra pubblico e privato,* Milán, F. Angeli, 1980.

[10] Cfr., entre los últimos documentos, la ponencia «Emergenza femminista negli anni '70 e percorsi di rifiuto sottesi» [Despuntar feminista en la década de 1970 y trayectorias implícitas de rechazo] que presenté en el Congreso «La società italiana: crisi di un sistema» [La sociedad italiana: crisis de un sistema], celebrado en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua del 29 al 31 de mayo de 1980. Las actas del Congreso se recogerán en breve en un volumen homónimo editado por G. Guizzardi y S. Sterpi dentro de la editorial F. Angeli.

[11] La particular oferta de fuerza de trabajo femenina en la década de 1970 ha sido motivo de abundantes comentarios. Se trata de un fenómeno que afecta, en la década considerada, a todos los países con un cierto nivel de industrialización. Para el ámbito europeo, cfr. OCSE, *The Role of Women in the Economy,* París, 1975 y, del mismo organismo, *L'Insertion des jeunes dans la vie active. Rapport général,* París, 1977; además, *Women and Work-Overseas Practice. Department of Employment Gazete,* Londres, 1975. Para el caso italiano, en particular, remitimos a las distintas investigaciones del Ceres, a los boletines del Censis y a los diversos artículos publicados en *Inchiesta,* así como a las numerosas investigaciones coordinadas por L. Frey, que hace un comentario significativo: «Después de haber puesto en marcha procesos graduales de mayor implicación de las mujeres en el trabajo extradoméstico [...] es muy difícil invertir (sin tensiones) la dirección de la tendencia y volver a proponer, entre otras cosas, el trabajo doméstico como salida "natural" de la mujer, ni siquiera en la eventualidad de que se prevean formas directas o indirectas de retribución o salarización de este trabajo», en su artículo «Il lavoro femminile verso gli anni '80», recogido en el volumen recopilatorio *Nuovi sviluppi delle ricerche sul lavoro femminile,* Milán, F. Angeli, 1978, p. 17. Y vale la pena mencionar la investigación a cargo de N. Federici, *Condizioni di lavoro delle lavoratrici italiane dipendenti,* cuyos resultados publicó en Roma en 1976 el Comité Italiano para el estudio de los problemas de la población del Instituto de Demografía de la Universidad de Roma. En fecha más reciente, el desarrollo de la oferta de trabajo femenino ha sido objeto de observaciones en varias intervenciones recogidas para el congreso organizado por *Il Manifesto* en Milán, el 31 de octubre y el 1-2 de noviembre de 1980, bajo el título *Liberare il lavoro o liberarsi dal lavoro? Realtà, tendenze e ideologia del lavoro in Italia. Una discussione nella sinistra* [¿Liberar el trabajo o liberarse del trabajo? Realidad, tendencias e ideología del trabajo en Italia. Una discusión en la izquierda].

[12] El Censis, en su *XIV Rapporto sulla situazione sociale del paese* (1980), a partir de una amplia investigación realizada en colaboración con la SIPRA en la primavera de 1979, pone en evidencia la relación entre la capacidad de mantener el consumo que demuestra la familia italiana y la particular con-

de jóvenes, en particular mujeres, que ya no estaban dispuestas a trocar una vida de cautiverio por un poco de calor afectivo, se lanzaban a la búsqueda de un salario propio al igual que los hombres, ofreciéndose, pues, en el mismo mercado de trabajo en negro, precario, a tiempo determinado, etc., con tal de asegurarse una supervivencia fuera de cualquier dependencia personal económica o responsabilidad familiar. Las mujeres, en particular las nuevas generaciones, han apostado por el trabajo retribuido de manera directa, ya sea regulado o en negro[13], por una casa o, por lo menos, una habitación propia, desde la que empezar a esbozar una posibilidad de vida no bloqueada demasiado pronto por hipotecas irreversibles. Se puede decir incluso que, si en la disponibilidad a trabajar que ha aceptado ceder pese a todo, el joven varón proletario se ha preocupado de apañárselas fundamentalmente con tipos de trabajo que le dejen el ciclo de vida como variable independiente, para la mujer, este cálculo ha intervenido de manera aún más radical. Por la gravedad de las hipotecas y de las rigideces introducidas en el ciclo de vida femenino, por la alteración misma de la propia identidad, suscitaba muchos más problemas entrar en una relación de reproducción de algún modo institucionalizada, tener hijos, que tener un trabajo externo. La propia investigación realizada sobre la fuerza de trabajo femenina ocupada en la Fiat de Turín a partir de 1978 muestra esta preferencia por parte de las mujeres por el trabajo regulado y, a ser posible, en un gran polo productivo, es decir, donde más posibilidades haya de sociabilidad y menos expuesta se esté a los chantajes[14]. Con el trabajo externo, por lo menos, se tiene dinero propio, base insuprimible de cualquier opción, se disfruta del derecho a ausentarse y, en definitiva, de la posibilidad, por más problemática que sea, de cambiar de trabajo. Los hijos, en cambio, se presentan como decisión irreversible bajo todos los aspectos y el cuantitativo[15], de energía material, psíquica, afectiva y sexual que se espera que una mujer ofrezca al marido o compañero, es tan desproporcionado en relación con lo que ella recibe a su vez como reproducción material y psíquica que le deja muy pocas energías para la lucha contra el patrón o contra el Estado con el fin de obtener una ga-

figuración que adopta como lugar de formación compuesta de la renta, en el sentido de que aumenta cada vez más el porcentaje de perceptores de renta dentro de la misma familia. Véase sobre esto también «La famiglia come soggetto di redditto», *Censis. Quindicinale di Note e Commenti,* año XVI, 343 (1980), pp. 941 ss.

[13] Sobre el trabajo en negro, cfr. entre los más conocidos P. Alessandrini (ed.), *Lavoro regolare e lavoro nero,* Bolonia, Il Mulino, 1978; y F. Padoa Schioppa, *La forza-lavoro femminile,* Bolonia, Il Mulino, 1977.

[14] S. Belfiore y M. Ciatti, *Il fondo del barrile,* Milán, La Salamandra, 1980.

[15] Remitimos, para una comprensión más precisa de esta argumentación, a G. F. Dalla Costa, *Un lavoro d'amore,* Roma, Edizioni delle donne, 1978, volumen en el que se analiza justamente el intercambio que se produce en el contrato matrimonial.

rantía de vida directamente para sí misma. Entre otras cosas, hay que recordar, aunque esto remita sólo a un aspecto parcial del trabajo doméstico reproductivo de un auténtico núcleo familiar, que, tras la recuperación de las utopías sobre los servicios que, desde el lado institucional y desde otros lados, se les proponían a las mujeres en la década de 1970 como solución a este trabajo, se ha visto que ni siquiera la conjunción de todos los tipos de servicios existentes aproxima la jornada de trabajo doméstico a un umbral de algún modo «digno». Hasta en Estados Unidos, país en el que ha habido una inversión en servicios mayor que en Italia, servicios capaces de sustituir de algún modo fracciones de trabajo que antes se realizaban en el hogar, se ha visto que, para ocuparse del hogar, hacer las compras y vigilar la administración, a principios de la década de 1970 se dedicaban más horas que en la década de 1920[16]. También estos datos contribuyen, pues, a demostrar que, para lograr reducir a un umbral tolerable el trabajo de reproducción, el rechazo femenino todavía debe pasar por la vía obligada de no tener hijos, de no cohabitar con hombres.

Mucho se escribe, en estos últimos tiempos, dentro de disciplinas económicas y sociológicas, sobre la relación entre estructura familiar y estructura del mercado de trabajo. Los diez años de retraso con respecto al momento en que se empezó a plantear políticamente el problema no son más que el retraso que permite a la ciencia oficial afrontar el tema fuera de la virulencia de un momento alto de Movimiento. Se descubren obviedades que la bibliografía feminista había puesto sobre la mesa con claridad y fuerza hace cerca de diez años; obviedades como que «existe una relación entre trabajo doméstico y trabajo extradoméstico femenino» y, por lo tanto, que la debilidad y la marginalidad de la fuerza de trabajo femenina en el mercado de trabajo no se explican sino considerando la responsabilización en primera instancia de esta fuerza de trabajo con respecto al trabajo doméstico. La fuerza de trabajo femenina no se puede vender en el mercado productor de mercancías y servicios puesto que antes se vende en el mercado del matrimonio.

[16] K. E. Walker, «Homemaking still takes time», en *Journal of Home Economics* 8 (1968), ofrece los siguientes datos del número de horas dedicadas al día al trabajo doméstico en las áreas urbanas de Estados Unidos, en concreto a las tareas de preparación y organización de la comida, el cuidado del hogar, el cuidado de la ropa (lavar, planchar), las compras y la administración: 6,1 en 1926-1927, 6,3 en 1952 y 6,2 en 1967-1968. En cuanto a Italia, donde el proceso de terciarización ha sido particularmente intenso en la década de 1970, varias fuentes han puesto en evidencia que hacer uso de servicios con frecuencia comporta para la mujer un aumento y no un ahorro de tiempo de trabajo. Entre los escritos más conocidos al respecto, véase L. Balbo, *Stato di Famiglia,* Milán, Etas Libri, 1976. Véanse además los artículos publicados en *Inchiesta,* entre ellos, en particular, de la misma autora, «Famiglia, lavoro e capitalismo assistenziale», *Inchiesta* 28 (1977); y, en fecha más reciente, el volumen editado por Ch. Saraceno (ed.), *Il lavoro mal diviso. Ricerca sulla distribuzione dei carichi di lavoro nelle famiglie,* Bari, De Donato, 1980.

En particular, en la bibliografía sobre la relación entre estructura familiar y mercado de trabajo, se insiste en subrayar la funcionalidad del nuevo tipo de familia –lugar de formación y regulación de la oferta de trabajo y, con frecuencia, sede de producción de mercancías, así como de organización del trabajo doméstico– a las características más recientes del mercado de trabajo[17].

El nuevo tipo de cooperación en el seno de esta familia garantizaría la supervivencia de una fuerza de trabajo segmentada por sexo y edad, dispuesta a ofrecerse en el mercado (regulado o negro) a condición, no obstante, de mantener márgenes precisos de discrecionalidad sobre la propia oferta. Lo cual respondería a la perfección a las exigencias de un mercado que requiere en su conjunto una fuerza de trabajo más segmentada, más flexible y más móvil. Se constata también que la flexibilidad de la fuerza de trabajo femenina se articula siempre en función del cálculo fundamental de hasta qué punto el segundo trabajo es compatible con el trabajo doméstico que la estructura familiar en la que está inserta la mujer le exige. ¡Triste purgatorio! Hasta aquí, no habría prácticamente nada nuevo. El cálculo al que la mujer está obligada sería el de siempre, aunque el mercado se presente distinto. Nosotras no creemos que esta interpretación agote el significado político del panorama. No nos contentemos con descripciones estadísticas. Analicemos las dinámicas que tal vez desbordan los límites de lo registrado y revelemos también los aspectos cualitativos.

Veamos: si el rechazo de la procreación ha sido y es –como creemos– el eje maestro en torno al cual ha crecido y se ha masificado el rechazo femenino de la reproducción gratuita y la lucha contra la organización familiar como lugar principal de este trabajo, es preciso ante todo averiguar si existen *novedades* que hayan caracterizado en estos años la relación entre trabajo doméstico y trabajo extradoméstico. Y es preciso, pues, examinar si el calado de estas novedades es tal que impide continuar afirmando que la tendencia de la trayectoria feminista se sigue dando en los términos de «dinero propio-menos trabajo». Y no sólo, sino también, necesariamente, en los términos de una menor rigidez de la vida. Porque para nadie como para las mujeres son estas dos cuestiones tan estrechamente interdependientes. A nuestro juicio, esta tendencia se sigue apreciando.

La novedad más evidente es ante todo la *abundancia* de la oferta de fuerza de trabajo femenina en el mercado. Una abundancia que denota claramente una determinación por parte de las mujeres a venderse por un salario, en lugar de a cambio de «sustento». Pero esta oferta, para poder darse en tal abundancia, presupone una decisión anterior: el rechazo, justamente, a privilegiar ante todo, dentro del propio ciclo vital, la responsabilidad de organizar una estructura familiar, encontrándose luego con la obligación de adecuar a las cotas de trabajo doméstico que tal estructura requiere la propia disponibilidad de cara a un trabajo extradoméstico. Las mujeres se reservan más bien la posibilidad de estudiar qué forma de trabajo es posible aceptar habiendo puesto la reproducción de sí mismas y no la de los demás como hecho prioritario, habiendo querido situarse cuanto antes dentro de una perspectiva bajo la cual la reproducción no es tarea prioritaria de la mujer, sino que ser reproducidos es problema de todos. *La lucha por la reproducción surge* y prevalece por encima de la que se da en el terreno de la producción de mercancías porque, *independientemente del orden productivo, cada vez se reduce más* la disponibilidad, por parte de la mujer y, en particular, por parte de las generaciones más jóvenes de mujeres, a asegurar una estructura reproductiva de otros que pase por su *trabajo gratuito* y, por lo tanto, por su *subalternidad*. La respuesta capitalista a esta disponibilidad distinta de las mujeres hacia el trabajo directamente retribuido se da no sólo en el terreno del trabajo en negro, sino también del trabajo regulado: el empleo femenino crece de 1972 a 1979 en 1.450.000 unidades; una parte enorme corresponde al terciario, un buen porcentaje a la industria[18]. Sólo en la Fiat han entrado 15.000 mujeres en los dos últimos años[19]. Cabe apreciar otras *novedades* en el tipo de *gestión* que hacen las mujeres del puesto de trabajo. A decir verdad, en este terreno se manifiestan rigideces que difieren de los comportamientos anteriores. Se está menos dispuesta a abandonar el trabajo con el nacimiento de los hijos y, por lo tanto, la propia edad de presencia en el trabajo ya no sigue de forma tan acentuada la evolución tradicional, cuyos puntos álgidos (o muy jóvenes o mayores de 35 años) eran reflejo del efecto de succión del mercado de trabajo que antes tenía el periodo de mayor intensidad del trabajo doméstico, a saber, aquel en el que los hijos tenían una edad preescolar o escolar. Por otro lado, las mujeres están mucho más dispuestas al uso desprejuiciado del absentismo (duplicando, en la década de 1970, el absentismo masculino que, no obstante, ha dado importantes saltos adelante)[20]. Hasta la espinosa cuestión del tiempo parcial se topa con un rechazo muy duro, en particular

[17] M. Paci, *Famiglia e mercato del lavoro in un'economia periferica,* Milán, F. Angeli, 1980; D. del Boca y M. Turvani, *Famiglia e mercato del lavoro,* Bolonia, Il Mulino, 1979. Véase además A. del Re, «La famiglia-fabbrica», texto mecanografiado a punto de aparecer en *Primo Maggio* 14 (1980/1981). Y, de nuevo, las distintas investigaciones coordinadas por L. Frey sobre el mercado de trabajo femenino, así como los numerosos artículos publicados en *Inchiesta*.

[18] Remitimos, también, para una interpretación más correcta de los datos del ISTAT, al informe de M. Gasbarrone, «Sono tornate in fabbrica», en *Lavoro Donna/Donna Lavoro,* número especial de *Il Manifesto,* junio de 1980. Véase además D. del Boca y M. Turvani, *Famiglia e mercato del lavoro,* cit.

[19] Cfr. sobre esto también el artículo de E. Bouchard, «Le 15.000 he prima non erano in Fiat», en *Lavoro Donna/Donna Lavoro,* cit.; así como la obra de S. Belfiore y M. Ciatti, *Il fondo del barrile,* cit.

[20] Fuente: Cofindustria [Confederación de la Patronal italiana].

en los grandes centros metropolitanos, por parte de mujeres que viven solas y, por lo tanto, quieren un salario que les permita vivir autónomamente.

Pero el nuevo comportamiento con respecto al trabajo extradoméstico no se caracteriza sólo por estos aspectos. Aunque, en efecto, el comportamiento al que hemos hecho referencia representa, a nuestro juicio, el momento de resistencia más duro, debemos tener presente que, junto a él, se desencadenó también un comportamiento nuevo por parte de mujeres casadas y, en particular, de mujeres casadas con hijos. Estos dos comportamientos representaban, por vías distintas, un único intento: elevar y hacer que el Estado corriese con los costes de la reproducción de la fuerza de trabajo. En particular, para las mujeres casadas y con hijos, la rebelión que estalló y se masificó con el surgimiento del Movimiento, a raíz de lo insoportable que se hacía seguir proveyendo cuotas de trabajo gratuito que alargaban de manera desmedida la jornada laboral, comportó un nuevo tipo de lucha también en el frente del trabajo extradoméstico. Es decir, éste se convirtió *de por sí en terreno de negociación de cuotas de trabajo doméstico*. En punto de partida para una *recomposición de las mujeres* no sólo a través de diferentes *lugares de trabajo externo*, sino, en términos más generales, por el *territorio*. Luchas dirigidas a obligar tanto al Estado como a cada capitalista a pagar cuotas de trabajo de reproducción. Por hacer referencia a un ejemplo ya conocido, la lucha de las obreras de la Solari de Udine[21], en un momento en el que el problema de la salud afloraba con fuerza en el Movimiento, condujo no sólo a la recomposición con las obreras de otra fábrica, la Zanussi de Pordenone, sino también con las mujeres de los obreros. Los objetivos de la lucha y los resultados obtenidos, en concreto, horas de permiso retribuidas para las visitas médicas y reparto gratuito de anticonceptivos, ponían directamente sobre la mesa la cuestión de hacer que se retribuyesen horas de trabajo de reproducción –además, en esta ocasión, gastadas en una misma y no en otros– y asegurarse un servicio gratuito. Un instrumento organizativo nuevo, que se creó dentro de esta expresión tan particular de la lucha, fue la «Commissione Salute Donna» [Comisión Salud y Mujer], un ejemplo de autoorganización femenina que tendría notables repercusiones, también en las estructuras sindicales[22].

En otras ocasiones, la lucha en el frente del trabajo externo se caracterizó por la «depuración» de la acumulación de tareas domésticas gratuitas que se amontonaban dentro de él, por añadidura a las tareas previstas oficialmente, como notorio legado de la gratuidad del trabajo doméstico prestado en el hogar dentro de todos los trabajos

[21] Aparecen recogidos algunos documentos relativos a esta lucha en «Lotta delle donne nella fabbrica Solari di Udine», en Gruppo Femminista per il Salario al Lavoro Domestico di Ferrara (ed.), *Dietro la normalità del parto,* Venecia, Marsilio editori, 1978.

[22] Cfr. F. Bocchio y A. Torchi, *Voci di donne dentro il sindacato,* Milán, La Salamandra, 1979.

externos femeninos. La lucha de las secretarias de los estudios profesionales de Trieste, unas 2.000 mujeres en 1975, año en el que estalla la lucha, fue ejemplar a este respecto. Ponía por primera vez sobre la mesa, además del rechazo de estas tareas-legado doméstico, el problema de la unicidad del contrato y del pago de las horas extras.

Si pasamos, a continuación, a considerar, dentro de la Función Pública, lugar, como es sabido, de grandes oleadas de lucha en la década de 1970, sectores con un elevado empleo femenino como por ejemplo la escuela, no resulta difícil ver cómo también ésta fue un ámbito típico de trabajo externo que se convirtió al mismo tiempo en espacio de negociación del tiempo de trabajo doméstico. En los años más calientes del Movimiento, el gesto, por parte de numerosas maestras, de llevar a sus propios hijos a la escuela, cortando con ello con la actitud de hacer como si no existieran, no fue en absoluto esporádico. Las maestras se negaron a replegarse en las problemáticas soluciones de utilizar a otras mujeres, parientes o vecinas, o de recurrir a las escasas y caras guarderías, llevando a sus hijos directamente a los lugares de trabajo[23]. Las prácticas de lucha que se dieron, junto a la capacidad de instituir nuevos ámbitos de conexión entre mujeres en el territorio, llevaron también a la ocupación de edificios para imponer al ayuntamiento que los habilitase como guarderías. Momentos como éstos caracterizaron los años en los que se impulsó con más fuerza la lucha por hacer que por lo menos parte del tiempo de crianza-custodia de los hijos recayera en el Estado[24].

Las reivindicaciones ponían siempre el acento, además de en la reducción de los precios o directamente en la gratuidad de las guarderías, en que las guarderías no

[23] Esto es lo que afloró, entre otras cosas, en el primer encuentro feminista sobre la escuela, celebrado los días 27 y 28 de noviembre de 1976 en Florencia. Fue una ocasión de confrontación general de las luchas en marcha y de las perspectivas en un momento en que la sanción de los Decretos Delegados había recargado en extremo la jornada laboral de quienes contribuían a la formación de la fuerza de trabajo en el colegio y de quienes la reproducían en el hogar. Fue significativo que la participación en el encuentro incluyese a profesoras, madres y muchachas estudiantes.

[24] Mencionaremos, entre las luchas más significativas de mujeres durante la década de 1970, dentro de la Función Pública, dirigidas también a la obtención de servicios –principalmente guarderías– que permitiesen una reducción de su jornada laboral global, la de las mujeres empleadas del Istituto Nazionale della Previdenza Sociale [INPS, Instituto Nacional de la Seguridad Social] de Roma. Aunque, por un lado, no lograron obtener un jardín de infancia cerca de las oficinas, consiguieron imponer una reducción de la jornada de 14 horas semanales, incluido el sábado libre, para sintonizarse con los horarios de la guardería. Véase sobre esto «Primi appunti per un'analisi del proletariato femminile occupato nel pubblico impiego», en *Bolletino della Commissione Nazionale Operaia di Lotta Continua* 1 (1974), p. 39. Sobre las luchas de las mujeres de la Función Pública en Padua, véase en cambio Collettivo Donne di Padova, «Servizi, spesa pubblica, lotta delle donne a Padova», en *La fabbrica diffusa* 2 (1977), p. 97. Cfr. también L. Chisté, «Note su sviluppo del capitale e lotte delle donne dalla "ricostruzione" agli anni sessanta», en VVAA, *Oltre il lavoro domestico*, cit.

estuviesen abiertas sólo en función de la jornada de trabajo externo de la madre y en que no se discriminase entre categorías de madres en función de que tuviesen o no derecho. Por lo tanto, lo que se ponía en todo momento sobre la mesa era *la jornada laboral global de la mujer*[25]. Pero anticipamos desde ya que la respuesta del Estado ante este tipo de aspiración se reveló rígida en extremo. Con la consecuencia de que la custodia de los hijos siguió recayendo duramente sobre las espaldas de las mujeres, madres, parientes o vecinas de la casa. De hecho, a pesar de que la ley 1044 de 1971 preveía la construcción de 3.000 guarderías por lo menos en el quinquenio de 1972 a 1976, en 1979 sólo se habían construido realmente 1.279[26]. Por lo que respecta a los jardines de infancia y escuelas primarias a tiempo completo, no podemos dejar de señalar que fueron pocas las que se abrieron y, es más, en el caso de las segundas, se procedió a su cierre progresivo.

Pero donde se hace asaz evidente el salto cualitativo en el planteamiento de la lucha es en sectores como el hospitalario. En 1976-1977, estalla una oleada de luchas que no sólo desbarata los centros hospitalarios de las metrópolis, Roma y Milán, sino que se presenta, por sí misma, bajo algunos aspectos, como punta del iceberg del gran movimiento por la salud que recorre también los hospitales de provincias, las fábricas y el territorio y cuyo principal impulsor es el Movimiento Feminista, en cuanto movimiento de lucha ante todo por la reproducción. El problema de la salud[27] constituye, sin duda, una cuestión de salto cualitativo en la reproducción. Pero el problema surge justamente en el cruce entre ser trabajo para unos y servicio del que beneficiarse para otros. Así pues, en estas luchas, el papel de las enfermeras y del personal paramédico se reveló como fundamental para romper la tradicional fractura de intereses entre responsables y usuarios presente en su gestión. Y la superación de tal fractura se logró en la medida en que se volcó en la lucha la necesidad de alcanzar nuevos niveles de reproducción de sí en cuanto responsables y en cuanto usuarios de la atención sanitaria. Y las mujeres desempeñaron sin duda un papel central en todo esto.

---

[25] Precisamos que, en este contexto, por jornada laboral global entendemos la jornada que incluye el trabajo doméstico y el trabajo extradoméstico.

[26] ISTAT, *Annuario Statistico Italiano,* 1979.

[27] Sobre la salud de la mujer, en particular, uno de los textos más conocidos de aquel periodo, que afrontan este tema en relación con las condiciones de trabajo extradoméstico y doméstico, es F. D'Ambrosio, E. Badaracco y M. Buscaglia, *Donna, salute e lavoro*, Milán, Mazzotta, 1975. Le siguieron inmediatamente después muchos otros escritos feministas, también sobre la relación mujer-estructuras sanitarias. Por citar apenas algunos de ellos, además de *Dietro la normalità del parto,* editado por el Gruppo femminista per il Salario al Lavoro Domestico di Ferrara, cit.: L. C. Paggio, *Avanti un'altra,* Milán, La Salamandra, 1976; y C. Jourdan, *Insieme contro,* Milán, La Salamandra, 1976. Entre los más recientes, F. Manoukian Olivetti (ed.), *Il consultorio difficile,* Bari, De Donato, 1980.

Hemos hecho referencia a algunas luchas omitiendo otras. Hemos omitido las luchas por la vivienda, por los recibos, por los precios, etc., típicas de los primeros años de la década de 1970 y que remitían claramente, por parte de las mujeres, más que a una persecución de sus intereses en tanto que individuos sociales, a una defensa del nivel de reproducción familiar del que eran responsables y a una resistencia a la intensificación de los ritmos de trabajo que el coste de la vida comportaba. Pero es que aquí nos interesaba analizar, ya en una fase de rechazo masivo del trabajo doméstico como el que el Movimiento manifestó, las novedades que las mujeres estaban expresando también con respecto a la utilización del trabajo externo y al planteamiento de la lucha en este frente. Y esto para lograr bosquejar, también a través de estos comportamientos, el esbozo de un sujeto mujer que, en la década de 1970, demostró aspirar cada vez más claramente a una garantía de la reproducción de sí en vez de seguir dejando que recayese sobre sus espaldas la responsabilidad principal de la reproducción de otros.

Otro orden de consideraciones comporta, a su vez, la identificación del tipo de respuesta estatal frente a tales comportamientos femeninos. A este propósito, podemos decir desde ya que, aunque algunos momentos de lucha obtuvieron resultados concretos notables, sin embargo, fueron esporádicos. Es decir, no se consiguió alcanzar un nivel de actividad estatal en positivo que constituyese una respuesta global a la pretensión de poner un precio al trabajo de reproducción. La única «disposición general» hay que localizarla en el hecho de que el Estado, al presentarse en esencia como reorganizador del mercado de trabajo (grandes aportaciones financieras para las empresas, fiscalización de las cotizaciones a la seguridad social, etc.) respondía con ello, si no a la pretensión de poner un precio al trabajo de reproducción *tout-court* [propiamente dicho], por lo menos sí a la reivindicación de un salario-renta propio para las mujeres. De hecho, el Estado se proponía un uso intensivo ante todo, justamente, de la fuerza de trabajo femenina, así como juvenil, dentro de esa estructura productiva descentralizada que caracterizó, como decíamos, la década de 1970. Por lo tanto, era preciso seguir sosteniendo las características de flexibilidad de esta fuerza de trabajo. Examinemos la cuestión de manera más específica. El Estado se vio obligado a revisar ante todo algunas rigideces del régimen familiar, que se habían vuelto ya disfuncionales. La propia reforma del derecho de familia[28], al igual que la ya famosa ley de igualdad, iban fundamentalmente dirigidas a permitir una mayor flexibilidad y movilidad de esta fuerza de trabajo. Las cuestiones del domicilio, de la patria potes-

---

[28] VVAA, *Donne e diritto. Lessico politico delle donne,* Milán, Edizioni Gulliver, 1978, constituye un veloz comentario sobre las principales cuestiones al respecto. Véase además S. Porta, *Senza distinzione di sesso. Guida pratica al nuovo diritto di famiglia,* con introducción de Bianca Guidetti Serra, Sanzogno, 1975.

tad, etc., que se modificaron a favor de una concepción más paritaria de la relación entre marido y mujer, habrían corrido de lo contrario el riesgo de mantener una posición de preeminencia del marido en el matrimonio totalmente paralizante con respecto a las exigencias del mercado. Hasta la introducción de la posibilidad de divorcio, aunque, por un lado, constituía sin duda una respuesta a las reivindicaciones impulsadas por las mujeres con el Movimiento, por otro, respondía a esta misma necesidad del mercado de poder contar con una fuerza de trabajo femenina básicamente más libre. Se podría si acaso observar, a este propósito, que los vacíos respecto a las garantías materiales dejados por la nueva normativa sobre el divorcio, en detrimento de las mujeres divorciadas, se vieron cubiertos de nuevo –por lo menos en parte– por la iniciativa de las mujeres, que impusieron actualizaciones a la propia ley. La reforma del derecho de familia iba acompañada –lo sabemos– de la famosa ley de igualdad[29] de trato en el puesto de trabajo entre mujeres y hombres, cuyos efectos en el incremento de la disponibilidad de la fuerza de trabajo femenina, en franjas más amplias y durante un periodo de tiempo más largo, están ampliamente demostrados.

Tras haber identificado en la función asumida con respecto al mercado de trabajo el único ámbito general de respuesta estatal a la lucha de las mujeres contra el trabajo gratuito en cuanto tal y por un salario-renta propio, consideremos la postura adoptada por el Estado hacia el trabajo de reproducción propiamente dicho. Hagamos antes, no obstante, algunas consideraciones con respecto a cómo se presenta la gestión del gasto público en los años que estamos considerando.

Se ha constatado, en términos generales, que, mientras que el porcentaje de inversiones públicas en gasto social, en relación con el total de inversiones, presenta una clara disminución en la década de 1970, se puede advertir, sin embargo, en comparación con los periodos anteriores, una expansión del gasto público en transferencias y consumo. En comparación con el pasado, en la década de 1970, el crecimiento de las transferencias a las familias es más rápido. En su conjunto, el gasto en prestaciones sociales que, a principios de la década de 1960, representaba el 10 por 100 de la renta nacional, en la de 1970, representa el 17 por 100. En el periodo de 1970 a 1975, los flujos de dinero hacia las familias supusieron el 77,3 por 100 de las transferencias globales «confirmando la tendencia cada vez más clara hacia una política de redistribución individual y monetaria de la renta en detrimento –observan algunos– de una respuesta adecuada a las necesidades colectivas»[30]. Desde nuestro punto de vista, confirmamos, a su vez, que este privilegio del plano individual, por los términos en los que se dio, no

[29] M. Vittoria Ballestero, *Dalla tutela alla parità. La legislazione italiana sul lavoro delle donne,* Bolonia, Il Mulino, 1979.

[30] D. del Boca y M. Turvani, *Famiglia e mercato del lavoro*, cit., p. 95; F. Reviglio, *Spesa pubblica e stagnazione dell'economia italiana,* Bolonia, Il Mulino, 1977.

se puede interpretar, desde luego, como respuesta significativa de salarización del trabajo de reproducción propiamente dicho. Y que, en este sentido, no puede constituir por ello una alternativa real a la doble jornada de las mujeres ni, por lo tanto, a la prolongación de su jornada laboral, en especial cuando tienen hijos. Más bien, sigue remitiendo, en particular en la primera mitad de la década de 1970, a algunos principios de bienestar social dentro de la política estatal[31], en función de algunas garantías de complemento de la renta familiar o del alivio de tensiones en zonas con bajos salarios. Lo que determinará un giro en la política estatal de gestión del gasto público será justamente la presión cada vez más extendida y articulada sobre la renta que los distintos sectores de la clase expresan con los movimientos de la década de 1970. Y esto en la medida en que el Estado advierte el riesgo de que avancen no hacia los complementos de la renta familiar funcionales al nuevo orden y a la productividad social, sino hacia el estallido de una presión autónoma, por parte de mujeres y hombres, por porcentajes cada vez mayores de renta en función de una reproducción de sí como individuos sociales y no como sujetos recompuestos familiarmente de cara a las nuevas exigencias productivas. En la década de 1970, familia y trabajo, aunque reestructurados, deben seguir siendo, a escala mundial, los dos goznes de la acumulación capitalista y, por ello, es preciso recomponerlos a toda costa, contra todos los impulsos centrífugos expresados por los nuevos sujetos –ante todo mujeres y jóvenes–. 1976 es el año de inflexión en la actitud del Estado. Los recortes y la mayor selectividad en la provisión del gasto público marcan una nueva praxis que se articula a través de una serie de decretos de la que el Decreto Stammati no es sino el más conocido. Como es evidente, se trata, con respecto a las mujeres, de desalentar y seleccionar aún más sus posibilidades de apropiación –de uso de la renta y de los servicios– en función de su autonomía. De hecho, se las quiere destinar, de un modo cada vez más claro, al papel de eje sacrificial del nuevo orden familiar, más moderno, y de la productividad social. La filosofía de los sacrificios, que empieza a delinearse por parte del gobierno en 1977 con el Plan Pandolfi, junto a la gran revaluación del papel de la empresa, plantea fundamentalmente el problema de la limitación del coste del trabajo. El progresivo aumento de este coste, en particular en la última década, se identifica como factor de crisis estructural de la economía italiana. Se denuncia el crecimiento del salario directo y la excesiva disponibilidad del Estado a ofrecer garantías salariales y se propone atacar el mecanismo de la escala móvil y dilatar al máximo la movilidad social de la fuerza de trabajo[32].

[31] Sobre la necesidad del paso de las políticas de bienestar o *welfare* a las políticas de constricción al trabajo o *workfare* en Italia, véase el pasaje de la Ricerca Mediobanca referido en *Mondo Economico* 25 (1978), p. 86; y G. Carli, *Relazione all'assemblea annuale della Confindustria,* 3 de mayo de 1978.

[32] Cfr. R. Lauricella, *La crisi fiscale dello Stato in Italia, 1970-1975*, tesis de licenciatura en Ciencias Políticas, Padua, 1976.

La «novedad» que están dispuestos a conceder al papel laboral reestructurado de las mujeres, en correlación con la de los jóvenes, debe inscribirse en esta nueva movilidad de costes limitados destinada sobre todo al trabajo no regulado o, por lo que respecta al sector de la Función Pública, donde se dieron grandes oleadas de lucha, ampliamente precarizado. Por otro lado, en este sector, el Plan, aunque de un modo no demasiado explícito, prevé, siempre en función de una ulterior limitación de los costes, una estratificación mayor del trabajo precario y una limitación del coste contractual del sector en un billón de liras, a la par que auspicia la rápida promulgación de la ley-marco y la consiguiente reestructuración de la negociación en todo el sector.

El tenor de las respuestas con respecto al trabajo de reproducción propiamente dicho debe interpretarse en el marco de estas medidas de fondo que el Estado toma o se propone tomar en la década de 1970.

Aislemos, para una interpretación más precisa de estas respuestas, algunas fracciones de este trabajo:

a) la primera fracción que habría que considerar es sin duda, por su centralidad, la que concierne a la *crianza de los hijos* en edad preescolar y escolar. Sobre esto, la respuesta desde el punto de vista de los servicios, tendente por lo menos a acortar el tiempo de trabajo de las madres, ha sido muy pobre. Retomemos sobre los jardines de infancia y las escuelas primarias y de preescolar de jornada completa lo que precisábamos antes: si, al cabo de un quinquenio, se habían construido menos de la mitad de las guarderías cuya construcción estaba prevista en la ley 1044 de 1971, igualmente descorazonadora resultaba la diferencia existente entre escuelas de preescolar públicas y no públicas. Las primeras eran de hecho 978, con 27.026 clases, y las segundas, 17.784, con 39.760 clases[33]. Por lo que se refiere a las escuelas primarias, respecto a las cuales se había puesto en marcha, a principios de la década de 1970, la experimentación de la «jornada completa», urgida por la lucha de las mujeres, hay que señalar que fue una experimentación de poco alcance desde el punto de vista cuantitativo y, además, de corta vida, puesto que en poco tiempo se procedió a su suspensión.

Hay que recordar además que, en el terreno de la crianza de hijos, tuvo una gran importancia la rebelión de las madres solteras contra la disparidad de trato económico que el Estado les reservaba en comparación con lo que destinaba a las Instituciones para la Infancia abandonada. Esta rebelión marcó por primera vez una ruptura abierta con el carácter «vergonzoso» del que el Estado había querido siempre rodear la condición de madre soltera. En Turín y en Milán hubo grandes momentos de lucha a este respecto.

[33] ISTAT, *Annuario Statistico Italiano,* 1979, cit. Cfr. también A. del Re, «La famiglia-fabbrica», cit.

Si, por el contrario, queremos considerar, todavía en relación con esta fracción de trabajo doméstico constituida por la crianza de los hijos, la respuesta que dio el Estado bajo la forma de un aumento de las ayudas familiares[34], no podemos dejar de constatar su carácter irrisorio. Es más, su irrelevancia, si tenemos en cuenta el desarrollo de la inflación. Y constatar además que, de hecho, se quiso mantener al hombre (casi siempre en su calidad de cabeza de familia) como destinatario de estas ayudas, en lugar de a la madre en cuanto tal.

Por lo general, todavía se puede inscribir sustancialmente dentro de la fracción de crianza de los hijos la ayuda especial de acompañamiento a los inválidos. Un pago que marcó, a nuestro juicio, a pesar de los grandes límites que contenía, un momento de victoria para las mujeres[35]. Con la ley del 11 de febrero de 1980, se prevé, en efecto, una prestación mensual por parte del Estado de 120.000 liras para 1980, 180.000 para 1981 y 232.000 para 1982, destinadas al inválido civil que necesita asistencia continua por parte de un familiar o persona ajena.

b) La segunda fracción de trabajo doméstico que hay que considerar es aquella dirigida al *cuidado de los mayores,* de otros o de uno mismo como mayores. Precisamos a este respecto: el gran salto de las pensiones contributivas a las retributivas, que se había dado en 1969 en el marco del gran poder contractual expresado por las luchas de finales de la década de 1960, fue un efecto directo, desde el punto de vista del aumento de las garantías de reproducción, de la lucha por el salario típica de aquellos años. Ahora bien, para entender la magnitud del capítulo de pensiones dentro de los presupuestos generales del Estado en la primera mitad de la década de 1970, hay que tener presente que, tal como observa F. Reviglio, en el periodo de 1970-1975, el gasto en pensiones de la Administración Pública prácticamente se triplica, pasando de 5,289 billones en 1970 a 14,012 billones en 1975, y su peso con respecto al P.I.B. asciende de un 7,4 a un 10,4 por 100, con un aumento «real» del 40 por 100[36]. El capítulo de las pensiones y de las ayudas familiares, por lo tanto, en el periodo considerado, forma parte de las cuatro categorías de gasto que, junto a la sanidad, a

[34] Las ayudas familiares pasan, a partir del 1 de octubre de 1980, de 9.880 liras por hijo a 19.760 liras por hijo.

[35] De hecho, tras una gran fase de iniciativa femenina –fundamentalmente de mujeres madres de minusválidos–, se constituyó la Unione Famiglie Handicappati [Unión de Familias de Minusválidos], unión que, a través de una amplia movilización, condujo a la ley del 11 de febrero de 1980, n.º 18. La movilización de las mujeres continúa, no obstante, por la entidad de la ayuda y por que ésta no sustituya a las estructuras adecuadas a las que poder recurrir también para la terapia de rehabilitación, ni los equipos de personal especializado y móvil en el territorio. A raíz de esta movilización, se ha ido creando asimismo una Asociación Internacional de Minusválidos Solos (450 millones en todo el mundo, cerca de un 10 por 100 de la población).

[36] F. Reviglio, *Spesa pubblica e stagnazione dell'economia italiana,* cit., pp. 117 ss.

las transferencias (subsidios) a las empresas y a los intereses sobre la deuda pública, explican la casi totalidad del aumento del gasto público (8,2 puntos sobre 9,5). En concreto, las pensiones por jubilación y las ayudas familiares constituyen el 3,3 por 100 del aumento del gasto, del cual el 3 por 100 puede atribuirse exclusivamente a las pensiones por jubilación (mientras las otras tres categorías explican respectivamente el 2,6, el 1,8 y el 1,5 por 100 del mismo). Y, tal como continúa informando Reviglio: «Quitando los 220.000 pensionistas de las Empresas Autónomas, en 1975 las pensiones ascendían a 12.627.000 (de los cuales, cerca de 5 millones correspondían a las pensiones por invalidez), frente a una fuerza de trabajo por debajo de los 20 millones. Dentro de esta evolución del capítulo de «pensiones» dentro de los presupuestos generales del Estado, una historia que hay que inscribir ante todo en el marco de la iniciativa de las mujeres, expresada ya antes de la década de 1970 y ahondada durante esta década, es la del uso anómalo de las *pensiones por invalidez*. De 1971 a 1975, las pensiones de los trabajadores dependientes correspondientes por invalidez ascienden de 3.915.195 a 5.036.160, frente a la evolución de las de ancianidad, que varían, durante el mismo periodo, de 4.773.806 a 4.962.352[37]. Se trata de pensiones que, en la práctica, son utilizadas por las mujeres –en particular mayores y del Sur, pero también en áreas deprimidas del Norte y del Centro– como salario para su reproducción y la del núcleo familiar que ha quedado y que constituyen con frecuencia la única fuente de renta garantizada de la que tirar. El Estado, por su parte, mantuvo una línea blanda sobre este uso, en correspondencia con una política que preveía varias formas de subsidio para el Sur, así como para el artesanado y la propiedad campesina. La línea blanda se mantiene mientras este uso de las pensiones se percibe como un medio idóneo para aliviar tensiones que pueden crearse en áreas poco asalariadas. Sin embargo, la política restrictiva, que comenzará en torno al Decreto Stammati, introducirá criterios más selectivos también a este respecto. De 1976 a 1979, las pensiones por invalidez no experimentarán más que un leve aumento y, más en concreto, pasarán de 5,19 millones a 5,231 millones, mientras que las de ancianidad pasarán de 4,928 millones a 4,834 millones[38], en el mismo periodo considerado.

[37] Sobre la evolución anómala de las pensiones por invalidez en la primera mitad de la década de 1970, véase G. Annulli, *Previdenza e sicurezza sociale in Europa,* Milán, ISEDI, 1977 (en particular la tabla de la p. 23), así como F. Reviglio, *Spesa pubblica e stagnazione dell'economia italiana,* cit., y el clásico de O. Castellino, *Il labirinto delle pensioni,* Bolonia, Il Mulino, 1976.

[38] Consideramos útil ofrecer también los datos, desglosados año por año, del cuatrienio de 1976-1979. El número de pensiones por invalidez resulta ser: 5.190.000 (1976), 5.248.000 (1977), 5.277.000 (1978), 5.231.000 (1979); el de las pensiones por ancianidad: 4.928.000 (1976), 4.895.000 (1977), 4.919.000 (1978), 4.834.000 (1979). *Rassegna di Statistiche del Lavoro* 6, 1980.

Por lo tanto, aunque hubo una iniciativa femenina en el descubrimiento y en el uso de las posibilidades que este «capítulo» de los presupuestos generales del Estado ofrecía, no habrá, sin embargo, por parte de las mujeres, un poder correspondiente de resistencia cuando el Estado adopte una línea más dura. Lo mismo sucederá con las *pensiones sociales;* creadas en 1969[39]. Cuando, con la ley del 16 de abril de 1974, n.° 114, en vigor desde el 1 de enero de 1975, se establezca un techo muy bajo de renta y, además, calculado acumulativamente con el del cónyuge, como discriminante entre quienes tienen derecho a la pensión y quienes no, la posibilidad de resistencia de las mujeres se revelará casi nula. En 1975, disfrutaban de esta pensión 725.000 mujeres y 100.000 hombres. Pero el INPS conseguirá poner en circulación y recoger con cierta eficacia en 1978 un formulario de autodenuncia y petición de condonación por parte de quienes no tienen derecho, y las pensiones quedarán reducidas prácticamente a la mitad. Merece la pena recordar, en relación con las *pensiones de viudedad,* en la mayoría de los casos percibidas de hecho por mujeres, que, desde 1965, equivalen al 60 y ya no al 50 por 100 del salario, además de un 20 por 100 por cada hijo en edad escolar hasta un total del 100 por 100. Y que, desde el 1 de julio de 1972, esta pensión disfrutará de complementos por cargas familiares[40].

En cuanto a la respuesta estatal en servicios, aún en relación con el cuidado de los mayores, hay que decir que fue casi nula. Las mujeres utilizarán, en cambio, las estructuras sanitarias, en especial durante el periodo de vacaciones de la familia, para ingresar a los mayores que no son capaces de cuidar de sí mismos y que normalmente dependen de su trabajo.

c) Por lo que se refiere a la fracción de trabajo doméstico destinada al *cuidado* de los demás o de uno mismo en tanto que *enfermos,* aquí nos parece que, en efecto, el gran movimiento por la salud cuyo principal impulsor –decíamos– fue el Movimiento Feminista y, más en concreto, la oleada de lucha en los hospitales, llevaron a un importante salto, por lo menos en términos cuantitativos, en la garantía de la atención sanitaria. En términos cuantitativos –hemos dicho–, en el sentido de que, con la Reforma Sanitaria (1978), se garantiza la atención, también la extrahospitalaria, a todo el mundo, con independencia de que se tenga o no una relación de trabajo. Es decir, se garantiza a los cerca de 57 millones de italianos con una asignación de fondos de 15,594 billones netos en 1980 (que en principio deben completarse con otros 1,2 billones), frente a los 7,228 billones de 1975 y los 2,374 billones de 1969. Con la transferencia de competencias a las Regiones, realizada ya en 1975, se abre entre otras cosas la posibilidad de destinar un cierto porcentaje del presupues-

[39] Ley 30-4-1969, n.° 153, artículo 26[22]. A partir del 1-1-1973, las pensiones sociales disfrutan de una nivelación automática conforme al índice del coste de vida.

[40] O. Castellino, *Il labirinto delle pensioni,* cit.

to sanitario a la fase de prevención y rehabilitación y no sólo a la curativa, como sucedía en el sistema precedente. Fases éstas que, hasta el momento, se daba por descontado que debían recaer exclusivamente sobre las espaldas de las mujeres. La disminución, en la década de 1970, de los días de hospitalización –teniendo en cuenta que la frecuencia y la duración media de ésta se encuentran, sin embargo, entre las más altas de Europa– no puede interpretarse, a nuestro juicio, como un empeoramiento *tout court* de la situación y un agravamiento del trabajo de la mujer. De hecho, hay que tener en cuenta el uso obligado que existía del hospital en los años en los que la atención extrahospitalaria no estaba extendida a todos. Se recurría, pues, a la hospitalización incluso para tratamientos que no la requerían, pero que de otro modo no estaban garantizados.

Dentro de la atención sanitaria, hay que hacer aún unos apuntes específicos por lo que respecta a la *atención psiquiátrica*. Aquí, el denominado cierre de los manicomios se resolvió, en la inmensa mayoría de los casos, en una ausencia absoluta de salidas para la persona antes atendida y en la imposición de cargas de trabajo doméstico insostenibles para las mujeres. A este propósito, entonces, el único plano de negociación que cabe perseguir es el de una responsabilidad por parte del Estado que garantice directamente a la persona atendida tanto desde el punto de vista de la renta como desde el de las estructuras adecuadas. En algunas áreas, de nuevo gracias a la gran recomposición política entre asistentes y asistidos, producto de la nueva conciencia sobre la reproducción que se expresó y masificó con el Movimiento Feminista, se puso en marcha parcialmente esta línea[41]. Y, en particular, tal como apuntábamos antes, esta recomposición arrojó también luz sobre la necesidad de destinar el dinero directamente a los asistidos, y no a intermediarios ajenos, que luego explotan al enfermo mental en empresas agrícolas, ni a familiares, con todos los chantajes que se dan en las relaciones impuestas.

Resumiendo a partir de estas observaciones sobre el tenor de la respuesta estatal, se puede concluir que, en conjunto, con excepción del sector sanitario, la asunción de responsabilidad por parte del Estado con respecto al trabajo de reproducción propiamente dicho conoció en la década de 1970 cotas de parcialidad extrema. Por otra parte, está el pavoroso vacío de garantías para las maternidades que no se desarrollen en la dependencia del matrimonio y, hoy más que nunca, de la doble jornada. Dentro de este marco, las mujeres que han querido una independencia personal y económica, han tenido siempre que renunciar a tener hijos. Puede ser que, dentro de la nueva división internacional del trabajo que se va perfilando de manera cada vez más clara, el Estado italiano considere irrelevante el problema del vacío productivo y reproductivo de la fuerza de trabajo que se ha creado en su seno. A nuestro juicio, sin embargo, esta situación, precisamente por el recorrido de lucha contra la reproducción gratuita que expresa, abre un problema difícil de ignorar. Desde luego, la nueva productividad social en el terreno de la producción de mercancías y servicios impuesta a la propia fuerza de trabajo femenina no se puede considerar una solución al problema. Si acaso, habría que señalar que las propias características de precariedad impresas en un mercado de trabajo donde trabajan ya todos y todas, permiten conjeturar, en especial después de las recientes amenazas de despido a gran escala, una masificación probable de una presión tanto femenina como masculina sobre el Estado en pro de una garantía de vida independiente de la incertidumbre del trabajo. Y está claro, en todo caso, que las condiciones de una reproducción proletaria, en la que las relaciones interpersonales vuelven a estar regidas por el Estado en términos de intensificación de la cooperación productiva y jerarquización entre los sexos, se presentan más intolerables que nunca a los ojos de las nuevas generaciones no sólo de mujeres sino también de hombres. Todo el debate sobre la jornada a tiempo parcial está en el fondo impregnado de la necesidad de superación de estas condiciones. También del lado de los hombres se quiere un tiempo propio para la reproducción de uno mismo, en lugar de la mera dependencia del trabajo reproductivo femenino. Y está claro que la dificultad del razonamiento por el cual muchas mujeres, como decíamos, deben seguir apostando por el trabajo seguro y de ocho horas y otros, en particular hombres jóvenes, pueden expresar mayores cotas de rechazo para privilegiar características de trabajo diferentes, remite a condiciones de partida en todo caso distintas, al hecho de que, al final, una victoria sobre el tiempo no puede ser tal si, en conjunto, no se logra vencer sobre la renta. El terreno del gasto público, de la responsabilidad estatal directa sobre la reproducción de la fuerza de trabajo, nos parece, más que nunca, pues, para el periodo que se abre, campo de lucha y no campo en vías de abandono.

[41] Cfr. sobre esto S. Sartori (ed.), apéndice a cargo de G. Galio, *Deistituzionalizzazione e politica dei sussidi. Cronaca dell'esperienza al'O.P.P. di Trieste,* investigación realizada en el marco del subproyecto de Prevención de las Enfermedades Mentales del P. F. Medicina Preventiva del Consiglio Nazionale delle Ricerche, Unidad Operativa de Trieste y de cuya edición se hizo cargo el Centro di Documentazione dei Servizi Psichiatrici dell'Amministrazione Provinciale di Trieste.

5

Políticas laborales y niveles de renta. ¿Y las mujeres?*

Inscribir hoy en términos que tiendan a reflejar el estado real de las cosas el problema de las condiciones reproductivas de la fuerza de trabajo implica, por lo menos, oponerse a esa bibliografía que interpreta la complejidad progresiva del actual contexto social como un *crescendo* de recursos, de sujetos con legitimidad para pronunciarse, de necesidades con el poder real de expresarse. En particular, encuentro profundamente inadecuado el énfasis en el *crescendo* de recursos. Si, de hecho, hasta ayer mismo el ciudadano o el estudioso de las «sociedades avanzadas» podía ignorar que el capitalismo también producía miseria, porque el escenario en el que esto sucedía de manera más visible se había desplazado a otro lugar, hoy más que nunca este aspecto forma parte de nuestro propio huerto: de los cerca de 25 millones de pobres en Estados Unidos a los cerca de 8 millones de pobres en Italia[1]; del desem-

---

* M. Dalla Costa, «Politiche del lavoro e livelli di reddito. E le donne?», en M. La Rosa, E. Minardi y P. Zurla (eds.), *Sociologia del lavoro* 26-27: *La Sociologia del lavoro in Italia e in Francia,* Milán, Franco Angeli, 1985-1986.

[1] Para la estimación de la pobreza en Estados Unidos, remitimos a los datos del *Bureau of the Census* [Oficina del Censo] que, para el año 1983, declaraba oficialmente la existencia de 34.400.000 pobres, la cifra más alta registrada desde 1965, es decir, desde que, después de Hoover y Roosevelt, Johnson declarase su «guerra contra la pobreza». A la par de la difusión de estos datos, el Congreso de Alcaldes estadounidense (Conference of Mayors), publicaba un informe titulado «El hambre en las ciudades estadounidenses» *[Hunger in American Cities],* donde se demostraba, a partir de un estudio realizado en ocho ciudades estadounidenses, que las solicitudes de alimentos y alojamiento de emergencia *(emergency food and shelter)* durante el gobierno de Reagan se habían incrementado de 100 a 500. Otro fenómeno también reconocido oficialmente era la «feminización» de la pobreza, es decir, las mujeres constituían la mayoría de los pobres. Por lo que respecta a las estimaciones para el caso italiano, remitimos a los datos de la gran encuesta de la Comunidad Económica Europea (CEE), de la que

pleo y los recortes salariales en Estados Unidos al desempleo y los recortes salariales en nuestro país.

Aún mayor desconcierto me crea la interpretación de las mujeres de la doble presencia (¿ha llegado entonces la emancipación imposible? ¿O se omiten componentes que por el contrario habría que poner en evidencia?)[2] como sujetos ideales para moverse dentro de esa especificidad actual hecha de «entrecruzamiento –se dice– y complejidad». Pero si, dentro de este entrecruzamiento y esta complejidad, se omite ante todo la pobreza, la miseria, la dureza y la monotonía del trabajo (incluso del de 35 horas) y la incertidumbre de la renta, ¿no se corre acaso el riesgo, al mirar a las mujeres, de evocarlas como nuevas hadas de la sociedad compleja? Desde luego que para mitigar el oscuro mal no basta con mencionar hasta qué punto también ellas se ven afectadas por la depresión. El hecho es que, frente a una acumulación inmensa de potencial de riqueza, esta «complejidad» se manifiesta ante todo como sustracción de recursos.

Entonces, el problema sobre el que centraremos nuestras observaciones radica en que, en la actualidad, a la vez que se da por terminada la época de la ideología del trabajo, cualquier propuesta de reducción de la jornada tiene detrás, en realidad, consecuencias silenciadas de intensificación del trabajo (así ha sido en el caso de las 35 horas en Alemania, así ha sido en el caso de las modalidades de aplicación de los

puede encontrarse una síntesis sencilla en G. Sarpellon (ed.), *Rapporto sulla povertà in Italia,* Milán, Angeli, 1983. De nuevo de acuerdo con la encuesta de la CEE, en la mayor parte de los países, las situaciones de pobreza en las familias encabezadas por una mujer son muy superiores a la media. No obstante, en términos generales, se considera que los datos de la encuesta son optimistas con respecto a la situación actual, habiendo de tener en cuenta las repercusiones del desempleo en el periodo transcurrido desde la década de 1970, cuando se llevó a cabo la encuesta, hasta la actualidad.

[2] Lo que se omite es justamente lo que A. Accornero (*Lavoro-Non lavoro,* Bolonia, Cappelli, 1980, pp. 114 ss.) pone de relieve. Se trata del repunte, durante la década de 1970, es decir, durante el periodo de aumento del empleo femenino, del trabajo doméstico para terceros. Es decir: la «doble presencia» se daba gracias a la cobertura de una porción importante del trabajo doméstico por parte de otras mujeres que entraban en el hogar. La realización del papel de amas de casa a jornada completa o a tiempo parcial por parte de muchas permitía la doble jornada de otras. O bien, añadimos nosotras, la doble jornada era posible gracias a la renuncia a tener hijos, a responsabilizarse de la construcción de una familia. Nosotras estamos absolutamente de acuerdo con Fortunata Piselli sobre el hecho de que «es objetivamente imposible para la mujer conciliar la actividad extradoméstica con la doméstica» (opinión recogida en *ibid.*, p. 116). Y también con lo que la autora especifica a continuación al respecto: «[...] aunque conciliar sea objetivamente imposible, no obstante, sí que es posible acumular subjetivamente: depende de la renta y de la composición de la familia. Y a esto le siguen las variables sociales. Las fronteras entre quienes realizan trabajo doméstico y quienes lo compran están marcadas de forma muy clara» (*ibid.*, pp. 116-117). De lo contrario, habría que sostener que todo el análisis sobre el trabajo doméstico y, ante todo, la denuncia de su extensión horaria constituían un lamento inmotivado y que las feministas exageraban.

contratos de solidaridad en Italia) a través de una auténtica devastación de las conquistas precedentes sobre la organización de la jornada laboral[3].

Todavía hoy, frente a aquella distribución mayor de la riqueza, en dinero y servicios, que debía constituir la consecuencia natural de la necesidad de reducción de la jornada laboral en este punto del desarrollo capitalista, se contrapone, en cambio, una reducción salarial y una disminución/baja de la calidad de los servicios que vuelve a plantear horizontes de miseria.

Es decir, madurado desde hace tiempo, desde un punto de vista subjetivo y objetivo, el momento de atravesar el linde de la civilización del trabajo, ésta sigue arrastrándonos en el chirriante columpio del desarrollo/subdesarrollo contemporáneo. *Developing... underdeveloping... New York*[4].

Dicho todo lo cual intentaré aislar seguidamente algunos elementos del marco, evidenciando sus componentes a mi juicio más significativos y abordando a la par o planteando a continuación algunos problemas con respecto a la condición productiva/reproductiva de las mujeres.

1. El primer elemento en el que detenerse lo constituye la amplitud del desempleo y las políticas encargadas de «ponerle remedio». Ateniéndonos sólo a las estimaciones oficiales, en 1984 se registran 2.800.000 desempleados, más otros 2.000.000 aproximadamente previstos para los próximos diez años[5]. Ahora bien, aunque desde los discursos estatales se indican soluciones a este problema –empezando por el boceto de documento *La politica occupazionale per il prossimo decennio* del Ministerio de Trabajo–, éstas no pasan tanto por la reducción de la jornada a 35 horas (con o sin reducción de salario), ni por los contratos de solidaridad (los cuales comportan en todo caso, conviene precisarlo desde ya, un recorte salarial): de hecho, la relación entre puestos de trabajo mantenidos a través de estas medidas y puestos de trabajo que se habrían perdido de otro modo está aún totalmente por demostrar. Por el contrario, con ese conjunto de mecanismos –designados genéricamente como *deregulation-riregulation* (desregulación-reregulación) del mercado de trabajo–, en cuyo centro se coloca la «vía libre» a la reducción de salarios y a modalidades más amplias y articuladas de precarización, se señala ante todo una solución,

[3] Para el caso de Alemania, remito a un trabajo de investigación y recopilación de materiales realizado por Sergio Bologna y del cual el autor me ha anticipado algunos resultados.

[4] *Developing Underdeveloping New York* [Desarrollar subdesarrollar Nueva York], de Ph. Mattera y D. Demac, constituía el título de un fascículo muy difundido en el ámbito del Movimiento en la década de 1970 y en el que se analizaban justamente las contradictorias políticas de desarrollo/subdesarrollo dirigidas a la propia ciudad de Nueva York.

[5] Cfr. el borrador del documento *La politica occupazionale per il prossimo decennio,* difundido por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social en agosto de 1984, p. 25. De ahora en adelante nos referiremos a este documento en el texto y en las notas por el escueto nombre de *Piano del lavoro*.

aunque parcial, puesto que todos consideran que hay un porcentaje importante de los desempleados que no son reabsorbibles. Esta política de *deregulation-riregulation,* al hacer legales y generales reglas que hasta ahora sólo afectaban en realidad al trabajo sumergido, tendría la función no sólo de atenuar el proceso de desempleo en la economía regulada, sino también de hacer *emerger* un ámbito amplio de trabajo en negro caracterizado ya por estas condiciones (contribuyendo con ello a redimensionar las cifras del desempleo), así como de incentivar la ampliación de este mercado neolegalizado, en el que jóvenes, mujeres y, agregamos, también ancianos encontrarían posibilidades de empleo más fáciles. «Más fáciles» en la medida en que, al representar estos sujetos sectores más débiles en el mercado, se les presupone más dispuestos a aceptar salarios inferiores y menores garantías y protecciones de la seguridad social.

No desarrollaré aquí consideraciones particulares acerca de las propuestas de creación de puestos de trabajo directamente por parte del Estado (desde la remodelación del patrimonio inmobiliario al inventario y la salvaguardia de los yacimientos culturales del país) puesto que quiero proseguir por la vía de la profundización del problema central, que atraviesa tanto la esfera de la *deregulation* de la economía como los verdaderos «planes de trabajo» de iniciativa directamente estatal: a saber, la restricción de las posibilidades reproductivas para una franja muy amplia de la población.

Los jóvenes (mujeres y hombres, se entiende) caracterizan ya, de manera amplia, el rostro de la inactividad-desempleo y, en particular, de la de larga duración (en la actualidad se reconoce ya oficialmente que, de los jóvenes entre 20 y 30 años, más del 30 por 100 está desempleado desde hace más de tres años)[6].

En particular las mujeres han sido, en el desempleo de la década de 1980, los sujetos más castigados. Mientras que su oferta de fuerza de trabajo no ha dejado de crecer, el porcentaje de solicitudes de empleo que se quedaron sin satisfacer fue en 1982 del 14,9 por 100, en 1983 del 16,2 por 100 y en 1984 del 17,1 por 100[7]. En este mismo año, dos veces y media el porcentaje masculino. De nuevo con respecto a las mujeres, se registra además una preocupante inversión de la tendencia en la relación entre búsqueda del primer empleo y pérdida del puesto de trabajo. De hecho, mientras que en los años anteriores, dentro del porcentaje de desempleadas, las mujeres en busca de su primer empleo constituían sin duda la parte más importante, ahora, en cambio, aumentan de forma vertiginosa las que han perdido el puesto de trabajo[8].

De igual modo, en el futuro inmediato, a jóvenes, mujeres en particular y ancianos se les contrata declaradamente como aquellos sujetos a los que más se puede penalizar en la obtención de renta. Resulta significativo que, mientras se sigue contando en diferentes sentidos[9] con el aumento de la oferta de trabajo de las mujeres, su salida laboral parece cada vez más perjudicada entre otras cosas por el redimensionamiento del papel del terciario (antes su ámbito privilegiado de empleo) en relación con la capacidad de absorción de la mano de obra expulsada de los sectores primario y secundario. Por lo tanto, a las mujeres se les pide más que nunca trabajar en condiciones de precariedad y bajo salario.

Hay que poner, pues, en evidencia algunas cuestiones.

a) Ante todo, el progresivo vaciamiento de la problemática igualdad entre hombre y mujer en el trabajo, y esto en la medida en que se da el pistoletazo de salida a los despidos masivos, así como a estratificaciones asaz profundas de la renta entre unos hombres y otros, y no sólo, pues, entre hombres y mujeres, de manera equivalente a como ha sucedido en Estados Unidos, y se dedican investigaciones a las alarmantes dimensiones de la pobreza[10], a la vez que, en el zócalo duro de la misma, pa-

---

[6] *Piano del lavoro,* cit., p. 27.

[7] Datos del ISTAT publicados por el Ceres, marzo de 1985. Además, en los datos del ISTAT relativos a los meses de enero, constan 1.384.000 mujeres en busca de trabajo, un récord absoluto para la década de 1980. También la tasa de desempleo es la más alta registrada en los últimos años: 17,4 por 100 frente a un 7,2 por 100 de la tasa masculina. Disminuyen además las empleadas: 6.589.000 frente a las 6.675.000 de 1984. Para más observaciones sobre la evolución de la fuerza de trabajo femenina, véase el *XIII rapporto Censis sulla situazione sociale del paese 1984,* Milán, Angeli, 1985, pp. 235-245. Además, el artículo de I. Wheeler, «La difficile parità elettronica», publicado en *SE Scienza Esperienza* 22 (1985), p. 7, informa de la interesante investigación (concluida en su primera parte) desarrollada por Renata Livraghi y Paola Manacorda sobre los posibles efectos de las nuevas tecnologías en las condiciones de trabajo de las mujeres en Italia.

[8] Datos del ISTAT publicados por el Ceres en marzo de 1985: en 1981, perdieron su anterior empleo el 1,5 por 100 de las mujeres, frente al 1,2 por 100 de los hombres; en 1982, el 2,5 frente al 1,4; en 1983, el 3,1 frente al 1,9. Para una recopilación reciente de artículos en materia de oferta de trabajo consúltese además M. Schenkel (ed.), *L'offerta di lavoro in Italia. Problemi di rilevazione, valutazione, costruzione di modelli di comportamento,* Venecia, Marsilio, 1984.

[9] Nos referimos nuevamente al *Piano di lavoro,* en particular a las pp. 27-28, donde, entre los elementos que contribuyen a una estimación diferente para el inmediato futuro del empleo de la fuerza de trabajo femenina, se señalan los cambios en los comportamientos demográficos de las mujeres: en particular, la caída de los índices de fertilidad, con el consiguiente debilitamiento de los lazos que un índice más alto implicaba. Ahora bien, es sabido que, en estos años, las transformaciones en el comportamiento demográfico no han supuesto, sin duda, un paso de muchos a pocos hijos, sino, por lo general, del hijo único a ninguno. De hecho, incluso una estudiosa de la fecundidad como N. Federici, ya en 1980 (*Inchiesta* 45 [980], p. 14), se inclinaba por una bajada ulterior de la fecundidad por debajo del nivel de sustitución. No podemos dejar de observar, por lo tanto, que la «decisión» de no tener hijos, decisión la mayoría de las veces impuesta por la imposibilidad de acumular trabajo externo y maternidad en las condiciones dadas, se ha dado simplemente por supuesta como «nueva característica» de la fuerza de trabajo femenina.

[10] Tanto en Estados Unidos, como en Alemania, las mujeres aparecen como el sujeto emergente de la pobreza. Para el caso de Alemania, contiene algunas previsiones al respecto la reseña «Deutschland

rece plantearse con decidida tenacidad el problema de qué políticas laborales –y más directamente sociales– pueden contribuir a un aumento de la renta a escala de masas y cómo exigirlas. Y esto prescindiendo de un problema viejo pero siempre actual: a quién debe considerarse igual una mujer cuando acepta un sólo salario por dos trabajos.

b) Contar, en términos aún más explícitos que en los años anteriores, con la mujer como elemento débil del mercado, determinada a la vez a tener un dinero propio, pero por ello mismo involucrable en una búsqueda continua de trabajos temporales y con salarios bajos, atestigua, también por parte de los gestores de la «salida de la crisis», un interés muy reducido por su función procreadora-reproductora de nueva fuerza de trabajo, así como por su función de principal responsable del funcionamiento de una familia. De hecho, el «tiempo parcial» del trabajo externo femenino pudo contribuir, en otro tiempo, al desarrollo familiar en la medida en que se combinaba con una asunción en primera instancia de la responsabilidad financiera por parte de un hombre que tenía un puesto de trabajo fijo y un salario bastante alto. Viejo esquema, éste, de la familia en el periodo del desarrollo. Más recientemente, en la década de 1970, este «tiempo parcial» pudo contribuir al desarrollo familiar en la medida en que, al ofrecer la descentralización una posibilidad extendida de trabajo y, por lo tanto, de renta, se inscribía en ese funcionamiento particular de la familia que se definió como composición de la renta-regulación de la oferta[11]. De forma menos jerárquica y más elástica, la familia ofrecía al mercado esos sujetos que, en el momento considerado, tenían mayores posibilidades de encontrar trabajo, garantizando al mismo tiempo la subsistencia de todos. Pero, también en este caso, el «tiempo parcial» del trabajo femenino pudo funcionar (acompañado por regla general por una asunción en primera instancia de las responsabilidades domésticas) en tanto que el mercado, en efecto, presentaba una posibilidad de trabajo en un ámbito más articulado y extendido.

En la actualidad, en cambio, el desempleo y la precarización masivos y progresivos del lado masculino y femenino frustran esta posibilidad, volviendo altamente improbable la figura de la trabajadora externa/esposa/madre. Las políticas que estamos considerando nos llevan más bien a estimar que, a día de hoy, no existe ningún interés en estimular una reactivación de la natalidad. En el fondo, se tiene la impresión de que, llegados a la fatídica fecha de 1991, que marcaría la entrada en el mercado de la última franja del denominado *baby-boom* generado entre 1959 y 1976[12], se lanza un suspiro de alivio: es decir, no habrá más contingentes de nuevos jóvenes que emplear, vistos los cambios en los comportamientos demográficos de las mujeres[13]. Por lo cual, podríamos también observar que los actuales arrebatos antiabortistas de fuerzas políticas dominantes no están inspirados –tal como sucedía en el pasado– por un interés real en estimular una reactivación de la natalidad, sino que tienen claramente una pura función disciplinadora de las mujeres y de ratificación de la alianza con las jerarquías eclesiásticas.

Es verdad que se hace cada vez más macroscópico el problema del envejecimiento de la población, pero, aparte de las catastróficas previsiones sobre el hundimiento del sistema de pensiones[14], este problema parece por el momento más fácil de afrontar (a través del reciclaje de los ancianos con una vida más larga infrapagada y con el voluntariado) que el de un aumento de las dimensiones de la población a través de una eventual reactivación del índice de natalidad.

Por otro lado, la conciencia de las peculiares características del trabajo procreador/reproductor, continua simbiosis de trabajo manual y trabajo intelectual, con una elevada profesionalidad, dirigido a la redefinición continua del proyecto familiar, obliga de nuevo a destacar un problema que concierne a un ámbito de consideraciones más cualitativo que cuantitativo. En primer lugar, quisiera decir que estoy en desacuerdo con la terminología que sustituye la distinción entre trabajo doméstico y trabajo extradoméstico por la distinción entre trabajo familiar y trabajo profesional.

Mientras que, a decir verdad, la profesionalidad del trabajo doméstico que nos concierne a todas es indudable[15], la profesionalidad del trabajo extradomés-

under alles» (traducida [al italiano] por Sergio Bologna en *Il Manifesto* del 4 de mayo de 1985), del libro de S. Leibfried y F. Tennstedt, *Politik der Armut und die Spaltung des Sozialstaats,* Fráncfort, Suhrkamp, 1985. Para el caso italiano, la investigación realizada por la Comisión sobre la pobreza creada por la presidencia del consejo de ministros demuestra que el 53 por 100 del total de pobres lo constituyen mujeres.

[11] La bibliografía en este sentido es ya muy amplia. Nos parece, en todo caso, que hay que citar ante todo el trabajo de M. Paci, *Famiglia e mercato del lavoro in un'economia periferica,* Milán, Angeli, 1980.

[12] *Piano del lavoro,* cit., p. 25. No obstante, hay que precisar que también en Italia la tendencia a la caída de la natalidad, en correlación con lo que sucede en muchos países de capitalismo avanzado, experimenta una brusca aceleración ya a partir de 1964. Esto es lo que destacábamos al intentar interpretar, junto a esto, otra serie de transformaciones demográficas en nuestro «Percorsi femminili e politica della riproduzione della forza-lavoro negli anni '70», cit.

[13] *Piano del lavoro,* cit., p. 32.

[14] A este respecto, hay que señalar sin duda la investigación realizada por la Banca d'Italia-Imi-Ina (a cargo de G. Carucci, F. Frasca, G. Palladino, F. Pietrobono), *Crisi finanziaria del sistema pensionistico e alcune linee di intervento per un riassetto della previdenza pensionistica,* divulgada como documento a ciclostil en marzo de 1985.

[15] Me permito no sólo remitir a los análisis y reivindicaciones formulados en la época del Movimiento Feminista de la década de 1970, que denunciaban claramente cuánto aprendizaje se daba entre madre e hija de cara a formarse en las distintas tareas del ama de casa e interiorizar el papel doméstico, sino que remito también, por respeto a la historia, a ese conjunto de iniciativas e instituciones que desa-

tico de muchas es muy aleatoria. Aclarado esto, el problema al que aludíamos hace unas líneas se refiere a la compatibilidad –esta vez cualitativa– entre trabajo doméstico y trabajo extradoméstico. El hecho es que las mujeres con familia han mostrado una gran disponibilidad al trabajo a tiempo parcial y a ciertos tipos de trabajo ejecutivos, incluso monótonos, en la medida en que precisamente estos trabajos eran más conciliables con un gran dispendio de energías en la proyectualidad doméstica. Pero si, como ahora se plantea, la energía de las mujeres debe quedar absorbida en una medida cada vez mayor por la continua búsqueda de trabajo, porque el que se tiene es temporal, se alterna con periodos de no trabajo, etc., en mayor grado a falta de una renta masculina con la que combinarlo, esto se traduce en una total incompatibilidad del trabajo externo femenino con una responsabilidad familiar. No hay duda de que resulta aún más dramática la condición de aquellas mujeres que, tras haber perdido el puesto de trabajo por despido, tal como está sucediendo cada vez más, no consiguen encontrar otro después. De cualquier manera, numerosos parecen ser los indicios que apuntan a la inexistencia de una política seria de apoyo por parte del Estado a la reproducción proletaria, ni bajo forma familiar, ni a-familiar. ¿Alguna analogía con la «no» política efectiva de la familia en el ámbito proletario en Estados Unidos, cuando, además, todas las declaraciones presidenciales sobre el orden familiar están en realidad dirigidas a la clase media? Da por pensar que, tal como he dicho en otras ocasiones, si en la profusión de bibliografía sobre la maternidad de estos últimos años se dijese también hasta qué punto ésta tiende a convertirse de manera cada vez más clara en un bien de lujo, se habría creado menos mistificación política sobre la cuestión.

c) Desde un punto de vista feminista, no es ilegítimo haber examinado un primer orden de consecuencias relativas a la compatibilidad/incompatiblidad entre trabajo externo y familia. Precisamente porque somos conscientes de que la tensión por salir de esta obligación de «compatibilidad» es un momento de lucha y no de aceptación de una reducción de posibilidades, no podemos asumir que la mera «imposibilidad» objetiva de tener una familia (en la mayoría de los casos junto a la imposibilidad de tener alternativas apetecibles) tenga una impronta feminista.

rrolló el Estado en Estados Unidos desde principios de siglo y durante las décadas de 1920 y 1930, para enseñar el trabajo doméstico a las mujeres y para instruir en el oficio de progenitor. Las iniciativas estatales vinieron acompañadas de una dedicación enorme al tema por parte de todas las ciencias sociales con una función en absoluto secundaria. Cfr. sobre esto, de la que escribe, *Famiglia, welfare e stato tra progressismo e New Deal,* Milán, Angeli, 1983 [ed. cast.: «Familia, políticas de bienestar y Estado entre progresismo y *New Deal*», en este mismo volumen]. Resulta aún más iluminador el hecho de que en todas las universidades japonesas existan, en la actualidad, *facultades de economía doméstica.*

Por el contrario, en cuanto tensión, como momento de lucha, surgieron, en estos años, trayectorias, órdenes de vida, diferentes de la familia[16], que pretendían liberar una identidad femenina de la dimensión de trabajo, es decir, procreadora-reproductora. Sin embargo, en el nuevo marco, hasta estas otras vías se han visto en gran medida interrumpidas, obstruidas. En las investigaciones que desarrollamos al respecto[17], se desprendía que estas elecciones, estos órdenes diferentes, que con frecuencia se sostenían gracias a la decisión de vivir sola, sólo eran posibles si se había alcanzado un cierto techo de renta. No importaba tanto la estabilidad del puesto de trabajo como una flexibilidad de la renta que permitiese alcanzar ciertos umbrales. Junto a esto, importaba sin duda también el tipo de trabajo y la ciudad en la que se vivía. En la actualidad, las políticas de reducción de la renta y la generalización de su profunda discontinuidad en el curso de la vida socavan incluso trayectorias subjetivas en las que las mujeres han intentado construir procesos de individualidad y niveles de comunidad fuera del sometimiento familiar.

Es posible entrever otros problemas de no menor importancia en el hecho de que, habiendo entrado la institución familiar en gran medida en crisis por razones objetivas y subjetivas debatidas en el pasado reciente (no es casual que la caída de la nupcialidad representase en la década de 1970 el elemento más dinámico del panorama demográfico, incluso con respecto a la propia caída de la natalidad)[18], en la mayor parte de los casos, ésta no constituye ni siquiera un frente en el que replegarse. Es decir, la institución familiar ya no es tan tranquila y, más allá de todas las consideraciones sobre si merece la pena, ya no parece tan posible objetivamente que las mujeres con menores posibilidades de salida laboral se replieguen en ella para «desperdiciarse» dentro del matrimonio.

[16] M. Dalla Costa, «Percorsi femminili e politica della riproduzione della forza-lavoro negli anni '70», cit.

[17] Me refiero al estudio realizado dentro de la investigación «Familia y reestructuración del mercado de trabajo en Italia y Estados Unidos en las décadas de 1970 y 1980», desarrollada en el marco de el área de políticas comparadas en el Instituto de Ciencias Políticas y Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas de Padua. En la investigación colaboraron, del lado italiano, además de quien esto escribe, Marina Schenkel, Silvana Sartori, Rosa Bidoli, Luana Zanella y Anna Pederzini.

[18] Cfr. A. Pinnelli, «L'infanzia tra demografia e politica sociale», en Censis, *Quindicinale di note e commenti* XIV, 300 (1978), pp. 788 ss., donde, entre otras interesantes observaciones, destaca que, «[e]n conclusión, el aspecto más dinámico de la evolución demográfica reciente parece ser el de la reducción de la nupcialidad, con los indudables efectos que esto tiene en la disminución de la natalidad y, probablemente, en la creación de formas de convivencia no legalizadas y en el aumento de la ilegitimidad» (pp. 281-282). Sobre la relación entre mujer y fecundidad, sigue siendo una obra fundamental el libro de M. Livi Bacci, *A History of Italian Fertility During the Last Two Centuries,* Princeton, Princeton University Press, 1977 [ed. it.: *Donna, fecondità e figli. Due secoli di storia demografica italiana,* Bolonia, Il Mulino, 1980]. De fecha más reciente, véase N. Federici, *Procreazione, famiglia, lavoro della donna,* Turín, Loescher, 1984.

d) Por otro lado, hay que señalar que, para mujeres y jóvenes, en su conjunto, la propia movilidad excesiva que acompaña esta redefinición del mercado hace aún más difícil ese algo de relación con el trabajo (nos parecería excesivo utilizar el término «identificación», ya en desuso entre la mayoría) que hay que construirse pese a todo para conseguir soportarlo. Incluso en los tiempos de la reestructuración informática[19], a escala de masas, el trabajo es tan ínfimamente gratificante bajo todos los aspectos (interés, retribución, etc.) que no es baladí el esfuerzo que hace falta para construirse una relación con él. Por lo tanto, si la preocupación gubernamental declarada en varios lugares y que contribuye a motivar aún más las políticas de *«riregulation»* del sector «en negro» es que éste, en tanto que ámbito extralegal pero obligado de subsistencia, constituye un terreno de cultura antagonista, no parece que tal preocupación deba considerarse infundada en el contexto de una excesiva movilidad. De hecho, si el trabajo tiene hoy más que nunca una función disciplinadora, de vehiculización de la relación con el Estado, una excesiva movilidad prepara, por el contrario, para prescindir de la idea de que se llegará en algún momento a tener una situación laboral definida, contribuyendo con ello al desapego hacia el trabajo como momento de algún modo central[20] de la propia existencia y, por lo tanto, frustrando la misma función disciplinadora que se querría que éste desempeñase. El mantenimiento de las modalidades de prestación laboral dentro de un horizonte de miseria contrasta no sólo con las potencialidades negadas de un horizonte de riqueza, sino con los objetivos que este mantenimiento se fija.

Entre otras cosas, el sacrificio que se le pide hoy al joven y a la joven en términos de movilidad, precariedad y bajos salarios no tiene ninguna relación con un «premio» mañana. Al sentido que tenía el sacrificio juvenil para las generaciones anteriores (trabajar duro y en condiciones desfavorables en el presente para crearse algún tipo de seguridad en el futuro), le corresponde un sinsentido para las generaciones que son jóvenes hoy. No se prevé ningún «premio» futuro.

e) Unas observaciones más respecto a la lógica que rige el reflotamiento del sector en negro y la instauración de una serie de mecanismos que impiden el doble trabajo y, en particular, que la persona receptora de ayudas tenga algún ingreso oculto.

---

[19] P. Manacorda subraya, en *Lavoro e intelligenza nell'età microelettronica,* Milán, Feltrinelli, 1984, la falta de fundamentos de la idea de que el trabajo en la era de la informática tiende a hacerse más intelectual o más creativo.

[20] También a este respecto evitamos a propósito hablar de trabajo como valor, puesto que nos parece ya suficientemente amplia la bibliografía sobre el no valor del trabajo. Apunta muchos buenos motivos para no inscribirlo entre los valores A. Accornero en *Il lavoro come ideologia,* Bolonia, Il Mulino, 1980. Ya ha llovido mucho desde la época en que suscitaba escándalo aceptar la validez de su rechazo.

Hay que recordar, a este respecto, que los mecanismos asistenciales siempre han funcionado a condición de que se complementaran de manera más o menos oculta con un esfuerzo continuo dirigido a la búsqueda y mantenimiento de un trabajo en negro. Por lo tanto, probablemente la instauración de mecanismos de investigación que apuntan a la total transparencia y controlabilidad del mercado no sea la política ideal para «reducir» el problema del desempleo en una fase caracterizada por la falta de políticas expansivas de peso en el campo del empleo regulado[21]. Es verdad, en efecto, que, de este modo, podrían figurar menos desempleados en las cifras, pero el desempleo, al aumentar las penalizaciones sobre los niveles de renta alcanzables, podría en verdad estallar como problema social, aunque no estadístico, en mucha mayor medida que ahora.

Y, en cualquier caso, una actitud persecutoria hacia el segundo trabajo resulta absurda. De hecho, es frecuente que se afronten a través de segundos trabajos los habituales pagos «extra» de la familia o del individuo, pagos que es muy difícil que estén incluidos en la gestión de un salario corriente. Aún menos en la gestión de un salario recortado como los que se perciben hoy. Es como pretender que se ignora cuál es el nivel de renta que en realidad hace falta para vivir y cuál es el nivel de los salarios.

2. Un segundo elemento que, a mi juicio, merece la pena aislar en la descripción del panorama actual es la cuestión de los «contratos de solidaridad». Cuestión controvertida en muchos sentidos, sobre todo en el jurídico[22], puesto que, por primera vez, los trabajadores y trabajadoras se ven obligados a aceptar en virtud de una negociación colectiva no una mejora de su condición, sino un empeoramiento, nada menos que un recorte salarial.

---

[21] P. Manacorda, *Lavoro e intelligenza nell'età microelettronica,* cit., al afirmar que en la actualidad nos encontramos en un cuello de botella, ofrece una imagen perfecta para representar que, cualquiera que sea la amplitud que alcance en el futuro el empleo, hoy lo que vivimos sobre todo es el desempleo. Para el futuro, elimina sin embargo muchas ilusiones R. Morese en «35 ore. Le prospettive e i mutamenti necessari» (*Quaderni di rassegna sindacale* 108/109 [1984], p. 36), cuando, remitiéndose a una investigación de la Unnia publicada en *Industria e sindacato* 4/5 (1982), menciona que la relación entre puestos de trabajo perdidos a causa de la robotización y puestos de trabajo creados para la fabricación de robots es de 9 a 1. Pero, añade, ninguna investigación asegura que se coloque a los ocho restantes en otras actividades. Cfr. asimismo el artículo de L. Berti, «Verso una società del non lavoro», publicado en *Azimut* 12 (1984), donde el autor explica, entre otras cuestiones, que, mientras se mantenga la actual organización de la producción y la actual estructura del consumo, el problema del desempleo de masas seguirá sin solución.

[22] Esto era lo que se desprendía, entre otros lugares, en el Congreso celebrado este año en Milán, organizado por Magistratura Democratica [Judicatura Democrática] y *Lavoro '80* y titulado «Prospettive di superamento della Cassa integrazione guadagni» [Perspectivas de superación de la Cassa Integrazione Guadagni o CIG: para conocer más de esta institución, véase «Trayectorias femeninas y políticas de reproducción de la fuerza de trabajo en la década de 1970», p. 113 *(N. de la T.)*]. La ponencia introductoria de Mario Fezzi apareció publicada en *Azimut* 15 (1985). Las actas del congreso están a punto de publicarse íntegramente en el cuaderno 4 de *Lavoro '80.*

Hay que precisar, entre otras cosas, que la idea de los contratos de solidaridad no ha nacido ni mucho menos en Francia con los correspondientes *«contrats de solidarité»* de 1982. En la época de la gran crisis de 1929, ya el presidente Hoover propuso como remedio al desempleo que los empleados aceptasen una reducción de jornada y una reducción correspondiente de salario en beneficio de quienes no tenían trabajo[23]. La solución ofrecida se correspondía con esa minimización del problema que caracterizó toda su administración y marcó su derrota. La idea, tal como venimos diciendo desde el principio, tiene, pues, poco de nuevo y muy poca coherencia con la cuestión que querría ayudar a resolver. No obstante, en Italia, este instrumento, en sus primeras formulaciones, se concibió como alternativa a la *Cassa Integrazione Guadagni* de «cero» horas.

A propósito de estos contratos, hay que destacar, ante todo, que, a la par que suponen una serie de costes para el trabajador (no sólo el recorte salarial inmediato, sino también las consecuencias negativas en el cálculo de las mensualidades adicionales, en la liquidación por interrupción de la relación laboral y en el cálculo de la retribución que cotiza para la jubilación), existe todo un arco de intervenciones estatales (desde correr con el 50 por 100 del coste de la retribución pagada por la empresa por las horas reducidas hasta «compensaciones» varias no mejor definidas en el caso de que la empresa considere la operación en su conjunto desventajosa) que protegen mucho más a la contraparte.

Pero la función que, bien mirado, se presenta a mi juicio como función principal de este tipo de contratos es la de constituir una sonda o experimentos-piloto, si cabe llamarlos así, para la reestructuración en un sentido mucho más flexible del esquema horario de las empresas y del mapa del empleo. De hecho, tal como se reconoce explícitamente, la aplicación de estos contratos comporta con frecuencia la «necesidad de una reorganización general del sistema de horarios y turnos de las empresas, en la que cabe introducir regímenes de horario individuales y, allí donde es posible, también prestaciones a tiempo parcial»[24]. Se acuerdan turnos adicionales (el sábado o turnos de noche, o bien, en el sector químico, la introducción de un quinto turno), descansos rotativos, disponibilidad para las horas extra y también horarios flexibles por semana o estación, así como, en algunos casos, eliminación

[23] Menciona esta propuesta junto con las demás medidas que caracterizaron la administración Hoover A. M. Schlesinger Jr., *The Age of Roosevelt I. The Crisis of the Old Order, 1919-1933,* Boston, Houghton Mifflin Co., 1957 [ed. it.: *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* Bolonia, Il Mulino, 1959].

[24] L. Bellardi y E. Pisani (ed.), «Rassegna della contrattazione. Gli "accordi di solidarietà", 1983-1984», en *Economia e lavoro,* año XVIII, 3 (1984), p. 150; véase además R. Morese, «35 ore. Le prospettive e i mutamenti necessari», cit.

del descanso retribuido o exclusión de algunos trabajadores del servicio de comedor[25]. Numerosos acuerdos prevén además la conversión del trabajo de jornada completa en una relación a tiempo parcial.

Por lo tanto, en realidad, a través de la aplicación de la reducción de jornada prevista por estos contratos, se elevan los niveles de productividad y se modifican profundamente los regímenes horarios, desvinculándolos del marco de referencia de la jornada biosocial en nombre de una nueva jornada laboral empresarial.

¿Hasta qué punto constituye todo esto ya una experimentación significativa de lo que sucedería a una escala más generalizada con las 35 horas? Por otro lado, mientras que la relación entre contratos de solidaridad y soluciones de empleo parece muy lábil, empieza en cambio a resaltar con más claridad su significado en relación con la formulación del nuevo régimen de 35 horas en torno al cual se concentra todo el debate institucional.

> Dadas las circunstancias, la mejor manera de estimular y preparar esta perspectiva [de las 35 horas] es a partir de la acumulación de experiencias concretas de reducción de jornada realizadas desde las empresas. La difusión de los contratos de solidaridad, la plena implementación de las reducciones de jornada previstas por los contratos, la realización de nuevas reducciones de jornada, así como la extensión de los contratos a tiempo parcial, pueden contribuir, en su conjunto, a construir un mosaico de referencia para llegar a soluciones generalizadas del problema.
>
> En esta dirección hay que orientar el esfuerzo de la organización por la reactivación de la negociación empresarial. De hecho, de ésta nos interesa más la calidad de los contenidos que la cantidad de programas elaborados[26].

También aquí, desde un punto de vista de mujeres, es decir, de sujetos particularmente expuestos a pagar en primera persona el deterioro de las condiciones reproductivas de la fuerza de trabajo, hay que precisar algunas cosas. En la medida en que se señala que las distintas formas de reducción de jornada son soluciones que responden a exigencias procedentes de abajo, es decir, que responden a esa reivindicación de mayor flexibilidad de horario querida ante todo por las mujeres, se impone hablar claro. Una mayor flexibilización de la jornada que retira los descansos, que obliga a los turnos de noche, a las horas extra, a un sistema de turnos aún más

[25] L. Bellardi y E. Pisani (ed.), «Rassegna della contrattazione. Gli "accordi di solidarietà", 1983-1984», cit.

[26] R. Morese, «35 ore. Le prospettive e i mutamenti necessari», cit., p. 39; cfr. también P. Tagliazucchi, «Esperienze di riduzione d'orario in Europa», en *Quaderni di rassegna sindacale* 108-109 (1984), pp. 52-62 y M. Bordini, *35 ore e anche meno,* Roma, Alfamedia, 1984, en particular, pp. 71 ss.

«desordenado», todo ello además inserto en el marco de una reducción salarial, va en la dirección contraria a la deseada por las mujeres. Una mayor flexibilidad que respondiera a las exigencias expresadas desde el lado femenino se inscribiría ante todo en un mayor respeto de lo que se ha definido como la esfera de la reproducción y, por lo tanto, ante todo, en un mayor respeto de los ritmos biosociales de la vida. Ya en la primera época del Movimiento Feminista de la década de 1970, las mujeres denunciaron a propósito de la cuestión de los turnos que, si él trabajaba de noche y ella de día, casi nunca se encontraban. Y la cuestión de la mayor flexibilidad no preveía desde luego una renuncia salarial con respecto a niveles cuya escasez y cuyo carácter discriminatorio en diversos aspectos eran ya reconocidos de manera unánime.

3. Un tercer elemento sobre el que se hacen también necesarias algunas observaciones es la relación que se instaura entre trabajo por cuenta ajena y trabajo autónomo y las políticas del Estado al respecto.

Es sabido, y hasta lo menciona el Plan del Trabajo, la nueva extensión que ha alcanzado el trabajo autónomo, dentro del cual se inscribe también el trabajo bajo forma cooperativa. Ante las grandes expulsiones de los tradicionales polos de empleo (principalmente industriales) y la menor capacidad de absorción por parte del terciario, se venía dando desde hace tiempo un esfuerzo, por parte de los jóvenes en particular, en la dirección de inventarse un trabajo. Las virtudes de este esfuerzo fueron múltiples. Incluyeron la creación, a través de cooperativas autogestionadas, de modalidades y de un entorno de relaciones más adecuado a la propia identidad. Hubo también grupos de amas de casa o de mujeres que habían probado el trabajo externo que ensayaron este camino como forma de autofinanciación. Estas iniciativas autónomas tuvieron que cerrar en muchísimos casos a falta de ayudas para la financiación y del peso de la *fiscal drag* [sangría fiscal]. Ésta que, junto a la variante del trabajo dependiente (del empresario privado o del Estado), podría constituir realmente una posibilidad para muchos, choca con dos obstáculos precisos: una inercia estatal contra cualquier reconsideración de las cargas fiscales aplicables a las rentas bajas (más allá de algunas promesas de futuro) y la falta de financiación para quienes sólo tienen «ideas» y quieren poner en marcha una actividad. Y esto a pesar de la ideología del premio a las ideas y a la iniciativa típica de la era de la informática. Es decir, del lado estatal, se lamenta y se dramatiza el problema del desempleo, se prometen «planes de trabajo» (un breve instante de alivio para el momento), se culpabiliza al asistido y se le intenta controlar aún más conforme a los cánones clásicos de las políticas asistenciales, pero no se hace nada por favorecer la invención por cuenta propia del trabajo o, mejor dicho, la actividad autónoma por parte de quienes no cuentan de antemano con un capital. En lugar de ello, se ha creado una sensibilidad particular hacia el tema del voluntariado, promovido desde grandes

ámbitos políticos y considerado ya parte integrante del sistema de bienestar, sin que nadie en los debates al respecto plantee el problema más evidente, a saber, el de la repercusión del voluntariado sobre el nivel de los salarios. Es bastante sabido que el voluntariado induce una baja de los salarios, por lo menos en los sectores en los que entra en competencia con el trabajo asalariado. Me parece, pues, que también esta política, de estímulo del denominado sector social privado[27], se inscribe dentro de una voluntad general de redefinición de un mapa del empleo de salarios bajos y de obstrucción de eventuales iniciativas de actividades autónomas, incluso en los intersticios laborales donde se van a dar pese a todo.

En términos más generales, pues, el discurso que se impone de flexibilización general del mercado de trabajo, de mayor precarización dentro de un horizonte de reducción salarial, en lugar de ir en la dirección perseguida por los movimientos y las luchas de los años anteriores, que aspiraban a construir un nuevo espacio para la reproducción de sí no simplemente como fuerza de trabajo sino en tanto individuos sociales, avanza a mi juicio en la dirección contraria. Tanto por la inexistencia de un puesto fijo ya sea para el hombre o para la mujer, como por una división no rígida de los trabajos en trabajos de hombre y de mujer, puede haber una gran inclinación (el derecho a cambiar ha sido también una exigencia en particular del Movimiento Feminista y de los jóvenes), siempre que, y esto es fundamental, el conjunto se inscriba en un contexto de mayor riqueza en circulación y disponible para todos. Si no existe esta garantía, de nuevo «de masas», generalizada, la libertad para cambiar es únicamente la del capital. Es decir, si hay alguna reivindicación que se plantee como central dentro de esta «revolución tecnológica», señalada de manera unánime a raíz del desempleo y de la necesidad de mayor flexibilización, es la de la protección y la cobertura en el cambio. Sólo en estos términos puede abordarse una discusión que no dé por descontado que el apoyo estatal a los nuevos movimientos de «libertad del capital» debe pasar de forma ineluctable por la supresión de porciones de libertad humana tan duramente conquistadas. Ante todo, no podemos callar ante el ataque general a las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo que se está desplegando en la actualidad, no podemos ignorar que jóvenes y mujeres (así como ancianos) son los sujetos afectados en primera instancia por este ataque y, en lugar de ello, señalar a estas últimas como inventoras ideales de soluciones dentro de una abundancia de recursos disponibles (en verdad difícil de delimitar).

[27] Con esta denominación designan algunas áreas sociológicas el voluntariado. Alternativamente, se utiliza el término tercera dimensión o tercer sector. Sin duda, este último corre el riesgo de fáciles confusiones con el significado que tiene «tercer sector» en las ciencias económicas, es decir, de designación del terciario. Por otro lado, sector «social privado» y «tercera dimensión» son denominaciones llenas de ambigüedades. El término voluntariado proporciona desde luego la formulación más clara.

Si se ha creado una *igualdad mayor*[28] entre hombre y mujer, esto ha tenido lugar, de manera análoga a cómo ha ocurrido en Estados Unidos, dentro de un *empeoramiento de las condiciones de ambos*. Éste es el problema político a partir del cual retomar la discusión. Como es lógico, yo he privilegiado el tema salarial y de los niveles de renta porque, frente a un debate oficialmente desplegado, en su totalidad, sobre el empleo/reducción de jornada, me parece que, en realidad, éste, viejo, sobre el coste del trabajo sigue siendo el pilar subterráneo que sostiene aquél. Y que asedia, obsesivamente, una argumentación que, partiendo de una voluntad muy distinta de garantía de los niveles de renta, querría abordar aspectos bien diferentes, relativos a las modalidades y finalidades globales del desarrollo y a la relación vida/trabajo, en otras palabras, a una «reproducción humana» finalmente liberada de la miseria de la civilización del trabajo.

---

[28] La «nueva igualdad» entre hombre y mujer constituyó uno de los temas centrales del congreso «Women and Structural Transformation. The Crisis of Work and Family Life» [Mujeres y transformación estructural. La crisis del trabajo y de la vida familiar], celebrado en la Rutgers University, New Brunswick, Nueva Jersey, Estados Unidos, el 18 y el 19 de noviembre de 1983. En este congreso, estaba fuera de dudas que la nueva igualdad de la que se discutía partía de las condiciones de trabajo y vida peores.

6 Familia, políticas de bienestar y Estado entre Progresismo y *New Deal**

Introducción

La intención del presente trabajo es empezar a llenar un vacío que distintos autores han lamentado en la literatura sobre el *New Deal:* aquel relativo a la relación mujeres-Estado y, por lo tanto, al papel que la familia y el trabajo femenino adoptaron en el proyecto rooseveltiano. Estimamos que es importante empezar a precisar la argumentación sobre estos temas para conseguir perfilar mejor la relación Estado-reproducción social, tal como empezó a prefigurarse en Estados Unidos en la década de 1930.

Mucho se ha escrito sobre la transformación del papel del Estado y sobre la institución de la *collective bargaining* [negociación colectiva] como nueva forma de

---

* M. Dalla Costa, *Famiglia, welfare e stato tra Progressismo e New Deal,* Milán, FrancoAngeli, [1983] 1997.

ADVERTENCIA: Este trabajo se ha servido de numerosos momentos de discusión y confrontación: con Maurizio Vaudaga sobre algunos aspectos de la sindicalización; con Peppino Ortoleva, en particular, sobre el progresismo y sobre el movimiento de desempleados y, en general, sobre todos los temas tratados, con Sara Volterra para la jurisprudencia y la legislación; con Marina Schenkel y Hilary Creek para algunos aspectos de la oferta de trabajo. Bruno Cartosio me ha proporcionado importantes indicaciones. Silvia Federici y George Caffentzis, con los que he trabajado en Nueva York, han seguido, como siempre, enviándome valiosísimos consejos, correcciones y materiales incluso a mi regreso. Otros han contribuido de manera sistemática al inicio y la prosecución de este trabajo, posibilitándome una verificación y una confrontación constantes: Maria Ghidelli, Valeria Fusetti, Dario De Bortoli, Julian Bees, Tino Costa y Nino Capodaglio, así como M. G. y A. M., a los que, aún respetando su deseo de anonimato, reitero mi profunda gratitud. Dedico a todos ellos mi más sincero agradecimiento, disculpándome desde ahora porque puede que no haya sido una intérprete adecuada de las sugerencias recibidas.

gestión de la relación de clase y se han dedicado igualmente estudios a la función propulsora que el gasto público puede desempeñar para el relanzamiento del desarrollo. Pero, a nuestro juicio, hay que poner también en evidencia que, a través de la política del *New Deal,* se infiltró una operación amplia y articulada, dirigida a una reorganización de la reproducción de la fuerza de trabajo, que el intento gubernamental de planificación pretendió integrar y funcionalizar de manera más puntual en relación con las modalidades de desarrollo; por consiguiente, el nuevo papel que adopta el gasto público responde también a una exigencia de inversión en capital humano para aumentar la productividad del trabajo.

Encuentran así respuesta en el *New Deal* necesidades ya expresadas en la segunda mitad del siglo XIX y en parte materializadas en el periodo prebélico por la política del fordismo. Necesidades que subrayan la centralidad de la inversión en capital humano de cara al incremento de la productividad del trabajo. Se puede sin duda captar una correspondencia entre las recomendaciones que hace Alfred Marshall (*Principles of Economics,* 1890) de invertir en la clase obrera y la política de los cinco dólares de Ford, así como los criterios inspiradores de las medidas recogidas en la *Social Security Act* [Ley de Seguridad Social] de 1935. Aunque harían falta las luchas de la década de 1930 para *generalizar esa conciencia del valor de los recursos humanos* expresada en el periodo precedente por los elementos más avanzados del capital.

Nuevo papel del Estado en relación con la economía, aceptación del déficit presupuestario, ampliación del gasto público para sostener la demanda –la combinación de estos tres elementos sólo podía funcionar de elemento propulsor del desarrollo si el consumo obrero pasaba a través de un arco de actividades adecuadas para garantizar la formación de una clase obrera en forma desde el punto de vista físico, disciplinada desde el punto de vista psíquico y, sobre todo, en condiciones de aceptar ritmos más intensos de trabajo.

Lo que hay que poner en evidencia de inmediato es que todas las iniciativas en este sentido giran, en todo caso, en torno al fortalecimiento de la familia, donde el trabajo doméstico femenino es el medio primario para que la renta suministrada por el Estado o el salario se traduzcan en una mayor productividad de la fuerza de trabajo. Reproducir hijos y marido requiere ahora, pues, saber desempeñar un arco complejo de tareas de un modo que hasta hace poco tiempo no se exigía. Saber preparar una *balanced meal* [comida equilibrada] no representa sino una de las tareas materiales más importantes del trabajo doméstico. Pero, junto al ama de casa, el propio Estado crea directamente iniciativas para contribuir a la mejora de la fuerza de trabajo. Por poner apenas un ejemplo, los programas de *free lunches* [almuerzos gratuitos] en los colegios responden a la preocupación por dotar a las nuevas generaciones de un nivel de rendimiento físico que permita superar lo antes posible el *impasse* de la *depression generation* [generación de la Depresión]. La atención cada

vez mayor que las ciencias sociales dedican a temas como el hogar, la dieta, la sexualidad, la natalidad, la salud, la educación, el descanso y la diversión remite siempre a esta necesidad central de una ciencia adecuada de la reproducción para una posibilidad efectiva de planificación productiva y social.

El otro aspecto de la intervención estatal se refiere, es sabido, a la función de asistencia-seguridad social. Aquí no se trata sólo de elevar el grado de restablecimiento físico de la fuerza de trabajo, sino de asegurarle una subsistencia con independencia de las perturbaciones inducidas por el ciclo productivo en las posibilidades ocupacionales. Y con independencia de la posibilidad subjetiva (invalidez, ancianidad) de la misma para estar empleada. Con este sistema de medidas se persigue un nuevo orden económico y social, pero el ejercicio de estas nuevas funciones asistenciales-aseguradoras presupone en todo caso la centralidad de la familia y del trabajo de la mujer en su seno.

Podemos, por lo tanto, afirmar que, si bien el *New Deal* representa el primer pacto global entre Estado y clase obrera con el que se garantiza a la clase un cierto nivel y una cierta seguridad reproductiva a cambio de un aumento de la productividad del trabajo, no obstante, la eficacia de tal pacto pasa ante todo por la reorganización de la familia y por la intensificación del trabajo doméstico de la mujer. Y el propio trabajo femenino extradoméstico, en los ámbitos y en los porcentajes aceptados, contribuirá durante la depresión a la subsistencia y cohesión de la familia.

En tanto modelo de pacto social, el *New Deal* siguió siendo la directriz de toda la política del periodo posbélico hasta la política kennediana de la *New Frontier* [nueva frontera] (inversión en educación, universidad de masas de cara a desarrollar el potencial científico-tecnológico de la nación después del suceso del Sputnik soviético) y, sobre todo, de la política johnsoniana de la «*War on Poverty*» [guerra contra la pobreza] y de la «*Great Society*» [gran sociedad] después de las revueltas en los guetos.

A lo largo de la década de 1970, asistimos al fin histórico del *New Deal* y de los planes de desarrollo que se habían inspirado en él también en otros países. En nombre de la lucha contra la inflación, el estancamiento del desarrollo económico y la merma de los beneficios, la actual administración reaganiana ha aprobado una serie de medidas que parecen llevar el reloj a los tiempos de Hoover. El desmantelamiento del gasto público destinado a la asistencia social ha provocado, en efecto, recortes en las prestaciones sociales, la atención sanitaria a personas sin recursos y mayores de 65 años, los almuerzos escolares, las ayudas para la vivienda para personas con rentas bajas y los préstamos a estudiantes. Con ocasión de los últimos presupuestos generales del Estado (1983), se ha empezado a atacar incluso la considerada vaca sagrada del *New Deal,* a saber, la *Social Security* como pensión social. En nombre del *laissez faire* y de la *supply side economics,* es decir, de la reducción del gasto público en asistencia-seguridad social a la vez que se bajan los impuestos sobre la industria de cara a la incentivación de las inversiones, se ha atacado la tesis

principal del *New Deal,* a saber, que el Estado debía responsabilizarse de la reproducción social. Negando así que la intervención gubernamental en la reproducción dé como resultado un incremento de la productividad del trabajo. Ésta es la premisa principal, aunque nunca declarada explícitamente, de la política reaganiana de recortes del gasto destinado a las políticas de bienestar.

Hasta los lemas repiten hoy temas liberales-hooverianos: hay que incentivar la caridad privada, trabajo hay, basta con buscarlo, si la gente está desempleada es sólo porque no quiere adaptarse a los bajos salarios. ¿Retorno a Hoover, pues? No, aunque las referencias sean muchas, empezando por la situación económica del país, que cuenta, como en los tiempos de la Gran Depresión, con 13 millones de desempleados y una situación general de pobreza en expansión.

La política reaganiana de reducción del gasto público destinado a la asistencia-seguridad social, mientras se fomentan los gastos destinados a armamento, no es una política de coyuntura, sino la expresión de un giro que se pretende histórico en la relación capital-clase obrera, es decir, en la forma de la acumulación y del pacto sobre el que ésta se basa. Tal política viene acompañada de una reconversión industrial a enorme escala dirigida a desmantelar el tipo de recomposición política que se había dado durante la década de 1960, también a través de las luchas en el terreno de las políticas de bienestar. Resulta indudable que las luchas de las *welfare mothers* [madres que viven de las prestaciones sociales] tuvieron un papel importante en este sentido y funcionaron de indicador para las luchas globales del movimiento de mujeres contra una reproducción hecha de trabajo doméstico gratuito y subalternidad. Detrás de la reivindicación salarial representada entre otras cosas por la propia presión en el terreno de las políticas de bienestar o en el mercado de trabajo, había una sustracción de las mujeres del trabajo gratuito y del disciplinamiento familiar y, con ello, un socavamiento precisamente de ese ser medio y garantía del resultado productivo con respecto a las inversiones en el terreno de la reproducción. No es, pues, casual que el tan difundido absentismo-desinterés obrero hacia el trabajo, la tendencia obrera a jubilarse cada vez antes, a cambiar con frecuencia de trabajo, llevase a los economistas ya a mediados de la década de 1970 a hablar de «feminización» de los comportamientos de los obreros varones. Las luchas de las mujeres en lo social, esto es, en el ámbito de la reproducción, en las décadas de 1960 y 1970 fueron sin duda un factor importante de ruptura del equilibrio entre producción y reproducción sobre el que se había fundado el programa keynesiano. El aumento continuo a lo largo de la década de 1970 de las *female headed families* [familias encabezadas por mujeres] y del número de divorcios, la caída demográfica y otros fenómenos correlativos por la tendencia que representaban no eran sino los indicios más inmediatamente evidentes de la desaparición de los presupuestos sobre los que se había basado el propio ciclo de desarrollo posbélico.

Hoy en día, se ha llegado ya sin mayor alboroto a un reconocimiento general en los círculos políticos y económicos de que las formas de «seguridad social» puestas en marcha por el *New Deal* han ido provocando poco a poco un estallido de las expectativas que ya no es compatible con la productividad y competitividad del capital estadounidense. A decir verdad, la reconversión industrial que la política reaganiana pone en marcha no encuentra obstáculos reales. En su centro está el fin de la producción industrial en masa y, con él, el fin de un cierto tipo de clase obrera y de estructura salarial. En la actualidad, en Estados Unidos, los sectores pujantes del desarrollo económico del periodo posbélico (automóvil, acero, goma, construcción), que fueron los productores no sólo de bienes de masa, sino de un salario de masas que se había hecho homogéneo para amplias capas de la población, están viviendo una crisis-declive histórica. Esos sectores manufactureros se ven sustituidos por un aparato productivo (y salarial) en *pirámide,* que tiene en su vértice a los sectores de alta tecnología *(high tech):* sector energético, informática y también biogenética; y, en su base, al *mare magnum* del sector servicios, donde una gran parte está representada por los *servicios de reproducción* (restauración, atención médica, industria del cuerpo) que salen del hogar y ofrecen de forma asalariada algunas tareas del trabajo doméstico. Junto a éstos, hay un amplio sector de «trabajo negro industrial», del textil a la electrónica, desempeñado por ilegales y mujeres.

Recortes del gasto público destinado a la reproducción, *absentismo* programado del Estado en la planificación en este ámbito y reconversión industrial están estrechamente ligados. La reproducción se deja, por así decirlo, a la «libre iniciativa», en el sentido de que cada uno carga de forma individual con esta responsabilidad fuera de cualquier dimensión social. A pesar de la retórica reaganiana sobre la familia, no se hace una política familiar. Emblemática, a este respecto, *la crisis de la vivienda* y de la construcción en general. Hoy en día se da por sentado que el *«american dream»* [sueño americano], es decir, la *propiedad de una vivienda* a escala de masas, ya no es posible. Asistimos a una verdadera congelación de *las inversiones gubernamentales en la reproducción obrera:* se acabaron los *free lunches*[**], la leche gratis para los niños y muchísimas otras medidas de apoyo a la reproducción. El desempleo de

[**] Los *free lunches,* o almuerzos gratuitos, fueron una práctica extendida en Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX, por la cual los salones regalaban un almuerzo a cambio de la primera bebida. El neoliberalismo convertiría esta expresión en símbolo del déficit presupuestario, señalando mediante la acuñación de la frase «There Ain't No Such Thing As A Free Lunch», que no existe algo como un almuerzo gratuito y remachando que en consecuencia una persona o una sociedad no pueden nunca obtener algo sin dar algo a cambio: incluso si algo parece gratuito siempre hay un coste para la persona o para la sociedad en su conjunto, aunque ese coste pueda estar oculto o distribuido. La teoría neoliberal apuesta porque ese coste recaiga en el individuo. *[N. de la T.]*

masas es el presupuesto para una contracción de las expectativas de mujeres y hombres abocados a una durísima competencia en el mercado de trabajo. La nueva estructura salarial no sólo contempla diferencias mucho más profundas que crean nuevas divisiones en el ámbito de la clase obrera, sino que prevé también una desaceleración general del tren de vida. Y la reindustrialización de Estados Unidos propugnada por el ala liberal-democrática de la clase dirigente estadounidense (izquierda, sindicatos, ciertos sectores del Partido Demócrata) no parece en realidad en condiciones de ofrecer ninguna alternativa capitalista a la devaluación de masas de la clase obrera.

Producción en masa y nuevo orden familiar urbano

La crisis de 1929 registra por primera vez en Estados Unidos la ruptura de la relación entre empleo y desempleo tal como se venía dando con anterioridad, abriendo con ello en términos nuevos el propio problema de la reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, tal ruptura no les parecería definitiva a los capitalistas estadounidenses y al Estado rooseveltiano, que marcharían hacia la guerra con la ilusión de una solución no transitoria al problema del empleo. Pero más allá de la absorción que se producirá durante el periodo bélico, el desempleo se revelará un hecho endémico de la economía estadounidense.

En todo caso, con la crisis de 1929, con el estallido imprevisto de un desempleo de masas, entra también en crisis esa «generalidad» de la reproducción de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, esa «generalidad» de la estructura familiar, alcanzada por primera vez con el Acuerdo general sobre los salarios de 1914[1].

[1] Para consideraciones sistemáticas sobre la función del Acuerdo general sobre los salarios, véase: B. Coriat, *L'atelier et le chronomètre. Essai sur le taylorisme, le fordisme et la production de masse,* París, Bourgois, 1979 [ed. it.: *La fabbrica e il cronometro, saggio sulla produzione di massa,* Feltrinelli, Milán, 1979, en particular pp. 54 ss.; ed. cast.: *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa,* Madrid, Siglo XXI, 1982]. Además, H. Beynon, *Working for Ford,* Penguin Books, Nueva York, 1973 [ed. it.: *Lavorare per Ford,* Turín, Musolini, 1975]; y A. Nevins, *Ford. The Times, the Man, the Company,* Nueva York, Scribner, 1954. Si 1914 es el año del famoso acuerdo sobre los salarios, hay que recordar también que, en 1913, año de introducción de la cadena de montaje semoviente, el ritmo de abandono del puesto de trabajo por parte de los obreros era tal que, tal como declaraba un estrecho colaborador de Ford, «para sumar 100 obreros al personal de fábrica era necesario contratar 963». Véase sobre esto y para otras valiosas indicaciones la «Introduzione» [Introducción] de P. Ortoleva a H. Ford, *La mia vita e la mia opera,* Milán, La Salamandra, 1980. Véase además la «Introduzione» de P. Bairati a H. Ford, *Autobiografia,* editado por S. Crowther, Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 1982.

En tal acuerdo, con la fijación de 5 dólares por ocho horas de trabajo diario, Ford definía también de forma indirecta la cantidad y la calidad de trabajo doméstico indispensables para sostener la productividad del trabajo de fábrica.

Entre 1914 y 1924, se interrumpirían los grandes flujos inmigratorios, ante todo como respuesta a las luchas obreras que se desarrollaron en particular en la primera década del siglo y a la actividad militante de los IWW *[Industrial Workers of the World]*[2], desvaneciéndose así la posibilidad de ese uso salvaje de la inmigración que había caracterizado el periodo anterior del desarrollo productivo. Cada vez en mayor medida, la reproducción cuantitativa y cualitativa de la fuerza de trabajo sería un problema que había que resolver dentro de la patria.

El Acuerdo general sobre los salarios marca la aceptación de que, para sostener el trabajo de los sectores más racionalizados, hace falta una familia obrera[3] basada, por un lado, en un salario masculino estable y fuerte, es decir, capaz de mantener una mujer y una casa[4], y, por otro lado, en la existencia de la propia mujer, el ama de casa de clase obrera, cuya tarea debe pasar a ser, de forma cada vez más exclusiva, la

[2] Entre todo el material publicado en Italia hay que señalar ante todo los numerosos artículos aparecidos en la revista *Primo Maggio:* S. Tait, «Alle origini del movimento comunista negli Stati Uniti. Louis Fraina teorico dell'azione di massa»; B. Cartosio, «Note e documenti sugli Industrial Workers of the World» y G. Buonfino, «Il muschio non cresce sui sassi che rotolano. Grafica e propaganda IWW» 1 (julio-septiembre de 1973); P. Ortoleva, «Classe operaia e potere politico in Usa (1860-1920)» 3/4 (1974); B. Cartosio, «Storie e storici di operai americani» 11 (1977) y «Mosca 1921. Una intervista a "Big Bill" Haywood», que contiene: (a) «Nostra intervista a Haywood, Segret. Generale dell'IWW sulla situazione operaia negli Stati Uniti» y (b) N. Vecchi, «Il pensiero di Haywood, Segretario Generale dell'IWW sulla rivoluzione russa»; y S. Ghetti, «Gli IWW e la ristrutturazione del capitale negli anni venti» 16 (1982); B. Cartosio, «Gli emigrati italiani e l'IWW» 18 (1982). Además, P. Ortoleva, «Industrial Workers of the World», en P. Bairati (ed.), *Storia del Nord America. Il mondo contemporaneo,* Florencia, La Nuova Italia, 1979, pp. 147-156. G. Bock, P. Carpignano y B. Ramirez, *La formazione dell'operaio-massa negli Usa, 1898-1922,* Milán, Feltrinelli, 1976; K. Allsop, *Hard Travellin' - The Hobo and His History,* Londres, Hodder and Stoughton, 1967 [ed. it.: *Ribelli vagabondi nell'America dell'ultima frontiera,* Bari, Laterza, 1969].

[3] Sobre la relación entre fordismo y familia, véase G. Bock y B. Duden, «Arbeit aus Liebe - Liebe als Arbeit. Zur Entstehung der Hausarbeit im Kapitalismus», en *Frauen und Wissenschaft,* Berlín, Courage Verlag, 1977; así como G. Bock, «L' "altro" movimento operaio negli Stati Uniti» y P. Carpignano, «Immigrazione e degradazione» (en particular, pp. 218-221), en G. Bock, P. Carpignano, B. Ramirez, *La formazione dell'operaio-massa negli Usa, 1898-1922,* cit. Para algunas observaciones en general sobre la relación entre descualificación de la fuerza de trabajo y reproducción familiar y social, véase también R. M. Titmuss, *Essays on «The Welfare State»* [1958], Boston, Beacon, 1969, capítulo 6, pp. 104-118.

[4] Los propios industriales declaraban abiertamente que creían en la estabilidad de la vivienda como respuesta a la inestabilidad social de aquellos años. «Haced que inviertan sus ahorros en casas para que se hagan suyas. Entonces no se sublevarán ni harán huelga», P. Carpignano, «Immigrazione e degradazione», cit., p. 221.

producción y reproducción de la fuerza de trabajo, frente al conjunto de funciones productivas de bienes para el autoconsumo y para el consumo externo que habían caracterizado el trabajo de la mujer en los periodos anteriores.

Es importante subrayar a este propósito no sólo que el nivel del nuevo salario fordiano expresaba ya una tensión capitalista por garantizar los costes de reproducción del trabajo obrero[5], sino que este aumento venía a su vez acompañado de un aparato de control sobre la gestión familiar de la reproducción misma. Los *Five Dollars Day* [5 dólares por día], de los que *no* disfrutaban los obreros con menos de seis meses de antigüedad, los jóvenes menores de 21 años ni las mujeres, se presentaban incluso como una «prima» a la que se podía no tener derecho o que se podía perder por llevar una vida poco moral o poco higiénica (las malas compañías, peleas en la familia, inminencia de divorcio o tener ya estipulado el divorcio, consumo de tabaco, alcohol, afición al juego, etc.). Tal como observara ya H. Beynon[6], esta época marca el inicio de la cooperación entre expertos de formación universitaria (sociólogos, psicólogos, psicotécnicos) y hombres de negocios. Ford se vale de un «departamento de sociología» y de un cuerpo de inspectores y controladores con el deber de entrar en las casas de los obreros e investigar sus vidas y *cómo gastan el sueldo*. La «prima» de los 5 dólares por día, de hecho, se podía retirar en el caso de obreros cuya conducta hiciera que este nivel salarial se considerara más un obstáculo que un incentivo a la honradez[7].

Las mujeres, lo hemos visto, no entraban entre los beneficiarios de los 5 dólares por día. De acuerdo con las expectativas declaradas de Ford, deberían haberse casado. El salario fordiano, de hecho, presuponía que su gestión estaría en manos de ese ama de casa que la producción industrial de bienes de uso necesarios (para la reconstitución de la fuerza de trabajo) tendía a liberar cada vez más de muchas de las antiguas tareas que antes pesaban sobre sus espaldas. Ahora estos bienes de uso estaban disponibles bajo la forma de mercancías. Su adquisición, por lo tanto, ya no pasaría a través de la capacidad de la mujer de proveerlos directamente, sino a través de su capacidad de gestión del salario[8].

---

[5] Véase B. Coriat, *L'atelier et le chronomètre. Essai sur le taylorisme, le fordisme et la production de masse,* cit., en particular, pp. 52-55.

[6] *Ibid.*, p. 56.

[7] J. R. Lee, director del Departamento de Sociología, observa: «Se veía claramente que cinco dólares al día en manos de determinados hombres constituirían para ellos un serio obstáculo en el camino de la honradez y de la vida recta y les convertirían en una amenaza para toda la sociedad; así, pues, se estableció desde el principio que no podía recibir este aumento ningún hombre que no estuviese en condiciones de utilizarlo con sagacidad y prudencia» («The So-called Profit Sharing System in the Ford Plant», *Annals of the Academy of Political Sciences* XV [1916], p. 303).

[8] «Este doble proceso *–desmoronamiento de los equilibrios domésticos y producción de tipo capitalista de los bienes de uso necesarios–* está en la base de lo que se designará *con el concepto de nuevas normas del*

En el esfuerzo global de racionalización que caracterizó los inicios del siglo, la revalorización de la figura del ama de casa, en la que coincidieron industriales y sindicalistas, y, más en concreto, la *redefinición de los deberes del ama de casa,* responden a la necesidad de refundación de la institución familiar, muy debilitada en el siglo anterior como agente de reproducción social[9]. El comienzo de siglo marca el descubrimiento del trabajo doméstico como *trabajo*. Pero hasta una buena parte del propio Movimiento Feminista se ve cooptado dentro de las fuerzas que ejercen presión a favor de la valorización del trabajo doméstico. «El Movimiento por la ciencia doméstica» marca este cruce entre feminismo y reformismo. En consonancia con la racionalización de la fábrica, la racionalización del trabajo doméstico, es decir, la racionalización del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, debe tender a la maximización de los resultados con el mínimo de gastos.

Cuando, dentro del intento de americanización de las comunidades inmigrantes, las *social workers* [trabajadoras sociales] impartan esta directriz a las mujeres[10], se instaurará con ello, directamente, un método de control de los salarios obreros.

---

consumo obrero», dice B. Coriat (*L'atelier et le chronomètre. Essai sur le taylorisme, le fordisme et la production de masse,* cit.), que retoma la expresión de M. Aglietta (*Régulation et crises du capitalisme,* París, Calmann-Lévy, 1976, p. 130), y prosigue: «En suma, marcan el tránsito del dominio *de las condiciones no específicamente mercantiles a las propiamente mercantiles en la reproducción de la fuerza de trabajo*».

[9] B. Ehrenreich, D. English, «The Manufacture of Housework», *Socialist Revolution* 26 (1975), p. 6. Véase también A. Oakley, *Woman's Work,* Nueva York, Vintage Books, 1976.

[10] La más famosa fue Jane Addams. Estas mujeres, de extracción burguesa, que esperaban, tal como se observó, liberarse del culto a la domesticidad a través del trabajo de *housekeepers of the nation* [guardesas de la nación], contribuyeron a gestionar el Movimiento de la Economía del Hogar. Este movimiento, desarrollado después de 1890, introducía nuevos criterios de «limpieza, nutrición, costumbres familiares y rendimiento, sobre todo en las cocinas de las amas de casa inmigrantes, así como sobre medidas y máquinas para ahorrar trabajo en las cocinas de las familias más acomodadas, cuyas criadas se inclinaban cada vez más por el trabajo de fábrica, prefiriéndolo a la dependencia personal en los hogares» [...]. «Convertir en ciencia la educación de los niños era otra estrategia muy promovida. Los socialistas reprochaban a las feministas que su agitación militante a favor de la educación sexual y del control y la limitación de la natalidad producía un pánico que llevaría a las mujeres a perder toda confianza en los hombres y a retirar su capital –a sí mismas– del mercado matrimonial»; del lado del capital, por el contrario, el control de la natalidad podía convertirse en un poderoso instrumento de control gubernamental de la fuerza de trabajo (G. Bock, «L' "altro" movimento operaio negli Stati Uniti», cit.). Sobre la relación entre feminismo y socialismo, véase M. J. Buhle, «Women and the Socialist Party», en E. H. Altbach (ed.), *From Feminism to Liberation,* Cambridge-Londres, 1971; B. Dancis, «Socialism and Women in the United States, 1900-1917», *Socialist Revolution* 27, VI, 1 (1976) y, en fecha más reciente, M. J. Buhle, *Women and American Socialism, 1870-1920,* Urbana, Chicago y Londres, University of Illinois Press, 1981. Sobre rendimiento doméstico, véase además M. Pattison, «Scientific Management in Home-Making», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 48 (1913) y C. Perkins Gilman, *The Home. Its Work and Influence,* Urbana, University of

El esfuerzo por la americanización de las comunidades inmigrantes, hay que puntualizar sin embargo, no se llevará a cabo en todas partes con el mismo tenor. Ford, que apostaba por una americanización obligatoria de cara a una mayor productividad inmediata del obrero en la fábrica, representaba su interpretación más brutal y, por ello mismo, de menor alcance.

La actividad de los *International Institutes* se desarrollará, en cambio, junto a la de las trabajadoras sociales, en particular a partir del final de la Primera Guerra Mundial, bajo el lema de la recuperación de la *community* (tema central de las ciencias sociales y del progresismo social de tradición protestante), reelaborando su tradición cultural de cara a una incorporación menos violenta y, por lo tanto, más susceptible de resultar en una asimilación real, de las distintas comunidades étnicas a la «*real America*» [verdadera América][11].

En términos de conjunto, se puede observar que la invitación a la cientificidad en el desempeño del trabajo doméstico se resuelve en gran medida, en las primeras dos décadas del siglo, en una invitación a la *frugalidad*. Escribe en 1912 Wesley C. Mitchell, académico acreditado que se convertirá en consejero económico de Roosevelt:

> Mientras que la familia siga siendo la unidad más importante para gastar dinero, el arte de gastar estará detrás del arte de hacer dinero [...] la joven esposa afronta el trabajo doméstico con un espíritu profesional. Considera que su más elevado deber es ser buena esposa y madre. No cabe duda que ser una buena administradora forma parte de este deber; pero el aspecto humano de su relación con el marido y con los hijos tiene más importancia que el aspecto burocrático [...]. No puede separar de manera tan neta sus deberes como ser humano de aquellos como trabajadora. Por consiguiente, el trabajo doméstico no cobra una independencia objetiva en su pensamiento como ocupación en la que debería hacerse experta[12].

Illinois Press, [1903] 1972, en particular p. 5. Puntualizamos una vez más: las trabajadoras sociales procedían de ese estrato burgués medio de mujeres que, con el cambio de siglo, había vivido también un nuevo grado de escolarización y de cultura de masas. Pero, si las antiguas funciones productivas ya no eran necesarias, la nueva cultura seguía manteniéndose guetizada en un ámbito de «salón femenino». Hacer un trabajo considerado socialmente útil se tornaba, pues, una salida apetecible, aunque casi siempre gratuita, en un momento en que muchísimas mujeres, en este vacío de funciones, sufrían de histeria y de depresión. Otro resultado de la emancipación intelectual femenina fue el florecimiento de asociaciones de mujeres que con frecuencia se dedicaban a temas sociales.

[11] Véase M. Tirabassi, «Prima le donne e i bambini. Gli International Institutes e l'americanizzazione degli immigrati», en «Integrazione sociale negli Usa, ancora i vivi e i morti», *Quaderni storici* LI, 17, 3 (1982), pp. 853-880. El artículo resulta muy interesante por su esmerada exposición del papel desempeñado por los *International Institutes*.

[12] W. C. Mitchell, «The Backward Art of Spending Money», *American Economic Review* II (1912), pp. 269-281. Véase A. Marshall, *Principi di economia*, con edición de A. Campolongo, Turín, Utet,

El autor en cuestión, en concordancia con otros economistas de la época, examina con cierta complacencia cómo funciona la trampa en la que está atrapada la mujer, incentivada a trabajar sobre todo por las «relaciones humanas» que tiene con los miembros de la familia. Y esto en un momento en el que los sectores más avanzados del Movimiento Feminista[13], ya a comienzos de siglo, en años caracterizados por fuertes luchas de mujeres por el coste de la vida [*boycotts and food riots* (disturbios y revueltas por la carestía de la vida)], habían planteado la posibilidad de que la mujer viviera sin depender de un marido, con autonomía de opciones sexuales[14] y en

1972. «El capital que tiene más valor es el que se invierte en seres humanos y, de este capital, la parte más valiosa es el resultado de los cuidados y la influencia de la madre, a condición de que ella conserve sus instintos tiernos y desinteresados» (traducción de la autora a partir del original inglés: *Principles of Economics*, Londres, Macmillan, 1920). Por otro lado, con análogo tenor, ya en la década de 1870 aparecieron publicados en *The New York Times* artículos que expresaban una preocupación por separar a las mujeres de todo intento de reivindicación salarial en torno a su trabajo: «Si las mujeres quisieran que su posición de esposas tenga el honor que le atribuyen, no hablarían del valor de sus prestaciones o de rentas establecidas, sino que vivirían con su marido dentro del espíritu del voto matrimonial inglés, tomándolo "en la bonanza y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, para amarle, honrarle y obedecerle". En ello consiste ser esposa» (en «Salario a las esposas», *The New York Times*, 10 de agosto de 1876). La cita aparece reproducida en S. Federici, «The Restructuring of Social Reproduction in the United States in the '70s» (texto mecanografiado, ed. it.: «La riorganizzazione della riproduzione sociale negli Stati Uniti negli anni '70»), ponencia presentada en el congreso «Economic Policies of Female Labor in Italy and the United States», organizado por el German Marshall Fund of the United States y por el Centro de Estudios Americanos, Roma, 9-11 de diciembre de 1980. Para una comparación con las posiciones que expresaba el Movimiento Feminista en la época del artículo que mencionamos hace un instante, véase L. Gordon, *Woman's Body, Woman's Right. A Social History of Birth Control in America*, Nueva York, Grossman, 1976, donde aparece la traducción italiana de D. Stiefelmeier del artículo «Maternità volontaria», publicado en *Donna Woman Femme* (DWF) 6/7 (1978), pp. 88 ss.

[13] Sobre las diferentes posiciones en el Movimiento Feminista, véase también A. S. Kraditor, *The Ideas of the Woman Suffrage Movement. 1890-1920*, Nueva York, Anchor Books, 1971, en particular pp. 38 ss.; D. Hayden, «Two Utopian Feminists and Their Campaigns for Kitchenless Houses», *Signs* IV, 2 (1978).

[14] En 1908, la American Sociological Society dedica su congreso a los problemas de la familia y a la sanción del divorcio. Si la aspiración a una sexualidad-sentimentalidad más libre se percibe como una amenaza para la estabilidad de la institución familiar, asimismo, hasta las fuerzas más conservadoras advierten ya que el único modo de encauzar estas tensiones por un canal compatible con el buen funcionamiento de la sociedad es permitir que la propia institución tenga una nueva ductilidad y, por lo tanto, que sus miembros disfruten de una nueva movilidad. Desde esta misma perspectiva, hay que aceptar el control de la natalidad. Véase, sobre el divorcio y sobre los problemas de la familia en la época, W. O'Neill, *Divorce in the Progressive Era*, New Haven, Yale UP, 1967; E. Shorther, *The Making of the Modern Family*, Nueva York, Basic Books, 1977; y A. Calhoun, *A Social History of American Family*, Nueva York, Barnes & Noble, 1960. Agregamos: el divorcio se extendió rápidamente, mientras aumentaba la edad media de los matrimonios, caía la tasa de natalidad y se difundía asimismo la práctica del control de la natalidad.

una casa propia, sin dedicarse al sacrificio por los hijos; y en un momento en el que se había planteado también, aunque de forma esporádica, la demanda de una retribución del salario doméstico[15], ya fuera como cesión de una cuota del salario del marido, ya fuera como prestación directa concedida por el Estado.

No obstante, esta demanda no debía ser tan aislada si el diario socialista *Chicago Evening World* reproducía, allá por 1912, el siguiente documento, que subrayaba la nueva cualidad de la lucha de las mujeres:

> Las mujeres que son amas de casa no reciben un salario directamente del patrón capitalista, por consiguiente, no siempre ven su conexión con el sistema económico. Ésta es un poco indirecta, a pesar de lo cual es una conexión estrecha. Cuando el patrón compra la fuerza de trabajo del obrero, compra también la fuerza de trabajo de su mujer. Cuanto más duro es el trabajo que el hombre está llamado a realizar, más se requiere de su mujer. Un obrero que se levanta pronto por la mañana para desayunar con la luz encendida y salir a la fábrica o a la mina durante todo el día no podría desempeñar sus deberes si no contase con el fiel servicio personal y el cuidado de la mujer que le mantiene la casa. Ella se levanta a primera hora para prepararle el desayuno, empaqueta su cesta del almuerzo y le da en mano todo preparado. Hay que ahorrarle tiempo a él, es preciso conservar sus energías. Ambos pertenecen al patrón. Ella debe consumirse para ahorrarle esfuerzos a él [...] las mujeres que han obtenido un salario han sido las primeras entre los miembros del sexo femenino en despertarse con respecto a la realización de sus necesidades políticas y económicas, ya que su conexión con la estructura capitalista de la sociedad era directa y evidente. Las amas de casa se están despertando más lentamente, pero se están despertando. Empiezan a ver que el patrón capitalista de la mina y de la fábrica en realidad controla la fuerza de trabajo de la mujer en el hogar, adueñándose de su vida día a día, sin salario ni reconocimiento[16].

El Estado, es sabido, desarrolla en este periodo una imponente actividad con respecto a lo social. Con la asunción de la necesidad de inversión en capital humano, concentra su actividad reformadora fundamentalmente en mujeres y niños.

Por lo que se refiere a la escuela, las iniciativas en este sector se concentran en intentar contrarrestar el peligroso proceso de disgregación de las relaciones humanas que se advierte en particular en las áreas urbanas en proceso de expansión. Era motivo de reprobación general que la familia y la iglesia ya no representasen la función de otro tiempo y se apostaba por la escuela como nuevo centro social y educativo. En 1902 John Dewey había llevado la idea del centro social al congreso de la National Education Association, donde había sostenido que los colegios debían constituir «instrumentos para reunir a la gente, sus ideas y sus creencias, a fin de reducir las fricciones y la inestabilidad e introducir una simpatía más profunda y una comprensión más amplia».

Pensaba que la utilización de los colegios como centros sociales mejoraría la calidad de vida en las ciudades, sustituyendo, también desde el punto de vista recreativo, los bares y las salas de baile[17].

La escuela se convierte en un campo fundamental. Con respecto a las mujeres, a su trabajo, a la familia, la intervención del Estado es capilar. El Ministerio de Agricultura, junto con la Home Economics Association, envía a miles de mujeres, con o sin sueldo, para que enseñen a otras mujeres los rudimentos de la eficacia doméstica moderna.

G. Bock y B. Duden, a la vez que recuerdan que el Movimiento por la Ciencia Doméstica y su introducción en los colegios tuvieron su correlato en Alemania en la década de 1920, subrayan que las Leyes Smith-Lever y Smith-Hughes constituyeron pie-

[15] Ésta fue la reivindicación que caracterizó a principios del siglo XX la posición socialista feminista dentro del Movimiento Feminista de Crystal Eastman, que sostenía que «las mujeres que quieran trabajar en casa –o tengan necesidad de hacerlo–, deberían percibir un sueldo por este trabajo». Crystal Eastman –en «Now We Can Begin», en B. Wiesen Cook (ed.), *Crystal Eastman. On Women and Revolution,* Oxford, Oxford UP, 1978– escribe que el único modo, «por lo menos, en la sociedad capitalista», de que las mujeres alcancen «una verdadera independencia económica» es que el gobierno reconozca el trabajo doméstico como trabajo especializado y lo pague como tal. Entre 1903 y 1911, Crystal trabajó con personas que compartían esta posición política. Sin embargo, habrá que esperar a la década de 1970 para que el «Wages for Housework» [salarios para el trabajo doméstico] se convierta en una reivindicación a escala internacional, en torno a la que debatirán y tomarán postura todas las componentes del Movimiento Feminista. Véase, para algunos comentarios parciales sobre este debate, E. Malos, «Housework and the Politics of Women's Liberation», *Socialist Review* 37 (1978) [ed. it.: «Lavoro domestico e politica del movimento di liberazione delle donne», *DWF,* 12-13 (1979), pp. 30-62] y, en el mismo número de *DWF*, M. Molyneux, «Il dibattito sul lavoro domestico» [ed. or.: *New Left Review* 116 (1979), pp. 3-27]; los artículos que siguen en el número citado de *DWF* están también dedicados en su conjunto a la definición de la relación mujer-trabajo-familia. Además, para algunas indicaciones de todo lo publicado en Estados Unidos, de nuevo en relación con este debate, véase, entre las aportaciones de los primeros años de la década de 1970, todo el número de *Radical America* VII, 4/5 (1973), pp. 131-192, que documenta cómo se configuraba entonces la discusión en Italia, Reino Unido y Estados Unidos. Entre los estudios más recientes, en cambio, véase N. J. Sokoloff, *Between Money and Love. The Dialectics of Women's Home and Market Work,* Nueva York, Praeger Publishers, 1980, en particular el cap. 4: «Early Feminism. Theories of the Home», pp. 112-141.

[16] La cita está extraída de la introducción de G. Bock a la edición alemana de E. Flexner, *Hunder Jahre Kampf,* Fráncfort, Syndikat Verlag, 1978 [ed. or.: *Century of Struggle. The Women's Rights Movement in the United States,* Nueva York, 1959; traducción inglesa inédita de la introducción a la edición alemana de M. Frank y G. Bock].

[17] J. H. Spring, *Education and the Rise of the Corporate State,* Boston, Beacon Press, 1972, en particular, pp. 77-79.

dras miliares en la historia del Movimiento por la ciencia doméstica, ya que cimentaron una relación permanente entre el propio movimiento y el gobierno federal[18].

Se desarrolla una legislación referente al control de los alimentos[19]. Se dan directrices en el campo de la salud, de la higiene, de la educación, del orden familiar. Se toman medidas en el campo de las políticas de bienestar. Se promueve por primera vez un sistema de asignaciones familiares y de impuestos diferenciados en relación con la situación marital y familiar.

El Estado ya no aparece sólo como legislador, sino que ahora es también *administrador*[20], aunque la planificación social siga aún siendo sustancialmente una utopía. No se planifica lo social, puesto que, hasta el *New Deal* y, por lo tanto, hasta el intento de planificar la dinámica de clase, no se afrontará en verdad el problema, sino que se planifica en lo social. Por otra parte, en la propia conciencia capitalista, lo social sigue considerándose otra cosa con respecto a la esfera de la producción, mientras se acepta, no sin resistencias, el nuevo papel del Estado como árbitro de las relaciones sociales.

A principios de la década de 1920[21], concluye el movimiento por la americanización de los inmigrantes. La represión directa, la caza de los rojos subversivos [la *red scare* (alarma roja) de 1919 -1920], expresa la nueva actitud del capital.

---

[18] G. Bock y B. Duden, «Arbeit aus Liebe - Liebe als Arbeit. Zur Entstehung der Hausarbeit im Kapitalismus», cit. Las autoras citan a este propósito la tesis doctoral de L. M. Fritschner, *The Rise and Fall of Home Economics,* University of California Davis, 1973, p. 73.

[19] *Pure Food and Drug Act* [Ley sobre Alimentos y Fármacos Puros], 1906.

[20] Véase P. Carpignano, «Immigrazione e degradazione», cit., que subraya que el capital, antes de probar la planificación de la dinámica de clase (que se emprenderá con el *New Deal,* a raíz del empuje de las luchas del obrero-masa, en la plenitud de su desarrollo), debía descubrirse a sí mismo como uno de los términos de esta relación institucional. Y cita de R. Hofstadter, *The Age of Reform. From W. Bryan to F. D. Roosevelt,* Nueva York, Knopf, 1955, p. 163 [ed. it.: *L'età delle riforme. Da W. Bryan a F. D. Roosevelt,* Bolonia, Il Mulino, 1962]: «El progresismo fue un movimiento cuyo objetivo no era el de un cambio claro de la estructura social, sino, más bien, *la formación de una elite responsable*». Véase además de R. Hofstadter, *The Progressive Movement. 1900-1915,* Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1963. Resulta imprescindible, por supuesto, para una interpretación del periodo, la obra editada por J. R. Commons, *History of Labor in the United States. 1896-1932,* en los volúmenes III (de Don D. Lescohier y E. Brandeis) y IV (de S. Perlman y P. Taft), Nueva York, Macmillan, 1935, reeditados, respectivamente, en 1952 y 1955. Véase también para la primera década del siglo, Ph. S. Foner, *History of Labor Movement in the United States* III, Nueva York, International Publishers, 1964. Además, en P. Bairati (ed.), *Storia del Nord America. Il mondo contemporaneo,* cit., por lo que se refiere más estrictamente a los temas tratados en este capítulo: A. M. Martellone, «Immigrazione», pp. 113-130 y «Melting Pot», pp. 198-203; P. Ortoleva, «Industrial Workers of the World», cit.; A. Testi, «Progressive Era», pp. 348-367; B. Cartosio, «Movimento operaio», pp. 204-236.

[21] Buena ocasión para recordar que de 1920 es la ley sobre la prohibición del alcohol en todo Estados Unidos, con fines represivos sobre todo con respecto a los inmigrantes y a los negros. Se trata también de destruir los bares como lugares de agitación política.

> La reacción capitalista de la década de 1920, de la represión en las fábricas a la moralización social, estará por completo dirigida a restablecer una nueva «ética del trabajo», a proporcionar al obrero un *job* y no sólo una «colocación» en la industria, a reconstruir el modelo del obrero que mantiene un puesto fijo, forma parte de una industria, tiene una ocupación, es ciudadano de una comunidad y, por lo general, padre de familia [...][22].

En lo que respecta a los International Institutes, resulta significativa en este periodo la polarización de su actividad hacia las jóvenes de segunda generación y la promoción de iniciativas de socialización dirigidas a ellas. Si bien la gestión del salario y del hogar por parte de la mujer no deja de ser un tema constante del discurso, se advierte un cambio de interlocutoras y modalidades de intervención. Ahora se apunta a las hijas de las inmigrantes. Se trata, por un lado, de activarse para que el conflicto generacional entre progenitores inmigrantes e hijos sea menos explosivo y, por otro, de perseguir el nacimiento no conflictivo de la nueva figura de hija, esposa y madre americana. En el congreso de los International Institutes de 1924, ante la obligación de decidir en qué campo intervenir en el futuro, la mayoría de los institutos opta por el problema de las jóvenes de segunda generación. En 1928 la comisión creada ex profeso en 1925, a saber, la *Commission on the Study of Second Generation Girls* [Comisión sobre el Estudio de las Jóvenes de Segunda Generación], cambia de nombre y se convierte en la *Commission on First Generation Americans* [Comisión sobre las Americanas de Primera Generación]. Las motivaciones que conducen al cambio se explican en un texto: «Cuando se dice *Second Generation* se piensa en el pasado. Cuando se dice *First Generation Americans* se piensa en el futuro»[23].

Por lo que se refiere a las ciencias sociales, la *American Journal of Sociology* registró ya de 1905 a 1909 un aumento del porcentaje de estudios sobre la población (en realidad, sobre la inmigración) a un 9 por 100, desde el 1 por 100 del periodo de 1900-1904. Con el estallido del conflicto bélico en Europa, los sociólogos estadounidenses concentran el discurso sobre la necesidad de controlar la inmigración y la mayoría de ellos, negando la posibilidad de asimilación de los inmigrantes procedentes de Europa meridional y oriental, instan a la urgente restricción de la inmigración. Esto en particular en el momento de entrada de Estados Unidos en el conflicto, tal como se puede aún advertir a partir del *American Journal of Sociology,* que definía

---

[22] D. D. Lescohier y E. Brandeis, *History of Labor in the United States. 1896-1932* III, cit., p. 255. Citado también en P. Carpignano, «Immigrazione e degradazione», cit.

[23] «The Extent and Nature of So-called Second Generation Problem», IIB, box 23, citado en M. Tirabassi, «Prima le donne e i bambini. Gli International Institutes e l'americanizzazione degli immigrati», cit., p. 870.

oficialmente qué era la sociología. Otra cuestión de importancia es la total exclusión dentro de esta revista de materiales de inspiración socialista o radical que, sin embargo, encontraron acogida en otras revistas o periódicos de amplia difusión[24].

La década de 1920 es, en su conjunto, una década en la que se perfecciona la ideología de la familia. Cada vez se contrapone más, de forma sutil, la naturaleza afectiva, «desinteresada» y gratuita del trabajo de la mujer con la naturaleza cooperativista del trabajo de fábrica, un trabajo que acumula y explota saber social y se carga de potencialidad de revuelta.

Una vez más, la Gran Guerra se manifiesta como punto de inflexión para la ideología y la estructura familiar estadounidense[25]. Si antes de la guerra el ama de casa de clase media podía por regla general contar con la colaboración de empleadas domésticas y familiares, después se hace cada vez más difícil encontrar mujeres dispuestas a prestar mano de obra doméstica para terceros[26]. Tanto las familiares como las empleadas domésticas apuestan más bien por las nuevas posibilidades de empleo. Se entiende entonces que, antes de la guerra, cuando, en el ámbito de las capas medias, el ama de casa era en esencia la administradora del hogar, no resultase difícil hacer propaganda de una ideología del trabajo doméstico como auténtico trabajo. Se presuponía que su desempeño no recaía directamente sobre sus espaldas, más que en una medida muy reducida. Después de la Gran Guerra, en cambio, la propia ama de casa de clase media se ve absorbida, debido a una falta de empleadas domésticas cada vez mayor (cuyos salarios han aumentado), por la realización directa del trabajo doméstico. Administración y prestación del mismo se convierten en un todo único. Además, durante toda la década de 1920, lo que se designa como la «revolución industrial» en el hogar dista mucho de aligerar en su conjunto la carga de tareas de las que se compone este trabajo. Sí que se introducen algunas innovaciones tecnológicas, como, por citar algunas, la electrificación de la iluminación, las planchas, el gas de cocina, las lavadoras, que se difunden cada vez más en los hogares (aunque aún no

[24] Extraigo los datos arriba citados de A. Lorini, *Ingegneria umana e scienze sociali negli Usa (1890-1920),* Messina-Florencia, D'Anna, 1980, texto lleno de valiosas indicaciones para un acercamiento crítico a las ciencias sociales en el periodo considerado.

[25] R. Schwartz Cowan, «The "Industrial Revolution" in the Home: Household Technology and Social Change in the 20th Century», *Technology and Culture* XVII, 1 (1976). La autora sostiene que la denominada revolución industrial en el hogar arranca en la cocina burguesa como intento de ahorro de trabajo doméstico asalariado y no en las cocinas de las mujeres que trabajaban en el hogar y en la fábrica, a contracorriente de las tesis de la sociología funcionalista.

[26] Sobre la historia del trabajo doméstico para terceros y las transformaciones de sus tareas en relación con el proceso de modernización, industrialización y urbanización, es interesante el trabajo de D. M. Katzman, *Seven Days a Week. Women and Domestic Service in Industrializing America,* Nueva York, Oxford UP, 1978. El texto incluye también un apéndice con rigurosas referencias bibliográficas.

tienen un ciclo automático). La propia *bathroom mania* que estalla justamente en estos años está por cierto en relación también con el uso de la electricidad en el calentamiento del agua y de las habitaciones. Del mismo modo, el uso de la electricidad en la refrigeración, en particular en los vagones de tren destinados al transporte de mercancías, haciendo afluir al mercado considerables cantidades de productos frescos, lleva a muchísimas mujeres a abandonar el trabajo de poner en conserva fruta y verdura durante el verano[27]. Se difunden en el mercado, de forma cada vez más generalizada, una serie de productos[28] que la nueva generación de amas de casa deberá conocer y aprender a comprar *por primera vez.* Pero las propias tareas de atención y crianza de los hijos y de reproducción del marido se hacen distintas y más complejas. Las funciones de socialización adquieren un peso cada vez más relevante en el propio trabajo doméstico. Por lo tanto, no es sólo que cada tarea material se deba considerar, programar, medir y coordinar con mayor ahínco aún, sino que el arco de tareas –materiales e inmateriales– de las que se compone el trabajo doméstico tiende a dilatarse cada vez más[29]. Todo ello constituye una nueva montaña de trabajo que la mujer deberá ofrecer directamente, sin recibir a cambio retribución alguna.

[27] Para las innovaciones arriba citadas, véase de nuevo R. Schwartz Cowan, «The "Industrial Revolution" in the Home: Household Technology and Social Change in the 20th Century», cit. Con todo, no deja de ser un clásico sobre el tema la obra de S. Giedion, *Mechanization Takes Command,* Oxford UP, 1948 [ed. it.: *L'era della meccanizzazione,* Milán, Feltrinelli, 1967]. Véase además Douglass C. North, *Growth and Welfare in the American Past. A New Economic History,* Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1966.

[28] Sobre la ideología política del consumo, véase S. Ewen, *The Political Ideology of Consumption,* ponencia presentada en la *URPE Conference on Marxist Approaches to History,* 24 de febrero de 1974, New Haven, Yale University (documento mecanografiado). Véase también J. Hoff Wilson, *The Twenties. The Critical Issues,* Nueva York, Little Brown & Co., 1972: «Las consecuencias de esta prosperidad no uniforme eran múltiples. Quienes no la vivían, estaban particularmente frustrados, porque ésta era la década en la que el consumo de masas o "consumismo", con todos sus tipos de ocurrencias publicitarias y de pagos a plazos, se convertía en una característica básica de la vida estadounidense. La miríada de artículos duraderos y no duraderos que apareció por primera vez después de la Primera Guerra Mundial transformó los hábitos de compra del ciudadano perteneciente a la floreciente clase media» (p. xix). Véase también G. Turnaturi, «La donna fra il pubblico e il privato. La nascita della casalinga e della consumatrice», *DWF* 12/13 (1979). Véase también A. D. Gordon, M. J. Buhle y N. E. Schrom, «Women in American Society. An Historical Contribution», *Radical America* V, 4 (1971), 2.ª edición ampliada como opúsculo de *Radical America,* 1972; la traducción italiana de esta última edición, editada por M. Cartosio, con el título «Le donne nella società americana», apareció publicada en VVAA, *Donne bianche e donne nere,* Milán, La Salamandra, 1975.

[29] Véase todo lo que dice a propósito de esta dilatación de las tareas del ama de casa E. Shorther, *The Making of the Modern Family,* cit. y R. Smuts, *Women and Work in America,* Nueva York, Schocken Books, 1974. Sobre la nueva complejidad del matrimonio, G. E. Hamilton y K. McGowan, *What is Wrong with Marriage,* Nueva York, Boni, 1929.

Por consiguiente, asistimos a un punto de inflexión decisivo en la ideología de la familia. Se enfatiza el trabajo doméstico como trabajo de amor[30] y, en correspondencia con ello, se estigmatiza como culpa su transgresión. La propia publicidad dirigida a las mujeres[31] está totalmente polarizada en este sentido. Limpiar a la perfección para destruir hasta el último germen[32] no es trabajo, sino que es tener corazón para con los propios seres queridos. No hacerlo es ser una mala mujer y una mala madre.

Por lo que se refiere a las ciencias sociales, paradójicamente, aunque en el hogar, tal como hemos visto hace un momento, avanzan una serie de innovaciones tecnológicas de importancia crucial, se atenúa, con respecto a los años precedentes, el énfasis en la importancia de la racionalización tecnológica en el ámbito doméstico. La centralidad del discurso se desplaza por completo al papel de la mujer como capacidad de dedicación y sacrificio.

---

[30] Para un análisis del intercambio que se produce en el contrato matrimonial como «trabajo de amor», véase G. F. Dalla Costa, *Un lavoro d'amore,* Roma, Edizioni delle donne, 1978, en particular el cap. I. Véase además, aunque concebido desde una óptica militante por la que escribe, *Potere femminile e sovversione sociale* (con *Il posto della donna,* de Selma James), cit., texto que analiza el trabajo doméstico, la mujer como su sujeto y la familia como lugar de producción y reproducción de la fuerza de trabajo y no sólo espacio de consumo; S. Federici y N. Cox, *Contropiano dalle cucine,* Venecia, Marsilio, 1978, que recoge la traducción de S. Federici, *Wages against Housework,* Nueva York, New York Power of Women Collective y Falling Wall Press, 1971, así como, de la misma autora junto con N. Cox, *Counterplanning from the Kitchen,* Nueva York, New York Power of Women Collective y Falling Wall Press, 1975 y *Capital and the Left,* Nueva York, New York Power of Women Collective y Falling Wall Press, 1975. Contiene valiosas indicaciones interpretativas con respecto a la subsunción del deber sexual en el trabajo doméstico S. Federici, *Sexual Work and the Struggle against it,* escrito inédito, Nueva York, 1975. Más recientemente, L. Fortunati, *L'arcano della riproduzione. Casalinghe, prostitute, operai e capitale,* Venecia, Marsilio, 1981 [ed. inglesa: *The Arcane of Reproduction,* Nueva York, Autonomedia, 1995].

[31] Resulta significativo el cambio que se puede ver en el modo de publicitar productos para el hogar por parte del *Ladies' Home Journal:* antes de la Gran Guerra, se solía representar a la señora de la casa junto a la empleada doméstica; después, aparece sólo la señora de la casa que, directamente, deberá utilizar «por el bien de sus seres queridos» este o aquel producto. Junto al destinatario del producto mismo, cambia también el lenguaje. Recordemos que tanto *Ladies' Home Journal* como *Good Housekeeping* se hicieron promotores de la traducibilidad de los principios del taylorismo en los hogares.

[32] B. Ehrenreich y D. English, en *For Her Own Good,* Nueva York, Anchor Press, 1978, dedican un capítulo a la teoría de los gérmenes, que nace en el periodo que estamos analizando. Se creía que los gérmenes presentes en el polvo eran la causa de muchas enfermedades graves, entre otras, la tuberculosis. Las autoras –entre otras cosas– califican de «cuello blanco» la nueva figura de ama de casa a la que se insta a profesionalizar su trabajo en una simbiosis continua de trabajo intelectual y trabajo manual [se retoma aquí la distinción entre *white collar* (cuello blanco) y *blue collar* (cuello azul), modos por los que se designa en el mundo anglosajón al trabajador intelectual y al trabajador manual respectivamente, haciendo referencia a sus correspondientes atuendos paradigmáticos: la camisa blanca de uno y el mono azul del otro *(N. de la T.)*].

A la par que el número de hijos de los que deben ocuparse las mujeres sigue reduciéndose (con un descenso particularmente brusco en las dos décadas que van de 1920 a 1940), la nueva atención que la psicología social prescribe que debe dedicarse a la infancia y a la adolescencia vincula a la madre a nuevas modalidades de crianza de los hijos, respecto a las cuales se sentirá a menudo culpable por haber debido transgredirlas y por no considerarse lo bastante competente[33]. John B. Watson, fundador, como es sabido, de la escuela conductista en Estados Unidos, publica en 1928 su *Psychological Care of Infant and Child* [Cuidado psicológico del bebé y del niño], destinado a convencer a las madres de la seriedad de sus deberes, un libro que, sin duda, consigue ejercer una considerable influencia. En correlación con el nuevo tesón que se exige de los progenitores, se instituyen cursos de adiestramiento para ellos, en realidad dirigidos sobre todo a las madres. Subrayamos además que algo que complica aún más las obligaciones laborales de muchísimas mujeres estadounidenses en aquellos años es el hecho de que provienen de áreas rurales. A decir verdad, en aquel periodo hay un éxodo masivo del campo a la ciudad. Por consiguiente, las mujeres recién instaladas en la ciudad se encuentran no sólo ante la novedad de tener que gestionar un hogar en un entorno por completo distinto, sino además en un entorno donde se pide un tren de vida familiar y, por lo tanto, un nivel de consumo decididamente más alto[34]. Ellas son, pues, también desde este punto de vista, las primeras responsables de ese nuevo funcionamiento que se requiere a la familia –tanto desde el punto de vista del consumo como más en general de los valores– como garantía necesaria para la adecuación de todo el tejido social a la nueva fase productiva y política que se abre a partir de la guerra. De esta necesidad de complementar la renta familiar, aunque no sólo, brota el impulso por parte de muchas mujeres de medirse también con un trabajo fuera del hogar, sin por ello quedar exentas de nuevos momentos de culpabilización. La famosa teoría de la *pin-money worker* (aquella que trabaja para cubrir sus gastos superfluos)[35] acompañará de hecho enseguida su búsqueda de tra-

---

[33] Cabe encontrar una interesante investigación sobre el papel de la juventud en las distintas fases históricas, realizada a partir de un material muy rico de primera mano, aunque centrada sobre todo en Alemania e Inglaterra, en J. R. Gillis, *I giovani e la storia,* Milán, Mondadori, 1981 [ed. or.: *Youth and History,* Nueva York, 1974], en particular, cap. 4, «Conformismo e delinquenza. L'era dell'adolescenza (1900-1950)».

[34] Contiene algunas interesantes observaciones sobre la relación entre represión política y democracia del consumo B. Cartosio, «L'ingranaggio operaio nella macchina cinema», en el volumen editado por el mismo autor, *Tute e technicolor,* Milán, Feltrinelli, 1980.

[35] Para entender con exactitud el significado de la expresión *pin-money worker,* que no tiene un equivalente adecuado en italiano, hay que tener presente que *pin* designa el alfiler que las mujeres utilizan al vestirse para cerrar un sombrero u otra prenda. Con esta expresión, se pretende señalar a la mujer que trabaja para satisfacer sus exigencias personales de lujo y no por necesidad o apuros fami-

bajo retribuido, a la vez que seguirá siendo el *leitmotiv* en los años de la Depresión, cuando la necesidad de su salario dentro de la familia se haga aún más acuciante.

Precisamos a este propósito algunas características del empleo femenino en el periodo que estamos considerando. Sólo el 5 por 100 de las mujeres empleadas a raíz de la guerra accedían al mercado de trabajo por primera vez en aquella ocasión. Para el resto, se trataba en la mayoría de los casos de traslados. Y, al final de la guerra, la sustitución en sentido contrario fue igualmente veloz. El empleo femenino, que sólo había experimentado un crecimiento significativo en la primera década del siglo, seguirá representando, a partir de 1910, alrededor de un quinto del empleo total. En 1930, las mujeres empleadas serán unas 10.600.000, frente a unos 38.000.000 de hombres.

El aspecto más relevante del empleo femenino a partir de 1910 lo constituyen, por el contrario, las variaciones porcentuales dentro de los distintos sectores. En el sector calificado de *white-collar* (sector administrativo), este porcentaje crece del 23,3 (1910) al 38,5 (1920) y al 44,0 (1930), mientras que en el sector de los servicios personales y domésticos se reduce del 31,3 (1910) al 25,6 (1920), para volver a subir después al 29,6 por 100 (1930). En el sector designado como sector de las *laborers and semiskilled operatives* (trabajadoras manuales y semicualificadas), este porcentaje desciende del 45,4 al 35,8 y, luego, al 26,5 por 100, teniendo de nuevo como referencia los tres años que acabamos de indicar. Los años que van de 1910 a la gran crisis son, pues, los años en los que se delinean los nuevos perfiles del empleo femenino, tomando una posición cada vez más destacada el sector de las *white-collars* [administrativas], que ocupará el primer puesto en 1940.

El otro aspecto peculiar del empleo femenino en el periodo que estamos considerando es aquel que se refiere a las mujeres casadas. El porcentaje de mujeres casadas empleadas, calculado en relación con el total de población femenina, experimentó un considerable incremento de 1900 a 1910, pasando del 5,6 al 10,7, pero luego apenas se modificará durante los años anteriores a la Gran Depresión. Descenderá al 9,0 en 1920, para volver a subir al 11,7 por 100 en 1930. En lo que respecta a estas mujeres, de 1910 a 1920, no destaca tanto el aumento porcentual de su empleo como el hecho de que éste se extienda sobre todo en el sector de las *white-collars,* pasando de un porcentaje del 21,5 en 1920 al 32,5 por 100 en 1930[36], cuando antes se daba más bien en los ámbitos más descualificados.

liares. Se trata, por lo tanto, de una expresión con una caracterización más egoísta que la expresión italiana «trabajar para los extras», que puede incluir la satisfacción de necesidades familiares aunque éstas no respondan a las necesidades primarias [la expresión correspondiente en castellano, «trabajar para sacarse un dinero de bolsillo», está más cerca de la caracterización egoísta de la expresión inglesa, aunque no tiene la connotación explícitamente femenina de ésta *(N. de la T.)*].

[36] Véase, para los datos arriba citados y para observaciones ulteriores, D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems,* Nueva York, McGraw-Hill Book Company, 1933 (1ª ed.), 1939 (2ª ed.), en particular pp. 347 ss.; W. H. Chafe, *The American Woman. Her Changing Social, Economic and Political Roles, 1920-1970*, Oxford, Nueva York-Londres, Oxford UP, [1972] 1974; W. D. Wandersee, *Women's Work and Family Values 1920-1940,* Cambridge-Londres, Harvard UP, 1981, pp. 89 ss; L. Wolman, *The Growth of American Trade Unions, 1880-1923,* Nueva York, Publications of the National Bureau of Economic Research 6, 1924, pp. 100-104.

Quedan todavía algunas aclaraciones que hacer con respecto a las mujeres empleadas en la industria. Durante la década de 1920, en relación con la década anterior, caracterizada por una fuerte expansión industrial, las obreras deben replegarse en luchas defensivas por el mantenimiento del puesto de trabajo y de las conquistas anteriores[37]. En cambio, de 1910 a 1920 se había asistido, en este frente, a combativas luchas que habían obtenido considerables éxitos tanto en Estados tradicionalmente progresistas (Nueva York, Massachusetts), como en el Sur. No es casual que, en ese mismo periodo, se desarrollase una serie de investigaciones estatales y federales sobre la duración excesiva de la jornada laboral de los menores y de las mujeres y, en especial, sobre el trabajo nocturno. Pero en la década de 1920, por más que quepa presuponer que un porcentaje de mujeres, aunque aún bajo, entra de forma ya irreversible en el mercado de trabajo y que la reestructuración capitalista tiende a mantener el empleo femenino contenido en los márgenes dados, la atención del Estado está más bien dirigida a la consolidación de la familia.

Dice mucho del interés estatal en el fortalecimiento del rol femenino, y materno en particular, que lleva a proveer un apoyo financiero a falta de salario masculino, la actividad que se desarrolla por parte de cada Estado como legislación referente a las *mothers' pensions* [pensiones por maternidad]. Legislación, emprendida en 1910, que llegará a extenderse a todos los Estados menos cuatro en 1930.

Esta legislación iba ante todo dirigida a asegurar a los hijos de las «viudas de bien», pero, en algunos casos, su aplicación se extendió para incluir también a los hijos de mujeres a las que el marido había abandonado, mujeres divorciadas o mujeres cuyo marido estaba en la cárcel, estaba internado por enfermedad mental o tenía una invalidez permanente. Sostuvieron el movimiento a favor de las *mothers' pensions* organizaciones de mujeres y, también, tribunales que se ocupaban de la delincuencia juvenil y habían comprobado el alto porcentaje de hijos de madres solas entre los casos que juzgaban. De manera no aislada a su desarrollo, la legislación sobre las *mothers' pensions* empieza a considerarse ya en la época un fenómeno que atestiguaba mejor que ningún otro «el despliegue indiscutible de los principios de la seguridad social en Estados Unidos»[38], con independencia de que en ella tuviesen

[37] Para ulteriores referencias a los momentos de lucha más importantes de estos dos periodos, véase el capítulo 2 de este texto.

[38] J. M. Rubinow, «Social Insurance. With Special Reference to American Conditions» [ed. orig.: Nueva York, 1913, pp. 435-436], en R. Lubove, *The Struggle for Social Security, 1900-1935,* Harvard

más peso –se observaba– las «consideraciones morales y económicas» que los criterios aseguradores.

La definición del problema tendía cada vez más a estar inscrita en una acepción de la pobreza como fenómeno extendido que no podía dejarse en manos de la caridad voluntaria.

Se sentía, en general, en el espíritu de «justicia» y «democracia» que animaba a los reformadores, la urgencia de dar el paso de la caridad privada a una responsabilidad de los Estados o, incluso, tal como pedían algunos, del gobierno federal. En correspondencia con la conciencia de los orígenes «ambientales» de la pobreza, se advertía desde más de un lugar, aunque de forma no unívoca, la necesidad, para hacerle frente, de apoyar la capacidad de movilizar el «potencial financiero, intelectual y organizativo de la comunidad, que sólo las administraciones de los Estados pueden tener, y no las entidades voluntarias». Las *mothers' pensions* nacieron junto al Board on Public Welfare [BPW, Consejo sobre el Bienestar Público], que trató justamente de desacreditar la práctica filantrópica de poner a trabajar a las entidades voluntarias e intentó redefinir las funciones asistenciales gubernamentales en un contexto industrial urbano[39]. Dos fueron los principios cardinales en torno a los que se desarrolló el debate relativo a las *mothers' pensions:* la individualización de la asistencia y la superioridad del hogar-familia. Tal superioridad debía entenderse tanto desde el punto de vista de la conveniencia económica, como desde el de la calidad de la crianza de los niños. Ya en 1909, en la Conferencia en favor de la asistencia a los niños necesitados, se había formulado un principio que se convertiría en punto de referencia de la política asistencial en este campo:

UP, 1968, p. 91. En los últimos años, algunos trabajos, empezando por el estudio de J. Weinstein, *The Corporate Ideal in the Liberal State,* Boston, Beacon Press, 1968, han analizado varias de las intervenciones legislativas de principios del siglo XX en materia de seguridad social desde la óptica del denominado *«Corporate Liberalism»* [liberalismo corporativo]: es decir, la legislación relativa a la Seguridad Social (por ejemplo, la legislación sobre las *workermen's compensations* [indemnizaciones para los trabajadores]) se considera uno de los instrumentos adoptados por el gran capital para asegurar el funcionamiento más eficaz y fluido posible de la economía capitalista.

[39] El BPW vio la luz en Kansas City, cuyo ayuntamiento constituyó en 1908 un Board of Pardons and Paroles [Consejo de indultos y libertades condicionales] entre los internos de la *workhouse* de la ciudad [literalmente, casa de trabajo: asilo de pobres en el que se debe trabajar a cambio de comida y alojamiento *(N. de la T.)*]. Al año siguiente, se convirtió en administrador de la propia *workhouse.* En 1910, sus funciones se ampliaron en gran medida hasta incluir «las obligaciones de la municipalidad para con todos los pobres, delincuentes, desempleados, para con todas las clases desafortunadas y abandonadas dentro de la comunidad, así como la supervisión de las entidades privadas que solicitaban fondos de las arcas públicas para estos fines» (L. A. Halbert, «Board of Public Welfare. A System of Government Social Work. National Conference of Social Work. Proceedings» [1918], pp. 220-221, en R. Lubove, *The Struggle for Social Security, 1900-1935,* cit., p. 94). Al cabo de unos años, el BPW se extendió a muchas otras ciudades.

> El hogar es el producto más elevado y más hermoso de la civilización [...] salvo en casos excepcionales, no se debe destruir un hogar por motivos de pobreza, sino únicamente por motivos de ineficacia o de inmoralidad.

Y el presidente Theodore Roosevelt había convenido que «la pobreza, por sí sola, no puede ser motivo para romper el orden familiar»[40].

Se formula, por lo tanto, ya en la Conferencia recién mencionada, una serie de directrices para que, en los casos en los que no sea posible mantener la proximidad entre la madre natural y el hijo, la situación se acerque lo máximo posible a un modelo similar de relación: se sugiere la adopción allí donde sea practicable y, si hay que recurrir a instituciones públicas, se recomienda construir *«cottage units»* [módulos de casitas], con no más de 25 niños por asistente, de manera que se salvaguarde la posibilidad de atención interindividual.

La familia –se remacha– sigue siendo la institución social fundamental.

Aún así, empieza también a abrirse camino entre la clase política dirigente la conciencia de que las nuevas condiciones de vida ligadas a la industrialización y al contexto urbano, en la medida en que suelen arrebatar a la familia la capacidad de hacer frente a las necesidades individuales, instan cada vez más claramente al Estado a ejercer una función de complemento de la renta familiar. La legislación de las *mothers' pensions* examinada hace un momento puede considerarse una fase muy importante de esta historia, respecto a la cual la promulgación de la *Federal Maternity Law* [Ley Federal de Maternidad], en 1921, difícilmente puede considerarse menos importante, observan G. Bock y B. Duden, que el sufragio concedido a las mujeres en 1920[41].

En la época de la producción en masa, en la medida en que la producción de la nueva fuerza de trabajo (no sólo su crianza material, sino su reproducción en el plano psíquico, su disciplinamiento y su socialización) se convierte en gozne de una relación específica entre familia y mercado de trabajo, se impone la necesidad tanto de regulación del mercado como de fortalecimiento de la familia por parte del Estado. El nuevo interés y actividad en relación con la madre y la infancia, la familia y la escuela, preludian la inminencia de una transición, en el propio terreno de la asistencia, de la intervención «residual» a la función de plan. Es decir, el nuevo perfil del Estado asistencial sólo se podrá definir en la realización de un rol gubernamental planificador que recompone y reunifica, dentro de una relación distinta, producción de mercancías y producción y re-

[40] T. Roosevelt, «Special Message to Congress. February, 15, 1909», en *Proceedings of the Conference on the Care of Dependent Children, held at Washington, DC. January 25, 26, 1909,* Washington, DC, 1909.

[41] G. Bock y B. Duden, «Arbeit aus Liebe - Liebe als Arbeit. Zur Entstehung der Hausarbeit im Kapitalismus», cit.

producción de la fuerza de trabajo. Con ello, se redefinirá la propia relación entre centralidad de la familia y, ante todo, de la mujer en su seno, mercado de trabajo y Estado.

Crisis de 1929 y disgregación de la familia

La crisis

Antes de dar algunos datos respecto del marco económico del periodo inmediatamente anterior, hay que aclarar de inmediato algunos aspectos de la crisis de 1929. La crisis –tal como subraya en su artículo Mario Gobbini–[42] es una «crisis de producción, no de superproducción, y tiene su origen en el hecho de que, mientras el sistema de fábrica, de producción en masa, se ha extendido universalmente, el consumo se ve frenado por una distribución de la renta que sigue premiando al rentista y al especulador de bolsa». Y prosigue:

> Se sigue haciendo depender la actividad económica de orientaciones que no captan la novedad de la situación del mercado mundial, el triunfo definitivo de la producción industrial y de la división internacional del trabajo que ésta ha impuesto con respecto a cualquier otra estructura productiva y organizativa.

Se calcula que, en 1932 había ya 13 millones de desempleados y en 1933 15 millones[43]. Pero el desempleo es (y conviene detenerse en ello, justamente para tener clara la profundidad del problema que se abre):

[42] M. Gobbini, «La tavola rotonda alla Norman Wait Harris Foundation», en el volumen editado por el mismo autor de J. M. Keynes, *Inediti sulla crisi,* Roma, Istituto dell'Enciclopedia italiana, 1976, p. 44. Para una interpretación política y anticipadora del debate en Italia sobre la crisis de 1929 y sobre la década de 1930, véase A. Negri, «La teoria capitalistica del '29. John M. Keynes», *Contropiano* 1 (1968), pp. 3-40; M. Tronti, «Classe operaia e sviluppo», *Contropiano* 3 (1970), pp. 465-477; VV.AA., *Operai e stato,* Milán, Feltrinelli, 1973 [ed. cast.: *Los libros de la autonomía obrera,* Madrid, Akal, 2004]. Para una interpretación de la crisis, a nuestro juicio, sigue siendo digno de mención aquí C. P. Kindleberger, *The World in Depression. 1929-1939,* Londres, Allen Lane the Penguin Press, 1973, así como, del mismo autor, «Crisi del 1929», en P. Bairati (ed.), *Storia del Nord America. Il mondo contemporaneo,* cit., pp. 46-62. Para aspectos particulares del periodo que se abre con 1929, remitimos, en cambio, a las referencias siguientes.

[43] A. M. Schlesinger Jr., *The Age of Roosevelt II. The Coming of the New Deal,* Boston, Houghton Mifflin Company, 1959 [ed. it.: *L'età di Roosevelt II. L'avvento del New Deal,* Bolonia, Il Mulino, 1963], estima que había entre 12 y 15 millones de desempleados (más de una cuarta parte del total de trabajadores estadounidenses) el día en que Roosevelt entró en funciones (p. 263).

> «Un problema mundial», no tanto y no sólo por la dimensión que alcanza, sino por las contradicciones que expresa, por el peligro que representa en relación con una evolución del sistema de fábrica que no se sostiene sobre la estratificación profesional del trabajo, sobre la división entre *skilled labour* [trabajo cualificado] y *unskilled labour* [trabajo descualificado], sino sobre una ampliación de la base productiva a la que no corresponde un nivel constante de beneficio[44].

Ford declaraba en 1926 que el 43 por 100 de las 7.782 tareas distintas que se realizaban en sus fábricas no exigían más que un día de aprendizaje, el 36 por 100 entre un día y una semana, el 6 por 100 de una a tres semanas y sólo el 15 por 100 requerían un lapso de tiempo mayor. El 85 por 100 de los trabajadores de Ford podían llegar al máximo de sus capacidades en menos de dos semanas[45].

Entre 1922 y 1929, la renta nacional creció de alrededor de 60.000 millones de dólares a cerca de 87.000 millones y, a finales de la primavera y principios del verano de 1929, el índice de la producción industrial alcanzó la cota de 126[46]. La productividad había aumentado un 43,7 por 100, a la par que se había reducido el coste comparado por unidad de trabajo. En los mismos años, la masa salarial de los obreros de la gran industria se había incrementado un 30 por 100, mientras que el beneficio (por lo que respecta a las grandes *corporations*) había crecido un 76 por 100. Al mismo tiempo, la renta se concentraba peligrosamente –y de manera irracional– en relación con las necesidades de desarrollo del sistema. En 1929, «había que atribuir al 2,3 por 100 de la población con ingresos superiores a los 10.000 dólares dos tercios de los 15.000 millones de dólares de ahorros»[47]. Mientras que, en algunos sectores de la gran industria, se había tomado el camino ya indicado por Ford de salarios suficientemente altos para mantener una familia, el resto de la población tenía un nivel de vida muy bajo. Justo antes de la crisis, todavía el 59 por 100 de la población tenía unos ingresos por debajo de los 2.000 dólares al año.

Por lo que se refiere al sector agrícola, que se había podido desarrollar en torno a la guerra a remolque de una demanda en plena expansión y con precios rentables, inmediatamente después de ésta, empezó en cambio a sufrir una contracción de la demanda

[44] M. Gobbini, «La tavola rotonda alla Norman Wait Harris Foundation», cit., p. 50.

[45] D. Guerin, *Le mouvement ouvrier aux Etats Unis,* París, Maspero, 1975 [ed. it.: *Il movimento operaio negli Stati Uniti,* Roma, Editori Riuniti, 1975, p. 75].

[46] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933* [1960], Boston, Houghton Mifflin Co., 1972, pp. 54, 251.

[47] A. M. Schlesinger Jr., *The Age of Roosevelt I. The Crisis of the Old Order, 1919-1933,* Boston, Houghton Mifflin Co., 1957 [ed. it.: *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* Bolonia, Il Mulino, 1959, p. 63].

en un entorno de precios decrecientes. Entre 1919 y 1921, la renta agrícola bruta cayó de 17.700 a 10.500 millones de dólares. En el mismo periodo, se produjo una caída del precio-índice agrícola de 215 a 124. Asimismo, los precios de la tierra se desplomaron precipitadamente en todas partes, a la par que aumentaba el peso de los impuestos y de las deudas. De 1916 a 1923, el gasto en intereses por hectárea ascendió a más del doble[48]. Entre 1919 y 1929 la renta agrícola descendió, con respecto a la nacional, del 22,9 al 12,7 por 100. Millones de agricultores tuvieron que abandonar el campo por la ciudad. La rigidez de la demanda agrícola, derivada del hecho de que los bienes que produce la agricultura los puede comprar hasta un salario de subsistencia y no influye mucho que el nivel del salario aumente después, venía acompañada de un estancamiento de la población, provocado por la interrupción de los grandes flujos inmigratorios, y por una reducción de la demanda de productos estadounidenses por parte de Europa, que después de la guerra había empezado a desarrollar notablemente su agricultura.

Hasta sectores como el minero y el textil, tradicionalmente fuertes, registraron un momento de gran *impasse* durante aquel periodo y los obreros y obreras sufrieron por entonces muchos recortes salariales. A finales de la década de 1920, los United Mine Workers [Trabajadores Mineros Unidos] se encontraban en una situación precaria. La industria carbonífera bregaba en la competencia más anárquica, encontrándose al mismo tiempo con «demasiadas minas y demasiados mineros». Por un lado, la patronal no había conseguido organizarse, por otro, «la federación obrera no había podido introducirse en algunos sectores importantes de la industria, mientras que el control de los sectores en otro tiempo organizados se le escapaba cada vez más»[49].

En esta situación se había firmado en marzo de 1924 entre los United Mine Workers y los propietarios de las minas del Norte

> un acuerdo conforme al cual se mantenían los salarios relativamente elevados del periodo bélico. Pero la mecanización de las minas no organizadas de Virginia occidental y la apertura de nuevas minas en el Sur, al permitir la explotación de mano de obra barata, hicieron insostenible la situación para los patrones que habían firmado el acuerdo de 1924. El resultado fue una reducción general de los salarios y un descenso constante del número de afiliados a la federación, que pasó de 600.000 a 150.000 miembros[50].

Por lo que respecta al sector textil, las reducciones de jornada y salario, los despidos y los consiguientes desahucios para quienes vivían en las casas de la empresa habían sido durante la década de 1920 el pan de cada día de las trabajadoras adultas y de las muchachas y muchachos a su cargo. Sin poder para negociar con fuerza sobre la cuestión de la jornada y del salario, en un periodo en el que la batalla sobre estos temas tenía dificultades para avanzar de Estado en Estado, con frecuentes sentencias por parte de los tribunales que rechazaban sus resultados positivos incluso en los pocos Estados donde los había, ésta era la clase obrera de fábrica que pagaría más duramente las consecuencias de la crisis[51].

La tradición política de los IWW, en cuyo seno habían estallado en el sector textil luchas como la de Lawrence (Massachusetts, 1912), había tocado a su fin. La gran huelga del acero de 1919 cierra el periodo[52]. Después de aquella derrota, la paz social caracteriza la industria más racionalizada. En la década de 1920 se sitúan en la vanguardia los sectores del acero, el automóvil, el material eléctrico, el petróleo y los productos químicos, en pleno desarrollo en el Norte y caracterizados también por un aumento de los salarios. Por el contrario, el Sur (a excepción de Birmingham y Montgomery, en Alabama, donde se producía acero) seguía caracterizándose por la agricultura y por industrias con bajos índices de capitalización y con salarios bajos, sobre todo fábricas textiles y de muebles. Justamente en este tipo de sectores continúan estallando luchas, para resistir a la intensificación de los ritmos, al em-

---

[48] *Ibid.*, p. 96.

[49] D. Guerin, *Il movimento operaio negli Stati Uniti*, cit., p. 64.

[50] *Ibid.*

[51] Véase, para la postura de los tribunales, E. Faulkner Baker, *Technology and Woman's Work*, Nueva York, Columbia UP, 1964, en particular la parte V, capítulo XXI, sobre la legislación de protección de las mujeres. «Las estimaciones de lo que deberían ser los salarios mínimos "para la salud y el decoro" rondaban entre 1.080 y 2.080 dólares al año, mientras que la media de los salarios no se elevó en ninguna fase de la década por encima de los 1.500 dólares. Y muchos estaban por debajo de la media. En 1922, la paga media por hora para un tejedor en Alabama era de 25 céntimos y, para una tejedora, de 17 céntimos. Tampoco se puede decir, por cierto, que una parte del trabajo estuviese compensada con mayor tiempo libre después. La semana laboral media se mantuvo en torno a las 50 horas y en algunas industrias era más larga. Incluso a finales de la década, decenas de miles de obreros del acero trabajaban siete días a la semana y miles de ellos trabajaban 84 horas a la semana. En las industrias textiles del Sur, mujeres y niños trabajaban entre 54, 60 y 74 horas a la semana. Los directivos se mostraban por lo general hostiles a la semana laboral de cinco días. "Sólo hay una cosa que alimente más el radicalismo del obrero que la infelicidad: la ociosidad", decía el presidente de la National Association of Manufacturers [Asociación Nacional de Fabricantes] en 1929» (A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933*, cit., p. 103).

[52] William Z. Foster y Elisabeth G. Flynn son los dos miembros de los IWW bajo cuyo liderazgo los obreros del acero, divididos en decenas de diminutos sindicatos de oficio, intentarán superar los límites organizativos de esta estructura en su sector de actuación, en particular durante la guerra a raíz de la racionalización productiva. Se harán pronto líderes del partido comunista en reciente formación. Véase E. G. Flynn, *The Rebel Girl. An Autobiography. My First Life (1906-1926)*, Nueva York, International Publisher Co., 1973 [ed. it.: *La ribelle. Fra sindacalismo rivoluzionario e comunismo, la vita di una militante americana*, Milán, La Salamandra, 1976]. Sobre la huelga de 1919, véase también C. E. Warne (edición y prólogo), *The Steel Strike of 1919. Problems in American Civilization*, Boston, D. C. Heath and Co., 1963.

peoramiento de las condiciones de trabajo y a los intentos de bajar los salarios[53]. Los propios esfuerzos de la Women's Trade Union League [WTUL, Liga de Sindicatos de Mujeres], dirigidos también a apoyar a las trabajadoras del sector de la confección[54] y a sustraer de las jornadas ilimitadas y de los salarios irrisorios[55] a las

[53] G. P. Rawick, «Anni venti. Lorre operaie Usa», en VVAA, *Operai e stato,* cit., cuando menciona a este respecto las huelgas de Loray en Tennessee, de Danville y Gastonia en Carolina del Norte y de Passaic en Nueva Jersey, precisa que el Partido Comunista pudo desempeñar un papel importante en ellas porque la AFL no era proclive a intentar organizar en sindicatos a obreros apenas cualificados y emplazados en regiones atrasadas. Mientras que en el Sur los sectores como el del textil, el de la confección o el de los bienes de consumo menos caros contrataban sobre todo obreros blancos, en el Norte contrataban a mujeres. Sobre la relación entre mujeres y sindicato, resultan fundamentales las obras de A. Henry, *The Trade Union Woman,* Nueva York-Londres, D. Appleton and Co., 1915 y *Women and the Labor Movement,* Nueva York, George H. Doran Co., 1923. Sobre la relación entre Movimiento Feminista y mujeres trabajadoras, además del libro de A. S. Kraditor, *The Ideas of the Woman Suffrage Movement. 1890-1920,* cit., véase, editado y prologado por la misma autora, *Up from Pedestal. Selected Writings in the History of American Feminism,* Chicago, Quadrangle Books, 1968; también W. O'Neill, *Everyone was Brave. A History of Feminism in America,* Chicago, Quadrangle Books, 1971; y H. Marot, *American Labor Union, by a Member,* Nueva York, H. Holt and Co., 1915. Sobre la experiencia de fábrica de las primeras décadas del siglo XX, bien documentada por las propias trabajadoras, por los reformadores sociales y por las mujeres de clase media que se interesaron por el tema, además de las obras citadas a lo largo del texto, véanse: D. Richardson, *The Long Day. The Story of a New York Working Girl as Told by Herself,* Nueva York, The Century Co., 1905; E. Dean Bullock, *Selected Articles on the Employment of Women,* Minneapolis, The H. W. Wilson Co., 1911; G. Hughes, *Mothers in Industry. Wage Earning by Mothers in Philadelphia,* Nueva York, New Republic Inc., 1925; en particular sobre la experiencia de las asistentes sociales: A. Davis, *Spearheads of Reform,* Nueva York, Oxford UP, 1967. Y, por último, para un panorama sobre el empleo femenino, J. Hill, *Women in Gainful Occupations, 1870-1920. A Study of the Trend,* Washington, U.S. Government Printing Office, 1929.

[54] En este sector, la Women's Trade Union League actuaba junto con las International Ladies Garment Workers [ILGW, Trabajadoras Textiles Internacionales], cuya base chocaba con frecuencia con un grupo dirigente aliado de la burocracia de la AFL. Para una historia de la WTUL, véase G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America* [1942], Nueva York, AMS Press, 1968.

[55] Para una historia de la evolución del salario femenino en la industria, aunque sólo hasta antes de la década de 1920, véase también E. J. Hutchinson, *Women's Wages. A Study of the Wages of Industrial Women and Measures Suggested to Increase Them* [1919], Nueva York, AMS, 1968. E. Faulkner Baker, *Technology and Woman's Work,* cit., nos informa de que las primeras leyes sobre el salario mínimo, para todos los trabajadores y trabajadoras de las *sweatshops* [talleres caracterizados por la hiperexplotación] en Nueva Zelanda, Australia, Reino Unido y, por lo tanto, por primera vez en Estados Unidos, tienen su origen en el Massachusetts de 1912. Se trataba, en este caso, de una *non mandatory law* [ley no preceptiva] sobre el salario mínimo para las mujeres, que dependía plenamente de la opinión pública para su aplicación. Hubo una enorme colaboración entre las Ligas de Consumidores y la WTUL para sostenerla. Y leyes parecidas empezaron a aprobarse en otros Estados. Algunas, sin embargo, se anularon. La judicatura, refugiándose en la reciente promulgación de la 9.ª Enmienda, que concedía el voto a las muje-

trabajadoras domésticas, de las lavanderías, de la hostelería y de los salones de belleza[56], poco podían dada la permanente falta de apoyo del sindicato –donde lo había–, mientras que los patrones podían contar todavía tanto con las fracturas macroscópicas de poder en el seno de la clase obrera, como con la arrogancia de la judicatura, siempre dispuesta a invalidar cualquier reivindicación de limitación de la jornada o establecimiento de un salario mínimo aduciendo la pretensión de que significaban la consecución del comunismo o del socialismo[57]. Como es evidente, tampoco el ámbito del trabajo a domicilio –objeto de investigaciones específicas por parte de la WTUL[58]– conocía ninguna forma de regulación. Estaba bastante extendido y seguía la evolución del empleo, es decir, se expandía en momentos de desarrollo industrial y se reducía en momentos de recesión. Los sectores en los que existía esta forma de trabajo eran principalmente los de la confección, el bordado, las flores artificiales, el género de punto, los productos alimenticios, el tabaco, el juguete y el labrado de joyas[59]. Además de las mujeres, se encargaban de estas labores los niños que, violando cualquier ley sobre el trabajo infantil, trabajaban ya desde la edad de 4 años[60].

En el periodo previo a la gran crisis, los esfuerzos de la Liga, que actuaba casi siempre con la ayuda de las Ligas de Consumidores y de la Young Women Christian Association [YWCA, Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes][61], no conseguirán

res, aducía que, puesto que ahora se habían hecho iguales, ya no había ninguna necesidad de protegerlas. A lo largo de la década de 1920, muchas de estas leyes fueron declaradas inconstitucionales.

[56] Sobre las luchas por las condiciones de todas estas categorías de trabajadoras, véase G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit.

[57] Tales leyes, de hecho, limitarían la libertad contractual de las partes, expresando con ello, en opinión de la judicatura, un espíritu comunista. Véase, entre otros, de nuevo G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit.

[58] *Ibid.* Véase además D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems,* cit.

[59] El Women's Bureau [Departamento de Mujeres], en el artículo «Industrial Homework», *Bulletin* 79, Washington, 1930, indica además, como manufacturas realizadas a domicilio, la presentación de botones sobre cartulinas, los broches de gancho o imperdible, la confección de ligas y la fabricación de joyas, lámparas, brochas de maquillaje y telas para tapetes. Y precisa, no obstante, que había muchas más.

[60] Véase D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems,* cit., pp. 365 ss. En 1936, nueve Estados contarán con leyes sobre el trabajo a domicilio. En 1939, veinticuatro. La lentitud legislativa se apoya, entre otras cosas, en la renuencia de los tribunales a «permitir que la ley invada los hogares de los ciudadanos» (p. 370). Véase, en el mismo texto, p. 367, la interesante tabla de comparación entre la evolución del trabajo a domicilio y el empleo en la industria durante los años 1911-1930. Véase también S. M. Soffee, «Industrial Housework in Pennsylvania», *American Federationist* XXXVI, 9, septiembre de 1929, pp. 1062-1063.

[61] G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit., pp. 114 ss. La autora subraya también la relación de colaboración con la General Federation of Women's Clubs [Federación General de Clubs de Mujeres]. Ya en 1908, la Liga de Chicago (o Illi-

salvar a las mujeres de los sectores más débiles de la total arbitrariedad de los patrones con respecto a la jornada, el salario, la seguridad y las condiciones generales del puesto de trabajo[62], así como, desde luego, con respecto a la propia tasa de empleo.

Esta arbitrariedad, como acabamos de decir, recibía el sólido respaldo de un aparato judicial que mostraba una hostilidad feroz contra cualquier regulación en este ámbito, expresión directa, por lo que respecta a las mujeres empleadas, de un Estado que en aquel periodo había resuelto sus problemas simplemente ignorándolos o declarando que habría preferido que no existiesen. Decía en 1922 James L. Davis, ministro de Trabajo: «Las mujeres tienen un deber más elevado en un ámbito de la vida más elevado. Eva era la compañera y la colaboradora de Adán y, en todos los sentidos, su igual social, pero correspondía a Adán proteger a Eva y proveerla para el futuro. Personalmente, prefiero ver a una mujer guiar el destino de una nación en casa»[63]. Pero, al mismo tiempo, se trataba de un Estado que no estaba en

nois League) había instado al gobernador a desarrollar una legislación que limitase la jornada a ocho horas y a crear una comisión de investigación sobre el trabajo a domicilio. En 1918, la colaboración entre las Ligas de mujeres y de consumidores, la General Federation of Women's Clubs y la YWCA llevó a la institución del Women in Industry Service [Mujeres al Servicio de la Industria] dentro del Ministerio de Trabajo (fundado en 1912), que, en 1920, obtendría el reconocimiento de departamento bajo el nombre de «Women's Bureau». Vale la pena recordar que en 1921 se creó también el Worker's Education Bureau [Departamento de Educación de los Trabajadores].

[62] El problema de la seguridad se había planteado hacía tiempo, sobre todo como necesidad de protección frente al peligro de incendio. Muchas ligas habían pedido a escala local medidas en este sentido. «En la primavera de 1911, murieron casi 150 chicas en un incendio en la fábrica de camisas Triangle, ahogadas en un espacio estrecho tras puertas cerradas con llave o estrelladas contra las aceras después de haberse tirado gritando por las ventanas. Se formó un comité de ciudadanos por la seguridad en los lugares de trabajo». «[...] Francis Perkins, como inspectora de la Comisión de investigación sobre las fábricas [...] invitó a Bob Wagner a pasar reptando por un pequeño agujero en la pared donde se leía "salida de seguridad en caso de incendio", para llegar a una empinada escalera de hierro recubierta de hielo que se acababa a cuatro metros de distancia del suelo», A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., p. 88. Véase, además, el discurso de Rose Schneiderman a este propósito en G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit., p. 189.

[63] J. L. Davis, «Safeguarding the Mothers of Tomorrow», *Gazette of Colorado Springs* 5, noviembre de 1922. Pero, con más conocimiento de causa, Rose Schneiderman dirá, en el congreso nacional de la Liga de 1929, que «el problema de la mujer en las fábricas» se iba complejizando, porque la mujer «ya no parecía destinada a pasar por ellas transitoriamente y hasta la mujer casada parecía que estaba ahí para quedarse» (G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit., p. 188), captando con ello a la perfección que, aunque el capital hubiese aspirado, en las décadas inmediatamente anteriores, a mantener contenida en las cotas dadas la tasa de empleo femenino, no obstante, el acceso de las mujeres al trabajo asalariado había abierto un proceso irreversible y, dentro de él, las mujeres casadas iban a desempeñar un papel de especial importancia.

absoluto preparado para afrontar los problemas de disgregación social que la crisis le iba a imponer. Para entender en primer lugar la naturaleza del fenómeno que iba a estallar y, a continuación, las cuestiones que se iban a abrir con él. Recientemente había obtenido, con la familia, estructurada por la parte más avanzada del capital, una formidable célula de organización y orden social. Pero, con la crisis, con la falta generalizada de salario, esta familia se debilitó, este orden social se disgregó y el Estado se vio llamado a reconstruirlo, debiendo intervenir en esta ocasión en primera persona. El horror del «monstruo comunista»[64], difundido inmediatamente después de 1917, había congelado en la conciencia general capitalista, más aún si cabe, la capacidad de alcanzar puntos de vista que fuesen más allá del mito del individualismo a toda costa. La línea de Hoover de respuesta a la crisis –la estudiaremos mejor más adelante– pasará con desenvoltura de la minimización del problema, a la incitación a «estirar el trabajo» (a la par que no preveía ningún instrumento que se adecuase a tal sugerencia), a la obstrucción de las medidas más urgentes, como algunos proyectos de obras públicas presentados al Congreso en 1930[65], y a los disparos directos contra los manifestantes.

Las colas de desempleados crecen a ojos vistas en las calles: 429.000 en octubre de 1929, 4.065.000 en enero de 1930, 8.000.000 en enero y 9.000.000 en octubre de 1931[66], pero el presidente estima que no son todavía suficientemente numerosos como para justificar medidas de envergadura.

Entre 1929 y 1932, la crisis apremia, provocando un derrumbe de la producción industrial de un 50 por 100. Cerca de 6.000 bancos entran en quiebra. La renta agrícola se reduce alrededor de un 50 por 100, los salarios industriales disminuyen en torno a un 45 por 100. Se ven arrojados a la ruina no sólo obreros asalariados y peones agrícolas, sino también masas de pequeñoburgueses[67]. En un intento de mantener los precios, se destruyen cantidades ingentes de productos agrícolas[68] en el cam-

[64] Junto a la destrucción del movimiento de los IWW, llevada a cabo sobre todo durante el periodo bélico, es el momento de recordar, dentro del feroz ataque contra las comunidades inmigrantes, el caso de Sacco y Vanzetti.

[65] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit.: «Woods sometió al juicio del presidente el borrador de un mensaje al Congreso que solicitaba un programa de empleo público e incluía el saneamiento de las áreas urbanas degradadas, la construcción de viviendas a bajo coste y la electrificación rural. Woods y su comité apoyaron también los proyectos de ley del senador Robert F. Wagner, que proponían la planificación anticipada del empleo público y la institución de un servicio nacional para el empleo. Pero el presidente, rechazando el programa de Woods, mandó al Congreso un mensaje con su habitual impronta de optimismo» (p. 156).

[66] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., pp. 254, 256, 257.

[67] Es sabido que centenares de pequeños empresarios se suicidaron cuando quebraron sus empresas.

[68] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* p. 5.

po y se reduce drásticamente el potencial industrial. Los desempleados y sus familias luchan cada día contra el hambre, enferman de manera crónica, revuelven la basura para encontrar alimentos[69]; desahuciados de sus casas y sin dinero, vagan de un Estado a otro, intentando conseguir algún trabajo temporal.

Fundamentalmente, aunque el Estado de Hoover no llegue aún a reconocerlo y, por lo tanto, a asumirlo como problema, se ha desencadenado también, junto con el desempleo, un gigantesco proceso de disgregación familiar y social. Casa y familia, antes garantizadas por el salario del varón, se disgregan ahora bajo la presión de la crisis.

Es preciso especificar otros aspectos. La familia que se ve afectada a escala de masas es la familia blanca. Los negros –que habían resistido y luchado contra las amenazas de discriminación y despido en las recesiones de la década de 1920, pero que son todavía una minoría en la industria[70]– serán los más discriminados en términos porcentuales en la pérdida de empleo. Pero lo que el Estado y el capital aspirarán a reconstruir es la familia blanca, porque es la familia blanca y no la negra o, mejor dicho, la comunidad negra, la que está destinada en aquel periodo a sostener a escala de masas la producción obrera, a representar el orden o el desorden en el ámbito social.

Los negros serán objeto de una dura discriminación en distintos ámbitos de asistencia y trabajo porque todavía se les considera sobreabundantes en relación con la necesidad existente de insertarlos y porque representan en el mercado de trabajo el punto más débil y, por lo tanto, aquel al que cabe abandonar a su suerte.

Por otro lado, aún no han comenzado las migraciones masivas hacia el Norte[71], típicas en cambio de las décadas de 1940 y 1950. La comunidad negra no ha alcanzado todavía las cotas de poder que conquistará en cambio en la década de 1960. Cuando Roosevelt se plantee el problema de garantizar, a través de los planes de asistencia, un primer nivel de reproducción de la fuerza de trabajo, la postura hacia los negros indica que, en sustancia, Estado y capital se desentienden de la fuerza de trabajo negra.

Muy poco consideradas desde el punto de vista del trabajo se verán también, como es evidente, las mujeres. Porque deben regresar de la calle y de los trabajos precarios al trabajo doméstico. Las que tengan un empleo externo podrán seguir siendo objeto de discriminaciones sin que ello cause gran alboroto, aunque la legislación del *New Deal* les dedique algunos epígrafes sobre el salario mínimo y la extensión de la jornada.

Disgregación de la familia

La vasta bibliografía disponible en la década de 1930 sobre la «disgregación familiar»[72] y «el delito y sus causas» constituye al mismo tiempo un índice del problema y una enorme fuente de información[73]. Algunas «causas patológicas» de la de-

[69] En Chicago, una comisión encargada de realizar una investigación sobre las descargas de desechos de la ciudad, relataba: «Alrededor del camión que estaba descargando desechos había cerca de 35 hombres, mujeres y niños. Apenas se alejó del montón, empezaron todos a escarbar con palos y algunos con las manos, cogiendo trozos de comida y hortalizas» (*ibid.*).

[70] Sobre la estructura del empleo de los negros en Estados Unidos, la obra más exhaustiva es la serie de monografías editada por la Industrial Research Unit, Wharton School of Finance and Commerce, *Studies of Negro Employment,* en más de veinte volúmenes, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, publicación a partir de 1968, obra realizada en gran parte bajo la dirección de R. Northtup. Con la Primera Guerra Mundial se incorporan a la producción en masa de la gran industria, en particular a los sectores del automóvil, la carne y el acero, algunos núcleos importantes de fuerza de trabajo negra. En particular, en el sector del automóvil la incorporación de los negros se produce bajo el signo de la sustitución de la fuerza de trabajo blanca, que abandona a un ritmo sostenido la monotonía y los ritmos de la cadena. Al mismo tiempo, la necesidad para el capital de utilizar fuerza de trabajo negra se deriva de la imposibilidad de recurrir ya a la fuerza de trabajo extranjera, dadas las medidas de freno de la inmigración.

[71] La incorporación masiva de los negros a la industria se produce, como en el caso de las mujeres, con la Segunda Guerra Mundial. En 1942 el sindicato de transporte y paquetería, dirigido por A. Philip Randolph, lanza, a través del *Daily Worker,* la amenaza de una marcha a Washington si no se ponen medidas contra la discriminación racial en las contrataciones de las industrias bélicas. Roosevelt promulga entonces la famosa orden federal 8802 para la contratación de negros en las industrias de material bélico e instituye para cuando sea necesaria la Fair Employment Practices Commission [Comisión de Prácticas de Empleo Justas]. Hay que tener presente, en todo caso, la continuidad entre la capacidad de resistir y luchar por parte de los negros en la década de 1930, tal como veremos más adelante con más detenimiento, y su capacidad de imponerse con ocasión de la guerra.

[72] Son numerosos los estudios sociológicos orientados a medir los efectos de la crisis sobre el orden familiar. Por citar algunos de ellos, además de todo lo que se puede deducir de la reconstrucción histórica de I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit.: E. W. Bakke, *The Unemployed Man. A Social Study,* Nueva York, E. P. Dutton and Co., 1934; R. A. Cooley, *The Family Encounters the Depression,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1936; S. Stouffer y P. Lazarsfeld, «Research Memorandum on the Family in the Depression», *Social Science Research Council Bulletin* 29; y M. Komarovsky, *The Unemployed Man and His Family. The Effect of the Unemployment upon the Status of the Man in Fifty-nine Families,* Nueva York, The Dryden Press Inc., 1940. Como es evidente, un clásico lo constituye la obra en dos volúmenes de R. S. Lynd y H. M. Lynd, *Middletown I* y *Middletown in Transition II. A Study in Cultural Conflicts,* Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1929 (I), 1937 (II) [ed. it.: *Middletown,* Milán, Comunità, 1970 (I), 1974 (II)]. En esta investigación de campo, que sigue siendo una de las obras sociológicas más famosas sobre el impacto de la Depresión en una ciudad de tamaño medio escogida para el análisis, primero en 1925 (I) y luego en 1935 (II), los autores prestan particular atención a la transformación de las relaciones familiares.

[73] Por mencionar sólo algunas obras sobre la delincuencia: A. E. Woods y J. Barker Waite, *Crime and Its Treatment. Social and Legal Aspects of Criminology,* Nueva York, American Book Co., 1941; M. A. Elliott y F. E. Merrill, *Social Disorganization,* Nueva York, Harper and Brothers Publishers, 1936.

lincuencia, de lambrosiana memoria, aparecen todavía entre los motivos aducidos para explicar el estallido del delito[74], pero la bibliografía, en su conjunto, está más orientada a las «causas sociales» y coincide hasta un punto extraordinario en identificar a la *broken family* [familia rota][75], la familia encabezada por un solo progenitor, como fuente principal de la delincuencia.

Rotas o no, las familias se encuentran ya por millones sin techo sobre sus cabezas. Así, pues, el hacinamiento excesivo[76] y, por lo tanto, la falta de privacidad dentro del único espacio conseguido para guarecerse también se identifican como causa frecuente del delito.

Muchos, sin posibilidad de pagar un alquiler, empiezan en efecto a construirse chabolas en todos los lugares donde encuentran terrenos desocupados:

> A lo largo de los terraplenes de las vías férreas, junto a los hornos o a los lugares de recogida de desechos, empiezan a aparecer ciudades de cartón alquitranado y de latón, de cajas viejas y de viejas carrocerías de coche. Algunas chabolas estaban limpias y ordenadas: al menos la limpieza era gratuita; pero otras se encontraban en un estado increíblemente desolador, con olor a podredumbre y abandono moral. Símbolos de la nueva era, estas comunidades recibieron enseguida un nombre irónico: *Hoovervilles* [villas Hoover][77].

Pero sólo los afortunados podían encontrar refugio en las *Hoovervilles*. Muchísimas familias se desmembraban por completo: los niños quedaban en manos de amigos o familiares que todavía estaban en condiciones de mantenerlos, mientras que marido y mujer se separaban temporalmente o para siempre, cada uno en busca de su supervivencia. Sin techo, haciendo colas interminables para la comida, durmiendo en el suelo, arrastrándose de ciudad en ciudad[78] tras una esperanza de trabajo, se encontraban hombres y mujeres, jóvenes y viejos[79].

[74] Por ejemplo, la pubertad precoz (M. A. Elliott y F. E. Merrill, *Social Disorganization,* cit.).

[75] Éste es el término utilizado en la bibliografía estadounidense para designar la familia con un solo progenitor.

[76] M. A. Elliott y F. E. Merrill, *Social Disorganization,* cit., p. 100.

[77] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit.

[78] Además de los clásicos sobre la Gran Depresión, véase en particular sobre el tema de la movilidad de la estructura familiar, C. C. Zimmerman y N. L. Whetten, *Rural Families on Relief* [1938], Nueva York, Capo Press Reprint Series, 1971; y R. S. Cavan y K. H. Ranck, *The Family and the Depression. A Study of One Hundred Chicago Families,* Nueva York, Arno Press y The New York Times [1938], 1971; «Women Workers after a Plant Shutdown», *Special Bulletin* 26, Harrisburg, Pennsylvania Department of Labor and Industry, Bureau of Women and Children, 1933.

[79] Se calculaba que, en 1933, un tercio de la población, es decir, 40 millones de hombres, mujeres y niños, vivían sin una fuente regular de ingresos.

Se estima que, en 1932, entre un millón y medio y dos millones de personas se habían dado al vagabundeo, de las cuales doscientas o trescientas mil eran jóvenes y una de cada veinte, mujeres[80]. Con frecuencia, los niños, con el paso de los años, abandonaban el hogar para que sus hermanos más pequeños tuviesen de qué comer. Con el avance de la Depresión aumentó además el número de mujeres que migraban. En 1933, el Women's Bureau estimaba que había 10.000 mujeres que vagaban por el país, pero que esta estimación correspondía a 1/6 del total y que, en todo caso, había habido un aumento de un 90 por 100 con respecto al año anterior[81]. Son mujeres, éstas de las que habla el Women's Bureau, que no superan casi ninguna la treintena y muchas tienen un título de estudios, pero carecen de empleo.

Con todo, las mujeres casadas tienden a mantenerse junto al marido y a los hijos siempre que pueden. Incluso en el campamento de veteranos de Washington, en torno a los miles de hombres instalados como mejor pueden, están las mujeres, que traen consigo a los niños. Y esto a pesar de que las condiciones del campamento no ofrecen más que alimento de pésima calidad, moscas por doquier, enfermedades en aumento y olor a desechos, sudor y orina en una tierra cenagosa bajo un sol abrasador[82].

Pero la crisis rompe familias por doquier y desalienta la formación de nuevas, así como la natalidad. El declive de los matrimonios, calculando el índice por cada mil personas, fue de un 10,1 en 1929, a un 9,2 en 1930 y un 8,6 en 1931, hasta llegar a un 7,9 en 1932[83]. Los nacimientos, que habían registrado una media anual de

[80] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit.: «Viajaban en los topes de los trenes o pidiendo a los coches que les llevasen, dormían en los albergues de vagabundos, en las ciudades o en los ferrocarriles [...]. Durante un determinado periodo, los doscientos o trescientos mil jóvenes que se encontraban entre ellos parecían los *bezprizorni* de Estados Unidos, los salvajes de la calle» (p. 234). [*Bezprizorni* o «niños salvajes» fue el nombre que recibieron en la Unión Soviética los miles de niños que, a resultas de la Primera Guerra Mundial, las contiendas civiles, el hambre y los pillajes realizados por grupos descontrolados, quedaron huérfanos y sin nadie a quien recurrir y, en su infantil lucha por la supervivencia, formaron bandas que vagaban por el país *(N. de la T.)*.]

[81] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 325. Sobre las *women vagrant* [mujeres vagabundas], véase B. Thompson (con edición de B. Reitman), *Sisters of the Road,* Nueva York, Harper and Row, 1975.

[82] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., p. 242.

[83] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 328. Véanse además las entrevistas recogidas por Studs Terkel en *Hard Times. An Oral History of the Great Depression,* Nueva York, Pantheon Books y Avon Books, 1970. Resulta de particular interés, en relación con los motivos que llevaron al descenso de los matrimonios, lo que dice una mujer: «Había muchos solteros en circulación cuando éramos jóvenes. Pero teníamos que mantener a nuestras madres. No es que no hayamos tenido oportunidades. Yo salía con un chico cuando sobrevino la Depresión. Probablemente nos habríamos casado. Él era un artista comercial y se las estaba arreglando muy bien. Re-

20 por 1.000 a finales de la década de 1920, cayeron a una media de 18,9 en 1930, 18 en 1931, 17,4 en 1932 y 16,6 en 1933. En 1931, la natalidad, en su conjunto, se situó un 17 por 100 por debajo de la registrada en 1921 y un 10 por 100 por debajo de la de 1926[84]. Y los que nacieron –tal como observa Bernstein– pertenecerán a la «*depression generation*» [generación de la Depresión], poco aptos para incorporarse al mercado de trabajo por la debilidad de su complexión física[85]. A partir de encuestas realizadas en las escuelas en 1931, se desprende que el 85-90 por 100 o hasta un 99 por 100 de los niños tenían un peso por debajo de lo normal[86] y estaba por ello desganado y aturdido. Hoover, por su parte, era de la opinión de que había por lo menos 10 millones de niños insuficientemente desarrollados y el Children's Bureau [Departamento del Niño] del Ministerio de Trabajo estimó que en 1932 había 200.000 niños que vagaban por el país en búsqueda de comida[87]. Los nacimientos ilegítimos de 1929 superaron en un 31 por 1.000 los de años anteriores[88]. Aumentaron los abandonos («divorcios de pobres») y los suicidios. Disminuyó en cambio el número de divorcios legales, porque eran demasiado caros[89]. Las muertes por hambre eran un destino muy extendido. La famosa investigación en los hospitales de Nueva York de 1931, que refirió más de 100 casos de muertes por hambre, no conseguía aún dar una idea de la amplitud del fenómeno[90]. Aumentaron de forma crónica enfermedades como la tuberculosis, la sífilis y la gripe. Prácticamente se duplicó el número de pacientes en los sanatorios de tuberculosos. Un estudio del Public Health Service [Servicio de Salud Pública] de Estados Unidos registró que, en las familias de desempleados, los miembros enfermaban con una

cuerdo la noche que dijo "acaban de despedir a un puñado de chicos". No se le había pasado por la cabeza que podía ser el siguiente. Era mayor que muchos otros y estaba muy seguro de sí mismo. Aquella no era el tipo de cosa que podía sucederle a él. De improviso, le despidieron. Para él fue como si le cayera encima una tonelada de ladrillos y desapareció de allí» (p. 447). Véanse también las consideraciones a este respecto de Ruth Milkman, «Women's Work and the Economic Crisis», *Review of Radical Political Economics* VIII, 1 (1976) [ed. it.: en *DWF* 12/13 (1979), pp. 149-187].

[84] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 328 y A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt* I. *La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., p. 234. Para otras consideraciones sobre el declive de la natalidad y su reactivación después de 1935, véase J. Ph. Wernette, *Government and Business,* Nueva York, Macmillan Co., 1964.

[85] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 328.

[86] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., p. 158.

[87] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 325.

[88] M. A. Elliott y F. E. Merrill, *Social Disorganization,* cit., p. 170.

[89] R. S. Cavan y K. H. Ranck, *The Family and the Depression. A Study of One Hundred Chicago Families,* cit., y M. Komarovsky, *The Unemployed Man and His Family. The Effect of the Unemployment upon the Status of the Man in Fifty-nine Families,* cit.

[90] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 331.

frecuencia un 66 por 100 mayor que en las familias de trabajadores con un puesto de trabajo[91].

Bakke, a los hombres o mujeres que se iban solos, les recriminaba: «En nuestra sociedad, la unidad económica la constituye la familia, no los individuos»[92]. Sin embargo, inexorablemente, aún cuando el cabeza de familia se quedaba, pero estaba desempleado, comenzaba un proceso evidente de desautorización del padre. De nuevo Bakke escribía: «El papel de quien trae el pan a casa [...] sigue siendo el papel económico fundamental [...] sin el cual el respeto de sí es difícil en una cultura que hace recaer [...] la responsabilidad económica en la familia»[93]. Bernstein observa también que el padre que hace las camas y lava los platos pierde importancia a ojos de la mujer y de los hijos.

Otro efecto reconocido de la Depresión fue que se dejó de educar a los hijos y muchas mujeres decidieron prostituirse. Muchas de ellas eran madres de familia que encontraban en la prostitución la única vía para procurar algún ingreso a su familia[94].

La familia rota, decíamos antes, se considera la causa más inmediata del desorden social y de la delincuencia. Pero, con frecuencia, también cuando la familia está «entera», es decir, cuando se hallan presentes ambos progenitores, se descubre que han sido precisamente ellos quienes han empujado a sus hijos pequeños a robar[95].

El *Report of the President's Committee on Social Trends* [Informe del Comité del Presidente sobre Tendencias Sociales], publicado en 1933[96], junto con los *Census of Population* y las estadísticas de los tribunales, ofrecen interesantes elementos para entender la especificidad del panorama social.

En su corolario, entre las causas de la delincuencia, en especial la juvenil, se identifica, junto a la *broken family,* el desinterés de los niños por la escuela –pero la desgana es también fruto directo de la falta de alimento y zapatos y de la cantidad de problemas a las espaldas, el trabajo externo[97], para quienes lo tienen, y la vida de

[91] F. Fox Piven y R. A. Cloward, *Poor People's Movements. Why They Succeed, How They Fail,* Nueva York, Vintage Books, 1979 [ed. it.: *I movimenti dei poveri. I loro successi, i loro fallimenti,* Milán, Feltrinelli, 1980, p. 67].

[92] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 327.

[93] *Ibid.,* p. 328 y de nuevo R. Milkman, «Women's Work and the Economic Crisis», cit., así como los demás autores ya citados a propósito del impacto de la crisis sobre la familia.

[94] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., pp. 327-328.

[95] M. A. Elliott y F. E. Merrill, *Social Disorganization,* cit., pp. 97 ss. Véase también I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 422.

[96] President's Research Committee on Social Trends, *Recent Social Trends in the United States,* NuevaYork, McGraw-Hill Book, 1933.

[97] M. A. Elliott y F. E. Merrill, *Social Disorganization,* cit., estiman que, para el niño que trabaja, las probabilidades de delinquir se cuadruplican (p. 100). A partir de investigaciones realizadas antes de

calle–. Se calcula que entre el 40 y el 70 por 100 de los niños que delinquen viven en familias rotas[98].

Si leemos atentamente las estadísticas de los tribunales de menores, aparecen algunas diferencias interesantes en relación con el comportamiento masculino y femenino y la actitud correspondiente de la judicatura. Tomando una investigación ejemplar, realizada en 88 tribunales en 1930[99] resulta que, en el caso de los chicos, aparte de la genérica conducta alborotadora, los delitos más frecuentes por los que se les persigue son: robo de objetos varios y robo con fuerza y receptación. El robo de coches, catalogado por separado, tiene una media alta. En el caso de las chicas, en cambio, los delitos que las llevan con mayor frecuencia ante los tribunales son el hecho, genérico, de ser *«ungovernable»* [ingobernables] y de haber cometido *sex offenses* [infracciones sexuales]. Siguen, por orden de importancia, escaparse de casa y, a continuación, faltar a la escuela. Son casi inexistentes el robo con violencia, el robo de coches y el atraco a mano armada. Roban, en cambio, alguna cosa, pero poco y a través de formas simples de robo sin agravantes.

Por otro lado, la criminología y la sociología, que investigan a la par en aquellos años los orígenes de la disgregación social, coinciden claramente en señalar que la familia rota puede producir el máximo de los males si en su seno hay una «madre inmoral»[100].

Por las mismas «infracciones sexuales» por las que se arresta y encarcela a las mujeres menores y adultas, no se castiga a muchachos y hombres[101].

Hay que hacer, además, otras puntualizaciones en relación con los efectos de la crisis para la familia negra.

Cuando llega la crisis, los negros, tal como decíamos antes, no constituían más que una proporción relativamente baja de los empleados en la industria y, a pesar de haber heredado en condiciones de debilidad los puestos más duros dejados por los blancos, habían logrado mantener una línea de resistencia durante la década de 1920. A finales de las dos primeras décadas del siglo, los que no están empleados en la agricultura en el Sur, viven en áreas degradadas de las ciudades, donde la reproducción no pasa, a buen seguro, por una estructura familiar que dependa de un salario masculino sólido. Más bien, cada uno y cada una debe mantenerse a sí mismo,

1934, se descubrirá también que el 69 por 100 de los niños reclusos habían sido revendedores de periódicos.

[98] A. E. Woods y J. B. Waite, *Crime and Its Treatment. Social and Legal Aspects of Criminology*, cit., p. 159.

[99] M. A. Elliott y F. E. Merrill, *Social Disorganization*, cit., p. 87.

[100] Véanse también las consideraciones desarrolladas en *ibid.*, pp. 95 ss.

[101] *Ibid.*, p. 89.

casi siempre a través de actividades ilegales. Y, cuando no es así, es más probable que la mujer contribuya al sustento del hombre que al revés.

Esta historia particular de las mujeres negras, de no dependencia a escala de masas de un salario masculino, revelará, en particular en la década de 1960, un potencial formidable.

También en lo que respecta a la actividad legal, es más probable que las mujeres consigan un trabajo asalariado a que lo hagan los hombres. De hecho, puestos de trabajo como los de criada, mujer de la limpieza, lavandera y obrera en un *sweatshop* están destinados masivamente a las mujeres negras, así como a las mujeres emigrantes.

Tomemos algunos datos e informaciones de Frazier:

> [...] algunos hombres y mujeres del tipo antes mencionado son ajenos al contexto más bien simple del campesino negro del Sur. [...] sucede con frecuencia que son los hijos de quienes han inmigrado y, al haberse criado en las áreas degradadas de las ciudades del Norte, son más sofisticados que los negros del Sur. La gran mayoría de los vagabundos negros procedentes del Sur no llega nunca a esta «ruptura» que tantos réditos les habría reportado, viviendo a costa de hombres y mujeres o robándoles. Muchos de ellos quedan reducidos a la posición de esos limpiabotas que se ven en busca de clientes a mitad de precio al borde de las aceras de las comunidades negras. Normalmente, consiguen encontrar un arrendador en los barrios degradados negros y logran ahorrar suficiente dinero para pagar a una mujer para que pase la noche con ellos. O puede ocurrir que encuentren una mujer pobre y sola como ellos, con la que viven hasta que uno u otra se marcha y la convivencia termina violentamente[102].

Ya en estas pinceladas se vislumbra un contexto social –el de las comunidades negras de las áreas urbanas degradadas– extremadamente peculiar. Se trata de un contexto en el que, tal como decíamos hace un momento, no existe de manera extendida una estructura familiar sostenida por el salario del varón, sino que hombres y mujeres se juntan para una convivencia de una precariedad extrema, aportando

[102] E. F. Frazier, *The Negro Family in the United States* [1939], Nueva York, Dryden Press, 1951, p. 223. Sobre la historia de la familia-comunidad negra en Estados Unidos es fundamental la obra de H. G. Gutman, *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925,* Nueva York, Vintage Books, 1977, notoriamente en polémica con la interpretación global de Frazier sobre la historia de la familia negra, y, entre los mejores estudios traducidos en italiano, G. P. Rawick, *From Sundown to Sunup. The Making of the Black Community,* Westport, Grenwood Publishing Co., 1972 [ed. it.: *Lo schiavo americano dal tramonto all'alba. La formazione della comunità nera durante la schiavitù negli Stati Uniti,* Milán, Feltrinelli, 1973]. Para algunos testimonios de mujeres negras en relación con el periodo que estamos considerando, véase G. Lerner (ed.), *Black Women in White America. A Documentary History,* Nueva York, Vintage Books, 1973.

cada uno lo que logra arrancar para sobrevivir. Una estructura, sin embargo, en la que la miseria no se traduce para la mujer *tout court* [sin más] en una dura dependencia del hombre, en una extensión ilimitada del trabajo doméstico gratuito, ni en una disciplina sexual.

Aunque con características muy diferentes a las de la familia blanca, la comunidad negra en los guetos urbanos expresó en la década de 1920 una cooperación particular para su reproducción física y política.

> Siguieron funcionando las estructuras de parentesco surgidas durante la esclavitud, donde los núcleos plurifamiliares y patriarcales extensos permitían el cuidado de los niños aún en ausencia de los progenitores biológicos. No siempre los niños negros del gueto viven con sus progenitores reales y siempre hay algún otro adulto, abuelo, tía, tío o vecino dispuesto a dar un paso al frente y criar al pequeño[103].

En esos mismos años, la Universal Negro Improvement Association [UNIA, Asociación por la Mejora Universal de los Negros] de Marcus Garvey reclutaba a varios millones de negros urbanizados. Las Freedom Halls [Salas de la Libertad], gestionadas por la misma UNIA, no sólo proporcionaban un lugar en el que vivir pagando alquileres simbólicos, hasta que la persona encontrase alojamiento, así como una serie de informaciones para encontrar empleo, sino que ofrecían sobre todo un lugar de identidad y cohesión política. La propuesta nacionalista, que contenía en sustancia una propuesta de autonomía, fue capaz de hacer cuajar a su alrededor el primer movimiento negro de masas.

Cuando estalla la crisis en 1929, se constata claramente la posición de mayor inseguridad que tienen los negros con empleo con respecto a la posibilidad de mantener su trabajo. El *Unemployment Census* [Censo del desempleo] de 1931 reveló que entre los obreros negros de las ciudades el desempleo era el doble que entre los blancos. En Detroit, el 60 por 100 de los obreros negros se había quedado sin trabajo, en comparación con el 32 por 100 de los blancos. El contraste era parecido en Houston, Texas: un 35 por 100 de obreros negros frente a un 18 por 100 de blancos. Alrededor de la mitad de los negros con trabajos especializados perdieron su puesto[104]. Por lo tanto, porcentualmente, los negros se vieron afectados por la crisis

[103] G. P. Rawick, *From Sundown to Sunup. The Making of the Black Community,* cit., pp. 201-202.

[104] E. F. Frazier, *The Negro in the United States,* Toronto, Macmillan Co., 1957, p. 599, que remite, a este propósito, a los siguientes estudios: R. Sterner, *The Negro's Share,* Nueva York, 1934; National Urban League, *Unemployment Status of Negroes,* Nueva York, 1931 (una investigación realizada en 106 ciudades de Estados Unidos) y National Urban League, *The Forgotten Tenth. An Analysis of Unemployment Among Negroes in the United States and Its Social Costs,* 1932-1933.

de manera mucho más drástica que los blancos y, tal como hemos dicho, serán asimismo objeto de mayores discriminaciones en el ámbito de la asistencia. El impacto de la crisis en el Sur será de hecho el causante de la afluencia de miles de mujeres y hombres negros hacia las ciudades del norte[105]. La ciudad por excelencia a la que se dirigían era Chicago. La estructura familiar negra, sostiene Frazier, se presentaba en esta ciudad –al igual que en Nueva York, al igual que, en general, en las demás ciudades de afluencia– extremadamente disgregada. No sólo los hombres y mujeres migraban solos, es decir, el desplazamiento del sur al norte se producía al margen de las relaciones familiares, sino que además era improbable que pudiesen construir estructuras familiares en las ciudades de llegada.

De una muestra de 115 negros extraída para una encuesta realizada en Chicago a 20.000 hombres sin casa, de los cuales un 10 por 100 era negro, resultó que el 52 por 100 se había casado y, de estos hombres casados, 75 por 100 habían abandonado a su mujer.

De otra encuesta realizada a 7.560 negros no casados llegados a Nueva York, se desprendía que cerca del 42 por 100 de ellos no superaba los 35 años de edad. Para cuando llegaban a las ciudades del norte, tanto hombres como mujeres habían cambiado mucho sus costumbres de vida en el sur, sostiene de nuevo Frazier. Con frecuencia, los hombres habían aprendido a soslayar la necesidad de trabajar viviendo del cuento. Lo cual incluía juegos de azar, tráfico de objetos robados, participación en loterías fraudulentas y otros tipos de estafas. Y añade:

> Lo relevante con respecto a estos hombres y mujeres desarraigados es que habían desarrollado una actitud puramente «racional» no sólo en relación con el ambiente físico circundante, sino también entre hombres y mujeres[106].

La *National Health Survey* [Encuesta sobre la Salud Nacional] de 1935-1936, realizada por el United States Public Health Service [Servicio de Salud Pública de Estados Unidos], ofrece muchos datos significativos sobre las condiciones de vida de los negros durante la Depresión, en particular sobre las condiciones de las viviendas y de la salud. De acuerdo con esta encuesta, en las ciudades con menos de 10.000 habitantes, el 73 por 100 de los blancos y el 9 por 100 de los negros tenían el servicio en casa. Todavía en el periodo 1936-1940, un informe realizado por la Federal Housing Administration [Dirección Federal de Vivienda] muestra que el 73 por 100 de las habitaciones ocupadas por negros en 18 ciudades estaba en un estado deplorable. En cuatro ciudades del sur, el 60 por 100 de los negros sin ayu-

[105] Véase E. F. Frazier, *The Negro Family in the United States,* cit., p. 217.

[106] Véase *ibid.,* pp. 217, 219, 220.

das no contaba con agua en casa para la cocina y el 75 por 100 ni siquiera la tenía para el servicio. En cambio, sólo el 10 por 100 de las familias blancas carecía de una u otra cosa. Las casas estaban en ruinas. Había más hacinamiento que en las casas de los blancos.

La urbanización comportó el consiguiente descenso de la natalidad negra. En Chicago, el índice más bajo de natalidad se daba en la *bright light area,* en la que había una estructura social particularmente disgregada. En cambio, en determinadas zonas rurales, el índice seguía siendo alto en términos relativos. En Harlem, en el centro, había apenas un 66,1 nacimientos por cada 1.000 mujeres casadas, mientras que, en las siguientes cuatro zonas siguiendo la onda de expansión negra, el índice de natalidad crecía de manera regular hasta llegar a la cifra de 168,4 nacimientos por cada 1.000 mujeres casadas en la quinta zona.

> [...] Los elementos desorganizados de la comunidad negra obtienen empleos esporádicos como trabajadores no cualificados a cambio de salarios bajos o se procuran el sustento a través de actividades ilegales. Por lo general, se concentran en áreas donde hay mucho hacinamiento y falta de medidas sanitarias adecuadas. Por consiguiente, la fertilidad más baja entre las mujeres negras se da en las áreas más desorganizadas de la comunidad negra en las ciudades.

Éstas eran también las zonas en las que más frecuentes eran los abortos. Por otra parte, muchos de los niños negros que nacían no sobrevivían mucho tiempo. De hecho, la mortalidad infantil, junto con la mortalidad por parto de las mujeres, era mucho más elevada entre los negros que entre los blancos[107].

En 1929, apuntábamos antes, se registra un aumento de los nacimientos ilegítimos de un 31,9 por 1.000 en comparación con dos años antes. Pero, en el caso de los negros, este aumento es cuatro veces y media mayor que el de los blancos[108]. La tasa de mortalidad de los negros en 1935 se aproximaba a la de los blancos en 1916[109] y las condiciones generales de vida hacían que la mortalidad más elevada registrada entre los primeros fuese fruto de enfermedades crónicas, entre ellas, fundamentalmente, la tuberculosis, la gripe, la neumonía y la sífilis.

Un panorama, el de las comunidades negras, en especial en el seno de grandes ciudades como Chicago y Nueva York, que deja claramente traslucir el poder todavía bajo de un proletariado que la crisis empuja cada vez más hacia el norte.

---

[107] Véase E. F. Frazier, *The Negro in the United States,* cit., pp. 577-579 y 581-583.
[108] M. A. Elliott y F. E. Merrill, *Social Disorganization,* cit., p. 170.
[109] E. F. Frazier, *The Negro in the United States,* cit., p. 577.

Formas de lucha y agregación de los desempleados

En los primeros tiempos de la Depresión, los millones de desempleados que la crisis había dejado en la calle junto con sus familias no llaman de inmediato a las puertas de la asistencia. En realidad, ésta no podía sino suscitar horror y deseo de mantenerse bien alejado de un sistema[110] que, previsto únicamente a escala de las circunscripciones locales o de un Estado e inspirado en los criterios de la «caridad», tenía la función real de convencer a todo trabajador de aceptar cualquier trabajo en las condiciones que fuesen con tal de no encontrarse entre los asistidos.

Por otra parte, por lo que respecta a las madres viudas, los Estados se habían podido aventurar en el territorio minado de las prestaciones económicas porque, en un periodo en el que se enfatizaba la función social de la madre, en otras palabras, el carácter de trabajo de la maternidad, madre e hijo podían ser declarados «núcleo digno». Pero esto no resultaba admisible para el hombre adulto, porque, sin trabajo, aunque en ocasiones fuera por motivos de reconocido carácter «social», no podía en absoluto aparecer como alguien «digno».

Antes de 1929, además, algunas ciudades, como Nueva York o Filadelfia, a raíz de disposiciones legislativas que la habían abolido desde el siglo XIX, se encontraban totalmente desprovistas de sistemas de asistencia *outdoor,* es decir, de asistencia «a domicilio», llamada así para distinguirla de la que se ofrecía en instituciones.

Por consiguiente, muchos prefirieron recorrer las ramificaciones ampliadas de la familia en busca de préstamos, cualquier tipo de ayuda o, por último, tal como hemos visto, familiares a cuyo cargo dejar a los hijos pequeños, en los infrecuentes casos en los

---

[110] Para una historia de la asistencia a los desempleados antes de la Gran Depresión, véase R. Lubove, *The Struggle for Social Security, 1900-1935,* cit., pp. 144-180. La American Association of Labor Legislation [AALL, Asociación Estadounidense de Legislación Laboral] había organizado dos congresos nacionales en 1914, de los que había nacido el «Programa práctico» de 1914-1915. A la vez que se reconocía que no se podía atribuir el problema del desempleo a motivos individuales o a la falta de ganas de trabajar y que era un fenómeno inherente al método actual de organización social, se proponían para su solución una distribución mejor de los puestos de trabajo a través de organismos instituidos para ello, la creación de puestos de aprendizaje y empleo público (con la advertencia de no intercambiarlos por artificiosos puestos de trabajo asistenciales), técnicas para estabilizar el empleo y reducir la rotación, el relanzamiento de la agricultura y otras medidas. El fenómeno del desempleo se atribuía fundamentalmente a una irracionalidad del mercado que había que superar distribuyendo de forma más equitativa las posibilidades de empleo y a la población conforme a estas posibilidades. La propia política de emigración –proseguía el AALL– debía volverse «constructiva» de cara a una «distribución más apropiada de la enorme inmigración que hay en Estados Unidos». Y, en el último escalafón de la ristra de propuestas, en relación con aquellos individuos que ni siquiera este esfuerzo redistributivo global podría recuperar, figuraban la segregación para los retrasados mentales y las colonias penales agrícolas para los pobres profesionales y para los semidelincuentes.

que esto era posible. Millares de parejas jóvenes volvieron a vivir con sus progenitores, a menudo también ellos desempleados; era frecuente ver personas durmiendo allá donde hubiese un rincón utilizable, en el cuarto de estar, en la cocina, en el suelo.

Al principio, los hombres se avergonzaban enormemente de su condición de desempleados. Parecía volver a presentárseles la situación de la crisis de 1873, que ya sus abuelos habían vivido. Algunos maridos (hablamos como es evidente de los comienzos) se lamentaban de que sus mujeres no se creían que no encontraban trabajo y le pedían a los asistentes sociales que enviasen a alguien para explicárselo[111].

Durante un cierto periodo de tiempo, se mantuvo una gran resistencia no sólo a acudir a la asistencia local, sino también a tomar caminos distintos de los del trabajo honrado que no había. El último gesto, antes del robo, era la carta a las autoridades, en general al gobernador del Estado. Un acto de confianza hacia el Estado por parte de honrados ciudadanos, que daba fe de la entereza social, de la solidez de los valores que trabajo y familia habían hecho coagular a su alrededor[112]. Leemos en una de estas cartas tan frecuentes:

> Es la primera vez en mi vida que he pedido ayuda y asistencia, pero, dadas las circunstancias actuales, debo hacerlo. Estoy desempleado desde hace mucho tiempo, mi mujer yace enferma en cama y necesita medicamentos, no tenemos ni una moneda para comprar algo de comer y nadie está dispuesto a hacer algo. No quiero ponerme a robar, pero no dejaré que mi mujer y mi hijo lloren de hambre [...]. Siento mucho tener que pedir, pero el hambre me empuja a hacerlo. Antes de ponerme a robar, le pediré, como gobernador de nuestro Estado, que me ayuden: suplico que se me ayude. Me veo obligado a comportarme así porque estoy desempleado y sin dinero. De cualquier modo, ¿qué es lo que falla en este país?[113].

Esta carta, enviada al gobernador Pinchot, de Pensilvania, puede considerarse la carta modelo que recibían las autoridades públicas, en la que, junto a las circunstancias que

---

[111] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 328: «Las mujeres, en particular durante los primeros años de la Depresión, se negaban a creer que no hubiese puestos de trabajo, tenía que haber algún fallo que tenía que ver con el varón. "¿No tienen a nadie que enviar [...] para decirle a mi mujer que no disponen de ningún trabajo para mí?", preguntó un desempleado de Filadelfia a un asistente social. "Se cree que soy yo el que no quiero trabajar"».

[112] Véase la opinión de W. E. Leuchtenburg, «La grande depressione», en M. Vaudagna (ed.), *Il New Deal,* Bolonia, Il Mulino, 1981: «No acostumbrados a las adversidades, los estadounidenses vieron la Depresión peor que otros países que no habían disfrutado del auge económico de la década de 1920 [...]. La Depresión representó un duro golpe para la fe de Estados Unidos en la unicidad de su civilización» (pp. 317-318).

[113] R. O. Boyer y H. M. Morais, *Storia del movimento operaio negli Stati Uniti,* cit., p. 269.

se aducían para justificar la propia petición de asistencia, se puede constatar sin dificultades una actitud todavía de gran confianza hacia el gobierno. La gente, fundamentalmente, no entendía qué había sucedido tan desastroso como para abatirse de manera tan imprevista y violenta tanto sobre ellos como sobre el Estado. Y le pedía al Estado una explicación y una ayuda. Y, con frecuencia, creía además haber contribuido con decisiones equivocadas a provocar ese destino desastroso al que ahora se enfrentaba.

El señor Grossup, experimentado ebanista, en la historia-entrevista en la que se narra su caso[114], piensa, justo después de que le hayan despedido tras 26 años de servicios para la Tonti Custom Furniture Company, en una ciudad del Medio Oeste de 300.000 habitantes, que tal vez si se hubiese ido a trabajar a la industria eléctrica, un sector que prometía desarrollarse en el futuro, las cosas hubieran ido de otro modo.

> Al principio, no se las había visto tan mal. Salía cada tanto, muy bien vestido, y se ponía a caminar rápidamente, el cuerpo erguido, el gesto del rostro controlado para expresar vivacidad, intentando dar la impresión de que iba a toda prisa a una entrevista de trabajo. Pero luego siempre terminaba en el parque. «Algo sucederá», le había dicho a su mujer, «lo dice hasta el presidente».

Al igual que él, muchos otros Grossup siguieron sintiendo la crisis como una catástrofe natural que en poco tiempo se resolvería. Sólo que, en lugar de resolverse, fue yendo cada año a peor hasta 1933.

En la historia que hemos contado sólo en parte, aparece perfectamente clara la dinámica de transformación política de los estratos sociales para los que la crisis no prevé sino destrucción. El proletariado negro, aunque todavía sin la potencia de masas y el papel pujante que le caracterizará en la década de 1960, se deja ya sentir como fuerza subterránea que está emergiendo: una fuerza viva contra la pequeña burguesía, totalmente cerrada sobre sí misma, que, unida ahora en el mismo destino de lucha feroz por la supervivencia, se dirige hacia la más profunda transformación.

El otro sujeto significativo de la entrevista es la mujer que, a pesar de su menor poder, no lo pierde tanto con la crisis como para que le avergüence pedir ayuda a

---

[114] *Ibid.,* pp. 377 ss. La historia continúa hasta la intervención de los vecinos y del Unemployed Council [Consejo de los Desempleados] para recuperar de la calle los muebles del señor Grossup, al que habían desahuciado. «[...] El señor Grossup no entendía bien qué había pasado. Era una hermosa confusión. Y él había recuperado su casa. Se sentía más fuerte. Ahora tenía amigos [...] parecía una fiesta [...] el dirigente negro de los desempleados, Hugh Handerson, con un bocadillo en la mano, estaba pronunciando un discurso desde la galería. También el señor Grossup se encontró pronunciando un discurso [...] hubo aplausos [...] la gran tensión y la terrible soledad se estaban alejando lentamente de él. Nunca antes se había percatado [...] de cuántas personas habían pasado ya por la misma experiencia».

los vecinos para resistir al desahucio: típica figura femenina de aquellos años, que debe afanarse en la sombra, sosteniendo el orgullo del fracasado *breadwinner* [cabeza de familia] y obligada al mismo tiempo a decidir en primera persona para salvar la situación.

Pero, enseguida, la evidencia de la dimensión de masas del desempleo dará a los desempleados un nuevo poder. Ya en 1930, las marchas y las manifestaciones son algo habitual en las grandes ciudades y en las sedes del gobierno. Es el comienzo de la primera lucha de masas de los desempleados en Estados Unidos. Lo que la caracteriza es que en su seno se desarrolla rápidamente una cooperación entre distintos estratos sociales que implica a todo el barrio, por lo menos allí donde la gente logra no dejarse desarraigar. Y pronto los lazos organizativos traspasarán los confines del barrio, de la ciudad, del Estado. Tres son fundamentalmente los tipos de lucha que los desempleados, y las mujeres de la familia, expresan con ellos: marchas, manifestaciones, asaltos a los comercios o, más adelante, a las oficinas de asistencia; luchas de resistencia a los desahucios; luchas contra los cortes de agua, gas y energía eléctrica.

Las primeras manifestaciones de lucha son saqueos de alimentos en los que participan hombres y mujeres. Pero al principio ni siquiera los propietarios de los comercios asaltados osan llamar a la policía. Fundamentalmente, no quieren que se cree alboroto y cunda el ejemplo. Por el mismo motivo, la prensa a menudo calla. A pesar de ello, los saqueos de alimentos parecen haber sido la lucha más extendida durante los primeros años. Podía ser, como cuenta un periodista de Nueva York a principios de 1932, que grupos de treinta o cuarenta hombres se presentaran en un comercio de las grandes cadenas de distribución pidiendo la mercancía a crédito. «Cuando el dependiente les decía que sólo se vendía al contado, le animaban a hacerse a un lado: no querían hacerle mal, pero tenían que conseguir algo de comer. Cogían un cargamento y lo repartían»[115]. De la misma práctica habla también I. Bernstein[116], mencionando otros ejemplos de saqueo colectivo de alimentos y concluyendo que, por lo menos hasta 1932, el fenómeno debió tener una dimensión nacional. El mismo autor advierte además que aunque la práctica tuviese límites éstos eran probablemente el resultado de un cierto control por parte de ciudadanos que tenían cierto peso. Resulta en este momento bastante difícil estimar la amplitud real del fenómeno. Con mayor motivo puesto que, tal como apuntábamos poco antes y tal como cuenta el propio Bernstein, los periódicos no recogían la noticia por

[115] L. Adamic, *My America, 1928-1938,* Nueva York, Harpers&Brothers, 1938, p. 309, citado en J. Brecher, *Strike!,* San Francisco, Straight Arrow Books, 1972 [ed. it.: *Sciopero! Storia dell'insorgenza operaia di massa negli Usa dal 1877 ai giorni nostri* II, Milán, La Salamandra, 1976, p. 7], texto que ofrece útiles noticias sobre las luchas de los desempleados y de los obreros.

[116] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., pp. 421-423.

miedo a contribuir con ello a promover la práctica. P. Ortoleva[117], en cambio, se inclina por una difusión más bien limitada de estas acciones, ofreciendo fundamentalmente dos posibilidades de explicación: una, que los trabajadores afectados por la Depresión consideraban injusto cargar con sus necesidades a los comerciantes pertenecientes a su misma comunidad, con frecuencia tan empobrecidos como ellos por la Depresión y que además se habían demostrado dispuestos a venderles a crédito para ayudarles a superar los momentos más difíciles; la otra, que en aquellos años se mantuvo en la mentalidad colectiva una barrera infranqueable, no entre comportamiento legal y comportamiento ilegal, sino entre «obtención de la riqueza a través del trabajo y parasitismo».

Con igual velocidad cuajan manifestaciones de miles de personas, en las que las mujeres –esposas, hermanas o madres de los desempleados– marchan con ellos. En 1930, como decía antes, estallan manifestaciones en todas las principales ciudades: Nueva York, Detroit, Cleveland, Filadelfia, Los Ángeles, Chicago, Seattle, Boston y Milwaukee. La presencia de los comunistas en estas manifestaciones, relevante en especial durante los primeros años de la Depresión, iba acompañada de consignas que por lo menos no apostaban exclusivamente al trabajo que no había. Más bien recalcaban: «Trabajo o salario», «Combate, no mueras de hambre»[118]. Y, en términos globales, podemos decir que su papel en estas luchas, al igual que el de los socialistas y los musteístas [militantes del American Workers Party (Partido de los Trabajadores Estadounidense), dirigido por A. J. Muste], consistió en contribuir a crear un contexto de unión a escala nacional[119].

De acuerdo con lo que cuenta Bernstein, el 11 de febrero de 1930, 3.000 desempleados se lanzan contra el ayuntamiento de Cleveland. Se dispersan cuando la policía les ataca con chorros de agua. Cuatro días más tarde, el Council of Unemployed de Filadelfia encabeza una manifestación de 250 personas que se dirige nuevamente al ayuntamiento y exige una entrevista con el alcalde Mackey. La policía les echa. Una semana después, 1.200 desempleados, hombres y mujeres, marchan contra la sede del gobierno municipal de Chicago. La policía, a caballo, carga contra la marcha, armada con palos, mientras miles de personas, desde las oficinas del barrio en el

[117] P. Ortoleva, «"Republic of penniless": radicalismo politico e "radicalismo sociale" tra i disoccupati americani (1929-1933)», *Rivista di storia contemporanea* X, 3 (1981), pp. 387-416.

[118] J. Brecher, *Sciopero! Storia dell'insorgenza operaia di massa negli Usa dal 1877 ai giorni nostri,* cit., abre el capítulo sobre las luchas durante la Depresión con este lema (II, p. 7). P. Ortoleva, «Il movimento dei disoccupati negli Usa (1930-1933)», *Primo maggio* 8 (1977), contiene algunas consideraciones rigurosas sobre el movimiento de desempleados hasta 1933.

[119] F. Fox Pivan y R. A. Cloward, *Poor People's Movements. Why They Succeed, How They Fail,* cit., dedican un largo comentario al papel desempeñado por comunistas, socialistas y musteístas, en particular en relación con el esfuerzo de articular una organización a escala nacional.

que se concentran los edificios gubernamentales, miran por la ventana. Su líder, Steve Nelson, es detenido. El 26 de febrero, frente al ayuntamiento de Los Ángeles, se repele con gases lacrimógenos a una muchedumbre de 3.000 personas[120]. El 6 de marzo de 1930, los comunistas declaran el «día internacional del desempleado». Hay manifestaciones en todo el país, con la participación de 1.250.000 personas. Más de 100.000 manifestantes salen a la calle en Detroit, 50.000 en Chicago y otros tantos en Pittsburgh. Además, en Milwaukee, Cleveland, Los Ángeles, San Francisco, Denver, Seattle y Filadelfia se reúnen multitudes de desempleados.

En Nueva York, William Z. Foster se dirige a una multitud de 35.000 personas en la Union Square, exhortándoles a marchar hacia el ayuntamiento. Se niega a encontrarse con un comité restringido y con el alcalde y comienzan los enfrentamientos. La policía, como ya había sucedido cincuenta y seis años antes, cuando había aporreado a los desempleados reunidos en la Thompkins Square de Nueva York, justificó su acción aduciendo que los desempleados eran comunistas. «Estas manifestaciones comunistas de principios de 1930», observa Bernstein, «no obtuvieron como resultado la promoción de la revolución en Estados Unidos, pero, a buen seguro, las cabezas sangrando hicieron saltar la cuestión del desempleo de noticia marginal a noticia de primera página en las principales ciudades de Estados Unidos»[121].

Los enfrentamientos con la policía eran ya muy duros, por la sencilla razón de que la movilización se había extendido a todo el país.

En la marcha del hambre a Washington de 1932, participaron 3.000 personas; la mitad eran negras y su iniciativa y capacidad de ataque eran evidentes en todas las manifestaciones. Millones de personas hambrientas estaban detrás de ellos. Al mismo tiempo, en el sur del país, aparceros blancos y negros se estaban sumando al Sharecroppers Union [Sindicato de Aparceros]. El dirigente negro de esta organización, Ralph Gray, fue linchado después de que se aprobara una moción que apelaba a la lucha y a la solidaridad internacional para salvar a nueve jóvenes negros de Scottboro, acusados, sin fundamentos, de violencia carnal. Era la acusación que con más facilidad se lanzaba contra los negros en el Sur, para intentar neutralizarles. El mismo año, los cultivadores de Iowa, Illinois, Dakota del Norte y el Estado de Nueva York bloquearon los camiones que transportaban leche y productos agrícolas, destruyendo los productos y dejando inservibles los camiones si no desistían. En este frente, la lucha era también extremadamente decidida. Se establecían puestos de bloqueo y se construían barricadas en las calles que llevaban a los grandes mercados. A los camioneros que no desistían se les recibía con una salva de piedras en el parabrisas, se les pegaba y sus camiones eran destruidos.

[120] I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., pp. 426-427.
[121] *Ibid.*

A los miles de veteranos que marchaban hacia Washington se les debía, conforme a una ley de 1923, 50 o 100 dólares como ajuste del sueldo militar[122]. En 1932, esos dólares podían representar la victoria sobre el hambre durante algunas semanas. Los damnificados llegaron a pie, en viejos coches, en camiones rotos y en trenes de mercancías, parando los trenes de pasajeros y pidiendo que les llevasen. Algunos venían desde Alaska. Ya hemos mencionado la presencia de mujeres y de niños acompañándoles. Cuando llegaron a ser una multitud, se les desvió hacia una zona llana, más allá del Potomac: la explanada del Anacostia. En junio, eran 25.000. Se organizaron en una especie de campamento en condiciones desastrosas.

Dirigieron la operación de respuesta contra los supervivientes el general Douglas MacArthur, el coronel Dwight Eisenhower y el mayor George O. Patton. *The New York Times* relata:

> El ejército regular bajó [...] por la Pennsylvania Avenue, con la caballería en primera línea, seguida de los tanques, las ametralladoras, la infantería [...]. A continuación, la caballería cargó. Cabalgaron por la calle, abriéndose camino con los sables y dando de lleno a quien se encontraba a tiro [...].

Y, a buen seguro, la infeliz victoria militar de Hoover marcó el fin de cualquier consenso residual con el que pudiera contar su autoridad. Si, ciertamente, no cabe duda de la poca receptividad de la gran mayoría de los veteranos hacia cualquier propaganda de ideología comunista, es igualmente cierto que, justo por ello y por esa sensación de sostener una aspiración legítima con la que los veteranos vivían la promoción de su reivindicación, no había espacio para que una respuesta gubernamental no sólo violenta, sino, es más, «con un despliegue total de las fuerzas militares», tuviera ni un atisbo de legitimidad.

La otra marcha imponente que terminó de manera aún más cruenta fue la de los obreros despedidos de la Ford de Dearborn, el 7 de marzo de aquel mismo año en Detroit. Cerca de 85.000 personas habían perdido el puesto de trabajo y querían presentar un proyecto conforme al cual se les podía volver a contratar. Los manifestantes rondaban los 3.000 y la manifestación estaba autorizada. Sin embargo, cuando, llegados a los lindes de la ciudad la policía les conminó a dar media vuelta, aunque los cabecillas de la manifestación instaron a mantener la «disciplina proletaria», los desempleados decidieron seguir presionando.

> La policía respondió con bombas lacrimógenas y la multitud con piedras, desechos y trozos de barro helado. Los bomberos de Ford lanzaron agua helada con camiones cis-

[122] No se les pagará esta suma hasta 1945.

terna contra los manifestantes, luego la policía abrió fuego, primero con fusiles y pistolas y, a continuación, con ametralladoras. Bajo la lluvia de balas, la multitud se dispersó: algunos intentaron llevarse a los heridos, mientras el resto huía por la calle, dejando tras de sí a cuatro muertos y multitud de heridos. Desde las ventanas que daban a la verja número 4 de la fábrica Ford, algunos técnicos rusos que se encontraban en Dearborn para aprender los métodos de producción de Ford observaban el espectáculo. Los cuerpos de las víctimas estuvieron expuestos durante dos días bajo una gran bandera roja y una fotografía de Lenin con la frase: «Ford nos ha dado balas, en lugar de pan». La banda de música tocó la marcha fúnebre rusa de 1905 y miles de obreros siguieron los ataúdes [...][123].

1932 es también un año de inflexión en el curso de la experiencia organizativa negra. Un ex obrero negro de la Chevrolet de Detroit, después de dos años de desempleo, se autoproclama Elijah Muhammad y funda la Nación del Islam, marcando con ello un giro en la historia del nacionalismo negro. Se trata entonces de un nacionalismo urbano que conlleva una desidentificación afirmativa tanto con respecto al gueto como a la plantación.

La manifestación de 1932 en Dearborn marca la revitalización de las luchas de fábrica. Los despedidos orientan la totalidad de sus exigencias hacia la fábrica y presentan un plan de trabajo preciso para que se les vuelva a contratar de inmediato. No creen que se les haya despedido de manera definitiva y, por lo tanto, no se dirigen tanto a los demás desempleados como compañeros de lucha, sino a los que todavía tienen un empleo.

Si Dearborn reabre el ciclo de luchas obreras y se caracteriza por exigencias totalmente internas a la fábrica, veamos cuáles son, en cambio, las *exigencias* que, desde el estallido de la crisis hasta 1932, caracterizan las grandes manifestaciones de desempleados que se propagan por todo el país, las marchas del hambre y la propia manifestación de los veteranos en Washington. En sustancia, las demandas, en lo inmediato, se centran en la garantía directa de renta, tanto en dinero como en bienes de primera necesidad, con la que el Estado debería comprometerse. A la vez se pide trabajo. Pero la relación con los antiguos patrones se ha interrumpido ya de manera definitiva. El destinatario de las demandas es, pues, el Estado, y tanto las oficinas gubernamentales como los edificios municipales son los lugares físicos donde, en definitiva, se concentra y vuelca la presión. Esta demanda tan masificada de renta, presentada ante el Estado, representa una novedad absoluta en la historia de la lucha de clases dentro de Estados Unidos.

Hemos dicho: renta suministrada por el Estado en dinero y bienes de primera necesidad. Pero, como es evidente, para conseguir esto, no bastaba con marchar ni

[123] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., p. 239.

simplemente con presentarse ante las oficinas locales o de los Estados. Por otra parte, Hoover, a través de la *Emergency Relief Act* [Ley de Ayuda de Emergencia], había constituido en 1932 la Reconstruction Finance Corporation [Sociedad Financiera para la Reconstrucción] para el préstamo de dinero a los Estados. Y ésta era la primera respuesta que el gobierno federal daba a las manifestaciones de desempleados. A saber: fortalecimiento de la responsabilidad de los Estados y apoyo a tal efecto del gobierno federal, como alternativa al miserable sistema de la caridad privada. Pero todo ello se mantuvo en un plano puramente formal, ya que, en realidad, a los Estados no les llegaba sino una mínima parte del dinero que se les había destinado: 30 de los 300 millones de dólares asignados[124]. El porcentaje más importante acabó en las arcas de tres grandes bancos, mientras Hoover formulaba como directriz para el país la invitación a «estirar el trabajo». En la práctica, esto quería decir recortes en la jornada y en el sueldo de quienes todavía trabajaban para dar algo de trabajo a algunos desempleados. Está claro, entonces, que el asalto directo y de masas a las oficinas gubernamentales y a los propios asistentes sociales[125] iba dirigido sobre todo a desbloquear esta situación de inactividad sustancial que todavía mantenía el gobierno federal. Sigue siendo ejemplar la marcha en Chicago de las 5.000 personas que, tras ser alojadas en locales municipales, pidieron que se les garantizasen tres comidas al día, atención médica gratuita, tabaco dos veces a la semana, el derecho a celebrar reuniones de organización política en los locales del ayuntamiento y ninguna discriminación contra los miembros del Unemployed Council. Consiguieron todo lo que pedían. Cuando en 1932 se produjo un recorte del 50 por 100 de los fondos de asistencia por parte de la Administración municipal en apuros, 25.000 personas volvieron a movilizarse y finalmente la municipalidad consiguió un nuevo préstamo de la Reconstruction Finance Corporation. Aún así, era frecuente que los asaltos a las oficinas gubernamentales terminasen con detenciones, heridos y muertos[126] y, mientras la presidencia estuvo en manos de Hoover, los resultados obteni-

[124] *Ibid.,* p. 222.

[125] Hay que recordar que, hasta la década de 1930, las contrataciones en el empleo público estaban reguladas fundamentalmente por criterios de clientelismo político. Con la demanda federal de 1939, el gobierno intenta introducir, en cambio, criterios meritocráticos y el principio de autoridad para obstaculizar la formación de poderes locales que escapasen al control del gobierno.

[126] Encontramos un relato detallado de esta y de otras manifestaciones que concluyeron de manera cruenta en H. D. Lasswell y D. Blumenstock, *World Revolutionary Propaganda* (1939), Plainview, Books for Libraries Press, 1970. A decir verdad, Chicago ya había sido lugar de frecuentísimos estallidos espontáneos, luchas contra los desahucios y otras luchas, no sólo en el momento que estamos considerando, sino también durante la crisis de 1873, cuando 20.000 personas, junto a los anarquistas que recalcaban que se trataba de *«bread or blood»* [pan o sangre], habían marchado contra la sede del concejo. Aquel mismo año, se habían formado marchas de entre 10.000 y 15.000 personas en Nueva York

dos por los desempleados de Chicago no podían desde luego considerarse significativos de la respuesta obtenida a escala de masas.

El dato fundamental era más bien que la protesta iba ya unificando y multiplicando la rabia de los que no tenían trabajo, dirigiéndola hacia el Estado para obtener fuera como fuera una garantía de renta. Y que el Estado ya no podía seguir resistiendo en este terreno. Esta reivindicación de renta, incorporada por los miles de manifestantes que llegaban incluso a dejar su lugar de residencia para ir a organizar a otros y organizarse con otros, representaba la recomposición política de clase más profunda que jamás el Estado se había visto en el deber de afrontar.

Puesto que lo cierto es que el desempleo desencadenado con la crisis de 1929 era un desempleo generalizado, destinado a seguir siendo un fenómeno endémico dentro la estrategia de acumulación y destinado en particular a crecer a partir de la posguerra, «desempleados y Estado» pasaron a constituir desde aquel momento la otra cara, igualmente importante, de «obreros y Estado». De hecho, a partir de entonces, el gobierno federal se encontraría irreversiblemente en el deber de responder a esta demanda política y, al mismo tiempo, de intentar hacer de su misma respuesta un momento de control entre trabajo empleado y trabajo desempleado.

Analicemos ahora también los años que van de 1933 a 1935, durante los cuales mientras prosiguen las luchas y las agitaciones y mientras se aprueban, con la administración Roosevelt, las primeras medidas significativas en relación con la asistencia, ante todo la FERA [*Federal Emergency Relief Act* (Ley Federal de Ayuda de Emergencia)][127], se siguen impulsando nuevas demandas específicas de renta, capaces de reunir en torno a su alrededor no sólo masas de desempleados, sino también de ancianos. Después de los negros, la población anciana es evidentemente la más afectada por la crisis[128]. El movimiento más formidable por la asistencia a los ancianos fue el del Old People's Movement [Movimiento de las Personas Mayores] o el del Townsend Movement [Movimiento Townsend], que toma su nombre de la persona que había formulado el proyecto más avanzado de pensiones nunca antes concebido: 200 dólares al mes de pensión a todos los mayores de 60 años. El fondo se crearía a través de impuestos nacionales sobre las ventas. El Townsend Movement contaba con círculos (los clubs Townsend) organizados por todo el país y partidarios que, llenos de entusiasmo, pegaban la foto de Townsend por todas partes, en

(L. H. Feder, *Unemployment Relief in Periods of Depressions,* Nueva York, Russel Sage Foundation, 1936).

[127] Trataremos más adelante los distintos planes de asistencia.

[128] A. M. Schlesinger Jr., *The Age of Roosevelt III. The Politics of Upheaval, 1935-1936,* Boston, Houghton Mifflin Company, 1960 [ed. it.: *L'età di Roosevelt III. Gli anni inquieti, 1935-1936,* Bolonia, Il Mulino, 1965].

los bares y en las paredes. En 1934 el movimiento había reunido ya a miles de manifestantes, que no tenían nada en contra de las dos condiciones para entrar en el proyecto de pensión: la primera, no trabajar, la otra, gastar toda la pensión a lo largo del mes. La propuesta la defendía también gente joven que se encontraba a cargo de familiares ancianos sin saber qué hacer para mantenerles. Si en 1928, de hecho, el 30 por 100 de los mayores de 65 años estaban a cargo de alguien, en 1935, el porcentaje había aumentado a un 50 por 100. Y esto en un momento en el que la proporción de población anciana se había duplicado con respecto a la de 1900[129]. En 1936 había ya 7.000 clubs Townsend, cada uno con una media de 300 miembros, que sumaban un total de dos millones de miembros; 15 millones de ciudadanos firmaron peticiones a favor del Plan Townsend. La potencia del movimiento era tal que, cuando se presentó el proyecto en la Cámara de Representantes en 1934, cerca de 200 diputados se ausentaron y, los que tuvieron el coraje de permanecer, votaron en contra sin la votación por llamamiento nominal.

Otro gran proyecto de renta garantizada fue el que impulsó Huey Long, por entonces gobernador de Luisiana, «rey de los peces», como se autodenominó en broma, y, durante una época, desde luego, defensor de éste. Se le creyó también buen candidato a la presidencia, como alternativa a éste. Figura no carente sin duda de ambigüedades y equívocos, a quien más de una vez tildaron de «fascista», murió asesinado.

Lo cierto es que era difícil encontrar el equivalente de los términos del debate ideológico y político de aquellos años en Estados Unidos en el debate europeo. Y la propia batalla ideológica desde la derecha y desde la izquierda en torno a la índole del *New Deal* constituye el ejemplo más macroscópico de lo que decimos[130]. Luisiana era una región en condiciones desastrosas cuando Huey Long se convirtió en su gobernador en 1928. Era el Estado con la proporción más elevada de analfabetos: probablemente un 25 por 100 de los hombres blancos de las granjas no sabía leer ni escribir. Ningún Estado dispensaba peor trato a los niños, que debían trabajar con una jornada extraordinariamente larga en los campos de caña de azúcar o de fresas, en las fábricas o en las naves para la conservación de gambas. El sistema viario esta-

[129] F. Fox Piven y R. A. Cloward, *Regulating the Poor. The Functions of Public Welfare,* Nueva York, Vintage Books, 1971, p. 101, un texto que no ha perdido su valor de clásico en lo que respecta a la información sobre las luchas durante la Depresión. Véase también A. Holtzman, *The Townsend Movement,* Nueva York, Bookman, 1963.

[130] Entre los mejores textos de análisis de las distintas posiciones ideológicas del periodo del *New Deal,* siguen figurando R. Hofstadter, ed. it.: *La tradizione politica americana,* Bolonia, Il Mulino, 1960 [ed. original: *The American Political Tradition and the Men Who Made It,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1951; ed. cast.: *La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron,* México, FCE, 1984] y, del mismo autor, *The Age of Reform. From W. Bryan to F. D. Roosevelt,* cit.

ba en pésimas condiciones, al igual que el escolar[131]. Huey, en contra de los intereses de los empresarios locales, hizo construir calles y escuelas. Su programa, tildado por lo general de «populista» en el momento de su lanzamiento en 1933 era *share our wealth!* [¡comparte nuestra riqueza!]. En la práctica, proponía una renta familiar garantizada por el gobierno federal de 5.000 dólares al año. Ganó popularidad entre los *rednecks**, consiguiendo su apoyo, al tener el coraje de actuar contra los intereses de los especuladores locales contrarios a cualquier tipo de obra pública en beneficio de la población. En 1934 declaraba que

> 254.000 hombres y mujeres decididos se han entregado ahora a una batalla sin tregua para repartir la riqueza de este país opulento, de manera que los niños no mueran de hambre y sus progenitores no tengan que suplicar para conseguir cuatro mendrugos[132].

El 4 de abril de 1932 se presentó en el Senado diciendo que en 1929 los 504 multimillonarios del país habían hecho más dinero que todo lo que habían ganado globalmente los 2.300.000 cultivadores que producían grano y algodón.

Después de su muerte, su legado fue recogido por Gerald L. K. Smith, que se unió a Townsend y al reverendo Coughlin para formar el Union Party [Partido de la Unión][133].

En 1936 este partido presentó a William Lemke como candidato a la presidencia: se trataba de una alianza ya por entonces poco operativa, debido a los grandes desacuerdos programáticos e ideológicos que la atravesaban, y que llevaría al partido a una estrepitosa derrota. No obstante, la formulación y la lucha por estos programas de renta garantizada, que reunieron a su alrededor a millones de ancianos y desempleados indigentes, constituyen un hecho extremadamente significativo, por la amplitud de la agregación que produjeron más allá de la derrota política con la que se toparon.

Las manifestaciones y los asaltos a las oficinas gubernamentales se mantuvieron a lo largo de los años, como decíamos, hasta 1935, incluso después de que se hubiesen aprobado las primeras formas de asistencia. Es más, en 1935, el 19 de marzo, tuvo lugar el primer gran levantamiento negro en Harlem, que a decir de Hofstadter marcó un punto de inflexión con respecto a los anteriores, puesto que no arrancó como reacción a provocaciones previas. Por el contrario, fue directamente un ataque a la propiedad blanca, con destrozos por un valor de dos millones de dólares, sobre todo en comercios de alimentación y ropa[134].

En la lucha de los desempleados, la otra cara de la exigencia directa de renta fue la defensa infatigable de la vivienda y las luchas contra los cortes de gas y electricidad. En especial en los inicios, la defensa de la vivienda se practicó con más fuerza y convicción de tener derecho a ello que el recurso a la asistencia. También en estas luchas el proletariado negro expresó una considerable iniciativa. De hecho, la lucha contra los desahucios empezó en el Lower East Side y en Harlem[135], para propagarse enseguida a otras ciudades. En 1930-1931, había ya grupos de gente que habían inventado distintas tácticas para impedir que la policía les tirase los muebles a la calle. Aunque, fundamentalmente, lo que lograba impedirlo era la presencia de un gran número de personas, organizadas a través de los Unemployed Councils, que acudían dispuestas a batirse con los oficiales de policía y con los agentes enviados para ejecutar los desahucios. No obstante, no era una victoria fácil. En Nueva York, lograron desahuciar a 77.000 familias. En Chicago, en especial en el barrio negro, donde el desempleo era enorme y la represión policial aún más brutal, era asaz difícil conseguir resistir a los desahucios. Los enfrentamientos en defensa de la vivienda dejaron también en las calles muertos y heridos[136]. En el campo, la lucha en defensa de las granjas sacadas a subasta no fue menos dura.

> Hubo también Grossups cultivadores de Iowa que acorralaban al subastador que vendía granjas cuya hipoteca había vencido: ellos, antes respetuosos de la ley y conservadores, amenazaban ahora ferozmente a quien ofreciera más de un penique por aquellas granjas. Tras alejar a un banquero o a un agente inmobiliario, con intención de comprar la granja en cuestión, los cultivadores solían hacer oscilar alusivamente una cuerda, mientras uno de ellos compraba por un penique la granja, que, a continuación, se restituía al propietario expulsado. A pesar de la ayuda de los vecinos y de las ventas por un penique, cerca de un millón de cultivadores perdieron su propiedad entre 1929 y 1933 por hipotecas vencidas[137].

---

[131] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt III. Gli anni inquieti, 1935-1936,* cit., pp. 42-43.

* *Redneck,* literalmente «cuello rojo», es un término que se utiliza para designar a los miembros de la clase obrera rural blanca, en particular del sur de Estados Unidos. *[N. de la T.]*

[132] B. Rauch, *The History of the New Deal, 1933-1938,* Nueva York, Capricorn Books, 1963, p. 72. Véase también T. H. William, *Huey Long,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1970.

[133] Véase también C. J. Tull, *Father Coughlin and the New Deal,* Syracuse, Syracuse University Press, 1965. Existe un amplio consenso también sobre la ambigüedad de esta figura, cuyo antisemitismo declarado es conocido.

[134] R. Hofstadter y M. Wallace, *American Violence. A Documentary History,* Nueva York, Vintage Books, 1971, p. 159. Cuando, ya en 1932, el consejo local organizaba grupos de desempleados que irrumpían en las oficinas gubernamentales, un 80 por 100 de los cabezas de familia de Harlem estaban desempleados.

[135] F. Fox Piven y R. A. Cloward, *I movimenti dei poveri. I loro successi, i loro fallimenti,* cit., pp. 72 ss.

[136] *Ibid.,* pp. 73 ss. Véase también I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit. y H. D. Lasswell y D. Blumenstock, *World Revolutionary Propaganda,* cit.

[137] R. O. Boyer y H. M. Morais, *Labor's Untold Story,* cit., p. 384.

En cuanto a los cortes de gas y electricidad, la gente se organizaba en escuadras del gas, que volvían a llevar el gas a las casas, y en escuadras de la electricidad, que volvían a tirar los cables al contador después de que la compañía local los hubiese cortado.

Junto a estas formas de lucha fundamentales, hay que mencionar aún las numerosas formas de autoorganización de la asistencia que inventaron los desempleados para sobrevivir, en particular en los años más oscuros, es decir, hasta la llegada de la Administración de Roosevelt. A finales de 1932 se contaban más de 100 organizaciones de asistencia e intercambio autoorganizadas presentes en casi 30 Estados, muchas de las cuales disponían de sistemas propios de bonos-moneda. A través de estas organizaciones, mujeres y hombres desempleados se unían y se intercambiaban sus bienes y servicios. Leña, pescado, miel y patatas que les sobraban a unos frente a reparaciones y arreglos de zapateros, carpinteros, sastres y peones que podían ofrecer otros. Obviamente, éstos no son sino ejemplos. La Unemployed Citizens League [Liga de Ciudadanos Desempleados] de Seattle estuvo entre las más significativas. Se organizó en 22 distritos del Estado de Washington e incluía a 13.000 familias, con casi 40.000 personas que dependían de los programas de asistencia autoorganizada[138]. Se la llegó a llamar la «Republic of the Penniless», la República de los Indigentes.

Aunque esta liga fue la más famosa, las organizaciones y comportamientos colectivos de base solidaria experimentaron una importante expansión y grandes posibilidades de articulación. El oeste de Estados Unidos fue probablemente la zona más afectada por el fenómeno. Pero se ha observado que, desde una perspectiva global, su onda expansiva involucró sin duda a más proletarios desempleados de los que involucró la propaganda de los partidos de izquierda, que no solían tolerar, dentro de los Unemployed Councils, ni siquiera la iniciativa solidaria de recoger fondos para el vecino en dificultades. La interpretación de estos comportamientos ha recibido una atención particular. Se ha puesto en evidencia que

> frente a la crisis de credibilidad del sistema político (tanto en el ámbito local, como federal), se oponía, más que un proyecto político alternativo (como el de los comunistas, cada vez más aislados), un conjunto de comportamientos prepolíticos, si así puede llamárseles, donde la comunidad aparecía como centro de relaciones sociales basadas en la solidaridad. Los desempleados y los proletarios afectados por la crisis tendían a instituir, en aquella fase, estructuras sociales relativamente autónomas, eludiendo el enfrentamiento con el poder político, al que intuían que no podían vencer, evitando dejarse llevar a contraponer, frente a la economía de crisis, un «proyecto económico» igualmente abstracto y ajeno, limitándose a la concreción de relaciones de ayuda recíproca [...]. El redescubrimiento no tanto del conflicto entre clases, como de su diferencia, de su separación [...] el redescubrimiento de la comunidad proletaria como único horizonte organizativo y, posiblemente, también económico (lo que E. P. Thompson llama «economía moral»), contrapuesto a una «economía política» y a una organización general de la vida que habían entrado en bancarrota.

Se ha propuesto calificarlos de fenómenos de «radicalismo social» frente al «radicalismo político», en tanto que no pueden reducirse a procesos lineales de «radicalización», sino que se trata más bien de profundas alteraciones de la mentalidad colectiva[139].

El «hazlo tú mismo» incluía, no obstante, también –tal como lamentaba la bibliografía de la época– un sector ilegal, en relación con el cual vale la pena mencionar sin duda la extracción y el contrabando de carbón en Pensilvania.

> Pequeñas cuadrillas de mineros desempleados excavaban pequeñas minas en los terrenos de propiedad de la compañía y extraían el carbón que otros compañeros suyos se encargaban de transportar a las ciudades vecinas y de vender a un precio inferior al habitual...

La amplitud de esta industria ilegal en 1934 se podía medir por su producción de 5 millones de toneladas por un valor de 45 millones de dólares, con el empleo de 20.000 hombres y 4.000 vehículos.

> Los funcionarios no actuaron contra ellos, los jurados se negaron a condenarles y los carceleros a mantenerlos en prisión. Cuando la policía de las compañías intentó detener la extracción de contrabando, los mineros se defendieron haciendo uso de la fuerza.

Hay que recordar también que en un determinado momento, los mineros llegaron a utilizar en la extracción clandestina los equipos mismos de la compañía para producir por su cuenta[140]. El propio Bernstein pone en evidencia el fenómeno de la expansión de prácticas ilegales diciendo que se desarrollaron rápidamente métodos discutibles de salir adelante[141].

---

138 A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., p. 234.

139 P. Ortoleva, «"Republic of penniless": radicalismo politico e "radicalismo sociale" tra i disoccupati americani (1929-1933)», cit., pp. 401, 408 y 410.

140 J. Brecher, *Sciopero! Storia dell'insorgenza operaia di massa negli Usa dal 1877 ai giorni nostri II,* cit., pp. 9-11.

141 I. Bernstein, *A History of the American Worker I. The Lean Years, 1920-1933,* cit., p. 322.

Por lo que se refiere al papel desempeñado por las mujeres en las luchas por la asistencia y, por lo tanto, por el dinero, en defensa de la vivienda, por la comida, por el gas, por la energía y por todo lo demás, hay que puntualizar algunas cosas. En las páginas precedentes hemos dicho en todo momento que la disgregación de la familia de la década de 1930 fue un fenómeno sufrido por la clase y que, por consiguiente, hay que interpretar desde este punto de vista los comportamientos de abandono de la familia por parte de la mujer, pero también del hombre o de los jóvenes. Abandonos que eran impuestos, al igual que la prostitución era una dura necesidad para las madres de familia o que el aumento de los nacimientos ilegítimos era probablemente fruto de las exiguas posibilidades de vida «regular». Del mismo modo que el declive mismo de los matrimonios estaba en gran medida provocado por condiciones desfavorables. En las luchas en el terreno de la asistencia de aquellos años no existía para las mujeres a escala de masas la posibilidad de construir una trayectoria autónoma contra la familia, como surgirá en cambio con los movimientos de las décadas de 1960-1970. Tanto en el terreno de la asistencia, en los primeros años de la Depresión, como, más tarde, en el terreno de la relación con la lucha de fábrica[142], las mujeres actuarán sustancialmente en defensa de la familia.

De Hoover a Roosevelt

El gobierno de Hoover

En un intento de analizar cómo se articula la respuesta gubernamental a partir de la crisis y, por lo tanto, de las luchas que la siguen, privilegiaremos ahora el terreno de la asistencia y, en términos más generales, de la reproducción de la fuerza de trabajo, ya que este aspecto de la relación Estado-clase es el que hemos querido examinar. A decir verdad, resulta bastante evidente que hasta una época relativamente reciente no se ha desarrollado en Italia un interés en esta dirección, mientras que el aspecto Estado-sector empleado de la clase y, por lo tanto, historia de la negociación colectiva, ha atraído desde hace ya años una atención considerable.

La novedad reside en la responsabilidad que, por primera vez en Estados Unidos, el Estado está obligado a asumir en un plano general a través de su órgano supremo de atribuciones, es decir, el gobierno federal. La asunción de esta nueva responsabilidad es, como veremos a continuación, muy complicada. No es casual,

[142] Sobre estas luchas, véase más adelante el apartado «Las mujeres entre familia, políticas de bienestar y trabajo retribuido», p. 234.

pues, que haya que esperar por lo menos a Roosevelt, aunque no al *New Deal*, para que esta transformación empiece a ponerse en marcha.

En la medida en que el Estado de Hoover es todavía un Estado que no ve en la masa de desempleados en lucha que le presiona el indicio de una nueva composición de clase, con respecto a cuya reproducción deberá asumir necesariamente responsabilidades, sino la reaparición bien de los antiguos ejércitos de reserva que era posible mantener a raya con las armas, bien de parásitos de los que en todo caso cabía despreocuparse, se coloca todavía más acá de tal transformación: más acá de la necesidad de asumir una responsabilidad directa con respecto a todo el proceso de producción y, por lo tanto, también con respecto a todo el proceso de reproducción social. En el momento en que quede clara la necesidad de este cambio, quedará también clara para el Estado la necesidad de modificación radical de todo su marco institucional, de modificación radical de las funciones que desempeña cada uno de sus órganos.

El *positive government* [gobierno afirmativo] que había caracterizado el Estado del periodo precedente, considerando también la experiencia de la War Industries Board [Consejo de Industrias Bélicas], experiencia breve y excepcional, pero extremadamente significativa como laboratorio político, no había llevado a cabo una integración entre mundo de la producción y mundo social. Como hemos afirmado anteriormente, el Estado durante ese periodo llega a programar en lo social, pero no es capaz de formular un modelo global de reproducción social en la medida en que se coloca todavía en un lugar exterior tanto al mundo de la producción como al de la reproducción.

Por consiguiente, el ámbito mismo de la asistencia, donde el único sector en el que se había desarrollado una actividad legislativa de alguna relevancia era el de las *mothers' pensions,* seguía estando aún totalmente relegado a un plano residual.

Hoover era un exponente ejemplar de la filosofía que había dominado durante la época precedente. Él mismo había definido siempre sus principios como el auténtico liberalismo frente al falso liberalismo de sus críticos de izquierdas. Su verdadera fuente de inspiración eran los principios del liberalismo del siglo anterior, que a lo sumo pensaba corregir. Pero, precisamente por esto, cuando el desencadenamiento de la crisis, con los problemas que hizo aflorar, evidenció la necesidad de modificar de manera radical esta filosofía y, con ello, de abandonar los viejos mitos del individualismo, del liberalismo integral, Hoover se precipitó hacia la derrota política. Su ruina coincidió con la quiebra del mundo del que venía.

> Las ideas que él representó –y por las cuales, después de 1929, resultará odioso y ridículo a ojos de tanta gente– fueron exactamente las mismas que, durante el siglo XIX habían atraído de manera casi irresistible a la mayor parte de los estadounidenses. En

las palabras de Jefferson, Jackson y Lincoln, estas ideas habían parecido nuevas y llenas de fuerza: en las de Herbert Hoover resultaban gastadas e insoportables[143].

La observación no sorprende ciertamente si pensamos en las frecuentes declaraciones optimistas que hizo, como la de 1931, justo después de la caída en picado de los mercados: «La principal actividad económica del país, la producción y la distribución de bienes producidos, se apoya en bases sanas y prósperas»[144]. En el fondo, Hoover no dejó de creer en ningún momento que la crisis la había generado algo ajeno a los mecanismos propios de la economía estadounidense, que en realidad tenía causas internacionales.

Aún en 1930, a finales de octubre, mientras las únicas puertas a las que podían llamar los desempleados eran las de la asistencia local o privada, concebida en esencia para obligarles a aceptar cualquier condición de trabajo –y que los desempleados, como ya hemos comentado, miraban con horror y evitaban siempre que podían–, Hoover había contestado, a quienes pedían una sesión especial del Congreso, reafirmando su confianza en que «"el sentido de organización voluntaria de la nación y el espíritu de civismo" se harían cargo de los desempleados»[145]. Ante el Comité de emergencia para el desempleo, que él mismo había debido nombrar poco antes a regañadientes, había presentado el problema de los desempleados como un «problema local»[146], oponiéndose a la vez –como hemos tenido ya ocasión de señalar– a cualquier propuesta concreta de empleo. Resulta evidente, en las vicisitudes gubernamentales que siguieron a estos hechos, que la fracción del sistema político de aquel periodo más «abierta» a los problemas sociales no podía dejar de chocar contra puertas cerradas, porque la solución requería, en realidad, la más radical transformación del propio Estado. El problema del desempleo, debido a la absoluta novedad con la que se planteaba, era un problema cuya solución no podía ser compatible con ninguna forma antigua de Estado. Era, repetimos, un problema por el cual el Estado debía garantizar la reproducción social de manera ampliada, en aquel momento, con independencia del trabajo, y, en el futuro inmediato, a través de la capacidad gubernamental de reconstruir ese trabajo y ese salario a escala general.

Se trata de un problema por el cual el orden social, en la medida en que pasaba por la estabilidad familiar y la familia por el salario del varón, exigía la reconstrucción de los pilares fundamentales sobre los que se sostenía la familia, aquella familia: el trabajo externo o, en cualquier caso, de manera inmediata, una renta para el hombre; y, a través de ésta, el trabajo doméstico de la mujer.

[143] R. Hofstadter, *La tradizione politica americana,* cit., p. 280.

[144] *Ibid.,* p. 294. Véanse además: W. S. Myers (ed.), *The State Papers and Other Writings of Herbert Hoover,* Nueva York, Doubleday, 1934 y W. S. Myers y W. H. Newton (eds.), *The Hoover Administration. A Documented Narrative,* Nueva York-Londres, Scribner's Sons, 1936.

[145] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., p. 156.

[146] *Ibid.*

El Estado de Hoover no asume nada de todo esto. El presidente prefiere afrontar el problema de la sequía que, en el verano de 1930, destruye cosechas y ganado en todo el sudoeste. De hecho, organiza de inmediato un programa de asistencia para este problema, pidiendo al Congreso que destine fondos para préstamos gubernamentales que permitan a los agricultores comprar semillas, fertilizantes y pienso para el ganado. Pero cuando los senadores demócratas le piden que asigne asimismo fondos para los desempleados o que distribuya también entre los desempleados el grano destinado al ganado, Hoover responde que tales medidas le parecerían reprobables[147]. Encomiable, e incluso algo que habría que promover, le parece en cambio la decisión de «repartir el trabajo» por la cual, tal como apuntábamos, se conmina a quienes ya sufren estrecheces con su salario a donar un día de su semana laboral a los comités de asistencia. Mientras hay quienes se envuelven en periódicos para resguardarse del frío, los niños no pueden ir al colegio porque no tienen zapatos ni abrigo, muchas personas mueren de hambre sin un techo sobre la cabeza y ya han aparecido como invención extrema de un trabajo que no existe los vendedores de manzanas que compiten a ver quién puede sacarles un brillo más rojo, Hoover anuncia en 1931 que una investigación realizada a escala nacional le ha convencido de que las organizaciones a escala local y los Estados pueden hacer frente a las necesidades de asistencia para el próximo invierno y nombra un nuevo comité, la Organización Presidencial para el Socorro de los Desempleados, cuya función estriba principalmente en promover la caridad privada.

Los dirigentes de la AFL respaldaron la política de Hoover en su conjunto, asegurando que «la prosperidad estaba a la vuelta de la esquina», y prácticamente no hubo huelgas convocadas por la AFL para oponerse a las reducciones salariales. Este sindicato, por su parte, ya se había declarado en 1930 radicalmente contrario a cualquier forma de seguro de desempleo, sosteniendo las tesis fordianas de acuerdo con las cuales el propio seguro transformaría al desempleado asistido en un «disminuido en manos del Estado».

[147] R. Hofstadter, *La tradizione politica americana,* cit., p. 301, observa: «Las repercusiones en el plano político de la carestía de 1930 sirven para iluminar sobradamente las particulares convicciones económicas de Hoover, en las que se basaba su política de ayudas. En diciembre, Hoover aprobó el uso por parte del congreso de 45 millones de dólares para salvar el ganado de las granjas de Arkansas afectadas por la carestía, pero se opuso a añadir 25 millones de dólares para nutrir a los agricultores y a sus familias, insistiendo en que la Cruz Roja podría hacerse cargo de ellos». Véase también A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit.

Su dirigente, William Green, considerará conveniente rasgarse las vestiduras en el congreso de Vancouver de 1931, augurando catastróficas revoluciones que penderían justificadamente sobre la cabeza de los empresarios[148] si no se coordinaban enseguida entre sí. Pero, con ello, la AFL simplemente evitaba dar su apoyo al seguro obligatorio contra el desempleo, defendido en cambio por Dan Tobin, del sindicato de maquinistas, y por otros sindicalistas más audaces. Y, a decir verdad, la presión ejercida por las continuas manifestaciones y luchas de los desempleados, organizadas por todo el país, y el propio desorden social debido al cual el presidente de la Asociación Nacional de Industriales declaraba, en concordancia con Hoover, que el verdadero problema, que se elevaba por encima de todos los demás como un coloso, no era el desempleo, sino la delincuencia[149], habían inducido con fuerza en el mundo político, industrial y agrícola la sensación de que la revolución podía en efecto estallar de un momento a otro. En 1932, Edward F. McGrady, representante conservador de la AFL, declaraba ante un comité del Senado que a pesar de los sermones de los dirigentes de la AFL exhortando a la paciencia, si no se hacía algo y la gente seguía muriendo de hambre, se abrirían de par en par las puertas de la revuelta en el país. A medida que las luchas de los desempleados –o la «delincuencia», tal como se prefería definirlas por lo general en los ambientes administrativos– evidencian la insostenibilidad de la situación y hasta la cuestión fundamental del debate político, la necesidad de equilibrio presupuestario, empieza a ponerse en entredicho y a ser objeto de ataques. Resulta significativo que sea de nuevo McGrady quien afirme que ha llegado la hora de que la Administración deje de declarar al mundo entero que lo más importante es equilibrar el presupuesto y «piense más bien en repartir pan y mantequilla»[150]. A pesar de todo, el *big business* [las grandes empresas] se cuida todavía mucho de instar a una intervención directa del Estado en la economía. Las altas finanzas y la gran industria se mantienen sustancialmente de acuerdo en que depresiones en los últimos 120 años ha habido muchas, en que el mejor modo de liberarse de los ciclos económicos es demostrar que son inevitables y en que el gobierno debe limitarse a gobernar y dejar en paz la economía. Con estas tesis coincide asimismo Henry Ford (de quien parece ya comprobado que prestó ayuda a Hitler, incluso financiera)[151], así como el presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos. Y el punto más temido y más desagradable para unos y para otros es justamente el subsidio para los desempleados.

[148] R. Hofstadter, *La tradizione politica americana,* cit., p. 301. Véase además A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., pp. 169-170.

[149] *Ibid.,* p. 163.

[150] *Ibid.*

[151] Véase J. Pool y S. Pool, *Who financed Hitler,* Nueva York, Dial Press, 1979.

Muchos de los que hoy reclaman trabajo a voz en grito –decía el presidente de la Asociación Nacional de Industriales– o han hecho huelga en su puesto de trabajo o no quieren trabajar en absoluto y utilizan el desempleo para engrosar las filas de los comunistas.

Y Henry Ford sostenía que los seguros contra el desempleo sólo servirían para garantizar su perpetuación. No faltaban, sin embargo, quienes proponían alimentar a los desempleados con los desechos de los restaurantes, ¡a condición de que trabajasen cortando gratis leña regalada por los agricultores! Pero, en aquel momento, el primer giro significativo en el mundo industrial y financiero viene dado por la idea de una necesidad de planificación, que comienza lentamente a abrirse paso. Los más avisados empiezan a entender. «La trágica falta de planificación que caracteriza el sistema capitalista –escribía Paul Mazur, de Lehman Brothers, en 1931– proyecta una sombra sobre la inteligencia de todos los que participan en tal sistema», y Bernard Baruch, recordando el ejemplo de la War Industries Board, se apresura a pedir la suspensión de las leyes *antitrust* [antimonopolio] para permitir que «la industria se autogobierne bajo la sanción del gobierno»[152]. Se trata todavía de una afirmación genérica con respecto a la necesidad que se da ya de cimentación de la responsabilidad gubernamental para el relanzamiento y el control de la producción. Aunque nos acerquemos notablemente al problema, falta la conciencia de que para la recuperación del funcionamiento global no basta con la «sanción» del Estado, sino que el propio Estado debe ocupar un lugar propulsor y definitorio del desarrollo.

Se perfilan los primeros proyectos de planificación productiva por parte de algunas categorías, cuyo deber sería coordinar la producción y el consumo y estabilizar los precios. Sin embargo, la propia estructura de la economía, y no sólo la forma del Estado, obstaculizaban la realización de estos planes. Porque no se trataba de una mera coordinación más o menos amplia de la producción y de un control del consumo dentro del marco dado, sino de una modificación radical de la propia relación entre producción y Estado y, al mismo tiempo, necesariamente, de la relación entre reproducción de la fuerza de trabajo y Estado.

Hoover pudo suscribir sin dificultad la *Emergency Relief Act* en 1932 como ley que, en términos oficiales, asignaría fondos para el desempleo pero que, en la práctica, ahondaría aún más en la tentativa gubernamental de sanear la economía subvencionando a los grandes bancos. Por otro lado, esta ley permitía asimismo que, desde el punto de vista formal, ninguna contradicción viniera a sacudir el orden institucional. Ante todo, se mantenía inamovible la responsabilidad local o, a lo sumo, de cada uno de los Estados en relación con el problema del desempleo. La ley se li-

[152] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., pp. 165, 167-168.

mitaba a abrir a los Estados la posibilidad, insistimos, más nominal que otra cosa, de presionar a través de la Reconstruction Finance Corporation para que el gobierno federal le concediera un complemento presupuestario, en forma de préstamo.

> Cuando el gobernador de Pensilvania, Pinchot, hizo notar que el gasto de 60 millones de dólares para los desempleados que, en su Estado, superaban el millón, no les garantizaría más que 13 céntimos de dólar de comida al día durante un año y pidió 45 millones de dólares, la RFC, después de habérselo pensado mejor, puso a su disposición unos 11 millones. Al final del año, sólo 30 de los 300 millones de dólares se habían destinado a la asistencia y la cantidad que había ido a parar a los empleos públicos era aún menor[153].

Por otro lado, el propio Ogden Mills, de la RFC, la consideraba «una medida más que nada psicológica». Creía que, por el mero hecho de existir, tenía un gran efecto desde el punto de vista psicológico y que, cuanto antes se hubiera creado, menos habría hecho falta usarla[154].

Todavía en 1932, mientras la crisis se va profundizando cada vez más, los desempleados y los veteranos están en la calle y los obreros empiezan también a marchar amenazantes (recuérdense los acontecimientos de la Ford de Dearborn), el Estado sigue sin cambiar de rumbo. Hace frente a la situación con la guardia nacional y con el ejército.

El New Deal: *primeras medidas asistenciales*

Será con Roosevelt y, más en concreto, con el segundo *New Deal,* cuando se producirá la transición a una nueva forma de Estado, premisa de la posibilidad de operatividad de la propuesta keynesiana, aunque sólo con ese colosal impulso de las inversiones llegado con la Segunda Guerra Mundial y, en mayor medida, con las destrucciones-reconstrucciones de los años de posguerra, podrá en efecto despegar tal propuesta. Habrá que esperar hasta entonces, pues, para que el *master plan* [plan maestro] alcance la envergadura necesaria para hacer funcionar en el periodo siguiente la relación entre clase obrera y Estado capitalista de manera dinámica. Al mismo tiempo, el sector desempleado de la clase, que se enfrenta ahora a un desempleo general[155], expresa por primera vez una recomposición política objetiva a

[153] *Ibid.*, p. 225. Véase además G. Nash, «Herbert Hoover and the Origins of the Reconstruction Finance Corporation», *Mississippi Valley Historical Review* XLVI (1959).

[154] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt I. La crisi del vecchio ordine, 1919-1933,* cit., p. 220.

[155] «El desempleo de masas registrado durante el periodo 1918-1939 fue de dos tipos fundamentales. Por una parte, había un desempleo especial (o estructural), localizado en las industrias que habían

través de la reivindicación en masa de renta, que junto con el sector de la clase garantizado por un salario a través del trabajo, hace recaer de modo inmediato y directo sobre el Estado la necesidad de que éste se responsabilice en primera persona de su reproducción. Y obliga con ello al Estado a anticipar, por lo que respecta a los desempleados, esa asunción de una responsabilidad directa para con la regulación de la lucha de clases que sólo más adelante articulará toda la complejidad de su orquestación, a partir del sindicato industrial. Tal como hemos visto, la AFL, en 1932, sigue ignorando el problema de los desempleados, más allá de las previsiones escatológicas sobre la inminencia de la revolución, y el problema, en sustancia, no interesa tampoco al CIO. El nuevo conflicto se abre, pues, con el Estado y sólo con él. A partir de ahí, del terreno del desempleo, el Estado deberá descubrir los primeros pasos de su transformación en principal sujeto a cargo del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo.

En 1933 Roosevelt[156] llega al poder en un momento en el que para hacer frente a los cerca de 15 millones de desempleados la asistencia de los Estados se debatía entre el agotamiento de sus fondos y la imposibilidad de conseguir préstamos de cierta importancia a través de la RFC. El subsidio medio aprobado por la asistencia pública rondaba los cincuenta céntimos al día por familia. En algunos Estados, el 40 por 100 de los habitantes recibía ayudas; y, en algunos condados, esta cifra ascendía a ochenta o incluso noventa personas que recibían ayudas por cada cien habitantes. En todas partes faltaban fondos, mientras la protesta de los desempleados se propagaba sin cesar.

Por lo general, el primer paquete de medidas políticas para responder a la situación recibe el nombre de *recovery* [recuperación], en la medida en que estaría supuestamente inspirado en la necesidad imperiosa de salir de la crisis lo más rápido

crecido durante la guerra, cobrando dimensiones superiores a las requeridas en tiempos de paz [...] por otra parte, estaba el desempleo general, ligado al ciclo económico, que no se limitaba a industrias particulares, sino que se extendía por toda la estructura económica y reflejaba una insuficiencia general de la demanda real requerida, es decir, una situación de deflación»: H. W. Arndt, *The Economic Lessons of the Nineteen-thirties,* Nueva York, Oxford UP, 1949; [ed. it.: *Gli insegnamenti economici del decennio 1930-1940,* Turín, Einaudi, 1949, pp. 408-409].

[156] La fuente principal sobre F. D. Roosevelt es S. I. Rosenman (ed.), *The Public Papers and Addresses of Franklin Delano Roosevelt,* XIII volúmenes, Nueva York, Random House, 1938-1950, así como, del mismo autor, *Working with Roosevelt,* Nueva York, Harper, 1952. Véanse también J. M. Burns, *Roosevelt. The Lion and the Fox,* Nueva York, Harcourt, Brace&World, 1956; E. E. Robinson, *The Roosevelt Leadership, 1933-1945,* Filadelfia, Lippincott, 1955; y W. E. Leuchtenburg, *F. D. Roosevelt and the New Deal, 1932-1940,* Nueva York, Harper and Row, 1963 [ed. it.: *Roosevelt e il New Deal, 1932-1940*, Roma-Bari, Laterza, 1976]. Y, entre la memorialística, F. Perkins, *The Roosevelt I Knew,* Nueva York, Viking Press, 1946 y R. G. Tugwell, *The Democratic Roosevelt,* Nueva York, Garden City, Doubleday, 1957.

posible y fuera como fuera. Y, supuestamente también, muchas de estas medidas serían descartadas e invertidas después, con la llegada del periodo de *reform* [reforma], el segundo *New Deal*. Existirá, no obstante, una gran continuidad política[157] entre lo que es el corazón del primer *New Deal*, a saber, el famoso epígrafe 7a de la *National Industrial Recovery Act* [NIRA, Ley para la Recuperación Industrial Nacional] y el segundo *New Deal*, con independencia de la vigencia formal de las disposiciones legislativas que recogían aquél, en el sentido de que el Estado ya habrá asumido la definición de la relación entre capital y trabajo bajo nuevos términos. Una vez definida formalmente la necesidad de la negociación colectiva, no hará falta más que el vigor de la oleada de luchas de 1933-1937 para convencer hasta al capital más recalcitrante. Existirá asimismo –sostenemos– una gran continuidad en las obligaciones que el Estado asume ya en primera persona como proveedor de renta de los desempleados, entre la Federal Emergency Relief Administration (FERA), que, no obstante, en su concepción original de prestación económica directa, tiene una corta vida, y la *Social Security Act* [Ley de Seguridad Social]. Entre la revisión de la primera ley, por lo menos en lo que respecta a la prestación económica directa, y, tras los distintos proyectos de asistencia-trabajo sostenidos también por fondos de la FERA, la promulgación de la segunda ley, está la articulación ulterior y diversificada de un movimiento de protesta (recuérdese entre otros el Old People's Movement y el Share Our Wealth, de los que hemos hablado antes) que demuestra que, alcanzado un primer nivel de renta, desempleados, jóvenes y ancianos vuelven a estar en pie de guerra para conseguir más.

La FERA estuvo entre las primeras leyes en ser promulgadas (12 de mayo de 1933)[158]. La notable novedad de la que era portadora estribaba en que establecía por primera vez una responsabilidad directa del gobierno federal en relación con los desempleados. A tal fin, se fundó asimismo una Entidad de asistencia nacional y se asignaron 500 millones de dólares[159]. Era la primera vez que un flujo tan importante de renta –aunque concebido como *«relief»* [ayuda], es decir, como subsidio transitorio– se hacía afluir desde el Estado federal hasta las manos de los desempleados.

La FERA constituye para el Estado un cambio impuesto por la presión de las luchas y de la disgregación familiar y social que el desempleo de masas ha generado. Pero, al mismo tiempo, precisamente la incidencia y la difusión de estas luchas, que se prolongan desde hace ya cuatro años, constituyen un terreno respecto al cual la

---

[157] Véase L. Ferrari Bravo, «Il *New Deal* e il nuovo assetto delle istituzioni capitalistiche», en VVAA, *Operai e stato*, cit. Anticipamos que tenemos la intención de ofrecer referencias bibliográficas a propósito del *New Deal* necesariamente parciales, no tanto por la amplitud de la bibliografía producida sobre el tema, sino porque pretendemos privilegiar las referencias que se ocupan de manera más directa de los aspectos tratados. En todo caso, para algunas indicaciones generales, además de los clásicos sobre la Gran Depresión citados a lo largo del presente trabajo (sobre todo Schlesinger, Bernstein, Leuchtenburg y Hofstadter, pero también otros), véanse C. Beard y G. F. Smith, *The Old Deal and the New*, Nueva York, Macmillan Co., 1940; B. Rauch, *The History of the New Deal, 1933-1938*, cit.; M. Einaudi, *The Roosevelt Revolution*, Nueva York, Harcourt and Brace, 1959 [ed. it.: *La rivoluzione di Roosevelt*, Turín, Einaudi, 1959]; E. C. Rozwenc (ed.), *The New Deal. Revolution or Evolution?*, Boston, Colección «Problems in American Civilization», Amherst College, D. C. Heath and Co., 1959; W. Davies, *The New Deal. The Critical Issues*, Boston, Little Brown and Co., 1971. Además, cabe reseñar la antología editada por F. Mancini, *Il pensiero politico nell'età di Roosevelt*, Bolonia, Il Mulino, 1962, para una valoración política del periodo; las consideraciones de M. Tronti en *Operai e capitale* [1966], Turín, Einaudi, 1971 [ed. cast.: *Obreros y capital*, Madrid, Ediciones Akal, 2001] y, en conjunto, VVAA, *Operai e stato*, cit. Y, por último, F. Villiari, *Il New Deal*, Editori Riuniti, 1977. Por otro lado, entre todos los libros publicados en fecha reciente en Italia, destacaremos A. Duso (ed.), *Economia e istituzioni del New Deal*, Bari, De Donato, 1980, que recoge los artículos contenidos en el *America's Recovery Program*, Nueva York, Oxford UP, 1934, traducidos por A. Cecconi; VVAA, *Crisi e piano*, Bari, De Donato, 1979; M. Vaudagna (ed.), *Il New Deal*, cit. (en particular su «Introduzione»), así como, del mismo autor, «New Deal», en P. Bairati (ed.), *Storia del Nord America. Il mondo contemporaneo*, cit., pp. 262-297, y *Corporativismo e New Deal*, Turín, Rosenberg&Sellier, 1981. Entre los momentos de debate más recientes, recordaremos el seminario propuesto por el Istituto Gramsci sobre el tema «Estado y transformaciones capitalistas en la década de 1930», celebrado en Frattocchie el 18-19 de noviembre de 1978 (véase a este propósito *Rinascita* 48, 8 de diciembre de 1978, pp. 13-26); la mesa redonda organizada por *Il Manifesto*, «Quegli anni '30 del nostro presente» (véase *Il Manifesto* del 2 de diciembre de 1978); y la conferencia «Le trasformazioni del *welfare state* tra storia e prospezione del futuro», organizado en Turín del 15 al 19 de diciembre de 1981 por la Región del Piamonte, la Provincia de Turín, la municipalidad de Turín y la Fundación Lelio e Lisli Basso Issoco.

[158] La habían precedido otras disposiciones urgentes, muy pocas, como la *Emergency Banking Act* [Ley Bancaria de Emergencia], la *Economy Act* [Ley de la Economía], la creación del Civilian Conservation Corps [Cuerpo de Protección Civil] y el abandono del patrón oro, y vino seguida, inmediatamente después, de otras medidas, entre las que cabe citar la *Agricultural Adjustment Act* [Ley de Ajuste Agrícola], que definía una política agrícola nacional, la *Emergency Farm Mortgage Act* [Ley de Créditos Hipotecarios Agrícolas de Emergencia], que disponía la financiación de las propiedades agrícolas mediante hipotecas, la *Tennessee Valley Authority Act* [Ley de la Autoridad del Valle del Tennessee], que planificaba el desarrollo en el valle del Tennessee, la *Home Owners' Loan Act* [Ley de Créditos para Propietarios de Viviendas], que disponía la financiación de hipotecas para viviendas, y la *National Industrial Recovery Act*. Para una explicación precisa del contenido de estas leyes y para otras informaciones y comentarios sobre las medidas relativas a la asistencia, remitimos, además de a A. M. Schlesinger Jr., *The Age of Roosevelt*, cit., a J. Ph. Wernette, *Government and Business*, cit.; y a M. Fainsod, L. Gordon y J. C. Palamountain Jr., *Government and the American Economy*, Nueva York, Norton, 1948.

[159] No obstante, la FERA no tenía una relación directa con las entidades públicas locales. La mitad de los 500 millones asignados debían destinarse del siguiente modo: un dólar de los fondos federales por cada tres dólares gastados por cada Estado en asistencia pública durante los tres meses anteriores. La otra mitad estaba reservada para atender necesidades urgentes y el Estado federado no estaba en condiciones de atenderlas ni siquiera con la cuota que le correspondía. Véase M. Fainsod, L. Gordon y J. C. Palamountain Jr., *Government and the American Economy*, cit., pp. 771 ss.

prestación económica directa, a una escala tan generalizada y procedente directamente de un único punto de atribución, el gobierno federal, puede constituir un momento peligroso.

> Añádase que la política agraria del gobierno activada en el mismo año iba dirigida a aumentar los precios disminuyendo la producción, lo cual llevó a expulsar del proceso productivo a muchos aparceros y arrendatarios, relegándolos a la asistencia pública. Otros planes, como la TVA (Tennessee Valley Authority), discriminaban abiertamente a los negros en su política de contrataciones. Con todo, la FERA representó un paso adelante para la clase de una importancia sustancial. En primer lugar, sancionaba por primera vez la responsabilidad del gobierno federal en el campo de la asistencia pública. En segundo lugar, extendía el concepto de asistencia pública más allá de las categorías tradicionales de «huérfanos de viudas de bien», para incluir a «todas las personas desempleadas y necesitadas y [a] las personas dependientes de ellas»[160].

Pero precisamente porque la gama de beneficiarios era tan amplia y, al mismo tiempo, como decíamos, único el centro de atribución (el gobierno federal), el Estado deberá tratar inmediatamente después de redimensionar el alcance de la FERA. El problema, del lado capitalista, se configura como necesidad de vaciar la demanda de renta de toda capacidad de agregación ulterior de fuerzas, para transformarla, en cambio, en instrumento de control social del desempleo[161] y de redistribución

[160] M. Capps, «Lotte per il salario. Il Welfare Movement negli Stati Uniti negli anni sessanta» (texto mecanografiado), ponencia para la conferencia celebrada en enero de 1976 en el Seminario que coordiné bajo el título *Lotta delle donne e politiche della riproduzione della forza-lavoro* [Lucha de las mujeres y políticas de reproducción de la fuerza de trabajo], en el Istituto di Scienze Politiche e Sociali de Padua. Este trabajo me proporcionó sugerencias fundamentales para la interpretación de la política asistencial durante el *New Deal*. Sobre la TVA en particular, véanse P. Selznick, *TVA and the Grass Roots. A Study in the Sociology of Formal Organization,* Berkeley, University of California Press, 1949 y W. Droze, *High Dams and Slack Waters. TVA Rebuilds a River,* Baton Rouge, Louisiana State UP, 1965.

[161] Resultan textos útiles sobre las medidas de asistencia, empleo público y seguridad social, además de los que iremos citando sobre las articulaciones específicas de la propia asistencia: J. L. Arnold, *The New Deal in the Suburbs. A History of the Greenbelt Town Program, 1935-1954,* Columbus, Ohio State UP, 1973; E. E. Witte, *The Development of Social Security Act,* Madison, University of Wisconsin Press, 1962; J. F. Jones y J. M. Herrick, *Citizens in Service. Volunteers in Social Welfare During the Depression, 1929-1941,* East Lansing, Michigan State UP, 1978; D. Nelson, *Unemployment Insurance. The American Experience, 1915-1935,* Madison, University of Wisconsin Press, 1969; J. Pechman *et al., Social Security. Perspectives for Reform,* Washington, Brookings, 1969; y A. J. Altmeyer, *The Formative Years of Social Security,* Madison, University of Wisconsin Press, 1966. Encontramos un importante testimonio de uno de los protagonistas de la política asistencial en H. Hopkins, *Spending to Save,* Nueva York, 1936; y en H. Hickes, *Back to Work,* Nueva York, 1935; véanse además L. Meriam, *Relief*

de la masa salarial. Hay que avanzar gradualmente hacia la reconstrucción del trabajo, aunque se trate del trabajo de «llenar de billetes de banco botellas viejas», enterrarlas en minas de carbón abandonadas y reencontrar luego los billetes que éstas contenían[162]. Y es igualmente apremiante reconstruir, en torno a este trabajo, la familia como lugar fundamental de reproducción del propio trabajo. Los lazos familiares se han disgregado ya demasiado y la ausencia de los hombres de la familia y del trabajo, prolongada durante tanto tiempo, puede correr el riesgo de tornarse incapacidad de insertarse nuevamente en una y otro. Junto al problema del relanzamiento de la producción, el de la reconstrucción de la familia está, pues, tan presente desde los comienzos de la Administración de Roosevelt que, ya en junio de 1933, el presidente aprueba la *Home Owners' Loan Act,* que prevé la financiación de hipotecas para viviendas. En efecto, es imposible pensar en reconstruir y estabilizar los núcleos familiares si las familias no logran tener en primer lugar un techo sobre sus cabezas. Al mismo tiempo, la institución de la HOLC [*Home Owners' Loan Corporation,* Sociedad de Créditos para Propietarios de Viviendas]

> evitó el desastre que se cernía sobre el mercado inmobiliario y permitió que las entidades financieras recuperaran los préstamos hipotecarios. Su ejemplo sirvió para simplificar y liberalizar los métodos de financiación inmobiliaria en toda la nación. Su resultado más importante fue que, al permitir que miles de estadounidenses salvaran sus casas, consiguió fortalecer su confianza tanto en el orden social existente, como en el *New Deal*. Puede que ninguna otra disposición lograra consolidar en igual medida el apoyo de las clases medias al gobierno[163].

Mientras la FERA comienza a funcionar como prestación económica directa, se empiezan a preparar los primeros grandes planes de trabajo, ante todo aquellos gestio-

and Social Security, Washington DC, The Brookings Institutions, 1946; E. Abbot, *Public Assistance,* Chicago, The University of Chicago Press, 1940; G. Abbot, *From Relief to Social Security,* Chicago, The University of Chicago Press, 1941; P. H. Douglas, *Social Security in the United States,* Nueva York, 1936 (republicado por Arno Press y The New York Times, Nueva York, 1971). Remitimos también a los autores ya citados a propósito del desempleo en el segundo y tercer capítulo. El aspecto de la asistencia y de la seguridad social atrae en estos años una atención cada vez más amplia, en contraste con la menor concentración de estudios sobre otros aspectos del *New Deal.*

[162] J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money,* Londres, Macmillan and Co., 1936 [ed. it.: *Teoria generale dell'occupazione, dell'interesse e della moneta,* Turín, Utet, p. 270].

[163] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt II. L'avvento del New Deal,* cit., p. 299. Véanse también R. M. Fischer, *Twenty Years of Public Housing,* Nueva York, Macmillan, 1959; C. L. Harris, *History and Policies of the Home Owners' Loan Corporation,* Nueva York, Columbia UP, 1951; y T. McDonnell, *The Wagner Housing Act,* Chicago, Loyola UP, 1957.

nados por la CWA [Civil Works Administration]. En el proceso de puesta a punto de las distintas fases de la respuesta gubernamental a la crisis, esto es, en la redefinición de las funciones del propio Estado que deja de ser el gestor ante todo del orden público y mediador del conflicto, como sucede todavía con Hoover, para pasar a ser el organizador del trabajo social, estos planes constituyen un eslabón de mediación entre el momento inmediato de *recovery* [recuperación] que, por las dimensiones del desempleo y la extensión de las luchas, tiene que formularse como prestación económica inmediata y masificada, y el momento de *reform,* en el que esta prestación económica debe empezar a diluirse en el trabajo. Anticipamos ya que el relanzamiento del trabajo, en tanto que característico a la postre de toda la respuesta newdealista, coexistirá con la necesidad que tiene el Estado de reforzar también su función de proveedor directo de renta. En este sentido, la FERA marca un punto de inflexión a partir del cual no habrá ya marcha atrás, más allá de las modificaciones posteriores o de su abrogación. En cambio, la *Social Security Act,* que representará respecto a la FERA el paso a un momento de *reform,* intentará reintroducir entre los destinatarios de esta renta algunas estratificaciones precisas en función del trabajo. Y esto en particular en el caso de las pensiones y de las prestaciones por desempleo. Sin embargo, al mismo tiempo, esta medida deberá ampliar su ámbito de actuación, aunque de forma distinta, a categorías como los incapacitados para el trabajo o los niños necesitados de asistencia en general, porque las contradicciones que se han abierto con la crisis y las luchas derivadas de ella han abocado al Estado de manera ya irremediable a un terreno ampliado, global, de responsabilidad con respecto a la reproducción de la fuerza de trabajo.

También Francis Perkins, al igual que Roosevelt, que la había puesto al frente del Ministerio de Trabajo y nombrado presidenta de la Comisión de Gabinete para la Seguridad Económica, se declaraba convencida de que era más importante superar el desempleo que inventar estratagemas de seguridad social[164]. La CWA se proponía dar trabajo, antes del 15 de diciembre de 1933, a cuatro millones de desempleados y, a mediados de enero, este objetivo se había superado con creces. En 1933, se reactiva con dureza la lucha obrera, mientras, en el mismo año,

> posiblemente la AFL no tenía un aspecto mucho mejor que el de una asociación de pompas fúnebres, un grupo de sociedades artesanas de mutuo socorro, dirigido por ancianos cuya única preocupación era mantenerse en buenas relaciones con los patrones[165].

Con las fábricas ya en agitación y un sindicato que para entonces había perdido toda representatividad, si la FERA chocaba directamente con el rechazo patronal a admitir la

[164] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt II. L'avvento del New Deal,* cit., p. 306.
[165] H. Pelling citado por M. Tronti, *Operai e capitale,* cit., p. 297.

necesidad de alguna prestación por desempleo, la CWA no era santo de su devoción. Y esto fundamentalmente por tres motivos: (1) costaba más que la asistencia directa; (2) los proyectos de trabajo entraban en competencia con la iniciativa privada; y (3) el nivel de los salarios era muy superior al de la economía privada, en especial en el Sur[166].

Por otra parte, la *National Industrial Recovery Act* que, con el famoso epígrafe 7a, había sancionado la obligatoriedad de la negociación colectiva –aún así todavía lejos de volverse regla general y eficaz–, había establecido también la fijación de mínimos salariales para algunas categorías. Y esto debería poner fin a la discriminación en función del sexo y del color, por lo menos ésa era la intención.

Pero todos los proyectos gubernamentales de trabajo que se activarán a partir de 1933, a la par que, por un lado, tendrán un funcionamiento que excluirá a la mayor parte de las mujeres[167], que en torno a este salario masculino reconstituido tienen como deber principal permanecer en casa para hacer que la familia funcione, por otro, discriminarán duramente a los negros[168]. A su vez, el derecho a sindicarse, apenas instituido en el caso de estos últimos, entra en conflicto con la posibilidad real de encontrar trabajo y con el hecho de que los propios sindicatos les dejan fuera. Tampoco la creación del CIO en 1935 se traducirá automáticamente en una puerta abierta de par en par para los negros[169] o para las mujeres que trabajan con un empleo externo. Entre la apertura formal del CIO, como sindicato industrial, a representar a cualquier miembro del sector, y su representación real también de estos grupos, tenemos de por medio toda la historia de diferencias de poder, tanto de los negros como de las mujeres, en la industria, que no empezará a registrar cambios sustantivos, bajo distintas formas, hasta el periodo bélico.

A propósito de los negros, J. Jacobson observa que la adhesión del CIO a la causa de la igualdad racial, aunque por un lado es indiscutible, se manifiesta más a

[166] Para observaciones a este propósito, Véase nuevamente M. Capps, «Lotte per il salario. Il Welfare Movement negli Stati Uniti negli anni sessanta», cit., y M. Fainsod, L. Gordon y J. C. Palamountain Jr., *Government and the American Economy,* cit., pp. 772 ss.

[167] Para más información, véase el capítulo «Las mujeres entre familia de bienestar y trabajo retribuido», p. 234.

[168] Además de las obras ya citadas a propósito de los planes de asistencia-trabajo y de los datos proporcionados por Frazier en los estudios que ya hemos mencionado, véase R. J. Bunche, *The Political Status of the Negro in the Age of FDR,* Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1973, pp. 608 ss. Véase además B. Sternsher, *The Negro in Depression and War. Prelude to Revolution, 1930-1945,* Chicago, Quadrangle, 1969; B. Sitkoff, *New Deal for Blacks,* Nueva York, Cambridge UP, 1978; y F. B. Walters, *Negroes and the Great Depression,* Westport, Grenwood, 1970.

[169] H. A. Millis y R. E. Montgomery, *The Economics of Labor, III. Organized Labor,* Nueva York y Londres, McGraw-Hill Book, 1945, pp. 262-263. Véase también J. Jacobson (ed.), *The Negro and the American Labor Movement,* Nueva York/Garden City, Anchor Books/Doubleday, 1968, y L. Valtz Mannucci, *I negri americani dalla depressione al dopoguerra,* Milán, Feltrinelli, 1974.

través de la influencia que el CIO podía ejercer en el plano político general que a través de la acción directa[170]. Y L. Valtz Mannucci puntualiza ulteriormente esta afirmación:

> El CIO se declara contra el racismo e intenta sindicalizar a los negos *allí donde ya están presentes,* pero no trata de modificar ni la política de contrataciones ni la de cualificaciones que se aplican en cada sector industrial y en cada zona geográfica. La directiva no podía arriesgarse a perder a los afiliados blancos, oponiéndose abiertamente a los prejuicios que éstos compartían con la patronal[171].

El carácter discriminatorio para con los negros de los programas de asistencia que se ponen en marcha a partir de 1933 no sólo incumbirá a la FERA y a la CWA, sino también a esa enorme inversión gubernamental en empleo público que poco después representará la PWA [Public Works Administration]. El sector de la construcción, las obras viarias, la construcción de aeropuertos, etc., que absorberán una buena parte de estos programas, encontrarán en las nuevas técnicas empleadas un nuevo motivo para no contratar negros[172], aduciendo su cualificación baja o totalmente inexistente.

En cuanto a las ayudas directas de urgencia *(relief),* en las áreas rurales del Sur, chocaban con el racismo de los propietarios de casas y tierras, capaces de establecer las más altas cotas de arbitrariedad en el propio reparto de las ayudas. De ello no sólo se derivaba una proporción más elevada de familias blancas que negras entre los receptores de ayudas, sino que los montos destinados a los negros estaban claramente diferenciados entre sí, incluso dentro de un mismo Estado. Baste decir que, todavía en 1935, en diez Estados del Sur, con la excepción de Kentucky, donde el 10,9 por 100 de las familias negras recibía ayudas, frente al 17,2 por 100 de las familias blancas, la tasa de familias negras receptoras de ayudas no llegaba al 10 por 100. En ventiuno de los noventa condados de Georgia, las familias negras que recibían ayudas eran menos de una cuarta parte que las blancas. En las áreas urbanas –seguimos refiriéndonos al Sur–, las familias negras se las arreglaban mejor. Entre un 22 y un 46 por 100 de las familias negras de las áreas urbanas de dieciseis Estados del Sur y de la región de Columbia recibían ayudas, frente a las familias blancas, que las recibían en un porcentaje entre el 4 y el 18 por 100. Más de la mitad de las familias negras de las ciudades de frontera y cerca de un tercio de las de las ciudades del Sur se beneficiaban de la asistencia. En estos lugares, a veces, el porcentaje de asistidos negros era entre cuatro y siete veces mayor que el de blancos. Pero las familias negras recibían en todo caso prestaciones menores que las de los blancos. En 1935 percibían una media, calculada en trece ciudades del Sur, de 24,18 dólares frente a los 29,05 dólares de los blancos[173]. En las ciudades del Norte, donde la dificultad que tenían los negros para encontrar trabajo era aún más evidente, el porcentaje de familias que recibían ayudas era mucho mayor. Se calcula que rondaba el 52,2 por 100. Con la Works Progress Administration [WPA], en cambio, su posición experimentará alguna mejora. En 1937, los obreros negros constituirán el 23,3 por 100 del total de empleados en los planes de trabajo de la WPA en once Estados del Sur, porcentaje que ascenderá en los cuatro años siguientes al 26,1 por 100 en el Sur (y al 16 por 100 en el conjunto del país)[174]. En cuanto al CCC (Civilian Conservation Corps)[175], los negros desempeñaron en él un papel irrelevante. De nuevo no tanto como consecuencia de su concentración predominante en áreas rurales, sinò por prácticas discriminatorias precisas por parte de las entidades gubernamentales del Sur. Sacarán algo, en cambio, de la Farm Security Administration [FSA, Dirección de la Seguridad Agrícola], pero no de manera proporcional a su importancia como agricultores en el Sur. Mientras que los negros constituían en efecto un 37 por 100 de los agricultores de la zona, sólo el 23 por 100 de los que recibían créditos de la Farm Security Administration eran negros. Y obtendrán algunos beneficios de los programas de crédito a arrendatarios de tierras concebidos para que los arrendatarios y aparceros puedan comprar su vivienda. Cerca de 2.000 familias negras se beneficiaron de estos programas. Y cerca de 1.400 fueron incluidas en los 32 Homestead Projects [Proyectos residenciales] que correspondieron a trece Estados del Sur. Pero, para llegar a esto, habrá que esperar a 1940. En 1939, los agricultores negros percibirán también cierta ayuda de las *rental cooperatives* [cooperativas de alquiler] instituidas aquel año[176]. Antes de 1935, en cambio, la forma más importante de subsidio que recibían los negros de la asistencia, por lo menos en las ciudades del Norte, donde más alta era su participación en esta institución, se daba bajo la modalidad de las ayudas para madres y niños necesitados. Y éste será el terreno del que podrán partir con

[170] J. Jacobson (ed.), *The Negro and the American Labor Movement,* cit., p. 186.

[171] L. Valtz Mannucci, *I negri americani dalla depressione al dopoguerra,* cit., p. 13.

[172] E. F. Frazier, *The Negro in the United States,* cit., p. 601. Véase también M. W. Kruman, «Quote per i negri. La Public Works Administration e il lavoratore edile di colore», en M. Vaudagna (ed.), *Il New Deal,* cit.

[173] Para los datos que referimos, véase E. F. Frazier, *The Negro in the United States,* cit., pp. 601-602.

[174] *Ibid.,* p. 603.

[175] Véase J. A. Salmond, *Civilian Conservation Corps, 1933-1942. A New Deal Case Study,* Durham, Duke UP, 1967.

[176] Los datos aquí referidos están incluidos en E. F. Frazier, *The Negro in the United States,* cit., pp. 602-605. Para más información sobre las iniciativas de las que estamos hablando, remitimos nuevamente a M. Fainsod, L. Gordon y J. C. Palamountain Jr., *Government and the American Economy,* cit.

nuevas fuerzas las mujeres negras para, en la década de 1960, ponerse a la cabeza del Welfare Movement [Movimiento por el Bienestar] y establecer en un plano mucho más elevado la relación entre los asistidos en general y el Estado.

La CWA, en la cúspide de su actividad, había emprendido la friolera de 400.000 proyectos. Cerca de un tercio de los asistidos de la CWA trabajaba en las carreteras secundarias y en las grandes vías de comunicación[177]. Hubo hasta escritores y artistas a los que se les abrieron posibilidades de empleo gracias a ella. No obstante, los defectos de los que se acusaba a esta Administration, como decíamos, eran sobre todo su alto coste (a la postre de casi 1 millardo de dólares)[178] y también una estructura que carecía de mecanismos adecuados para evitar perjudicar a la iniciativa privada.

Entretanto, había cambiado también la composición de las listas de asistidos. Entre los recién llegados constituían un porcentaje importante los funcionarios que, después de cuatro años de desempleo, habían agotado todos sus ahorros y posibilidades de conseguir crédito de forma privada. Había, no obstante, mucha inquietud por parte de los encargados de la asistencia sobre lo que podía suceder con tal difusión de las prestaciones económicas. Por un lado, el viejo temor a los comunistas: «Son muchos, plenamente dedicados a infiltrarse entre los campesinos y a trabajar como castores»[179]. Por otro lado, los asistidos se estaban volviendo «insistentes cual mendigos»: «Cuánto más se hace por ellos, más quieren». Los asistentes sociales que, a diferencia de la composición que tendrán en la década de 1960, eran predominantemente varones, y no mujeres[180], decían: «[Los asistidos] empiezan a considerar a la CWA como algo que se les debe [...] y estiman que el gobierno no cumple con su deber. Y siempre quieren algo más [...]»[181]. Se añaden las lamentaciones de los propietarios de plantaciones del Sur, que decían que la asistencia volvía «imposible encontrar mano de obra negra barata». Un agricultor desolado escribió al gobernador de Georgia: «¡Yo desde luego no araría empujando una mula que no me pertenece desde el alba hasta el atardecer por 50 céntimos al día si pudiese conseguir un dólar y medio limitándome a hacer como si cavara un foso!»[182].

[177] En virtud de los planes de la CWA, se mejoraron 500.000 kilómetros de carreteras secundarias, se construyeron o mejoraron 40.000 escuelas, se empleó a 50.000 docentes, se construyeron 500 aeropuertos y se mejoraron otros 500. Y, además, se construyeron muchos parques, piscinas, canales, alcantarillados, etcétera.

[178] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt, II. L'avvento del New Deal,* cit., p. 271.

[179] *Ibid.*, p. 273.

[180] G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit., informa de que el problema de las mujeres desempleadas era particularmente difícil, porque no resultaba sencillo que entrasen en los planes de trabajo como lo hacían, en cambio, los trabajadores de oficina varones, que podían obtener empleo en las entidades gubernamentales (p. 195). Para algunas reflexiones sobre los *trabajadores públicos* en la década de 1930, véase además P. Bertella Farnetti, «Note sulla crisi del settore pubblico», en B. Cartosio (ed.), *Dentro l'America in crisi,* Bari, De Donato, 1980.

[181] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt II. L'avvento del New Deal,* cit., p. 276.

La CWA se había caracterizado por ofrecer empleos con sueldos regulares (por semana laboral de 30 horas), tanto a los asistidos como a los desempleados que por algún motivo habían rechazado la asistencia. La FERA, en cambio, debía limitarse a los asistidos, ofreciendo sueldos inferiores a la media. Los proyectos de trabajo de la CWA, empresa totalmente federal, se habían seleccionado con la intención ante todo de acelerar las contrataciones. El programa, en su momento de máximo apogeo, llegó a dar trabajo a cerca de cuatro millones de personas. Además, mientras que la CWA diseñaba y llevaba a cabo sus programas, la FERA sólo podía financiar operaciones estatales. No obstante, la FERA ejecutó una parte considerable del programa de la CWA, incluidos los proyectos preparados para los desempleados del sector administrativo. Por otra parte, en 1934, la FERA desarrolló nuevos programas autónomos, como la Federal Surplus Relief Corporation [Sociedad Federal de Ayuda a través de los Excedentes], por medio de la cual se distribuían en la ciudad los productos agrícolas que se acumulaban en los campos. Programa que, como es lógico, se topó enseguida con acusaciones de competencia con la iniciativa privada, por lo cual el alcance de su actuación real, antes de 1935, año en que quedó reabsorbido en la AAA (Agricultural Adjustment Administration), se limitó a la distribución de excedentes por un valor total de 265 millones de dólares[183]. La FERA cumplió asimismo una función de apoyo a la producción autónoma de los desempleados, algo que los industriales enseguida miraron también con malos ojos. Ya vimos, algunas páginas atrás, que para entonces había surgido un movimiento espontáneo con el que los desempleados se intercambiaban bienes y servicios. En determinado momento, éstos pidieron que los gobiernos de los Estados les proveyesen los equipos necesarios para fabricar lo que necesitaban para vivir. El Estado de Ohio compró una media docena de fábricas y otros Estados siguieron el ejemplo. Desempleados y desempleadas producían así para consumo propio vestidos, estufas, muebles, etc. En 1934 se calculó que cerca de 50.000 familias de toda la nación formaban parte de asociaciones de este tipo para la asistencia autónoma. En otoño de 1934 estas iniciativas para la producción constituían el 15 por 100 del trabajo concedido bajo la égida del Emergency Work Relief Program [Programa de Ayuda Laboral de Emergencia]. A causa de la hostilidad de los industriales, en dos años, la FERA otorgó poco más de tres millones de dólares a las cooperativas autoorganiza-

[182] *Ibid.,* p. 275.

[183] *Ibid.,* pp. 279-280. Véase también M. Fainsod, L. Gordon y J. C. Palamountain Jr., *Government and the American Economy,* cit., pp. 772 ss.

das de asistencia (aunque la producción para el uso obtuvo indirectamente un apoyo mayor de los programas de trabajo) y, en 1935, había entrado ya en declive. La FERA se articuló también como asistencia específica en el campo (con la Rural Rehabilitation Division, Sección de Rehabilitación Rural), para consolidar las estructuras agrícolas en los lugares donde ya existían o, incluso, para intentar –en balde– que arraigara el sueño rooseveltiano de comunidades agrícolas basadas en una industria descentralizada y en viviendas con pequeñas granjas autosuficientes. La Transient Division [Sección de Vagabundos], también de la FERA, que se ocupaba de las personas que vagaban sin domicilio fijo, se clausuró en 1935. En 1934, año en el que por los motivos antes indicados de poca conveniencia a ojos de los patrones, se cerró la CWA, la FERA aún continuó a duras penas desempeñando algunas de sus funciones. Habrá que esperar a la plena activación de la PWA, instituida en 1933, para que se relance la propia asistencia en ámbitos aún más amplios de trabajo[184]. La lentitud que caracterizó el trabajo de esta Administration daba plenamente fe de la intención sociopolítica en sentido estricto, y no económica, que la animaba: reconstruir a toda costa una amplia masa de salarios. Se construyeron «carreteras y autopistas, alcantarillados, conducciones de agua potable, instalaciones de gas y centrales eléctricas, colegios y tribunales, hospitales y cárceles, diques y canales, saneamientos y sistemas de regadío, malecones y terraplenes para evitar las inundaciones, puentes y viaductos, muelles y túneles». No obstante, una gran parte de los trabajos tenían que ver con las fuerzas armadas. Aún así, por lo que respecta al sector civil, se dice que con la PWA «el patrimonio nacional mejoró maravillosamente»[185]. Sin embargo, no todos los políticos que rodeaban a Roosevelt compartían el mismo entusiasmo por tales cotas de inversión gubernamental. Lewis Douglas, director de presupuesto, se lamentaba:

> Veo que el gobierno acumula gastos y gastos, de modo que la devaluación del papel moneda es inevitable, con la consiguiente destrucción de la clase media [...][186].

Por lo que respecta a la asistencia directa, en cambio, Roosevelt definía así su posición en 1934: que debía terminar dentro de un plazo preciso, volviendo a adoptar la forma exclusiva de asistencia a los pobres concedida por la Administración local

[184] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt II. L'avvento del New Deal,* cit., pp. 280-282. Sobre la PWA, véanse además A. W. MacMahon *et al.*, *The Administration of Federal Work Relief,* Chicago, Public Administration Service, 1941, y D. S. Howard, *The WPA and Federal Relief Policy,* Nueva York, Russel Sage Foundation, 1943.

[185] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt II. L'avvento del New Deal,* cit., pp. 287-289.

[186] *Ibid.,* p. 292.

y que Washington debía, en cambio, concentrar todos sus esfuerzos en emplear a todo desempleado apto para el trabajo en una inmensa oleada de obras públicas[187]. Se creó, por lo tanto, la WPA, cuyo objetivo era dar trabajo «con salarios de emergencia y en campos donde no se entre en competencia con la iniciativa privada», a diferencia de los criterios utilizados por la CWA, que tenía en cuenta las «necesidades familiares». Esta entidad se proponía dar trabajo a cerca de tres millones de desempleados, pero, al mismo tiempo, instauraba mecanismos de estratificación salarial. Los salarios de emergencia variaban con la especialización y la localidad de 19 a 94 dólares mensuales.

> Al principio, los salarios por hora estaban por debajo de los salarios habituales, pero en 1935, tras vigorosas protestas por parte de los sindicatos, se redujeron las horas de trabajo para elevar el salario por hora a los niveles corrientes[188].

En realidad, el empleo real que tal Administration logró ofrecer fue de dos millones y medio de puestos de trabajo. El resto se remitió a las Administraciones locales y a los Estados.

El New Deal: *hacia un sistema de «social security»*

Para apreciar mejor la trayectoria global de las luchas y las transformaciones del marco institucional dentro del que se irá desarrollando la historia de la asistencia-seguridad social en el periodo del segundo *New Deal,* hagamos algunas referencias a los momentos más relevantes de la lucha obrera[189]. Volvamos un instante atrás. Des-

[187] *Ibid.,* p. 296.

[188] M. Fainsod, L. Gordon y J. C. Palamountain Jr., *Government and the American Economy,* cit., p. 773. Véase también F. Fox Piven y R. A. Cloward, *Regulating the Poor. The Functions of Public Welfare,* cit., pp. 109 ss.

[189] El análisis más reciente sobre las luchas obreras de la década de 1930 es, como es bien sabido, muy vasto. Por nuestra parte, puesto que con el presente trabajo sólo pretendemos ocuparnos de este aspecto para las referencias indispensables, nos limitaremos a algunas indicaciones bibliográficas. Además de la obra ya citada editada por J. R. Commons, que, no obstante, llega sólo a 1932, y de los textos ya indicados como clásicos sobre el periodo de la depresión, todos ellos surtidos de una amplia bibliografía, nos parece que vale la pena mencionar también las siguientes obras: M. Derber y E. Young (eds.), *Labor and the New Deal,* Madison, Wisconsin, 1957 (entre cuyos artículos se recoge el famoso ensayo de S. Perlman, «Labor and the New Deal in Historical Perspective»); J. R. Green, *The World of the Worker Labor in Twentieth Century America,* Nueva York, Hill & Wang, 1980; J. Bernstein, *The New Deal Collective Bargaining Policy,* Berkeley, University of California Press, 1950; M. Du-

pués de Dearborn en 1932, 1933 y 1934 fueron años, tal como apuntamos ya, de fuerte reactivación de la lucha obrera. A pesar de que el epígrafe 7a de la NIRA en absoluto había tenido una traducción en la práctica a causa de la resistencia, todavía muy fuerte, que oponían los distintos capitalistas, el aparato gubernamental y, en particular, la judicatura (resistencia que expresaba claramente la dificultad de que se impusiera un punto de vista de capital colectivo), los obreros lo utilizaron a fondo. Junto al derecho de los obreros a «organizarse y negociar de manera colectiva a través de representantes de su elección» y la prohibición de cualquier «interferencia, limitación o coerción» por parte de los patrones, el epígrafe fijaba el principio del salario mínimo y de la jornada máxima. La ley se aprobó en junio de 1933 y la lucha en las fábricas se desplegó con particular vehemencia inmediatamente después.

> En la segunda mitad de aquel año, el número de huelgas fue igual al total de huelgas de todo el año anterior y los obreros en lucha fueron tres veces y media los de 1932. En 1934 hubo 1.856 huelgas, con 1.500.000 obreros involucrados, más del 7 por 100 de los empleados. Por lo tanto, no fue un gran número de conflictos, pero afectó a las grandes industrias y a los grandes sectores: los trabajadores siderúrgicos, los obreros del automóvil, los trabajadores portuarios de la costa del Pacífico, los trabajadores de la madera del Noroeste y, en primera fila y con la voz más alta de todos, casi 500.000 trabajadores del textil, con las siguientes reivindicaciones: semana laboral de 30 horas, salario mínimo de 13 dólares, abolición del *stretch-out* [estiramiento] (denominación de la *speed-up* [aceleración] en la industria textil), y reconocimiento de los United Textil Workers [Trabajadores del Textil Unidos][190].

En 1935, gracias a la fuerza expresada por estas luchas, el epígrafe 7a de la NIRA, ley que no preveía ningún mecanismo para obligar a los empresarios a observar sus dictados, queda apuntalado por una legislación sancionatoria que lo vuelve efectivo en la práctica.

El 5 de julio de 1935, el senador Robert Wagner consigue que se promulgue un proyecto de ley, la *National Labor Relations Act* [Ley Nacional sobre Relaciones Laborales], más conocida como *Wagner Act*, con la que se ratifica el derecho de los trabajadores a la negociación colectiva y a la huelga, previendo mecanismos sancionatorios para los empresarios que no respeten tal derecho. Con este objetivo, se funda el National Labor Relations Board [Consejo Nacional de Relaciones Laborales], que ya sea a través de sus intervenciones directas, ya sea a través de tribunales regulares, tiene el poder de obligar a los empresarios a que hagan respetar la ley. Aún así, harán falta dos años de luchas y habrá que llegar a la oleada de ocupaciones de fábricas de 1937, para que el Tribunal Supremo desista de las acusaciones de inconstitucionalidad contra la propia *Wagner Act*, alentando con ello de facto a la patronal en su actitud[191].

Por lo común, 1935 aparece señalado como el año del despegue newdealista, independientemente de si se quiere ver en él –como apuntábamos– la fecha de un cambio de rumbo radical, de un giro hacia un periodo de *reform*, frente a la fase anterior, definida como de *recovery*. Sin duda, se trata del año en el que la relación entre Estado y clase se hace más directa. Es el año de fundación del CIO. En el congreso de Atlantic City, John Lewis le propinó un puñetazo a Hutcheson, representante de los carpinteros. Ese gesto –que parece más premeditado que espontáneo– marca la ruptura entre la vieja AFL, sindicato de oficio, y el CIO, nuevo sindicato industrial. En un principio, el CIO no tenía que ser más que una fracción organizada dentro de la AFL para promover la organización en los sectores de masas. Pero, en 1936, el consejo ejecutivo suspende las diez federaciones que se habían afiliado al CIO, que comprenden en su conjunto a 10 millones de miembros. En 1938, el Comité se convertirá en el Congress for Industrial Organization [Congreso para la Organización Industrial]. En 1937, año, repetimos, de las ocupaciones de fábricas, y no sólo de fábricas, el número de afiliados al CIO superará ya el de afiliados a la AFL[192]. Hemos dicho: la relación entre Estado y clase se hace más directa... En las

---

bofsky, *American Labor since the New Deal,* Chicago, Quadrangle, 1971. Dentro de todo el material publicado en Italia, además de M. Tronti, *Operai e capitale,* cit., para una revisión argumentada de las obras más recientes, véase G. Romagnoli, «Il movimento degli scioperi negli Stati Uniti d'America (1900-1970)», en G. P. Cella (ed.), *Il movimento degli scioperi nel XX secolo,* Bolonia, Il Mulino, 1979.

[190] M. Tronti, *Operai e capitale,* cit., p. 286. Véase también G. P. Rawick, «Anni trenta. Lotte operaie Usa», en VVAA, *Operai e stato,* cit.

[191] H. A. Millis y E. Clark informan, además, de que entre 1937, año en el que el Tribunal Supremo de Estados Unidos reconoce la constitucionalidad de la Ley, y 1947 se presentaron en el Congreso por lo menos 169 enmiendas a la Ley Wagner (*From the Wagner Act to Taft-Hartley,* Chicago, Chicago UP, 1950).

[192] A finales de 1937, el CIO contaba con 3.700.000 miembros, la AFL, con 3.400.000. Entre los trabajadores inscritos en el CIO, había 600.000 mineros, 400.000 obreros del automóvil, 375.000 siderúrgicos, 300.000 trabajadores del textil, 250.000 trabajadores de la confección y 100.000 trabajadores agrícolas y de la industria conservera. Sobre el CIO, véase también A. Preis, *Labor's Giant Step. Twenty Years of the CIO* [1964], Nueva York, Pathfinder Press, 1972. Véase además F. Ferrarotti, *Il dilemma dei sindacati americani,* Milán, Comunità, 1954 y, del mismo autor, *Sindacati e potere negli Stati Uniti d'America,* Milán, Comunità, 1961; W. Galenson, *The CIO Challenge to the AFL,* Cambridge, Harvard UP, 1960; J. W. Hevener, *Which Side Are You on? The Harlan County Coal Miners, 1931-1939,* Urbana, University of Illinois Press, 1978; M. Dubofsky y W. Van Tine, *John I. Lewis,* Chicago, Quadrangle, 1977. Merece la pena mencionar asimismo, como aportación original a la historia de la negociación colectiva, con particular atención hacia sus orígenes, el libro de B. Ramírez, *When Workers Fight. The Politics of Industrial Relations in the Progressive Era, 1898-1916,* Westport, Greenwood

páginas anteriores, hemos puesto en evidencia que las luchas de los desempleados habían acercado ya esta relación a un punto que no se había dado nunca antes: la instauración de un primer plano de responsabilidad del Estado estadounidense para con la reproducción de la fuerza de trabajo, ante todo expresada como concesión directa de prestaciones económicas. De esta atribución de responsabilidad no hay retorno, aunque, como hemos visto, la forma que ésta cobra al principio está abocada a ser transitoria. Sin embargo, lo que obliga al Estado a volver a dar una plasmación concreta a su respuesta es precisamente el cruce entre la lucha de los desempleados y la lucha fabril, que estalla con violencia después de los primeros años de la crisis. La lucha de los desempleados había construido un indicador también para aquellos obreros que habían logrado conservar su empleo. La propia batalla por la regulación de las suspensiones de empleo, para que estas suspensiones estuviesen asociadas a criterios claros y objetivos y, sobre todo, a la observancia del criterio de antigüedad, es fruto directo de esta lección. Se trata de poner fin, en un momento en el que todo obrero percibe la inseguridad del puesto de trabajo como riesgo cotidiano, a la arbitrariedad de los patrones y de los jefes con respecto a las suspensiones de empleo y a los llamamientos al trabajo. Y, precisamente en estos años, con el sindicato industrial, el criterio de antigüedad pasará a ser un hecho fundamental de la vida obrera estadounidense[193]. Asimismo, del lado obrero, se determina la voluntad de acabar con la situación de que uno sólo cuente con sus recursos individuales frente al riesgo de quedarse desempleado o de llegar a anciano sin ningún apoyo. *El salario, por más alto que sea, ha demostrado no ser suficiente para garantizar por sí solo una mínima seguridad vital.* La familia, con los hijos jóvenes que mantenían a los mayores, con una mujer avezada en el saber de gastar y ahorrar, corre el peligro de desvanecerse en el momento en que el que pierde el puesto de trabajo es el hombre joven. El Estado está llamado a responder a este riesgo. La *Social Security Act* marca este giro decisivo.

Promulgada en 1935, la ley articula la asunción de responsabilidad por parte del Estado para con el desempleo, la vejez, la incapacidad para el trabajo y la necesidad de asistencia de los niños (en general con un solo progenitor). Por lo que se refiere

Press, 1978. Entre las aportaciones más recientes traducidas al italiano, véase, a su vez, P. Lösche, «Movimento operaio e New Deal. L'integrazione dei sindacati americani nel capitalismo organizzato», en M. Vaudagna (ed.), *Il New Deal,* cit. Encontramos, en particular, un desarrollo ulterior de la reflexión sobre la relación sindicato-gobierno en el reciente volumen de L. Valtz Mannucci (ed.), *Il rapporto sindacato-governo. Il caso del New Deal,* Milán, Unicopli, 1982.

[193] D. Montgomery, en colaboración con R. Schatz, «Di fronte alle sospensioni di massa dal lavoro e alla disoccupazione», en D. Montgomery, *Rapporti di classe nell'America del primo 900* (traducción italiana de una recopilación de artículos), Turín, Rosenberg & Sellier, 1980, p. 173.

al desempleo, los Estados, a instancias del gobierno federal, ponen en marcha programas: dentro de ellos, los patrones deben abonar al Estado una cuota proporcional a los salarios pagados y otra cuota al gobierno federal. Esta última está destinada a constituir un fondo nacional del que se conceden ayudas para que cada Estado cubra los gastos de gestión de sus programas. Sin embargo, este sistema de aseguramiento no cubre a todos los trabajadores sino, sobre todo, a los de la industria y el comercio[194]. En cuanto a la pensión de jubilación, se instituye por primera vez a través del Federal Social Security Board [Consejo Federal de la Seguridad Social], dependiente administrativamente del gobierno federal, un sistema de pensiones basado en las cotizaciones de patrones y trabajadores, que proporciona una pensión a partir de los 65 años de edad. Sin embargo, están excluidas todavía muchas categorías: los trabajadores agrícolas, los empleados del servicio doméstico, los marineros, los trabajadores precarios y los empleados públicos (desde los del ámbito federal hasta los de cada uno de los Estados y entidades locales), así como los empleados de las instituciones religiosas, de caridad, científicas, literarias y de educación. Las pensiones, constituidas a través de cotizaciones desde 1937, no se podrían exigir hasta 1942. Se preveía un régimen aparte para las pensiones de los ferroviarios, que habían conseguido ya medidas en la materia con la *Railroad Employees' Retirement Act* [Ley de Jubilación de los Empleados del Ferrocarril] de 1934.

A quienes eran ya ancianos o indigentes antes de 1942 o a aquellos a los que, en todo caso, no se les consideraba con derecho a pensión con el nuevo sistema, se les cubría en cambio con el *Old Age Assistance Program* [Programa de Asistencia a la Vejez]. Con él, el Departamento del Tesoro federal subvencionaba a los Estados para que pusiesen en marcha medidas para los ancianos que no entraban en el programa de pensiones administrado por el Federal Social Security Board[195].

Además de la asistencia para desempleados y ancianos, en los términos que acabamos de ver, se instituye una ayuda para niños necesitados (ADC), así como para lisiados, ciegos e individuos total y permanentemente incapacitados para el trabajo, y se pone en marcha una serie amplia de servicios en particular relativos a la sanidad[196]. La institución de la ADC representa una importante ampliación con respecto a las *mothers' pensions,* antes destinadas principalmente a las viudas con hijos. La legislación sobre las *mothers' pensions,* aunque, como hemos visto, había tenido una particular relevancia en el periodo anterior a la crisis y, sobre todo, era portadora de criterios destinados a funcionar de principios cardinales en la historia posterior de

[194] Véase M. Fainsod, L. Gordon y J. C. Palamountain Jr., *Government and the American Economy,* cit.; E. E. Witte, *The Development of Social Security Act,* cit.

[195] D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems,* cit., pp. 317-325.

[196] M. Fainsod, L. Gordon y J. C. Palamountain Jr., *Government and the American Economy,* cit.

la asistencia, había chocado con límites no sólo con respecto a la determinación de las titulares de derecho, sino sobre todo referentes a las modalidades de aplicación. Precisamente, esta distorsión que tenía lugar en la práctica debido a las Administraciones locales, que tendían a valorar más los elementos de meritoriedad del caso, de buena conducta de la madre, que la condición objetiva de necesidad, que se preocupaban más de «rehabilitar» el núcleo familiar que de socorrerlo, había mantenido restringido y fuertemente condicionado el ámbito de los titulares de derecho[197]. Ahora, la ADC pretende cubrir a los niños necesitados en general, casi siempre en familias con un solo progenitor a la cabeza, y una parte importante de la ayuda corre directamente a cargo del gobierno federal. Este nuevo salto en el sistema de asistencia a la infancia tiene su origen, como es evidente, en la presión ejercida sobre las oficinas gubernamentales por las madres que se habían encontrado, a escala de masas, con que ya no podían contar con el salario del varón. Un giro, éste, de extremada importancia porque determina la apertura de un terreno en el que se instaurará una nueva fase de luchas en la década de 1960, cuando las mujeres intenten rechazar que el dinero que reciben se etiquete de «asistencia», reivindicándolo, en cambio, como salario[198] por el trabajo de criar hijos. En la década de 1970, a pesar de tratarse de un periodo de crisis y de escasa circulación de las luchas, algunas rigideces del comportamiento femenino en este terreno se profundizarán aún más. En particular, el rechazo a vincular la maternidad al régimen familiar[199].

Una vez más, llama la atención, en la transformación general del marco de responsabilidades sobre la asistencia, de las entidades locales y estatales al gobierno federal, la extensión de la misma a distintas figuras de incapacitados para el trabajo en la medida en que, aunque parcialmente, demanda de este gobierno una responsabilidad hacia la reproducción de la fuerza de trabajo no sólo con independencia de su uso directo, sino también con independencia de una posibilidad de uso.

[197] R. Lubove, *The Struggle for Social Security, 1900-1935,* cit., pp. 110 ss.

[198] Tal como se desprende de numerosas entrevistas, la guerra de Vietnam añadió mayor determinación a las mujeres negras en su lucha por hacerse pagar como salario una producción de hijos que iban a destinarse –declaradamente– a los intereses gubernamentales en la guerra o en la fábrica. Sobre esto, véase de la que escribe, «A proposito del *Welfare*», en *Primo maggio* 9/10 (1977/1978) [ed. cast.: «A propósito de las políticas de bienestar», en este mismo volumen, pp. 99-109] y Milwaukee County Welfare Rights Organization, *Welfare Mothers Speak out,* Milwaukee, W. W. Norton and Co., 1972.

[199] Para respaldar lo que decimos, con apenas un par de pinceladas, mencionaremos el aumento –notorio– de los nacimientos ilegítimos que ha venido registrándose también en una medida creciente entre las mujeres blancas, el rechazo a denunciar al padre del hijo ante las autoridades públicas como condición para obtener el subsidio asistencial y las opciones de convivencia que, en especial en las grandes ciudades, cada vez coinciden menos con las opciones sentimentales.

En conclusión, podemos decir que la *Social Security Act* condensa, bajo el perfil de una garantía de renta, la respuesta gubernamental al impacto general de las luchas de los desempleados y de los obreros y de las mujeres con ellos. Con esta ley, se instauran y se coordinan por primera vez mecanismos globales de garantía de la reproducción que no sólo se refieren a las circunstancias de la fuerza de trabajo activa durante los periodos en los que no está involucrada directamente en el ciclo productivo, sino de franjas de la fuerza de trabajo excluidas en todo caso de la producción.

Pero no tendríamos una imagen acabada de la evolución del panorama gubernamental si no tuviésemos claro que poco después, esto es, en 1937, año crucial de las luchas, el propio Tribunal Supremo se ve obligado a capitular definitivamente sobre la cuestión del salario mínimo. A continuación, otra ley importante, la *Fair Labor Standards Act* [Ley de Estándares Laborales Justos][200] de 1938 puede sancionar, por fin y de manera definitiva, el salario mínimo, estableciendo una progresión de aumento de 25 a 40 céntimos la hora en siete años, y la jornada máxima: 44 horas semanales hasta 1939, 42 hasta 1941 y 40 a partir de entonces, para todas y todos. Se cierra, con esta ley, el proceso legislativo que define el salto que la clase ha impuesto al Estado del capital. La lucha de los desempleados ha generado una nueva fuerza y, sobre todo, una nueva perspectiva en la propia lucha de los obreros, aunque, a la postre, lo que obliga a ceder de manera definitiva a los capitalistas concretos y les lleva a aceptar la nueva función, la nueva forma del Estado, es precisamente la potencia de la lucha obrera. Los dos frentes han provocado, en términos objetivos, por primera vez, una ampliación del campo de lucha que nunca antes se había dado y han abierto un terreno de actividad gubernamental –el de la asistencia-seguridad social– destinado a convertirse de por sí en lugar fundamental de enfrentamiento en las décadas siguientes. Nosotras decimos que se cierra también aquí el periodo en el que la familia funcionaba como lugar de reproducción general de los obreros. La historia de la familia continuará en las décadas siguientes pero, a partir de la Gran Depresión, ya no como universo reproductivo, sino más bien como polo necesario e invariante con respecto a las posibilidades de ejercicio de funciones reproductivas por parte del propio Estado.

[200] D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems,* cit., pp. 376 ss. El autor calcula que, en 1938, esta ley afectó a once millones de empleados, aunque, de ellos, sólo 1.418.000 percibían antes de su promulgación menos de 40 céntimos la hora. Véase a este propósito M. Harrington, *The Other America (Poverty in the United States),* Nueva York, 1969 [ed. it.: *La povertà negli Stati Uniti,* Milán, Il Saggiatore, 1963, 1971²], que, comentando el posterior desarrollo legislativo de la ley bajo la Administración de Kennedy, observa que sólo cerca del 20 por 100 de los 3,6 millones de obreros afectados por la ley ganaba antes de ella menos de un dólar. Por lo cual, nuevamente, la situación de hecho, al legalizarse, no experimentó más que una ligera modificación (p. 89).

Las mujeres entre familia, políticas de bienestar y trabajo retribuido

Para puntualizar con más exactitud cómo, en el proyecto rooseveltiano, el Estado pretende impulsar ese proceso de consolidación de la institución familiar que había conocido una periodización significativa en la década de 1920, se impone aún un análisis de todo lo que sucede, no sólo en el plano de la asistencia-seguridad social, sino también en el ámbito del mercado de trabajo y, por lo tanto, en los porcentajes relativos de empleo masculino y femenino. Y también una mirada a los comportamientos de lucha y resistencia de las mujeres.

Hemos definido el proceso de consolidación de la institución familiar de la década de 1930 como algo más presente en las intenciones que en los hechos, puesto que, aunque el despegue a gran escala del *New Deal*[201] no se producirá sino a través de la guerra y la posguerra, este proceso se verá interrumpido precisamente por la necesidad de emplear durante la guerra de manera masiva a las mujeres. Se provocará con ello una contradicción irresoluble en la experiencia femenina[202] entre trabajo doméstico y extradoméstico, aunque el Estado intentará de nuevo, a partir de la década de 1950, dar un nuevo impulso al fortalecimiento de la familia, basándolo ante todo en una política de expulsión de las mujeres del mercado de trabajo.

Comportamientos de resistencia y lucha de las mujeres durante la Depresión

En los años más oscuros, justo después de la manifestación de la crisis, las mujeres –como hemos dicho– estaban siempre «de turno», aunque no constituyeran el estrato pujante en el frente de la asistencia y, tanto en aquellos años como en los inmediatamente siguientes, se levantaran ante todo «en defensa de la familia». No obstante, es interesante advertir que tal vez porque no experimentaron nunca las cotas de reclusión vividas por muchas mujeres en el periodo correspondiente en Europa, en esta identificación sustancial con la familia a menudo manifestaron una

[201] «Por más que sea cierto que los programas del *New Deal* sirvieron para alimentar a millones de estadounidenses necesitados, éstos fracasaron clamorosamente en el esfuerzo de restablecer el pleno empleo. Aunque en 1937 el producto nacional bruto volvió a situarse *grosso modo* en el mismo nivel que en 1929, al año siguiente, había 10.400.000 personas sin trabajo, aproximadamente nueve millones más que en 1929» (D. Montgomery, *Rapporti di classe nell'America del primo 900*, cit., p. 194).

[202] Sobre estos temas existe un documental cuyo interés y novedad, también desde el punto de vista científico, no tienen nada que envidiar a los de un texto de historia. Se trata de *Rosie, the Riveter* [Rosie, la remachadora], dirigido por Connie Field, 1980.

notable firmeza en la defensa de *sus propias* condiciones de vida, dentro y fuera de la familia misma.

A medida que los años más duros empiezan a quedar atrás, a medida que se reactiva también la lucha obrera, dos son los ámbitos femeninos a los que hay que atender. Por un lado, encontramos a las mujeres no empleadas en un trabajo externo –que constituyen, como sabemos, la enorme mayoría–, y que luchan al lado del hombre dependiente de la asistencia o de un patrón. Por otro lado, a las mujeres empleadas en trabajos fuera del hogar que, justo porque no tienen un poder de masas, pagan las consecuencias, junto a los negros, de una reestratificación de clase que, como ya no puede llevarse a cabo en función de la cualificación, se impone en función del color y del sexo. Empecemos por las primeras. No son, desde luego, las *nagging wives* [esposas rezongonas] que pintaba Fine. «Esposas irascibles con hijos lloriqueantes», de las que los obreros que ocupaban las fábricas estaban felices de liberarse y que de lo único de lo que recelaban era de que dentro de las fábricas circulasen por las noches prostitutas «que no cobraban»[203]. Es ya bastante conocido el modo en que las mujeres intervinieron en las ocupaciones de fábricas. Consideremos la ocupación de la General Motors, en Flint. «Después de bailar en la calle ante el Fisher Body n.° 2 [...]»[204] (por lo tanto, también ellas, y no sólo los hombres, disfrutan de la nueva sociabilidad que la lucha fabril abría), aquella nochevieja, cerca de 50 mujeres se reúnen y deciden formar el Women's Auxiliary [Grupo Auxiliar de Mujeres] para apoyar a los hombres dentro y fuera de las plantas. Estas mujeres se asignan la tarea de formar piquetes y organizar guarderías donde tener a los niños de las mujeres ocupadas en otras tareas de sostenimiento de la huelga, recogen comida y dinero y contactan a las «viudas» de la *sitdown* [huelga con ocupación de la fábrica], es decir, a las mujeres que viven con mayor sensación de debilidad las vicisitudes de la huelga, para explicarles los motivos de la misma y animarlas a movilizarse. Genora Johnson, de veintitrés años de edad, esposa de un líder de aquella lucha, decide formar, junto al primero, un segundo órgano de «mujeres valientes» que, en caso de necesidad, combatiese con los hombres: enseguida se suman 50 voluntarias y, en poco tiempo, ascienden a 350. Se forma así la Women's Emergency Brigade [Brigada de Emergencia de Mujeres]. La Brigada se organiza conforme a criterios semimilitares, con comandante en jefe (Genora) y capitanas. Genora declara: «Formaremos un cordón en torno a los hombres y, si la policía quiere dispa-

[203] S. Fine, *Sitdown. The General Motors Strike of 1936-1937*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1969. Véanse, del mismo autor, los importantes estudios publicados en *Mississippi Valley Historical Review*, junio de 1958; *Journal of Economic History*, septiembre de 1958 y *Michigan Alumnus Quarterly Review*, 1960.

[204] S. Fine, *Sitdown. The General Motors Strike of 1936-1937*, cit.

rar, tendrá que disparar contra nosotras». Estructuras parecidas se crean en Detroit, Cleveland y Toledo y tienen un gran impacto sobre los hombres que luchan en la fábrica. No hay duda de que la prolongación en el tiempo de aquellas huelgas y de aquellas ocupaciones no se habría dado si no hubiera exisitido una organización femenina en la retaguardia. Una organización que obligó a cambiar radicalmente las modalidades de gestión del trabajo doméstico y a poner a punto una serie de acciones estratégicas en función de la propia ocupación y de la prosecución de la huelga. Las mujeres de los obreros simularon una manifestación para el día de la mujer con objeto de desviar la atención de la policía de la ocupación de la fábrica, afrontaron los enfrentamientos duramente, resultando 14 mujeres heridas, y, a continuación, se las arreglaron para llevar la comida dentro de la planta y romper las ventanas desde fuera a fin de impedir que las bombas lacrimógenas asfixiaran a los que estaban dentro. Se organizaron también para ofrecer un servicio de atención médica. Como es lógico, ellas mismas se sentían transformadas por tal experiencia. Dice la mujer de un huelguista: «Por primera vez vivo con un objetivo definido [...]. Ya no me basta con ser una mujer, quiero vivir como un ser humano, con derecho a tener mis opiniones». Otra, algunas semanas después del final de la huelga: «Mujeres que apenas ayer se horrorizaban ante el sindicalismo, que se sentían inferiores ante la tarea de organizar, hablar o emprender iniciativas, casi de la noche a la mañana, se han convertido en la punta de diamante de la batalla sindical»[205]. Es una historia clásica, por un lado, pero con una fuerza y una articulación que vale la pena entender mejor. Lo que más nos interesa ver no es sólo a «las mujeres valientes» organizadas de forma semimilitar –lo cual constituye, con todo, un gran momento de ruptura con el hábito de quedarse en casa y estar a las órdenes de los hombres–, sino, también, la determinación que recorre este apoyo de las mujeres a la lucha fabril por impedir que la huelga se traduzca simplemente en un endurecimiento del trabajo doméstico.

En la ocupación de la General Motors de Flint, se da mucha cooperación en torno a este trabajo. En Bloomington, Illinois, sucede incluso algo distinto: las mujeres se van a una ocupación fabril, negándose a preparar las comidas, lavar los platos o responder al timbre hasta que sus maridos no les den más dinero. Claramente, a pesar de la escasez de información sobre las luchas de las mujeres en aquellos años, cabe conjeturar que comportamientos como éstos no fueron un ejemplo aislado[206].

Fuera, no se está sólo «junto al hombre». Se tiene también la determinación de no dejarse arrollar por el endurecimiento del trabajo doméstico en el hogar y, por lo tanto, hay una actitud de firmeza tanto hacia el varón como hacia las oficinas de asistencia. Veamos otro caso: de nuevo en 1937, en Detroit, 35 mujeres se atrincheran en una oficina de asistencia, pidiendo la destitución del supervisor y una reunión entre un comité y el nuevo supervisor para determinar los requisitos de las familias que tienen derecho a la asistencia; nuevamente en Detroit, 13 mujeres jóvenes ocupan otra oficina de asistencia en la que habían pagado una tasa de inscripción para tener trabajo, sin obtenerlo; en Nueva York, se suceden las ocupaciones de oficinas de asistencia por parte de mujeres y hombres por los motivos más variados (viviendas y bienes expropiados, incendios), pidiendo siempre dinero y bienes; en el Bronx, 24 mujeres realizan una ocupación para impedir el desahucio de algunos vecinos a manos de 25 policías[207]. En particular, 1937 fue el año en el que no sólo los obreros varones, sino también las mujeres hicieron ocupaciones por todo el país. Y ocuparon las oficinas de asistencia, las fábricas, los despachos, los bares o cualquier puesto de trabajo. Es el año en el que la combatividad en la negociación sobre las condiciones de vida y, por lo tanto, sobre las condiciones del trabajo doméstico va de la mano de la combatividad en la negociación sobre el trabajo extradoméstico. Hay hasta unas estudiantes que ocupan para protestar contra los reglamentos internos[208]. Ofrezcamos de nuevo algunos ejemplos. Las ocupaciones eran particularmente frecuentes en los comercios, donde tan fácil había resultado sustituir al personal durante las huelgas. Las mujeres ocuparon dos almacenes de Woolworth en Nueva York. Y lo mismo sucedió también en cinco grandes almacenes de F. & W. Grand. Sin sillas para sentarse, 150 dependientas y 25 chicos de almacén de G. C. Murphy, en Pittsburgh, hicieron una huelga de «brazos cruzados» por más salario y menos horas, aduciendo que: «Debemos pagar por nuestros uniformes y lavarlos y debemos barrer el suelo». También en el sector servicios se producían ocupaciones y huelgas. En las lavanderías (35 mujeres ocuparon la Durable Laundry) y en las cocinas y lavanderías de los hospitales (por ejemplo, en el Hospital for Joint Diseases de Nueva York y en el Jewish Hospital de Brooklyn). En los bares, donde las camareras se sentaban en las mesas y fu-

[205] *Ibid.*, p. 201.

[206] Si tenemos en cuenta el notable florecimiento que caracterizó el periodo desde principios de siglo hasta la Primera Guerra Mundial, no sólo resultan escasos los estudios sobre las luchas de las mujeres, sino también, en términos más generales, aquellos sobre la condición femenina en la década de 1930. Nos parecen no obstante dignas de mención, a propósito de esta huelga, las reflexiones de S. Reverby («With Barbies and Banners. Story of the Women's Emergency Brigade», en *Radical America* XIII, 5 [1979]), que, en una reseña de una película sobre este notable episodio de movilización de toda una comunidad obrera, cuenta cómo –de acuerdo con la entrevista concedida por Genora– los hombres, tras el fin de la huelga, habían considerado esta experiencia femenina un capítulo cerrado. Y habían pretendido el retorno *in toto* a la colada, los platos que lavar y los niños que cuidar. ¿Y las mujeres?, se pregunta S. Reverby.

[207] J. Brecher, *Strike!*, cit.; véase, en particular, sobre los ejemplos citados arriba y para informaciones y comentarios más amplios, el apartado «Sitdown», volumen II, parte I, cap. 5, epígrafe 3, pp. 45-91.

[208] *Ibid.*, p. 82.

maban: 450 empleados ocuparon las tres salas de té del Met, mientras «las chicas reían y charlaban en las mesas que antes habían servido» hasta que se volvieron a casa aquella noche con un 25 por 100 de aumento de la paga. «Las 150 mujeres que habían servido comidas en la cantina de la compañía improvisaron una danza de la serpiente golpeando cuchillos y tenedores contra los vasos de metal»... «Unas mujeres se atrincheraron en tres establecimientos de tabaco durante varias semanas [...]»[209].

1937 es el año en el que se descubre la forma de lucha de la ocupación y es utilizada por toda la sociedad: ocupan hasta quienes han tenido puestos en la WPA, ocupan los reclusos en las cárceles, ocupan los niños en las salas de cine. Es una forma de lucha empleada no sólo contra patrones concretos de fábrica (el *sitdown* «vence el aburrimiento, la degradación y el aislamiento de la fábrica»)[210], sino, en última instancia, contra el peso del trabajo y la disciplina en general[211].

1937 es el año en el que la defensa de la calidad de vida y la negociación sobre el trabajo externo por parte de las mujeres están particularmente próximas una de otra, ambas atravesadas por la sensación de rebelión abierta. Pero se trata de un momento particular[212], sostenido por la fuerza masiva de las grandes huelgas y de las ocupaciones de los colosos industriales.

Mujeres y trabajo retribuido

Ya hemos tenido ocasión de anticipar que, remitiéndonos al Censo de 1930, las estimaciones apuntan a unos 10.600.000 mujeres empleadas frente a unos 38.000.000 de hombres. En comparación con el masculino, el empleo femenino se caracterizaba por estar compuesto fundamentalmente por mujeres más jóvenes y solteras. El 17,1 por 100 estaba constituido por mujeres negras y el 10,8 por 100 por mujeres inmigrantes blancas. En el empleo masculino, en cambio, el 9,6 por 100 estaba compuesto por varones negros y el 16,4 por 100 por varones inmigrantes blancos.

Entre 1930 y 1940, los porcentajes de empleo femenino en los tres grandes sectores a los que se alude bajo los epígrafes de trabajo administrativo, servicios personales y domésticos y trabajo manual y semicualificado variarían respectivamente de un 44,0 a un 44,9 por 100, de un 29,6 a un 28,9 por 100 y de un 26,5 a un 23,9 por 100[213]. Por lo

[209] *Ibid.*, pp. 80 ss.

[210] *Ibid.*, p. 51.

[211] *Ibid.*, p. 83: «Estas luchas mostraban que la falta de poder que la gente normal notaba respecto de su vida cotidiana llevaba a la revuelta no sólo en las fábricas, sino en toda la sociedad en su conjunto».

[212] Se calcula que sólo en marzo de 1937 hubo 170 ocupaciones industriales de las que se tuviera noticia oficial. Pero sin duda fueron muchas más.

tanto, los sectores que, en el periodo considerado, seguirían contratando a la mayor parte de la fuerza de trabajo femenina serían el administrativo y el de servicios personales y domésticos. En el ámbito industrial, en cambio, las mujeres estaban empleadas sobre todo en ramos como el textil, el de la confección, la peletería, el tabaco, los alimentos y otros[214]. Justamente debido a esta diferenciación del ámbito de empleo femenino con respecto al masculino, las mujeres se vieron menos afectadas por el desempleo, aunque resulta difícil tener datos exactos al respecto dado que las únicas fuentes fiables siguen siendo el Censo de 1930 y el de 1940. En 1930, la tasa de desempleo femenino era de 4,7 por 100, frente a una tasa en el caso de los varones del 7,1 por 100.

Sin embargo, parece muy probable que en los años que siguieron a 1929 la situación del desempleo femenino empeorase en comparación con la del masculino[215] y resulta también significativo que se registrase un cierto retorno de las mujeres negras al trabajo doméstico asalariado.

Hay que señalar, con todo, que, si bien la evolución del desempleo femenino en la industria podía representar la continuación de tendencias ya en marcha, la ralentización del crecimiento del empleo femenino en las categorías calificadas de *white collar* y *professional work* constituía una novedad con respecto a la evolución de estos sectores en el periodo precedente. Y, por lo tanto, era un indicador más significativo de los efectos que la Depresión había inducido en algunos perfiles del empleo femenino. Las categorías de *servicios personales y domésticos* que a lo largo de la década de 1930 suponían todavía un 30 por 100 del total de empleo femenino experimentaron, a su vez, importantes transformaciones en su seno. De hecho, muchísimas mujeres designadas como pertenecientes a estas categorías desempeñaban ahora tareas de peluquería, manicura, obstetricia, enfermería genérica y ordenanza de ascensores. En la categoría de «servicios», además, estaban incluidas las mujeres propietarias-trabajadoras o gerentes de lavanderías, las trabajadoras de hospitales u otras instituciones y las mujeres que administraban hoteles y restaurantes.

En 1937 se consideraba que había en total tres millones de mujeres completamente desempleadas, con un total de fuerza de trabajo femenina disponible estimado en once millones. Y que otro millón y medio sólo tenía trabajos intermitentes o a tiempo parcial[216].

[213] W. D. Wandersee, *Women's Work and Family Values 1920-1940*, cit., p. 89.

[214] Census Bureau, *Occupation Statistics*, p. 8 y *Census Bureau Release*, 28 de octubre de 1938, cuyos datos aparecen comentados en D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems*, cit., p. 353 y, extendiéndose más sobre las características del empleo femenino, pp. 347-381.

[215] Véase R. Milkman, «Women's Work and the Economic Crisis», cit.

[216] Para los datos recién citados, véase W. D. Wandersee, *Women's Work and Family Values 1920-1940*, cit., pp. 86-87.

En cuanto a la discriminación salarial entre hombres y mujeres, hay que recordar que ésta rondaba una diferencia entre el 30 y el 50 por 100, pero que, además, a las mujeres se les destinaban únicamente los trabajos peor pagados, a resultas de aquella reestructuración del mercado de trabajo que, iniciada con las restricciones de la inmigración, se había profundizado luego junto con la estandarización del trabajo fabril. Y la discriminación salarial era aún peor en el caso de las mujeres negras. En 1935 y 1936, una encuesta del Women's Bureau del Federal Department of Labor [Ministerio Federal de Trabajo] sobre los salarios femeninos en Arkansas y Tennessee registró que si, en el primer Estado, las mujeres blancas tenían un salario equivalente a un 64,2 por 100 del de los varones blancos y, en el segundo Estado, equivalente a un 75,9 por 100, el de las mujeres negras era de un 61,7 y 54,2 por 100 respectivamente con respecto al de los varones negros[217].

Para dar una idea de los salarios en los sectores clave para las mujeres, remitiéndonos a 1937, hacemos constar que en el textil los hombres ganaban 60,4 céntimos la hora y las mujeres 44,6, en la confección, los hombres ganaban 93,8 y las mujeres 54,7, en la industria alimentaria, 64,2 y 42,2, en la industria peletera, 60,6 y 42,1, en la tabacalera, 52,6 y 41,6, en las lavanderías, 58,8 y 34,2 y en las tintorerías, 61,7 y 39,9. Para una información más precisa sobre los salarios femeninos en los servicios, remitimos a una encuesta realizada en el Estado de Kentucky en 1937: en los grandes almacenes, el salario semanal era de 13,60 dólares, en las lavanderías, de 9,10, en las tintorerías, de 12,65, en los hoteles, de 8,20 y en los restaurantes, de 8,65. En este tipo de empleos estaba también vigente la discriminación salarial, al igual que en los sectores industriales[218].

El salario de mujeres y menores se redujo pavorosamente con la Depresión. En 1933 «las fábricas en las que se trabajaba durante muchas horas con pagas mínimas aumentaban cada vez más. Se volvía a contratar a niños. La Secretaría de Trabajo e Industria de Pensilvania comunicó que la mitad de las trabajadoras de las industrias del textil y de la confección ganaban menos de 6,58 dólares a la semana y el 20 por 100 ganaba menos de 5. En Fall River, Massachusetts, más de la mitad de los empleados en una fábrica de prendas de vestir ganaba quince céntimos por hora o incluso menos. Al mismo tiempo, la semana laboral en algunos Estados había pasado a ser de sesenta, sesenta y cinco e incluso setenta horas»[219].

La Consumers' League [Liga de Consumidores] de Massachusetts descubrió fábricas en el sector de la confección que pagaban a las trabajadoras un céntimo la hora o incluso nada durante un periodo de aprendizaje, después del cual las despedían para contratar a otras «en pruebas». En Tennessee, a las mujeres de las fábricas

[217] D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems,* cit., pp. 360 ss.
[218] *Ibid.*
[219] A. M. Schlesinger Jr., *L'età di Roosevelt II. L'avvento del New Deal,* cit.

textiles se les pagaba 2,39 dólares por una semana de 50 horas y, en Connecticut, el inspector de trabajo registró más de cien fábricas que contrataban a chicas pagando entre 60 céntimos y 1,10 dólares por una semana de 55 horas[220].

Claramente, sólo en determinados momentos de reactivación general de la lucha fabril consiguieron estas mujeres luchar con algo de poder. Y las luchas avanzaron también en sectores como las lavanderías, el servicio doméstico o los salones de belleza. Pero, por un lado, por lo que respecta a la AFL, este sindicato siempre se había desentendido de las mujeres y, por otro, el CIO, aunque como sindicato industrial de masas podría haber sido idóneo para una sindicalización que incluyese a las mujeres, se topó con la poca presencia de mujeres en las industrias pujantes. Mantuvo cierta actividad de sindicalización femenina en el sector de la confección. Sin embargo, está comprobado que ni la AFL ni el CIO se preocupaban de llevar seriamente la cuenta de sus afiliadas[221]. Cuando, con el avance de la Depresión, la búsqueda de empleo por parte de muchas mujeres estuvo directamente ligada a la pérdida del puesto de trabajo por parte de sus maridos y al hecho de que ellas –dada la segregación del empleo– podían tal vez albergar esperanzas de encontrar algún trabajo, desde más de un lugar se denunció que las mujeres les estaban quitando los puestos de trabajo a los varones, alegando que el desempleo masculino a tan amplia escala se debía a la incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo activa en los años anteriores. En respuesta a las quejas que se estaban levantando en este sentido por todo el país, el National Industrial Conference Board tuvo que publicar en 1936 un estudio con el título «Women Workers and Labor Supply» [Mujeres trabajadoras y oferta de empleo], para demostrar que no estaba probado que las mujeres empleadas les estuviesen quitando el puesto de trabajo a los varones[222].

Muchos Estados reactivaron antiguas leyes que preveían el despido de las profesoras y de las mujeres empleadas en la función pública en el momento del matrimonio[223], mientras que la directiva de la AFL llegó a defender la necesidad de discriminar en las contrataciones a las mujeres casadas con hombres con un puesto de trabajo fijo[224].

[220] E. Faulkner Baker, *Technology and Woman's Work,* cit., pp. 404-405.
[221] Se calcula que en 1920 las afiliadas a la AFL podían ser unas 396.000 y, de manera muy aproximada, en 1938, las afiliadas al CIO rondaban las 700.000-800.000, una cifra con todo muy baja para el número de mujeres trabajadoras (D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems,* cit., p. 364). Véase también L. Wolman, *The Growth of American Trade Unions, 1880-1923,* cit., del que Yoder extrae los datos sobre la sindicalización femenina en 1920.
[222] W. D. Wandersee, *Women's Work and Family Values 1920-1940,* cit., p. 97.
[223] R. Smuts, *Women and Work in America,* cit., p. 145. Véase también W. H. Chafe, *The American Woman. Her Changing Social, Economic and Political Roles, 1920-1970,* cit., pp. 107-109.
[224] *Ibid.*, p. 108.

Por otro lado, el *aumento* del porcentaje de *mujeres casadas con empleo* fue uno de los hechos más relevantes del periodo de la Depresión. Éste pasó de un 11,7 en 1930 a un 15,3 en 1940. Un salto notable si tenemos presente la evolución de las dos décadas anteriores[225]. Se verifican las previsiones que Rose Schneiderman hizo en la década de 1920, conforme a las cuales la participación de estas mujeres en el mercado de trabajo no parecía destinada a ser meramente transitoria. Ahora, ante todo para hacer frente a las necesidades familiares, como se desprende de manera clara de un estudio realizado en 1939[226], cada vez más mujeres casadas tienen un trabajo externo. No obstante, la condena que recibe su doble trabajo es extremadamente dura. Francis Perkins declara que la rica *pin-money worker* es «una amenaza para la sociedad [y es] una criatura egoísta, de cortas miras, que debería avergonzarse de sí misma»[227]. Pero no está claro cuán rica debía ser la interlocutora de Francis Perkins. Porque, si lo era verdaderamente, nos parece improbable que ocupase puestos de trabajo de otro modo disponibles para mujeres en verdadera situación de necesidad. Lo significativo, en cambio, es que esta teoría de la *pin-money worker* fue uno de los obstáculos más serios que, de acuerdo con sus declaraciones, el Women's Bureau tuvo que afrontar[228]. Se idearon experimentos y estudios para demostrar que las mujeres con un trabajo externo habrían ganado más quedándose en casa, como el de la señora Borsodi, en 1935, cuyo marido fue líder del Homestead Movement durante la Depresión[229]. El 30 de junio de 1932 el Congreso votó además la *Federal Economy Act* [Ley Federal para la Economía], que prohibía el empleo de dos miembros de la misma familia en el servicio al gobierno. En la práctica, iba dirigida contra las mujeres casadas. Y, en efecto, las mujeres representaron dos tercios de las 1.603 personas despedidas hasta 1935, año en que se abrogó la ley[230]. Como existían prácticas discriminatorias contra las mujeres casadas tanto en el empleo público como en el privado, podemos estimar que, si estas prácticas no hubiesen existido, el porcentaje de mujeres casadas empleadas hubiera aumentado aún más.

No obstante, a pesar de la dura campaña de culpabilización contra la mujer casada con un trabajo externo, esta realidad constituyó un aspecto muy importante del banco de pruebas que la década de 1930 representó para el nuevo orden familiar urbano. Participaron de ella tanto las familias desplazadas a la ciudad provenientes de los flujos inmigratorios de las décadas anteriores, como las familias que procedían de áreas rurales de los Estados Unidos a resultas de las migraciones de la década de 1920. Familias que, emancipadas, aunque de distintas maneras, de las jerarquías parentales y de los valores de la tradición, habían tenido que experimentar esos otros valores de la democracia de consumo, bajo la insignia de aquel nuevo *companionship* [compañerismo], de aquella nueva relación tendencialmente más paritaria entre marido y mujer, que la nueva realidad socioeconómica prescribía.

Con un desempleo en expansión que amenazaba con comprometer gravemente los elementos de jerarquización, los papeles diferenciados que este *companionship* implicaba pese a todo, el empleo de las mujeres casadas, contrariamente a las recriminaciones, funcionó a la postre como elemento de salvaguarda de la familia y, por lo tanto, como factor de cohesión a pesar de las tensiones que comportaba. Tensiones debidas no sólo al desempleo del varón, sino también a que la carga de trabajo doméstico de la mujer había aumentado, tal como se sigue desprendiendo de investigaciones realizadas[231]. Por lo tanto, el ámbito social en el que hubo más disgregación familiar fue aquel en el que ni siquiera la mujer podía encontrar un empleo o donde le correspondía un nivel salarial absolutamente insuficiente.

Quedan algunas puntualizaciones que hacer todavía con respecto al trabajo externo femenino, en concreto en relación con el apoyo que las mujeres siguieron recibiendo de la Women's Trade Union League (WTUL), como ya sucediera durante la década de 1920. Hacer un repaso de la actividad de esta Liga, aunque sea brevemente, nos proporciona una imagen directa de las cotas que pudieron alcanzar muchas luchas femeninas sobre el trabajo externo en aquellos años.

En el periodo anterior a la Depresión, la relación entre la Liga y la AFL había sido más de apoyo por parte de la Liga a la iniciativa sindical que viceversa. Si la Liga señalaba momentos de huelga o movilización, rara vez el sindicato se comprometía a apoyarlos. Solía suceder lo contrario. En la década de 1929 a 1939, la Liga vio cómo se le negaba todo apoyo sindical, incluso en el plano financiero. A resultas de ello, experimentó dificultades para gestionar la actividad normal de contactos a lo largo y ancho del país y durante toda la década fue incapaz de organizar encuentros nacionales[232].

Cuando se instituyó la FERA, la Liga pidió, en vano, que se prepararan también planes de trabajo para las mujeres despedidas. Pero resultaba muy difícil conseguir que se las incluyese en tales planes –salvo una cierta absorción en la CWA y lo que explicaremos más adelante respecto de un ámbito reservado para ellas dentro de la

[225] W. D. Wandersee, *Women's Work and Family Values 1920-1940,* cit., p. 91.
[226] *Ibid.*, pp. 77-79, donde se citan los datos del 6.° censo de 1940.
[227] W. H. Chafe, *The American Woman. Her Changing Social, Economic and Political Roles, 1920-1970,* cit., p. 107.
[228] W. D. Wandersee, *Women's Work and Family Values 1920-1940,* cit., pp. 68 ss.
[229] *Ibid.,* p. 53.
[230] *Ibid.,* p. 99.

[231] *Ibid.,* p. 27.
[232] G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit., cap. 8.

WPA–, porque se presuponía que no tenían personas a su cargo. La Liga se vio obligada a abandonar la petición de puestos de trabajo y replegarse en la organización de la distribución gratuita de alimentos y, a lo sumo, en la organización de alguna nave de costura[233].

Sobre la cuestión del salario mínimo y de la jornada, la Liga continuó incansablemente su batalla durante la década de 1930. En Chicago, de acuerdo con una encuesta realizada a petición de la propia Liga sobre los salarios obreros en distintas industrias, se desprendió que el 55 por 100 ganaban menos de 2,50 dólares semanales y que las chicas trabajaban 72 horas por la semana. Cuando el Estado de Nueva York aprobó una ley sobre el salario mínimo para mujeres y menores y, para sortear el obstáculo de la oposición del Tribunal Supremo, lo definió como una cuantía «no inferior a lo justo por los servicios prestados» o «no inferior a lo necesario para mantener un tren de vida compatible con la salud», los primeros sectores en beneficiarse fueron justamente aquellos en los que la Liga siempre había luchado y seguía luchando por una regulación: la industria del lavado y los servicios de hoteles y restaurantes. La ley estaba a punto de incluir también a las trabajadoras de los salones de belleza cuando en 1936, de nuevo, el Tribunal Supremo dictó una sentencia de inconstitucionalidad sobre la definición del salario mínimo[234]. Tal como ya hemos señalado, apenas un año más tarde el Tribunal tendría que cambiar de postura.

En cuanto a la semana laboral, la actividad de la Liga fue particularmente intensa, en especial de 1932 a 1934, en el intento de afianzar las enmiendas a la ley sobre las 48 horas que eliminaban por completo las horas extraordinarias. La necesidad de esto se había hecho evidente después de que el Tribunal de Apelación de Nueva York decidiese en el verano de 1929, que los empresarios de los sectores industrial y mercantil no estaban obligados a dar a las mujeres empleadas su media jornada festiva (como establecía la ley) si utilizaban las 78 horas extraordinarias que la propia ley permitía. Conseguida la enmienda de esta ley, la Liga trabajó en otros proyectos para conseguir una regulación de la jornada en sectores específicos, como los hoteles, los restaurantes y el servicio doméstico[235].

---

[233] *Ibid.,* pp. 195-196.

[234] *Ibid.,* pp. 200-201; resulta interesante sobre toda la cuestión del salario mínimo y la postura jurisprudencial, A. Tunc y S. Tunc, *Le système constitutionnel des Etats Unis d'Amérique* I, París, Domat, 1954. Véase también E. S. Redford, *American Government and the Economy,* Nueva York, Macmillan, 1965, capítulos 13-14. En particular sobre el Tribunal Supremo, véase S. Volterra, «Corte suprema», en P. Bairati (ed.), *Storia del Nord America. Il mondo contemporaneo,* cit., pp. 15-30.

[235] G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit., p. 202.

Esta organización desarrolló también una actividad particular en relación con el trabajo a domicilio[236], cuya situación había empeorado tras la abrogación de la NIRA, y apoyó la *Federal Maternity Law* hasta que el cambio que supuso la *Social Security Act* respondió (o la Liga consideró que respondía) de algún modo al problema. Defendió la necesidad de sindicalización de las mujeres en el sector del automóvil y del neumático. Tal como ya había hecho antes de la Gran Depresión, apoyó a las obreras textiles en huelga tanto en 1930 (4.000 obreras en Denver), como en 1934 durante la huelga general, ocasión en la que las secciones de Alabama se implicaron particularmente[237]. Se volcó asimismo y con igual fuerza en las huelgas del personal del sector de la confección, en alianza con la International Ladies Garment Workers Union.

La actividad de organización en relación con las mujeres de la limpieza de los hoteles desembocó en 1939 en la posibilidad de conseguir un contrato regular para las trabajadoras de 33 hoteles de Nueva York. Se estipularon también contratos para las trabajadoras de los salones de belleza[238].

Aunque apenas hemos dado unas pinceladas sobre la actividad de la Liga, destaca a nuestro juicio la atención que esta organización siguió prestando justamente a las mujeres pertenecientes a las franjas de empleo con salarios más bajos, con menor protección respecto de las condiciones de trabajo y con condiciones materiales de vida más duras. Tengamos presente, entre otras cosas, que la *Fair Labor Standards Act* no cubrirá el sector del servicio doméstico, así como tampoco muchos otros sectores. Y que las posibilidades de sindicalización representadas por la formación del CIO en 1935 no afectaban a las trabajadoras de los sectores doméstico y de servicios.

Hacia el fortalecimiento de la familia

Del conjunto de lo que se ha dicho, se desprende que la familia, el hogar, eran, pues, el único «puesto» que el proyecto *newdealista* reconocía a las mujeres en la década de 1930. A este propósito, merece la pena especificar más detalladamente algunos aspectos de la política asistencial.

En la WPA se emplea a 398.000 mujeres. Un cierto porcentaje, antiguas trabajadoras de cuello blanco, desempeñan tareas administrativas. A todas las demás, en cambio, se las dirige al Household Service Demonstration Project [Proyecto de

---

[236] Véase D. Yoder, *Labor Economics and Labor Problems,* cit., pp. 365 ss.

[237] G. Boone, *The Women's Trade Union Leagues in Great Britain and in the United States of America,* cit., p. 209.

[238] *Ibid.,* p. 213.

Prácticas de Servicio en el Hogar], a través del cual se propone de nuevo, para las que ejercen en él las funciones de monitoras (alrededor de 170.000 mujeres), la enseñanza de formas de preparar y servir la comida, cuidar de la casa, ocuparse de los niños, lavar, planchar y hacer la compra. A otras 30.000, que no tienen cualificaciones particulares, se las mete directamente en programas de ayuda doméstica en familias que la necesitan a causa de una enfermedad o de otras necesidades. No sólo lo único que se les ofrece es imitar el papel de amas de casa, sino que *ninguno de los cursos proporciona ninguna especialización* que pueda emplearse en *otros sectores laborales*[239].

Por otro lado, el *papel doméstico femenino* se carga, durante toda la década de 1930, de *significados siempre nuevos*. En otras palabras, ser responsable de la familia comporta para la mujer el desarrollo de tareas siempre nuevas y cada vez más complejas. Mientras el número de hijos sigue reduciéndose y se da también cierta propagación de «clínicas» para el control de la natalidad (en 1937 se calculaba que había 288 en 40 Estados y la región de Columbia)[240], la «profesión» de *progenitor* se complejiza cada vez más. En 1930 había en marcha cursos de formación para progenitores en veintidós Estados. Seis universidades y dos escuelas para asistentes sociales ofrecían diplomas profesionales para quienes se especializaran en enseñar a hacer de progenitor. La proliferación de iniciativas en este sentido[241] (grupos de discusión, conferencias, artículos en periódicos) tendía a apartar cada vez más la atención de la materialidad del trabajo doméstico (que sin embargo seguía siendo muy absorbente) y a dirigirla hacia nuevas tareas orientadas de manera más inmediata a la reproducción psíquica, al disciplinamiento y a la socialización de los distintos miembros de la familia.

---

[239] Véase W. D. Wandersee, *Women's Work and Family Values 1920-1940,* cit., pp. 92-97.

[240] *Ibid.,* p. 56. Sin embargo, el control de la natalidad no se puede atribuir más que parcialmente al uso de métodos anticonceptivos. No sólo estos métodos eran todavía pocos en aquella época, sino que había mucha oposición a su utilización. Sobre todo las mujeres proletarias tenían menos posibilidades de conseguir que se los prescribiesen médicos capaces de moverse entre los pliegues de las distintas leyes. Mientras Margareth Sanger, presidenta de la Birth Control League [Liga por el Control de la Natalidad], fundada por ella misma en 1921 [y que, en 1941, se convertirá en la Planned Parenthood Federation of America (Federación por una Paternidad/Maternidad Planificada de Estados Unidos)], seguía luchando por el control de la natalidad, en 1936 estallaba el famoso caso de *The United States vs. One Package* [Estados Unidos contra un paquete], tras la confiscación en la aduana de un paquete de diafragmas que la doctora Hannah Stone había importado de Japón. Es el mismo año en el que N. E. Himes publica su famosa obra *Medical History in Contraception,* Nueva York, Gamut Press [ed. it.: *Il controllo delle nascite dalle origini ad oggi,* Milán, Sugar, 1965]. Aún en 1937 una serie de redadas policiales obligó a cerrar a todas las clínicas para la regulación de la natalidad de Massachusetts.

[241] W. D. Wandersee, *Women's Work and Family Values 1920-1940,* cit., p. 55.

Por parte de las ciencias sociales se advertía asimismo la necesidad de indagar en la *sexualidad* para un desarrollo más adecuado de la misma dentro de los nuevos cánones de funcionamiento familiar[242]. En 1938 A. C. Kinsey[243] pone en marcha su famoso proyecto de investigación sobre el comportamiento sexual del hombre y de la mujer. Y a partir de entonces, a esta última se la culpabilizará cada vez más por su falta de productividad sexual.

Además, aunque la propuesta de esta figura más compleja de *esposa* y *madre* iba ante todo dirigida a la mujer de clase media, pretendía de todos modos funcionar de modelo para todas las mujeres. Por consiguiente, ni siquiera aquellas que llevaban a cabo las tareas materiales del trabajo doméstico en condiciones más duras estaban exoneradas de la comparación con las demás[244].

Éste era el modelo que debía funcionar a escala general, dirigido por lo tanto también a las *First Generation Americans* y a las mujeres que habían llegado de las áreas rurales en fecha más reciente.

A propósito del hogar-familia, hay algunos aspectos más de la política del gobierno federal que ponen en evidencia su intento de reconstruir y estabilizar cuanto antes los núcleos familiares disgregados por la Depresión. En relación con el hogar, se registra un giro con el plan rooseveltiano. Aquellos estudios en el campo territorial urbanístico que en la década de 1920 no habían sido sino estudios de intelectuales, como es el caso de los de la RPAA [Regional Planning Association of America, Asociación de Planificación Regional de Estados Unidos][245], cobran actualidad al encontrar salida en el *New Deal*.

---

[242] Véase H. E. Mower, *Personalities adjustment and domestic discord,* Nueva York, American Books, 1935.

[243] A. C. Kinsey, *Sexual Behavior in the Human Male,* Filadelfia, Saunders Co., 1948 [ed. it.: *Il comportamento sessuale dell'uomo,* Milán, Bompiani, 1950]; *Sexual Behavior in the Human Female,* Filadelfia, Saunders Co., 1953 [ed. it.: *Il comportamento sessuale della donna,* Milán, Bompiani, 1955]. Conviene de todas formas recordar que la década de 1920 y los inicios de la década de 1930 son los años en los que tras el avance de la investigación social empírica, se publican las obras que determinarán un cambio total en el armazón de la sociología estadounidense.

[244] Por ejemplo, la publicidad comercial y el propio cine hollywoodiense fueron importantes instrumentos de difusión entre las mujeres proletarias de modelos de comportamiento en un origen elaborados para las clases medias. Sobre la publicidad, véase en particular S. Ewen, *Captains of Consciousness,* Nueva York, McGraw-Hill, 1977; sobre el cine, aparte del texto de B. Cartosio, *Tute e technicolor,* cit., y de la clásica pero siempre útil obra de L. Rosten, *Hollywood,* Nueva York, Harcourt and Brace, 1941, véanse R. Sklar, *Cinemamerica*, Milán, Feltrinelli, 1982 y L. May, *Screening out the past,* Nueva York, Oxford UP, 1980, más actuales.

[245] Véase sobre esto G. Ciucci, F. Dal Co, M. Manieri-Elia y M. Tafuri, *La città americana dalla guerra civile al New Deal,* Roma-Bari, Laterza, 1973, pp. 275 ss.

Los economistas no sólo piden una política federal de intervención, sino que delinean un cambio sustancial: hay que guiar el sistema partiendo de la cuestión del consumo de masas. Se debate el tema de la *housing* [vivienda] de masas, recomendando encarecidamente el desarrollo de la construcción municipal subvencionada y la ayuda financiera del gobierno federal para el saneamiento de las áreas urbanas degradadas y la construcción popular[246].

Roosevelt promueve y financia la construcción de casas unifamiliares. A partir de 1935 Estados Unidos estará definitivamente a la cabeza del diseño arquitectónico y del diseño con respecto a la administración científica del hogar. De hecho, mientras que en Europa la atención se dirige más al hogar en su conjunto, el diseño estadounidense se caracteriza por una atención concentrada en la cocina. Puesto que resulta ya evidente que se podrá contar cada vez menos con personal de servicio, ésta se diseña en la mayoría de los casos en espacios muy reducidos[247]. La General Electric Co. y la Westinghouse Electric Co. crean institutos especiales para el arte culinario[248] y se introducen en los hogares los nuevos fogones eléctricos o de gas, que las mujeres muestran cierta reticencia a comprar[249], sobre todo porque se trata de aceptar un nuevo aprendizaje, de construir otra experiencia laboral. Por otro lado, no sólo se racionaliza notablemente la preparación y la cocción de alimentos, a lo que contribuye a su vez la ya amplia presencia de frigoríficos en los hogares estadounidenses, sino también la limpieza de la casa y de la ropa. Se produce asimismo una primera comercialización de alimentos congelados[250], que, de manera nada casual, no recibirá un gran impulso hasta la Segunda Guerra Mundial. Pero como ya sucedía en la década de 1920 y como hemos subrayado hasta ahora, si la innovación tecnológica tiende a racionalizar cada vez más la administración de las tareas materiales del trabajo doméstico, a reducir sus tiempos, este proceso está claramente en función de la «liberación» de una disponibilidad mayor por parte de la mujer para la reproducción psíquica de la fuerza de trabajo. En esto coinciden y cooperan las ciencias sociales, que viven en 1937 su año de máximo esplendor.

[246] D. Calabi, «Politica della casa e ricerca urbanistica», en U. Curi (ed.), *Tendenze della ricerca americana, 1900-1940,* Istituto Gramsci, Sezione Veneta, 1976, pp. 72-73. Y, para una argumentación más global, remitimos evidentemente a L. Mumford, *The City in History,* Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1961 [ed. it.: *La città nella storia,* Milán, Bompiani, 1977].

[247] S. Giedion, *Mechanization Takes Command,* cit., pp. 564-566.

[248] *Ibid.,* p. 564.

[249] *Ibid.,* p. 490.

[250] *Ibid.,* pp. 555 ss.

Conclusiones

Se desprende de todo lo expuesto hasta aquí que, con el *New Deal,* la entrada en escena del Estado pretende tener ante todo la función de *generalizar* por fin a escala social el *salario* y la *elevación* del nivel *salarial.*

Habíamos partido en nuestro análisis del *Five Dollars Day,* subrayando hasta qué punto era *relativa* la *generalidad* de ese acuerdo que había pretendido definirse como Acuerdo general sobre los salarios, a pesar de la dura selección de los titulares de tal derecho y de las numerosas condiciones especiales para no perder el mismo. Condiciones todas ellas que los agentes patronales tenían la potestad de investigar directamente[251]. Ahora, de un lado está la clase en su conjunto, que «tiene derecho» de manera directa a un cierto nivel salarial y lo negocia de forma colectiva a través del sindicato, y, del otro, ya no está el capitalista solo, sino el Estado como inteligencia del capital colectivo que a través del plan debe garantizar no sólo la *subida salarial adecuada* (a las inversiones), sino también el *volumen* adecuado de la masa salarial.

Asimismo, verificamos, lo hemos visto, la instauración y articulación integrales de la función aseguradora del Estado. La necesidad se deriva de una situación distinta de desarrollo de la industria, en la que la innovación tecnológica y la reestructuración productiva han acortado, con respecto al pasado, los plazos del ciclo productivo. Por consiguiente, hacen falta espacios de maniobra para el capital más amplios y más libres. A este propósito, no hay que olvidar, es más, hay que tener claramente presente, que las propuestas que hace Keynes en estos años están todas ligadas a la comprensión de que no sólo hay que salir enseguida de la crisis, sino de que las tendencias de desarrollo cambiarán de duración en lo sucesivo. De ahí su propia insistencia en la maniobra del crédito. De estas condiciones distintas del desarrollo capitalista se deriva la necesidad de una presencia del Estado en el ámbito de la seguridad social, ya no como intervención residual, sino como función plenamente interior al proyecto de plan, y también el acento en la función de la familia y de la mujer.

Lo que se le demanda a la mujer es, en primer lugar, la *responsabilidad de garantizar el sostenimiento real del crecimiento salarial.* De nuevo, su función de ama de casa, su trabajo doméstico, son indispensables para ello. Pero también en relación con el riesgo de desempleo –endémico dentro de las nuevas modalidades del ciclo

[251] D. Montgomery, *Rapporti di classe nell'America del primo 900,* cit., recordando cómo la colaboración durante la Primera Guerra Mundial entre entornos empresariales, académicos y militares sentó las bases para una posterior coordinación entre universidad y empresas ya no circunscrita al campo de la ingeniería, sino extendida a las disciplinas de humanidades, observa que la campaña actual de las grandes empresas y fundaciones para instituir cátedras de «iniciativa privada» en las universidades estadounidenses parece inspirada por un verdadero deseo de arrasamiento (véase pp. 189 ss.).

productivo– le corresponde a la mujer, en tanto que ama de casa, garantizar ese nivel y esa continuidad en el restablecimiento de la fuerza de trabajo para los que el mero subsidio de desempleo no basta. En esta tarea global de defensa del poder adquisitivo del salario, de reabsorción y reproducción de los individuos que no son inmediatamente fuerza de trabajo activa, así como, desde luego, de producción adecuada de nueva fuerza de trabajo y de reproducción de la fuerza de trabajo ya existente, y, por lo tanto, en esta defensa misma de la capacidad de consumo a escala general, radica, a nuestro juicio, la disposición de la *familia* como auténtica *función del plan*. Entiéndase: en la medida en que el proyecto de Roosevelt aspira a ser un plan.

Como es evidente, cabe hacer consideraciones análogas para los demás aspectos de la seguridad social. El primer nivel de restablecimiento de la fuerza de trabajo lo garantiza siempre la familia, respecto a la cual las demás prestaciones gubernamentales no desempeñan más que una función complementaria.

En este punto, que el Estado se haga cargo, no sólo de la instauración de mecanismos de seguridad social para el desempleo, sino también de mecanismos para la vejez, para la incapacidad para el trabajo, que el Estado se haga cargo de la codificación de los principios del salario mínimo y de la jornada máxima, de la regulación del trabajo infantil, son todas cuestiones que, al igual que el nivel del salario y la amplitud de la masa salarial, atañen a las nuevas normas de reproducción de la fuerza de trabajo, respecto a las cuales el Estado debe responsabilizarse de manera directa, para adecuar de la forma más precisa la propia reproducción de la fuerza de trabajo a las modalidades y ritmos de la producción de mercancías.

Claramente, tal como hemos observado, el terreno de lucha que las ha precedido ha visto salir a la palestra a nuevos sujetos: desempleados que ya no son mero ejército de reserva, sino masa homogénea en lucha, obreros, pero que ocupan las fábricas y conquistan un poderoso sindicato, mujeres que llegan en algunos casos a organizarse de forma semimilitar y a cambiar radicalmente la organización reproductiva de la comunidad obrera.

Pero precisamente por ello, la necesidad de asegurar las nuevas condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo conlleva a su vez para el Estado la función de responsabilizarse de la distribución de la masa salarial, en otras palabras, de su reparto racional con vistas a la planificación del desarrollo. Con ello, al mismo tiempo, lo que se intenta instaurar es un mecanismo gigantesco de regulación de la lucha de clases. La subida salarial debe garantizar el interés del obrero en el desarrollo, del mismo modo que el subsidio de desempleo debe «poner en la reserva» a los desempleados, sacándolos de las calles, del mismo modo en que la familia, conforme a todo lo que hemos dicho antes, debe garantizar el sostenimiento real del salario y la continuidad de la reproducción de la fuerza de trabajo, contribuyendo a su vez a

«mantener en la reserva» a los desempleados y a sostener a los incapaces y a los ancianos. No es casual que en el reparto-racionalización de las posibilidades de empleo, tal como se desprende del proyecto rooseveltiano, el destino de la fuerza de trabajo femenina quede en sustancia vinculado a los niveles dados.

No se adecuaría a esta racionalidad promover unas cotas de empleo de las mujeres que se contrapusieran a su deber de seguir siendo las responsables principales, incluso exclusivas, del buen funcionamiento de la familia, conforme a lo que se auspicia desde las esferas tanto políticas como sindicales. Tal como hemos visto, este aspecto sigue subrayándose con fuerza, en especial en el caso de aquellas mujeres que, casadas, desempeñan también un trabajo externo.

La familia continúa siendo el presupuesto fundamental no sólo para hacer que la clase obrera esté «organizada» de cara al relanzamiento productivo, sino también para adecuar de forma más precisa todo el tejido social a la posibilidad de planificación. No resulta casual que todas las investigaciones –desde las gubernamentales hasta las académicas– sobre la familia y sobre la mujer reproduzcan el deseo del sistema de ver a la familia y a la mujer en el centro de la organización social y del control sobre la fuerza de trabajo.

Intervención II
No «qué elegir» sino «cómo luchar»: la verdadera liberación femenina*

Lavar los platos en casa sin cobrar un sueldo o trabajar de cajera por 70.000 liras no son destinos inmutables entre los que elegir. El problema es destruir ambos destinos. «Salario para el trabajo doméstico» como palanca de poder para todos los momentos de lucha en el hogar y fuera de él. La «alienación» de la mujer.

Hace tiempo, en las páginas de *Il Giorno,* Carla Ravaioli habló de *El poder femenino y la subversión social*[252]. Me parece que es preciso aclarar algunas cuestiones sobre la interpretación del libro en relación con el razonamiento político general contenido en él.

Si tal libro no se hubiese convertido en un instrumento útil para el Movimiento Feminista internacional, la respuesta a estas observaciones no sería tan urgente. Pero el libro contiene momentos de experiencia política de la clase obrera –y de las mujeres como parte integrante de la clase– en Italia, Estados Unidos y las Indias Occidentales.

Selma James, ex ama de casa y obrera de una fábrica electrónica en la década de 1950 en Estados Unidos, cooperó con ese documento no sólo en la parte firmada directamente por ella, «El lugar de la mujer», sino también en la parte que lleva el título «Mujeres y subversión social». Este último ensayo constituye una profundización, enriquecida por una lectura de Marx, del documento que Selma escribió ya

* M. Dalla Costa, «Non "cosa scegliere" ma "come combattere"», artículo publicado en *Il Giorno* el 5 de febrero de 1974 [el artículo original tenía por título «Non "cosa scegliere" ma "come lottare"», pero la publicación que lo sacó, *Il Giorno,* decidió sustituir «lottare» (luchar) por «combattere» (combatir). En esta traducción, por deseo expreso de la autora, hemos recuperado el verbo original *(N. de la T.)*].

252 M. Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James,* cit.

en la década de 1950, convirtiéndose en «vehículo para expresar lo que las mujeres, amas de casa y obreras, sentían y sabían». Y lo que ella misma, obviamente, sentía y sabía.

Creo por ello poder puntualizar y aclarar las cuestiones que Carla Ravaioli subraya en su artículo precisamente a partir de la experiencia de trabajadoras del hogar y de la fábrica (o de la oficina, o de los grandes almacenes, o de los teléfonos, etc.) común a las mujeres de todo el mundo y de la que Selma extrajo las primeras conclusiones políticas: «Las mujeres dejan el matrimonio para divorciarse, abandonan el hogar para trabajar fuera, pero no consiguen ver en ningún lado ese tipo de vida que querrían para sí y para su familia. Las mujeres se dan cada vez más cuenta de que no hay vías de salida que no pasen por un cambio radical»[253].

Digamos que este problema del «cambio radical», es decir, de la relación entre la «alternativa» del trabajo en el hogar y la del trabajo fuera, es la primera cuestión que nos interesa aclarar.

Ni entonces, en la década de 1950, en Estados Unidos, ni hoy en Italia, ni nunca, en ninguna parte del mundo, ha constituido el trabajo fuera del hogar, por sí solo, una alternativa para la mujer.

Digamos más bien que el trabajo doméstico, al igual que el trabajo externo, al igual que los servicios, han constituido y constituyen cotas determinadas de explotación y de opresión de la mujer y, por lo tanto, no deben verse como alternativas entre las que elegir, sino como lugares y momentos en los que la mujer está ya cotidianamente comprometida a luchar.

El problema, entonces, no es «qué elegir» sino «cómo luchar». Y ni mucho menos la lucha de la mujer será, tal como interpreta Ravaioli, «contra el trabajo externo, por el trabajo doméstico»: será contra ambos trabajos.

El juego de los reformistas de distinta calaña siempre ha pasado por invitar a las mujeres a elegir entre distintos tipos de esclavitud. Pero «el reto del Movimiento Feminista consiste en encontrar modos de lucha que, liberando a la mujer del hogar, por un lado, le eviten una doble esclavitud y, por otro, quiten espacio a una nueva posibilidad de control y de sometimiento capitalistas. En el fondo, ésta es la discriminante entre reformismo y política revolucionaria en el Movimiento Feminista»[254].

En este sentido, entonces, la perspectiva del salario para el trabajo doméstico tiene en esencia la función de construir una palanca de poder que permita que las mujeres no tengan ya que dejar el hogar en una situación de debilidad, obligadas a aceptar un «trabajo cualquiera» por «poquísimo dinero» y a utilizar «cualquier servicio» para correr a hacer ese segundo «trabajo cualquiera».

La exigencia de un salario para el trabajo doméstico, con su pretensión de poner antes que nada un precio a este primer trabajo común a todas las mujeres, con su pretensión de que tal trabajo esté asalariado, constituye una primera cota de fuerza a partir de la cual las mujeres puedan dictar las condiciones del trabajo externo (si dispongo ya de 150.000 liras por el trabajo doméstico, no estaré obligada a malvenderme como secretaria por 70.000 liras) y de los servicios (si lo que realizo en casa es un trabajo, tengo derecho como todos los trabajadores a reclamar servicios gratuitos no a cambio de un segundo trabajo, sino para acortar la duración y aligerar la carga del trabajo que ya realizo).

Hemos dicho: «Salario para el trabajo doméstico» –pero Carla Ravaioli no ha sido la única en interpretarlo distraídamente como «para las amas de casa», sino que algunos todavía más distraídos piensan que «ama de casa» sólo significa «mujer casada». Por el contrario, a lo que hay que poner un precio es al trabajo doméstico, lo haga quien lo haga, casado o no casado, joven o viejo, hombre o mujer. Si acaso, las mujeres, en tanto que son las que cargan con una enorme cantidad de este trabajo, constituirán la fuerza pujante en la lucha también de todos aquellos estratos más débiles y marginados, como los mayores y los niños que, en las familias «con falta de dinero», deben casi siempre realizar las tareas domésticas que no realiza la madre mientras hace de dependienta, obrera o tejedora.

Continuando con su referencia a *El poder femenino,* Carla Ravaioli nos acusa de ver el capitalismo como nacido sobre un vacío cultural en lo que concierne a la fundación del papel femenino. No nos queda sino responder con el mismo texto: «En la medida en que los hombres eran los jefes despóticos de la familia patriarcal, basada en una estricta división del trabajo, la experiencia de mujeres, niños y hombres era una experiencia contradictoria que nosotros heredamos. Pero [...] el paso de la servidumbre a la fuerza de trabajo libre separó a los proletarios de las proletarias y a ambos de sus hijos. El patriarca no libre quedó transformado en el trabajador asalariado libre y, sobre la contradictoria experiencia de sexo y generación, se construyó una alienación más honda y, por ello, más subversiva»[255].

En esta «alienación más honda y, por ello, más subversiva», la discriminación de la mujer, nacida mucho antes que el capitalismo (en esto estamos absolutamente de acuerdo), alcanza un grado de fuerza y una perspectiva de lucha de los que el Movimiento es hoy expresión y que desde luego no son ni los de la sierva medieval ni los de la esclava romana.

---

[253] S. James, «Il posto della donna», *ibid.,* p. 102.

[254] M. Dalla Costa, «Donne e sovversione sociale», en *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James*, cit., pp. 70-71 [ed. cast.: «Mujeres y subversión social», en este mismo volumen, pp. 24-52].

[255] *Ibid.*, p. 37 [ed. cast.: p. 27].

7 *Women's studies* y saber de las mujeres*

La invitación a participar en este encuentro sobre las virtudes de la instauración también en Italia de cursos de *Women's Studies* [Estudios de las mujeres] me ha suscitado una reflexión sobre lo que ha sido mi propia trayectoria didáctica y de investigación. Lo que redescubro en ella de inmediato es la imposibilidad de una única opción entre dos alternativas: o desarrollar temáticas inherentes a la condición de la mujer dentro de cursos que trataban fundamentalmente de otras cosas o desarrollar estas temáticas en el ámbito de las materias –pocas– que ya se presentaban más próximas a este tema. Entre estas últimas, dado que aún no se habían instituido cursos de *Women's Studies,* no podría, en aquella época (finales de la década de 1960 y principios de la de 1970), citar ninguna disciplina politológica y solo tal vez alguna disciplina sociológica. Además de este primer orden de problemas, para quien quisiese efectivamente dar la magnitud debida a la «cuestión femenina» y, por lo tanto, no sólo inscribirla en las coordenadas estructurales e históricas, sino también animarla con esas trayectorias de subjetividad que las luchas y los movimientos le imprimían sin cesar, se hacía patente que quedarse en un solo campo de investigación, aquel definido como el «específico femenino», era casi imposible. En mayor medida en tanto que no se quería evocar a la mujer y al mismo tiempo sepultarla bajo el polvo del catastro sobre la condición femenina.

Esta obligación de exilio continuo, de los lugares y de los recorridos del saber masculino, para sacar a la luz y dar forma al saber femenino, y viceversa, de exilio del ámbito más confortable de los recorridos femeninos, para volver sobre temas un

---

* M. Dalla Costa, «*Women's Studies* e sapere delle donne», en G. Conti Odorisio, *Gli studi sulle donne nelle università. Ricerca e trasformazione del sapere,* Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1988.

poco tenebrosos como Estado, capital, mercado de trabajo, orden internacional de las relaciones... y, hoy más que nunca, energía nuclear, medio ambiente, guerra... constituía un destino ineludible. Sin sorpresas, después de todo. Dar nuevo cuerpo a la cuestión femenina implicaba precisamente hacer emerger de la historia y del presente a la mujer como sujeto vivo y, por lo tanto, como sujeto que reinterpretaba el pasado, se interrogaba sobre el presente y expresaba una voluntad de transformación. ¿Cómo habría sido todo esto posible si se la hubiese circunscrito a un ámbito, nuevamente impuesto, aunque en esta ocasión bajo el rótulo de lo femenino? En cambio, separarse del mundo masculino para fundar una nueva conciencia, volver a atravesarlo para transformarlo y, con ello, transformar nuestra condición y la de otros, era la secuencia obligada. Sin sorpresas, decía, pero con doble esfuerzo, desde luego. También aquí, en la trayectoria del saber, el proceder vivía la angustia de la contradicción capitalista en la que siempre se inscribe la vida de la mujer. La preparación para cualquier tarea la carga siempre con un doble trabajo. Por otra parte, si, ya a principios de la década de 1970, las primeras formulaciones del discurso feminista habían insistido en que «el lugar de la mujer está en cualquier lugar en el que ella quiera estar», con absoluta congruencia asumiríamos que el «tema femenino es cualquiera que la mujer quiera tratar».

A día de hoy, no puedo dejar de imaginar, en la construcción del saber de las mujeres, esta especie de pendularidad a la que estamos obligadas, del retiro necesario en el momento de la separación a la incómoda reaparición en territorios comunes. En efecto, la pretensión de construir un punto de vista de mujeres no salda de por sí en un solo trazado la necesidad de este ir y venir.

Me interrogo entonces sobre los *Women's Studies*. Los inscribo en ese momento, siempre necesario, de separación. Deseo que contribuyan a dar más voz, más posibilidades, mayor claridad, a cuestiones y temas que es fácil que queden ahogados, en particular en los periodos menos favorables. Sé que no responderán a todas las cuestiones que interesarán a las mujeres ni agotarán desde luego su aportación de saber. Ante todo porque la propia posición de las mujeres como estudiosas simplemente no es «donde ellas quieren estar». Y, por consiguiente, su aportación partirá de los lugares de los *Women's Studies,* cuando se instituyan, pero también de otros ya existentes y caracterizados de más «femeninos», así como de otros todavía etiquetados de más «masculinos». Tampoco creo, por otro lado, que la exhaustividad se encuentre entre sus aspiraciones. Por lo tanto, también desde el circuito de los *Women's Studies* el péndulo se moverá hacia otros lugares y volverá a otros sitios. Pero, como decía, sin duda veo en ellos una posibilidad más y una claridad más.

Ahora me detendré brevemente sobre mi trayectoria, por si sirviera para apoyar las consideraciones que acabo de poner sobre la mesa. Comencé mi trabajo de investigación allá por 1967 en el campo de las disciplinas politológicas. Puedo afirmar tranquilamente que la mujer no existía ni aparecía en ellas. El ámbito de estudios con el que me confronté más de cerca, siempre dentro de la politología, privilegiaba como nudo central del análisis político la contradicción capital-trabajo. Por consiguiente, propedéutico para cualquier esfuerzo de comprensión y de investigación era un conocimiento preciso de los textos de Marx. Dediqué a ello aquellos años, impartiendo también a los estudiantes numerosas clases sobre *El Capital*. Aún hoy considero que ésta fue una experiencia fundamental para mí y para aquellos a quienes intenté comunicársela, aunque, no tengo problemas en admitirlo, con frecuencia me sentí fuertemente oprimida por aquellos poderosos volúmenes. Como a 1967 le siguieron años de gran florecimiento de movimientos, ante todo de obreros y estudiantes, respiraba ya y me movía en un aire cuajado para todos de expectativas de liberación. Sin embargo, yo no conseguía encontrar el hilo de la mía. En pocas palabras, instruida por miles de páginas sobre plusvalía absoluta y relativa, trabajo vivo y trabajo muerto, trabajo productivo e improductivo, aún así, el porqué de mi opresión seguía resultándome más bien indescifrable. Un hecho, éste, que percibía con claridad. Pero, habiendo nacido bajo el signo de Tauro, convencida más que nunca de que los beneficios bien valían el esfuerzo, perseveraba, obstinada e incansablemente...

La otra experiencia, de enorme importancia, que encontré como componente fundamental de mi trayectoria siguiente fue la militancia política y, con ella, la profundización, el llegar hasta el fondo, de lo que quería decir «conocer para transformar», interpretar para proponer. El famoso «conclusiones y propuestas» que cerraba los miles de documentos de aquella época se me quedó dentro, con todo su efecto interpretativo de una realidad dinámica que sólo se conoce si se la elige y se interviene en ella. Y, junto a esto, se me quedó grabado el sentido de algunas coordenadas fundamentales en las que nuestra intervención, incluida nuestra escritura, se insertaba: coordenadas de utilidad, de tempestividad, de elección del interlocutor.

He aquí los rasgos fundamentales de mi trayectoria hasta 1970, más o menos. En 1970-1971, construí mi separación. Nacía el Movimiento Feminista y yo me reconstituí en su seno, encontré un porqué a mi opresión, di un nombre a la pieza que faltaba en el mosaico que había intentado interpretar. El 29 de diciembre de 1971, escribí las últimas palabras de *El poder femenino y la subversión social*[1], que se publicaría en el febrero siguiente. Todavía buscaba en Marx algo sobre la mujer como trabajadora doméstica, pero no encontré más que lo siguiente: «El trabajo forzado al servicio del capitalista usurpó no sólo el lugar de los juegos infantiles, sino también el trabajo libre dentro de la esfera doméstica, dentro de los límites morales, *al servicio* de la propia familia»[2]. No compartía, ciertamente, la calificación de «trabajo libre»

[1] M. Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James,* cit.
[2] K. Marx, *El Capital* I, Tomo II, cit., p. 110.

para designar el trabajo desempeñado en el entorno doméstico, ni me entusiasmaba que la mujer tuviera que confiar en el límite moral que se fijara para su agotamiento. Pero no por ello abandoné a Marx. Lo más urgente que había que afirmar, y tan urgente me parecía que lo hice ya en el «prefacio» al texto que acabo de citar, era que la familia es un centro de producción, producción y reproducción de fuerza de trabajo, contra una bibliografía sociológica y económica que la veía como mero lugar de consumo o, a lo sumo, como reserva de fuerza de trabajo. Por descontado, dado el formato marxista dentro del cual desarrollaba el análisis, me refería a la familia proletaria y obrera. Afirmaba, además, que la mujer era el sujeto primario de tal trabajo de producción/reproducción y que, por eso mismo, disponía de una palanca fundamental de poder social, por lo tanto, de «subversión», es decir, de transformación radical de sus condiciones de vida y, potencialmente, de las de otros. Y, puesto que «las mujeres "desempleadas" trabajan tras las puertas cerradas del hogar»[3], me parecía que lo justo era que percibiesen también una retribución. La herencia del «conclusiones y propuestas» me hizo optar en el acto por la reivindicación, tan debatida luego, de un salario para el trabajo doméstico, en la actualidad de nuevo a la orden del día[4].

En la separación total de los entornos, también culturales, de los hombres que construí y viví cooperando con muchísimas otras mujeres, ¿en qué sentido he afirmado que, a pesar de todo, en esa experiencia, tan nueva y diferente, no abandoné a Marx? En el sentido de que seguí considerando ineludible partir de la organización del trabajo y, por lo tanto, de las propias contradicciones instauradas por el modo de producción capitalista –ante todo, la separación creada entre mundo de la producción de mercancías como mundo visible y asalariado y mundo de la producción-reproducción de fuerza de trabajo como mundo invisible y no asalariado–, para llegar a captar la raíz de la condición femenina, que no interpretaba como mera opresión, sino como un tipo particular de explotación y de consiguiente opresión. Y desde luego que no negaba que ésta hubiera nacido mucho antes que el capitalismo, pero consideraba que, en su actualidad, sólo era legible y subvertible a partir de la interpretación de las contradicciones capitalistas en las que se inscribía.

[3] M. Dalla Costa, «Prefazione», en *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James,* cit., p. 8 [ed. cast.: «Prefacio», en este mismo volumen, p. 21].

[4] Me refiero ante todo a las numerosas asociaciones de amas (y amos) de casa que están reivindicando de distintas maneras la retribución del trabajo doméstico y poniendo en marcha iniciativas al respecto. Sólo por mencionar las más conocidas de las surgidas en Italia en la década de 1980, cito la ANPED (Asociación nacional por los problemas económicos de las mujeres), la Federcasalinghe [Federación de amas de casa] y la OIKIA. Véase el debate al respecto reabierto por *Noi Donne* con los números de julio-agosto de 1986 y de noviembre del mismo año, así como los artículos y las cartas publicados recientemente en *Il Manifesto*.

Esto sí se tenía claro que no sólo había que fotografiar la condición femenina, sino también, en el esfuerzo colectivo de comprensión y de acción, transformarla. Y en esto era todavía deudora del recorrido clásico y, felizmente, del aire de los tiempos, así como de algunas tendencias personales, que provocaban en mí un rechazo al estudio ciego, sin más fin que el propio estudio, destinado a morir estéril en las bibliotecas en las que supuestamente nacía.

El trabajo doméstico como trabajo que define la condición de la mujer. ¿Qué mujer? Si el Movimiento Feminista abría una puerta para todas, puerta que estábamos absolutamente decididas a mantener abierta contra los previsibles estereotipos divisorios que la cultura masculina quería introducir, el área que se caracterizó como «área del salario para el trabajo doméstico» hizo una elección, definió una interlocutora privilegiada: la mujer proletaria, la mujer de clase obrera que hacía trabajo doméstico en primera persona, que, con frecuencia, intensificando el suyo, lo hacía también en casa de otros a cambio de una retribución baja, que, implicando en numerosas tareas a familiares y vecinas, conseguía en cierta medida también desarrollar un trabajo asalariado fuera del hogar o, la mayoría de las veces, un trabajo en negro a domicilio. Estaba claro que las que trabajaban fuera seguían siendo de todos modos amas de casa. Habíamos elegido a nuestra interlocutora conforme al análisis de la mujer en tanto que responsable de la reproducción de fuerza de trabajo. Conscientes de que su condición, en el ámbito proletario y obrero, era fundamental para la determinación de la condición femenina en todos los ámbitos, la nuestra fue una elección operativa para construir un momento de poder que abriese nuevas posibilidades de existencia para la mujer en general y, en términos más globales, que redefiniese los términos de la reproducción humana. Planteamos la reivindicación del «salario doméstico» como dique frente al bajo nivel de los salarios externos femeninos y como posibilidad de una autonomía financiera de las mujeres independientemente de lo favorable o desfavorable de un ciclo económico que las quisiese más empleadas o más desempleadas. Intuíamos en esto una posibilidad de mayor poder, también para los hombres, cada vez más numerosos en los años siguientes, que vivirían la condición femenina de precariedad, bajo salario y cuidado gratuito de hijos y familia. El lema «salario para el trabajo doméstico» en vez de «para las amas de casa» significaba precisamente esto: no efectuar exclusiones apriorísticas, no privilegiar roles en relación con la prestación de trabajo por parte de quien fuera, mujer o varón.

Desde entonces, desde aquel primer conjunto de análisis y definiciones que tuvo articulaciones ulteriores y continuas en el trabajo colectivo[5] que realizaba con otras

[5] Los límites de espacio no me permiten más que algunas citas. Entre las obras que sin duda representan una notable aportación a la profundización del análisis, a mi juicio vale sin duda la pena recordar las siguientes: L. Fortunati, *L'arcano della riproduzione. Casalinghe, prostitute, operai e capitale,* cit., obra

muchas compañeras de estudio, me resulta difícil, dentro de la economía de espacio disponible, seguir el curso del péndulo, incluso circunscribiendo su movimiento exclusivamente a mi historia.

He identificado este primer momento: de la cultura masculina a la separación feminista, alejándome de un entorno, pero no tirando al mar un pedazo de patrimonio que consideraba aún extremadamente útil. Después, de nuevo, el movimiento en el sentido contrario: buscando posibilidades de confrontación en los análisis sobre el Estado (típico baluarte masculino) en lo que se refería más específicamente a la relación mujeres-Estado. Es evidente que hace años no se encontraba mucho al respecto. En cuanto a las ciencias que investigaban de forma más directa la responsabilidad estatal hacia las mujeres en campos como el de las políticas demográficas, las políticas de empleo, las políticas sociales, etc., tardaron mucho en asumir un punto de vista que incluyese también un intento de interpretación de la relación entre Estado y mujeres como relación con un sujeto pensante, agente y resistente. A menudo las interpretaciones de las políticas demográficas, por citar sólo un ejemplo, evocaban más bien «naturalismos» fáciles respecto a la caída o a la recuperación de la tendencia de la natalidad, si no presuponían directamente que lo que estaba en el origen de las actitudes de las poblaciones eran misterios insondables.

---

que constituye una reconsideración de las categorías marxianas para identificar su relación con el análisis que la autora realiza sobre el ciclo de la producción-reproducción de la fuerza de trabajo; S. Federici y L. Fortunati, *Il grande Calibano. Storia del corpo sociale ribelle nella prima fase del capitale,* Milán, F. Angeli, 1984; G. Bock, *Zwangessterilisation im Nationalsocialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik,* Colonia, Opladen, 1986, que constituye un análisis exhaustivo de la relación entre nacionalsocialismo y mujeres, con particular atención a la práctica de la esterilización forzosa; G. Bock y B. Duden, *Arbeit aus Liebe - Liebe als Arbeit. Zur Entstehung der Hausarbeit im Kapitalismus, in Frauen und Wissenschaft,* Berlín, 1977. Sobre el tema de la prostitución, P. Biermann, *Wir sind Frauen «wie andere auch!»,* Hamburgo, Rowolt, 1980. Por lo que se refiere, en cambio, a una serie de materiales más ágiles destinados a un uso inmediato en el Movimiento Feminista, mencionaré: en Italia, los *Quaderni di Lotta Femminista,* Turín, números 1 y 2, publicados con el editor Musolini, el primero con el título *L'Offensiva* en 1972 y el segundo con el título *Il personale é politico* en 1973; la colección, con el editor Marsilio, titulada *Salario al lavoro domestico: strategia internazionale femminista,* a cargo del Collettivo Internazionale Femminista, en la que se publicaron en la década de 1970 seis volúmenes (además de *Potere femminile e sovversione sociale,* ya mencionado; *Le operaie della casa,* que coincidía en el título con un periódico homónimo, y *8 marzo 1974,* en 1975; *Dietro la normalità del parto* y *Aborto di stato - strage delle innocenti,* en 1976; y *Contropiano dalle cucine* en 1978); en Alemania, P. Biermann, *Das Herz der Famille,* Berlín, 1977 y *Frauen in der Offensive,* Munich, 1974; en Suiza, la compilación *Le foyer de l'insurrection,* Ginebra, 1977; en Reino Unido, entre los numerosos materiales, el periódico *Power of Women;* en Canadá, la serie *Women in Struggle,* así como R. Ng y J. Ramírez, *Immigrant Housewives in Canada,* Toronto, 1981; en Estados Unidos, la enorme bibliografía de los Wages for Housework Committees and Groups [Comités y Grupos por un salario para el trabajo doméstico], entre los cuales tienen una importancia particular los textos y el periódico del WFH Committee de Nueva York.

Por lo tanto, este trabajo de recortar y reconstituir espacios de argumentación e interpretación en disciplinas que les eran más bien ajenas fue una tarea mía, así como de muchas estudiosas feministas en aquellos años.

Pero no haría justicia al significado global que estas consideraciones quieren tener en torno a las separaciones necesarias y a los necesarios retornos a antiguos territorios para atravesarlos de nuevo si no sumase también la otra dirección, fundamental, en la que el movimiento del péndulo nos llevaba para confrontarnos, a mí como a muchas de mis compañeras. Me refiero aquí en particular a las mujeres con las que cooperé estrechamente a partir de una afinidad interpretativa y política. Como era de esperar, habíamos tenido que salir no sólo de los territorios masculinos, sino también del propio ámbito de las instituciones para encontrar respuesta a las cuestiones que considerábamos fundamentales. A decir verdad, cada una de nosotras vivió y aprendió de una gran experiencia en el Movimiento Feminista. Menos previsible fue tal vez la dimensión de confrontación internacional que caracterizó el ámbito de estudio y de investigación de aquella área que, también considerada desde un punto de vista más estrictamente académico, puede definirse como «área del salario para el trabajo doméstico». Pero nuestro origen fue múltiple: un primer núcleo de mujeres, tanto italianas como estadounidenses, afroamericanas, inglesas, francesas y alemanas. Así se formó nuestro Collettivo Internazionale Femminista, fundado en Padua en 1972, que se ocupó de la redacción y difusión en numerosos países de colecciones y materiales estrechamente conectados en el corte interpretativo. Pronto se sumaron mujeres de distintas razas y procedentes de distintos continentes. Si tengo que hacer una reflexión temática, es probable que la instigación más fuerte por la perspectiva de un salario para el trabajo doméstico nos llegara de la experiencia de las mujeres que dependían de prestaciones sociales en Estados Unidos, mujeres blancas y mujeres negras, con frecuencia madres solas con hijos, que habían estado a la cabeza de los movimientos sobre la asistencia de la década de 1960. Y, sin embargo, también la vecina Francia nos ofrecía un ejemplo de retribución del trabajo doméstico, la denominada prestación por salario único, decididamente más cuantiosa que las ayudas familiares típicas del sistema italiano y, sobre todo, que no vinculaba a la mujer-madre a la obligación de matrimonio. Por desgracia, un mero esbozo de los numerosos estímulos que esta confrontación internacional nos dio desde el principio sería imposible en estas páginas.

Lo que puedo constatar a día de hoy, más allá de la contingencia –o de la voluntad– que ha empujado a algunas de nosotras a ir a trabajar en África o América Latina, es que todas mantuvimos una proyección constante hacia el exterior, que no toleraba entretenerse en una investigación y en una discusión cerradas tras las puertas de la casa nacional, conscientes de que, más que nunca en estos tiempos, tal entretenimiento nos habría hecho encallar muy pronto en terrenos muertos.

Reflexionando más en detalle sobre mi trayectoria personal de investigación, todavía me parece que cabe atribuir a esta atención al orden internacional de las relaciones los trabajos en torno al nudo que liga las políticas de reproducción y las de emigración[6], investigado sobre todo en el caso del área mediterránea, y el interés por ese momento ejemplar de la construcción de la familia moderna –y por lo tanto de la figura de mujer que nosotras teníamos ante todo en consideración– iniciado durante las dos primeras décadas de este siglo en Estados Unidos y fundado y definido más nítidamente a través de la experiencia del *New Deal*[7]. Periodo este harto interesante, entre otras cosas por esa nueva composición del marco socioeconómico –en el cruce entre las primeras políticas de bienestar y el trazado de los perfiles del empleo femenino– en el que por primera vez se llamaba a escena a la *new woman* [nueva mujer]. Un marco que recuerda las notables correspondencias hasta el día de hoy en las responsabilidades con las que se carga a la mujer en periodos de crisis.

En cuanto a los trabajos en torno a la temática «reproducción y emigración», en un momento en el que, a escala europea, las luchas de una clase obrera compuesta por distintas nacionalidades, arrancada de las áreas más depauperadas de la cuenca mediterránea, África y las Antillas, expresaban una fuerza sin precedentes en la historia reciente, me interesé por ir a ver y conocer, junto a la tradicional capacidad de cohesión de la comunidad, los peculiares modos organizativos de las mujeres que sostenían esta clase en los países de origen y en los países de destino. Descubrí ahí no sólo esa capacidad de sostén de los hombres, sino también, gracias al nuevo poder que la circulación de un salario ofrecía, la apertura por parte de las mujeres de caminos por la mejora del nivel de vida de sus hijos y, mediatamente, también del suyo propio. Pero enseguida apareció, junto a esto, la persecución de una determinación distinta de su vida y, por lo tanto, de su identidad como mujeres. En otras palabras, la apertura de caminos de autonomía. Con respecto a todo ello, la hipoteca más grave la constituían, además de la falta de una autonomía financiera, la arbitrariedad y la violencia de las políticas demográficas dirigidas a negar a las mujeres (entre otras cosas con el severo prohibicionismo en relación con la información y disponibilidad de métodos anticonceptivos) cualquier control sobre su propia capacidad de procreación y, por lo tanto, sobre la determinación de su destino social, para mantenerlas en cambio como meros apéndices de planes de desarrollo o estancamiento económico. Normalmente, tal como pude comprobar ya entonces, cuando la tasa de natalidad se juzga demasiado baja o el poder de la clase nacional demasiado alto, los Estados favorecen políticas de importación de fuerza de trabajo extranjera. Ejemplar entre otros el caso de la inmigración argelina en Francia tras el llamamiento, tan desconsolado como desoído, de De Gaulle en 1945 para que las mujeres francesas proporcionasen «doce millones de hermosos bebés». Fue un típico caso de política de incentivación de la inmigración de cara al restablecimiento cuantitativo y cualitativo de la fuerza de trabajo. Pero, con otra tanta arbitrariedad, constaté, se le cierran las puertas a la inmigración cuando el poder de la comunidad de hombres-mujeres inmigrantes se juzga demasiado alto; se prefiere entonces trasladar las inversiones a áreas apartadas del denominado Tercer Mundo, a la par que se imponen en estas mismas áreas incentivos a la contracepción y prácticas de esterilización forzosa si la población se considera sobreabundante en relación con las exigencias determinadas por las opciones productivas. En el debate que se abrió en la década de 1970, debate respaldado por numerosas iniciativas a escala nacional e internacional sobre el viejo problema del «tamaño ideal de la población» –que por lo menos desde hace cinco siglos se mide en relación con las necesidades de absorción por parte del capital–, me parecía urgente poner de relieve hasta qué punto los discursos imperantes en estos lugares, discursos de políticas demográficas, de procesos emigratorios-inmigratorios, de «ayudas» a países terceros, de desplazamientos de población, definían hipótesis y programas que prescindían de la voluntad de la mujer y de sus destinatarios en general.

Por lo que respecta al periodo del *New Deal,* también éste fue objeto en la década de 1970 de mucha atención desde distintos ámbitos. Aún hoy, en una época de *deregulation,* por lo menos proclamada, tanto en Estados Unidos como en Italia, el *New Deal* es a pesar de todo un polo de confrontación imprescindible, en tanto que institución de un sistema global de políticas asistenciales-aseguradoras y de relanzamiento productivo sostenido por una refundación del papel del Estado. En realidad, ¿cuánto de aquel sistema constituye a día de hoy el armazón del Estado, más allá de los desmantelamientos indudables de protecciones de la seguridad social y de los recortes de garantías? En relación con el *New Deal,* muchas investigaciones en el ámbito histórico, sociopolitológico y económico habían hecho hincapié en la importancia de las luchas obreras y de la fundación del primer sindicato de masas industrial, de las profundas innovaciones introducidas en las instituciones y de los remedios puestos en marcha para hacer frente a la Gran Depresión. Pero no habían dejado de conformar una bibliografía predominantemente masculina y atenta a los sujetos varones: el obrero industrial, el desempleado, los sindicalistas más famosos, el presi-

[6] Expuse las tesis fundamentales de esta argumentación en mi «Riproduzione e emigrazione», en *L'operaio multinazionale in Europa,* cit. [ed. cast.: «Reproducción y emigración», en este mismo volumen, pp. 57-97], reeditado en *Brutto Ciao,* Roma, Edizioni delle donne, 1977, texto, este último, del que fui coatura junto con L. Fortunati. Actualicé en algunos aspectos estas tesis con «Emigrazione, immigrazione e composizione di classe en Italia negli anni '70», en *Economia e Lavoro* 4 (1981).

[7] Dediqué a este periodo el trabajo contenido en mi *Famiglia, welfare e stato tra Progressismo e New Deal,* Milán, cit. [ed. cast.: «Familia, políticas de bienestar y Estado entre Progresismo y *New Deal*», en este mismo volumen, pp. 151-251].

dente Roosevelt, los dirigentes negros de un movimiento que empezaba a hacerse notar. Suprimidos los episodios más concurridos de mujeres e hijas de obreros organizadas en torno a las huelgas [*Angry Brigade* (Brigada Furiosa)], el rostro de las mujeres en el tejido social general, la novedad de las funciones que se les exigían dentro del proyecto rooseveltiano, todo esto, a mi juicio, había quedado más bien difuminado. Así pues, intenté identificar más nítidamente sus contornos. La investigación me devolvió una figura de mujer, típica de la familia moderna, enfrentada con las oficinas de asistencia (seguridad social), con toda la carga doméstica sobre sus espaldas a pesar de que ya, en determinados periodos de la vida, encontrara empleo en un terciario que por entonces ocupaba el primer puesto en capacidad de ofrecer trabajo. Considero que éste siguió siendo el verdadero rostro de la *new woman,* tanto en Estados Unidos como en Italia, durante todo el periodo clásico de la familia moderna. A partir de la década de 1970 y, de manera aún más acusada, en la década de 1980, las alteraciones del mapa del empleo, el desempleo imperante, la precarización generalizada y el conjunto de implicaciones de la denominada revolución tecnológica perfilarían de manera distinta los rostros de él y de ella y sus relaciones.

En los años más recientes, he arribado al ámbito de las sociologías, de la sociología política. Vuelvo a encontrar, casi intacto, en esta disciplina, el problema de redefinir el espacio. No sólo poner de relieve a la mujer en su relación con los numerosos aspectos de las políticas estatales, sino permitir que esta enseñanza, junto con la atención predominante que la caracteriza por las dinámicas institucionales del poder, llegue también a las contradicciones fundamentales que tales dinámicas contienen y, por lo tanto, a los problemas políticos cuyas consecuencias se imponen de manera cada vez más visible sobre el escenario mundial. A decir verdad, sigo estando convencida de que cuanto más ahondemos en el conocimiento y en la confrontación sobre todo esto, sin condescendencias que lo dejen como territorio masculino, más posibilidades tendremos de abordar con mayores elementos de conciencia y de medida de las relaciones de fuerza la cuestión femenina –y feminista–, no sólo en tanto que «objeto» de investigación, sino como posibilidad de contribuir, como mujeres y como estudiosas, a determinar la instauración de una forma distinta de desarrollo y, por lo tanto, la liberación de la reproducción humana en otros términos.

8 ¿De quién es el cuerpo de esta mujer?*

Me ha parecido oportuno centrar las consideraciones que desarrollaré hoy sobre un hecho que estimo propedéutico para cualquier otra problemática sobre la autonomía de la mujer. A saber: que, *para la mujer, construir autonomía* ha querido decir, *en cualquier región del mundo, ante todo, reapropiarse de su propio cuerpo,* poder disponer de ese cuerpo femenino que siempre ha sido el *lugar de puesta en juego de la relación entre sexos*. Esto era así para nosotras, en Italia, a principios de la década de 1970 y era así para las mujeres mayas de Chiapas cuando empezaron a difundir su ley a principios de la década de 1990. Referir y comparar aquí algunos aspectos de nuestras problemáticas y de las luchas en este terreno creo que puede ser útil en una batalla que, tanto para nosotras como para ellas, como para muchas otras en distintos países, ha dado pasos importantes pero está lejos de haber concluido.

Cuando leí la Ley Revolucionaria de las Mujeres mayas, me impresionó la *extrema correspondencia* entre las reivindicaciones expresadas en aquella Ley, junto con otras que poco a poco se iban elaborando, y nuestras reivindicaciones un cuarto de siglo antes, en los albores de la década de 1970. Tanto nosotras como ellas, para lograr salir del *sufrimiento* y de la *impotencia,* habíamos tenido que unirnos como mujeres y dar vida a un movimiento. La impotencia era el gran problema que habíamos visto en la vida de nuestras madres. La impotencia de la falta de dinero que impide cualquier elección, incluso la de huir de maridos o padres violentos, la impotencia de un desconocimiento de la sexualidad que hace fracasar el matrimonio pero al

---

* M. Dalla Costa, «Di chi è il corpo di questa donna?», ponencia presentada el 25 de octubre de 2006 en el congreso *La autonomía posible,* Universidad Autónoma de la Ciudad de México, celebrado del 24 al 26 de octubre de 2006, y posteriormente editada en *Foedus* 19 (2007).

que no se sabe cómo poner remedio, teniendo que someterse a comportamientos masculinos desconocedores de la sexualidad femenina[1], la impotencia de la incomunicación porque era tabú hablar con otras mujeres de cosas demasiado íntimas, la impotencia derivada de la estigmatización de una opción vital que no fuese el matrimonio, por la que nuestras madres se vieron obligadas, de muy jóvenes, a pasar de la casa del padre a la del marido sin haber podido preguntarse nunca quiénes eran y qué querían, la impotencia de verse madres a nueve meses del matrimonio sin haberse conocido nunca como mujeres (la virginidad prematrimonial era un imperativo social), la impotencia de sufrir violencia en la familia o fuera pero no poderlo decir para no exponer a la familia al escándalo y para no ser objeto de culpabilizaciones por parte de otros hombres, ante todo jueces y policía, la impotencia de sufrir acoso sexual en el trabajo pero no poderse permitir perder el empleo.

Todas ellas cuestiones que, pese a la gran diferencia de contexto y de condiciones de vida, aparecen punto por punto en las reivindicaciones y en el debate que sigue desarrollándose entre las mujeres mayas.

Privilegiando aquellas *relativas a la disponibilidad del propio cuerpo,* encuentro: derecho a vivir una sexualidad no sólo en función de la procreación o de la satisfacción del hombre[2], derecho a no casarse, derecho a una unión que no sea necesariamente un matrimonio, derecho a elegir marido o compañero en lugar de tener que aceptar el esposo elegido por los progenitores, derecho a poder controlar el número de hijos que se quiere y se puede criar, derecho a una atención particular para la salud y la alimentación de una misma y de los niños, derecho a la formación (que empieza con el derecho a conocer el propio cuerpo y las problemáticas de su «salud reproductiva»), derecho a los servicios fundamentales, derecho a no sufrir violencia ni en la familia ni fuera. Se pide además que el trabajo doméstico, que absorbe toda la jornada del cuerpo femenino, se reparta más equitativamente con los hombres, como premisa para tener más tiempo y energías para llevar adelante las propias exigencias. También esto en extrema correspondencia con lo que pedíamos nosotras,

[1] Significativo a este respecto el libro de L. Harrison, *La donna sposata. Mille mogli accusano,* Milán, Feltrinelli, 1972.

[2] Tal como refiere Guiomar Rovira: «[Los hombres] simplemente *las usan* [a las mujeres]». Impresiona que sea el mismo verbo utilizado hace tiempo en nuestras campañas. El placer sexual es algo desconocido, cuenta Rovira. Así era también para nosotras antes del Movimiento. Sebastiana, en diálogo con el gobierno a finales de 1995, reclama feroz que el placer sexual de parte de la mujer «no se usa, así es la costumbre» [G. Rovira, *Mujeres de maíz. La voz de las indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista,* Barcelona, Virus, 1999, pp. 113-114]. Y la misma mujer dice de nuevo en la mesa de diálogo: «¿Cuándo nosotras hemos gozado nuestra relación sexual? Jamás. Porque jamás te lo enseñan. Y qué triste, porque en nuestras comunidades eso nunca se usa, como dicen, así es la costumbre, y no sólo estas mujeres la viven sino en todas partes» (*ibid.,* p. 322).

que tampoco planteamos nunca la división más equitativa del trabajo doméstico como fin último de la lucha en este frente, sino como premisa para poder luchar por la obtención de condiciones de vida y de trabajo mejores para nosotras y para los demás sujetos. De hecho, la *lucha de la mujer por el trabajo de reproducción siempre ha sido impulsora de un mayor bienestar y una mayor autonomía para los sujetos que dependían de ella,* ante todo, niños y ancianos. Como es bien sabido, nosotras pedíamos además que este trabajo fuese retribuido, que se redujese en el tiempo y que hubiese servicios adecuados para apoyarlo, pero de los resultados de esta demanda hablaré en la ponencia de mañana**.

En los comienzos de nuestro movimiento, hicimos un *manifiesto* en el que aparecía representado un cuerpo de mujer sobre el que estaba escrito: «*¿De quién es el cuerpo de esta mujer?* ¿De la iglesia? ¿Del Estado? ¿De los médicos? ¿De los patrones? No, es suyo». La respuesta no era en absoluto evidente y la necesidad de afirmarla se derivaba del hecho de que, precisamente *en torno a la sexualidad y a la capacidad procreadora,* padres, maridos, médicos, jueces y jerarquías eclesiásticas se *disputaban el derecho de dominio,* de permitir o no que ella pudiese tener una vida sexual, pudiese disponer de métodos anticonceptivos, pudiese mantener el hijo concebido sin estar casada o pudiese abortar. La conquista de la autonomía en este terreno y respecto de estas figuras, la recuperación del propio cuerpo, supuso rebelarse en diferentes planos y *ante todo, construir sobre tal cuerpo* un *conocimiento* que las mujeres no tenían.

Con este objetivo, fue necesario ante todo redactar y difundir *pequeños folletos* con algunas ilustraciones, con frecuencia pequeños dibujos hechos en casa, que daban informaciones básicas sobre cómo estaban hechos el aparato reproductivo femenino y el masculino, sobre cuáles eran los cambios y las necesidades en torno a las *fases* de la vida biológica femenina (menarquia, contracepción, embarazo, parto, lactancia, aborto, menopausia), sobre cuáles eran las patologías más recurrentes, cómo reconocerlas y cómo curarlas, sobre cómo aprender y experimentar el territorio de la *sexualidad.* En 1974, se tradujo al italiano el famoso *Our Bodies, Ourselves*[3], de un colectivo de mujeres de Boston que había centrado todo su trabajo en la cuestión de la salud y la sexualidad de la mujer. Pero el trabajo en este terreno y sobre la salud en general había caracterizado el Movimiento Feminista estadounidense des-

** Se refiere a la ponencia titulada «Autonomia della donna e retribuzione del lavoro di cura nelle nuove emergenze» [Autonomía de la mujer y retribución del trabajo de cuidados en los nuevos trances], presentada el 26 de octubre en el mismo congreso y publicada en castellano en este volumen, pp. 281-299.

[3] The Boston Women's Health Collective, *Noi e il nostro corpo. Scritto dalle donne per le donne,* Feltrinelli, Milán, 1974 [ed. or.: *Our Bodies, Ourselves,* Simon and Schuster, Nueva York, 1971; ed. cast.: *Nuestros cuerpos, nuestras vidas,* Barcelona, Icaria, 1992].

de el siglo XIX[4]. En la década de 1970, resurgía como eje maestro en el Movimiento Feminista internacional, traduciéndose en una actividad de «contrainformación» en relación con las deformaciones o los silencios de la ciencia médica, a fin de restituir a la mujer ese saber y ese poder de decisión con respecto a la sexualidad y a la procreación que el nacimiento de la medicina oficial, desde sus albores, le había arrebatado con violencia[5].

Era más que urgente lanzar la *campaña para que la interrupción voluntaria y gratuita del embarazo se practicase en las instalaciones hospitalarias* (obtendremos esto con la ley 194/1978), crear movilización en torno a los procesos judiciales por aborto (el de Padua del 5 de junio de 1973 dio comienzo a la lucha en este terreno para el conjunto de iniciativas que habíamos levantado con todo el Movimiento Feminista), hacer público que la mayoría de las mujeres que abortaban era madres de familia ya con hijos que no podían permitirse tener otro, que las mujeres que morían o que se quedaban discapacitadas a causa de abortos clandestinos eran demasiadas y que no permitiríamos más muertes ni más sufrimientos (todavía el 7 de abril de 1976 muere en Padua por aborto una madre de familia de 27 años con dos hijos, un hecho desencadenante de la ocupación por parte del Movimiento de los centros universitarios donde se enseñaba y practicaba la ginecología). Denunciamos públicamente que, gracias al aborto clandestino (realizado por lo general, además de con métodos peligrosos, sin anestesia y, por lo tanto, en medio de dolores atroces de la mujer), muchos médicos objetores sacaban beneficios tan ingentes como ilícitos[6]. Me entero de que en las zonas rurales de México, una mujer de cada cinco ha pasado por esta experiencia y, a menudo, a consecuencia de violencias sexuales sufridas en la familia[7]. Ojalá ya no tenga que afrontarla sola, en las condiciones, arriesgadas y

[4] Sus albores prácticamente se confundieron con el periodo de auge (1830-1850) de un movimiento popular, el *Popular Health Movement* [Movimiento por la Salud Popular], que buscó y practicó un tipo de medicina por completo diferente a la de los médicos «regulares» que salían de las universidades. Desde una perspectiva de clase y feminista, se preocupaba ante todo de garantizar atención médica a los estratos menos acomodados de cualquier etnia y de conservar y elaborar saberes en ese momento sin duda más eficaces de que la ciencia médica en ciernes de las facultades de Medicina.

[5] B. Ehrenreich y D. English, *Le streghe siamo noi. Il ruolo della medicina nella repressione della donna,* Milán, Celuc libri, 1975; S. Federici y L. Fortunati, *Il grande Calibano. Storia del corpo sociale ribelle nella prima fase del capitale,* Milán, FrancoAngeli, 1984, en particular el capítulo de S. Federici, «La caccia alle streghe»; S. Federici, *Caliban and the Witch. Women, the Body and the Primitive Accumulation,* Nueva York, Autonomedia, 2004 [ed. cast.: *Calibán y la bruja. Las mujeres, el cuerpo y la acumulación primitiva,* Buenos Aires, Tinta Limón, en preparación].

[6] Collettivo internazionale femminista (ed.), *Aborto di Stato. Strage delle innocenti,* Venecia, Marsilio Editori, 1976

[7] G. Rovira, *Mujeres de maíz,* cit.

dolorosas, que también las mujeres italianas padecieron hasta el surgimiento del Movimiento, y, sobre todo, que pueda tener pronto acceso a esos métodos[8] que permiten controlar la natalidad y, en caso de una relación de resultado incierto, métodos como la «píldora del día de después», que permiten evitar el aborto.

También el *parto*[9] se convirtió en motivo de grandes movilizaciones y luchas en los hospitales donde, pese a todo, morían mujeres durante el parto de manera injustificada (tres en el transcurso de pocos meses en la División de Obstetricia del Hospital civil de Padua) y donde, no sólo el problema de la *medicalización excesiva* del acontecimiento, de la total pasivización de la mujer, transformada en paciente, sino de los sadismos gratuitos (suturas sin anestesia, por poner un ejemplo) y de los comportamientos autoritarios y arrogantes por parte de los médicos, hicieron crecer, a modo de respuesta, una enorme movilización y un movimiento por un nacimiento activo que pretendía restituir a la mujer el papel de protagonista de aquel acontecimiento y darle otras condiciones, para que pudiese vivirlo como un hecho natural, con serenidad y en presencia de personas de su confianza. Desde entonces, se admite en el paritorio la presencia del *marido* o de *otra persona.* Una conquista difícil para nosotras, mientras me informan que el marido de las mujeres mayas está presente y coopera en este acontecimiento. Más tarde, nacerían auténticas «casas de parto», pocas, con condiciones para ofrecer atención hospitalaria cuando fuese necesaria, pero estructuradas ante todo como ambiente doméstico, donde el parto volvía a ser un acontecimiento natural y no una enfermedad. Se revalorizó además que la mujer pudiese parir en *su casa,* pero con la garantía de una comunicación veloz con el hospital en caso de necesidad. Se redescubrieron *posturas* del cuerpo femenino para el parto, ya practicadas en el *medievo* y en la *antigüedad,* sin duda más naturales y confortables para la mujer que la que se impone en los hospitales, únicamente funcional para los médicos. Ahora, algunos hospitales, pocos, permiten practicarlas. Sobre la cuestión del parto, me ha impresionado una cosa que Guiomar Rovira[10] contaba en su libro, que me ha gustado mucho, y es que las comadronas del pueblo sabían *girar al niño en el vientre* de la madre si venía de pie. También entre nosotras, las viejas comadronas sabían hacer esto. Ahora casi nadie, ni el médico ni la comadrona, es capaz de esto y esta circunstancia se convierte en la enésima ra-

[8] Me parece conveniente informar que los únicos métodos posibles no son la píldora o el preservativo, o el diafragma, del que hablaré más adelante. Se han puesto ya a punto pequeños dispositivos que la mujer puede manejar sola, marcadores que, en contacto con la saliva, tomarán un color u otro en función de si está o no en sus días fértiles.

[9] Gruppo femminista per il Salario al Lavoro Domestico di Ferrara (ed.), *Dietro la normalità del parto. Lotta all'Ospedale di Ferrara,* Venecia, Marsilio Editori, 1978.

[10] G. Rovira, *Mujeres de maíz,* cit.

zón para realizar un parto con cesárea. Desde luego que la profesión médica no juzga conveniente conservar este saber, esta profesionalidad. Sin embargo, el parto con cesárea ha experimentado un incremento exponencial en estos últimos años, representando en algunas instalaciones el 40 por 100 o más de los partos. Pero se trata de una operación quirúrgica y no de otro modo de parir. Con respecto al parto, denunciamos también el elevado porcentaje, en determinados hospitales[11], de *niños que nacían espásticos o con lesiones por malas prácticas* y por el uso incompetente de fórceps. En Chiapas, en cambio, el neonato puede morir por condiciones higiénicas deficientes o por carecer de lo más elemental para sobrevivir. En ambos casos, se destruyen los prolongados cuidados y el esfuerzo de la mujer y tanto sus derechos fundamentales como los del neonato.

Antes del Movimiento, la condición de *madre soltera,* es decir, de mujer no casada que espera un hijo, estaba todavía muy castigada. Con frecuencia la familia la echaba de casa, al igual que les sucede a las mujeres mayas, y se encontraba sin saber adónde ir y qué hacer para continuar su embarazo y buscar un trabajo con el que mantener al niño. A menudo tenía que dejarlo en una inclusa. Había algunas *instituciones para madres solteras* que presentaban condiciones más bien tristes y culpabilizadoras. Hicimos trabajo de intervención con las mujeres en estas instituciones[12]. En nuestra campaña internacional por el salario para el trabajo doméstico, *la figura de la madre sola con hijos* era una figura fundamental, puesto que casi todos los Estados avanzados destinaban dinero y daban facilidades a estas mujeres. Italia, en cambio, constituía una excepción muy negativa. Las *Family Allowances* [prestaciones familiares] que daba el Estado inglés o las ayudas para las *welfare mothers* [madres que viven de las prestaciones sociales] en Estados Unidos[13] representaban un *primer nivel concreto de retribución del trabajo de procreación y crianza de hijos.* En el activismo que dedicamos a esta condición femenina, denunciábamos que el Estado italiano estaba dispuesto a financiar con sumas ingentes las instituciones que acogían a los hijos que las mujeres, por falta de medios, se veían obligadas a abandonar. Sumas que además se perdían en las relaciones clientelares de la política. Habría sido más lógico dar ese dinero a la mujer, y hubiera bastado incluso con mucho menos, para que estuviera en condiciones de criar a su hijo.

[11] Gruppo femminista per il Salario al Lavoro Domestico di Ferrara (ed.), *Dietro la normalità del parto. Lotta all'Ospedale di Ferrara,* cit.

[12] Comitato di lotta delle ragazze madri, *Ragazze madri in lotta. Documenti e testimonianze delle ragazze madri della Casa della Madre e del Fanciullo di Via Pusiano n. 22, Milano* (recopilación de documentos ciclostilados en relación con la acción desarrollada), Milán, octubre-diciembre de 1973. Véase también Lotta femminista di Modena, *Madri in azione,* documento ciclostilado que informa sobre la historia y la actividad de *Mothers in Action,* colectivo de mujeres solas con hijos sin distinción de raza, religión o nacionalidad, presente en Londres desde 1967.

[13] M. Dalla Costa, «A proposito del Welfare», cit. [ed. cast.: «A propósito de las políticas de bienestar», en este mismo volumen, pp. 99-108].

En términos más globales, las mujeres, para reapropiarse de su cuerpo, pusieron en discusión e intentaron *replantear su relación con cada uno de los aspectos de la ginecología.* Por entonces, casi todos los *ginecólogos eran varones:* apenas unas cuantas compañeras empezaban a licenciarse en esta disciplina y se convirtieron en punto de referencia fundamental, al igual que fueron de gran valor aquellos compañeros ginecólogos que, con la nueva conciencia que el Movimiento Feminista había creado, se pusieron realmente de parte de la mujer y ofrecieron un trabajo serio y generoso. En este ámbito de la medicina, en particular, recogimos *testimonios*[14], como acostumbrábamos a hacer en todos los campos en los que interveníamos. Algunas compañeras de Milán llevaron a cabo una investigación[15] sobre el modo de funcionamiento de las instalaciones públicas de la ciudad, en la que algunas mujeres se prestaron como falsas pacientes. Decir que imperaba la falta de respeto y delicadeza es decir poco. El autoritarismo médico encontraba en este ámbito un terreno aún más abonado. Resulta significativo lo que se descubrió en los ambulatorios públicos. Las mujeres, además de tener que estar presentes todas muy pronto, a una *misma hora,* lo cual implicaba cruzar la ciudad a horas antelucanas para tener que esperar luego durante gran parte de la mañana (escalonar las citas hubiera sido una señal de excesiva consideración), tenían *prohibido hablar entre sí,* tal como anunciaba un *letrero colgado en la pared.* Prohibido comunicar. La cosa hoy puede parecer paradójica. Sin embargo, da buena idea del despotismo de la profesión médica en la época. Pero pronto el Movimiento rompería este silencio impuesto.

En 1974, en Padua, con la perspectiva de poner en marcha un ejemplo de otra relación médico-mujer, construimos el *primer consultorio autogestionado,* donde, como decía, también hubo médicos que ofrecieron su trabajo gratuito junto a numerosas mujeres. En poco tiempo, le siguieron otros en otras ciudades[16]. En ellos, se enseñaba el *autorreconocimiento,* se enseñaba a utilizar el espéculo, se enseñaba a reconocer las *enfermedades más comunes* y a *curarlas,* se daba a conocer el *diafragma,* como método anticonceptivo que la mujer podía ponerse sola sin necesidad del médico y sin costes. Quizá por eso fue un método que en Italia nunca se difundió mucho. Pero era un método que las estudiantes descubrían en sus primeros viajes al Reino Unido, puesto que estaba muy difundido en las estructuras de *Family Planning* de ese país, y descubrían el sentido de autonomía y el bajo coste con el que po-

[14] Movimento di Lotta Femminista di Ferrara, *Basta tacere. Testimonianze di donne. Parto, aborto, gravidanza, maternità,* edición propia, sin fecha.

[15] L. C. Piaggio, *Avanti un'altra. Donne e ginecologi a confronto,* Milán, La Salamandra, 1976.

[16] Jourdan C., *Insieme contro. Esperienze dei consultori femministi,* Milán, La Salamandra, 1976.

dían manejarlo. En poco tiempo, se promulgaría la ley 405 de 1975, que instituía los consultorios, pero éstos nunca tendrían ni las dimensiones ni los recursos suficientes para cumplir con las funciones de información y prevención que se les habían asignado, quedándose muy lejos del ejemplo que habíamos querido construir. Como es evidente, estas carencias eran funcionales al negocio público y privado de la enfermedad. Entre las informaciones que ofrecíamos, estaba la de la existencia, ya por entonces, de la *inyección epidural,* que podía evitar a las mujeres los dolores del parto. Pero obtenerla seguía siendo una quimera. Las instalaciones públicas consideraban un dispendio, un coste inasumible, disponer de anestesistas para poner la inyección a las parturientas que la pidiesen. Pero, sobre todo, no había sucedido nunca que la mujer no sufriese en tal acontecimiento. Seguía estando muy claro para la profesión médica que la mujer no tenía alternativas a los sufrimientos durante el parto y, a pesar de que nosotras insistíamos en nuestros folletos en que «hasta para una caries se pone anestesia, ¿por qué no se debe utilizar para los dolores del parto?», la obediencia médica al precepto bíblico «parirás con dolor» seguía siendo casi absoluta.

Hasta los *últimos años* no ha empezado esta forma de anestesia a estar *más presente* en las instalaciones hospitalarias y creo que, dado el planteamiento privatizador de la sanidad, esto se debe al temor a la competencia entre instalaciones que ofrecen o no esta posibilidad. Por fin *este año* la recién nombrada ministra de Sanidad, Livia Turco, ha decidido que *todos los hospitales* deben ofrecer *este procedimiento* a las parturientas. Un hito en la historia del dolor femenino. Asimismo, la misma ministra ha decidido que la «píldora del día de después», que puede evitar abortos en caso de relaciones sexuales con riesgo de embarazo, esté disponible en todas las farmacias y se venda sin necesidad de receta médica. Con ello, también en este caso, llega por fin una respuesta que reconoce que las mujeres tienen derecho a practicar la sexualidad (un derecho que siempre se les ha reconocido a los hombres), que en algunos casos las relaciones sexuales pueden tener resultados inciertos y que, en tal eventualidad, es un deber facilitar a la mujer los métodos de los que dispone hoy la ciencia médica para evitar el sufrimiento, en todos los sentidos, del aborto. En cuanto a la *píldora abortiva RU486,* que, ingerida hasta el segundo mes de embarazo, evita el procedimiento más cruento del aborto quirúrgico, el mismo Ministerio ha autorizado que se experimente con ella en hospitales de todo el territorio nacional. Sin embargo, puesto que ya se ha experimentado con ella desde hace tiempo en otros países europeos, donde está incluso a la venta, esto equivale a su acogida oficial entre los procedimientos abortivos. De nuevo en este caso, *rompiendo con el mandamiento del máximo sufrimiento,* se ha puesto a disposición de la mujer un método que, dentro de una decisión que siempre resulta dramática, por lo menos causa menos sufrimiento. Con todo, no deja de ser significativo que el *método Karman,* es decir, el método por aspiración, también menos cruento que el aborto quirúrgico, que el Movimiento Feminista de la década de 1970 volvió a sacar a la luz, haya vuelto en este tiempo a caer en el olvido.

Mientras que procrear o interrumpir un embarazo eran acontecimientos a los que una parte de nosotras se había enfrentado y, por lo tanto, en torno a los cuales construimos conciencia y determinación para cambiar sus condiciones, en cambio, ninguna habíamos tenido ocasión de experimentar cómo, en la edad más madura, el cuerpo femenino se convertía en objeto de nuevos abusos, cómo, a menudo, sin un motivo fundamentado, sino sólo por intereses de las instalaciones sanitarias y de la profesión médica, se lo mutilaba, se le privaba de esos órganos que lo caracterizan como cuerpo de mujer. Me refiero *al abuso de las histerectomías*[17] *no justificadas por patologías* (acompañadas en cerca de la mitad de los casos por ovariectomías de ovarios sanos). Esta operación tiene muchas consecuencias negativas, ante todo desde el punto de vista de la sexualidad, de las enfermedades cardiovasculares y de la estabilidad pélvica, pero, en las últimas décadas, su abuso ha caracterizado la praxis médica en muchos países avanzados. En Italia, tienen posibilidades de padecer esta intervención una mujer de cada cinco, en algunas regiones, como el Véneto, donde vivo, una de cada cuatro[18]. Por lo tanto, ésta es la *tercera gran batalla* que el cuerpo femenino debe afrontar después de la del parto y la del aborto, en distintas regiones del mundo, avanzadas o no, *para defender su integridad y su calidad de vida en la edad madura* contra la violencia y el abuso de la ciencia médica. El *planteamiento médico* que defiende este abuso confirma la *concepción* de la mujer como máquina de reproducción. Cuando ya ha parido el número de hijos deseado o, en todo caso, se acerca (con frecuencia por desgracia no próxima) a la edad de la menopausia, afirman muchos médicos, mejor extirpar estos órganos que ya no sirven y que quizá podrían contraer enfermedades graves más adelante. Sin embargo, esos órganos, útero y ovarios, cuentan mucho para la salud y para el buen equilibrio hormonal de la mujer antes y después de la menopausia. Pero, a los ojos de demasiados ginecólogos, no cuenta la mujer como persona, no cuenta la integridad de su cuerpo y aún menos la sexualidad que esta operación con frecuencia pone en peligro. Sobre todo

[17] Por histerectomía se entiende la extirpación quirúrgica del útero, por ovariectomía la extirpación quirúrgica de los ovarios. He dedicado al abuso de esta operación un estudio que contiene asimismo muchos testimonios de mujeres y de médicos. M. Dalla Costa (ed.), *Isterectomia. Il problema sociale di un abuso contro le donne,* cit.

[18] En comparación con la vecina Francia y en virtud del tipo de patologías por las que se practica, el 80 por 100 de estas intervenciones parece injustificado. En Estados Unidos, país tristemente punta en la realización de esta operación, tienen posibilidades de padecerla una mujer de cada tres hasta los 60 años y el 40 por 100 de las mujeres hasta los 64 años.

para las empresas hospitalarias resulta beneficioso hacer muchas operaciones. Y a la profesión médica le conviene tener en su activo muchas de estas intervenciones, que representan la operación más importante de la ginecología. Se trata de una batalla en la que el *conocimiento del propio cuerpo,* la determinación de salvaguardarlo y una comunicación amplia entre mujeres resultan cruciales. Han surgido asimismo sitios *web* impulsados por grupos de mujeres que informan sobre esta operación y donde muchas pacientes que la han sufrido ofrecen su testimonio.

1974 fue un año particularmente importante. Ganamos con todas las mujeres el *referéndum sobre el divorcio*[19], conseguimos que esta institución, en vigor en nuestra legislación desde hacía pocos años, no fuese abolida, condenando a las mujeres, y a los hombres, a elecciones irreversibles independientemente de lo que sucediese o se descubriese a posteriori en esos matrimonios. Una victoria, la del Movimiento, contra una condena despótica a una vida de sufrimiento sin posibilidad de redención.

El otro gran tema concerniente al cuerpo femenino fue el de la *violencia,* violencia contra la mujer adulta o contra la mujer niña. Al leer que con frecuencia, en los pueblos mayas, sucede que las mujeres sufren violencia en sus familias además de fuera, me venía a la cabeza cómo empezamos a descubrir la violencia que las niñas sufrían en casa a partir de las redacciones que hacían en la escuela primaria. Redacciones a las que las mujeres del Movimiento que eran maestras empezaron a prestar particular atención. Pero enseguida descubrieron también la situación de extrema impotencia en la que la madre se debatía: si se denunciaba al marido y éste iba a la cárcel, ¿quién mantendría a la familia? ¿Qué reacción ante la familia tendría el entorno, con frecuencia rural, en el que la familia vivía? ¿Cómo reaccionaría el marido cuando volviese a casa? Problemáticas muy parecidas a las que afrontan las mujeres mayas. Para las situaciones de violencia contra mujeres adultas construimos *mucha movilización,* asegurando sobre todo, con nuestra *presencia* batalladora *en los procesos judiciales* contra quienes habían ejercido violencia, que los jueces, abogados y hombres en general no transformasen a la víctima en imputada. Decidimos que era algo intolerable, índice de la falta de consideración hacia la mujer como persona, que la violencia sexual contra ella se *catalogase* en el código penal *entre los delitos contra la moral y las buenas costumbres* y no entre los delitos contra la persona y trabajamos para que se precisaran mejor las casuísticas y las penas. Se redactaron varios proyectos de ley al respecto, pero durante veinte años no se aprobó ninguno. Hubo que esperar a 1996, con la ley 66, para que la violencia sexual contra la mujer se catalogase entre los delitos contra la persona y no contra la moral y las buenas costumbres, se endureciesen las penas y las casuísticas se desarrollaran con más

[19] Lotta femminista, *Vogliamo decidere noi. Donne, referendum, divorzio,* documento ciclostilado de edición propia, marzo de 1974.

atención. Entretanto, sin embargo, la onda larga de nuestra acción y de nuestro debate generaría el surgimiento de *asociaciones de mujeres* que harían crecer una conciencia distinta[20] y, por lo tanto, provocarían una actitud más respetuosa por parte de trabajadores y trabajadoras de aquellos lugares (hospitales, jefatura superior de policía, tribunal) a través de los cuales tenía que pasar la mujer que denunciaba violencia. En la actualidad, la guía telefónica de algunos ayuntamientos, incluido el de Padua, ofrece entre los números de utilidad pública el del «Servicio antiviolencia contra las mujeres». Otros ayuntamientos, de zonas rurales, se oponen a que las mujeres construyan un centro antiviolencia, porque consideran impropio que estas cosas salgan de los muros domésticos: «Los trapos sucios se lavan en casa».

¿Por qué *este dominio,* este control ajeno, sobre el cuerpo de la mujer y su imposibilidad o, por lo menos, *dificultad para disponer de él*? ¿Por qué tanta inercia de las instituciones, a pesar de que en algunos lugares la actividad del Movimiento hiciera nacer iniciativas que de algún modo se enfrentaban a esta inercia?

Encontramos la *respuesta* en *otro manifiesto* que reproduce un cuerpo de mujer encogido y comprimido por los muros de una casa y que lleva escrito: «El trabajo doméstico sostiene el mundo, pero ahoga y limita a la mujer». Justamente: hay que encerrar su cuerpo para que preste ese trabajo doméstico gratuito que sostiene el mundo y, en el mundo, ante todo a los hombres. Pero encontramos esta respuesta mucho antes, en las *representaciones de mujeres* acusadas de brujería e *incineradas en aquellas hogueras* que hicieron furor por Europa durante los siglos XVI y XVII, dando una muerte atroz a centenares de miles de mujeres, muchas de ellas comadronas y curanderas en el seno del pueblo, únicamente culpables de saber del parto, del aborto y de las prácticas anticonceptivas[21]. *La expropiación del cuerpo de las mujeres* y la transformación del mismo en *máquina reproductora de fuerza de trabajo* empezó justamente hace cinco siglos, en los albores del capitalismo, cuando la fuerza de trabajo se convirtió en la mercancía más valiosa, y tuvo como eje la conversión de la sexualidad femenina en función procreadora-reproductiva de otros. En la *hoguera* de las brujas no sólo se destruyó un saber obstétrico-ginecológico que había estado siempre en manos de las comadronas, en una relación paritaria con las demás mujeres, sino que

[20] En Padua realizó este tipo de actividad, además de un trabajo de apoyo a las mujeres que sufrían violencia, el Centro Veneto Progetti Donna [Centro Véneto de Proyectos Mujer], a iniciativa de Lucia Basso, una feminista muy activa en el Comitato per il Salario al Lavoro Domestico [Comité por el Salario para el Trabajo Doméstico] de esta ciudad y que construyó con otras mujeres el Gruppo Donne Ospedaliere [Grupo de Mujeres de Hospital], el cual desempeñó un papel muy importante en las luchas en los hospitales por la salud de la mujer.

[21] S. Federici y L. Fortunati, *Il grande Calibano. Storia del corpo sociale ribelle nella prima fase del capitale,* cit.; S. Federici, *Caliban and the Witch. Women, the Body and the Primitive Accumulation,* cit.

además se forjó el modelo de mujer que la familia del capitalismo naciente exigía: mujer aislada, sexualmente reprimida, sometida a la autoridad del marido, hacedora de niños, privada de autonomía económica, así como de saber y poder de decisión con respecto a la sexualidad y a la procreación. Pero sobre todo, con aquella expropiación homicida, el *Estado se apropió para sí,* arrebatándoselo al saber de las mujeres, el *control sobre la reproducción de la fuerza de trabajo,* valiéndose de la mediación de la naciente profesión médica, a su vez bajo el control del Estado y de la Iglesia. El modelo de mujer forjado en la hoguera todavía imperaba en Italia antes de que el Movimiento empezase a rechazarlo. Tal como se denunció y analizó ya en la década de 1970, el *dominio masculino* sobre el cuerpo de la mujer es, por consiguiente, funcional a la extracción del *máximo de trabajo, ante todo doméstico,* de tal cuerpo y a la garantía de la satisfacción de las exigencias sexuales del hombre sin que éstas deban confrontarse con las exigencias femeninas (de ahí también la funcionalidad del desconocimiento del sexo por parte de las mujeres). La *violencia* interviene como instrumento disciplinador en esta relación de trabajo en la que no existe el poder disciplinador de un salario[22]. Interviene cuando la provisión de «sustento», que es todo lo que la mujer obtiene a cambio de su trabajo en virtud del contrato matrimonial, no basta para garantizarle una determinada cantidad y calidad de trabajo. Pero debemos entender el trabajo doméstico en su acepción compleja de trabajo de reproducción, combinado de tareas materiales e inmateriales, para comprender en cuántos casos puede estallar la violencia, más aún en el momento actual, en el que las mujeres, por lo menos en parte, se han reapropiado de su cuerpo y de sus deseos. Resulta en todo caso *significativo* que todavía hoy, a partir de lo que cuentan exponentes de algunos centros antiviolencia[23] en Italia, resulta que, con frecuencia, la causa desencadenante de la violencia masculina es que ella se niega a hacer las tareas domésticas o no las hace como él deseaba. Es decir, la mujer «sin aptitudes» o poco adiestrada en el trabajo doméstico (desde luego, lo está mucho menos que las generaciones anteriores) está más expuesta a sufrir violencia. Añadimos que, en la actualidad, cada vez es menos frecuente la hipótesis de un salario masculino capaz de garantizar el sustento de la mujer y de los hijos. Más bien lo garantizan dos salarios precarios, el de él y el de ella. De lo que se deriva que el sentimiento de estar obligada al trabajo doméstico está sin duda aún menos arraigado en la mujer.

[22] Esta temática se analiza en profundidad en G. F. Dalla Costa, *Un lavoro d'amore. La violenza fisica come componente essenziale del «trattamento» maschile nei confronti delle donne,* Roma, Edizioni delle donne, 1978 [ed. japonesa: *Ai no rodou,* Tokio, Impact Shuppankai, 1991; en vías de publicación en inglés con Autonomedia, Nueva York].

[23] Mientras que en Europa los primeros centros antiviolencia o casas de mujeres (que han sufrido violencia) surgieron a finales de la década de 1970, en Italia, exceptuando las iniciativas puestas en marcha por el Movimiento Feminista, habrá que esperar a principios de la década de 1990 para verlos proliferar. Resulta significativo que tuviera que pasar una década de represión y normalización antes de que se empezaran a constituir estos centros. En la actualidad, existen más de ochenta, de los cuales cerca de una cuarta parte ofrece acogida en un piso secreto también llamado refugio. Las primeras cuatro casas para mujeres que sufren violencia se crearon entre 1990 y 1991 en Bolonia, Milán, Módena y Roma.

En cuanto a la *inercia de las instituciones,* real a escala mundial y todavía muy fuerte en varias regiones italianas, encuentra en gran medida su razón de ser, tal como ya se analizara en la década de 1970, en la funcionalidad de ofrecer al varón una válvula de escape para las frustraciones del trabajo y de la vida. Ofrecerle alguien, la mujer, sobre quien tener y ejercer poder. Añadimos, asimismo, la *complicidad masculina* de los trabajadores de los hospitales, de las jefaturas de policía, de los tribunales, tal como se dio siempre y tal como sigue dándose en aquellas realidades menos afectadas por un trabajo de sensibilización y formación. En la actualidad, insisto, se han abierto algunas realidades en estos lugares en las que existe mayor competencia y mayor sensibilidad, gracias entre otras cosas a la presencia de mujeres donde en otro tiempo o estaban del todo ausentes o tenían una presencia numéricamente irrelevante. No obstante, el trabajo de formación y sensibilización también ha dado resultados positivos entre trabajadores varones.

Lo cierto es que, mientras se han ido *extendiendo las iniciativas* dirigidas a ofrecer cuando menos puntos de referencia para una primera ayuda a las mujeres afectadas por la violencia y se ha desarrollado, como decía, una actividad de sensibilización y formación de los trabajadores, se han *multiplicado* formas de violencia contra la mujer aún *más feroces,* con torturas y resultados mortales, con frecuencia ejercidas en tropel, por parte de grupos de hombres. Por lo que respecta a la violencia en el seno de la pareja, un servicio televisivo refería, en estos días[24], que, entre 2000 y 2005, en nuestro país, 405 de estos casos han terminado con el homicidio de la mujer. Muchísimas mujeres que sufren violencia no presentan una denuncia, aunque está aumentando el número de las que sí lo hacen.

En un contexto social en el que la *dimensión neoliberal reduce a mercancía* la vida humana y el cuerpo físico y social que la contiene, la sexualidad de la mujer sigue siendo una mercancía que, habiendo salido de un pasado reciente de escasa o nula consideración como derecho de su persona, es posible *robar tranquilamente.* De acuerdo con el punto de vista de aún demasiados hombres, ese cuerpo de mujer en el fondo no le pertenece a ella, es del hombre que se apropiará de él. Los movimientos de mujeres, por lo tanto, organizan redes de defensa al tiempo que hacen frente a un ataque cada vez más duro.

[24] Canale 5 (Italia), el viernes 29 de septiembre de 2006, a las 13:30.

En los *últimos meses,* en Italia, dentro de la contienda sobre el cuerpo de la mujer, dentro de la *contienda* sobre quién es el *dueño de su cuerpo,* se han producido *dos casos dramáticos,* que han concluido con la muerte de la mujer. Una joven inmigrante pakistaní que había decidido vivir como veía vivir a otras mujeres italianas, trabajando y cohabitando con su compañero, ha sido asesinada por decisión de su padre, por haber optado por esa vida en lugar de aceptar que sus progenitores dieran su mano a un hombre de su elección. Por su parte, una joven mujer india que se había quedado viuda se ha matado, tumbándose sobre las vías del tren, porque no quería aceptar que concedieran su mano al hermano de su marido y quería además que sus dos hijos pudiesen seguir viviendo en Italia, donde habían ido a la escuela y donde habían recibido su formación y trabado sus primeras amistades. Ha dejado escrito que rogaba al ayuntamiento que se hiciese cargo de la situación en este sentido. Se trata de dos casos significativos de cómo la *globalización,* en los flujos de *emigración-inmigración que genera,* asiste también a un *proceso planetario de comparación y elaboración* por parte de las mujeres de sus derechos y de su condición. Asiste al crecimiento de una determinación a toda costa a reapropiarse del propio cuerpo ya no como máquina de trabajo dominada por otros, sino como cuerpo propio que desea y decide. Lo que ganaron los movimientos que se dieron hace un cuarto de siglo en los países avanzados en torno a la disponibilidad del propio cuerpo constituye un motivo de comparación y de fuerza para otras que afrontan hoy en día esta batalla nada fácil. El derecho más fundamental, justamente, el de poder disponer del propio cuerpo, de las emociones y sentimientos que genera, no verse enjaulada de manera definitiva en matrimonios con hombres no elegidos, poder controlar el número de hijos, poder decidir no tener hijos o no casarse y tener sin embargo un lugar respetado en la sociedad, *la dignidad incluso de una vida solitaria,* es cada vez más claramente una apuesta irrenunciable.

Es cierto: tener dinero propio, poder tener y heredar la tierra, tener formación y tener acceso a los servicios fundamentales son todos ellos instrumentos de suma importancia en la construcción de la autonomía de la mujer. Sin embargo, la batalla por la reconquista del propio cuerpo no acepta aplazamientos, ni subordinaciones a otros compromisos, y precisa que se prepare el instrumental necesario para llevarla a cabo. Por ello he partido de nuestros pequeños folletos de la década de 1970 y de las iniciativas que desarrollábamos entonces para empezar a descubrir y liberar nuestro cuerpo.

9 Autonomía de la mujer y retribución del trabajo de cuidados en los nuevos trances*

Toda construcción de autonomía tiene su historia, que nace en un contexto y debe afrontar obstáculos y batallas precisos. Ayer bosquejé las primeras fases de tal historia a través de las iniciativas de ese Movimiento Feminista en el que intervine directamente, las fases de una reconquista por parte de la mujer de la disponibilidad de su cuerpo. También recordé que, a escala planetaria, esta batalla dista mucho de haber concluido. Ahora querría examinar otros de sus aspectos, partiendo de nuevo de los momentos iniciales de aquella experiencia política para acabar reconsiderando la relación autonomía-mujer hoy, ante algunos problemas emergentes, y revisando también, a la luz de éstos, qué ha sido de la reivindicación de una retribución para el trabajo doméstico (o de cuidados) y de la autonomía económica de la mujer.

Primer acto

Hay en la actualidad una gran exaltación de las diferencias. Pero yo siempre siento la necesidad de que se especifique de qué diferencia se trata, desde qué punto de vista y para quién constituye un problema, en ventaja o a desventaja de quién. Es la única manera de focalizar la cuestión y buscar soluciones.

En la época del Movimiento, nosotras nos contentamos con señalar *una diferencia jerarquizadora:* la de ser, en tanto que reproductoras de la fuerza de trabajo, trabaja-

* M. Dalla Costa, «Autonomia della donna e retribuzione del lavoro di cura nelle nuove emergenze», *Foedus* 19 (2007). Ponencia presentada el 26 de octubre de 2006 en el congreso *La autonomía posible,* celebrado en octubre de dicho año en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

doras no asalariadas dentro de una economía salarial, frente a los hombres, destinados a ser, en la división sexual capitalista del trabajo, en tanto que productores de mercancías, trabajadores asalariados. Y trabajamos sobre ello. Aquello bastó para tenernos ocupadas una decena de años. El resto se derivaba de este hecho fundamental. Al pedir un *salario para el trabajo doméstico* queríamos atacar la *estratificación capitalista del trabajo a partir de su división más profunda,* aquella entre trabajo masculino de producción de mercancías y trabajo femenino de producción y reproducción de fuerza de trabajo. Pero, *si este trabajo era vital* para el capitalismo, en tanto que producía y reproducía su mercancía más valiosa, la propia fuerza de trabajo, teníamos en nuestras manos una *formidable palanca de poder,* podíamos *negarnos a producir* y, a partir de esto, podíamos aspirar a un nuevo tipo de desarrollo que pusiese en el centro distintas condiciones para el cuidado de los humanos: ante todo *la autonomía económica de la mujer* y un reparto más equitativo del trabajo de cuidados con los hombres. Por ello, pedíamos también una *reducción drástica* del tiempo de trabajo externo en general, de manera que todos, hombres y mujeres, pudiesen compartir la dureza, pero también el placer de la reproducción. Por lo tanto, *tiempo, dinero y servicios* eran en aquellos años los elementos fundamentales de nuestras reivindicaciones.

El *momento álgido de los movimientos* en Italia a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 constituyó nuestra *palestra de militancia,* el ruedo en el que muchas de nosotras aprendimos a luchar y a analizar aquella cosa perversa que era el desarrollo capitalista. Yo misma, en los inicios de mi carrera en la Universidad (había empezado a trabajar en ella en 1967), daba clases sobre el Capital a los estudiantes, pero antes me iba, en amaneceres pálidos y plagados de mosquitos, a repartir octavillas en Porto Marghera, descubriendo qué era una fábrica, sus ritmos, su nocividad, su historia. Porque las fábricas, recuerdo que escribí en una octavilla intentando explicar el concepto, no son como los árboles, que existen desde siempre... No recuerdo en absoluto aquel periodo como un momento de sociabilidad convivencial, tal como otros escribieron que lo recordaban. Era más bien un periodo de mucho aprendizaje, de una vida muy austera, de mucho sacrificio y tenacidad, de mucha determinación. Tal vez lo más bonito era la inmediatez de las relaciones, su significado de reconocerse activos en una misma causa, la generación de aquella gran comunidad a la que uno pertenecía. No hacía falta poner citas para encontrarse, todos sabían dónde encontrar a los demás, había una vida común. Visto desde un punto de vista femenino, aquel trayecto constituyó sin duda una *fuerte emancipación de la familia* de origen y de sus expectativas, el hallazgo de un *territorio libre y amigo* desde el que descubrir el mundo sin verse abocada enseguida al matrimonio. Un territorio en el que *aprender cosas distintas* de aquellas necesarias para ser una buena esposa. Sí, como para las *insurgentes del EZLN.* La pregunta de «cuándo te casas» se quedaba cada vez más a menudo sin respuesta.

Pero precisamente esa capacidad, que elaboramos, de percibir el problema y analizarlo, nos hizo, en determinado momento, descubrir que, a pesar de todo, en aquellas relaciones, de nuestro lado, el de las mujeres, había *sufrimiento y malestar.* Porque todas las relaciones son con todo *relaciones de poder,* incluso en la *revolución sexual* que no obstante tuvo lugar, y todo lo que nosotras representábamos y hacíamos como mujeres seguía a pesar de todo valiendo muy poco y no viéndose reconocido. Sobre todo, nos sentíamos *escindidas* entre un imperativo que nos quería homologadas con los hombres, capaces de ser y de hacer lo que ellos, y la sensación de que, sin embargo, pertenecíamos a otro mundo, en el que también los hombres venían a pedirnos cosas distintas y esperaban que fuésemos distintas. Pero luego la ventana volvía a cerrarse en ese mundo que permanecía sin nombre. Una especie de *clandestinidad de la feminidad.* En poco tiempo saldríamos de la clandestinidad, pasaríamos de la resistencia al ataque.

Durante 1970, inicié ya la elaboración de una nueva trayectoria, del análisis y del camino feministas que emprendería. Pero, por regla general, señalo 1971 como año del cambio, porque en junio de aquel año, en Padua, invitando a algunas compañeras a discutir un documento que había redactado, hice la primera reunión feminista. Puse en marcha aquella formación que se llamaría Lotta Femminista [Lucha feminista], más tarde convertida en la red de los Comités y Grupos por el Salario para el Trabajo Doméstico, presente a escala nacional e internacional. La *indiferencia* de los compañeros *no fue indolora.* Nuestra hipótesis de que se alegrarían de que ampliáramos el frente anticapitalista con nuevas luchas no se verificó en gran medida. Es más, como ellos consideraban cruciales algunas batallas, las mujeres, al querer privilegiar otras, representaban una fuerza militante sustraída a aquellas luchas. Padecimos también el punto de vista de que, como no nos tenían a la vista en las mismas acciones, «no estábamos haciendo nada». Del mismo modo que no veían nuestro trabajo doméstico, no veían nuestro trabajo político autónomo. Sufrimos la acusación, en particular al principio, de que corríamos el peligro de estar ocupándonos de cosas que no impulsaban un punto de vista de clase, que eran interclasistas, por ejemplo el aborto y la violencia, que afectaban a todas las mujeres. Además, las mujeres en movimiento cambiaban y las relaciones, también las personales, se rompían. Cuando empezamos a hablar de trabajo doméstico, la primera reacción en el frente masculino fue una sonrisa burlona. Pero, ¿qué andábamos problematizando?, en el fondo no era algo importante, ni siquiera un trabajo en el verdadero sentido del término, y con las guarderías se resolverían todos los problemas. Esta extraña idea de que con las guarderías, es decir, con algunas horas de custodia de los niños, se agotarían todas las problemáticas en relación con el trabajo doméstico, pervivió mucho tiempo. No había ni una mínima idea del conjunto de tareas materiales e inmateriales, previsibles e imprevisibles, que constituye el bagaje cotidiano de este trabajo. También nosotras sufrimos la acusación de separatismo, de querer dividir el Movimiento: en realidad,

creo que no era ya posible hablar de lucha anticapitalista sin ver cuánto trabajo no pagado el salario dominaba, ante todo, el trabajo doméstico de las mujeres y, por lo tanto, sin tener en cuenta su «sublevación». En Roma, el 7 de julio de 1972 organizamos en la Universidad un seminario sobre empleo femenino. Habíamos decidido que tenía que estar abierto exclusivamente a mujeres. Una novedad absoluta: nunca había sucedido algo así en la Universidad. La reacción de los grupos de hombres, que se definían genéricamente como compañeros, consistió en impedir que se celebrase el seminario, lanzando desde fuera preservativos llenos de agua hacia el interior de la clase y rompiendo así los cristales. A continuación, se produjo un encendido debate en los periódicos *Il Manifesto* y *Lotta Continua*[1], que da una idea del clima que se respiraba en la época. El mero hecho de que las mujeres se reuniesen solas podía suscitar reacciones violentas. No haríamos honor a la verdad si absolutizáramos tales reacciones. Hubo también compañeros que entendieron la centralidad de nuestro discurso, la importancia del trabajo que impulsamos, y se comportaron en consecuencia. Pero aquel episodio sigue siendo significativo de la respuesta histérica masculina que podía desencadenarse ante este nuevo hecho, el análisis y la discusión autónomos por parte de las mujeres, sin la presencia de hombres. Con respecto a la acusación de separatismo, quiero precisar que nosotras no teorizamos nunca el *separatismo* sino la autonomía. Así y todo, había por lo menos *tres buenos motivos* por los que nosotras, como muchas otras, tuvimos que trabajar separadamente: que la presencia de los hombres, precisamente por la relación de poder que tenían con las mujeres, condicionaría nuestra capacidad de hablar, de sacar a la luz y analizar en profundidad las cuestiones que nos afectaban de manera más directa y, en algunas de ellas, ocasionaría sin duda incomodidad; que estas cuestiones eran tan enormes que absorbían todas nuestras energías y, por lo tanto, como he dicho también en otras ocasiones, la doble militancia (en el feminismo y en algún grupo extraparlamentario) nunca fue un problema para nosotras, porque no teníamos el tiempo para ello; por último, puesto que los comportamientos de los compañeros constituían también un motivo de nuestra separación, les correspondía a ellos afrontar el problema de cambiarlos. Invirtiendo la acusación, podríamos decir que sus comportamientos machistas eran los que dividían el Movimiento. Por lo que sé, la acusación reaparece también contra la organización autónoma de las mujeres mayas. Pero considero que sólo las mujeres que viven en una situación determinada pueden decidir hasta qué punto pueden desarrollar un ciclo de luchas de manera separada y hasta qué punto pueden

[1] *Il Manifesto,* 14 y 20 de julio, 4 de agosto; *Lotta Continua,* 15 y 21 de julio, 1 de agosto de 1972. Véase ante todo *L'Offensiva. Quaderni di Lotta Femminista* 1, Turín, Musolini Editore, 1972, que recoge las ponencias destinadas a aquel seminario y el material militante que se publicó en torno al momento de enfrentamiento.

hacerlo junto a los hombres. Lo que es seguro, no obstante, es que el punto hasta el cual se puede desarrollar «juntos» es un problema que debe plantearse también la otra parte, la parte de los hombres en apoyo de las exigencias expuestas por las mujeres, porque, por lo general, el apoyo sólo se da de una parte, la femenina.

En Italia, las chicas de hoy en día que están activas en torno a alguna cuestión, con frecuencia la precariedad del trabajo o la transformación de la Universidad, consideran algo inaceptable trabajar políticamente separadas de sus compañeros, no sienten la necesidad de ello. Pero es evidente que disfrutan de las conquistas logradas por sus madres, por el Movimiento Feminista de la década de 1970. La relación con sus compañeros es más igualitaria, quienes las precedieron recorrieron ya un buen trecho del duro camino de la reapropiación del propio cuerpo y, aunque no falten las fuerzas políticas que intentan en todo momento hacer retroceder la libertad de la mujer[2], hoy en día existen métodos para vivir la sexualidad con menos riesgos que hace un cuarto de siglo. En todo caso, aunque una se quede embarazada, es improbable que la echen de casa, es más, no son pocas las mujeres que deciden que quieren llevar adelante una maternidad independientemente de la relación con un hombre. Determinadas a tener un hijo, menos convencidas de meterse en un tipo de vida en la que sea necesario mediar cada día las decisiones propias con las de un compañero. Determinadas a interrumpir la relación, incluso marital, si no es satisfactoria. Sobre otras cuestiones, en cambio, sí que han surgido varias asociaciones sólo o sobre todo de mujeres, en primer lugar las de los centros antiviolencia[3]. Por lo tanto, una situación mixta, donde, dependiendo del tema, se siente la necesidad de trabajar sólo entre mujeres o no, en un panorama que, en todo caso, no es parangonable con el del Movimiento de la década de 1970. En la actualidad, la práctica de organizarse como asociaciones en relación con las instituciones ha *sustituido a la acción de grupos espontáneos que funcionaron como cabeza de ariete, derribando las puertas de las muchas cárceles* en las que estaban encerrados los derechos de las mujeres. Las asociaciones intentan hacer un seguimiento de la situación y ofrecer unas primeras referencia y ayuda para quien sigue siendo víctima de la violación de esos derechos.

[2] En los últimos años, se ha hecho notar, en particular, el intento por parte de algunas fuerzas católicas de volver a poner en discusión la ley 194/78, que autoriza la interrupción voluntaria del embarazo. La Región véneta ha presentado un proyecto de ley regional para autorizar la presencia de exponentes de estas fuerzas en las consultas y las salas de los hospitales. En respuesta a todo ello, las mujeres decidieron hacerse oír y, con la adhesión de la Confederazione Generale Italiana del Lavoro, CGIL [Confederación General Italiana del Trabajo], organizaron una manifestación en Venecia el 7 de octubre de 2006, bajo el lema de «salgamos del silencio». A decir verdad, desde la época del Movimiento Feminista de la década de 1970, las mujeres no habían hecho oír su voz con tanta fuerza. Y esta vez muchos hombres apoyaron la causa de las mujeres con su participación en la manifestación.

[3] Véase la nota 23 del capítulo «¿De quién es el cuerpo de esta mujer?», p. 278.

Enseguida tuvimos claro que *construir autonomía* para las mujeres comportaba una *gran batalla*. Debíamos equiparnos. Se hizo de inmediato evidente que el *nudo difícil de deshacer* era el de la maternidad, elección irreversible que condiciona toda la vida femenina y que no se resolvía llevando los niños a la guardería. Pero sobre todo tuvimos claro que el *rechazo del trabajo,* que compartíamos pese a todo como método de lucha, *no era aplicable en todos los casos* al trabajo de reproducción, al trabajo de cuidados. Ampliamos el rechazo al rechazo del matrimonio, al rechazo de la cohabitación con hombres para no ver nuestras energías absorbidas por la obligación de responder a las expectativas masculinas (una mujer en casa siempre está de turno, decíamos), pero nunca habríamos podido tener un hijo y negarnos a cuidarlo, a criarlo. El trabajo de cuidados, en tanto inherente a los seres humanos, establecía *límites* precisos a nuestra acción, planteaba situaciones en las que la estrategia del rechazo resultaba impracticable, una utopía. En nuestro corazón, debíamos decidir. Aquellas de nosotras más comprometidas con el trabajo organizativo renunciaron a tener hijos porque habría sido incompatible no sólo con la cantidad de trabajo político que nos proponíamos para conseguir hacer el mundo un poco más lunar (por aludir a la antigua divinidad maya, mitad luna y mitad sol), sino incompatible sobre todo con la *disponibilidad mental* para planificar y afrontar las obligaciones e imprevistos de nuestra acción. También en este caso en perfecta correspondencia con la decisión de muchas insurgentes de Chiapas, dada la imposibilidad de conjugar maternidad y ese tipo de militancia. Pero la maternidad se convirtió en un punto cardinal de nuestro discurso: si la *productividad* de la familia capitalista y del cuerpo femenino pasaba por la producción de hijos, la liberación de la mujer pasaba también por romper con esta imposición, con esta función única adscrita, con la fijeza de este papel. De ahí el eslogan «mujeres, ¡paramos ideas, no sólo hijos!», un grito de liberación del mandamiento biológico, una invitación a una creación distinta, parir ideas que lograsen generar un mundo distinto, donde el papel de esposa-madre no constituyera la única identidad posible, ni se pagase a tal precio de agotamiento, aislamiento, subordinación y falta de autonomía económica. Precisamente por ello planteamos *la reivindicación de una retribución para el trabajo doméstico,* para rechazar su asignación gratuita y exclusiva al género femenino, para que la autonomía económica de la mujer se construyera a partir del reconocimiento de ese primer trabajo. En el rechazo de la maternidad, veíamos un comportamiento que se extendería cada vez más, tanto en Italia como en otros países avanzados y, de manera más reciente, también en países no particularmente avanzados[4], ocasionando en Italia un índice de natalidad de 1,2,

[4] El periódico *La Repubblica* del 28 de agosto de 2006 dedica al fenómeno el reportaje «Ecco la generazione No figli» [He aquí la generación sin hijos], informando de los índices de natalidad extremadamente bajos que se dan, además de en Italia, en otros países de Europa del Sur, Norte y Este, así como de Extremo Oriente, donde, en el caso de Singapur y Corea del Sur, el fenómeno es nuevo.

una cifra juzgada en términos muy negativos por los políticos[5]. *No sólo nuestra reivindicación, sino sobre todo la perspectiva de poner un precio* al trabajo de reproducción en todos aquellos lugares que éste sostenía llevaron nuestras luchas, un *tipo de lucha distinta* a las que se habían dado hasta entonces, a los barrios, los colegios, las universidades, las fábricas y los hospitales. Sería imposible ocuparnos aquí de las batallas en todos estos lugares; de cualquier modo, todo se documentó al detalle en el material utilizado en el frente militante: octavillas, panfletos, periódicos y pequeños libros[6].

Pero, ¿cuál fue la *respuesta del Estado* a todo esto, a esa autonomía que las mujeres habían empezado a construir reapropiándose de su cuerpo, pero que precisaba echar raíces en una autonomía económica a partir del reconocimiento de su primer trabajo? La respuesta consistió fundamentalmente en *un poco más de emancipación.* Combinada, hacia finales de la década de 1970, con *una acción de represión de todos los movimientos.* De 1972 a 1979, el empleo femenino aumentó en un millón y medio de puestos de trabajo. Se aprobó el nuevo derecho de familia[7], basado en la igualdad de los cónyuges (también esto coincidía con la necesidad de no subordinar necesariamente a la voluntad del marido las elecciones de una mujer cada vez más reclamada en el mercado de trabajo). Pero el salario real se redujo y, durante la década de 1970, el poder adquisitivo de las familias se garantizó fundamentalmente gracias a una participación más amplia en el mundo del trabajo, con frecuencia en negro, de los distintos miembros de la familia, dentro del nuevo marco abierto por la descentralización productiva[8]. Así pues, la familia de entonces se sostendría por regla general gracias a la presencia de por lo menos dos nóminas, nóminas que el paso del fordismo al posfordismo y, por lo tanto, a la globalización neoliberal precarizaría cada vez más.

[5] La ministra de Políticas familiares, Rosy Bindi, declaró en la televisión: «la falta de crecimiento más preocupante en Italia es la que se refiere a la natalidad» (RAI 3, transmisión en la velada de «Ballarò», martes 3 de octubre de 2003).

[6] Citamos aquí ante todo el periódico *Le operaie della casa,* editado por Marsilio Editore, Venecia; así como la colección de pequeños libros para uso militante sacada por el mismo editor y a cargo del Collettivo Internazionale Femminista, donde se publicaron los siguientes volúmenes: *Le operaie della casa,* 1975; *8 marzo 1974. Giornata internazionale di lotta delle donne,* 1975; *Aborto di Stato, strage delle innocenti,* 1976; *Dietro la normalità del parto. Lotta all'ospedale di Ferrara*, 1978; *Contropiano dalle cucine,* 1978. Véase además: *L'Offensiva. Quaderni di Lotta Femminista* 1, cit., e *Il Personale è politico. Quaderni di Lotta Femminista* 2, Turín, Musolini Editore, 1973.

[7] La reforma del derecho de familia codificado en 1942 se produjo con la Ley 151/1975, de 19 de mayo, que estableció ante todo la igualdad de los cónyuges. Le seguirían más tarde nuevas leyes que regularían de modo diverso otros aspectos relevantes de este derecho.

[8] M. Dalla Costa, «Emigrazione, immigrazione e composizione di classe in Italia negli anni '70», en *Economia e lavoro* 4 (octubre-diciembre de 1981).

Por consiguiente, el Estado logró eludir la demanda que el movimiento de mujeres había planteado en el ámbito económico y las mujeres aceptaron ese único tipo de autonomía que se les ofrecía, a saber, la emancipación, pero *no hicieron el milagro* de *conjugar a toda costa* trabajo familiar gratuito con presencia de hijos y trabajo externo. Muchas no se casaron nunca, muchas decidieron vivir solas, aumentaron los divorcios y las separaciones[9] y la natalidad siguió cayendo. El rechazo femenino de la procreación provocó ese tipo de *crisis de la reproducción social* que más tarde se manifestaría en el desequilibrio jóvenes-ancianos en la sociedad, pero durante cierto tiempo no hubo grandes alarmas.

La *bibliografía sociológica* imperante habló de la *doble presencia* femenina como capacidad de las mujeres de conjugar dos trabajos, doméstico y extradoméstico y escribió sobre las múltiples estrategias adoptadas para hacer esto realidad.

En verdad, a mi juicio, las *estrategias no fueron más que dos:* o la reducción drástica del número de hijos o la utilización de otras mujeres, familiares a título gratuito o empleadas domésticas por horas. Pero de estos efectos la bibliografía sociológica no habló nunca. Aunque la empleada doméstica italiana «fija», es decir, aquella que convivía en el hogar, era una figura prácticamente en vías de extinción, las empleadas domésticas por horas, en cambio, constituían un soporte muy importante del trabajo externo femenino. Por lo tanto, la *salarización del trabajo doméstico había estado precedida de caminos solapados*. Las mujeres habían rechazado de forma cada vez más masiva el trabajo doméstico gratuito, cambiando las modalidades en las que lo realizaban, «racionalizándolo» al máximo y reduciéndolo también a través de opciones de vida distintas de las de sus madres. Al contrario que ellas, se habían propuesto como objetivo prioritario la construcción de una autonomía económica propia, una autonomía que las políticas estatales solo permitían lograr a través del trabajo extradoméstico. Dispusieron de más dinero propio que en el panorama previo al Movimiento. Con ese dinero, pagaron a otras mujeres por porciones significativas de trabajo doméstico, mientras que otras porciones salían cada vez más del hogar para transformarse en mercancías y servicios ofrecidos por el mercado. Baste pensar, por poner apenas un ejemplo, en el sector de la restauración. Por lo tanto, el trabajo doméstico gratuito se contrajo en todos los casos y aumentó aquél asalariado dentro y fuera de la familia. Aunque, con frecuencia, el empleo de la doméstica y/o de la canguro consumía gran parte del salario femenino, las mujeres rechazaron cada vez más claramente el trabajo que no producía dinero. Además, en la década de 1970, había ya en Italia un flujo de inmigración de algunos centenares de miles

[9] *La Repubblica* del 9 de noviembre de 2006 refiere que entre 1995 y 2004 las separaciones crecieron un 59 por 100 y los divorcios un 66,8 por 100, y que donde se registra el aumento más importante es en el Sur (p. 38).

de personas. En 1977, se calculaba que las empleadas de hogar de color eran unas 100.000 sobre un total de fuerza de trabajo inmigrante estimada en 300.000-400.000 personas. Esta fuerza de trabajo femenina tendía a ocupar esos puestos de empleada doméstica interna que las mujeres italianas ya no querían cubrir. Comenzaba ya, pues, ese tipo de inmigración de mujeres y hombres, procedentes sobre todo de África y Asia, muchas y muchos de ellos destinados al servicio doméstico, un flujo que se consolidaría y rearticularía en cuanto a la procedencia en las décadas siguientes. Esta *cuestión de la relación entre mujeres inmigrantes y trabajo de cuidados,* la llamada cuestión de la *globalización del trabajo de cuidados,* cobraría con el tiempo cada vez más importancia.

A finales de la década de 1970, por lo tanto, la autonomía de la mujer había dado pasos importantes, por lo menos en países como Italia y otros países avanzados, por lo que se refería a la reapropiación del propio cuerpo y de sí como persona. Se habían aprobado leyes fundamentales como aquella sobre la interrupción voluntaria del embarazo y sobre los consultorios, se había ganado el referéndum sobre el divorcio y había un nuevo derecho de familia. Esta autonomía, sin embargo, se quedaba en una situación *difícil* en lo que se refiere al trabajo doméstico o de cuidados, llámese como se quiera, constreñida entre un rechazo de este trabajo que pasaba también a través de duras renuncias, como la renuncia a la maternidad, y la emancipación. Pero, justamente a través de esta emancipación, el trabajo doméstico se haría cada vez más visible y se asalariaría en porciones cada vez mayores. La década de 1970 es también la década en la que, a raíz del Movimiento, empiezan a celebrarse las conferencias mundiales de Naciones Unidas sobre la condición femenina. La primera, con motivo del año internacional de la mujer, justamente en Ciudad de México en 1975. El 18 de diciembre de 1979, la Asamblea General de la ONU adopta la Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, que entraría en vigor en 1981. Habría que esperar no obstante a 1993, fecha de la Conferencia de Viena sobre Derechos Humanos, para que los derechos fundamentales de las mujeres se reconociesen como parte integrante de los derechos humanos y se formulase la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra las mujeres, problema denunciado en toda su gravedad y en las varias formas que adoptaba en el mundo en la Conferencia de Nairobi en 1985, como conclusión de la primera Década de las Naciones Unidas por la Mujer. En la misma conferencia, se había estatuido asismimo, en el documento de conclusiones[10], que había que reconocer la aportación remunerada y no remunerada que

[10] Esto sucedió con la aceptación de modificación del epígrafe 120 del documento «Forward-Looking Strategies for the Advancement of Women» [Estrategias de futuro para mejorar la posición de las mujeres].

las mujeres hacían a todos los aspectos del desarrollo y que esta aportación debía cuantificarse en las estadísticas económicas y en el producto nacional bruto.

Suele reinar el escepticismo sobre la eficacia de estas «Cartas», pero, sin duda, la dimensión planetaria del enfrentamiento ha hecho crecer la fuerza para decidir qué es justo y qué es injusto en las tradiciones y en las legislaciones y para rebasar, pues, los límites de unas y otras afirmando nuevos principios y nuevas normas.

Segundo acto

La década de 1980 marca el despegue del neoliberalismo, que alcanzará su pleno despliegue con la globalización neoliberal de la década de 1990. Son los años de la represión y de la normalización después de las grandes luchas en varios países de la década anterior. Son los años del recrudecimiento del endeudamiento internacional y de la aplicación cada vez más drástica de las políticas de ajuste estructural[11], oficialmente adoptadas para permitir a los países endeudados pagar por lo menos el servicio de la deuda. En realidad, estas políticas estuvieron dirigidas a rebajar las condiciones y las expectativas de vida para que las nuevas modalidades productivas, que preveían un coste menor y una precarización general del trabajo, se desplegasen por doquier, permitiendo a las empresas una competencia ventajosa en las distintas regiones del planeta. Sobre todo, el tipo de desarrollo impuesto a través de las políticas de ajuste, fuertemente orientado a la exportación, no podía más que recrudecer la deuda. En este periodo, la privatización de bienes comunales como la tierra y el agua, la privatización de bienes públicos como las empresas estatales y paraestatales,

[11] Sobre la problemática de la deuda internacional, la bibliografía es muy amplia. Remitimos ante todo a las obras de S. George, entre las cuales sobre todo: *Il debito del Terzo Mondo,* Roma, Edizioni Lavoro, 1989 [ed. inglesa: *A Fate Worse Than Debt,* Londres, BBC, 1989; ed. cast.: *La trampa de la deuda: tercer mundo y dependencia,* Madrid, IEPALA, 1990]; e *Il boomerang del debito,* Roma, Edizioni Lavoro, 1992 [ed. inglesa: *The Debt Boomerang,* Pluto Press, 1991; ed. cast.: *El Bumerang de la Deuda,* Barcelona, Intermón Oxfam, 1993]. Véase también M. Dalla Costa, «L'indigeno che è in noi, la terra cui apparteniamo», en A. Marucci (ed.), *Camminare domandando,* Roma, DeriveApprodi, 1999 [ed. inglesa: «The Native in Us, the Land We Belong to», en *Common Sense* 28 (1998) y en *The Commoner* 6 (2002), también descargable en el sitio web www.thecommoner.org; ed. cast.: «El indígena que hay en nosotros, la tierra a la que pertenecemos», en este mismo volumen pp. 343-384]; M. Dalla Costa y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito,* Milán, Franco Angeli, 1993 [ed. inglesa: *Paying the Price. Women and the Politics of International Economic Strategy,* Londres, Zed Books, 1995] y, de las mismas editoras, *Donne, sviluppo e lavoro di riproduzione. Questione delle lotte e dei movimenti,* Milán, FrancoAngeli, 1996 [ed. inglesa: *Women, Development and Labour of Reproduction. Struggles and Movements,* Nueva Jersey (EEUU) / Asmara (Eritrea), Africa World Press, 1999].

la devaluación de la moneda, la retirada de las subvenciones a los bienes de primera necesidad, las fuertes subvenciones a la agricultura modernizada de monocultivos, la disminución de los salarios, la reducción y precarización de los puestos de trabajo, la reducción del gasto en el ámbito social, empezando por las pensiones, la reducción del gasto y la reorientación en un sentido privatizador de los sectores de la sanidad y de la formación, con un aumento de los gravámenes para los usuarios, y la liberalización del comercio con medidas pensadas para favorecer tanto la exportación como la importación representaron una *poderosa labor de subdesarrollo de la reproducción* a escala mundial, en función del despegue de la nueva fase de acumulación, y, con ello, un *ataque sin precedentes* contra las luchas de las mujeres no sólo por el bienestar familiar y por la mejora del contexto de vida, sino, sobre todo, por los *grados de autonomía* adquiridos. En las regiones avanzadas, esto supuso una *pérdida del «buen empleo»,* es decir, pérdida de esa forma de emancipación que este empleo garantizaba e *inmersión en la precariedad, la pobreza y la dependencia.* En las regiones menos avanzadas, esto significó sobre todo que cada vez se expropiaba más tierra en las llamadas modernizaciones agrícolas o para grandes proyectos financiados por el Banco Mundial, con frecuencia devastadores, de los cuales la construcción de diques no es más que el ejemplo más conocido. A raíz de esta pobreza, generada por las políticas de deuda, con la expropiación de la tierra en su centro, y, más tarde, en particular en la década de 1990, a raíz de la intervención de una política constante de guerra, que hacía cada vez más inutilizable la tierra a causa de las operaciones militares y de los residuos bélicos, se desencadenaron esos *flujos migratorios* que hoy llevan a los países avanzados, ante todo europeos, nuevos sujetos cuyo porcentaje más importante, *sobre todo mujeres,* se ocupa *de grandes porciones del trabajo de reproducción.* Tales políticas neoliberales y belígenas (es decir, generadoras de guerra) están en el origen de una *nueva división del trabajo de reproducción* en el mundo de acuerdo con la cual cada vez más mujeres procedentes de regiones llamadas en vías de desarrollo o de otras definidas como en transición (en «transición a la democracia», en el caso de los países del Este europeo) desempeñan este trabajo para las regiones más avanzadas, dejando a sus espaldas unos desgarros de su contexto reproductivo, ante todo el familiar, que corresponde remendar a quienes se quedan, al precio de la extenuación multiplicada, aunque por lo menos recompensada por las remesas de las emigrantes. *Se devasta* la reproducción de las *áreas consideradas «más periféricas»* para redefinir y ahondar a escala planetaria la estratificación del cuerpo social trabajador. Se pretende proveer así fuerza de trabajo a bajo coste que se pueda utilizar entre otras cosas en el ámbito de la reproducción en las regiones más desarrolladas. De este modo, el Estado puede en gran medida eludir la necesidad de enfrentarse con la realidad de los problemas emergentes en este ámbito y no asumir las cargas financieras que serían de su competencia.

Pero, *¿cuáles son estos problemas?* ¿Cuáles las urgencias que se intensifican cada más cuando se procrean cada vez menos hijos? *¿De dónde la extensión de esta nueva demanda de trabajo?* La *cuestión emergente,* aunque no la única, es la del cuidado de los *ancianos no autosuficientes,* una cuestión particularmente crucial para la argumentación que estamos desarrollando sobre la *autonomía* de la mujer.

Tercer acto

A partir de 1990, después de la década de aplicación generalizada de las políticas de deuda y con el despliegue de la globalización neoliberal, la emigración se convierte en un fenómeno verdaderamente mundial, llegando a haber, de acuerdo con las estimaciones de Naciones Unidas[12], *más de 175 millones de migrantes en el planeta.* Italia, tradicionalmente exportadora de fuerza de trabajo, en las décadas de 1980 y 1990 tiene un saldo de importadora, atrayendo mano de obra de Asia, África y, en fecha más reciente, Europa del Este. En las últimas décadas, cada vez son más las mujeres que emigran hacia Europa. A finales de la década de 1990, el 45 por 100 de los inmigrantes en Europa eran mujeres, coincidiendo con una creciente demanda de servicio doméstico en el Sur del continente[13].

Precisamente a partir de la década de 1990, empieza a delinearse de manera precisa una nueva figura del trabajo de cuidados y cada vez es más frecuente que la cubran mujeres inmigrantes: la *cuidadora* (aquella –a veces también aquél[14]– que cuida a una persona que ya no está en condiciones de ser autosuficiente en las tareas cotidianas, *por lo general un anciano o una anciana con problemas de autosuficiencia más o menos graves*). La *necesidad* de esta figura, la demanda emergente de *este trabajo de cuidados específico,* se deriva de *transformaciones demográficas* de acuerdo con las cuales, por un lado, la vida de las personas se ha prolongado y, por otro, el porcentaje de ancianos en relación con la población ha aumentado en la medida en que el rechazo femenino de la maternidad ha reducido de forma notable el porcentaje de jóvenes. Se trata de una transformación, ésta, que afecta a los países europeos en su conjunto y no sólo a Italia. Es una *crisis de la reproducción social* porque el equilibrio en la sociedad entre jóvenes y ancianos se desvanece, ya no hay un recambio generacional adecuado. El rechazo de la maternidad por parte de las mujeres en Italia (país que, de acuerdo con los datos del ISTAT, tiene uno de los índices de natalidad más bajos del mundo, ese 1,2 que ya hemos mencionado antes y que, si últimamente ha ascendido a 1,3, ha sido sólo gracias a la intervención de los recién nacidos de mujeres inmigrantes) ha hecho que se plantee para dentro de 30 años un escenario en el que una de cada tres personas tendrá más de 65 años.

El dato relevante y que hay que interpretar de manera adecuada es que, en *Europa,* la *mayoría de los que están por encima de los 65 años* (con la salvedad de los mayores de noventa) *vive en casa,* no en instituciones privadas o públicas. Una situación que, como es evidente, es fruto de la decisión, no sólo de los propios ancianos cuando todavía están en condiciones de expresarse, sino de la mujer más joven, familiar, por lo general hija, que es consciente de que ésta es la opción más humana. Aunque, debido al conjunto de tareas que requiere, *condicionará duramente su autonomía de vida,* aún con la intervención, cuando es posible, del trabajo retribuido de otras mujeres. El rechazo feminista del trabajo de reproducción gratuito, que ha pasado entre otras cosas por el rechazo de la maternidad, no ha liberado a las mujeres en un sentido importante del trabajo de cuidados más que durante un determinado periodo de vida, aquel en el que habrían tenido que criar a un hijo. «Mamá ha salido», rezaba el título de una muestra organizada por el Grupo Feminista por el Salario para el Trabajo Doméstico de Varese[15]. Pero «ha tenido que volver», deberíamos agregar hoy si relanzásemos aquella muestra. La salida libre ha durado poco tiempo. El problema del cuidado, bajo un cariz aún más duro y complejo, ha vuelto a plantearse con los ancianos, con frecuencia no autosuficientes. La mujer de cincuenta, sesenta o más años, que participó en las luchas del Movimiento Feminista, a su vez necesitada por lo menos de un poco de descanso y, en caso de estar jubilada, de concederse aquello que durante la vida laboral no ha podido tener, se ve teniendo que hacer frente a las problemáticas de progenitores en edad muy avanzada, *con frecuencia con más de ochenta años, afectados por patologías típicas* del envejecimiento. Es recurrente que, para hacerse cargo, se vea sola, sin la ayuda de hijos adultos que podrían por lo menos cooperar en parte. Después del duro recorrido que supuso la construcción de su autonomía, esta autonomía se reduce de nuevo porque el problema del cuidado de otros, más débiles, que dependen de ella, vuelve a aparecer sin resolver. El *cuerpo social* es un cuerpo, ni más ni menos, *no es divisible,* y *replantea el problema del cuidado en un eterno retorno.*

---

[12] Censo de Naciones Unidas, 2000.

[13] OCDE, 1992. En Italia, los inmigrantes registrados oficialmente como residentes en 2002 eran 1.512.324, de los cuales el 45,8 por 100 eran mujeres (Caritas, *Dossier statistico immigrazione 2003,* Roma, Edizioni Nuova Anterem, 2003).

[14] Se calcula que, en Italia, la componente masculina del trabajo de cuidado de ancianos asciende a un 25 por 100 y que el 73 por 100 de quienes hacen este trabajo tiene entre 30 y 40 años (*La Repubblica,* 16 de octubre de 2006, p. 16, que cita como fuentes el INPS [Instituto Nacional de la Seguridad Social], Caritas Ambrosiana y la CGIL de Lombardía).

[15] Habla de ello el artículo homónimo: «La mamma è uscita», en *Le operaie della casa,* número 00bis (1975/1976), p. 21.

En este marco se sitúa el trabajo de *cuidadora*[16] desempeñado por mujeres que inmigran a Italia a consecuencia de los desastres provocados en su país por las políticas de ajuste, las guerras y las «operaciones de democratización», respondiendo a una necesidad respecto a la cual las políticas del Estado se muestran todavía muy insuficientes. Su empleo indica ante todo que también este tipo de trabajo de cuidados se ha visto progresivamente subsumido por ese *proceso de salarización* del trabajo doméstico del que hablábamos hace un momento y que el *problema es de tal envergadura que, por lo general, hace falta contratar a una persona a tiempo completo para afrontarlo.* Pero hay que desmontar algunos lugares comunes. El primero es que esta figura libera completamente al miembro femenino de la familia de la tarea de cuidar del anciano. Por el contrario, no existe trabajo de cuidadora que pueda funcionar bien sin que éste realice al mismo tiempo un trabajo continuo de guía, cooperación y verificación. Trabajo que empieza con la exposición de la situación, siempre distinta y en continua transformación, y requiere de ayuda continua, prácticamente un reparto de tareas entre el miembro femenino de la familia y la mujer asalariada. Por lo general, la primera es la que debe preparar todo para hacer la compra, porque es difícil hacerla con la persona cuidada; ella es la que hace los trámites burocráticos, sostiene la administración del hogar y la gestión financiera, lleva al anciano a hacer las consultas y los análisis médicos y debe garantizar presencia inmediata y acción en cada emergencia. Precisamente por la situación de soledad que genera vivir todos los días con el anciano, con frecuencia con cierta deficiencia mental, la cuidadora, a su vez, necesita ser reproducida. Por lo tanto, el famoso «trabajo de amor»[17] vuelve no sólo como exigencia imprescindible en el cuidado del asistido, que no recibirá buenos cuidados si no existe también una preocupación real por su bienestar, sino asimismo como exigencia en la relación entre empleadora (con frecuencia la hija) y cuidadora. La primera deberá hacer un seguimiento de la situación que se cree para captar a tiempo los eventuales momentos de difícil sostenibilidad y ofrecer todos los recursos y facilidades que puedan hacer menos pesado el trabajo; a menudo deberá sustituir directamente a la cuidadora, para ofrecerle descansos extra en los momentos más arduos y, sobre todo, más dinero si la situación se vuelve más dura. Tengamos presente que, si no hay bastante dinero en la familia para pagar a otra cuidadora los sábados y domingos, y este tipo de trabajo es muy costoso[18] para un presupuesto familiar normal, en esos días, cuidarán al pariente la hija y el posible marido, viendo así frustrado, si todavía trabajan, su descanso semanal y el tiempo habitualmente dedicado al avituallamiento. Muchas parejas pasan así el fin de semana y el problema vuelve a presentarse, como es evidente, durante el mes de vacaciones, porque, mientras el trabajo de limpieza puede esperar o es posible encontrar soluciones que parcheen la situación, a un anciano no autosuficiente no se le puede dejar solo ni siquiera un minuto y no puede encontrarse de improviso frente a personas que no conoce y que no están formadas en cómo relacionarse con él y qué tareas realizar. No se trata, tendencialmente, de un trabajo precario, porque a la mujer que contrata a la cuidadora no le conviene cambiarla después de todo el trabajo de formación que esta tarea requiere y después de que ya se haya construido una buena relación entre la persona cuidada y la cuidadora.

La precariedad interviene, en cambio, cuando se dan condiciones de trabajo irregular y esto remite a lo urgente que es un apoyo económico mayor y más amplio para que las familias puedan estipular contratos regulares.

Me ha parecido importante explicitar esta combinación de trabajo, el que presta la familiar con el que presta la cuidadora, para que no se cometa en el plano sociológico el error contrario al que se cometía antes. Si, hace un tiempo, después de la fase del Movimiento Feminista de la década de 1970, la idea de una emancipación femenina a través del trabajo externo omitía el papel desempeñado por el servicio doméstico por horas, hoy, al tratar del trabajo de cuidadora, puede existir el riesgo de tratarlo como un «solo», omitiendo el trabajo de la familiar.

El empleo de mujeres inmigrantes ha puesto en evidencia la magnitud del problema. No es un trabajo de cuidados que la familiar, si lo hace en primera persona, pueda combinar con otras obligaciones laborales. Si bien en la actualidad los sujetos

[16] Se calcula que, en Italia, alrededor de la mitad de este empleo no está regularizado. Muchas de las mujeres que hacen este trabajo específico proceden del Este europeo, de Rumanía, Moldavia y Ucrania. De nuevo *La Repubblica,* en el reportaje ya citado, dedicado expresamente a la presencia y el trabajo de las cuidadoras en Italia (16 de octubre de 2006, pp. 16-17), habla de un crecimiento de su presencia regular que va de las 51.110 de 1994 a las 142.196 de 2000, a las 490.678 de 2003 y a las 693.000 de 2006, de las cuales 619.000 son extranjeras. Véase a este respecto R. Mungiello, «Segregation of Migrants in the Labour Market in Italy. The Case of Female Migrants from Eastern European Countries Working in the Sector of Care and Assistence for the Elderly. First Results of an Empirical Study Carried Out in Padova», en *Zu Wessen Diensten? Frauenarbeit zwsischen Care-Drain und Outsourcing,* Zurich, Frauenrat fur Aussenpolitik, 2005, pp. 72-77.

[17] G. F. Dalla Costa, *Un lavoro d'amore,* Roma, Edizioni delle donne, 1978.

[18] Para las que tienen un contrato regular, éste prevé entre 750 y 900 euros netos al mes, más 200 euros de cotización a la Seguridad Social por parte del empleador, un mes de vacaciones pagadas, otra mensualidad al año de paga extra y otra de finiquito. La comida la proporciona el empleador y también una habitación en el piso, problema que, por lo general, se resuelve con el cambio de uso de otra habitación. La cuidadora en régimen interno que estipula un contrato por 8 o 9 horas al día como máximo tiene derecho a dos horas libres al día, una jornada y media a la semana, por lo general, el domingo y la tarde del sábado. Pero, como es evidente, existen también contratos por horas, no en régimen interno, dependiendo de las condiciones de la persona a la que hay que asistir y de lo que le interesa más a la cuidadora. Muchas prefieren estar internas durante algunos años para no tener gastos de comida y alquiler y poder enviar así a casa casi todo el sueldo.

que se están haciendo cargo de él lo hacen obligados por las políticas que han devastado sus contextos de vida, lo deseable es que mañana este trabajo pueda representar un «buen empleo» normal, ocupado también por mujeres italianas (en parte ya ha empezado a serlo), sobre todo si mejoran las condiciones para un mayor apoyo económico por parte del Estado. A decir verdad, ciertamente, si ya hoy el coste de este trabajo es inasumible para muchas familias y esto lleva a situaciones de irregularidad, es preciso que el Estado destine muchos más recursos para sostenerlo. Tengamos presente que se trata de un terreno en el que sí que ha habido alguna *ayuda* económica para el *trabajo de cuidados o trabajo doméstico.* Y algunas familias logran hacer el contrato de trabajo únicamente gracias a esta ayuda. Ante todo, el *subsidio de acompañamiento,* de 450 euros al mes a cargo de la Seguridad Social nacional, asignado, con independencia de los ingresos, directamente a la persona que precisa asistencia por falta de autosuficiencia desde el punto de vista físico o mental. Pero hay que decir que su obtención es muy difícil. Debe haber por medio una declaración de invalidez total y permanente. Muchos casos, en particular aquellos en los que la falta de autosuficiencia se da en el plano físico y no en el mental, no se consideran lo bastante graves como para justificar el subsidio. Hay además otras disposiciones, de procedencia regional y subordinadas a niveles muy bajos de renta, que no excluyen el posible subsidio de acompañamiento. Entre ellas, la *«ayuda cuidadora»,* hasta un máximo de 250 euros al mes, ofrecida por la Región Véneta a quienes tienen una cuidadora, la ayuda alzheimer (516 euros al mes), así como todas las prestaciones previstas por la ley regional 28 de 1991[19]. Existen asimismo servicios específicos de apoyo. Justamente para combatir el fenómeno de la clandestinidad de muchas cuidadoras y los riesgos ligados a la posibilidad de infiltración por parte de circuitos de delincuencia, ha habido provincias que han puesto en marcha iniciativas, como en el caso de la provincia de Bérgamo, que ha decidido destinar 400 euros mensuales para las familias que tienen ya una cuidadora o que necesitan contratar una.

Incluso dentro de la tendencia neoliberal hacia el recorte del gasto público destinado al consumo social, hay que constatar, pues, que el Estado del bienestar, dentro del cual se ha dado cierta salarización del trabajo de cuidados, reaparece como terreno ineludible de negociación precisamente a partir de medidas como éstas. La crisis de la reproducción social también genera problemas para el Estado. En la actualidad, la ministra de Políticas para la familia, Rosy Bindi, propone implicar a bancos y fundaciones para ampliar los fondos destinados a los ancianos a la par que,

[19] Desde 2007, todas estas disposiciones regionales han quedado sustituidas por una única prestación, el «subsidio de cuidados», introducido por la Región Véneta, que asciende a un máximo de 520 euros mensuales.

haciendo sonar las alarmas por la caída de la natalidad, propone dar 2.500 euros al año por cada recién nacido hasta la mayoría de edad. El *salario para el trabajo doméstico,* al que tanto se opusieron las fuerzas institucionales en la fase álgida del Movimiento, vuelve expresado de distintas formas como exigencia insuprimible. Quienes habrían preferido que este dinero se destinase nuevamente a subvencionar las instituciones para ancianos en las que guetizar a la tercera y cuarta edad se equivocan. Las instituciones están bien en los casos extremos que ya no es posible cuidar en casa. No sólo el cuidado ofrecido es de una calidad totalmente distinta, sino que, sobre todo, a los propios ancianos estos lugares no les gustan y prefieren quedarse en casa. La *mujer, a través de su rechazo* a ser proveedora del trabajo gratuito de reproducción en cualquier situación y cualquiera que fuesen las condiciones, *ha generado* también en este sector específico un *proceso de visibilización y salarización,* pero, de igual modo, *al aceptar* una libertad condicionada, *una autonomía relativa,* ha *garantizado asimismo la salvaguarda de la autonomía relativa y del bienestar* físico y psíquico de quienes, debido a una situación de debilidad, dependen de ella. En su rechazo y en su aceptación relativa, ha sacado a la luz que, en el trabajo de cuidados, el rechazo puro, *tout court,* es una utopía, que el Estado debe sostener este trabajo específico de cuidados de los ancianos con más fondos, para que las familias puedan afrontar sus costes y se pueda realizar en su totalidad en condiciones de regularidad, y que el Estado también debe fomentar los servicios destinados a esta franja débil de ciudadanos. Asimismo, ha sacado a la luz que uno de los mayores obstáculos para poder mantener a un anciano en su casa o en casa de una familiar es el alza que se ha registrado en el precio de los inmuebles y de los alquileres, a causa de la cual los espacios de los pisos se han reducido al mínimo y es frecuente que no haya una habitación disponible para el anciano o para la cuidadora. Problema que ya se planteó hace años en el caso del hijo. Cada vez es más frecuente que los apartamentos sean nichos que no permiten el paso, mucho menos la permanencia, de progenitores o la llegada de hijos. Y, aún así, el problema de los ancianos no autosuficientes vuelve a plantear nuevamente el problema del nacimiento de hijos y, por lo tanto, de la obtención de una ayuda económica para criarlos, así como de otras condiciones de vida para que las personas puedan de nuevo desear y ver posible tener hijos. A decir verdad, salvo en raras excepciones, aparte de los hijos, nadie se preocupará de tener en casa a los ancianos no autosuficientes, ni organizará ni velará por su reproducción. Éste del cuidado de los ancianos es un problema que, de distintas formas y con situaciones muy diferentes, se plantea a escala planetaria. Creo que el apoyo económico por parte del Estado debe entrar en la lista de prioridades políticas como una de las necesidades más urgentes.

Si éstas son problemáticas emergentes del trabajo de cuidados, entonces, decir que el *trabajo doméstico, el trabajo de reproducción,* tiende a hacerse cada vez más

trabajo *inmaterial*[20] o, por lo menos, que cabe incluirlo en la acepción de trabajo inmaterial, quiere decir no conocerlo. El trabajo de reproducción, que pasa por muchas articulaciones de las que no hemos considerado más que una, siempre ha sido un conjunto de muchísimo trabajo material inserto dentro de un trabajo inmaterial de reproducción psíquica, afectiva, etc. Por lo tanto, nada nuevo bajo el sol. Pero decir que, en la actualidad, la categoría del trabajo inmaterial captaría mejor sus novedades supone incurrir en una injusticia muy grave con respecto a la realidad de este trabajo y a las novedades reales que lo envuelven, de las cuales la que acabamos de tratar constituye un buen ejemplo, cargado de tareas arduas y materiales. El hecho de que haya que realizarlas, en la medida de lo posible, con afecto no las transforma en prestaciones inmateriales. Si la condición anciana no autosuficiente constituye una diferencia relevante, entender que «sobre las mujeres recae en una medida cada vez mayor el control de los flujos de la diferencia»[21] y ver esto como trabajo inmaterial implica de nuevo estar ciegos a la materialidad del trabajo que se hace cargo de esta diferencia y sus problemas.

Del mismo modo, queda claro, en esta travesía por el terreno del trabajo de cuidados de los ancianos (y la conclusión sería análoga en el caso de los niños) que el trabajo de reproducción *no se resuelve con la comunicación*[22]. Con mayor motivo puesto que sus problemáticas no se agotan en la búsqueda de un acuerdo mejor dentro de la pareja, sino que remiten, para la mujer, a muchas horas de trabajo, falta de dinero, riesgo de pobreza y falta de autonomía. Todo ellos problemas que no se resuelven con la comunicación.

Lo que hace falta no es tampoco más innovación tecnológica. Ni la idea genial de algún *informático* cuyo programa político me resultaría poco prometedor precisamente por su procedencia del reino de lo inmaterial[23]. En todo caso, no hacen falta ideas geniales.

Hace falta trabajo, más adecuadamente remunerado, y más tiempo libre para todos, mujeres y hombres.

Hace falta *reconocer la materialidad de la vida y de los trabajos* que la garantizan, tanto en el hogar como en el campo[24], sus lazos con las relaciones humanas y con la

[20] A. Negri, *Movimenti nell'Impero,* Milán, Raffaello Cortina Editore, 2006, pp. 241, 215 y 184 [ed. cast.: *Movimientos en el imperio. Pasajes y paisajes,* Barcelona, Paidós, 2006].

[21] *Ibid.*, p. 193.

[22] C. Marazzi, *Il posto dei calzini,* Edizioni Casagrande Bellinzona, 1994 [ed. cast.: *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política,* Madrid, Akal, 2003].

[23] A. Negri, *Movimenti nell'Impero,* cit., p. 184.

[24] Las redes emergentes de campesinos que han surgido tanto en el Sur como en el Norte defienden la posibilidad de desarrollar una agricultura de acuerdo con metodologías sostenibles, con fre-

tierra y esto es aplicable tanto al trabajo de las mujeres como al de los campesinos[25]. Si acaso hay algo específico de las mujeres sería haber indicado que la autonomía que cada uno persigue y desea encuentra condicionamientos no eludibles, ya se trate de hijos o ancianos, y que si la diferencia hoy está entre quienes se hacen cargo de ellos y quienes no, se trata de una diferencia que hay que derribar y no exaltar, construyendo en torno al trabajo de cuidados una responsabilidad más común y reclamando del Estado (puesto que lo «común» no agota lo «público») prestaciones de dinero y de servicios más cuantiosas y más generalizadas.

cuencia muy tradicionales y con una amplia utilización de trabajo vivo (lo que significa mucho empleo), que se apoyan en la disponibilidad de bienes muy materiales como la tierra, el agua y las semillas naturales, frente a otras metodologías que se querrían imponer. Los discursos campesinos que, sin rechazar la tecnología *tout court,* tienen la intención de no recurrir demasiado a las máquinas y de utilizar en cambio la gran disponibilidad del recurso trabajo, allí donde tiene más sentido, también tienen importancia en el Norte. Véase sobre esto J. Bové y F. Dufour, *Il mondo non è in vendita,* Milán, Feltrinelli, 2001. Creo que las nuevas subjetividades, significativas desde un punto de vista político, surgen de estas trayectorias y no de las metodologías de vanguardia capitalistas.

[25] M. Dalla Costa, «L'indigeno che è in noi, la terra cui apparteniamo», cit.; y «Rustic and Ethical» en E. Dowling, R. Nunes y B. Trott (eds.), *Ephemera. Theory and Politics in Organization* VII, 1 (2007), accesible a través de la página web [www.ephemeraweb.org]. Y, de nuevo de la misma autora, «La sostenibilidad de la reproducción. De las luchas por la renta a la salvaguarda de la vida», en Laboratorio Feminista, *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista. Producción, reproducción, deseo, consumo,* Madrid, Tierra de Nadie, 2006.

10 El arcano de la reproducción hoy*

Mostrar la esfera de la reproducción como trabajo y, con ello, hacer visible en los ámbitos político, social y económico el sujeto al que se le demandaba tal trabajo en el sistema capitalista de producción, interpretando y sosteniendo sus momentos de lucha y resistencia, fue la tarea que de manera prioritaria asumió aquel enorme movimiento teórico-práctico que, desde principios de la década de 1970, se conoció a escala internacional bajo el nombre de área por el salario para el trabajo doméstico. A la familia proletaria se la definió, en vez de como lugar de mero consumo o de producción de valores de uso, como lugar de producción y reproducción de la fuerza de trabajo, lugar, por lo tanto, de prestación de ese trabajo doméstico no remunerado que constituía la otra fuente oculta de la plusvalía. Trabajo de reproducción, por lo tanto, como trabajo productivo. La familia como lugar en el que ejercer el poder de mando sobre la prestación de trabajo, de jerarquización de las relaciones y, por ello mismo, lugar de lucha.

Después de la década de 1970, en particular en Italia, este movimiento tuvo que pagar con el destino característico de su sujeto/objeto: a saber, verse reducido a la invisibilidad, esta vez por medio de una labor precisa de cancelación de su historia y de sus obras. Sin embargo, el tema de la «reproducción» se había impuesto en los ámbitos científico y político y, a partir de entonces, se convertiría para distintos circuitos culturales en el terreno principal de análisis y en objeto de diversas interpretaciones.

---

* M. Dalla Costa, «L'arcano della riproduzione oggi», en *Capitalismo Natura Socialismo. Rivista internazionale di ecologia socialista* 1, Año V (1995) [ed. inglesa: «The Arcane of Reproduction Today», en *Capitalism Nature Socialism* VII, 4 (1996) y en la revista on-line *The Commoner* 8 (2003), en www.thecommoner.org].

En la actualidad, este debate está atravesado por cuestiones que, por lo menos en Italia, han logrado imponerse en fecha reciente: la cuestión de la naturaleza, introducida fundamentalmente por el debate ecologista y que ha estallado ante las diferentes crisis medioambientales, y la cuestión de las poblaciones indígenas/autóctonas, que ha saltado al centro de la atención pública gracias a la notable capacidad de estas poblaciones para autoorganizarse y hacerse oír en los últimos años (cuestión, esta última, estrechamente correlacionada con la de la inmigración).

A este respecto, me parece importante, entre otras cosas de cara a un debate más articulado con otras corrientes feministas, volver a partir de aquella producción teórica y práctica en gran medida cancelada, sacando algunos libros y periódicos de las estanterías. Y conjugar este trabajo con el compromiso de difundir el conocimiento de todo lo que, con viejas y nuevas compañeras de pensamiento y de praxis, se ha seguido produciendo en Italia y fuera.

Se trata de mostrar el arcano de la producción hoy en el debate cada vez más amplio sobre la relación mujer-naturaleza, mujer-diferente: una aportación posible, que auguramos fecunda, es aquella que, volviendo a partir de aquel arcano que ya mostramos, es decir, de la idea de que la reproducción de los individuos en tanto que fuerza de trabajo *no* pertenece al «reino de la naturaleza», sino que es la fase oculta del proceso de acumulación capitalista, se propone indagar, en la globalización cada vez más hostigadora de la economía, las nuevas articulaciones del poder de mando capitalista sobre la reproducción. Ante todo, la dimensión global del ataque a toda posibilidad de subsistencia/vida que no dependa cada vez más estrechamente de la economía salarial. En este marco, entonces, es importante analizar cuánto trabajo de reproducción, por parte de qué viejos y nuevos sujetos, bajo qué nuevas condiciones y modalidades, se somete a mando tanto en las áreas de capitalismo avanzado como en las áreas rurales y urbanas de los países «en vías de desarrollo» a modo de sostén de la economía formal, en función de una extracción cada vez más «global» de plusvalía; es crucial examinar en qué medida la «diferencia» de la mujer vuelve continuamente a forjarse en nuevas divisiones que reestratifican en el mundo el cuerpo social trabajador en función de la clase, el sexo y la etnia.

De esta reproducción, de esta mujer que es en todo el mundo su sujeto principal, resulta imprescindible aferrar las nuevas redes de comunicación, resistencia, lucha y transmisión de saber, para, dentro del debate sobre el desarrollo y sobre la Naturaleza, contribuir a interpretar de manera adecuada el nexo entre el poder de mando capitalista y las voluntades antagonistas que, desde el mundo de la reproducción global, desean y afirman otras lógicas en la relación con la producción, con la Naturaleza y con la Vida.

11 Capitalismo y reproducción* Mujeres, entre naturaleza y capital

Examinar la esfera de la reproducción en la actualidad comporta encontrar desplegados en términos exponenciales todos los «pecados originales» del modo de producción capitalista. Desde luego, siempre que se examine desde una perspectiva planetaria, atenta tanto a lo que sucede en las capas más bajas –pero cada vez más amplias– de la estratificación social en los países de capitalismo avanzado, como a lo que les pasa a segmentos cada vez más ingentes de población en el Tercer Mundo. Planetaria es, en efecto, la economía en la que vivimos y el proceso de acumulación capitalista extrae linfa, para su continua valorización, tanto de la relación de trabajo asalariado como de la de trabajo no asalariado (ante todo, trabajo de reproducción, pero no sólo)[1] en los países avanzados, así como en el Tercer Mundo.

Descubriremos que se ha hecho en gran medida realidad aquello que ya Marx[2] consideraba el «fin de la economía política», a saber, «la infelicidad de la sociedad». Dejando por el momento de lado el problema de la felicidad, aunque no, por cierto,

* M. Dalla Costa, «Capitalismo e riproduzione», ponencia presentada en el seminario «Women Unpaid Labor and the World System» [El trabajo no retribuido de las mujeres y el sistema mundial], realizado el 8 de abril de 1994 en Tokio, en el marco del *European Women's Study Tour for Environmental Issues* [Viaje de Estudios de Mujeres Europeas para Asuntos Medioambientales], patrocinado por la Japan Foundation. En su versión escrita, la ponencia se publicaría primero en japonés en la revista *Jokyo* [Situación], Tokio (1994); posteriormente, aparecería en castellano en *Viento Sur* 3, México (1994); en italiano, en *Capitalismo Natura Socialismo. Rivista internazionale di ecologia socialista* 1, Año V (1995); y, por último, en inglés, en W. Bonefeld, R. Gunn, I. Holloway y K. Psychopedis (eds.), *Open Marxism III. Emancipating Marx*, Londres, Pluto Press, 1995.

[1] M. Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James*, cit.

[2] K. Marx, «Manoscritti economico-filosofici del 1844», en *Opere filosofiche giovanili*, cit., p. 157.

para alimentar el mito de que es inalcanzable, debemos subrayar, en cambio, hasta qué punto, aun prescindiendo de un análisis marxiano, resulta inverosímil a estas alturas que el desarrollo capitalista sea portador de un bienestar que, de algún modo, se estaría generalizando en el planeta.

La reproducción humana se presenta hoy más hostigada y trastocada que nunca por las leyes que caracterizan la acumulación capitalista: la continua y progresiva *expropiación* (desde aquella «originaria», en relación con la tierra como medio de producción fundamental, que ya se produjo del siglo XVI al XVIII en Inglaterra y aún hoy avanza en el Tercer Mundo, a aquella otra que atañe al conjunto de derechos individuales y colectivos que contribuyen a garantizar la supervivencia, entonces como ahora); la continua *división y contraposición jerárquica* dentro del cuerpo social (de clase, de sexo, de raza, de etnia; trabajador asalariado libre contra trabajadora no asalariada y no libre, contra trabajo desempleado, contra trabajo esclavo); la producción constante de *desigualdad e incertidumbre* (la mujer, en tanto que reproductora, es más desigual y vive un destino más incierto que cualquier trabajador asalariado y la pertenencia a una raza o a una etnia discriminada no puede sino ahondar en esa misma discriminación); y la *polarización* incesante de la producción de *riqueza* (cada vez más concentrada) y de la producción de *miseria* (cada vez más amplia).

Tal y como escribe de nuevo Marx en *El Capital*[3]:

> Finalmente, la ley que *mantiene siempre la superpoblación relativa o el ejército industrial de reserva en equilibrio con el volumen y la energía de la acumulación* encadena al obrero al capital de manera más sólida que las cuñas de Hefestos encadenaban a Prometeo a las rocas. Esta ley determina una *acumulación de miseria* correspondiente a la *acumulación de capital*. Así pues, la acumulación de riqueza en un polo es al mismo tiempo acumulación de miseria, tormento de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, es decir, en el lado de la clase que *produce el producto propio como capital*.

Esto es verdad no sólo en lo que respecta al segmento de población llevado a la ruina por la Primera Revolución Industrial. En la actualidad es más verdad que nunca, ya pase la acumulación de capital por la fábrica o por la plantación, la presa, la mina o el tejido de alfombras, donde no son en absoluto raros los casos de niños que trabajan en condiciones de esclavitud.

A decir verdad, la acumulación capitalista se despliega en el mundo extrayendo trabajo de producción y de reproducción en condiciones que se estratifican hasta el ex-

[3] K. Marx, *El Capital*, Libro I, Tomo III, Madrid, Akal, 2000, p. 113 [cursiva nuestra].

tremo de presentar de nuevo condiciones esclavistas. En fecha reciente, se ha calculado que más de 200 millones de personas trabajan en tales condiciones en el mundo[4].

Por otro lado, los macroprocesos y las macrooperaciones que las fuerzas económicas, con el adecuado sostén del poder político, desplegaron en el contexto social en el periodo de la acumulación originaria en Europa a fin de destruir el valor del individuo en las relaciones determinadas con su comunidad para convertirlo en individuo aislado y sin valor, mero envoltorio de la fuerza de trabajo y obligado a venderla para la supervivencia, siguen marcando la reproducción humana en el planeta. La indiferencia hacia la propia posibilidad de reproducción de la fuerza de trabajo que el capital manifiesta en la primera fase de su historia no se redimió siglos más tarde más que de manera muy parcial (y hoy en día de forma cada vez más precaria) mediante la instauración del Estado de bienestar. En la actualidad, las directrices de los grandes organismos financieros, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), que, desde hace algunos años, se han encargado de la tarea de rediseñar las políticas de bienestar y las líneas económicas globales[5], tanto en los países avanzados como en los países en vías de desarrollo (las medidas relativas a la economía y a la seguridad social que se han lanzado recientemente en Italia tienen una correspondencia precisa con las que han caracterizado los distintos planes de ajuste estructural en muchos países del Tercer Mundo), no tienen otro resultado que el de que segmentos cada vez más amplios de población estén abocados a la extinción porque se los juzga sobrantes o no idóneos para las necesidades de valorización del capital.

Al igual que, a partir de finales del siglo XV en Inglaterra, gracias a una legislación sanguinaria contra los expropiados[6], se ahorcaba en masa a los pobres, se les torturaba, se les marcaba con fuego y se les encadenaba, en la actualidad, se extermina a la población sobrante o no disciplinada convenientemente con políticas que siembran el hambre –*«più bare, meno culle in Russia»* [más bares y menos cunas en Rusia][7]: muertos de hambre y de frío en los países del Este y en los distintos países avanzados de Occidente, muertos de hambre y de epidemias en África y en América Latina, aunque no sólo– y con políticas de guerra, genocidio directo o autorizado en la práctica y represión militar-policial. La otra variante con la que se presenta la extinción es la decisión individual o colectiva de suicidarse porque no se vislumbran posibilidades de supervivencia (son significativos los diversos casos de suicidio

[4] *The Economist*, 6 de enero de 1990.

[5] M. y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito. Condizione e lavoro femminile nella crisi del debito internazionale*, Milán, FrancoAngeli, 1993 [ed. inglesa: *Paying the Price*, Londres / Nueva Jersey, Zed Books, 1995].

[6] K. Marx, *El Capital*, cit., Libro I, Tomo III, cap. XXIV.

[7] *La Repubblica*, 16 de febrero de 1994.

en Italia por falta de trabajo o por no querer aceptar el único trabajo que se presenta, a saber, enrolarse en organizaciones criminales, tal como ha recogido la prensa durante el curso 1993-1994, así como el caso en India de los «tribuales» del valle de Narmada, que declararon su voluntad de morir en el agua si avanzaban los trabajos de la presa que destruye su hábitat y, con él, su posibilidad misma de subsistencia e identidad cultural)[8]. O bien, como último giro monstruoso de este proceso de imposición de la extinción, tenemos la resistencia extrema representada por quienes intentan vender trozos de su cuerpo, inútil envoltorio de una fuerza de trabajo que ya no consigue intercambiarse como mercancía (también a este respecto, en Italia, donde la venta de órganos está prohibida por ley, se han referido en la prensa y en la televisión durante el curso 1993-1994 casos de personas que buscaban explícitamente vender órganos de su cuerpo a falta de dinero y de trabajo). Es sabido que este triste fenómeno, en relación con el cual ya se han registrado en Italia algunos episodios, se ha convertido en el Tercer Mundo en práctica frecuente con la que los individuos expropiados y empobrecidos por la expansión capitalista intentan procurarse dinero. Y han aparecido noticias sobre cómo cada vez florecen más organizaciones criminales, aunque evidentemente con terminales legales, en torno a la provisión/venta de órganos realizada incluso por medio del secuestro de las víctimas (con frecuencia mujeres y niños) y de las falsas adopciones. En fecha reciente[9], se ha abierto una investigación en el Parlamento Europeo sobre este tema y varias redes de mujeres del mundo están intentando sacar a la luz e impedir estos crímenes. La negación del valor del individuo sobre la que se ha instalado el desarrollo capitalista alcanza con ello su máximo esplendor: al individuo portador de fuerza de trabajo sobrante o, en todo caso, no relevante se le hace literalmente pedazos para reconstruir el cuerpo de quienes pueden pagarse el derecho a vivir y, sobre todo, para reportar beneficios a sectores, criminales y no criminales, del capital.

Más aún... en el periodo de la acumulación originaria, mientras en Inglaterra nacía el trabajador asalariado libre, la ley autorizaba a convertir en esclavo[10] y a obligar a trabajar para el denunciante a aquellos que, convertidos en pobres y vagabundos a causa de la expropiación violenta e ilegal de las fincas por parte de los señores, eran culpables de... vagabundear. Pero, aunque esta reducción a la esclavitud de los pobres no dejaba de ser un fenómeno de dimensiones relativamente restringidas dentro

[8] A esto se dedicó un reportaje especial en el segundo canal de la televisión pública, en la programación vespertina del 15 de septiembre de 1993. Para una interpretación crítica de la proliferación de presas en el mundo, véase V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* St. Martin's Press, 1989 [ed. cast.: *Abrazar la vida. Mujeres, ecología y desarrollo,* Madrid, Horas y horas, 1995].

[9] *La Repubblica,* 16 de septiembre de 1993.

[10] K. Marx, *El Capital*, cit., Libro I, Tomo III, cap. XXIV.

de la avanzada Inglaterra, en poco tiempo, el capital lanzaría a una escala mucho más amplia la práctica de la esclavitud, vaciando África –con la trata de esclavos hacia las Américas y el Caribe– del equivalente de la población europea de la época.

Pero la esclavitud, como decíamos, muy lejos de haber desaparecido, se presenta más bien como constante silenciada y oculta del capitalismo. La miseria que la economía política de los grandes organismos financieros impone a gran parte del planeta ata a familias enteras a trabajos en condiciones esclavistas para pagar deudas al acreedor, en condiciones esclavistas se lleva y se hace trabajar a los trabajadores en las explotaciones ganaderas, en las plantaciones y en las minas, en condiciones esclavistas se hace trabajar a muchachos en el tejido de alfombras o a mujeres secuestradas o en todo caso reclutadas con engaños en la industria del sexo. Pero éstos no son más que algunos ejemplos. Resulta significativo que las Organizaciones No Gubernamentales hayan planteado el problema de la esclavitud en Viena, en el Foro que, del 10 al 12 de junio, precedió a la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos (14-25 de junio de 1993).

Y aquí no queda la cosa: en el periodo de la acumulación originaria, mientras nacía el trabajador asalariado libre, a consecuencia de las grandes operaciones de expropiación, otra operación, el mayor sexocidio que la historia recuerde, la «caza de brujas», contribuía en un sentido fundamental, junto a otra serie de medidas dirigidas expresamente contra las mujeres, a forjar a la trabajadora no asalariada y no libre para el proceso de producción y reproducción de la fuerza de trabajo[11]. La mujer, privada de los oficios y de los medios de producción y subsistencia típicos de la economía anterior y en gran medida excluida del trabajo artesanal y del acceso a los nuevos puestos de trabajo que la manufactura ofrecía, tenía ante sí fundamentalmente dos posibilidades para la supervivencia: o el matrimonio o la prostitución. Teniendo claro que la prostitución, en aquella época, constituyó también un medio para complementar ingresos familiares demasiado escasos o sueldos demasiado bajos de las mujeres que, a pesar de todo, habían encontrado un trabajo externo. Resulta significativo que la prostitución, más allá de los distintos regímenes y significados conocidos en diferentes épocas y contextos sociales, se convirtiese entonces por primera vez en un oficio ejercido por las mujeres de manera masiva. Por lo cual se dirá que la individua proletaria nace durante el periodo de la manufactura fundamentalmente como prostituta[12].

[11] S. Federici, «La caccia alle streghe», en S. Federici y L. Fortunati, *Il grande Calibano. Storia del corpo sociale ribelle nella prima fase del capitale,* Milán, F. Angeli, 1984 [ed. inglesa: «The Great Witch-Hunt», en *The Maine Scholar* I, 1 (1988)].

[12] L. Fortunati, *L'arcano della riproduzione. Casalinghe, prostitute, operai e capitale,* Venecia, Marsilio, 1981; L. Fortunati, «Sesso come valore d'uso per il valore», en S. Federici y L. Fortunati, *op. cit.*, p. 209.

Sobre esta contradicción incurable de la condición femenina, trabajadora no asalariada dentro de una economía salarial[13], no sólo se implantó la prostitución femenina de masas de aquel periodo, sino que, en la actualidad, en el presente marco de políticas económicas, se implanta el relanzamiento del mismo fenómeno a una escala aún más amplia y subsumido de cara a la generación de beneficios para una de las industrias más florecientes en el mundo: la industria del sexo. Precisamente este hecho ha llevado a la Coalición Mundial contra el Tráfico de Mujeres a presentar en Bruselas en mayo de 1993 la primera Convención Mundial contra la Explotación Sexual y las mujeres de la Coalición están trabajando con ahínco para que la comunidad internacional, a través de las Naciones Unidas, haga suya la Convención y, por lo tanto, los Estados la ratifiquen. En efecto, a escala internacional, cada vez resulta más alarmante la explotación sexual de mujeres por parte de organizaciones criminales más o menos grandes y grupos de presión cada vez más poderosos. En Italia, estas organizaciones han hecho llegar un notable flujo de mujeres de los países del Este y de África para explotarlas como prostitutas. Y son conocidos a escala internacional los escamoteos puestos a punto para encubrir por lo menos oficialmente varias prácticas de explotación de la prostitución: desde la venta de esposas por medio de catálogo hasta la organización de destinos de viaje exóticos definidos como «de confort». Además, de acuerdo con lo denunciado por la Coalición, varios países estarían aceptando formas de turismo sexual como fuente planificada de ingresos nacionales. Por otro lado, se ha abierto asimismo, a iniciativa de mujeres sueltas y de ONGs, la cuestión de las responsabilidades de los Estados para con la auténtica trata de mujeres y las coacciones para ejercer la prostitución con soldados que tuvieron lugar durante la Segunda Guerra Mundial. La condición femenina capitalista nace con la violencia (del mismo modo que el trabajador asalariado libre nace con la violencia), se forja sobre la hoguera de las brujas y se mantiene con la violencia[14]. En el marco de la reproducción actual de la población, la mujer sigue no sólo padeciendo la violencia de constituir el sujeto emergente de la pobreza a escala mundial (la responsabilidad doméstica gratuita la convierte en una parte contractual débil en el mercado de trabajo externo), sino que padece la consiguiente violencia de verse fagocitada en proporciones crecientes, por falta de recursos económicos, en el tráfico de la prostitución. Y el rostro bélico que el desarrollo adopta cada vez más claramente en el mundo no hace sino deteriorar aún más esta condición femenina y agigantar en términos generales prácticas y culturas de violencia contra la mujer[15]. El ejemplo máximo a este respecto lo constituye la violación de guerra ejercida como violación étnica durante la guerra actual en las repúblicas de la ex Yugoslavia.

[13] M. Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James*, cit.

[14] G. F. Dalla Costa, *Un lavoro d'amore. La violenza fisica come componente essenziale del «trattamento» maschile nei confronti delle donne*, Roma, Edizioni delle donne, 1978 [ed. inglesa: *A work of Love*, Nueva York, Autonomedia, 2008].

Apenas he esbozado algunas macrooperaciones en lo social que, durante el periodo de acumulación originaria, permitieron que el sistema capitalista empezara a ponerse en marcha. Pero igualmente importantes fueron otra serie de operaciones[16] de las que no hablaremos aquí por brevedad y cuya correspondencia punto por punto con la actualidad, para una refundación constante a escala mundial de esa relación de clase que es fundamento del desarrollo capitalista y para la perpetuación de esa estratificación del cuerpo social trabajador que comienza con la separación/contraposición representada por la división sexual del trabajo, podríamos ilustrar.

Todas las consideraciones desarrolladas hasta aquí pretenden conducir fundamentalmente a una tesis que queremos sostener: a saber, que el desarrollo capitalista siempre ha sido *insostenible,* sobre todo por su *impacto humano.* Para entender esto, basta planteárselo desde el punto de vista de quienes han muerto y siguen muriendo a causa de él. En efecto, éste, para nacer, supuso el sacrificio de segmentos ingentes de la humanidad, supuso exterminios en masa, producción de hambre y miseria, esclavitud, violencia y terror y, en su avance, sigue suponiendo todo esto. En particular, desde el punto de vista de las *mujeres,* el desarrollo capitalista siempre ha sido insostenible porque *es insostenible la contradicción* en la que tal desarrollo las coloca: trabajadoras no asalariadas dentro de una economía salarial y, por eso mismo, privadas del derecho a una existencia autónoma. Y si miramos a las economías de subsistencia, continuamente asediadas, minadas y trastocadas por el desarrollo capitalista, veremos que este mismo desarrollo priva continuamente a las mujeres de la disponibilidad de la tierra y del agua, que son para ellas medios fundamentales de producción y subsistencia para el sostenimiento de toda la comunidad.

La cuestión de la expropiación de la tierra ha saltado al centro de la atención mundial desde enero de este año, con la revuelta zapatista en Chiapas, que todos los medios de comunicación se han visto obligados a recoger, ante todo por la posición crucial que tiene México, a través del acuerdo NAFTA, junto a las potencias occidentales. El carácter perverso de una producción de riqueza efectuada mediante la expropiación y la producción de miseria estaba a la vista de todos. Pero resulta significativo que las dramáticas consecuencias de la expropiación de la tierra hicieran

[15] En la actualidad, se debate mucho del tema y hay varias investigaciones al respecto. En todo caso, siempre vale la pena mencionar el ensayo de A. Michel, «La donna a repentaglio nel sistema di guerra», en *Bozze* 2 (1987).

[16] K. Marx, *El Capital,* cit., Libro I, Tomo III, cap. XXIV y XXV.

que, ya en el documento elaborado en Miami en noviembre de 1991[17], se pidiese con fuerza que se garantizara a las mujeres la disponibilidad de la tierra y el acceso a la comida. Mientras, la propia expansión capitalista (en este caso, la revolución verde) había llevado ya a algunas poblaciones de regiones del Tercer Mundo a practicar el aborto selectivo de fetos de sexo femenino y el infanticidio de niñas[18]. Del sexocidio a la aniquilación preventiva.

La problemática de la insostenibilidad del desarrollo se ha impuesto en un periodo bastante reciente, a raíz de la evidencia de las diversas catástrofes medioambientales y de los perjuicios al ecosistema. La Tierra, y el agua que corre por sus venas, y el aire que la rodea han empezado a aparecer justamente como ecosistema, como organismo vivo del que el hombre forma parte y de cuya vida y equilibrios depende la vida del propio hombre, contra una concepción de la Naturaleza como «otro» con respecto al hombre, naturaleza que dominar y de cuyos elementos apropiarse, sacándolos como de un almacén de mercancías potenciales. Después de cinco siglos de expropiación y de dominio, la Tierra vuelve irrefrenablemente a la palestra. Antaño, se la seccionó, cercó y sustrajo a los productores libres. Ahora ella misma padece la expropiación de sus poderes reproductivos, en la medida en que cada vez se la vivisecciona, mercantiliza y altera más. Pero estas operaciones extremas (cuya aspiración a «poner en bancos» y patentar el patrimonio genético de las especies vivas no es sino una de las últimas aberraciones) pertenecen a un único proceso cuya lógica de explotación y dominio ha llevado a tal devastación del planeta en términos humanos y medioambientales que se abren inquietantes interrogantes sobre las posibilidades y modalidades futuras de reproducción humana.

La masacre medioambiental es una sola y misma cosa con la masacre que se lleva a cabo contra segmentos cada vez más amplios de la humanidad. La masacre de la estirpe humana es necesaria para la perpetuación del desarrollo capitalista en la actualidad como en sus orígenes. No suscribir esta masacre generalizada y, por lo tanto, abordar el problema del «desarrollo sostenible» quiere decir ante todo establecer un vínculo con las luchas que, tanto en las metrópolis como en las áreas rurales, actúan contra el desarrollo capitalista, quiere decir contribuir, también con la puesta a punto de un saber diferente, a encontrar los modos y definir las prácticas de su superación.

Pero, en la interpretación y en el establecimiento de un vínculo con las luchas y los movimientos, es necesario mantener una visión global de los múltiples sectores del cuerpo social que se rebelan de diferentes maneras en contextos tan diferentes

[17] *Women's Action Agenda 21* (1991).

[18] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit.

del planeta. Privilegiar a unos e ignorar a otros supondría asumir la misma lógica de separación y contraposición que ha constituido el alma de este desarrollo. No se pueden dar por descontados la cancelación y el aniquilamiento de una parte de la humanidad. En las metrópolis, en los países de capitalismo avanzado en general, los individuos lidian con la falta de trabajo asalariado, única fuente de subsistencia, y con el recorte de las medidas de bienestar social que representan aquel conjunto de derechos individuales y colectivos que antes contribuían en estos contextos a garantizar la supervivencia. La reproducción humana ya ha llegado en estas regiones a su límite: la energía reproductora femenina se ha desecado, cual fuente cuya agua se ha querido utilizar para demasiados terrenos. El agua es la que es, dice Vandana Shiva[19], no se multiplica. La reproducción se ha visto aplastada por la intensificación general del trabajo, por la extensión excesiva de la jornada laboral, en un marco de recorte de recursos a raíz del cual hasta la falta de trabajo se resuelve en un estresante trabajo de búsqueda de trabajo, en trabajo en negro y en un trabajo de reproducción más duro. No puedo ilustrar aquí con mayor detalle la complejidad de los fenómenos que han llevado a una reducción tan drástica de la natalidad en los países avanzados y en Italia en particular (con un cociente de fertilidad del 1,26 y un índice de crecimiento de la población del 0,0). Tengamos en todo caso siempre presente que, en tanto que rechazo a producir, este comportamiento ha constituido también un enorme momento de resistencia y lucha por parte de las mujeres (rechazo a funcionar como máquinas reproductoras de fuerza de trabajo, para reclamar, en cambio, una reproducción de sí y de los demás como individuos sociales)[20]. La contradicción de la condición femenina por la cual la mujer está obligada a buscar, en términos de desventaja con respecto al hombre, una autonomía financiera a través del trabajo externo, permaneciendo no obstante responsable en primer término del trabajo de producción y reproducción de la fuerza de trabajo, ha estallado revelando su insostenibilidad: las mujeres de los países avanzados tienen cada vez menos hijos. La humanidad de los países avanzados tiene cada vez menos deseos de reproducirse. Pero el gran rechazo de las mujeres es al mismo tiempo formulación del problema general que se está tratando aquí: la aspiración y la definición de un *nuevo tipo de desarrollo* en el que la reproducción humana no esté construida sobre el *insostenible sacrificio femenino* dentro de una concepción y estructura de la vida como toda tiempo de trabajo, dentro de una *jerarquización insoportable* de los sexos. Pero la lucha salarial (en su aspecto de salario directo e indirecto) no atañe sólo a las regiones avanzadas, de mane-

[19] *Ibid.*

[20] M. Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James,* cit.

ra separada con respecto a las regiones rurales. Las situaciones en las que la subsistencia se basa exclusivamente en la tierra son bien pocas. Para el sostenimiento de la comunidad, la economía salarial se entreteje la mayoría de las veces con los recursos típicos de la economía de subsistencia, cuyas condiciones generales se ven permanentemente hostigadas por las decisiones político-económicas de los grandes organismos financieros internacionales (FMI, BM)[21]. Así pues, en la actualidad, constituiría un error fatal no defender el nivel salarial y las garantías de renta (en dinero, bienes y servicios) que la humanidad trabajadora tiene derecho a reclamar, porque el potencial de riqueza acumulado se ha acumulado gracias a cinco siglos de su trabajo, y, a la par, defender el mantenimiento de la disponibilidad de la tierra, del agua y del bosque para quienes extraen de ellos la subsistencia y para quienes la expropiación capitalista no propone sino la extinción. Mientras diferentes sectores de la humanidad buscan y reclaman un desarrollo diferente, la fuerza para reclamarlo crece en la medida en que no se suscribe ni la extinción propia ni la de otros.

La cuestión de la reproducción humana, que el rechazo a procrear de las mujeres trastoca, convirtiéndola en aspiración a otro tipo de desarrollo, busca ahora horizontes totalmente diferentes. Derriba los muros del concepto de bienestar. Aspira a la felicidad. Aspira, con ello, a una formulación de desarrollo que abra posibilidades de satisfacción de las necesidades fundamentales sobre cuya supresión ha nacido y crecido el capitalismo: necesidad de tiempo contra una vida hecha toda de trabajo; necesidad de fisicidad/sexualidad (ante todo con el propio cuerpo y con el de otros, con el cuerpo en su totalidad y no sólo con esas funciones que lo hacen más productivo), contra ese cuerpo que es mero envoltorio de fuerza de trabajo o máquina de reproducción de fuerza de trabajo; necesidad de sociabilidad/colectividad (y no sólo con otros hombres y mujeres, sino con los diferentes seres vivos que ahora sólo se encuentran, y a duras penas, emprendiendo un largo viaje fuera de la ciudad), contra la separación/aislamiento de los individuos en el cuerpo social y en el cuerpo vivo general; necesidad de espacio público (y no sólo esos cercamientos urbanos que son los parques y las plazas y los otros pocos lugares permitidos para la colectividad), contra el cercamiento, privatización y restricción continua del espacio habitable. Deseo de poderse relacionar con la totalidad de la Tierra como espacio público. Y hay necesidad de juego, azar, descubrimiento, maravilla, contemplación, emoción... Como es evidente, esta enumeración no tiene ninguna pretensión de «definición» de las necesidades fundamentales. Pero quiere ser, por lo menos, el registro de algunas necesidades cuya frustración sistemática por parte de este modo de producción ciertamente no contribuye a la felicidad humana. Felicidad que creo que hay que tener el coraje de plantearse como problema, repensando en el desarrollo, precisamente para pensar «a lo grande», deshaciéndose del temor de que plantear tal cuestión puede parecer atreverse a demasiado o aludir a algo demasiado interior. Rigoberta Menchú[22] relata cómo, en su comunidad, las madres enseñan enseguida a las niñas que la vida que les espera será de esfuerzos y sufrimientos inmensos. Pero se plantea también el problema del porqué y el porqué remite a razones muy precisas y capitalistas: «Empezamos a pensar cuáles eran las raíces de la problemática. Y daba una conclusión, que la raíz de nuestra problemática venía de la tenencia de la tierra. Las mejores tierras no las teníamos nosotros en nuestras manos. Las tenían los terratenientes. Cada vez que ven que nosotros descubrimos nuevas tierras, nos tratan de despojar o robarnos en otra forma»[23]. Rigoberta se plantea el problema de cómo cambiar este estado de cosas. No cultiva el mito de la infelicidad humana. Y de las enseñanzas cristianas, que utiliza junto con la tradición maya, extrae varias lecciones: entre otras, que existió Judit.

No es casual, a mi juicio, que, en los últimos veinte años, la cuestión de la mujer, la cuestión de las poblaciones indígenas[24] y la cuestión de la Tierra no sólo se hayan impuesto de manera progresiva, sino que hayan constituido un trinomio particularmente sinérgico. El camino hacia otro desarrollo no puede prescindir de ellos como sujetos protagonistas: son tantos los saberes guardados en civilizaciones que no han desaparecido, sino que han tenido la capacidad de autoesconderse, de guardar los secretos de su conocimiento, que han tenido la capacidad de resistir a la voluntad de aniquilación a la que se enfrentaban. Son tantos los poderes que la Tierra contiene, poderes de reproducción de sí y del hombre como parte de ella, poderes que, por cierto, hasta hoy ha descubierto, conservado y valorizado más un saber femeni-

[21] M. y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito. Condizione e lavoro femminile nella crisi del debito internazionale*, cit.

[22] E. Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* [1991], Barcelona, Seix Barral, 1994.

[23] *Ibid.*, p. 142.

[24] Tal como subrayó el Grupo de trabajo sobre pueblos indígenas en el Foro de las ONGs en Viena (10-12 de junio de 1993), durante las dos últimas décadas, el trabajo realizado por estos pueblos para lograr hacer oír su voz, para exponer cuestiones vitales para ellos (ante todo, la cuestión de la tierra), para llegar a una positivización más sólida y a un mayor respeto de sus derechos, ha sido particularmente amplio e intenso. Han constituido etapas significativas de este trabajo la Declaración de Kari Oca, la Carta de la Tierra de los pueblos indígenas y la Convención de la Organización Internacional del Trabajo sobre los pueblos indígenas y tribuales (Convención OIT, n.° 169). Precisamente este trabajo creciente de conexión y promoción de sus reivindicaciones ha permitido la expresión de una oportuna solidaridad por parte de las poblaciones indígenas de Norteamérica durante la rebelión de los indios de Chiapas.

no que una ciencia masculina. Así pues, resulta crucial que otros saberes, de las mujeres, de las poblaciones indígenas, de la Tierra, que, en la «pasividad», es capaz de regenerar la vida[25], logren salir a la luz y hacerse oír. Parecen una aportación decisiva para liberar, en la actualidad, la reproducción humana del letal asedio de este desarrollo.

[25] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India*, cit.

12 Desarrollo y reproducción*

Zapata y los obreros

El queridísimo cartel de Zapata con la mirada decidida y los hombros un poco encorvados, izado en las manifestaciones obreras metropolitanas, ha saltado a las primeras páginas de los periódicos[1], construyendo en tiempo real un puente entre la revuelta zapatista de enero de 1994 y las luchas de los obreros/desempleados de la Europa avanzada. Un puente que, a través de las distancias geográficas y a través de la historia, ha vuelto a unir la lucha contra la expropiación «originaria» y continuada de la tierra con las luchas contra la expropiación posfordista del trabajo, portadora de un desempleo en expansión y del progresivo desmantelamiento del sistema público de garantías y derechos sociales. De este modo, la expropiación «originaria» de la tierra iniciada hace más de cinco siglos con los *enclosures* [cercamientos] en Inglate-

* M. Dalla Costa, «Sviluppo e riproduzione», ponencia presentada en la sesión «Women, Development and Housework», del *XIII World Congress of Sociology* [XIII Congreso Mundial de Sociología], celebrado en Bielefeld (Alemania) del 18 al 23 de julio de 1994. El texto aparecería más tarde recogido en el volumen editado por M. Dalla Costa y G. F. Dalla Costa, *Donne, sviluppo e lavoro di riproduzione. Questioni delle lotte e dei movimenti,* Milán, FrancoAngeli, 1996 [ed. inglesa: «Development and Reproduction», en *Women, Development and Labor of Reproduction. Struggles and Movements,* Nueva Jersey, Africa World Press, 1999; reeditado en W. Bonefeld (ed.), *Revolutionary Writing. Common Sense Essays in Post-Political Politics,* Nueva York, Autonomedia, 2003; también se puede consultar la edición *on-line* en *Common Sense* 17 (1995) y en *The Commoner* 10 (2005), accesible en www.thecommoner.org].

[1] Véase *Il Manifesto* del 8 de febrero de 1994, aunque el mismo periódico y otros han retomado la imagen en más de una ocasión.

rra, continuada en las colonias y que todavía hoy avanza[2] bajo las formas más recientes de colonización y explotación del Tercer Mundo en su acepción actual, se ha vuelto a unir fotográficamente a las luchas contra las formas contemporáneas de expropiación y creación de pobreza en los países de capitalismo avanzado.

Cómo construir y conseguir imponer a los expropiados y a las expropiadas la disciplina del sistema de trabajo asalariado (que presupone el trabajo no asalariado) fue hace cinco siglos «el problema» que había que resolver para la puesta en marcha del proceso de acumulación capitalista y en la actualidad lo es para la continuación de este modo de producción y de las estrategias combinadas de desarrollo y subdesarrollo de las que aún hoy es portador. La creación de pobreza masificada y de escasez, junto con la imposición del terror y la violencia (así como el relanzamiento a gran escala de la esclavitud) fueron los instrumentos fundamentales ideados para resolver el problema, característicos de la primera fase de este sistema.

Como es bien sabido, Marx analiza el proceso de expropiación de los productores libres de todos los medios de producción, así como de los recursos y derechos individuales y colectivos que contribuían a garantizar la supervivencia, en el capítulo referente a la acumulación originaria[3], por lo que remitimos a él no sólo en lo que respecta a los *enclosures,* sino también a todas las demás medidas que los acompañaron. En particular, la legislación sanguinaria contra los expropiados, las leyes para la reducción de los salarios y la prohibición del asociacionismo obrero. Las leyes coercitivas para la prolongación de la jornada laboral, que constituyen otro aspecto fundamental del periodo y que se desplegaron de mediados del siglo XIV a finales del siglo XVII, se abordan, en cambio, en el mismo Libro, en el octavo capítulo, referente justamente a la jornada laboral[4].

[2] A esta cuestión está dedicada la Tercera Parte de Midnight Notes Collective (ed.), *Midnight Oil. Work Energy War, 1973-1992,* Nueva York, Autonomedia, 1992.

[3] K. Marx, *El Capital,* cit., Libro I, Tomo III, cap. XXIV, Madrid, Akal, 2000.

[4] *Ibid.*, Libro I, Tomo I, cap. VIII. En 1970, en el marco de las clases sobre *El Capital* que cada año impartía a los estudiantes, dediqué algunas notas a comentar el razonamiento fundamental sobre las dos tendencias opuestas que caracterizan la historia de la jornada laboral. Más tarde se publicarían como M. Dalla Costa, *Note su La giornata lavorativa in Marx. Appunti da un lettorato del Capitale,* Padua, Cleup, 1978. En la actualidad, sigo explicando pasajes fundamentales de *El Capital* en mis cursos en la Universidad y, en especial, los que se refieren a la acumulación originaria, periodo que los trabajos de las estudiosas del área feminista a la que pertenezco (L. Fortunati, *L'arcano della riproduzione. Casalinghe, prostitute, operai e capitale*, Venecia, Marsilio, 1981; S. Federici y L. Fortunati, *Il grande Calibano. Storia del corpo sociale ribelle nella prima fase del capitale*, Milán, F. Angeli, 1984) analizaron y completaron en particular en relación con los procesos explicados en *El Capital,* todo ello con el objeto de focalizar la argumentación sobre la división sexual capitalista del trabajo y sobre la construcción de la individualidad femenina proletaria en el capitalismo. En todo caso, no es casual que varias corrientes del pensamiento feminista consideren crucial este periodo.

Marx observa, en relación con la expropiación de las tierras: «El avance del siglo XVIII se revela en que la *propia ley* se convierte ahora en *vehículo del robo de las tierras del pueblo,* aunque los grandes arrendatarios también emplean, de paso, sus pequeños métodos privados e independientes. La forma parlamentaria del robo es la de las *Bills for Inclosures of Commons* [Leyes para el cercado de las tierras comunales], dicho en otras palabras, decretos por los que los señores feudales se regalan a sí mismos las tierras del pueblo como propiedad privada, decreto de la expropiación del pueblo»[5]. Los «pequeños métodos privados» de los que se habla aquí arriba son muy significativos. Tal como se explica al pie de la misma página, citando un pasaje de una investigación política sobre las consecuencias de los cercamientos de tierras baldías y las causas del alto precio de la carne sacrificada: «"Los arrendatarios prohíben a los *cottagers* [inquilinos] mantener ningún ser vivo salvo ellos mismos, bajo el pretexto de que si tenían ganado o aves tendrían que robar pienso de los graneros. Dicen también: si mantenéis pobres a los *cottagers,* los mantendréis diligentes. Pero el hecho real es que los arrendatarios usurpan así todo el derecho a las tierras comunales" (*A Political Enquiry into the Consequences of Enclosing Waste Lands,* Londres, 1785, p. 75)»[6].

Esta nota nos ofrece una imagen de las hostigadoras embestidas de la expropiación, dirigida a producir miseria y pobreza en función de la disciplina del trabajo asalariado. Pero nos brinda asimismo la imagen de ese aislamiento del hombre con respecto a todos los seres vivos que caracterizaría y caracteriza la condición humana en el desarrollo capitalista. El hombre, aislado no sólo con respecto a sus iguales, sino también con respecto a esa Naturaleza distinta de sí mismo, que cada vez se le contrapondrá más como entidad que mercantilizar.

Privación y aislamiento. Se trata en realidad de las dos grandes acusaciones, los dos grandes terrenos de rebelión simbolizados por el cartel de Zapata. «Tierra y libertad» era su lema. La reapropiación de la tierra como problema fundamental, porque con ella se abría la posibilidad de reapropiación de una vida colectiva libre de la miseria. Ya por entonces, una reapropiación de la tierra cargada de significados, como reapropiación de un territorio en el que expresar otro sentido de la vida, de los comportamientos, de las relaciones y del trabajo y desde donde poder imaginar y construir un futuro distinto del que se propone. Bajo este aspecto, los nueve años de la epopeya de Zapata constituyen también un gran elemento reprimido de la historia oficial mexicana. Y el actual estallido de la revuelta zapatista da cuenta de lo reprimido, en tanto que el problema se muestra en toda su actualidad. Pero también en tanto que se ve agigantado por ese conjunto de significados que los nuevos movimientos del Norte y

[5] K. Marx, *El Capital,* cit., Libro I, Tomo III, p. 211.

[6] *Ibid.*, nota 203.

del Sur del mundo han asociado a la cuestión de la tierra: no sólo como medio de subsistencia (aunque éste sería ya de por sí un motivo excelente, puesto que muchísimas economías basadas en una relación no capitalista con la tierra han garantizado durante milenios la posibilidad de vida a segmentos de la humanidad a los que el desarrollo capitalista no les ha propuesto más que hambre y extinción), sino tierra como Tierra, espacio público del que disfrutar sin fronteras, Tierra como ecosistema que preservar porque es fuente de vida y, por ello mismo, de belleza y descubrimiento continuo, Tierra como realidad material de la que formamos parte, que reivindicar contra la exaltación, en verdad muy masculina, de la realidad virtual.

Pero, siguiendo aún con la lectura de Marx[7], la creación de miseria comienza y avanza no sólo con la expropiación de la tierra, sino, asimismo, con la *asignación de un precio a la tierra*. Esta última, de hecho, es la solución ideada por las colonias, donde el aspirante a capitalista no logra tener a su disposición el número adecuado de trabajadores asalariados. En efecto, los colonos, cuando llegan a su destino, encuentran tierra «libre» en la que poder instalarse y que poder trabajar de manera autónoma.

> Como veíamos: la expropiación de la masa del pueblo y la expulsión de sus tierras constituye la base del modo capitalista de producción. La esencia de una colonia libre estriba, por el contrario, en que la masa del suelo sigue siendo aún propiedad del pueblo y, por lo tanto, cada colono puede convertir una parte del mismo en su propiedad privada y en medio de producción individual, sin impedir que los colonos posteriores efectúen la misma operación. Éste es el secreto tanto del esplendor de las colonias como de su cáncer, de su resistencia al asentamiento del capital[8].

Aplacemos aquí, por economía de la exposición, la crítica evidente de que la tierra en las colonias podía considerarse «libre y apropiable» por los colonos en la medida en que éstos no se planteaban el problema de que la tierra pertenecía en realidad a los indígenas. Dice también Marx:

> En las colonias [...], el régimen capitalista tropieza por todas partes con el *obstáculo* del productor que, hallándose en posesión de sus condiciones de trabajo, se enriquece él mismo con su trabajo en vez de enriquecer al capitalista. La *contradicción entre estos dos sistemas económicos diametralmente opuestos se revela, prácticamente, en su lucha*. Cuando el capitalista se siente respaldado por el poder de la metrópoli, procura quitar de en medio por la fuerza el *modo de producción y apropiación basado en el trabajo propio*[9].

[7] *Ibid.*, cap. XXV.
[8] *Ibid.*, p. 265.
[9] *Ibid.*, pp. 261-262.

Wakefield, el economista político citado por Marx a este propósito, denuncia sin medias tintas el problema, proclamando a bombo y platillo la *antítesis de los dos modos de producción*. «Para ello, [Wakefield] demuestra cómo el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo, la cooperación, la división del trabajo, la aplicación de la maquinaria a gran escala, etc., son imposibles sin la expropiación de los trabajadores y la correspondiente *transformación de sus medios de producción en capital*»[10].

Ante el problema de no tener una determinada cantidad de trabajo asalariado disponible y, sobre todo, un flujo constante y regular del mismo en relación con las necesidades del capitalista, Wakefield ofrece una solución con la teoría de la denominada «colonización sistemática», que Inglaterra intentó aplicar por ley durante un cierto tiempo. Tal como dice de nuevo Marx a propósito de esta teoría:

> Si se quisiera convertir de golpe en propiedad privada toda la tierra que hoy es propiedad del pueblo, se destruiría indudablemente la raíz del mal, pero también [...] *las colonias*. El arte está en matar dos pájaros de un tiro. Que se asigne a la tierra virgen, por decreto del gobierno, *un precio artificial, independiente de la ley de la oferta y la demanda,* que obligue a los inmigrantes a trabajar a jornal durante mayor espacio de tiempo, hasta que puedan ganar bastante dinero para comprar tierra y transformarse en campesinos independientes. El *fondo* que se formaría con la venta de las tierras a un precio relativamente *prohibitivo* para el obrero asalariado, es decir, *el fondo arrancado al salario* mediante la transgresión de la ley sagrada de la oferta y la demanda, lo emplearía, por otra parte, el gobierno para importar en las colonias a los desarrapados de Europa, en la misma medida en que aumente el fondo, y, de este modo, mantener abarrotado el *mercado de trabajo asalariado* [...]. El *precio del suelo* impuesto por el Estado tiene que ser, naturalmente, suficiente *[sufficient price]*[11].

Es decir, tal como se recoge en estas páginas citando textualmente a Wakefield, tan alto «que impida a los obreros convertirse en campesinos independientes, hasta que haya otros que ocupen su lugar en el mercado de trabajo asalariado»[12].

Todo lo que hemos expuesto hasta aquí en relación con la necesidad de asignar un precio a la tierra, así como todo lo dicho referente a su expropiación, no va simplemente dirigido a recordar una problemática lejana y pasada. Asignar un precio a la tierra, junto con la expropiación realizada mediante diferentes formas de ilegalidad, pseudolegalidad y violencia, es hoy el problema a la orden del día en todas

[10] *Ibid.*, p. 262.
[11] *Ibid.*, pp. 270-271.
[12] E. G. Wakefield, *England and America. A comparison of the social and political state of both nations* II, Londres, p. 192.

aquellas realidades del Tercer Mundo donde la expansión capitalista quiere romper formas de economía y de colectividad basadas en una relación distinta, no privatizada, con la tierra, tipos de economía que han garantizado desde tiempos inmemoriales la subsistencia y, con ello, han permitido resistir a la disciplina del trabajo asalariado y al corolario de aislamiento, hambre y muerte que acompaña por lo común sus asentamientos. Silvia Federici y George Caffentzis[13], sosteniendo el carácter crucial de esta medida en las políticas de desarrollo que afectan al continente africano, insisten, en sus estudios sobre los países del África subsahariana y, en particular, Nigeria, en la importancia, desde el punto de vista del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de los inversores, de asignar un precio a la tierra y subrayan que esta operación constituye, a su vez, terreno de lucha y resistencia por parte de la población.

Evidentemente, muchas otras son las políticas y las medidas con las que se crea hoy hambre y pobreza. Desde la drástica reducción de los precios de los productos agrícolas destinados a la exportación, reducción que lleva a la ruina a los agricultores del Tercer Mundo, a las distintas políticas que han caracterizado a escala internacional el periodo de la denominada crisis de la deuda. Pero de esto hemos hablado ya en una compilación reciente[14] y ha constituido asimismo terreno privilegiado de análisis del Midnight Notes Collective[15], por lo que remitimos a estos trabajos.

No obstante, en el presente artículo, hemos privilegiado ante todo estas dos grandes operaciones, expropiar la tierra y asignar un precio a la tierra, porque, aunque por lo común se omiten, siguen siendo tan fundamentales hoy para extraer beneficio del Tercer Mundo como lo fueron en los albores del capital en Europa. Y porque ponen en evidencia, en relación con el modo de producción capitalista, que, por increíble que parezca, la actual estrategia de desarrollo basada en la revolución informática sigue comportando una estrategia de subdesarrollo que, para crear hambre y pobreza de cara a la refundación y reestratificación continua en el mundo de la condición de obrero social global, de cara a crear nuevos asentamientos y nuevas reservas de trabajo asalariado, pasa todavía hoy por las más clásicas de las operaciones que se dieron hace ya cinco siglos.

[13] S. Federici, «Crisi economica e politica demografica nell'Africa sub-sahariana. Il caso della Nigeria» y G. Caffentzis, «La crisi del debito in Africa e sue principali implicazioni per la riproduzione sociale», en M. Dalla Costa y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito. Condizione e lavoro femminile nella crisi del debito internazionale*, Milán, FrancoAngeli, 1993 [ed. inglesa: *Paying the Price*, Londres / Nueva Jersey, Zed Books, 1995].

[14] M. Dalla Costa y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito. Condizione e lavoro femminile nella crisi del debito internazionale*, cit.

[15] Midnight Notes Collective (ed.), *Midnight Oil. Work Energy War, 1973-1992*, cit.

Pero, como es evidente, el proceso continuo dirigido a imponer a escala mundial la disciplina del trabajo asalariado no implica que todos los expropiados estén destinados a convertirse en asalariados. Tal como sucedió hace cinco siglos, en la actualidad, sólo les espera esta suerte a un segmento muy parcial de la población: el que sea tan afortunado de encontrar trabajo en las fábricas de explotación intensiva del Tercer Mundo o en los países de inmigración. El resto no tendrá ante sí otra perspectiva que la de morirse de hambre. Lo cual explica la tenacidad de la resistencia y la dureza de las luchas en este terreno. Y, por volver a nuestro cartel, explica la revuelta en Chiapas. El *precio* del desarrollo, del desarrollo capitalista entendido en su conjunto –en sus articulaciones de desarrollo y subdesarrollo– *no es sostenible*. Porque está hecho de *muerte*. Tal como tuve ya ocasión de defender[16], y propongo este planteamiento como tesis central del presente trabajo, *el desarrollo capitalista siempre ha sido insostenible desde el punto de vista humano,* porque ha presupuesto desde sus orígenes y sigue presuponiendo en la actualidad el exterminio y el hambre de segmentos cada vez más enormes de la humanidad. El hecho de que esté basado en una relación de clase y de que esté obligado a refundar esta relación constantemente a escala global, oponiéndose al poder que esta clase de asalariados y no asalariados/as construye con sus resistencias y sus luchas, no hace sino que su *insostenibilidad originaria* se haga más amplia y más mortífera con el paso del tiempo.

Desde luego que los instrumentos que, de cara a producir hambre, pobreza y muerte, han acompañado la continua y progresiva expropiación y mercantilización/capitalización de la tierra se han ido refinando con el tiempo en lo que respecta a su mistificación ideológica y a su tecnología. Las propias «políticas alimentarias» puestas en marcha en este siglo para resolver o mitigar el problema de la alimentación insuficiente están cada vez más estrechamente conectadas con «reformas» relativas a la relación con la tierra. Y han tenido como resultado una alimentación mejor para pocos, subalimentación o hambre para muchos y, sobre todo, un poderoso instrumento de control social, es decir, de ruptura de esas cotas de organización que segmentos de población de muchísimas regiones del mundo habían instaurado para obtener una alimentación mejor y, en términos generales, un nivel de vida mejor. Las «reformas sociales» que han caracterizado estas políticas siempre han estado al servicio de la instauración de nuevas divisiones y jerarquías entre asalariados y no asalariados y dentro de cada uno de estos sectores. El ensayo de Harry Cleaver[17] sigue siendo a este propósito un punto de partida fundamental, tanto por el tipo de análisis y el carácter global de la información que maneja, como por los

[16] M. Dalla Costa, «Capitalismo e riproduzione», en *Capitalismo Natura Socialismo. Rivista internazionale di ecologia socialista* 1, Año V (1995) [ed. cast.: «Capitalismo y reproducción», en este mismo volumen, pp. 303-314].

[17] H. Cleaver, «Food, Famine and the International Crisis», en *Zerowork. Political Materials* 2 (1977).

numerosos ciclos de luchas a los que hace referencia y las formas que tales políticas adoptan para ponerles freno. Coincidimos plenamente con su tesis de que las crisis alimentarias son, en esencia, un producto de la economía política del capitalismo. Es interesante señalar que, tal como nos informa este autor, a partir del experimento realizado por la Rockefeller Foundation en China en las décadas de 1920 y 1930, se reconocía claramente el efecto estabilizador que tenía, en relación con la rebelión de los campesinos, un mayor suministro de alimentos asociado con algunas reformas relativas a la tierra. Todavía en la década de 1950 se hablaba de manera abierta de la «política del arroz en Asia» como instrumento para calmar en muchas situaciones de aquel continente la revuelta de los campesinos. Pero, después, el discurso a este propósito se hará oficialmente humanitario. Por su parte, la *Green Revolution,* puesta en marcha a partir de la década de 1960 tanto en el Oeste como en el Este y que instauró el salto tecnológico en el plano mecánico, químico y biológico en la política agrícola, estaba dirigida a hacer realidad la aplicación de los principios keynesianos en la agricultura, es decir, una subida de los salarios ligada al aumento de la productividad. Pero la historia de esta tecnología agrícola, tal como ilustra nuevamente el ensayo de Cleaver, se desarrollaría por completo al servicio de la descomposición del poder de clase de los asalariados y no asalariados, de la creación continua de nuevas divisiones y jerarquías entre ellos, y de la expulsión progresiva de las personas encargadas, bajo diferentes modalidades, de la agricultura.

Por otro lado, la tecnología agrícola, tan estrechamente vinculada a la compra de grandes parcelas y, por lo tanto, a la expropiación/expulsión de esas tierras de aquellos que sacaban de ellas lo necesario para vivir de forma no asalariada o a la expulsión de los propios trabajadores asalariados agrícolas por las continuas innovaciones, ha constituido cada vez en mayor medida objeto de crítica y análisis por parte de estudiosas feministas. A este respecto, es muy significativo el discurso desarrollado por Vandana Shiva[18], aunque con un enfoque no marxiano, que más bien utiliza las categorías del principio femenino frente a la ciencia reduccionista masculina. Shiva, eminente estudiosa de Física, abandonó su carrera en el programa de energía nuclear de su país porque consideraba que no se mantenía a la gente al corriente de las repercusiones de lo nuclear sobre los seres vivos. En su conocida obra *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* esta estudiosa ilustra de manera sumamente eficaz la grave pérdida sistemática de recursos para la subsistencia y la salud representada por la aniquilación de la diversidad de las especies vegetales y animales impuesta a las poblaciones de India por las políticas agrícolas de las últimas décadas, así como la dependencia y la pobreza creadas por la imposición de nuevos híbridos de laboratorio.

[18] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India*, cit.

Al igual que ilustra la sed y la catástrofe medioambiental y humana creada por las presas y por su irracionalidad en comparación con la gestión de las aguas anteriormente en funcionamiento. El proceso de cercamiento, expropiación y mercantilización, no sólo de la tierra, sino de las plantas, de los animales y del agua, revive en la lectura de Shiva, polarizada por los acontecimientos de estas últimas décadas, en boca de una importante mujer del Sur. Su obra mantiene correspondencias con muchas otras de la corriente ecofeminista, ante todo con las de Maria Mies y de esta autora con Vandana Shiva[19], por mencionar sólo los textos más conocidos. Con algunos puntos de contacto, aunque volcada fundamentalmente en la definición de un «feminismo verde socialista», tenemos, a su vez, la obra de Mary Mellor[20]. Comparto gran parte del análisis crítico de este florecimiento de estudios feministas que se interrogan sobre la relación humanidad-naturaleza y sobre la relación Norte-Sur del mundo, dando a ambas una absoluta centralidad, por expresarme utilizando una síntesis convencional.

Sin poder adentrarme aquí, por economía de la exposición, en una discusión más exhaustiva, quisiera puntualizar sólo algunas cuestiones: por el lado de algunas estudiosas del ecofeminismo, se presta ante todo atención a las formas de lucha y resistencia en el Tercer Mundo, mientras que el «Primer Mundo» se percibe fundamentalmente como una región de consumo excesivo, por lo que se insiste en la necesidad de reducir tanto la producción como el consumo; por mi lado y por el lado del circuito de estudiosas con el que he mantenido una colaboración continuada desde principios de la década de 1970, junto a la importancia de prestar atención a las luchas del Tercer Mundo, se insiste asimismo en la necesidad de analizar las regiones de capitalismo avanzado no sólo como consumo, sino como prestación de trabajo, por lo que se subraya la importancia de prestar atención a las luchas de los asalariados y de las no asalariadas que se dan en esas regiones del mundo y a su relación con las luchas en las otras regiones. Y, por nuestro lado, se ve también la necesidad de articular más allá el discurso sobre el consumo. De hecho, el consumo del obrero social global (amas de casa incluidas) nunca ha sido, por definición, alto y, en la actualidad, se va reduciendo de manera drástica. No obstante, éstas no son más que unas pinceladas de un debate que tiene que enriquecerse.

Pero retomemos la línea argumental. A propósito del agua y de la sequía, dice Vandana Shiva:

> La sequía en India, al igual que en África, es una catástrofe producto del hombre, no de la naturaleza. El agua y la escasez de agua han sido los problemas predominantes

[19] M. Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale,* Londres / Nueva Jersey, Zed Books, 1986; M. Mies y V. Shiva, *Ecofeminism,* Londres, Zed Books, 1993 [ed. cast.: *Ecofeminismo,* Barcelona, Icaria, 1997].

[20] M. Mellor, *Breaking the Boundaries. Towards a Feminist Green Socialism,* Londres, Virago Press, 1992.

en la década de 1980 desde el punto de vista de las luchas por la supervivencia en el subcontinente indio. La fabricación de la sequía y de la desertificación son el resultado del conocimiento reduccionista y de modelos de desarrollo que violan los ciclos vitales en los ríos, en los suelos y en las montañas. Los ríos se están secando porque se ha dañado, deforestado o cultivado en exceso sus cuencas para generar rendimientos y beneficios. Las aguas subterráneas se están secando porque se las ha explotado en exceso para regar los cultivos industriales. Los pueblos están viendo, uno tras otro, cómo se les corta su cordón umbilical, sus fuentes de agua potable, y el número de pueblos aquejados de falta de agua es directamente proporcional al número de «proyectos» puestos en marcha por organismos gubernamentales para «desarrollar» el agua[21].

[...] La explotación comercial de los bosques, la hiperexplotación de las aguas subterráneas para la agricultura comercial y las reforestaciones inadecuadas son los principales motivos de la crisis hídrica[22].

Tal como recalca la autora, en más de una ocasión, en el pasado, famosos ingenieros británicos reconocieron el sofisticado sentido ingenieril, basado en un saber ecológico, que inspiraba los sistemas de irrigación en India. Y acabaron teniendo que concluir que eran perfectos. El mayor Arthur Cotton, considerado el «inventor» de los sistemas modernos de irrigación, escribía en 1874:

> En varios lugares de India, hay multitud de obras nativas antiguas [...]. Son obras nobles y muestran tanto audacia como talento ingenieril. Se han sostenido durante cientos de años [...]. La primera vez que llegué a India, me impresionó el desdén con el que los nativos hablaban de nosotros, con toda la razón, en relación con el menosprecio que mostrábamos hacia sus mejoras materiales; solían decir que éramos una especie de salvajes civilizados, con una maravillosa experiencia en el combate, pero tan inferiores en comparación con sus grandes hombres que ni siquiera manteníamos en buen estado las obras que ellos habían construido, no digamos ya imitarles extendiendo el sistema[23].

La Compañía de las Indias Orientales que, tal como se cuenta de nuevo en la obra que estamos considerando, se hizo con el control del delta del Kaveri en 1799, no era capaz de mantener a raya la elevación del lecho del río, contra la que los funcionarios de la Compañía lucharon durante un cuarto de siglo. Al final, lo que permitió a Cotton resolver el problema, restableciendo el Gran Dique, fue precisamente el recurso a la técnica local, basada en un saber ecológico. Por lo cual, este mayor escribió:

> De ellos (de los indios nativos) aprendimos cómo instalar unos cimientos sobre arena suelta sin conocer su profundidad [...]. Los sistemas de irrigación del río Madras realizados por nuestros ingenieros han sido desde el principio el mayor éxito financiero de cualquier obra de ingeniería del mundo y únicamente gracias a lo que aprendimos de ellos [...]. Con esta lección sobre los cimientos, construimos puentes, presas, acueductos y todo tipo de obras hidráulicas [...]. Estamos, pues, profundamente en deuda con los ingenieros nativos[24].

Pero, como es evidente, la lección se olvidó, arrollada por la riada de la ciencia capitalista del desarrollo/beneficio o del «maldesarrollo»[25]. Mientras que el saber autóctono reconocido por los propios ingenieros británicos en el siglo XVIII tendía a conservar los recursos hídricos y ponerlos a disposición de la población del mejor modo posible, en la actualidad, la ejecución de los proyectos capitalistas causa sequía e imposibilidad de supervivencia para poblaciones enteras. Una mujer india, que ahora tiene que ir a trabajar en la construcción de la presa para sobrevivir, canta sus penas:

> Al construir esta presa
> entierro mi vida.
> Rompe el alba
> y no hay harina en el molino.
> Los mendrugos de ayer los recogí para la comida de hoy.
>
> El sol se levanta
> y mi espíritu se hunde.
> Escondido mi bebé en un cesto
> y escondidas mis lágrimas,
> voy a construir la presa.

---

[21] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India*, cit., p. 179.
[22] *Ibid.*, p. 181.
[23] *Ibid.*, p. 187.

[24] *Ibid.*, p. 188.
[25] Recogiendo la información ofrecida por la editora de la traducción al italiano del libro, puntualizamos que la autora utiliza en el texto «maldesarrollo», en inglés *maldevelopment,* en el sentido de «desarrollo equivocado», pero conteniendo, intencionadamente, una alusión a su condición de «equivocado en tanto que masculino» (en inglés, *male*). Por otra parte, el término (al igual que su equivalente francés, *maldéveloppement*), se acuñó por primera vez en un sentido más biológico que político; a partir de entonces, entró en el léxico común de los textos sobre el tema.

La presa está lista
y nutre sus campos de caña de azúcar
haciendo sus cosechas exuberantes y sabrosas.
Yo en cambio camino millas por los bosques
en busca de una gota de agua potable.
Las gotas de mi sudor bañan la vegetación
mientras las hojas secas caen y cubren las áridas yardas.

El insensato «cercamiento» del agua se ha convertido en un problema más a la orden del día que nunca y se ha desarrollado una red de seguimiento y combate de tales proyectos. El futuro inmediato nos dirá cuán eficaz resulta. Ejemplar a este respecto es el caso del plan para el control de las inundaciones en Bangladesh[26], presentado por el Banco Mundial en diciembre de 1989 en Londres. A pesar de que se quiso presentar como novedad con respecto a la historia de los proyectos anteriores, puesto que iba a tener, se sostenía, un bajo impacto medioambiental, a la hora de la verdad, el impacto ha sido tan dramático que, en Estrasburgo, en mayo de 1993, se constituyó una coalición internacional de organizaciones contrarias al enfoque con el que el Banco Mundial abordaba el encauzamiento de los ríos. Considerando sólo el impacto inmediatamente humano, hay que destacar que, si para la construcción de la presa en el Narmada (India), contra la que se desarrolló una fuerte oposición por parte de los «tribuales» y de organizaciones que les apoyaban, se previó la evacuación de quinientos mil habitantes, para el Flood Action Plan (FAP) en Bangladesh, el plan para el control de las inundaciones que el Banco coordina a petición del G7, está previsto el traslado forzoso de entre 5 y 8 millones de individuos, en un territorio con una densidad de población diez veces superior a la india. En el artículo al que nos remitimos[27], que ilustra entre otras cosas las razones aducidas para justificar el FAP, se encuentran enumeradas, por un lado, las tesis mistificadas y, por otro, las técnicas mortíferas de la Revolución verde: «necesidad de difundir una agricultura mecanizada moderna, capaz de hacer frente a la crisis alimentaria»; necesidad a tal efecto de aumentar las variedades modernas de arroz de alto rendimiento (*high yield variety,* HYV); y, puesto que, como es bien sabido, estas variedades requieren cantidades considerables y regulares de agua, necesidad de controlar las inundaciones preparando un sistema de irrigación adecuado a las nuevas exigencias. No obstante, la conciencia de los efectos negativos de estas variedades que, además de crear dependencia del mercado/laboratorio, porque son incapaces de autorreproducirse, reducen la diversidad genética de las semillas locales, se ha extendido por el mundo y organizaciones de agricultores de base se están oponiendo a estas supuestas mejoras agrícolas que se pretenderían más aptas para satisfacer las necesidades alimentarias. Con respecto a las inundaciones, hay también que precisar: algunas llegan regularmente cada año y tienen gran valor, porque portan un limo que fecunda la tierra y porque, al esparcirse por la llanura, restablecen el nivel de las capas acuíferas; otras, que provocan daños, requerirían obras bien diferentes de las proyectadas para que fuesen efectivamente útiles y no destructivas del medio ambiente, humanos incluidos. También a este propósito cabe considerar cuánta sofisticación hay ya en la biodiversidad que la cooperación hombre-naturaleza ha producido a lo largo del tiempo: dentro del centenar de semillas de arroz disponibles en el ámbito local y con una adecuación perfecta a las exigencias del territorio y del clima, hay una, la subvariedad Aman, capaz, en caso de elevación imprevista del nivel del agua, de crecer más de 15 centímetros en sólo 24 horas.

[26] G. Del Genio, «La Banca inonda il Bangladesh», en *Capitalismo Natura Socialismo* 1 (1994).
[27] *Ibid.*

En cuanto al traslado forzoso de 5-8 millones de individuos, ya de por sí algo inconcebible, porque desarraigar una población es como cortarle las raíces a un árbol, en este caso a un bosque, la primera pregunta, evidente, que viene a la cabeza es: ¿de dónde y cómo se supone que los agricultores sacarán el dinero para sostener los nuevos costes de la modernización agrícola (máquinas, fertilizantes, etc.)? La respuesta es siempre la misma y se repite miles de veces en las páginas de la historia de la Revolución verde: sólo los grandes propietarios, sólo las grandes empresas, podrán sostener los costes. ¿Y los demás? Mientras comienzan las obras... los agricultores, y muchos otros que trabajan con ellos en la creación de contactos a escala internacional, están organizando la resistencia y la oposición. No puede dejar de venirnos a la cabeza la Presa de Asuán y lo que supuso la pérdida del limo para todos los agricultores que obtenían su sustento de la tierra, junto a las demás graves consecuencias ya ampliamente difundidas. Por no mencionar la inundación de parte de Nubia y, con ello, el anegamiento bajo las aguas de grandes vestigios de aquella civilización y el abandono de la tierra por parte de quienes la habitaban. Pero éste no es más que un caso en medio de muchísimos otros. Cuando estuve en Egipto en 1989, se oía hablar también del proyecto de convertir el Mar Rojo en un lago. Espero que el crecimiento del movimiento ecologista, del de las poblaciones indígenas y de otros movimientos consiga pronto obligar a que estos proyectos queden relegados entre las pesadillas de una época concluida.

Retomando la lectura de Vandana Shiva, las mismas observaciones que esta estudiosa hace, ahora junto a muchos otros, a propósito de las presas y de los diferentes proyectos occidentales de gestión de las aguas en el Tercer Mundo, encuentran plena correspondencia en lo que esta misma autora pone en evidencia a propósito de las tecnologías que se imponen por diferentes medios en la agricultura, en la ganadería y en la destrucción del bosque para construir cultivos de exportación: des-

trucción de la biodiversidad, producción de beneficios para las grandes compañías e imposibilidad de supervivencia para la población.

A pesar de proceder de un enfoque teórico cultural absolutamente diferente del marxiano, a Shiva no le resulta difícil, en su interpretación de la lógica que impulsa el continuo cercamiento de segmentos de la naturaleza y los efectos que se derivan de ello, concluir que los fundamentos de la acumulación capitalista son la ciencia y la práctica de la cultura de la muerte. Su mérito estriba en haber contribuido a la par a atraer la atención internacional sobre ciclos de lucha y movimientos más bien ignorados o subestimados. Lo que queremos defender aquí es que el movimiento chipko, con su organización de la lucha de las mujeres, que se turnan en el bosque, incluso de noche, para abrazar los árboles, a fin de impedir que las empresas los talen, se encuentra en el mismo plano que todas las demás luchas contra las distintas formas de expropiación y de ataque a los derechos individuales y colectivos en diferentes partes del mundo. En esta lucha no sólo está en juego el derecho a la supervivencia (o, mejor, a la vida), sino también el derecho a la autodeterminación del propio futuro.

El sistema económico y de vida de las «tribus»[28] indias que han dado vida al movimiento chipko, el movimiento al que está ligada de manera central la actividad de estudio y de compromiso práctico de Vandana Shiva, está basado en una combinación de agricultura, ganadería y conservación/uso del bosque. El bosque tiene un papel central y poliédrico en todo el sistema: «El bosque da suelo, aire y agua pura», cantan las mujeres chipko en sus canciones[29]. Y tiene un papel nutricional muy importante en la economía de estos contextos sociales. Cualquiera que sea la crisis que pueda darse en los cultivos o en la ganadería, sus hijos no pasarán nunca hambre –dicen estas mujeres– mientras tengan el bosque cerca. Así pues, abrazar los árboles para impedir que los talen es como ocupar las tierras para impedir su expropiación, es como luchar en defensa del puesto de trabajo o del nivel salarial o por una renta

[28] La traductora de la edición italiana del libro de V. Shiva nos explica que la autora utiliza en todo el texto la expresión «tribals» para designar a los cincuenta millones de individuos que forman parte en India de las «tribus catalogadas», es decir, los grupos étnicos que la Constitución india prevé junto a las «castas catalogadas» (en tanto que reconocidas como particularmente desfavorecidas). Se trata de grupos extendidos sobre todo en algunos Estados (Orissa, Andhra Pradesh, Maryana) nada o poco integrados en la economía de mercado. Se caracterizan por organizaciones sociales particulares (no machistas y, por lo general, igualitarias) y por una relación particularmente «sostenible» con los recursos naturales de los que viven. Sin embargo, las poblaciones no tribuales les consideran descastados y, cuando se les obliga a trabajar en unidades productivas agrícolas o industriales, se les desprecia y explota como mano de obra poco o nada retribuida. Por lo cual, siguiendo esta explicación, el término «tribual», en India, tiene un significado que no es sólo socio-antropológico, sino también jurídico.

[29] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit., p. 77.

garantizada allí donde la supervivencia depende absolutamente del dinero. Esto si queremos poner de relieve cómo diferentes sectores del cuerpo social trabajador a escala planetaria luchan a la vez y de distintas maneras contra el mismo sistema que, de diversas formas, les explota y les acosa. Y esto es importante para tener una idea real de cómo está creciendo cada vez más a escala mundial una oposición, un rechazo a este desarrollo, y formas de resistencia dirigidas a impedir su continuación, a rechazar pagar el precio que supone y a recorrer otros caminos por un futuro diferente al que se nos propone. Pero considero que las luchas de las mujeres del movimiento chipko, al igual que las de otros movimientos por el mantenimiento y la defensa de una experiencia y un saber milenarios en la relación con la naturaleza, son hoy aún más vitales para nosotros en la medida en que el debate político que, en las regiones «avanzadas», recoge las voces de quienes rechazan seguir pagando el precio de este desarrollo debe ser, necesariamente también, un debate ecológico.

La otra gran denuncia de Vandana Shiva, cuya obra he considerado aquí, aunque de manera muy sucinta, porque es muy representativa de todo un filón de estudios feministas que se están desarrollando desde mujeres de los diferentes Sures del mundo, se refiere, evidentemente, a la manipulación genética de las especies vivas. El expolio de los recursos nutritivos de comunidades enteras viene acompañado de la manipulación genética de las especies. En estos años, el tema está en el punto de mira de circuitos de mujeres estudiosas y militantes.

> Cuando la ingeniería entra en las ciencias de la vida, la renovabilidad de la vida como sistema que se autorreproduce avanza hacia su fin. Ahora *la vida ya no hay que reproducirla, sino construirla con la ingeniería*. Se crea un nuevo conjunto de mercancías como materias primas y se crea una nueva mercancía como producto. La vida misma es la nueva mercancía [...].
>
> El mercado y la fábrica definen la «mejora» perseguida por las nuevas biotecnologías [...]. La integridad y la diversidad de la naturaleza y las necesidades de la gente se ven, pues, violadas simultáneamente[30].

A ello se añade la determinación que acompaña esta tendencia biotecnológica a querer patentar y meter en bancos el patrimonio genético de las especies vivas, hecho contra el que se han manifestado ya las mujeres presentes en Miami[31] en la preparación del Congreso de Río de Janeiro. Pero se trata de una oposición comparti-

[30] *Ibid.*, pp. 91-92.

[31] «Women's Action Agenda 21», en *World Women's Congress for a Healthy Planet,* informe oficial, Miami (Florida), Naciones Unidas, 8-12 de noviembre de 1991.

da por muchos otros. Desde hace poco se sabe que, después del algodón, se quiere patentar también el arroz y la soja, dos alimentos fundamentales para la nutrición de una parte enorme de las poblaciones de la tierra. Ahora la comida, ya convertida en un bien de difícil acceso para la mayoría mediante las políticas combinadas de expropiación de la tierra, innovación tecnológica en los métodos de cultivo agrícola y relación precios/salarios (cuando los hay), es cada vez más objeto de manipulaciones, privatizaciones, monopolios, patentes y acaparamiento en bancos, a la vez que se prohíbe su uso. He aquí un nuevo cercamiento. *Acceso denegado: ¡comida!*

En esta parábola de conquista tecnológica de la naturaleza, la expropiación alcanza su apogeo: se expropia a los hombres, a las especies vivas y a la propia tierra de sus poderes reproductivos para transformarlos en capital. Este modo de producción pretende capitalizar la generación y la reproducción de la vida. Qué largo el camino desde que, indiferente a la vida, el capital se contentaba con sólo «extraer» un número excesivo de horas de trabajo[32]. Es decir, pretendía simplemente transformar toda la vida en vida de trabajo y, a tal efecto, sin preocuparse por la contradicción, por un lado, exprimía la vida de los trabajadores libres hasta llevarles a la extenuación y, por otro, encadenaba la vida de masas de esclavos.

Pero, frente a la amplitud de la rebelión y de las luchas que, de distintas maneras, recorren el mundo, manifestando el rechazo a este tipo de desarrollo, se erige el agigantamiento de estructuras y formas de dominio cada vez más letales y monstruosas. Sólo considerando el periodo reciente, de la guerra del Golfo en adelante, es innegable que el carácter bélico que este desarrollo ha ido adoptando cada vez más claramente ha producido una escalada de guerra que elimina todo resquicio de duda que pudiera nublar la hipótesis de que se trata de un desarrollo basado en la ciencia y en la práctica de la muerte. Y somos asimismo conscientes de que aludir a las guerras del Golfo, de la ex Yugoslavia, de Somalia y de Ruanda y Burundi, por citar las más conocidas, tiene su límite, porque supone mencionar sólo las guerras comentadas con más frecuencia en los medios de comunicación europeos desde 1991 en adelante. Si hay algo que la escalada bélica de los últimos años confirma es hasta qué punto estaban vacíos de significado los discursos de las grandes potencias sobre el desarme. *En lugar de a un avance del desarme, asistimos a la conversión cada vez más clara de la guerra en el instrumento disciplinador por excelencia del cuerpo social trabajador a escala global,* cuerpo que ésta disciplina mediante la aniquilación, el terror, las divisiones, las deportaciones y el empeoramiento de las condiciones de vida y de las aspiraciones de

[32] «El capital no pregunta por la duración de la vida de la fuerza de trabajo», «[...] lo que la experiencia muestra en general al capitalista es una continua superpoblación», «[...] *Après moi le déluge!* [¡después de mí, el diluvio!], es el lema de todo capitalista y de toda nación capitalista» (K. Marx, *El Capital,* cit., Libro I, Tomo I, pp. 353, 357, 359).

vida. En último término, hasta la *humanidad, cuando no es directamente masacrada, se ve cada vez más a menudo «cercada»* en campos de refugiados (y en los campos de concentración más o menos ocultos en las situaciones de guerra). Pero, al mismo tiempo, el *otro rostro* de la guerra, *como forma de desarrollo,* ha ido haciéndose cada vez más evidente. Es decir, la creciente monstruosidad de las iniciativas que su macabro laboratorio genera. La guerra, es un hecho reconocido, ha sido siempre un gran laboratorio. Pero, desde que la voracidad de la tecnología capitalista ha empezado a perseguir la vida para intentar entender y capitalizar sus secretos, ha ido descubriendo la muerte más y más como nuevo terreno de beneficios. También en este caso, pues, se ha pasado de la indiferencia «originaria» por la muerte provocada de masas de individuos expropiados de los medios de producción y sustento a la utilización de la muerte, del cuerpo muerto o al que hacer morir despreocupadamente, para la experimentación de las nuevas tecnologías o para comercializar sus partes en el tráfico de órganos. La guerra, más allá de los mercados tradicionales y consolidados de venta de armas, de las reconstrucciones y de las experimentaciones tecno-industriales en los que descansa nuestra «economía de paz», ofrece hoy ante todo el mayor cúmulo de cobayas vivientes/moribundas para que las nuevas tecnologías dirigidas a saber y saber hacer sobre el cuerpo puedan experimentar a gran escala. Y, de nuevo en este caso, es evidente que el papel de cobaya por excelencia lo desempeñan poblaciones de países no «avanzados», aunque en fecha reciente haya comenzado asimismo a cundir el papel de cobaya entre los ciudadanos –en su mayoría, de los sectores débiles– de las grandes potencias, enviados a la guerra o utilizados incluso sin saberlo en tiempos de «paz».

Lo cierto es que el beneficio de la guerra encuentra sin cesar nuevos y horripilantes terrenos: tráfico de niños[33] (¿cuántos para el mercado de pornografía[34], cuántos para el tráfico de órganos[35], cuántos para la esclavitud[36], cuántos para la trata de

[33] En *La Repubblica* del 17 de mayo de 1994, se publicó un artículo con el título: «Dove sono scomparsi i bimbi di Sarajevo?» [¿A dónde han ido a parar los niños de Sarajevo?]. La noticia empieza preguntándose: «¿Dónde han acabado los niños evacuados de Bosnia durante la guerra?». El artículo cuenta entre otras cosas que las propias organizaciones humanitarias presentan cifras espeluznantes con respecto a la trata de niños y refiere el caso de una niña de 14 años, que acabó en manos de proxenetas italianos y luego logró escapar. El artículo menciona asimismo un reportaje al respecto en la publicación semanal *Focus*.

[34] Hasta qué punto se utiliza cada vez más a los niños en el mercado de la pornografía es algo de lo que se ha hablado con cada vez mayor frecuencia en los periódicos de gran tirada durante el curso de 1993-1994.

[35] En torno al tráfico clandestino de órganos crecen redes y empresas del crimen internacional, pero con terminales legales. Ha habido varios programas de televisión en cadenas públicas sobre el tema. Entre los más interesantes, figura un programa que se emitió en la segunda cadena el 5 de marzo de 1994, a las 20:40, que, entre otras cosas, ponía en evidencia la relación de estas redes con estructuras legales en Francia.

[36] Nos parece oportuno plantear la pregunta puesto que, en las pasmosas estimaciones realizadas en relación con la esclavitud (200 millones de personas en el mundo de acuerdo con el *Economist* del 6 de

lisiados[37], cuántos para la prostitución, cuántos para ser vendidos como hijos adoptivos para parejas que no pueden tener hijos?); y tráfico de adultos, hombres y mujeres, para todos los fines que acabamos de enumerar, salvo el último.

Resulta más bien extraño que, en la discusión sobre la sostenibilidad del desarrollo, no se suela mencionar la *insostenibilidad* para la humanidad y para el medio ambiente de la *forma* que adopta con cada vez mayor frecuencia tal desarrollo, es decir, la *guerra*.

De la revuelta de Chiapas y de la respuesta bélica –con tregua– que originó ha llegado hasta nosotros ese cartel con la imagen de Zapata del que hemos partido. Llegados a este punto, podemos decir que ese cartel, erigido como estandarte por los obreros y, por eso mismo, símbolo a un mismo tiempo de las dos grandes expropiaciones –de la tierra y del trabajo–, invierte a su vez, con toda la fuerza que están expresando en el mundo los expropiados en lucha, la cuestión de qué relación puede darse hoy, en este desarrollo, entre trabajo no asalariado y asalariado, de a qué futuro aspiramos para el trabajo no asalariado, tanto en el Tercer Mundo como en el Primero.

Zapata y las mujeres

Puede resultar provocador, aunque no temerario, entonces, estimar que, como símbolo de la cuestión, hoy más dramática que nunca, de qué relación puede darse entre estos dos grandes ámbitos del trabajo, el cartel de Zapata relanza también la cuestión feminista que, constituyendo movimiento, se abrió a principios de la década de 1970, a saber, el problema del trabajo –no asalariado– de reproducción de la fuerza de trabajo. La mujer, en efecto, es la trabajadora no asalariada por excelencia y vive en este desarrollo una *contradicción que se ha vuelto doblemente insostenible*[38]. Por un lado, es insostenible su condición, característica de las «regiones avanzadas», de *trabajadora no asalariada* (en tanto que encargada del trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo) dentro de una *economía salarial,* condición creada por el desarrollo capitalista[39]. Por otro, se ha hecho cada vez más insostenible su condición de trabajadora no asalariada dentro de una *economía de subsistencia,* no salarial, donde, a raíz de la expansión de las relaciones capitalistas, se ve progresivamente privada de los medios que le permitían llevar a cabo el trabajo de reproducción de sí y de la comunidad. La contradicción, y con ello la insostenibilidad, de la condición femenina no se puede resolver en el marco del mismo capitalismo que la instituye. Para resolverse, precisa de una concepción y de una organización del desarrollo por completo diferente, pero, por eso mismo, funciona al mismo tiempo de impulso de las exigencias de los demás sujetos no asalariados a partir de cuyo trabajo este tipo de desarrollo acumula constantemente valor.

Numerosos estudios, de los que en estas páginas no menciono más que algunos[40], han ilustrado que el continuo desarrollo de proyectos capitalistas en las regiones rurales del Tercer Mundo, además de expropiar la tierra, dificulta cada vez más a las mujeres el acceso a aquellos que son los medios fundamentales para su producción de subsistencia: de la leña que utilizan como combustible, al agua para el uso doméstico y al pasto para los animales. Ahora hacen falta muchas horas o días de camino para cosas que antes estaban todas bastante cerca. Además, los cercamientos, apropiaciones, mercantilizaciones y capitalizaciones han fagocitado estos recursos. Y, tal como señalan algunas autoras feministas[41], por paradójico que parezca, precisamente por las actividades relacionadas con la localización de estos bienes, además de por tener demasiados hijos, a las mujeres rurales se las acusa de contribuir al deterioro del medio ambiente. Destruyen el bosque si van en busca de leña, contaminan y agotan el agua si van a sacarla, agotan los recursos de la tierra si tienen demasiados hijos. Típico caso de culpabilización de la víctima. Además, las condiciones de su trabajo y de su vida, y con ello de la vida de toda la comunidad, se ven continuamente minadas por ese conjunto de políticas de la deuda impuestas a los países del Tercer Mundo por los grandes organismos financieros y de las que la expropiación/privatización de la tierra no es más que un aspecto, aunque fundamental[42].

---

enero de 1990), 100 millones serían niños (*Il Manifesto,* 8 de junio de 1994, que cita al respecto el informe UNICEF publicado el día anterior).

[37] *Il Matino di Padova,* 4 de junio de 1994, informa, en el artículo titulado «La tratta degli storpi» [La trata de lisiados], que se ha descubierto y denunciado una organización que explotaba a mujeres y mutilados de guerra de la ex Yugoslavia. En Mestre (Venecia), se enviaba a las primeras a ejercer la prostitución, mientras que a los segundos les tocaba mendigar.

[38] M. Dalla Costa, «Capitalismo e riproduzione», cit.; G. F. Dalla Costa, *La riproduzione nel sottosviluppo. Lavoro delle donne, famiglia e Stato nel Venezuela degli anni '70,* Milán, FrancoAngeli, 1989.

[39] M. Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James,* cit. [ed. cast. de los artículos: «Prefacio» y «Mujeres y subversión social», en este mismo volumen, pp. 21-52].

[40] A. Michel, A. Fatoumata Diarra y H. Agbessi Dos Santos, *Femmes et multinationales,* París, Karthala, 1981; A. Michel, «Femmes et développement en Amerique Latine et aux Caraibes», en *Recherches féministes* I, 2 (1988); E. Boserup, *Il lavoro delle donne. La divisione sessuale del lavoro nello sviluppo economico,* Turín, Rosenberg & Sellier, 1982; V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit.

[41] M. Mies, «Global is in the Local», ponencia escrita para la Mount Saint Vincent University, Halifax, Canadá, 25 de febrero de 1992.

[42] M. Dalla Costa y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito. Condizione e lavoro femminile nella crisi del debito internazionale,* cit.

La «propuesta» capitalista, cuando no consiste directamente en la expropiación de las comunidades rurales y su expulsión, sin contrapartida alguna, sino que pretende representar una «alternativa en la orientación del desarrollo», no sólo arrebata una subsistencia segura y la sustituye por un salario incierto, sino que ahonda en la divisoria entre condición femenina y condición masculina. Resulta significativo a este respecto el ejemplo retomado también por Mies de las mujeres chipko que se oponen a la tala de árboles de los bosques del Himalaya para fines comerciales[43]. Tal como sucede en muchas otras situaciones, los hombres estaban menos decididos a oponerse a la tala, seducidos por la perspectiva de los puestos que tendrían en los aserraderos. Pero las mujeres manifestaban ante todo sus dudas respecto a cuánto de aquel dinero/salario les correspondería (y, por lo tanto, se oponían a una jerarquización que separaba en función de la disposición o no de un salario) y, sobre todo, se planteaban el problema de qué sería de todos ellos cuando los aserraderos cerrasen porque ya no hubiese más leña que talar y el bosque –base de su subsistencia– hubiese desaparecido, engullido por los aserraderos. Las mujeres declararon claramente en aquella ocasión que no necesitaban puestos de trabajo de nadie, ni del gobierno ni de los empresarios privados, mientras conservasen su tierra y sus bosques.

En el libro de Shiva[44] se encuentran muchos otros episodios como éste. Después de cinco siglos en los que la escena se repite, en los rincones más remotos de la tierra, se ha aprendido la lección. Y existe una gran determinación a no poner la propia vida en manos de los planificadores de estrategias de desarrollo y subdesarrollo[45], a no dejar que otros lancen a poblaciones enteras a la total incertidumbre que, si no lleva al hambre hoy, llevará al hambre mañana. Una determinación a no dejarse convertir en mendigos o residentes de campos de refugiados.

Es frecuente que estudiosos varones tachen las posiciones y las prácticas ecofeministas que tejen un discurso sobre la naturaleza, la mujer, la producción y el consumo de «romanticismo». Pero cabría preguntar a estos estudiosos, sólo por plantear la pregunta más simple, qué valor atribuyen al derecho a la supervivencia de esas comunidades, y son muchas, cuya subsistencia y sistema de vida están garantizados precisamente por estas prácticas con la naturaleza y en relación con las cuales la «propuesta de desarrollo» presupone siempre el sacrificio de la inmensa mayoría de individuos que las componen. Resulta significativa la observación que hace Mary

[43] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit.; M. Mies, «Global is in the Local», cit.

[44] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit.

[45] Silvia Federici ofrece una eficaz descripción de la creación de subdesarrollo a través del desarrollo para la región de Port Harcourt en Nigeria en «Developing and Underdeveloping in Nigeria», en Midnight Notes Collective (ed.), *Midnight Oil. Work Energy War, 1973-1992,* cit.

Mellor con respecto a tal crítica: «Veo todo esto como algo cuya falta de fundamento correspondería a los varones demostrar y no algo de lo que las feministas deban justificarse»[46].

Tal como se desprende de manera cada vez más clara de las propias «cartas» que los diferentes pueblos indígenas, con el crecimiento del conjunto de su movimiento, han elaborado en estos últimos veinte años, junto al derecho a la tierra que es derecho a la supervivencia/vida, está en juego y, por lo tanto, se reivindica cada vez con mayor fuerza, el derecho a la identidad, a la dignidad, a la propia historia, a la conservación de ese conjunto de derechos colectivos e individuales que pertenecen a la propia cultura, el derecho a elaborar a partir de sí la forma del propio futuro. Es evidente que este discurso no pretende achatar las contradicciones presentes dentro de las costumbres y los sistemas de normas, ante todo entre hombre y mujer. Sin embargo, lo que hay que aclarar desde ya es que el desarrollo capitalista, muy lejos de ofrecer soluciones a tales problemas, la mayoría de las veces los agrava y sus políticas reprimen aquellos movimientos de mujeres que los afrontan. Movimientos que han formado y van constituyendo sin cesar nuevas redes de mujeres que luchan, denuncian y muestran mucha determinación a la hora de cambiar estados de cosas que claramente las perjudican.

A este propósito, la revuelta de Chiapas es ejemplar, en la medida en que ha puesto en evidencia, colocándolo en el centro de la atención internacional, el trabajo de puesta a punto por parte de las mujeres indígenas mayas de sus derechos en relación con el hombre y con el conjunto de la sociedad. A partir del trabajo y de la discusión de base en las comunidades, ha surgido un código de derechos[47]. Algunos se refieren al plano económico/social/civil: derecho al trabajo, a un salario igual, a la formación, a recibir atención sanitaria básica, a disponer de la alimentación necesaria –para sí mismas y para sus hijos–, a poder decidir con autonomía el número de hijos que quieren tener y que están dispuestas a criar, a elegir al propio compañero

[46] M. Mellor, «Ecofemminismo e ecosocialismo. Dilemmi di essenzialismo e materialismo», en *Capitalismo Natura Socialismo* 1 (1993).

[47] Desde el 1 de enero de 1994, día en que estalló la revuelta, la información en los periódicos ha sido permanente. En *Il Manifesto* y en otros muchos periódicos, se han ido recogiendo poco a poco las principales reivindicaciones de los insurgentes y de las mujeres con ellos. Un artículo con información muy precisa sobre el conjunto de reivindicaciones y la movilización es el de Harry Cleaver, «The Chiapas Uprising and the Future of Class Struggle», en *Common Sense* 15 (1994). Asimismo, se puede encontrar una breve síntesis de los derechos de las mujeres, tal como aparecen recogidos en la «Ley revolucionaria de las mujeres», en P. Coppo y L. Pisani (eds.), *Armi indiane. Rivoluzione e profezie maya nel Chiapas messicano,* Milán, Edizioni Colibrì, 1994. Debo añadir que un libro imprescindible para conocer la condición de las mujeres mayas (en Guatemala) es el de E. Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia,* cit.

sin verse obligadas a casarse, a no sufrir violencia ni en la familia ni fuera. Otros se refieren al plano político: derecho a participar en la gestión de la comunidad, a desempeñar un cargo si son elegidas democráticamente, a ocupar posiciones de responsabilidad en la organización del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN); se insiste en querer tener todos los derechos y deberes propios de las leyes y de las normas revolucionarias. Por lo que se sabe, las mujeres participan a título de igualdad en el EZLN, incluso en los rangos de mayor responsabilidad. Estuve en Chiapas en el invierno de 1992-1993 y me impresionó la gran cantidad de carteles de grupos de mujeres activas sobre sus reivindicaciones pegados en San Cristóbal junto a los carteles de grupos varios que ensalzaban a los héroes guerrilleros. Un año después, el enorme trabajo realizado por estas mujeres tomaba nuevo cuerpo y se daba a conocer al mundo entero, revelando cuánto camino se había recorrido dentro de las comunidades, también con respecto a la relación entre los sexos. Es significativo que un punto importante del código de derechos de las mujeres, en correspondencia con la centralidad que esta cuestión tiene en la condición de las mujeres «occidentales», sea el que se refiere a la violencia. Quisiera únicamente añadir que, durante mi paso por San Cristóbal, el año anterior al levantamiento, me enteré que las mujeres mayas ya no querían ir a parir al hospital por miedo a que las violentasen. Evidentemente no los indígenas.

Parece claro que la elaboración que estas mujeres han hecho de sus derechos no se ha desarrollado en relación con un «mañana» improbable y mítico frente al despliegue de un movimiento que tiende a una transformación radical del estado presente de cosas, sino que ha sido contextual a él. Así ha sido también en el caso de la elaboración que hicieron de sus derechos las mujeres eritreas en la guerra de liberación eritrea. Así sucede, de manera correspondiente, en cada vez más situaciones. Y esto hace justicia a muchas comunidades frente a los los presuntos inmovilismos que se darían, por observancia de la tradición, en las sociedades «no avanzadas».

Por otro lado, quiero poner en evidencia lo que se presenta como aportación fundamental para todos nosotros en los movimientos de mujeres indígenas, aunque, desde las elaboraciones de los intelectuales varones urbanos empeñados en buscar el modo de cambiar el mundo, cueste mucho reconocerlo como tal, a saber, el discurso sobre la relación con la naturaleza[48].

[48] Hay que reconocer, no obstante, que, en los años más recientes, aunque con diferentes enfoques, ha crecido a escala internacional un cierto esfuerzo por conjugar distintas elaboraciones teóricas con discursos que ponen en el centro la relación con la naturaleza y, en particular, marxismo y ecologismo. Entre las revistas más conocidas por albergar este tipo de debate, se encuentra la publicación *Capitalismo Natura Socialismo,* que se presenta expresamente dentro de una óptica ecomarxista. En las páginas de esta misma revista, se ha desarrollado una discusión particularmente amplia en torno a la tesis

Tal como demuestra el movimiento chipko, y hay muchos otros ejemplos en varios lugares del planeta, las *mujeres* están cada vez más *a la cabeza de movimientos que conjugan* mantenimiento, recuperación y reinterpretación de una relación con la naturaleza con la defensa de la posibilidad de subsistencia económica y de conservación de la identidad y de la dignidad histórico-cultural de las comunidades/civilizaciones a las que pertenecen.

En tanto que encargadas en primera instancia del trabajo de reproducción de los individuos en las economías salariales y no salariales y *en tanto que sujetos no asalariados por excelencia* en ambas economías, así como en la medida en que su posibilidad de subsistencia autónoma se ve cada vez más minada por el avance del desarrollo capitalista, las mujeres aparecen como *intérpretes privilegiadas* de la pregunta sobre «qué futuro» les espera a los no asalariados de la tierra. Y su crítica y su aportación teórica constituye en la actualidad un momento imprescindible para la formulación de un desarrollo diferente o, en todo caso, para reiterar el derecho a que no nos desarrollen contra nuestra propia voluntad y contra nuestro propio interés.

Por otro lado, la creación de redes de contactos internacionales entre mujeres estudiosas y feministas y mujeres activas en diferentes formas de organización en torno a las problemáticas de la condición femenina, del desarrollo y de los pueblos indígenas ha puesto en circulación y dado a conocer muchas de estas experiencias de resistencia y de lucha, gracias a lo cual encontramos más mención a las mismas incluso por parte de estudiosas italianas. Ciclolella[49] incluye entre las experiencias que han tenido más resonancia a escala internacional: el *Green Belt Movement* [Movimiento por el Cinturón Verde], fundado en 1977 por la keniata Wangari Maathai, que, partiendo de la idea de «reforestar para vivir», ha creado en doce países africanos cinturones verdes en torno a las ciudades, reconstruyendo el bosque allí donde no quedaban más que espacios abiertos; el grupo filipino *Gabriela,* que ha iniciado su actividad con la protección de una montaña de gran valor para el equilibrio natural, pero caracterizada por un ecosistema muy frágil; la *Third World Network* [Red del Tercer Mundo], fundada por el jurista chino Yoke Ling Chee, que apuesta por formas de desarrollo que respondan realmente a las necesidades de la población y, sobre todo, que estén desvinculadas de las ayudas de los países industrializados del Norte; el movimiento *mapuche* de Chile, encabezado por Alicia Nahelcheo, que, ya activa contra la dictadura de Pinochet, lucha hoy contra los proyectos de desarrollo,

de O'Connor sobre la «segunda contradicción del capitalismo» (J. O'Connor, «La seconda contraddizione del capitalismo. Cause e conseguenze», en *Capitalismo Natura Socialismo* 6 [1992]). Sobre la relación entre izquierda y temáticas del medio ambiente, véase, entre otros, G. Ricoveri, «La sinistra fa fatica ad ambientarsi», en *Capitalismo Natura Socialismo* 1, enero-abril de 1994.

[49] O. Ciclolella, «Le donne tra crisi ambientale e sviluppo insostenibile», en *Res* 7 (1993).

la expropiación de las tierras para la construcción de una central eléctrica y la tala para fines comerciales de árboles de araucaria, de cuyos frutos vive la población. Pero éstos no son más que algunos ejemplos. Cabe esperar que las formas a través de las cuales muchas y muchos intentan cada vez con mayor frecuencia asegurarse la supervivencia y, a la vez, oponerse a la continuación de este tipo de desarrollo, afloren y proliferen cada vez más. Al mismo tiempo, crecen a escala internacional iniciativas[50], articuladas en varios planos y cada vez más amplias, consagradas a impugnar la legitimidad y poner fin a la puesta en práctica de aquellas directivas, promulgadas por el Banco Mundial y por el FMI, que constituyen en el plano económico y social los puntos clave de la gestión del desarrollo contemporáneo y las principales responsables de la pobreza y del deterioro de los países «en vías de desarrollo».

Por otro lado, precisamente las fuertes críticas, así como las formas de lucha y resistencia frente a este desarrollo, han estimulado una articulación ya muy amplia del propio debate al respecto. Son varias las acepciones de un desarrollo diferente. Recientes reseñas[51], al ofrecer un resumen de las principales posiciones, subrayan que, en el centro, está la importancia del medio ambiente y del contexto cultural para la elaboración de una proyectualidad autóctona. Y subrayan asimismo la trascendencia a este propósito de tipologías que, con vistas a la identificación de los objetivos fundamentales del desarrollo, incluyen entre las categorías de necesidades fundamentales, en vez de aquellas referentes a la pura supervivencia física, las que se refieren a la seguridad, el bienestar, la identidad y la libertad frente a los aspectos de violencia, pobreza material, alienación y represión que caracterizan en gran medida la gestión de los «países en vías de desarrollo». En enfoques como éste, sigue siendo central la perspectiva autocentrada *(self-reliance),* es decir, partir de la movilización de todos los recursos humanos y materiales disponibles en el ámbito local y utilizar tecnologías compatibles con el entorno cultural y natural. Pero cabría incluir muchas otras posiciones. Al abanico de enfoques con respecto al desarrollo [*basic needs* (necesidades básicas), *self-reliance* (autosuficiencia), ecodesarrollo] sintetizados y dados a conocer

[50] Por mencionar dos iniciativas cercanas: el «*Cerchio dei popoli*» [Círculo de los pueblos], que, constituido por una amplia coordinación de asociaciones, quiso representar, en julio de 1994, en Nápoles, la anticumbre de los pobres, a modo de contrapunto del G7; la contracumbre ecologista en España, constituida también por numerosísimas asociaciones, celebrada durante los primeros diez días de octubre de 1994, con motivo de las asambleas generales anuales conjuntas del Banco Mundial y del FMI, que, además, celebraban el 50 aniversario de Bretton Woods y de las instituciones creadas en aquella ocasión. Entretanto, la Liga por los derechos de los pueblos trabajó junto a la Fondazione Basso en Roma para emitir una sentencia sobre las instituciones de Bretton Woods, que se dio a conocer durante los días de la cumbre de Madrid, de manera análoga a como se había hecho ya en Berlín en 1988, con motivo de la asamblea general del FMI.

[51] P. Gisfredi, «Teorie dello sviluppo ed egemonia del Nord», en *Res* 7 (1993).

por el documento de la Dag Hammarskjold Foundation, *What now? Another Development* [¿Y ahora qué? Otro desarrollo][52], se han sumado otros, porque, como es evidente, el debate se ha articulado mucho desde entonces. Tal vez la acepción más criticada sea la de «desarrollo sostenible», tal como surgió de la famosa comisión mundial por el medio ambiente y el desarrollo presidida por Gro Harlem Brundtland (1987), en tanto que confundiría el desarrollo con el crecimiento económico y trocaría el «futuro de todos nosotros» por el futuro del Primer Mundo.

Es evidente, en todo caso, que cualquier definición de un nuevo enfoque tiene más sentido cuanto más capta las exigencias de aquellos y aquellas que hasta ahora han pagado en mayor medida el precio de este desarrollo y han obtenido menos de él. Y en la medida en que reconoce el *derecho a rechazar el desarrollo* en todas las situaciones en las que ésta es la posición que se expresa. Posición, por otro lado, que se ha arraigado en lugares muy diferentes de la tierra. En este sentido se expresaba, sin ser en absoluto una voz aislada, Gustavo Esteva ya en 1985, en sus notas comentando el Congreso de la Society for International Development [Sociedad para el Desarrollo Internacional]: «Mi gente está cansada del desarrollo y sólo quiere vivir»[53].

Así pues, dentro de la perspectiva que acabamos de definir, centrando la atención en las aportaciones que han hecho a este problema los movimientos que quieren abordar la cuestión del desarrollo desde un punto de vista feminista, quisiera incluir, entre las corrientes más interesantes, la ya mencionada del ecofeminismo, por cómo, ante todo a partir de un respeto por la vida de los seres humanos y de los seres vivos en general y valorando en lugar de menospreciar el saber y la experiencia de las mujeres de las comunidades indígenas, relanza un discurso sobre la relación con la naturaleza como fuente de vida y subsistencia y sobre el derecho a la autodeterminación y al rechazo del modelo capitalista de desarrollo. Creo que precisamente el cruce de este filón feminista con el feminismo más radical en sentido anticapitalista, que ha analizado fundamentalmente la condición femenina y de los no asalariados en este tipo de desarrollo, así como sus luchas, preguntándose por «qué perspectivas», puede ofrecer aportaciones muy interesantes. En tal contexto, quisiera, pues, recordar aquí, aunque apenas con unas pinceladas, la concepción de la naturaleza de Vandana Shiva, que es un elemento constitutivo de toda su argumentación. Esta autora retoma una clave interpretativa de la cosmología india, en la que la Naturaleza (Prakrti) es expresión de Shakti, el principio femenino, energía dinámica primordial, fuente de abundancia. Shakti, uniéndose al principio masculino (Purusa), crea el mundo. Las mujeres, como cualquier otro ser de la naturaleza, contienen el principio femenino y, por lo tanto, esa capacidad creadora y de mante-

[52] Dag Hammarskjold Foundation, *What now? Another Development,* Uppsala, 1975.

[53] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit., p. 13.

nimiento de la vida. Pero la visión reduccionista, típica de la ciencia occidental, de acuerdo con lo que denuncia Vandana Shiva, expulsa continuamente el principio femenino de la gestión de la vida, interrumpiendo con ello los ciclos vitales y, por lo tanto, impidiendo la regeneración de la propia vida y sembrando en lugar de ello la destrucción. La visión reduccionista de la naturaleza y de las mujeres hace que se las reduzca a medios para la producción de mercancías y de fuerza de trabajo.

> Las categorías patriarcales que interpretan la destrucción como «producción» y la regeneración de la vida como «pasividad» han provocado una crisis de la supervivencia. La pasividad, una categoría supuestamente «natural» en la naturaleza y en las mujeres, niega la actividad de la naturaleza y la vida. La fragmentación y la uniformidad, supuestas categorías del progreso y del desarrollo, destruyen las fuerzas vivas que surgen de las relaciones dentro de la «trama de la vida» y de la diversidad de los elementos y pautas de estas relaciones.
>
> [...] El feminismo como ecología y la ecología como renacimiento de Prakrti, fuente de toda vida, se convierten en las potencias descentradas de la transformación y de la reestructuración política y económica.
>
> [...] Las luchas ecológicas contemporáneas de las mujeres constituyen nuevos intentos de demostrar que la regularidad y la estabilidad no son estancamiento y que el equilibrio con los procesos ecológicos esenciales de la naturaleza no es atraso tecnológico sino sofisticación tecnológica[54].

El discurso sobre la tierra, el discurso sobre el agua, el discurso sobre la naturaleza, vuelve a nosotros, traído por los movimientos indígenas y por el saber de las mujeres indígenas, una piedra preciosa de entre las joyas que las antiguas civilizaciones escondieron y de entre los secretos que guardaron.

Pero, con la tierra, se nos devuelve también la inmensa potencialidad de una diversidad humana que ha sabido resistir y conservar su patrimonio de civilización y expresa hoy con gran fuerza la voluntad de elaborar de manera autónoma su futuro. Las exigencias de relación con la tierra, de libertad, de tiempo y de sustracción a las modalidades de trabajo y de relación que el modelo capitalista de desarrollo quiere seguir imponiendo son también un símbolo de la sed que el hombre occidental expropiado ha sentido durante tanto tiempo. Tal vez, su capacidad para hacerse oír con tanta fuerza en el mundo –tal como ha sucedido con los protagonistas de la revuelta de Chiapas– ha dado por primera vez a muchos la impresión de que ese proyecto de vida diferente que ya habían relegado con resignación al sueño de una evasión imposible es realmente practicable. Un mundo en el que la vida no esté toda hecha de trabajo, en el que la naturaleza sea algo más que un parque cercado y en el que las relaciones no estén todas preconfeccionadas, precodificadas y atomizadas. Evidentemente, el levantamiento de Chiapas tocó estas cuerdas profundas y doloridas del hombre occidental expropiado, y es por ello que todo el cuerpo de la sociedad trabajadora vibró junto con los insurgentes del sudeste mexicano y aporreó miles de teclados, transmitiendo, comunicando, declarando y sosteniendo. Y movió mil piernas y mil brazos y alzó mil voces.

El trasfondo de comunicación y de contactos que se había ya constituido con el crecimiento de los movimientos indígenas por las Américas y en el mundo en los últimos veinte años, trama de relaciones, información y análisis que se había espesado y fortalecido recientemente para plantar cara al acuerdo NAFTA [North America Free Trade Agreement (Acuerdo de Libre Comercio Norteamericano)], se ha convertido en el tejido primario que ha impulsado la comunicación y la acción, implicando a diferentes sectores del cuerpo social trabajador y ganando para una acción global de apoyo incluso a sectores obreros y de población no indígenas, militantes de movimientos ecologistas, grupos de mujeres y activistas de los derechos humanos, unidos para ayudar y hacer un seguimiento desde distintos lugares del mundo. Pero es evidente que lo que, en último término, ha movido a todos estos individuos, grupos y asociaciones es el hecho de haber reconocido, en las exigencias del movimiento indígena, sus propias exigencias, el hecho de haber visto, en la posibilidad de liberación de los insurgentes de Chiapas, su propia liberación.

Los indígenas nos han traído las llaves. Están sobre la mesa. Podemos abrir otras puertas para entrar en el III milenio. Fuera, ha llegado la crecida y el río se ha desbordado, rompiendo los diques de cemento y anegando la última *high yield variety* de arroz... los agricultores sacan sus centenares de variedades de semillas, mientras Aman logra mantener la espiga fuera del agua.

---

[54] *Ibid.*, pp. 3, 7 y 36.

13

El indígena que hay en nosotros, la tierra a la que pertenecemos*

Introducción sentimental

Todo lo que produje desde principios de la década de 1970 y durante una parte de la década de 1980 constituye un material bastante conocido y, en cualquier caso, localizable. Se trata de estudios nacidos de la discusión colectiva con otras mujeres, centrados en el análisis del trabajo de reproducción y en la cuestión de la lucha por el salario/renta a partir de la retribución del trabajo doméstico. Pero, en el momento actual, considero que una actividad articulada exclusivamente sobre el salario/renta[1] y sobre la reducción del tiempo de trabajo, ante la naturaleza invasiva y destructiva de los procesos que caracterizan esta última fase de acumulación, resulta inadecuada si no se conjuga con una serie de cuestiones de otro orden, que intentaré poner de manifiesto.

Creo, de hecho, que el problema de la reproducción, como problema de la reproducción humana, está hoy por hoy imprescindiblemente ligado a las temáticas

---

* M. Dalla Costa, «L'indigeno che è in noi, la terra cui apparteniamo», *Vis à Vis* 5(1997). Esta ponencia, en la que luego introduje algunas actualizaciones en diciembre de 1996, se produjo para la conferencia «Per un'altra Europa, quella dei movimenti e dell'autonomia di classe» [Por otra Europa, la de los movimientos y la autonomía de clase], celebrada en Turín el 30 de marzo del mismo año.

[1] A lo largo de este artículo utilizaré la expresión «salario/renta» para indicar la retribución tanto del trabajo dependiente como del autónomo, así como el ámbito del denominado salario indirecto, cada vez más perjudicado a raíz de las actuales políticas en materia de sanidad, educación, pensiones y vivienda, comprometiendo lo que por lo común se denomina el nivel de renta familiar o individual. La lucha por el salario/renta, por lo tanto, de una urgencia cada vez más apremiante en estos años, quiere decir también lucha contra los niveles actuales de presión fiscal y contra la arbitrariedad en el uso del dinero público.

planteadas por los movimientos de las poblaciones indígenas y, por lo tanto, a la cuestión de la tierra, bajo diferentes aspectos. De este horizonte de cuestiones no puede prescindir el problema mismo de la condición de la mujer, que sigue siendo en todas las regiones del planeta el sujeto responsable en primera instancia de la reproducción humana, se trate de la familia en las áreas avanzadas o de la comunidad de aldea en los países «en vías de desarrollo».

Pero, antes de hablar de esto, debo hablar un poco de mi investigación personal a lo largo de la década de 1980, años, como es bien sabido, de represión política y de normalización para un movimiento global que, en la década de 1970, había dado lugar a fuertes luchas y en los que el Movimiento Feminista en el que participé, conocido como *Lotta femminista* [Lucha feminista] o área por un salario para el trabajo doméstico, pagó el precio no sólo de esta represión, sino también, como suele suceder, de la cancelación de su historia y de sus obras. En la década de 1970, realizamos y publicamos algunos estudios[2] y, en los primeros años de la década de 1980, con mucho esfuerzo –dadas las circunstancias–, terminamos otros. De ellos[3], *L'Arcano della riproduzione,* de L. Fortunati, e *Il grande Calibano,* de Federici y Fortunati, se concibieron como partes de un proyecto global que finalmente no llegó a puerto[4]. Pero creo poder afirmar sin problemas que aquellos trabajos se encontraron con bastantes obstáculos para circular.

El clima era desfavorable también por la famosa hibernación del marxismo, considerado pasado de moda. Y, estando mi saber –junto al de mis compañeras– indu-

---

[2] Menciono ante todo, para el análisis del significado de la violencia en relación con la prestación de trabajo doméstico en el modo de producción capitalista, G. F. Dalla Costa, *Un lavoro d'amore. La violenza fisica come componente essenziale del «trattamento» maschile nei confronti delle donne,* Roma, Edizioni delle donne, 1978; para un análisis de las trayectorias de autonomía de las mujeres en Italia a partir de la posguerra y de su entrecruzamiento con los procesos de la emigración, remito al texto del que fui coautora con L. Fortunati, *Brutto Ciao,* Roma, Edizioni delle donne, 1977. Además, se ofrece una relación sintética y comentada de nuestra producción, ya fuera más analítica o más destinada a un uso inmediato por parte del Movimiento, en la nota 5 de mi «*Women's Studies* e sapere delle donne», en G. Conti Odorisio, *Gli studi sulle donne nelle università. Ricerca e trasformazione del sapere,* Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1988 [ed. cast.: «*Women's Studies* y saber de las mujeres», en este mismo volumen, pp. 257-266], al que no obstante le falta una lista sistemática de todo lo que produjeron los grupos feministas extranjeros de la misma red.

[3] En ese periodo se publicaron G. F. Dalla Costa, *La riproduzione nel sottosviluppo,* 1980, reeditado más tarde con algunas actualizaciones, y mi *Famiglia, welfare e stato tra Progressismo e New Deal,* Milán, FrancoAngeli, 1997 [ed. cast.: «Familia, políticas de bienestar y Estado entre Progresismo y *New Deal*», en este mismo volumen, pp. 151-251], que analiza la condición de la *new woman* [nueva mujer] entre familia nuclear, empleo externo y el incipiente Estado del bienestar.

[4] L. Fortunati, *L'arcano della riproduzione. Casalinghe, prostitute, operai e capitale,* cit.; S. Federici y L. Fortunati, *op. cit.*

dablemente basado en el análisis marxiano, me costaba encontrar interlocutores, pero también interlocutoras. Nuestro esfuerzo había consistido en intentar utilizar ese análisis, pero también en completarlo con la argumentación sobre el trabajo doméstico. Habíamos reformulado el concepto de clase, incluyendo en él a la mujer como trabajadora no asalariada en tanto que encargada en primera instancia del trabajo de producción y reproducción de la fuerza de trabajo.

Me costaba asimismo encontrar con quién explicitar algunas preguntas/malestares medioambientales que siempre había tenido con respecto al propio circuito marxista en el que había dado mis primeros pasos. El primer y mayor malestar tenía que ver con la idea de la *ineluctabilidad del desarrollo capitalista.* Por más que se estableciesen luchas potentes, el nuevo salto, el nuevo estadio, siempre estaba a la vuelta de la esquina, representando una especie de túnel que no tenía un fin visible. Y justamente ese estadio, el nuevo salto tecnológico, constituía el nuevo terreno obligado de lucha, el único significativo y precursor de una posible liberación. El segundo malestar me lo suscitaba el cinismo con el que tenía la impresión, tal vez equivocada, de que se esperaba y recibía cada nuevo estadio de desarrollo, el cual, aparte de las masacres que traía consigo y sobre las que apenas se indagaba, debería ser precursor –siempre por las luchas que se insertarían en él– de nuevas posibilidades de liberación. Por lo que el nuevo estadio nos perjudicaba pero también nos beneficiaba.

Se trataba de un debate dirigido fundamentalmente a las áreas avanzadas y que mostraba una cierta despreocupación por las luchas en el Tercer Mundo, dando por sentado en todo caso que la mejor manera de apoyarlas era luchar con fuerza en el Primer Mundo. Pero el apoyo no es tan automático, requiere algún paso más, tal como intentaré poner de manifiesto. Requiere decisiones que partan ante todo de la conciencia y del reconocimiento de que estas luchas existen, de un conocimiento real del conjunto de factores contra los que se levantan y de la relación que estos factores tienen con los nuevos saltos, los nuevos estadios tecnológicos, en los ápices «más avanzados» del desarrollo y con la reestratificación del trabajo a escala mundial, así como de un conocimiento lo más detallado posible de la dirección en la que los actores de estas luchas quieren avanzar.

La perspectiva de la ineluctabilidad del desarrollo capitalista me daba la sensación de un bloque de hielo que contraía cualquier imaginario. Me preguntaba cuántos se liberarían en ese famoso último estadio, visto que segmentos cada vez mayores de la humanidad estaban destinados a la masacre y qué sentido tendría la eventual liberación de unos pocos si la mayoría desaparecía. Y, asimismo, si tenía sentido liberarse en un mundo en el que había el riesgo de no que ya no creciese ni una brizna de hierba y que estaría poblado únicamente de seres vivos monstruosizados en los laboratorios. Sabía que no me estaba planteando preguntas originales. Sin embargo, me consumían como carcomas la madera.

La otra gran cuestión que echaba de menos todo el tiempo en ese debate por completo centrado en torno a capital y trabajo, aunque potencialmente omnicomprensivo, era el discurso sobre la naturaleza. Por lo cual vivía una especie de esquizofrenia. La naturaleza (me refiero sin más a las plantas, al mar, al río, a los animales) era lo único que me devolvía vida, sensaciones e imaginario, pero no tenía un espacio en aquel debate, con lo cual yo no podía transmitir la vida que recibía de la naturaleza en el discurso político, no podía indicar la naturaleza como fuente de vida para otros, a menos que lo considerase como un consejo privado, confidencial. Como mujeres habíamos conseguido sacar a la superficie nuestro trabajo. Pero todavía quedaba un agujero negro. Cómo conseguir sacar a la superficie el discurso sobre la naturaleza.

Más allá de la posibilidad/imposibilidad de discusión teórica, yo, en determinado momento, sencillamente tomé una decisión. Decidí buscar y comunicar con quienes hablaban mi lengua, porque compartían mi sentir y, encontrando ya insoportable el actual estadio de desarrollo, no pensaban apelar al siguiente.

En esta búsqueda más bien solitaria tuve dos encuentros fundamentales: el primero, con el *movimiento de los pueblos indígenas;* el segundo, con el discurso *ecologista,* en particular, *ecofeminista.*

El encuentro con el movimiento de los pueblos indígenas estuvo marcado por el libro *Me llamo Rigoberta Menchú*[5], que invito a todo el mundo a leer. Es un libro que habla de la condición indígena en Guatemala. Contiene tres libros. El primero es la descripción de la civilización maya. Para mí supuso ante todo el descubrimiento de que esta civilización vive, no está muerta, me dio a conocer sus tradiciones, sus ritos, la forma en la que los indígenas mayas transmiten sus secretos, cuando aún viven la vida de la aldea y cuando, por el contrario, su regreso es incierto porque parten hacia la montaña, hacia la guerrilla. Y, por lo tanto, me enteré asimismo de que esta civilización mantiene aún a día de hoy secretos. No sólo me animé a relativizar la omnipotencia del capitalismo que todo lo destruye o refunda en términos más funcionales para él (también hay cosas que no sabe), sino que me reencontré en el sentir de los indígenas descritos por Rigoberta, en todo su respeto y amor por la tierra y por todos los seres vivos. Reencontré un trozo de mi historia, de mi identidad y de mi búsqueda en la importancia que ellos atribuyen a la relación con los animales:

> Si es tiempo de siembra vienen todos los animales a escarbar las semillas. Entonces nos turnamos cuidando la milpa* [...]. Nos turnábamos, pero bien alegres, porque nos quedábamos durmiendo bajo de los troncos de los árboles. Nos gustaba hacer trampas [...] y cuando gritan los pobres animales vamos a ver. Pero como son animales, nuestros padres nos han prohibido matarlos, entonces los dejamos ir, sólo que los regañamos y no vuelven...
>
> Cuando somos amigas [...], cuando ya tenemos nuestros animalitos, y hablamos, dando vueltas a todos nuestros animalitos, para ver qué es lo que soñamos, qué es lo que queremos hacer con ellos. Así un poco hablando de la vida, pero muy en general.
>
> Mataron a nuestros animales. Mataron a muchos perros. Y para nosotros, los indígenas, que maten un animal es como si también hubieran matado a una persona. Nosotros estimamos mucho todas las cosas que hay en la naturaleza[6].

El primer libro, entonces, es el libro del amor y del respeto por la tierra y por sus habitantes, de la comunicación y de la sociabilidad entre todos los seres vivos.

El segundo libro, que yo definiría como libro del horror, se refiere al *desarrollo capitalista,* es decir, a las *condiciones* en las que se hace *trabajar* a los mayas en las *fincas** y el modo en el que se les *mata*. Se trata de la *historia* no sólo de la *expropiación de la tierra*, sino de cómo los latifundistas y el ejército dejan a los indígenas un pedacito, la *milpa**, tan pequeño y desagradable que les obliga a ir a trabajar de todas formas en las fincas* (las plantaciones para la exportación de los grandes terratenientes). En ellas, las condiciones son inhumanas no sólo por la escasa cuantía de los jornales, con los que los jornaleros pasan hambre, y por el terrorismo de los capataces, sino por la falta de las instalaciones higiénicas más elementales. Prácticamente quienes trabajan en las plantaciones no tienen posibilidad de lavarse y no cuentan con letrinas. Y lo que voy a contar es el rostro de la muerte en el lugar de trabajo.

El hermanito de dos años de Rigoberta, cuya familia va a trabajar en la finca, muere de hambre en la plantación de plátanos. Su madre sabe que se está muriendo de hambre, pero no puede hacer nada al respecto, porque su jornal no le permite darle de comer. Una vez muerto, se queda varios días sin enterrar, porque la madre no tiene dinero para pagar el alquiler del metro cuadrado de tierra en la plantación que hace falta para enterrarlo. Al final, los demás jornaleros consiguen hacer una colecta para poder enterrar al niño. Pero cuesta mucho. Es difícil comunicar porque están reunidos por etnias diferentes y, por lo tanto, hablan distintas lenguas.

Una amiga de Rigoberta, doña Petrona Chona, que en la finca resistía al acoso sexual del hijo del patrón, muere literalmente despedazada con un machete a manos del guardaespaldas del patrón mientras sostiene en brazos al niño. Los veinticinco trozos a

[5] E. Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia,* cit.

* En castellano en el original. Todas las palabras acompañadas en lo sucesivo de asterisco, aparecen en castellano en el original. *[N. de la T.]*

[6] E. Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia,* cit., pp. 76-77, 108 y 132.

los que queda reducido su cuerpo yacen en el suelo y se van descomponiendo durante varios días, hasta que los demás jornaleros, desafiando a las autoridades, que aún no han llegado, deciden recogerlos en una cesta y darles a pesar de todo sepultura.

Un segundo hermanito de Rigoberta y una amiga suya mueren intoxicados a causa de la fumigación del algodón, porque nadie les advierte para que se alejen durante la operación.

El tercer libro trata de la organización política y de la represión. En este último aspecto, es otro libro del horror. Pero en la organización política, que para algunos estará representada por la guerrilla, para otros por el Comité de Unidad Campesina (CUC), hay algo que me impresionó. Rigoberta, que enseña a la gente de su *aldea** y más tarde de otras a defenderse de las incursiones de los soldados, es particularmente buena construyendo *trampas*. Se trata de las mismas trampas con las que hace cinco siglos los indígenas intentaron defenderse de los *conquistadores**, un patrimonio de conocimientos que han conservado y transmitido. Los *«otros» orígenes del capital,* frente a los de la avanzada Inglaterra, a diferencia de lo que sucede en el Primer Mundo, están muy presentes en lo que se transmite, presentes como memoria de lo que sucedió, de lo que sufrieron y de cómo se defendieron. Pero impresiona también la *preocupación,* que es la misma que los mayas tienen con los animales, *por evitar matar* si no es necesario, la preocupación por intentar más bien hablar con estos soldados cuando se les apresa. Impresiona que para defenderse hayan conservado la memoria de cómo construir las *mismas armas de entonces* y que, con éstas, organicen momentos de resistencia extremadamente eficaces. La conquista. El capital. Una cuestión que ha quedado abierta. Un arma que se guarda en la mano, como si estuviese lista para devolver al mar al invasor. No un destino ya introyectado como ineluctable, sino más bien una espera que ha durado cinco siglos, con el objeto de estar preparados para el momento en el que desenterrar las herramientas, hasta entonces escondidas, para construir un futuro distinto.

La represión, como decía, es otro libro del horror. A un tercer hermano de Rigoberta, de dieciséis años, apresado en represalia, lo torturan y lo queman vivo con otros prisioneros ante los ojos de toda la familia, mezclada entre la muchedumbre, después de que le hayan desnudado con otros condenados en una plaza de la aldea y que los soldados hayan explicado a los habitantes obligados a asistir qué tipo de tortura corresponde a cada herida.

El padre muere a su vez quemado vivo, probablemente a causa de una bomba de fósforo colocada dentro de la Embajada de España en Ciudad de Guatemala, a la que entró encabezando una manifestación de jornaleros y campesinos.

La madre es apresada y torturada hasta morir y sus verdugos abandonan su cadáver como pasto de los animales salvajes. Los soldados hacen guardia para que los indígenas que quieren enterrarla no arrebaten su cuerpo a los animales.

No sé lo alto que era el nivel de desarrollo a finales de la década de 1970 o en los primeros años de la década de 1980 en las áreas avanzadas, pero sé que éste era el subdesarrollo que provocaba y en el que se basaba. Los mayas, nativos de América, pagaban y siguen pagando como en los orígenes del capital, con la tortura, la muerte y el trabajo forzoso, con la expropiación de la tierra y de los recursos que su tierra albergaba y alberga, la globalización continuamente renovada de la economía a través de las estrategias combinadas de desarrollo y subdesarrollo en las que se basa.

Debo decir que en su ser libro del amor y del horror en torno a la pertenencia a la tierra y a la expropiación de la tierra, el testimonio de Rigoberta Menchú me ratificó en la *centralidad* de *volver a partir* de la *relación con la tierra* en el análisis político. Y me impuso asimismo la *centralidad* de la *cuestión indígena* tanto por el punto hasta el cual los indígenas constituyen parte fundamental del cuerpo social trabajador a escala mundial, como por la medida en la que representan la persistencia de «civilizaciones otras», con otra memoria y otros imaginarios. Gentes que no han desaparecido entre las «civilizaciones sepultadas», sino que viven día a día, custodian secretos y mantienen saberes que constituyen un potencial enorme para fundar un desarrollo diferente sobre todo a partir de una relación distinta con la tierra y con todos los seres vivos.

Más tarde, el estallido del *movimiento zapatista* del 1 de enero de 1994, sin duda entre las rebeliones indígenas el acontecimiento que con más éxito logró atraer, por el contexto en el que tuvo lugar, la atención mundial, dio *aún más cuerpo* a la *centralidad de este discurso*. De hecho, con el tiempo, la rebelión de Chiapas, partida de la reivindicación de la *tierra* como *common* [bien comunal], se ha ido constituyendo cada vez más claramente como un *laboratorio político* al que han mirado y con el que se han vinculado *movimientos de todos los puntos del planeta*.

Un segundo libro, *Sobrevivir al desarrollo,* de Vandana Shiva[7], constituyó para mí otro encuentro importante. Una especie de introducción al ecofeminismo. Las autoras de esta corriente son varias. Hay que mencionar ante todo a Maria Mies[8]. Puedo estar en desacuerdo con algunos nudos de su discurso, como, por ejemplo, concebir el Primer Mundo fundamentalmente como consumo, ignorando la condición de clase y el conflicto que a pesar de todo lo atraviesan, así como la pobreza

---

[7] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India*, St. Martin's Press, 1989. [Aunque la traducción literal del título de esta obra de Shiva sería «Mantenerse vivos. Mujeres, ecología y supervivencia en India», en italiano se publicó bajo el título de «sobrevivir al desarrollo» (*Sopravvivere allo sviluppo,* Turín, Isedi, 1990), mientras que el título elegido para la edición castellana fue *Abrazar la vida. Mujeres, ecología y desarrollo,* Madrid, Horas y horas, 1995 (*N. de la T.*)].

[8] M. Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale,* Londres / Nueva Jersey, Zed Books, 1986.

que lo invade cada vez en mayor medida. Y, en todo caso, aun convergiendo en muchas conclusiones, utilizamos categorías de análisis muy diferentes. Vandana, el principio femenino contra la ciencia reduccionista masculina; yo, las categorías de capital y clase con la división fundamental entre trabajo de producción y de reproducción, asalariado y no asalariado, que las atraviesa a escala mundial.

Pero, en términos de conjunto, estos trabajos implicaban una decisión que era también la mía: la de *partir,* para cualquier *propuesta política* (de desarrollo o no, porque también podemos parar, el deber de desarrollarnos cada vez más no es ineluctable), del *respeto por los equilibrios fundamentales de la naturaleza,* de la *voluntad* de *conservar ante todo* los *poderes autogeneradores/reproductores,* del respeto y del amor por todos los seres vivos. En este sentido, he estado siempre y en cualquier circunstancia de su parte. Y también por la *continua valorización* que estas obras realizan del *saber que tienen las mujeres indígenas* para sacar de la naturaleza *abundancia,* alimento y recursos, permitiéndole aún así *regenerarse* y, por lo tanto, *sacando,* sí, pero *con medida,* y *devolviendo.* Como *discurso político* me resultó sumamente *significativa e innovadora* la *decisión de las mujeres chipko* que, ante la propuesta de las empresas de talar los bosques y ofrecer puestos de trabajo en las serrerías, dijeron no sólo que no necesitaban puestos de trabajo, sino que sus hijos nunca pasarían hambre si tenían el bosque cerca. Su lucha es rechazo del desarrollo si éste quiere decir dejarse esclavizar en la total incertidumbre de la economía salarial. Lo cual quiere decir que no existe sólo el uso del salario, sino también del no salario.

El *amor* y el *horror* en el libro de Shiva están, uno, en el modo en que se describen y casi se agradecen y acarician el agua, la tierra, las plantas, las semillas y los animales, en sus posibilidades infinitas de satisfacer *incluso necesidades de relación* cuando no se ven arrollados por la razón capitalista; el otro, en la destrucción sistemática de la diversidad de las distintas especies, en su estandarización, en su conversión en híbridos de laboratorio, en la manipulación genética, en la patente, en la bancarización, en el monopolio, en la prohibición de acceso, en la consiguiente creación de hambre y en la imposibilidad de supervivencia para segmentos cada vez mayores de la humanidad.

Si he hablado de estos dos libros, que no es casual que hayan sido escritos por mujeres del Sur del mundo, es porque han constituido etapas importantes en mi camino hacia la identificación con la causa de la tierra y de los pueblos indígenas, que me ha devuelto la vida, uniendo la búsqueda del corazón y la de la cabeza. En efecto, en la actualidad, la lucha contra el sistema capitalista de relaciones sociales no puede prescindir de poner en el centro la cuestión de una relación distinta con la tierra y, en este sentido, la rebelión de los pueblos indígenas, con su afirmación y su reivindicación de un saber y de una voluntad diferentes para con la tierra y para con todos los seres vivos, constituye un momento de fuerza y una indicación crucial para toda la humanidad.

Políticas de ajuste estructural y cuestión de la tierra

Desde otro punto de vista, mucho más «racional» esta vez, la cuestión de la tierra, aquí en su aspecto negativo, como privatización/expropiación, se me *tornó central* dentro de aquel trabajo colectivo realizado con compañeras y compañeros estadounidenses con los que coopero desde principios de la década de 1970 en el análisis de las *políticas de gestión* de la denominada *crisis de la deuda.* Es decir, las políticas de *ajuste estructural* que, a partir de la *década de 1980,* se han aplicado en términos *cada vez más duros* tanto en los países «en vías de desarrollo» como en los países «avanzados». Estas políticas, ante todo por el aumento de la pobreza que han provocado, han constituido el vehículo en el que han viajado la *nueva división internacional del trabajo* (NDIT), que reestratifica en el mundo, en términos cada vez más duros, el cuerpo social trabajador, no sólo en el ámbito de la producción, sino también en el de la reproducción[9], el *nuevo liberalismo económico,* en tanto que pide más sacrificios a los trabajadores para que las empresas puedan competir mejor en la economía global, y las *nuevas modalidades productivas mismas,* dirigidas a bajar el salario y a incentivar la desregulación del trabajo. Este conjunto de coordenadas ha representado la respuesta al ciclo internacional de luchas que se desplegaron a escala internacional en las décadas de 1960 y 1970, a la vez que, en la década que acaba de transcurrir y en la presente, en todos los lugares del mundo, las propias políticas de ajuste se han convertido en un terreno de rebelión creciente. En Italia, en la década de 1990, éstas han avanzado a pasos de gigante, representando el *utillaje necesario* de los *grandes acuerdos financiero-económicos* firmados en fecha reciente, Maastricht incluido, en tanto que acuerdos todos ellos inspirados en el *liberalismo* económico.

Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial (este último con un papel emergente) han constituido por su parte, en la crisis de los Estados-nación, el gobierno sin fronteras, los vértices institucionales del capital internacional. Mientras que el primero, con la imposición de las *políticas de ajuste,* ha *empeorado* cada vez más las condiciones de la reproducción humana, el segundo ha lanzado sin cesar *proyectos de*

[9] S. Federici, «Riproduzione e lotta femminista nella nuova divisione internazionale del lavoro», en M. y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne, sviluppo e lavoro di riproduzione. Questioni delle lotte e dei movimenti,* Milán, FrancoAngeli, 1996 [ed. inglesa: *Women, Development and Labor of Reproduction. Struggles and Movements,* Nueva Jersey, Africa World Press, 1999].

desarrollo que constituyen el apéndice de tal empeoramiento, en tanto que la *maximización del beneficio* está basada en *nuevas destrucciones gigantescas de los factores* en los que se funda la *reproducción social.* A decir verdad, estos proyectos, tal como se denuncia desde más de un lugar[10], representan un himno a la devastación medioambiental, al derroche, a la insensatez y a la aniquilación de las poblaciones. Quiero poner sólo algunos ejemplos. Con financiación del Banco Mundial, se construyó una central nuclear en una zona sísmica de Filipinas, que nunca llegó a abrirse precisamente porque se encontraba en una zona sísmica. Con financiación del Banco Mundial, se construyó la presa de Tucurui, en la Amazonía brasileña, cuya ejecución supuso que, en lugar de talar la selva, se dejaran pudrir sin más bajo el agua 2,8 millones de árboles, el equivalente a 13,4 millones de metros cúbicos de leña. A tal fin, se había hecho regar el manto forestal con dioxinas, cuyos efectos devastadores son muy conocidos desde la época de la guerra de Vietnam. Se cree que algunos barriles de dioxinas yacen todavía perdidos bajo el agua. Jamás recuperados porque nadie sabe dónde se encuentran, podrían estallar en algún momento a causa de la presión a la que se ven sometidos y envenenar el agua de Belém, capital de Estado con 1,2 millones de habitantes, puesto que la presa representa la principal fuente de aprovisionamiento hídrico de la ciudad[11]. Con financiación del Banco Mundial, se proyectó la presa de Yacyretà, sobre el río Paraná, en la frontera entre Paraguay y Argentina: con 87 metros de profundidad y 67 kilómetros de largo, debía producir energía eléctrica a bajo coste, pero, en realidad, su energía costará tres veces más que el actual precio de mercado. Las necesidades energéticas, que se sobrevaloraron en la fase de diseño, podían satisfacerse con menores costes utilizando el gas natural argentino. Al término de las obras, 50.000 personas tendrán que abandonar el territorio inundado. Los que ya lo han tenido que abandonar han acabado en chabolas decrépitas, perdiendo su puesto de trabajo sin indemnización. La pesca se ha visto seriamente afectada, así como las artesanías de cerámica típicas de la zona, porque los depósitos de arcilla están ya sumergidos. Se han extendido ya distintas afecciones y enfermedades provocadas por los daños sufridos por el ecosistema[12]. Con financiación del Banco Mundial, se ha lanzado el mayor traslado de población, y el más desalmado, justamente el proyecto *Transmigrasi,* del que hablaré más adelante[13].

Volviendo a las políticas de ajuste estructural, de las que los antedichos planes constituyen un apéndice, incluso de un examen superficial se desprende que son *sus-*

---

[10] S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit.; P. McCully, *Silenced Rivers,* Londres / Nueva Jersey, Zed Books, 1996.

[11] S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit., p. 205.

[12] *Il Manifesto,* 29 de noviembre de 1996.

[13] S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit.

tancialmente idénticas en todos los países en los que se aplican. En términos oficiales, para hacer frente al pago de la deuda, los gobiernos, en obediencia a las directivas del Fondo Monetario Internacional, que incluían entre sus principales objetivos ante todo el de *facilitar el crecimiento del comercio internacional,* formulan estas políticas de acuerdo con modalidades que deberían favorecer el crecimiento económico y que son: devaluación de la *moneda* para favorecer las exportaciones; liberalización del comercio y de las importaciones; reorganización de la producción de cara a la exportación; racionalización del *sector público* a través de *reducciones del gasto, despidos, privatizaciones;* reducción de los *salarios;* reducción de las inversiones, en particular en los sectores *de la sanidad,* la *educación* y las *pensiones;* eliminación de las *subvenciones* a los bienes de primera necesidad; y allí donde la *tierra* es todavía un bien de gestión colectiva, como sucede en áreas más o menos amplias de África y América Latina, pero no sólo, asignación de un *precio a la tierra,* con la consiguiente *privatización,* por un lado, y *expropiación,* por otro. Esto constituye un factor enorme de debilitamiento del poder contractual de las poblaciones, en la medida en que el pueblo, cuando representa un buen ámbito de reproducción, siempre ha permitido que sus habitantes rechacen salarios demasiado bajos y trabajos indignos.

La expropiación/cercamiento de la *tierra,* y lo mismo podemos decir del *agua* y de otros *recursos* naturales, como el bosque, que constituyen *commons,* bienes colectivos para la supervivencia, va acompañada de una orientación de las políticas poblacionales, inducida también por los grandes organismos financieros, con el Banco Mundial en primer plano, que apunta a disuadir de las *formas colectivas de reproducción social* e imponer en su lugar el modelo de reproducción ya típico de las áreas de capitalismo avanzado: ante todo, la forma de la *familia nuclear,* sin que exista, correspondientemente, un alto porcentaje en la población de cabezas de familia asalariados, como se daba en las áreas avanzadas en la época de la producción industrial en masa, y en absoluto contraste con hábitos arraigados de gestión colectiva de los derechos y de los deberes con respecto a la reproducción humana. El problema aquí no estriba tanto en adecuar la forma de la familia y de la reproducción social a las formas de organización de la producción, sino, más bien, en hacer de la reproducción un terreno de fuerte *disciplinamiento* de los comportamientos de acuerdo con el «modelo occidental». Porque se trata sobre todo de *debilitar la estructura reproductiva de la colectividad* para reducir el poder contractual de las poblaciones con respecto a las condiciones de trabajo. Se priva así a los individuos no sólo de los recursos materiales no dependientes de la economía monetaria, sino del apoyo que proviene de las relaciones de la familia extensa y de la comunidad. Tal como analiza Silvia Federici[14], resulta significa-

---

[14] S. Federici, «Crisi economica e politica demografica nell'Africa sub-sahariana. Il caso della Nigeria», en M. y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito. Condizione e lavoro femminile ne-*

tivo a este propósito el ejemplo de Nigeria. En tal país, donde, como en toda África, rige la poligamia y donde el cuidado de los niños es responsabilidad del pueblo, la propaganda demográfica lanzada desde 1984 quiere «un hombre, una mujer», «una pareja, un niño». Siendo evidente que, tal como subraya de nuevo esta autora, tales dictámenes no dejan de ser en la mayoría de los casos más que propaganda vacía, porque las personas, a causa de los recortes en el gasto social, no están de todos modos dotadas en la práctica de acceso a los métodos de control de la natalidad. Con lo cual, la reducción de la población deseada (por los gobiernos) se deja más bien en manos de las letales consecuencias de las propias políticas de ajuste.

No es casual que, mientras que, en los primeros años de la década de 1980, se sostenía que el perjuicio social ocasionado por tales políticas era un incidente transitorio, más tarde, a medida que, con la persistencia de tales políticas, se iba haciendo cada vez más evidente el perjuicio sistemático que ocasionaban, se dijese que esto constituía un coste social necesario. Y se desarrolló al respecto una bibliografía sobre cómo intentar aliviar las formas más aberrantes de tal perjuicio (ajuste de rostro humano). Otro enfoque, más reciente, fue aquel que admitía que estas políticas estaban directamente orientadas a transformar ante todo la esfera de la reproducción social, desde la estructura familiar hasta los sectores de la nutrición, la higiene, la sanidad, la educación y las pensiones, aseverando que con ello se ofrecía a los gobiernos una gran posibilidad de transformar en términos más eficientes el orden reproductivo de su país.

Frente a estos enfoques sostengo, con las estudiosas y con los estudiosos con los que he realizado estos análisis, que, en efecto, las políticas de ajuste están dirigidas ante todo a dar una *nueva forma a la reproducción social*. Pero lo que los teóricos de la eficiencia definen en tales términos, nosotros en cambio lo interpretamos como ataque a las condiciones reproductivas de las poblaciones y, con ello, al trabajo y a la lucha de las mujeres, como prerrequisito para el despegue de la nueva fase de acumulación[15]. En términos más precisos, considero que tales políticas representan el *momento programático* del *neoliberalismo como estrategia planificada*. Es decir, van dirigidas a programar una *estrategia global* de *subdesarrollo de la reproducción social* que ajuste de manera *cada vez más invasiva en el mundo* un proceso de proletarización marcado por una dura profundización de la estratificación del trabajo. De hecho, es preciso reducir el poder contractual del cuerpo social trabajador para que acepte, en conformidad con los requisitos necesarios para el despliegue del neoliberalismo, las nuevas modalidades del trabajo, que *anulan* progresivamente las *garantías y los derechos adquiridos,* volviendo a plantear, en cambio, *condiciones esclavistas* de forma *cada vez más generalizada*. Hace pocos meses, en Nueva York, tuve ocasión de escuchar la llamada de un sindicalista llegada a una radio libre: denunciaba a una empresa estadounidenses que producía en Centro América y utilizaba a niños desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, quitándoles los zapatos para que no se escapasen a casa. Este sindicalista lanzaba un llamamiento anunciando que recorrería Estados Unidos para preguntar a los estadounidenses si estaban de acuerdo en que los bienes que consumían se produjesen de esa manera.

Pero, en cuanto estrategia de subdesarrollo de la reproducción, las políticas de ajuste estructural *no sólo* constituyen un *ataque* al trabajo y a las luchas de las mujeres por la *defensa de un buen nivel reproductivo de la familia o de la comunidad* –luchas por la obtención y la defensa de una *renta,* cuando la supervivencia depende del dinero, y luchas en defensa de *bienes y recursos* como la *tierra,* el *agua,* el *bosque,* los *animales,* el *pequeño comercio* y la *artesanía,* cuando la supervivencia no está basada sobre todo en el dinero, aunque pueda combinarse con él. Tales políticas minan asimismo las trayectorias de *autonomía* construidas por las mujeres en el plano económico-social, así como civil y político, y, en particular, en el de los «derechos reproductivos». En efecto, las comunidades no son inmóviles en sus tradiciones, como demuestra a la perfección la carta de derechos de las mujeres eritreas y la ley revolucionaria de las mujeres mayas de Chiapas. Y en ningún contexto resulta fácil hoy reducirlas al silencio y a la obediencia, tal como demuestran la situación de Argelia y la protesta que ha estallado en Afganistán con la gran manifestación del pasado octubre.

Otro aspecto que hay que destacar es que, tal como tuvimos ya ocasión de sostener[16], esta *estrategia global de subdesarrollo de la reproducción* vuelve a lanzar *macrooperaciones* en lo social que se corresponden en gran medida, tanto en la forma como en el fondo, con aquellas que caracterizaron la acumulación originaria en los albores del sistema capitalista. Por lo tanto, no sólo la expropiación de la *tierra,* sino también la *disolución de las relaciones familiares y de comunidad,* la cual, en la actualidad, pasa sobre todo por el desarraigo y los traslados de población, de los que hablaremos más

lla crisi del debito internazionale, Milán, FrancoAngeli, 1993 [ed. inglesa: *Paying the Price,* Londres / Nueva Jersey, Zed Books, 1995].

[15] M. y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito. Condizione e lavoro femminile nella crisi del debito internazionale,* cit.; M. y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne, sviluppo e lavoro di riproduzione. Questioni delle lotte e dei movimenti,* cit.; *Midnight Notes* 9, Boston, 1988 y *Midnight Notes* 10, Boston, 1990, Boston; *Cafa,* Committee for Academic Freedom in Africa [Comité por la Libertad Académica en África] 1-10, Nueva York, 1990-1996.

[16] M. Dalla Costa, «Capitalismo e riproduzione», en *Capitalismo Natura Socialismo* 1 (1995) [ed. inglesa: «Capitalism and Reproduction», en W. Bonefeld *et al.* (eds.), *Open Marxism 3. Emancipating Marx,* Londres y East Haven (Connecticut), Pluto Press, 1995; ed. cast.: «Capitalismo y reproducción», en este mismo volumen, pp. 303-314].

adelante, para crear una masa de individuos empobrecidos y aislados, que no poseen más que su fuerza de trabajo. Hoy como entonces, la mujer, después de que se le hayan arrebatado los medios de reproducción de los que disfrutaba antes y de que se le haya obstaculizado en gran medida el acceso a los nuevos (si se ofrecen puestos de trabajo asalariado en las plantaciones o en las presas son sobre todo para los hombres), aparece como la más pobre entre los pobres. No es casual que, si la individua proletaria nació en el capitalismo fundamentalmente como *pobre y* prostituta[17], puesto que en ese periodo la prostitución se tornó *por primera vez oficio de masas* para las mujeres, en el momento actual, la puesta en marcha de estas operaciones a una *escala cada vez más generalizada* dé como resultado que la *prostitución* aparezca como un oficio cada vez más *de masas* para las mujeres *a escala internacional.* Hay que señalar además que, al igual que, durante la acumulación originaria, la *caza de brujas*[18] constituyó un proceso fundamental, aunque ignorado por Marx, porque sirvió para forjar la nueva *individualidad femenina proletaria* como individualidad de una persona aislada y subordinada y sirvió para privar a las mujeres del *poder* y del *saber* sobre la *sexualidad* y la *procreación,* asimismo, en la actualidad, asistimos al avance de *políticas demográficas cada vez más autoritarias* (China no es en absoluto un ejemplo aislado) y totalmente *subordinadas* al interés capitalista, que van en el mismo sentido, es decir, en el sentido de *sustraer a las mujeres posibilidades materiales, autonomía, poder y saber* en relación con la sexualidad y la procreación. Al mismo tiempo, justo estos territorios, en particular en las áreas avanzadas, se ven progresivamente invadidos por las tecnologías de la reproducción, que los convierten cada vez más en ámbitos de dominio masculino y beneficio capitalista, así como de mistificación y destrucción de relaciones sociales. A este propósito, resulta significativo el énfasis inesperado que se pone en tantos debates en lo indiferente que es el padre biológico, sustituido con desenvoltura por el banco de semen. A mi juicio, la tendencia a hacer del *individuo más un producto de laboratorio* que un hijo de padre y madre biológicos y sociales va de la mano de la tendencia a *desarraigar las poblaciones*. El desarraigo, ya se trate de plantas, individuos o poblaciones, tiene sin duda un efecto de debilitamiento y, para los humanos, de perjuicio de una identidad que pasa entre otras cosas por el conocimiento y la memoria transmitidos de generación en generación. Frente a esta tecnología de la reproducción, espero que las mujeres mayas sepan conservar sus conocimientos secretos de las yerbas del campo, que permiten controlar el número de hijos y decidir el periodo en el que tenerlos, para dárselos a conocer a otros en días menos rebosantes de plástico y metal[19].

[17] L. Fortunati, *L'arcano della riproduzione. Casalinghe, prostitute, operai e capitale,* cit.
[18] S. Federici, «La caccia alle streghe», cit.
[19] E. Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia,* cit.

Políticas de ajuste y reestructuración de la reproducción social

Quiero desarrollar ahora algunas observaciones en relación con la *reestructuración de la reproducción social* provocada por las *políticas de ajuste.* Si el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, como decíamos, constituyen en la actualidad los vértices institucionales, así como los *grandes motores,* de la reestructuración capitalista en la nueva economía global, las *políticas de ajuste,* precisamente por sus efectos de empobrecimiento masivo, constituyen el vehículo en el que viaja la *nueva división internacional del trabajo* –también y sobre todo del *trabajo de* reproducción[20]–, que, junto al *liberalismo económico,* constituye el *otro pilar* de las nuevas modalidades de acumulación.

En efecto, el *empobrecimiento,* provocado por la separación, para masas cada vez más numerosas de individuos en el Tercer Mundo, de los medios de reproducción (ante todo la *tierra,* pero también el conjunto de *derechos individuales y colectivos* que contribuyen a garantizar la supervivencia) está en el origen de esos *flujos migratorios ingentes* que proporcionan *trabajo a bajo coste,* cuando no incluso *esclavo,* también en Italia, contribuyendo a mantener *contenido el coste del trabajo*. Pero si la situación de los chinos que trabajan encerrados día y noche en los talleres de confección en varias regiones de nuestro país es fruto de la pobreza generada en otros países, la situación de mujeres y menores italianos que, en particular en el Sur, trabajan entre doce y catorce horas al día por 80.000, 300.000 y 600.000 liras al mes, con frecuencia reclutados por capataces, es fruto de la pobreza provocada aquí por nuestras políticas de ajuste y por nuestro modelo de desarrollo y de ayudas al Sur[21]. Al mismo tiempo, el trabajo de reproducción sexual que pasa por la prostitución ha conocido progresivamente en estos años formas de esclavitud a través de una auténtica trata de mujeres del Este europeo y de África. En ésta, la coacción viene acompañada de la reducción de las retribuciones y de las condiciones higiénico-sanitarias de trabajo.

Las variaciones de los precios de mercado de los productos agrícolas o la retirada de las subvenciones a la agricultura, factores ambos que llevan a la ruina a los pequeños agricultores, forman asimismo parte de la palanca que, junto a las políticas de ajuste, expide a toda prisa hacia otras regiones nuevos contingentes migratorios, separándolos repentinamente de los medios de reproducción y producción.

A través de este *empobrecimiento monstruoso* del Tercer Mundo pasa no sólo un *agravamiento del trabajo de reproducción de las mujeres* que se han quedado en el

[20] S. Federici, «Riproduzione e lotta femminista nella nuova divisione internazionale del lavoro», cit.
[21] Ha habido numerosos reportajes televisivos al respecto en canales públicos a lo largo de 1996. Véase también *Il Manifesto,* 17 de noviembre de 1996, p. 16.

pueblo[22], la otra terminal reproductiva de los emigrantes, sino que pasa también una *gran reestructuración de la reproducción social global,* de acuerdo con la cual cada vez más mujeres del Tercer Mundo proveen porciones crecientes de trabajo de *reproducción a bajo coste* para el Primer Mundo, ya sea *quedándose* en los países de origen o *emigrando* a las zonas más avanzadas. Trabajo conectado con el denominado *turismo sexual,* trabajo de *prostitución,* de *cuidado* de niños, de ancianos, de enfermos y del hogar. Trabajo de *suministro* de *niños* a las regiones avanzadas con cifras demográficas en vías de congelación: sólo de Corea del Sur, a principios de la década de 1990, se exportaban al año a Estados Unidos 5.000 niños[23], a la vez que, a finales de la década de 1980, se calculaba que, en Estados Unidos, llegaba un niño adoptado cada 48 minutos[24]. Del mismo modo que se ha comprobado la existencia de *«baby farms»* [granjas de bebés], donde se produce específicamente a los niños para la exportación[25], del mismo modo que se ha extendido la tendencia a emplear mujeres del Tercer Mundo en calidad de *«surrogate mothers»* [madres de alquiler], es decir, mujeres que prestan su útero para la gestación[26]. Del mismo modo que se han llegado a dar casos –pero, ¿cuántos?– de mujeres a las que se les arranca el hijo del vientre materno con cesárea para introducirlo en los distintos circuitos de trata de niños[27]. Del mismo modo que, como es bien sabido, los individuos empobrecidos del Tercer Mundo, hombres y mujeres, venden *órganos* al Primer Mundo por necesidad desesperada de dinero o directamente son secuestrados para la extirpación y robo de sus órganos. A este respecto, no puedo sino advertir que la venta de órganos propios como medio extremo para procurarse dinero se ha convertido desde hace algunos años en una práctica también en Italia[28]. Y que, en todo caso, en los círculos científicos, se ha defendido y circula la tesis de que a la población del Tercer Mundo le conviene vender órganos porque así puede procurarse dinero. La afirmación habla por sí sola. Se omite que, cuando alguien vende un riñón, en India o en zonas donde en todo caso la población es muy pobre, por lo general muere poco

[22] A. Michel, «Donne africane, sviluppo e rapporto Nord-Sud», en M. y G. F. Dalla Costa (eds.), *Donne e politiche del debito. Condizione e lavoro femminile nella crisi del debito internazionale,* cit.

[23] S. Chira, «Babies for Export. And Now the Painful Question», en *New York Times,* 21 de abril de 1988.

[24] J. Raymond, *Women as Wombs. The New Reproductive Technologies and the Struggle for Women's Freedom,* San Francisco, Harpers & Co., 1994.

[25] *Ibid.*

[26] J. Raymond, «The International Traffic in Women: Women Used in Systems of Surrogacy and Reproduction», en *Reproductive and Genetic Engineering* II, 3 (1989).

[27] *The Guardian,* 7 de octubre de 1995.

[28] M. Dalla Costa, «Capitalismo e riproduzione», cit.

tiempo después, porque en esas condiciones de reproducción no se puede sobrevivir mucho tiempo con un solo riñón.

El efecto de *empobrecimiento* masivo provocado por las políticas de ajuste está, pues, en el origen de una *gran reestructuración del trabajo de reproducción* a escala mundial y, aunque las mujeres *aparezcan como las más pobres entre los pobres,* en ningún caso podría ser un consuelo que la pobreza se hiciese más masculina. La igualdad en la pobreza parece, sin embargo, ser la meta deseada contenida en numerosos estudios e investigaciones que, aislando el análisis concerniente a la pobreza de la condición femenina del análisis de los macrofactores que la provocan, ciegan a la hora de identificar el «qué hacer» tanto a mujeres como a hombres, cuando además estos últimos, sin lugar a dudas, se ven ya afectados en gran número por la pobreza.

Políticas de aniquilación, ya sea como efecto o como corolario del ajuste, hacia las poblaciones convertidas en sobrantes

El discurso sobre los efectos de las políticas de ajuste estructural no estaría completo si no conjugásemos el empobrecimiento que se deriva de ellas con la extensión de muerte producida por otras grandes operaciones, de nuevo ligadas a las expropiaciones de tierra y a la reducción de recursos, monetarios y no monetarios. Se trata de esas *auténticas políticas de aniquilación* de las poblaciones que se ponen en marcha persiguiendo algunos de los efectos de las propias políticas de ajuste o que se instauran a modo de complemento de las mismas.

En el primer bloque, hay que incluir políticas como las que se derivan del *plácet a la propagación de epidemias* (al Fondo Monetario Internacional se le conoce con el nombre de Fondo de Mortalidad Infantil en África subsahariana, donde sólo en el periodo de enero a febrero de 1996 murieron 2.500 niños de meningitis por la imposibilidad por parte de la población de comprar la vacuna, que cuesta el equivalente de 6.000 liras italianas). Propagación de epidemias ligada al ulterior deterioro del sistema sanitario a causa de la potabilización imperfecta del agua y de la difusión de sangre infectada y de medicinas falsas, caducadas, estropeadas y nocivas[29], así

[29] Hacia finales de octubre de este año estalló el escándalo de las «medicinas falsas». Los grandes periódicos hablaron de ello. ¿Cuántas muertes y enfermedades han provocado ya las «medicinas ilegales», las «medicinas informales» y las «medicinas legales» pero ya retiradas de la circulación en las regiones avanzadas, porque eran nocivas o estaban caducadas, y sin embargo enviadas a los países «en vías de desarrollo»? Véase para algunos datos al respecto *Il Manifesto* del 27 de octubre de 1996, que recoge las afirmaciones del farmacólogo Gianni Tognoni, del Instituto Mario Negri, de Milán, dedica-

como relacionada con la degradación general del medio ambiente, fruto asimismo de las políticas de ajuste estructural y de la puesta en marcha de proyectos de mal-desarrollo.

En el segundo bloque, hay que incluir, a su vez, las políticas de aniquilación, que pasan por la *guerra*[30], el *genocidio,* en la práctica autorizado[31], y la *represión militar y policial,* que diezman sin cesar en el mundo a los individuos expropiados y empobrecidos y, convertidos por ello mismo, paulatinamente, en «sobrantes». Y, asimismo, las políticas de aniquilación que se llevan a cabo con los *«cercamientos de población»* en los *campos de refugiados* o en los distintos *campos de concentración* más o menos escondidos en las zonas de guerra. Sólo por mencionar un ejemplo que nos coge cerca, los *tuareg* han empezado a *suicidarse* en los campos de refugiados de Argelia: el suicidio no existía antes en su cultura[32]. Después de la ejecución del escritor nigeriano Ken Saro-Wiwa, se ha establecido un éxodo masivo de refugiados del sur de Nigeria a Benín, predominantemente hombres entre los 18 y los 59 años, pertenecientes al Movimiento por la Supervivencia del Pueblo Ogoni[33]. Al mismo tiempo, la suspensión de las ayudas de la Cruz Roja ha causado decenas de muertos en los campos de refugiados mauritanos, cerca de 60.000, en el norte de Senegal; los que primero mueren de privaciones y enfermedad son los niños, porque allí se puede estar hasta diez días sin encontrar nada de comer y los medicamentos son inexistentes; a estas muertes se suman las que se producen por hambre y paludismo, porque estos campos se erigen cerca del río Senegal[34]. En este mes de noviembre, los campos de refugiados de Zaire se han convertido en auténticos campos de batalla, por el recrudecimiento del conflicto entre tutsis y hutus. Y, por último, otras políticas de *aniquilación* son las que se despliegan mediante el *desarraigo y el traslado forzoso* de poblaciones. En torno a todos los grandes *proyectos hidroeléctricos* y de *presas,* financiados en primer lugar por el Banco Mundial, hay de ordinario grandes proyectos de *desplazamiento y reinstalación* de poblaciones[35]. Sólo que la reinstalación es justamente la parte más *evanescente* del proyecto global. Pero, incluso prescindiendo de megaproyectos de intervención sobre las aguas y sobre el territorio, hay *proyectos de desarraigo y desplazamiento de poblaciones* financiados ante todo por el propio Banco Mundial, de los cuales uno de los más impresionantes y denunciados es el de *Transmigrasi,* en Indonesia[36]: frente a la supuesta «superpoblación» de Java y Bali, originada en realidad por la concentración de las tierras en pocas manos, el Estado decidió el desplazamiento, denominado «migración interna», de 70 millones de individuos, con un desembolso de 75.000 millones de dólares, a las islas externas –Sumatra, Sulawesi, Kalimantan (antigua Borneo), Irian Jaya (en Nueva Guinea) y otras–, proyecto más tarde redimensionado a «sólo» 20 millones de individuos. Se trató de una combinación de *genocidio, ecocidio* y *etnocidio.* Pero, con la introducción forzosa de otra población, se perseguía además, explícitamente, perjudicar a las *comunidades indígenas* de las islas más salvajes, que se encontrarían en conflicto con los recién llegados por la escasez de recursos, por la diversidad cultural y por las diferentes «opciones» de cultivo. Muchísimos de los «migrantes» murieron de privaciones, inedia y, con frecuencia, devorados por los animales que, a causa de la deforestación, se habían encontrado de improviso sin el hábitat de la selva. A otros, que habían logrado volver, se les encerró para que no revelasen la suerte que les había tocado. Pero a los nativos de las islas externas, progresivamente privados de sus recursos, se les quería inculcar la idea *de Estado y de gobierno, así como de un solo dios,* porque se les quería convertir en *fuerza de trabajo disciplinada para las plantaciones y para las minas.* Los testimonios de este proceso cuentan que, en una zona a la que habían llegado mil familias, no quedaron más que doce[37]. En Irian Jaya, antes uno de los lugares de destino de *Transmigrasi,* ha estallado recientemente una revuelta de 3.000 tribuales[38] contra la compañía estadounidense Freeport Indonesia, que extrae de su territorio oro, cobre y plata, utilizándoles como obreros.

---

do desde hace años a vigilar los fármacos en los países en vías de desarrollo: «el Fondo Monetario no controla y los gobiernos locales registran cualquier producto. Hay un mercado informal enorme que, en los continentes de los que estamos hablando (África, India, América Latina), llega al 80 por 100».

[30] ¿Cuántas guerras que los medios de comunicación difunden como «conflictos tribuales» tienen en realidad detrás expropiaciones de tierra y detracciones de recursos a causa de las cuales distintos sectores de la población se encuentran en la práctica rivalizando por lo poco que queda, demasiado poco, para lograr sobrevivir todos?

[31] Continúan los asesinatos y las torturas, con castraciones incluidas, de indígenas a manos de *garimpeiros* (buscadores de oro), *fazendeiros* (hacendados) y *madeireiros* [madereros: trabajadores de empresas especializadas en la tala de árboles valiosos] en el Mato Grosso brasileño. En los últimos meses, se han registrado torturas y actos de violencia contra los *indios* en la región amazónica, donde la presencia de un ejército de leñadores al servicio de sociedades asiáticas, en busca de caoba y otras plantas muy preciadas, se está haciendo cada vez más acosadora (*Il Manifesto,* 29 de noviembre de 1996, p. 18).

[32] M. Dayak, *Tuareg, la tragedia,* Bolonia, E.M.I., 1995; Attilio Gaudio, *Uomini blu. Il dramma dei Tuareg tra storia e futuro,* S. Domenico di Fiesole (Florencia), Edizioni Cultura della Pace, 1993; V. Beltrami y M. S. Baistrocchi (eds.), *I Tuareg tra esilio, resistenza ed integrazione,* Chieti Scalo (Pescara), Vecchio Faggio, 1994.

[33] Véase sobre las vicisitudes de Shell en Nigeria el artículo de S. Kretzman, «Nigeria's "Drilling Fields". Shell Oil's Role in Repression», en *Multinational Monitor,* enero-febrero de 1995.

---

[34] *Il Manifesto,* 27 de marzo de 1996.

[35] S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit.; P. McCully, *Silenced Rivers,* cit.

[36] S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit.; *The Ecologist,* 1986.

[37] S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit., pp. 206 ss.

[38] *Il Manifesto,* 13 de marzo de 1996.

En liza no están sólo las condiciones de trabajo, sino su identidad, su territorio, sus *commons* y su cultura[39]. No obstante, el ejemplo de *Transmigrasi* no es más que uno de los más conocidos en medio de multitud de proyectos de este tipo en los que los ciudadanos, de los países avanzados y no, acaban financiando sin saberlo proyectos de empobrecimiento y desarraigo de otros ciudadanos, contribuyendo a sus expensas a hacer más pesada la deuda a las espaldas propias y de otros.

En conclusión, a lo que aspira el discurso que estoy desarrollando aquí, en su conjunto, es a poner en evidencia cómo hoy la *expropiación de la tierra,* en tanto que medida crucial de las políticas de ajuste y de los planes de desarrollo del Banco Mundial, y las estrategias combinadas de *disolución de la comunidad, que pasan cada vez más por el desarraigo, el traslado y los cercamientos de poblaciones para debilitar su identidad y sus redes organizativas,* son *esenciales en la actualidad* para la expansión del capital y, por lo tanto, para la construcción y reestratificación de una clase planetaria, como lo fueron *en sus albores,* cuando organizó, por un lado, los cercamientos en Inglaterra y, por otro, la trata de africanos hacia las Américas.

Consecuencias

Si es verdad, entonces, que, a través de las *grandes operaciones* que caracterizan las *políticas de ajuste,* así como muchísimos *proyectos de desarrollo del Banco Mundial,* pasa una gran *estrategia de subdesarrollo* de la reproducción, sobre la que se basa el *subsiguiente desarrollo* de la producción, y si es verdad, tal como he intentado poner en evidencia, que la *relación de los humanos con la tierra* sigue siendo un *momento crucial* de tales políticas y de tales proyectos, entonces, el discurso sobre la tierra y sobre el tipo de relación con la tierra se debe volver a colocar en el centro del análisis, de la lucha y de la capacidad de propuesta política. Intentaré indicar por lo menos algunas de las consecuencias que, a mi juicio, acarrea esta cuestión.

Una primera consecuencia es que, si a través de las grandes operaciones sobre la tierra pasa la posibilidad de reinstituir y reestratificar continuamente la clase de la nueva economía global, una recomposición política a la altura de esta dimensión debe asumir asimismo la centralidad de las luchas que se dan en este terreno y cons-

[39] Su territorio está devastado: reservas naturales de caza y recogida destruidas, cauces de agua contaminados. La población convertida en blanco de asesinatos, torturas y violaciones. En la región, tiene presencia y se hace oír el Movimiento por la Liberación de Papúa (OPM). El 18 de marzo de este año, las tropas indonesias dispararon contra una manifestación de dos mil estudiantes universitarios que habían salido a las calles de Jayapura, ciudad a la que había llegado el cadáver del dirigente independentista Thomas Wapai Wainggai, muerto en la cárcel en Yakarta.

truir un apoyo internacional que preste atención, más que a la tan debatida Unión Europea, al eje Sur-Norte del mundo. En este sentido, resulta *fundamental intentar conocer, transmitir, interpretar y dar apoyo a las luchas indígenas,* y no sólo indígenas, de las poblaciones y de las mujeres de los distintos Sures del planeta en tanto que *luchas que tienen en el centro la cuestión de la tierra.* Ante todo conocerlas, para empezar a reflexionar no sólo sobre cómo apoyarlas, sino sobre cómo medirnos con ellas, cómo traducirlas en nuestro contexto, lo cual implica dar fuerza, pero también recibirla de ellas. A este propósito, insisto en que es importante conocer y divulgar no sólo *las luchas que ya hay, sino también las victorias.* Ayuda a creer menos en la omnipotencia del capital y en la inminencia del próximo estadio de desarrollo, más elevado. Por ejemplo, en Papúa Nueva Guinea, un lugar un poco periférico para nuestras percepciones, se ha creado un movimiento contra el ajuste estructural y las privatizaciones que ha logrado hacer que el gobierno invalide las enmiendas que, a petición del Banco Mundial, debían poner fin al régimen comunitario de las tierras. Lo mismo está sucediendo en India, donde, en algunas zonas, los agricultores han logrado hacer que se retiren las concesiones hechas a las compañías de cara a poner en marcha plantaciones para la exportación. Por consiguiente, es importante *vincularse* a las *redes internacionales* que colocan la cuestión de la *expropiación de las tierras* y de las *políticas de la deuda* en el *centro de la lista de prioridades.* Menciono, por poner unos primeros ejemplos, la *Debt Crisis Network* [Red sobre la crisis de la deuda] o la campaña *50 Years is Enough!* [¡50 años bastan!], donde también se confrontan distintas posiciones. Las propias grandes *citas regionales de la insurgencia zapatista* y el *primer encuentro intercontinental «por la humanidad y contra el neoliberalismo»* de finales de julio/principios de agosto de este año en Chiapas constituyen compromisos fundamentales, porque se trata de un debate y de decisiones que nos afectan a todos nosotros.

Por otro lado, estas luchas tienen una larga historia como redes que se han constituido y como experiencia organizativa. De hecho, las políticas de ajuste y los proyectos de desarrollo del Banco Mundial están desde hace mucho tiempo en el origen de conflictos en el mundo no sólo en el ámbito *rural* sino también *urbano*[40].

Las luchas de estos años de las mujeres de India en las zonas *urbanas* tienen *precedentes* en momentos organizativos abiertos ya a principios de la década de 1970 contra la *subida* de los precios del arroz y su *pésima calidad* como fruto de híbridos de laboratorio. Por ejemplo, el Women's Anti-Price Committee [Comité de Mujeres contra los Precios] de Bombay inició su actividad en 1972[41] y vio crecer tal protesta

[40] S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit.; *Cafa* 1-10, cit.; *Midnight Notes* 9 y 10, cit.

[41] G. Omvedt, *We Will Smash This Prison/Indian Women in Struggle,* Londres / Atlantic Highlands, Nueva Jersey, Zed Books, 1980; «India's Green Movement», en *Race and Class,* primavera de 1987.

femenina que se podían contar por decenas de miles las mujeres que marchaban y montaban barricadas. En invierno de 1973, hubo en Bombay una marcha de veinte mil mujeres que se atrevieron incluso a invadir la casa del ministro de Agricultura para ver qué había en las ollas de su cocina. Del mismo modo que se constituyeron organizaciones y revueltas contra la *esterilización forzosa*. E, igualmente, las mujeres estuvieron a la cabeza de la protesta después del incidente de Bhopal, en 1984, en el que murieron 2.500 personas y centenares de miles resultaron heridas y que afectó de lleno a una zona de barrios empobrecidos[42]. De nuevo en India, cabe hablar de la larga historia de revueltas urbanas sobre la cuestión de la tierra, como reivindicación de un *lugar en el que poder vivir* y en el que poder tener una *dirección,* en las áreas empobrecidas de la ciudad, donde se amontonaron y a donde siguen afluyendo los expulsados de las tierras. Cada año, llegan a Nueva Delhi 200.000 inmigrantes rurales[43].

Pero, sobre todo, las revueltas, en India como en otros lugares, contra los efectos de un estadio de desarrollo más elevado en las zonas urbanas (el precio y la calidad de la comida, el lugar que viene dado ocupar, la contaminación, los desastres ecológicos) han encontrado también, gracias al trabajo de análisis y conexión práctica de mujeres y hombres, estudiosos y activistas del Sur y del Norte del mundo, el modo de vincularse a las revueltas en defensa de la tierra, del bosque, del agua y de la biodiversidad en las zonas rurales.

La lucha contra la degradación y contra las propuestas de desarrollo capitalista se ha conjugado con la lucha en defensa de la subsistencia y de la comunidad como base esencial para poder elaborar un desarrollo distinto. Creo que éste es el tipo de vínculo más temido por la poderosa recomposición política de población que representa. Y que no es casual que tal posibilidad de recomposición se vea continuamente minada por operaciones de aniquilación, traslado forzoso (entre otras cosas a través de las causas que obligan a la emigración), guetizaciones y cercamientos de población. Así como por intentos de crear líneas de conflicto o divisorias, incluso, como decía, haciendo pasar por conflictos étnicos lo que en realidad son conflictos en torno a una tierra demasiado escasa o a los otros recursos insuficientes que han quedado.

La segunda consecuencia es que, en muchísimas regiones, puesto que las luchas sobre la cuestión de la tierra ponen en el centro la defensa de la gestión comunitaria de la misma en todos los contextos en los que este régimen está todavía en vigor, reabren también para nosotros la pregunta de cuánta tierra hay que defender y reconquistar como bien público, como espacio en el que poder actuar colectivamente. Y cuántos derechos sobre la tierra hay que reconquistar como derechos de toda la humanidad.

La tercera consecuencia tiene que ver con el hecho de que todas las luchas sobre la tierra quieren ser al mismo tiempo luchas en *defensa de la biodiversidad* y de los *diferentes saberes* –sobre todo indígenas– que *protegen esta biodiversidad y cooperan con ella*. No es casual que las luchas de quienes van a arrancar en las plantaciones las pequeñas plantas de eucalipto que devastan el suelo y los recursos hídricos y no dan ni alimento ni sombra a los pueblos[44] o de quienes defienden el *batua*[45] de la destrucción provocada por los herbicidas, las variedades de cereales y legumbres con elevado valor nutritivo o las variedades animales que, a través de una evolución natural milenaria y una cooperación equilibrada hombre-naturaleza, se han demostrado capaces de resistir y multiplicarse en los climas más diversos y hostiles, están impulsadas fundamentalmente por poblaciones indígenas. Pero las luchas de quienes defienden los recursos que la tierra ofrece y defienden su renovabilidad y diversidad constituyen una ocasión de vinculación vital también para nosotros, porque defienden un *trozo de tierra* y una *biodiversidad* que es también para nosotros recurso de vida y, por lo tanto, fuente de alimentos y de abundancia.

La cuarta consecuencia, estrechamente conectada con la anterior, en tanto que ligada a la salvaguardia de la biodiversidad, se refiere a la defensa de la tierra como *fuente de la evolución natural,* con lo cual bien común que reivindicar frente a la insistente pretensión de industrias y laboratorios de patentar y manipular los genes producidos por la naturaleza a lo largo de millones de años[46].

Si tenemos interés en hacernos cargo de estas consecuencias, al igual que han hecho ya en algunos aspectos los movimientos ecologistas en las propias regiones avanzadas, debemos reconocer asimismo que las luchas que hay sobre todas estas cuestiones en el denominado Sur del mundo también defienden material y culturalmente nuestros intereses. Por lo cual, incorporarlas en nuestro discurso político

[42] J. Roosa, «Resistance to the Plan has been Heavy. The Class Struggles of the Green Revolution in India», en *Midnight Notes* 9, cit.

[43] *Ibid.*

[44] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit.; y *Monocultures of the Mind. Perspectives on Biodiversity and Biotechnology,* Londres, Zed, 1993 [ed. cast.: *Los monocultivos de la mente: perspectivas sobre la biodiversidad y la biotecnología*, Monterrey, Fineo, 2008].

[45] Se trata de una hierba, que crece junto al trigo, rica en vitamina A, fundamental contra la ceguera. Cuarenta mil niños se quedan ciegos en India al año por falta de esta vitamina, cuya fuente de abastecimiento gratuito los herbicidas destruyen, contribuyendo a esta tragedia (V. Shiva, *Monocultures of the Mind. Perspectives on Biodiversity and Biotechnology,* cit.).

[46] El problema ha sido objeto de amplios debates, en especial en torno al proyecto de «genoma humano». Véase, entre otras cosas, el artículo de Teresa Riordan publicado en el *New York Times* del 27 de noviembre de 1995. Sobre los peligros en particular de los alimentos manipulados genéticamente, véase el documento de Mae-Wan Ho (documento mecanografiado, 1996).

quiere decir comprometerse en dos frentes. Por un lado, traducirlas en nuestra protesta contra las políticas actuales, y no sólo las agrícolas, y en nuestras reivindicaciones y prácticas; por otro lado, encontrar modos concretos de apoyarlas.

En particular desde el levantamiento zapatista, amplios sectores de movimiento en el mundo están experimentando iniciativas que, en el plano económico, político, social y cultural, van dirigidas a proporcionar un apoyo concreto. En el caso de Italia, nombramos las que están madurando en torno a la campaña *Ya basta*. Pero, tal como decía al comienzo de esta ponencia, las luchas que tienen una historia más arraigada en las regiones avanzadas, como aquellas sobre el salario/renta y sobre el tiempo, no suponen, con todo, un apoyo tan automático para quienes luchan en el Tercer Mundo. Si acaso, la experiencia nos dice que, ante el estallido del conflicto en las regiones avanzadas, el capital siempre ha migrado o, por lo menos, ha exportado algunos procesos laborales a los distintos Sures del mundo, donde el precio de la fuerza de trabajo es más bajo, o bien, con las distintas expropiaciones, ha inducido a los individuos a emigrar a los países más desarrollados, para asignarles el trabajo peor pagado. Cada vez resulta más evidente que circunscribir la lucha al binomio tiempo-dinero o, en todo caso, privilegiar en las propuestas que se hacen sólo estos dos aspectos[47] del problema, tal como se infiere entre otras cosas de llamamientos contemporáneos sobre el «qué hacer», como el de «los 35»[48], no basta. En efecto, no se puede omitir la cuestión de la progresiva *privatización-expropiación de la tierra* sobre la que se reinstituye sin cesar la clase de la economía global, a un precio desgarrador. El no reconocimiento de la centralidad que las operaciones sobre la tierra antes mencionadas tienen también en la nueva globalización de la economía, delata, a pesar de las buenas intenciones, un enfoque, por un lado, aún nordista-desarrollista y, por otro, de «Lázaro en la mesa del rico Epulón». Puesto que, mientras atiende a las políticas que atraviesan las regiones avanzadas pero sin analizar sus raíces en las regiones no avanzadas, y en ello estriba su nordismo, mientras da por ineluctable el tipo actual de desarrollo, que nos perjudicaría pero también nos beneficiaría, y en esto estriba su desarrollismo, tras haber constatado la enormidad del mal con respecto a la exigüidad del bien, no pide más que reducir un poco el mal. Y en esto recuerda a Lázaro, que no sé cuántas migajas cogió, pero por lo menos se trataba de una época en la que el pan era un producto natural. Problemas como el del desempleo o el de la reducción de los salarios y la desregulación del trabajo no pueden encontrar más que diques muy endebles si no nos pronunciamos y

[47] Hago aquí referencia a estas dos dimensiones, que definen en todo caso las coordenadas en las que los firmantes del llamamiento de «los 35» inscriben el Tercer Sector. Más adelante en el texto, dedicaré algunas consideraciones a dicho sector.

[48] Sobre el «llamamiento de los 35», véase *Il Manifesto,* 27 de octubre de 1996.

si no intentamos actuar en esos planos, como el de la expropiación/privatización de la tierra (y hoy más que nunca envenenamiento), en los que aún hoy se basa la acumulación capitalista. Ésta, gracias a tales operaciones, por un lado, sigue amontonando nuevos pobres expropiados, obligados a trabajar a cambio de cualquier salario y en cualquier condición en los lugares de origen o en los lugares de emigración, y, por otro, con nuevos saltos/aberraciones tecnológicas, ante todo con las tecnologías dirigidas a manipular genéticamente la vida, destruye la propia tierra como fuente autorregeneradora de alimentos y, por lo tanto, de abundancia, imponiendo cada vez más dependencia del mercado-laboratorio y, con ello, miseria y hambre. Y esto constituye la amenaza más letal al poder reproductivo del cuerpo social trabajador a escala planetaria.

De cualquier modo, la parte del discurso que se articula en torno al salario/renta y a la jornada necesita ya de iniciativas fuertes de conexión transnacional, también a escala sindical, que establezcan criterios de negociación aceptables tanto para el Norte como para el Sur, como para el Este. En este sentido, es importante la iniciativa lanzada por los sindicatos estadounidenses de planear la negociación junto con los sindicatos mexicanos. Pero ha habido ya otros numerosos ejemplos de autoorganización por parte de obreros de las *maquiladoras** en Centroamérica o en las *Free Trade Zones* [Zonas de Libre Comercio] de Asia que han establecido contacto con los sindicatos de Europa o Estados Unidos. O de obreros de una compañía asociada en Guatemala, la cual había trasladado sus maquinarias de la noche a la mañana y no había pagado los salarios correspondientes, que acudieron a los sindicatos en Estados Unidos para que pidiesen cuentas a la casa madre[49]. Y es necesario que los sindicatos a escala internacional planteen sobre todo el problema del trabajo que se extiende cada vez más en las cárceles y de sus condiciones[50]. Así pues, hay que «globalizar» realmente la perspectiva con la que se plantea la negociación sobre el dinero y sobre el tiempo y conjugar las luchas en este terreno a las que tan ligada está nuestra subsistencia en las regiones avanzadas del desarrollo con las luchas por la tierra que se dan en el mundo, en particular en el Sur del mundo.

Y, sobre todo, plantearnos el problema aquí, mientras se lucha también por el salario/renta: ¿cuáles y cuántos *commons* podemos reconquistar, no sólo para defendernos del mercado, sino también para minar a nuestra vez la fuerza invasiva del mercado?

¿Cómo conjugar la lucha por el dinero con la defensa/reconquista de la tierra como *common* y, con ello, con la defensa/reconquista de esa *biodiversidad, integri-*

[49] De tales iniciativas habla S. Federici en «The Worldwide Struggle against the World Bank and IMF», en *Midnight Notes* 12. *Studies in the New Enclosures,* de próxima publicación.

[50] M. De Angelis, «Autonomia dell'economia e globalizzazione», en *Vis à Vis* 4 (1996).

dad y renovabilidad de la naturaleza que, de acuerdo con lo que enseñan y practican las comunidades indígenas, *multiplica nuestras posibilidades de vida* en lugar de reducirlas y monstruosizarlas, tal como sucede cada vez más? Me refiero, por mencionar los ejemplos más cercanos, al suceso de las «vacas locas», a la trucha que sabe a pollo y al pollo que sabe a pescado. Pero al final todo sabrá a petróleo. ¿Qué haremos con un salario si sólo podemos comprar veneno? Está claro que cuestión de la tierra es lucha contra los *laboratorios* biotecnológicos que *manipulan las especies vivas*[51], desde los híbridos vegetales, más vulnerables a los ataques, mire usted (el hongo Karnal bunt ha infectado el trigo estadounidense, un híbrido de trigo y centeno, deteriorando, sólo en Arizona, 1.200 toneladas de cosecha)[52], hasta la vaca que produce más leche (gracias a la hormona de *Bovine Growth* [crecimiento bovino]) o que no tiene una gota de grasa. Es lucha contra la *progresiva industrialización* de la producción de alimentos, contra la *especialización* de los *cultivos por áreas geográficas* y la *internacionalización liberal* de los mercados. Siempre me han resultado muy significativas las siguientes declaraciones de Alan García, ex presidente de Perú:

> Las importaciones de alimentos no son sólo un problema de divisa extranjera, hacen perder a un país el contacto con su historia y con su geografía [...].
>
> Las sociedades han nacido de los alimentos, viven de los alimentos y construyen su conciencia del tiempo y del espacio a través de los alimentos que consumen [...]. Por este motivo, la democracia que queremos en Perú no es una democracia urbana, ni una democracia burocrática y administrativa. Perú quiere un nuevo encuentro histórico con su tierra, a través de la confirmación nacional de lo que son nuestros alimentos y nuestra geografía [...]. Queremos perseguir una transformación de un alcance mucho mayor, inspirada en el modelo alimenticio indígena, porque sólo de este modo habrá una revolución en todos los frentes: autonomía nacional, justicia y redención social[53].

[51] Resulta significativa a este propósito la documentación producida por organizaciones de comunidades rurales y tribuales, así como por mujeres del Sur y del Norte del mundo, con ocasión del Foro de Organizaciones No Gubernamentales, como alternativa a las líneas de acción que se presentaban en los documentos técnicos preparatorios de la FAO para la cumbre mundial sobre alimentación (Roma, 13-17 de noviembre de 1996). Constituye un ejemplo de tal documentación el llamamiento de Leipzig del 20 de junio de 1996, redactado por Maria Mies y Vandana Shiva, al que propuse adherirse a las mujeres y hombres de Italia. En el encuentro del «Día de las Mujeres sobre Alimentación», celebrado el 15 de noviembre con ocasión del Foro, compartí mesa con Mies, Shiva y otras estudiosas y activistas procedentes de distintos países.

[52] *Il Manifesto,* 17 de marzo de 1996.

[53] S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit., pp. 283 y 284.

Pero la *cuestión de la tierra,* de acuerdo con la lección indígena, es también una cuestión de *amor y respeto* hacia los demás seres vivos. Con lo cual es rechazo a que nuestros alimentos procedan no sólo de la *manipulación genética* de animales, sino también del *trato cruel tanto en las explotaciones ganaderas como en los laboratorios.* Y ésta es otra consecuencia que compromete a hacer que se escuche la voz y el empeño práctico contra el horror, por mencionar un sólo ejemplo, del ternero que no podrá nunca moverse, a veces ni siquiera ponerse de pie, no podrá nunca mamar la leche de su madre, ni pisar ni comer nunca hierba, sino apenas torcer el cuello para chupar la cadena que lo ata, buscando ese hierro que la anemia impuesta le niega para hacerlo «aún más blanco»[54].

En síntesis, en las nuevas técnicas y tecnologías, no hay vida y no puedo seguir discutiendo de posibilidades futuras de liberación inscritas en los estadios futuros de desarrollo mientras permito que hoy estas mismas técnicas y tecnologías sigan destruyendo la vida.

Las nuevas tecnologías, por sí solas, nunca me darán de comer. Mis alimentos proceden de la tierra y no puedo aceptar que vengan ni del envenenamiento del suelo, ni de la destrucción/tortura de los animales en laboratorios y explotaciones ganaderas. Del mismo modo que no puedo aceptar que vengan ni del trabajo forzoso ni de la exclusión de segmentos cada vez mayores de la humanidad de la posibilidad de alimentarse.

Si lo que hay detrás de las nuevas tecnologías es esta *solución agrícola,* creo que la primera batalla debe librarse sobre esto, no sólo vinculándose a las luchas de los agricultores y jornaleros del Tercer Mundo, sino preguntándonos qué quiere decir luchar por otra relación con la tierra y con los seres vivos, por esos *commons* que tenemos que reconquistar.

La «solución tecnológica» para la agricultura y para la cría de animales no ha funcionado, esto es algo reconocido[55]. La liberación del trabajo basada en la tesis de que se podía obtener una mayor «productividad» de la tierra, entendida como mayor

[54] El «testimonio» de un ternero llega de Francia. En el libro *Le Journal d'un veau* [Diario de un ternero], de J. L. Giovannoni (Deyrolle Editeur, 1996), el que toma la palabra es un ternero. Un texto que habla de nuestro mundo y de sus terroríficas matanzas.

[55] Me refiero no sólo a la bibliografía ecofeminista, sino también a ese enorme cúmulo de bibliografía ecologista en general y, sobre todo, a la documentación de las numerosas organizaciones de campesinos que protestan y se rebelan en el mundo. Para un planteamiento que parte de la relación entre crisis de la naturaleza y crisis del modo de producción capitalista, véase la argumentación sobre la «segunda contradicción» de James O'Connor, expuesta en la revista estadounidense *CNS Capitalism Nature Socialism* y recogida en Italia en la revista homónima, desde 1996 *Ecologia politica* (J. O'Connor, «La seconda contraddizione del capitalismo: cause e conseguenze», en *Capitalismo Natura Socialismo* 6 [1992]).

rendimiento, simplemente contando con cada vez más componentes mecánicos, químicos y biotecnológicos, se ha revelado una falsa liberación. A través de las distintas fases de la revolución verde hasta llegar a las biotecnologías, cada solución al problema no ha hecho sino abrir problemas aún mayores, mientras destruía formas de vida y envenenaba progresivamente la tierra. La imposibilidad de la «solución tecnológica» para la reproducción de los humanos[56] y, permítaseme, también para la producción de nuevos seres humanos, vuelve a presentarse en el caso de otras formas de vida. Lo que está vivo necesita ante todo de cuidado y el cuidado es la expresión de seres vivos. La tecnología sólo puede tener un papel en aspectos marginales. La tierra está viva. Su maltrato tecnológico ha demostrado que no se le puede tirar de un lado sin que se desgarre de otro. Pero si esto es verdad y si, por lo tanto, la presencia, el trabajo y el cuidado por parte de los humanos siguen siendo imprescindibles para que se puedan extraer de ella posibilidades de alimento que se regeneran y disponer de territorios en los que habitar, la idea de que, gracias a las tecnologías, podemos liberarnos del trabajo, aunque sea en esa famosa última fase, es una utopía.

Y esta cualidad del trabajo de reproducción, ligado no sólo a la crianza de los niños y al cuidado de los adultos, sino también a todo lo que está vivo y con lo que queremos y necesitamos relacionarnos para extraer de ello recursos y alegría con los que regenerar nuestra propia vida, abre un terreno de lucha todavía mayor por el tiempo, por la reducción de la jornada laboral, de hombres y de mujeres. Amplifica desde ya la demanda de tiempo necesario, no sólo para el cuidado interpersonal, sino para el cuidado de la tierra. En liza no está sólo el aumento del tiempo requerido para el cuidado del «reproducirse» de la vida, sino la celeridad, en la intensificación global del trabajo inducida precisamente por los nuevos saltos tecnológicos, que se ha impuesto sobre el propio trabajo de reproducción. *Desacelerar* la jornada laboral es entonces una consigna, una batalla crucial, para quienes, en la lucha por el tiempo de trabajo, quieren liberar ante todo los procesos y los ritmos del reproducirse de la vida. El credo tecnológico, que ha invadido y ahogado progresivamente el tiempo necesario para la reproducción de los humanos y de los humanos con la tierra, no ha hecho sino reducir las probabilidades de un futuro.

Cambiado el enfoque, redimensionado el problema, ¿cuánto espacio y qué papel puede tener entonces la tecnología? Y, sobre todo, ¿es posible poner en marcha desde ya una tecnología no inspirada en la lógica capitalista? Ésta es una cuestión que cada vez más mujeres y hombres están afrontando en distintas regiones de la tierra. Dedicarse a ella requiere abandonar algún que otro credo: entre otros, que no se puede mirar nunca atrás. Tal como reconocieron los propios ingleses, sus ingenieros

[56] M. Dalla Costa, *Potere femminile e sovversione sociale. Con «Il posto della donna» di Selma James*, cit.

no eran capaces de superar las obras hidráulicas sobre ríos concebidas y puestas en marcha en India antes de su llegada[57]. Del mismo modo que mucha «otra» tecnología y cooperación hombre-naturaleza, desarrollada a través de milenios y calibrada a partir de criterios de renovabilidad y biodiversidad, está incorporada en muchísimas de las denominadas semillas «naturales», que no son en absoluto «primitivas»[58]. ¿Tiene sentido y es posible conservar esta tecnología y sus criterios?

Pero, ¿qué es «atrás», qué es el «pasado»? Es el presente de la gran mayoría de habitantes del planeta y es un futuro que muchos defienden contra ese otro presente que se les propone.

Indicaciones de las luchas y de la autoorganización alternativa

Precisamente, lo que han emprendido los agricultores indios de la región de Karnataka contra los acuerdos del GATT [General Agreement on Tariffs and Trade, Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio], tomados en el encuentro celebrado en Uruguay en marzo-abril de 1994, es una gran lucha en torno a «¿pasado?, ¿presente?, ¿futuro?». La Karnataka Farmers Union [Unión de Agricultores de Karnataka], nacida hace catorce años y que en estos momentos ha alcanzado importancia política en doce de los diecinueve distritos del Estado de Karnataka (India), cuenta con 10 millones de afiliados, pertenecientes a todas las castas y religiones. Este sindicato se rebela contra las patentes de semillas y contra los consiguientes derechos de propiedad de las empresas, en detrimento de los derechos sobre las semillas de las poblaciones locales y en perjuicio, pues, de sus posibilidades de subsistencia. En efecto, los agricultores, si utilizan las semillas híbridas de laboratorio, se verán condenados a volver a comprarlas cada año, junto a los fertilizantes y pesticidas producidos en general por las mismas empresas, ya que estas semillas son estériles. En cambio, si intentan utilizar y vender semillas naturales, no es difícil que acaben citados a juicio bajo la acusación de vender ilegalmente semillas derivadas de los híbridos, recayendo sobre ellos la obligación de demostrar que no son culpables.

Junto a la protesta por esta normativa, está creciendo una profunda desilusión por la revolución verde, cuyos efectos devastadores, así como la insostenibilidad ecológica y económica de los componentes requeridos por sus híbridos, que, entre otras cosas, absorben cantidades anormales de agua, se van haciendo cada vez más evidentes. Por consiguiente, este sindicato lucha contra el sistema de patentes, híbridos y monocultivos y contra las distintas tecnologías contaminantes y destructi-

[57] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit.

[58] *Ibid.*; W. Schwarz, «Seeds of Discontent», en *The Guardian,* 11 de marzo de 1994.

vas. Defiende la posibilidad de mantener las semillas naturales y la tierra en nombre de la «soberanía alimentaria», entendida como derecho a la autosuficiencia alimentaria, basada ésta en la disponibilidad de la tierra y en el mantenimiento de sus poderes reproductivos. Por consiguiente, quiere impulsar una agricultura económica y ecológicamente sostenible, diversificada, basada en métodos naturales de reproducción de las distintas especies y dirigida en primer lugar a las necesidades internas. Como iniciativas prácticas alternativas a lo que se propone/impone desde las multinacionales, desde los grandes organismos internacionales y desde los gobiernos, estos agricultores han creado una serie de cooperativas para el desarrollo y el comercio de sus semillas naturales y las han llamado simbólicamente *«Seed Satyagraha»* [Semilla Satyagraha, siendo este último el nombre por el que se conoce la lucha no violenta de Gandhi]. Han creado, asimismo, un centro en Bangalore donde se conservan las semillas naturales y desde donde se distribuyen a la población. En la misma ciudad, han montado grandes manifestaciones y han construido encuentros y lazos con campesinos franceses y de otros países de Europa[59].

Entre los ejemplos citados con más frecuencia en relación con el abuso que representa el sistema de patentes, está el de la raíz del *neem,* una planta que crecía por todas partes y que se utilizaba por sus propiedades medicinales e incluso como insecticida. Una multinacional ha patentado sus derivados, provocando una lucha particularmente dura y extendida por parte de la población[60].

Pero la Karnataka Farmers Union forma parte, en la actualidad, de una red muy amplia de organizaciones rurales. La *Vía Campesina,* fundada en 1992. Esta red, muy presente en Centroamérica y América Latina, tiene puntos sólidos de conexión en otros muchos países. Ha celebrado su segunda conferencia internacional en Tlaxcala (México), del 18 al 21 de abril de este año. Actúa bajo el lema de la «soberanía alimentaria», entendida en los términos antes descritos. Pero la autoorganización para defender la base de la subsistencia –tierra y semillas naturales, ante todo– y la rebelión contra esas políticas que, por doquier, tienden en cambio a destruirla están creciendo y atravesando distintas regiones del planeta. Contra estas políticas y contra los grandes acuerdos económico-financieros que las sostienen, la propia rebelión zapatista representa un momento crucial de lucha y de autoorganización, no sólo para asegurarse la tierra y la vida, sino, también, como dice Marcos, «para poder elegir una película diferente»[61].

[59] *Ibid.*

[60] J. F. Burns, «Tradition in India versus a Patent in the U.S.», en *New York Times,* 15 de septiembre de 1995.

[61] Me refiero a las declaraciones hechas por Marcos y reproducidas por la prensa con ocasión de la Muestra de cine de Venecia, donde se proyectó el vídeo documental de Gianni Minà, «Immagini dal Chiapas» [Imágenes desde Chiapas], en septiembre de este año [1996].

Resulta interesante, en todo caso, advertir que, a escala de la comunidad, las formas de organización para garantizarse la tierra y la vida, en América Latina y en el resto del mundo, se han articulado en estos años de maneras muy diferentes. Por ejemplo, una cooperativa que ha optado por un tipo de autoorganización muy comunitaria para llevar las riendas de su destino es la de «Nueva Frontera», vinculada también a la red de Vía Campesina. En el Estado brasileño de Santa Caterina do Sul, organizada de manera colectiva en lo que respecta a la tierra, el trabajo, la maquinaria y las infraestructuras, permite que sesenta familias vivan con un bienestar superior al de los pequeños agricultores privados de la zona. El trabajo, aunque diversificado por sectores, se reparte entre todos por igual. Esta iniciativa partió de una ocupación de tierras de 1985 y, en 1988, los ocupantes obtuvieron el derecho legal sobre 1.200 hectáreas. En la actualidad, las familias de los miembros de la cooperativa viven en casas dignas, con agua, luz, teléfono y alcantarillado. Producen de forma ecológica cereales, hortalizas y fruta, tienen pastos y ganado, así como árboles y viveros de hierba mate. Cuentan también con un molino y una fábrica de vestidos. El *Movimento Sem Terra,* activo fundador de esta iniciativa y que en diez años ha conseguido que se concedan muchas hectáreas a centenares de familias, organiza ahora ocupaciones de tierra en el Mato Grosso[62]. La garantía contra el hambre y la miseria (experiencias, por otra parte, por las que ya se ha pasado) que la cooperativa representa se apoya en primer lugar en que los alimentos producidos se distribuyen en abundancia una vez al día o a la semana dentro de la propia cooperativa. Los excedentes se venden y se distribuyen los beneficios. Y esta garantía del consumo alimentario interno fuera de los mecanismos de mercado es la mayor defensa, porque el trigo, que puede llegar a precios mucho más bajos que en la vecina Argentina, no conlleva inmediatamente hambre, sino alimento. Hay una guardería y las tareas domésticas se reparten entre hombres y mujeres. O por lo menos así se cuenta.

La pregunta que con más frecuencia se hacía hasta ayer en situaciones similares era si una realidad como ésta no constituía un «atraso», del que los más jóvenes no podían sino pensar en emanciparse, huyendo a la ciudad. Pero, vistos los desastres de la economía global, a mí me parece en cualquier caso muy importante que estos habitantes urbanos de la tierra hayan encontrado un modo de no formar parte de los 800 millones de personas que pasan hambre. Y, en un intento de abordar en términos más actuales la susodicha pregunta, creo que hay que reflexionar sobre aquello que ya puso en evidencia Esteva[63], a saber, que la ciudad ha empezado desde hace tiempo a resultar mucho menos atrayente. Más bien, se ha abierto una pendularidad entre campo y ciudad. La ciudad se está «rerruralizando» y, si el péndulo se

[64] M. Correggia, «Una cooperativa contro la fame», en *Il Manifesto,* 21 de noviembre de 1996.

[65] G. Esteva, *The Revolution of the New Commons,* documento mecanografiado, 1994.

detiene, tiende más bien a hacerlo en el punto de partida. En la economía global, que desarraiga a las «mayorías marginadas», se ha puesto en marcha un proceso, fuerte y amplio, por consolidar las raíces propias. Cuanto mayor se ha hecho el desencanto hacia las promesas del desarrollo, mayor ha sido el sentido que se ha generado en cambio de autoorganización, de inventiva y de utilización también en sentido alternativo de lo que en algunos casos se ha traído de la ciudad (dinero, bienes, conocimiento y relaciones). Pero sin presuponer como postulado ineludible los bienes de la ciudad. *Doña Refugio* se niega a comprar una estufa de gas y se obstina en preferir el fuego en el centro de la cocina[64].

De manera equivalente, en las áreas avanzadas, mientras esta misma economía ha seguido expulsando de la posibilidad de acceso a fuentes de ingresos a un número creciente de personas, reduciendo al mismo tiempo los salarios y desregulando el trabajo, cada vez son más los individuos que se han planteado el problema de cómo conjugar la lucha por el salario/renta o por su falta con el esfuerzo por garantizarse de algún modo la subsistencia. Y de cómo reconquistar los *commons* no sólo para defenderse del mercado, sino para minar la fuerza invasiva del mercado. En las décadas de 1980 y 1990, numerosas comunidades del Primer Mundo han buscado y experimentado respuestas a esta cuestión. Desde el Estados Unidos afectado por el desmantelamiento de la industria y por el desempleo (en particular en los sectores de alta tecnología) a la Australia perjudicada por la entrada del Reino Unido en la Unión Europea, un cambio que le arrebataba el mercado de exportación más importante, en particular para los productos alimentarios. Por consiguiente, en función de las situaciones, junto a las luchas o en la dificultad de poner en marcha luchas, en estas décadas se han multiplicado a escala urbana y rural los intentos de autoorganizar economías alternativas o, por lo menos, de abrir espacios económico-sociales alternativos. Intentos, con frecuencia exitosos y a una escala considerable, de reconquistar *commons* y de vincular a escala local habilidades y recursos para no verlos partir sin retorno hacia los lejanos territorios de la internacionalización liberal de la producción y de los mercados. Las experiencias puestas en marcha en este sentido han constituido para muchos o bien el único recurso de supervivencia, o bien el recurso para una supervivencia mejor junto a la renta o a la lucha por la renta allí donde ésta aún subsistía.

Un precedente histórico que siempre merece la pena mencionar por el alcance que tuvo es la Liga de Ciudadanos Desempleados, Unemployed Citizens League, de Seattle, en Estados Unidos, durante la Gran Depresión de la década de 1930, la más amplia organización de autoasistencia y, en la práctica, de economía alternativa. Es-

[64] *Ibid.*

tuvo organizada en 22 distritos del Estado de Washington e incluyó a trece mil familias, cubriendo a casi cuarenta mil personas, que dependían de los programas de autoasistencia, a través de los cuales se *intercambiaban los servicios y los bienes que también se producían internamente*. A finales de 1932, en Estados Unidos, se contaban más de 100 organizaciones de autoasistencia e intercambio, con presencia en casi 30 Estados, *muchas* de las cuales *tenían sus propios sistemas de bonos-moneda* y también iniciativas de puesta nuevamente en marcha de la producción para uso propio en pequeñas fábricas que habían cerrado a causa de la crisis[65].

Pero, a diferencia de precedentes como éstos, en absoluto aislados en la historia de las iniciativas alternativas en Estados Unidos, las tentativas que han surgido en la década que acaba de terminar y en la presente tienden a plantearse no sólo como momento de defensa en una fase particularmente negativa de la economía[66], sino que, junto a la función de defensa, en absoluto subestimable ya que, para poder luchar, de algún modo hay que poder comer, quieren abordar de forma no transitoria una serie de cuestiones juzgadas esenciales para oponerse a este desarrollo y poner en marcha otros.

A fin de ofrecer en estas páginas tan sólo unas pinceladas de tales experiencias, creo que ante todo merece la pena reseñar aquellas iniciativas que cabe reunir en los horizontes definidos bajo las rúbricas de «ecología social», «biorregionalismo»[67] y distintas formas de «economías de comunidad» que están tomando nuevos rumbos y nuevo vigor. Evidentemente, tales definiciones aluden ante todo al intento de instituir otras relaciones entre los individuos y entre éstos y la tierra, tratando al mismo tiempo de relocalizar, de mantener en el ámbito regional, recursos, bienes, capacidades, habilidades y también dinero que, tal como decíamos antes, no se quieren dejar fagocitar por el incontrolable reino de la economía/finanzas globales. Considero importante mencionar experiencias urbanas o, en todo caso, desarrolladas también en áreas «avanzadas», porque las iniciativas desarrolladas en zonas rurales del Tercer Mundo, aunque en Italia todavía poco conocidas, son ya fáciles de imaginar. En cambio, la objeción que se suele plantear aquí, entre nosotros, es que discursos como éstos, portadores de la voluntad de establecer otras relaciones con la

[65] M. Dalla Costa, *Famiglia, welfare e stato tra Progressismo e New Deal,* cit.

[66] P. Ortoleva, «"Republic of penniless": radicalismo politico e "radicalismo sociale" tra i disoccupati americani (1929-1933)», en *Rivista di storia contemporanea* 3, año X (1981).

[67] La bibliografía al respecto es enorme. Por mencionar sólo uno de los autores más conocidos: M. Bookchin, *L'ecologia della libertà*, Milán, Eleuthera, 1995 [ed. cast.: *La ecología de la libertad: el surgimiento y la disolución de la jerarquía,* Madre Tierra, Móstoles, Madrid, 1999]. Para un repaso de los movimientos ecologistas en Estados Unidos, véase J. O'Connor, «Una politica rosso-verde negli Stati Uniti?», en *Capitalismo Natura Socialismo* 3, año IV (1994).

naturaleza, con los recursos humanos y con el propio trabajo de reproducción, son practicables precisamente en zonas rurales del Tercer Mundo, pero que cuesta imaginar cómo podrían echar raíces en las regiones avanzadas.

Dentro de cierta economía de la exposición, ofreceré primero algunos ejemplos que no se refieren directamente a la tierra, para presentar más adelante otros basados en ella. En cualquier caso, todos ellos se refieren a ella como espacio colectivo en el que, cada vez más, sus habitantes urbanos construyen autoorganización para retener recursos en el ámbito local, defenderlos y valorizarlos.

Partiré de lo que parece más alejado de la propia tierra, a saber, el dinero. Recurso cada vez más escaso en los bolsillos de agricultores, obreros, administrativos y trabajadores autónomos, y cada vez más abultado en los salones de juego de las finanzas globales, que, en sus partidas de azar, han puesto ya en peligro la vida de gran parte de la población del planeta. Por lo tanto, para muchos ha llegado ya la hora de plantearse el problema de cómo volver a tener dinero, a ser posible más útil y más amable. El planteamiento con el que se ha afrontado la cuestión ha pasado por acuñar otra moneda, concebida como medio de intercambio y no de especulación, sólo válida en el ámbito local. Hacer esto es legal en Estados Unidos y en varios países más. Se ha querido con ello apostar por la función que esta moneda podía desempeñar para reforzar y permitir que despegasen actividades (producción de bienes y servicios) a escala local, a fin de dotar de raíces más robustas las posibilidades de vida y de elección de vida de los individuos que constituyen la comunidad o la ciudad. Esto en lugar de dejar simplemente que se desarraiguen o de abandonarles en la indigencia y en el aislamiento provocados por los movimientos impredecibles de las finanzas globales.

Entre los modos ideados para construir economías alternativas de amplio radio sustituyendo el sistema del dinero, el primer puesto hay que asignárselo sin duda a los LETS, Local Employment and Trading Schemes [Planes de Empleo y Comercio Locales], un sistema de moneda local, los *«green dollars»* [dólares verdes], que registra intercambios de prestaciones coordinados a través del teléfono desde un servicio central. Sistema puesto en marcha en 1983 en el Valle de Comox (Columbia Británica) por Michael Linton. Programador informático que se quedó desempleado, constatando que muchos otros estaban en la misma situación, Linton desarrolló un interés particular en la elaboración de «economías de comunidad». En Canadá, los LETS se activaron por primera vez en 1988. La unidad de medida de los intercambios la constituye el *«green dollar»,* equivalente al dólar estadounidense. Pero, en este caso, la nueva moneda no circula, sino que sirve para computar el debe y el haber, de los que cada participante al sistema recibe mensualmente un balance, junto a la lista de nombres de los demás participantes y de las prestaciones que cada uno de ellos puede ofrecer. Con la entrada del Reino Unido en el mercado común

de la Unión Europea, Australia tuvo que destruir cantidades ingentes de productos alimenticios destinadas a este país. Se produjeron quiebras y un enorme desempleo. El gobierno australiano, entonces, en 1992, invitó a Linton para que difundiese los LETS y dispuso lo necesario para enseñar el sistema, publicitarlo y gestionarlo a través de ordenador. En la actualidad, en Australia, los LETS están tan extendidos que se considera que pueden representar una posibilidad tranquila de supervivencia en el caso de un posible colapso de la economía de mercado. También están muy extendidos, con algunas variaciones, en Estados Unidos y en el Reino Unido. En Australia, y probablemente también en otros lugares, se han utilizado también en combinación con la economía de mercado de diversas maneras. Por ejemplo, muchos han aceptado un 25 por 100 de los pagos en LETS y han visto crecer su volumen de negocios. Sobre todo, muchos, apoyando sus entradas/salidas *también* en los LETS, en lugar de hacerlo sólo en la economía de mercado, han aligerado la presión del mercado sobre su vida y sobre su ritmo de vida. Al igual que ha habido otros que han dejado sus activos en LETS a las iglesias, que los han utilizado para desempleados o gente de algún modo en dificultad. Entre otras cosas, el equivalente de los LETS donado caritativamente da derecho a una deducción de impuestos[68].

Para pasar a considerar ahora otro ámbito de iniciativas, trasladémonos al Estado de Nueva York, donde se erigen las ciudades de Ithaca y Binghamton, a una hora de autobús entre sí. La primera creó en 1991 un sistema de moneda local que ahora muchas otras ciudades quieren probar. Su inventor es Paul Glover, experto en economía comunitaria y ecológica, así como autor de *Los Ángeles. A History of the Future*[69]. Se trata de las *Ithaca Hours* [horas de Ithaca], moneda local cuya unidad equivale a 10 dólares, es decir, al valor del salario medio por hora de un trabajador cualificado. Esta moneda tiene una circulación circunscrita a la ciudad, pero con ello basta, porque el objetivo de la iniciativa es precisamente mantener el dinero en el ámbito local y, con ello, reforzar también económicamente la vida de la ciudad. Resulta significativo que otras 400 comunidades de 48 Estados de Estados Unidos hayan pedido el *kit* para aprender las modalidades de aplicación del sistema y estén siguiendo los pasos de Ithaca[70].

---

[68] S. Meeker-Lowry, «The Potential of Local Currency», en *Z-Magazine* (julio-agosto de 1995) y «Community Money. The Potential of Local Currency», en J. Mander y E. Goldsmith (eds.), *The Case Against the Global Economy. And for a Turn Toward the Local,* San Francisco, Sierra Club Books, 1996.

[69] P. Glover, *Los Angeles. A History of the Future,* Los Ángeles, Citizens Planners of Los Angeles, 1994.

[70] S. Meeker-Lowry, «The Potential of Local Currency», cit., p. 16; y «Community Money. The Potential of Local Currency», cit.

De nuevo dentro del intento de retener el dinero en el ámbito local, hay que señalar también iniciativas como los *Deli Dollars,* que toman su nombre de un negocio de dulces (de exquisiteces, en Great Barrington, Estados Unidos) que corría el peligro de cerrar porque su contrato de alquiler había vencido y aceptar otro quería decir pagar el doble. Necesitaba un adelanto de dinero. Pero no podía acceder a las vías normales de crédito, así que el administrador de la pastelería acudió a SHARE [Compartir, acrónimo de Self Help Association for a Regional Economy, Asociación de Autoayuda por una Economía Regional], que le sugirió emitir una moneda propia. Se llamó *Deli Dollar* y en la práctica era un recibo que se convertía al mismo tiempo en un cheque de compra. Los clientes interesados en que la tienda no desapareciese prestaron cada uno 9 dólares, obteniendo a cambio un bono-moneda que les hacía acreedores de 10 dólares en productos de la misma tienda dentro de un determinado lapso de tiempo. Talento, tienda y dinero se mantenían así dentro de la comunidad para reforzar la propia comunidad. Imitaron el ejemplo con éxito varias iniciativas comerciales y productivas en distintos sectores, hasta el punto de que se habló de él en los periódicos más importantes y en las mayores cadenas de televisión estadounidenses y japonesas y se multiplicaron los proyectos inspirados en él[71].

Existe otro sistema, los *Time Dollars,* extendidos ya en 150 comunidades de 38 Estados de Estados Unidos, en el que participan miles de personas. A diferencia de las *Ithacà Hours* y de los LETS, que están abiertos a distintas valoraciones del valor de las horas intercambiadas (por ejemplo, las de quienes deben utilizar equipos caros para prestar su trabajo), estos dólares mantienen una absoluta equivalencia entre las horas que se intercambian. En Nueva York, el programa *Womanshare* [Mujercomparte] ha constituido una expresión específica de los *Time Dollars* dirigida a valorizar y utilizar el trabajo de las mujeres en tanto que poseedoras de muchísimas habilidades profesionales. Pero hay que subrayar que el trabajo de reproducción, en estos sistemas, tiene el mismo reconocimiento que otros trabajos considerados profesionales y, por lo tanto, merecedores de una buena retribución en la economía de mercado. Tal como decía, sólo en casos excepcionales de utilización de maquinaria costosa o en presencia de otras condiciones onerosas, algunos sistemas adoptan algunos criterios de valoración. Se han puesto en marcha programas de *Time Dollars* en Boston, St. Louis, San Francisco y El Paso. En Michigan y en Missouri se han lanzado también con el apoyo de instituciones locales y estatales. Algunas veces se han incorporado en sistemas sanitarios[72].

[71] S. Meeker-Lowry, «Community Money. The Potential of Local Currency», cit.

[72] *Ibid.* y S. Meeker-Lowry, «The Potential of Local Currency», cit.

Pasando ahora a considerar otro ámbito de iniciativas, Mary Mellor[73] subraya que, hace más de treinta años, se revitalizó en el Reino Unido un movimiento cooperativo que nunca había muerto del todo y que, fundado en Brighton en 1818 para proporcionar comida sana a los consumidores, se había articulado y diversificado con el paso del tiempo, llegando a implicar en la década de 1950 a cerca de doce millones de colaboradores, el 25 por 100 de la población del Reino Unido. En la década de 1960, este mismo movimiento vio surgir nuevas cooperativas, muchas de ellas dedicadas precisamente al abastecimiento de productos alimentarios genuinos. En Japón, constituyen una experiencia equivalente las Seikatsu Club Consumer Cooperatives [Cooperativas de Consumo del Club Seikatsu], que conectan a los colaboradores, en tanto que consumidores, con las fuentes de producción biológica. Pero la cooperación, que en el Reino Unido se ha ido extendiendo cada vez más, incluso en los barrios degradados y empobrecidos de las ciudades, poniendo en marcha tiendas de alimentación cooperativas, donde se compra comida nutritiva a buen precio, ha favorecido también la constitución de pequeñas empresas locales para los servicios esenciales, como lavanderías automáticas y tiendas de reparaciones. En otras ocasiones, tal como observa de nuevo Mellor para el caso inglés, pero puede aplicarse también a otros contextos, ha sucedido que las cooperativas de consumo de alimentos genuinos han terminado estando compuestas por más personas de clase media que de estratos obreros o pobres. Pero, en la época actual, tal como ilustraré más adelante hablando de Estados Unidos, quienes toman la iniciativa por un movimiento que, sea o no cooperativo, está en todo caso basado en la autoorganización de redes y dirigido ante todo a resolver el problema de la comida, son precisamente las comunidades empobrecidas y a las que el estadio más elevado de desarrollo ha impedido alimentarse de manera decente. De igual manera, de nuevo en este país, quien ha dado radicalidad de clase como composición y como perspectiva a muchas iniciativas dirigidas a garantizarse tanto una comida sana como un medio ambiente sano ha sido y es, como no podía ser de otro modo, el movimiento indígena en torno a la cuestión de la tierra. Es decir, la cuestión de la tierra como bien que hay que preservar en tanto que fuente de alimento y en tanto que hábitat ha caracterizado y en muchas situaciones recompuesto la lucha de los nativoamericanos, de los hispanos, de los afroamericanos, de los asiáticoamericanos y de los trabajadores manuales blancos. Esta lucha y esta recomposición han madurado, por ejemplo, en torno a los vertederos de desechos tóxicos que, en virtud de un racismo medioambiental, se han situado preferiblemente en zonas habitadas por personas de color y

[73] M. Mellor, «Il materialismo della comunità. Dall' "altrove" al "qui"», en *Capitalismo Natura Socialismo* 1 (1995).

por blancos pobres[74], dañando con ello el territorio y, por lo tanto, la fuente primaria de alimento.

En *Minnesota*, en *Wisconsin* y en *Vermont*, se han puesto en marcha, a su vez, luchas por la cuestión de la *Bovine Growth Hormone* [Hormona de Crecimiento Bovino], que hace que la vaca produzca más leche. En torno a esto, se han unido movimientos animalistas y ecologistas y pequeños agricultores blancos contra la agroindustria. De hecho, de acuerdo con una secuencia que se repite idéntica en cada rincón del mundo, la ruina del animal es también la ruina de las pequeñas economías y el medio ambiente. Se trata de una cuestión abierta también para nosotros y que vuelve a presentarse con otras casuísticas por doquier.

En *Arizona*, se ha producido una unión entre indios y pequeños agricultores blancos para luchar contra las compañías mineras, que quieren el territorio de las reservas porque recientemente han descubierto que, en el subsuelo, hay uranio, petróleo y carbón, y contra la agroindustria, que quiere la tierra de los agricultores porque se adapta a los cultivos intensivos. En este caso, tal como está sucediendo en muchos otros, la defensa de la tierra da por primera vez pie a la unión de sectores de población que siempre habían estado en conflicto. Y no sólo. Sino que el levantamiento zapatista libera y potencia además, aquí como en muchas realidades, otras exigencias. Por ejemplo, para los indios, el poder de volver a sacar con fuerza renovada los litigios pendientes en los tribunales por los robos de tierra[75].

Pero, mientras que, por un lado, se multiplican las iniciativas de uso alternativo[76] de la tierra contra las políticas de la economía global, por otro, se multiplica el conflicto por defender la tierra de usos siempre nuevos para pocos que perjudican sus funciones como bien común para muchos. En torno a estructuras para el tiempo libre de unas pocas personas acomodadas, como los campos de golf, en Dalat, Vietnam, ha empezado a correr ya la sangre de quienes sacaban su sustento de los arrozales situados en la misma zona[77] y, en Tepoztlán, cerca de Cuernavaca, México, se ha sublevado la población que quiere, por su parte, mantener como bien medioambiental común el parque público situado en el área destinada al *green*[78].

En octubre de 1993, el *New York Times* anunciaba que la Oficina del Censo ya no tendría en cuenta el número de estadounidenses que vivían en granjas. El motivo, tal como explicaba el periódico, era que se había pasado de los 32 millones presentes bajo esta categoría entre 1910 y 1920, un tercio de la población, a unos 23 millones en 1950 y a unos 4,6 millones en 1991, es decir, menos del 2 por 100 de la población nacional, una disminución de medio millón al año en los últimos 41 años. Además, en 1991, el 32 por 100 de los que dirigían una granja y el 86 por 100 de los que trabajaban en ella no vivían en los terrenos de la granja. Lo que implicaba, tal como observa Berry[79], que los políticos ya no tenían que plantearse el problema de qué iban a votar los granjeros. Sencillamente habían desaparecido.

Dentro de un panorama rural semejante, con las consecuencias que tiene sobre el arrendamiento de la tierra, la gestión del producto agrícola y el desempleo y al que hace sombra un mundo industrial que cada vez deja más en la calle a sus obreros urbanos, ha despuntado también en las regiones avanzadas un movimiento que ha hecho de la alimentación su caballo de batalla.

Nacido no sólo para oponerse a las consecuencias del modelo actual de desarrollo agrícola-industrial, sino también para intentar poner en marcha alternativas de vida distintas, este movimiento está tomando cada vez más consistencia en numerosas ciudades estadounidenses, muchas de ellas afectadas por el desempleo, con la consiguiente fuga de la gran distribución y el consiguiente cierre de comercios. Se caracteriza por estar orientado a activar una agricultura biológica a escala local, para asegurar a la comunidad comida y, sobre todo, comida fresca y genuina. Es el caso de Binghamton, la ciudad vecina de Ithaca, antes mencionada, que, tras el traslado de IBM al Tercer Mundo y tras la subsiguiente desaparición de supermercados, se ha abierto no sólo a la reutilización de la tierra circundante a través de cultivos biológicos, sino también a culturas diferentes, estableciéndose, gracias al tiempo recuperado, nuevas relaciones con los indios de las reservas situadas en los alrededores. Pero es también el caso de Detroit, antes capital del automóvil, y de San Francisco. En esta ciudad, el director de la San Francisco League of Urban Gardeners [SLUG, Liga de Jardineros Urbanos de San Francisco], Mohammed Nuru, asevera: «Estamos afrontando el ciclo completo, no una sola cuestión»[80]. El ciclo completo incluye justamente dar vida a una comunidad empobrecida que no puede contar con estructuras normales de reproducción como viviendas decentes, comida, tiendas o zonas verdes públicas. Por lo que la autoorganización para procurarse la comida se convierte en motor de autoorganización de otra serie de iniciativas que, basándose en habilidades y recursos locales, aspiran a rediseñar y rearticular el contexto en el que se vive y dan lugar a la recomposición de sectores diferentes de población y diferentes competencias laborales. Bajo el lema de la «se-

[74] J. Schwab, *Deeper Shades of Green*, San Francisco, Sierra Club Books, 1994.

[75] *Ibid.*

[76] Doy las gracias a Steven Colatrella por haberme proporcionado importantes indicaciones y referencias bibliográficas al respecto.

[77] *Il Manifesto*, 26 de mayo de 1996.

[78] P. Cacucci, «La rivolta di Tepoztlán», en *Il Manifesto*, 23 de abril de 1996.

[79] W. Berry, «Conserving Communities», en J. Mander y E. Goldsmith (eds.), *The Case Against the Global Economy. And for a Turn Toward the Local*, cit.

[80] Ch. Cook y J. Rodgers, «Food First», en *In These Times*, 30 de octubre de 1995.

guridad alimentaria para la comunidad», una idea que, en la década de 1990, ha empezado a alzar el vuelo de manera simultánea desde la costa del Atlántico a la del Pacífico, se ha formado a escala embrionariamente nacional la Community Food Security Coalition [Coalición por la Seguridad Alimentaria para la Comunidad], que ha instaurado redes que aseguran ni más ni menos que la producción de comida genuina, en tanto que se cultiva con criterios biológicos y en tanto que su distribución, a bajos precios, se dirige en primer lugar al ámbito local.

La coalición declara querer instaurar un «sistema alimentario más democrático» y reúne a 125 agrupaciones que conectan bancos de alimentos, redes de empresas agrícolas familiares y organizaciones contra la pobreza, todos ellos grupos que en el pasado no era habitual que trabajasen juntos. Los programas de tales redes, que sin duda funcionan gracias al nuevo impulso que junta a las personas, ponen en contacto pequeños agricultores rurales o urbanos, bancos de alimentos, como decíamos, comedores gratuitos para pobres y comunidades con pocos ingresos. O imprimen un giro a programas de toda la vida, como la *Community Supported Agriculture* [CSA, Agricultura de Base Comunitaria], cuyos orígenes se remontan a iniciativas desarrolladas a mitad de la década de 1960 en los suburbios pobres de Tokio para garantizar leche y vegetales frescos. En 1968, se montaron iniciativas como éstas en Alemania y, más tarde, en la década de 1970, en Suiza (Ginebra y Zurich). En 1985, se instauró el primer proyecto de CSA en Estados Unidos, en concreto en South Egremont (Massachusetts)[81], y se difundió con tal celeridad que, a principios de la década de 1990, tenía presencia en diferentes versiones en todos los Estados de la federación. Con la CSA, los miembros de la comunidad adelantan el dinero a los pequeños agricultores locales o prestan directamente trabajo, quedando como acreedores del equivalente en producto agrícola de temporada. En términos generales, tiende a difundirse el compromiso de comprar producto fresco de los agricultores locales en lugar de hacerlo en supermercados. En Los Ángeles, en octubre de 1995, se puso en marcha uno de estos proyectos de CSA, que une al Southland Farmer's Market [Mercado de Agricultores de Southland] con la Universidad de California (UCLA) y está dirigido a garantizar vegetales frescos una vez a la semana a habitantes de barrios con pocos ingresos. En muchísimas ciudades estadounidenses, se están difundiendo iniciativas de activación de huertos locales, de construcción de mercados locales y, con ello, de garantía del suministro de productos agrícolas frescos a bajo coste. En Austin, Texas, iniciativas como éstas se han desarrollado en el Eastside, el barrio más mísero de la ciudad, con un 40 por 100 de familias bajo el umbral de pobreza, con relativos problemas para lograr alimentarse decentemente y dificultades de abastecimiento. En

[81] D. Imhoff, «Community Supported Agriculture», en J. Mander y E. Goldsmith (eds.), *The Case Against the Global Economy. And for a Turn Toward the Local,* cit.

este barrio y en otras ciudades se ha creado también un servicio de transporte para permitir que los clientes con pocos ingresos lleguen a las pequeñas tiendas creadas para distribuir estos productos. Se han desarrollado experiencias similares en Oakland, California, donde los activistas han llegado a construir lazos con las redes de servicios para el suministro de alimentos en colegios y en domicilios de personas con particulares dificultades. Del mismo modo, el Homeless Garden Project [Proyecto de Jardín para Personas Sin Techo], en Santa Cruz, California, está dirigido de manera expresa a proporcionar trabajo y alimentos frescos a muchos ciudadanos sin casa. La diferencia de fondo de estos proyectos con respecto a otros que se han dado en el pasado es que no sólo apuestan por la «distribución» de comida o de bonos-comida desde el Estado o desde otras entidades, sino por la «producción y distribución en términos de autosuficiencia»[82].

Otra iniciativa sobre la cuestión de la tierra, por un mayor control de este recurso, la constituyen las Public Land Trust [Fundaciones por el Suelo Público], con las que las personas juntan fondos para comprar terrenos. El objetivo es preservarlos como pedazos de naturaleza virgen o utilizarlos para construir en ellos viviendas. Las viviendas se pueden revender, pero no el suelo sobre el que se levantan. De este modo, el precio de la vivienda se mantiene más bajo y accesible para franjas no acomodadas de la población.

En virtud de la economía de la exposición, no he hecho sino esbozar los primeros ejemplos de autoorganización alternativa, con la intención de subrayar en cualquier caso que el movimiento en torno a la soberanía y a la seguridad alimentaria en los términos antes definidos y, por lo tanto, en torno a la disponibilidad de la tierra es el movimiento que, atravesando el Sur y el Norte del mundo, con más fuerza se está desplegando, así como el más significativo. Además, junto a las iniciativas recién mencionadas, es posible incluir otras muchas, como corolario de tal movimiento, con trayectorias de peso a sus espaldas[83], tanto en las áreas avanzadas como en el Tercer Mundo, tanto en contextos urbanos como en contextos rurales. Se están probando nuevas prácticas. Lo que resalta y, a mi juicio, hay que subrayar es precisamente el intento de conjugar una nueva relación con la tierra (para el *cultivo,* para la *vivienda*, como *espacio público*) con la retención de otros recursos en el ámbito local, desde las competencias laborales hasta el dinero, a través de la instauración de

[82] C. Cook y J. Rodgers, «Food First», cit.; D. Imhoff, «Community Supported Agriculture», cit.; W. Berry, «Conserving Communities», cit.

[83] Un ejemplo más. En Lima, Perú, el 85 por 100 de las líneas de autobús están controladas por operadores ilegales. La red de transporte alternativa permite realizar cualquier trayecto de un extremo a otro de la ciudad con un máximo de dos viajes y a menos de diez céntimos de dólar. Y, sobre todo, la red cubre los trayectos reales de las personas (S. George, *Il debito del Terzo mondo,* cit., p. 290).

nuevos ámbitos de comunidad, reapropiándose del valor de uso contra el valor de cambio. En este sentido, se trata de autoorganizarse para relocalizar el desarrollo.

El movimiento en esta dirección marca una diferencia neta con respecto a las iniciativas que representan gran parte del denominado Tercer Sector en Italia. Precisamente porque no se trata de dar por ineluctable, junto al desarrollo capitalista, el malestar por sus repercusiones, contentándose con curar sus heridas con parches que aguantan poco. Y mucho menos de adoptar una óptica de empresa sobre el malestar. Pero tampoco de activar un voluntariado que, constreñido entre las leyes de la economía global, cuando no ambiguo en sus maneras de apañarse dentro de ellas, confirma relaciones de dependencia en el binomio «benefactor-beneficiado». Mucho menos de mantenerse como espectadores de una proliferación parasitaria a escala internacional de entidades e iniciativas que viven de la «¿ineluctable?» extensión del hambre y de la muerte en el mundo. En lugar de ello, se impone la autoorganización, partiendo de una recuperación de las riendas de la «soberanía alimentaria», como cabo del hilo de Ariadna que ayuda a salir del «laberinto de lo ineluctable». Autoorganización como voluntad de decir *ya basta,* vinculándose a todos los que han tomado la misma decisión, consagrando a un mismo tiempo el corazón y la cabeza al objetivo de gestionar la tierra, el trabajo y el dinero de tal suerte que construyan caminos diferentes.

Creo que también entre nosotros habría que construir algún tipo de *biorregionalismo* o *ecología social* o *economía de comunidad* en el sentido antes expuesto. De la lucha por el salario/renta a la autoorganización que se aventura hacia nuevas formas de economía alternativa como dique frente al mercado y como experimentación de nuevas modalidades de vida, creo que a la «nueva globalización» hay que oponerse desde más flancos, encontrando nuevas alianzas, descubriendo viejos y nuevos *commons,* tomándose nuevas libertades.

Intervención III
La guerra contra la subsistencia*

Me ha parecido importante aceptar la invitación de los estudiantes a venir a debatir de cuestiones que nos afectan a todos tan profundamente, no sólo como estudiantes y docentes, sino como seres humanos y ciudadanos. De hecho, creo que la Universidad debe ser como el *río redondo,* por utilizar la imagen de una técnica agrícola india, que construye saber bebiendo de los estímulos externos, elaborándolo y devolviéndolo a toda la sociedad. El río redondo lleva agua a los cultivos, pero éstos le devuelven el agua que el campo no consume para que la lleve a otros lugares.

En relación con la guerra que se está desplegando ahora y que proyecta futuros escenarios, dejo a otros la discusión sobre el petróleo y el gas y sobre la nueva configuración y el reparto del control político sobre las diferentes áreas geográficas, ya que estos temas se debaten ampliamente en las revistas y en los periódicos más importantes. Quisiera, en cambio, decir algunas cosas respecto a un *aspecto que puede parecer irrelevante,* aunque a mi juicio es central, y que acompaña de manera más o menos visible todas las guerras que se han sucedido en las últimas décadas, a saber, el aspecto de *destrucción masiva de tierras* y, con ellas, de *recursos para la subsistencia,* ya sean tierras de *pastoreo* o tierras para una *agricultura sostenible y diversificada, destinada ante todo al consumo interno*. De Angola a Kosovo y a Afganistán, cada vez se elimina la posibilidad de cultivo en más porciones de tierra, puesto que están contaminadas por material bélico, ya se trate de minas antipersona o sustancias tóxicas de larga duración, como el uranio empobrecido. A diferencia de las incursiones e incendios de las guerras antiguas, nos encontramos ante artefactos bélicos que provocan un

* M. Dalla Costa, «La guerra alla sussistenza», intervención en la Asamblea de estudiantes contra la guerra, Facultad de Ciencias Políticas de Padua, Aula Magna, 12 de diciembre de 2001.

daño infinito. ¿Cuándo se podrá volver a cultivar esa tierra?, y, cuando se cultive, ¿no producirá monstruos? *Cada vez más cuerpos quedan mutilados y dejan de poder cultivar la tierra.* Se devastan ovejas, huertos y vacas lecheras. ¿Accidente de guerra o sistema de guerra?

¿Sistema de qué tipo de guerra? A mi juicio, de la *guerra contra las economías, contra la posibilidad y contra los criterios de la subsistencia,* que pasa, justamente, por la *expropiación continua y sistemática de tierras y por su contaminación,* ya sea con artefactos bélicos o con pesticidas. A este respecto, guerra e imposición del monocultivo de exportación van en el mismo sentido. Ambas destruyen posibilidades de subsistencia y reservan el derecho a vivir para cada vez menos individuos.

Hace cinco siglos, la *gran operación de expropiación de tierras* en Inglaterra fue sin duda lo que permitió la puesta en marcha de este sistema de producción, ya que generó una masa de expropiados empobrecidos, una población que, precisamente, parecía «sobrante» y de la que se pudo extraer una fuerza de trabajo dispuesta a trabajar bajo cualesquiera condiciones, en la medida en que se vio privada de los medios de subsistencia. Se hizo evidente enseguida que *este sistema,* para funcionar, necesitaba *crear hambre y miseria.* Uno y otra constituían la *premisa necesaria para la puesta en marcha* del sistema de trabajo asalariado y de la posibilidad de estratificarlo hasta determinar para él condiciones esclavistas, algo que no sólo sucedió a través de la trata incentivada de esclavos, sino dentro de la propia Inglaterra. Baste recordar la legislación contra los vagabundos pobres, que autorizaba al denunciante a hacer trabajar como esclavo a su servicio a todo aquel al que denunciara por vagabundeo. La estratificación del trabajo hasta condiciones esclavistas se ha prolongado hasta el día de hoy, hasta tal punto que se calcula que, en la actualidad, existen 200 millones de esclavos, de los cuales 150 millones son niños. En aquel entonces, se puso, pues, en marcha una guerra contra una posibilidad de vida para toda la humanidad y no sólo para una parte de ella, una guerra que generaba muchas otras guerras, porque la injusticia, el drama social que producía sin cesar, vida frente a no vida, concentración de la riqueza frente a expansión de la miseria, se extendía cada vez más, reclamando nuevas guerras. Pero hoy la expropiación de tierras sigue siendo necesaria para este sistema de producción y su estratificación del trabajo. Así pues, el *robo de tierras* constituye el *gran misterio silenciado* en los debates gestionados por los medios de comunicación sobre el hambre en el mundo o sobre la explosión demográfica. La humanidad parece cada vez más sobrante porque se la hace sobrante en relación con unos medios de reproducción que ya no tiene porque se los han arrebatado. Y se trata de una humanidad aún más debilitada en la medida en que se ve continuamente desarraigada de su territorio, destinada a languidecer en los campos de refugiados, a alimentar flujos migratorios de trabajo a bajo coste o a engrosar las bolsas de pobreza de los cinturones urbanos.

En este sentido, las *guerras completan* lo que el proceso de la *Revolución verde* emprendió en diferentes países. Una «revolución» que robó las *mejores tierras,* para destinarlas a los monocultivos de exportación, con frecuencia con subvenciones gubernamentales, mientras se retiraban las subvenciones a los cultivos más pequeños para el consumo interno. Y que, privatizando la tierra antes destinada a un uso común, *expulsó* a la población que vivía de ella, condenándola a la indigencia. Se trata de un proceso muy conocido y criticado por los estudiosos del desarrollo capitalista, que se ha extendido *de América Latina a África y a Asia.*

Cuando, en 1532, Pizarro *conquistó Perú,* no sólo encontró oro, sino enormes reservas de alimento. Perú había resuelto con brillantez no sólo el problema de la autosuficiencia alimentaria, sino también el del aseguramiento para los periodos de carestía o calamidad. Y, sin embargo, no conocía ni la rueda ni el arado de tracción animal, que ya aparecía representado en Egipto en el año 2700 a.C. y que permitió generar excedentes en los campos para alimentar la ciudad. Alan García, ex presidente de Perú, encontrando paradójico que los incas lograsen dar de comer a su gente y, en cambio, la economía capitalista no, declaró, en determinado momento, su intención de restablecer el sistema alimentario indígena para instituir un sistema alimentario más democrático, es decir, al alcance de todos, pero las grandes potencias financieras se volcaron en desalentarle. A Occidente no le gusta la autosuficiencia alimentaria de las poblaciones. Le gusta crear pobreza y dependencia. Cultiva «sus» 820 millones de hambrientos y sus 1.200 millones de individuos con graves insuficiencias alimentarias.

Durante la década de 1980, la insistencia por parte de los grandes organismos financieros internacionales en la necesidad de asignar un precio a la tierra, de privatizarla y, por lo tanto, sustraerla al uso comunitario de las poblaciones allí donde todavía era un bien colectivo (por ejemplo, en varios países africanos), se *conjugó con la drástica aplicación de las políticas de ajuste estructural,* que no sólo agravaron de manera dramática el empobrecimiento de las poblaciones, hasta el punto de que, en la década de 1980, se registraron por doquier revueltas por el pan, reprimidas con mucha dureza, sino que, con ello mismo, al disminuir las pretensiones de la gente, allanaron el camino al neoliberalismo, constituyeron su fase preparatoria, puesto que éste exige en todas partes menos expectativas, menos protecciones y salarios más bajos para que las empresas puedan competir más libremente en la economía globalizada.

La siguiente fase en este proceso de expropiación y mercantilización de la tierra tiene que ver, como es sabido, no sólo con la apropiación de sus kilómetros cuadrados, sino con la apropiación, *alteración y capitalización de sus poderes reproductivos* a través de las biotecnologías modernas y del sistema de patentes. Es el liberalismo aplicado a todos los aspectos de producción de la vida. Es la destrucción de la tierra como destrucción sistemática de su biodiversidad, verdadera fuente de abundancia y

garantía de sustento. Como bien dice Vandana Shiva: «Cuando la ingeniería entra en las ciencias de la vida, la renovabilidad de la vida como sistema que se autorreproduce avanza hacia su fin»[1]. Y, con ella, insistimos, avanza hacia su fin la posibilidad de subsistencia de las poblaciones.

Por lo tanto, la guerra que se libra por la *disponibilidad de tierra es la misma que la que se libra por la conservación* de su biodiversidad y, con ella, de su posibilidad de regeneración y de generación y sostenimiento de las poblaciones que la habitan. Es la misma guerra que se libra por un *saber agrícola* que quiere respetar los criterios de la sostenibilidad, ante todo el de *sacar, sí, pero con medida y devolviendo,* en tanto que, al salvaguardar los poderes reproductivos de la naturaleza, se salvaguarda la posibilidad de subsistencia humana, de vida, contra la lógica de destruir para sustituir, privatizando, capitalizando, depauperando.

La alternativa hacia la que, a fin de cuentas, tiende *esta destrucción sistemática de las economías y de los criterios de la subsistencia,* a través de la imposición de un alimento sólo industrial, que hay que comprar en su totalidad, fruto de la especialización por áreas geográficas y de la internacionalización liberal de los mercados y, por ello, con mucha frecuencia importado, conservado y muy manipulado, es la de un *dominio total del dinero sobre cualquier posibilidad de subsistencia y sobre cualquier aspecto de la vida.* Para la masa de individuos convertidos en sobrantes, *no está sólo en juego* la relación entre ausencia de salario o salarios demasiado bajos y precio de los alimentos, *no está sólo en juego* un estatus de eternos dependientes de ayudas que con demasiada frecuencia se conceden tarde y no llegan a los verdaderos destinatarios, *no está sólo en juego* la pérdida de la relación con la propia historia y con las propias geografía, cultura e identidad. *Está en juego, para todos, la pérdida de la libertad* y la entrada en una *situación de dependencia y de chantaje absolutos.*

Por lo tanto, *esta guerra* contra la *posibilidad y los criterios de subsistencia,* contra la *madre tierra,* es la más letal de todas las guerras. Pero también es la guerra contra la que en las áreas más remotas del planeta, *en particular desde la década de 1990, la humanidad se está preparando,* construyendo alternativas y resistencia, recuperando saberes, reactivando antiguos métodos agrícolas y redescubriendo variedades infinitas de semillas y ríos redondos. Y creo que, ante todo, de cómo nos relacionemos con estas cuestiones y con estas redes organizativas depende la reapertura de una vida diferente para todos nosotros y, por lo tanto, la construcción de un mundo diferente.

[1] V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India,* cit.

Intervención IV
El ataque a la tierra*

Acabo de participar en un encuentro con un sindicalista de Colombia. Representaba a redes de agricultores. El encuentro lo había organizado la Agrupación Interuniversitaria de Estudiantes. En cuanto a lo que decía el sindicalista, eran verdaderos pasajes de poesía que abrían y liberaban las mentes de quienes, desde los asientos de una gran aula abarrotada, buscaban la verdad con respecto a las «semillas de la discordia», es decir, las biotecnologías. Los mismos que buscaban la verdad también con respecto a la guerra y a todas las demás formas de asedio que rompen cada vez más brutalmente la trama de la vida. Esta ciencia es portadora de muerte, decía Luis, refiriéndose a las lógicas y a las tecnologías agrícolas que se quieren seguir imponiendo en los países en vías de desarrollo (discúlpeseme la expresión). Pero mata también el espíritu del hombre. Porque nosotros creemos que el espíritu está fuera del hombre. Está en la tierra, en los árboles, en los ríos. Si destruimos todo eso, el hombre que quede ya no tendrá espíritu. Yo sacaba espíritu sólo de escucharle decir estas cosas. Las únicas que puedo entender y que tengo ganas de escuchar. Luego hablaba de la resistencia y de la forma alternativa de organización para la supervivencia que su comunidad y otras comunidades de agricultores colombianos habían puesto en marcha para no perder el espíritu o si no la vida. Contaba cómo habían buscado y recuperado las múltiples variedades de legumbres y otras plantas comestibles que su gente conocía, haciendo que resurgiesen y reactivando antiguos saberes de cultivo y de cocina. La experiencia de la comunidad de Luis no es en absoluto un caso aislado. Desde hace años, en diferentes continentes, agricultores y mujeres en particular han

* M. Dalla Costa, «L'attacco alla Terra», artículo para el suplemento cultural de *Il Manifesto, Alias,* publicado el sábado 29 de diciembre de 2001.

construido redes alternativas de cultivo. Sólo por nombrar una, Vía Campesina es una de las realidades más amplias y significativas, con presencia en varios países. Pero también se han construido redes alternativas para la comercialización de alimentos. En el propio Estados Unidos, para conseguir alimentos «frescos y genuinos» a bajos precios, ilusión de muchos lugares de Occidente, se han construido redes que conectan lugares como San Francisco y Detroit. Asimismo, se han construido redes alternativas para la artesanía y la comercialización de productos que satisfacen otras necesidades primarias, desde la vestimenta, a las mantas, los cestos o el mobiliario. Al día siguiente de este encuentro, fui a parar a una típica tienda del Tercer Mundo cerca de mi casa. Es una tienda que vende también libros. Busco algo para mis estudiantes. Una lectura complementaria que les estimule, que no les intimide, que les haga vislumbrar un camino tan sugerente como útil. Allí los libros no están como en las librerías, en medio de opresivas montañas de papel. Están entre fascinantes cestas, paños, café y viandas. Enseguida atrae mi atención otro texto, de Rigoberta Menchú: *Rigoberta, los mayas y el mundo*. Lo abro: «Dije que había mantenido algunos secretos [...] es una decisión que sigo sosteniendo ahora». Esto es algo que ya me impresionó hace mucho tiempo, cuando leí su primer texto, *Me llamo Rigoberta Menchú*, que incluí en mis clases en la Universidad. En lo que he escrito en los últimos años, he subrayado la importancia de esos secretos y de que se mantuviesen. Ellos también ayudan a creer menos en la ineluctabilidad del capital y de su ciencia. También hay algo que no se sabe.

Desde hace un tiempo tengo la impresión de estar subida a los árboles, en una vida en algunos aspectos surreal, pero en otros muy real, porque los árboles tienen raíces hondas y ocultas. Sin esas raíces, no queda otra cosa que este estruendo ensordecedor de guerra y de historias negras. Se me dice que mis referencias a la tierra y a la voluntad de volver atrás son una utopía. Pero muchos expresan la misma voluntad y están muy visiblemente en movimiento. Reencuentran muchas variedades de semillas y reencuentran posibilidades de vida, restableciendo antiguos sistemas agrícolas, mejorándolos con saberes que han evolucionado sin gran estruendo. Las demás soluciones, tan publicitadas, al problema de vivir se han revelado soluciones falsas que no han traído más que hambre y miseria para la mayor parte del planeta. Hay multitudes que se han puesto en camino y manos a la obra para rerruralizar y repoetizar el mundo. Caminan, trabajan y lanzan palabras poéticas contra el Moloch de la guerra. Porque cada vez hay más guerras que arrebatan tierras, quemadas, contaminadas y devastadas por artefactos bélicos y sustancias tóxicas de larga duración. Cada vez hay más cuerpos quemados, descuartizados y lisiados. Tierras que ya no podrán generar o que generarán monstruos, brazos que ya no podrán cultivar. Ésta es la última batalla, es aquí donde se gana o se pierde. Todos a depender exclusivamente del dinero, tener dinero o morir junto a las multitudes que ya están muriendo hoy por hoy, tener

el suficiente dinero para poder comprar comida, en todo caso sólo industrial, y perder el espíritu.

Raíces, raíces profundas para desterrar las historias negras y los sueños macabros. Del cielo de Kandahar llueven bombas y patas de palo. Humanidad mutilada y hambrienta. Ovejas, cabras, vasos de terracota, la verdadera riqueza perdida. Prados, heno y bueyes de Kosovo. Vacas sagradas de India, estiércol que calienta y fertiliza, arrozales, campos, bosques y selvas, arroyos de agua, ríos de vida. Animales de África, sabanas, junglas y desiertos, llanuras de hierba resplandeciente, altiplanos fecundos y deltas ricos en peces. En las guerras que se van sucediendo yo no veo más que esto. La destrucción sistemática de toda economía de subsistencia, la destrucción sistemática de todo recurso comunitario de vida, ante todo la propia tierra, para que la humanidad entera se vea obligada a depender para la supervivencia única y exclusivamente del dinero y se halle, por lo tanto, en la dependencia y en el chantaje más absolutos. Humanidad por ello mismo cada vez más sobrante y cada vez más abocada a perder el espíritu y la vida.

Pero, en las calles, en las escuelas, en los hogares, en las fábricas, en los campos, en el mar, estudiantes, mujeres, obreros, agricultores, pescadores, pueblos indígenas, esto dije en el encuentro: esta vez es la Diosa Madre la que llama. La Madre Tierra está recomponiendo en el más poderoso frente de lucha los múltiples sujetos y las más diversas etnias de sus hijos. Para la verdadera madre de todas las batallas, la batalla por la vida.

14 Rurales y éticos*

El compromiso comunicativo y organizativo que hierve en Italia en estos primeros años del nuevo milenio en torno a la cuestión de una agricultura campesina saca a la luz realidades agrícolas arraigadas hace más o menos tiempo, pero todas ellas dotadas de una riqueza tan poliédrica que devuelven a quien se topa con ellas no sólo el placer de poder conversar en el marco de un razonamiento sensato, sino también el placer de las emociones. El descubrimiento de lo que crece, lo exultante de la primavera, la posibilidad de ver los colores y de escuchar el silencio. Una humanidad, ésta de la otra agricultura, que desciende de las colinas para revelar senderos a los muchos que quieren recomenzar la vida a partir de una relación diferente con la tierra. Aludo aquí no sólo a las experiencias de individuos o de asociaciones por una agricultura orgánica, sino también a las experiencias por la protección de la biodiversidad animal, comprometidas con la recuperación de razas rurales poco o en absoluto conocidas y dotadas de diferentes cualidades raras. Razas locales, de caballos, vacas, animales de corral, muy resistentes incluso en contextos difíciles, frugales y productivas. Pero, dado que la productividad capitalista, a diferencia de la natural, es contraria a la biodiversidad, requiere uniformidad, las razas rurales, sin el compromiso de quienes las aman, están amenazadas de extinción. Es un problema parecido al nuestro. *También nosotros debemos salvar nuestra ruralidad. Es lo que nos hace fuertes y diversos.* Si no la reconocemos y si no la amamos, está destinada a quedar triturada en mutaciones homologadoras.

* M. Dalla Costa, «Rustici ed etici», ponencia presentada en el encuentro *Terra e Libertà/Critical Wine,* celebrado en el Centro Social La Chimica, Verona, los días 9 y 10 de abril de 2005.

La voz campesina, aun no siendo exclusiva de los campesinos, ha construido ya un debate rico y múltiple, que va desde cuestiones prácticas relativas a cómo se hace para practicar otra agricultura hasta el esbozo de un proyecto social diferente. Empieza a cruzarse con otras temáticas del movimiento, viejas y nuevas. La pobreza, la precariedad... que comenzaron precisamente con la expulsión de las poblaciones de la tierra. Algunos dicen[1] que, después de los veredictos de atraso, pasividad y apego a la tradición que hasta el discurso marxista reservó al mundo campesino, en la actualidad, gracias a la comunicación, la figura que lo materializaba como mundo separado está destinada a desaparecer, para convertirse en componente de la multitud. Pero sólo en la medida en que construya luchas biopolíticas dirigidas a la transformación de la totalidad de la vida. La condicionalidad sorprende. De hecho, si hay algo que haya caracterizado todo el movimiento campesino que, en estas últimas décadas, ha construido redes del Sur al Norte del mundo, echando raíces en unos 65 países, es justo su apertura de un discurso de transformación de todos los aspectos de la vida. No veleidosa, sino *necesariamente*. Porque partir de la voluntad de reintroducir la relación con la tierra, cuya negación (como expropiación y como manipulación) constituyó y sigue constituyendo el fundamento del desarrollo capitalista, quiere decir minar todo el proceso, subvertir sus condiciones y sentar las bases para construir otro desarrollo. «Otro» ante todo porque ya no establece la extensión del hambre y de la muerte como presupuesto ineludible en tanto que está abocado a crear riqueza bajo la forma del valor. O gana esta visión, campesina, del desarrollo, que quiere la tierra dentro de una perspectiva de «soberanía alimentaria», porque es la única garantía real de vida a escala planetaria, o todas las demás son variantes sobre la constante del hambre. Por lo tanto, *la lucha impulsada por el movimiento campesino es la lucha biopolítica por excelencia. El problema de ser capaces de abrir luchas biopolíticas, como algunos las definen, es de los demás, no de los campesinos*. Si hay algo en cuestión es la capacidad y la voluntad por parte de esos otros sujetos de sintonizarse en la misma frecuencia, de otro modo la comunicación resulta imposible. No por casualidad me viene a la cabeza el título de un documento muy en boga en el movimiento feminista de la década de 1970, «When the mute speaks» [Cuando la muda habla]. La muda era la mujer como tal. Hicieron falta años para que otro sujeto, los hombres, constatara lo que se denunciaba, ante todo el inmenso trabajo gratuito femenino que le reproducía, y cambiase su comportamiento. Aún así, muchos hombres siguieron haciendo oídos sordos. En relación con el sujeto campesino actual, el que habla a través del movimiento, puede suceder lo mismo. El riesgo más probable no es que él no logre abrir perspectivas sobre cuestiones fundamentales, sino que los

[1] M. Hardt y A. Negri, *Moltitudine,* Milán, Rizzoli, 2004, p. 151 [ed. cast.: *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio,* Barcelona, Debate, 2004].

demás sujetos no se reconozcan en ellas o que tiendan a definir como luchas biopolíticas luchas que en absoluto lo son. Por otro lado, mujeres y campesinos han sido los sujetos más minusvalorados en la historia del capital por las teorías y los movimientos anticapitalistas. Considerados ambos recursos de la naturaleza sin coste alguno, se les ha tratado como máquinas para producir, unas, fuerza de trabajo como mercancía, los otros, alimentos como mercancía.

Ahora, el movimiento campesino se levanta por unos alimentos que no sólo sean mercancía para ofrecerlos a una humanidad que no sólo sea fuerza de trabajo y que los reclama como derecho fundamental. Dentro de esta perspectiva, como es bien sabido, no está sólo la reivindicación del acceso a la tierra, al agua, al crédito, sino, ante todo, el derecho de los campesinos a *seleccionar, conservar e intercambiar las semillas naturales,* tal como siempre hicieron, porque esto representa el primer ámbito imprescindible de autonomía y seguridad. Y esto contra las manipulaciones genéticas, las patentes y los consiguientes monopolios y prohibiciones. La iniciativa por mantener libres las fuentes de vida, es decir, las semillas, además de la tierra y el agua, oponiéndose a su privatización/cercamiento, es amplia en el mundo. Empezando por el denominado Banco de Semillas de Bangalore, en India, constituido por redes de campesinos, que recoge y pone a disposición de la población las semillas naturales. Pero se han impulsado iniciativas parecidas en muchos países. *La batalla que se libra en torno a la tierra, el agua y las semillas es crucial en el terreno de la biopolítica, puesto que, tal como subrayamos en otro lugar*[2]*, de ella depende no sólo la posibilidad de vida, sino de libertad humana*. Madre de todas las batallas, asiste a la contraposición entre, por un lado, los intereses de las multinacionales y de sus científicos y, por otro, el movimiento por una agricultura diferente, compuesto por campesinos y habitantes de las ciudades que no se quedan en el mero papel de consumidores, unidos en la defensa de las semillas como bienes comunes. Semillas que, a decir verdad, no son un regalo sólo de la naturaleza, sino también del trabajo, del saber y de la cooperación a través de generaciones de mujeres y hombres campesinos. Y que sean naturales no quiere en absoluto decir que sean primitivas.

Las políticas alimentarias, incluidos sus mecanismos de ayudas, han constituido siempre un instrumento estratégico en la dirección del sistema capitalista. Y, en la actualidad, a través de la fase OGM de las biotecnologías, tal instrumento se afina más aún, dirigiéndose a la modificación y capitalización de los poderes reproductivos de la naturaleza, única fuente verdadera de vida y de abundancia. La manipulación de los mecanismos espontáneos de reproducción de la vida, la patente, la deuda internacional y el ajuste estructural son todos ellos componentes de un mismo

[2] M. Dalla Costa, «Sette buone ragioni per dire luogo» [ed. inglesa: «Seven Good Reasons to Say Locality», en *The Commoner* 6 (2002), disponible en www.thecommoner.org].

juego con el que este sistema tiende a crear dictadura alimentaria y, con ella, el máximo de dependencia de las poblaciones, su total vulnerabilidad al chantaje bajo todos los aspectos. Frente a ello, campesinos y habitantes de las ciudades luchan por una democracia alimentaria como base imprescindible de toda democracia y por el máximo de autonomía y libertad, que empieza justamente con la voluntad de mantener en sus manos esos bienes comunes fundamentales, medios de producción y reproducción de la vida, representados por la tierra, el agua y las semillas y por el saber milenario y común acumulado en ellas. Estoy de acuerdo con Bové cuando dice «la primera soberanía es la alimentaria: poderse alimentar y elegir cómo y de qué alimentarse».

El giro más profundo al que el movimiento campesino da pie es un *giro lógico*. No pretende jugar en la tendencia capitalista, que de cualquier modo apunta cada vez con mayor fuerza a prescindir de la tierra y del hombre, ignorando sus ciclos vitales y arruinando a una y otro, sino que, a partir de la indignación ante el sinsentido de la tendencia, decide recuperar y afirmar la capacidad humana de hacer cosas que tengan sentido. Decide, pues, interrogarse sobre las finalidades del oficio de campesino. También en este caso en contratendencia con respecto a la posición que renuncia a plantearse este interrogante, porque de todos modos se trata de una figura en vías de extinción, porque ¿acaso alguien puede decidir lo que tiene o no tiene sentido para otros?, porque no existen las necesidades fundamentales y, suponiendo que existieran, ¿acaso alguien puede definirlas? Típico debate de intelectuales urbanos con escasa sensibilidad hacia las problemáticas urgentes, de la comida al agua y a la salud, que atenazan al 80 por 100 de la humanidad. *En cambio, el movimiento campesino se interroga sobre el sentido, a partir del doble rasero de las relaciones humanas y de la relación con la tierra, reflexionando sobre el impacto que la elección de una cosa en vez de otra puede tener sobre las primeras y sobre la segunda*. De ello se desprende, por un lado, la *voluntad de ofrecer un producto agrícola* y, por lo tanto, una alimentación sana que responda a la *necesidad fundamental y al derecho de todos a unos alimentos seguros* bajo diferentes aspectos (siempre accesibles, saludables, nutritivos, sostenibles desde el punto de vista económico, medioambiental y social, adecuados culturalmente) y, *por otro, la determinación a practicar la ética del respeto y del cuidado de la tierra* como única vía para conservar su capacidad generadora y, por lo tanto, la garantía de una oferta alimentaria de estas características para todas las poblaciones del planeta. *En esta expresión de voluntad, en esta decisión, arraiga el restablecimiento de la dignidad y del orgullo del oficio de campesino,* de su trabajo y de su saber. Y arraigan asimismo el redescubrimiento y la reafirmación de su *polifuncionalidad,* porque no sólo está ligado a la tierra, sino también al territorio.

Desde luego que es más difícil para otros sujetos encontrar el modo de hacer un trabajo que tenga sentido o hacer con sentido lo que ya están haciendo. Los campesinos han aferrado una ocasión histórica y han decidido e indicado este giro. Han decidido reapropiarse de sus brazos y de sus mentes. Al igual que han hecho los protagonistas de los LETS y de otras experiencias de intercambio alternativo de trabajo y de dinero[3]. Y al igual que han hecho otros que han decidido poner en marcha redes de producción e intercambio inspiradas en criterios de equidad y solidaridad, y no sólo de beneficio. Pero los campesinos tienen una posición *crucial* en este movimiento global por una acción ética propia, porque se las ven con la tierra, medio fundamental de reproducción de la humanidad. En contra de quienes prevén su extinción, esta vez no como figuras separadas, sino como figuras sociales *tout court* [propiamente dichas], lo cierto es que todavía hay muchísimos en este planeta, representan una fuerza y, con la riqueza de sus diferentes sistemas agrícolas, apuntan alternativas a quienes, convertidos en dependientes de las multinacionales, quieren salir de esa condición de deuda y miseria.

A decir verdad, el mérito del análisis campesino en su giro lógico ha sido ante todo haber desmontado un gran mito, el de la *productividad agrícola capitalista*. Calculando los *costes ocultos,* económicos, sociales y medioambientales, de tal productividad, ha demostrado que las cuentas no cuadran. Hoy, en el mundo, hay más hambre que antes de la primera Revolución Verde a causa del robo de las tierras antes destinadas a los cultivos locales, del elevado precio de los ingredientes químicos, del coste de las semillas, de las cosechas arruinadas a pesar de las promesas de cosechas garantizadas (entre los casos más patentes, el del algodón transgénico en India, que ha provocado ya decenas de miles de suicidios), a causa del empobrecimiento nutritivo de la comida, de la contaminación de los alimentos, de la pérdida de biodiversidad y de oficios, sin que la agricultura modernizada haya ofrecido los correspondientes puestos de trabajo, a causa, sobre todo, del agravamiento de la deuda internacional para pagar las diferentes infraestructuras y las cantidades anómalas de agua requeridas por los híbridos o por los OGM. Se puede hacer una argumentación análoga para la zootecnia. Frente a la imposición de esta «productividad falaz», generadora de esterilidad de la naturaleza y de enfermedad y muerte en los humanos, la rebelión campesina que ha estallado a escala mundial logró hacerse oír hasta en la construcción de un foro separado del World Social Forum [Foro Social Mundial] de Mumbai de enero de 2004, donde importantes redes de campesinos, entre las que se contaban los Sem Terra, junto a las de pescadores y otros construyeron la Mumbay Resistance 2004 [Resistencia Mumbai 2004] y los Peoples' Movements Encounters II [Encuentros de los movimientos de los pueblos][4].

---

[3] M. Dalla Costa, «L'indigeno che è in noi, la terra cui apparteniamo», cit.

[4] M. Dalla Costa y M. Chilese, *Nostra madre Oceano. Questioni e lotte del movimento dei pescatori,* Roma, DeriveApprodi, 2005.

Este *desmontaje agrícola de la productividad capitalista derriba también otro mito, a saber, la perspectiva de que se puede salvar la productividad rompiendo la relación de clase.* Un discurso que siempre me había dejado más bien incrédula. A buen seguro, en el ámbito agrícola, esto no es ni posible ni deseable. Esa productividad es una manzana envenenada. Queremos cultivar manzanas saludables. Por consiguiente, no se puede sino *volver a poner en el desván* (algunos ya lo han hecho, otros no) la perspectiva conforme a la cual la lucha anticapitalista sólo puede tender a una *reapropiación y distribución más equitativa del producto,* dejando fuera de discusión qué y cómo se produce. A partir del mundo agrícola, que, por fortuna, *en su separación, ha conservado la originalidad en el saber y en la capacidad propositiva,* se ha reabierto a escala planetaria la discusión sobre qué y cómo se produce, sobre la reapropiación de la capacidad humana para hacer cosas sensatas y esbozar un proyecto social diferente.

Pero interrogarse sobre el sentido del trabajo en la relación entre humanos y con la tierra conduce enseguida a confrontarse con el *problema del límite,* que es característico de la dimensión del cuidado y de la responsabilidad, en otras palabras, de la dimensión de la *ética* hacia todo lo vivo, ante todo los animales, desde siempre gozne de los sistemas agrícolas no industriales. Es limitado el número de animales que puedo criar en la tierra de la que dispongo si quiero hacerles pastar. Son distintas las razas animales que puedo criar en regiones secas que en regiones húmedas si conservo su ruralidad. Debo cuidar y respetar los ciclos vitales y los equilibrios biológicos de la tierra si quiero conservar su capacidad de generar y regenerar cada año mieses y frutos. No debo arar demasiado profundo si quiero utilizar la fecundidad del humus en lugar de químicos. No puedo cavar demasiado profundo para obtener agua si no quiero desecar las capas acuíferas. A los pozos no pueden acercarse demasiados rebaños, porque luego ya no crece la vegetación y los agricultores pierden con ello. En el rebaño, irán delante los animales de mayor tamaño y luego, gradualmente, los más pequeños, que podrán comer las hierbas menores dejadas por los primeros. Y, sobre todo, la tierra, si no la emborracho de químicos y no la manipulo con los grandes medios mecánicos que la reducen a una explanada sin árboles, ni setos, ni animales, sino que la cultivo de manera respetuosa, da cabida a muchos hombres, crea numerosos puestos de trabajo. Tampoco en este caso la lógica campesina señala el trabajo rural como mero artificio adecuado para un periodo de fuerte desempleo y precariedad en otros sectores. No propone mantener atrasadas de manera intencionada zonas rurales que, si no, se podrían desarrollar perfectamente de otro modo, para enviar allí a quienes no tengan trabajo. No se trata, en absoluto, tal como decía Keynes, de estar dispuestos, con tal de sostener el empleo, a mandar a los desempleados a hacer hoyos profundos para, después, rellenarlos de papel y, a continuación, vaciarlos. En este caso, la necesidad de un empleo rural mayor se deriva objetivamente de una gestión respetuosa de la tierra, sensata porque, al preservar sus ciclos vitales, la preserva como fuente de nutrición y de vida. Lo cual no sólo reequilibraría la relación entre campo y ciudad, revitalizando el territorio, sino que, asimismo, inhibiría la tendencia a pensar como figuras transitorias en vías de extinción a esos 250 millones de campesinos en el mundo que, en lugar del tractor (utilizado por 27 millones), emplean la tracción animal y esos mil millones, en su mayoría mujeres, que trabajan con las manos[5]. El análisis campesino descifra en términos reales dónde, cómo y en qué condiciones tiene el trabajo humano una función vital y, por lo tanto, es imprescindible y, sobre todo, no acepta la condena a muerte para centenares de millones de campesinos que ahora viven de la tierra simplemente porque haya alguien al que se le haya ocurrido «modernizar» la agricultura u otra cosa.

El *problema del límite, de la responsabilidad y de la ética, ética del cuidado, une de manera particular a mujeres y campesinos.* No es casual que toda una corriente feminista, el ecofeminismo, haya conjugado la *cuestión de género y la cuestión de la tierra/Tierra,* revelando el papel crucial no sólo del trabajo doméstico, sino también del trabajo agrícola de las mujeres en el planeta, acercando su voz y su activismo a los de los movimientos campesinos, en particular del Sur. Ambos sujetos, mujeres y campesinos, han tenido que confrontarse con la misma problemática, a saber, la problemática del *límite.* Por tal motivo, las primeras no han podido llevar a ultranza la lucha contra el trabajo de reproducción. Los segundos, empujados por los intereses del conglomerado agroquímico a negar el límite en la gestión de la tierra, se han visto verdaderamente obligados a negarse a sí mismos, a negar el sentido de su oficio y, por lo tanto, su dignidad. No hay nada de nuevo en la lucha de las secretarias o de las enfermeras que rechazan ese «plus»[6] de «trabajo de amor», es decir, ese conjunto de tareas materiales e inmateriales características del trabajo de reproducción, que constituye el corolario habitual de su trabajo fuera del hogar. Fueron luchas ya características[7] de la ola feminista de la década de 1970 y de su decisiva rebelión contra el trabajo doméstico. El nudo duro, difícil de deshacer, está en otro lugar: no tanto en la negativa a comprar flores frescas para el estudio del profesional empleador o a recordar-

[5] J. Bové y F. Dufour, *Il mondo non è in vendita,* Milán, Feltrinelli, 2001, p. 205 [ed. cast.: *El mundo no es una mercancía,* Barcelona, Icaria, 2001].

[6] Véase de nuevo M. Hardt y A. Negri, *Moltitudine,* cit.

[7] Ofrece un ejemplo iluminador de esta lucha que afectó a numerosos estudios profesionales, de Trieste a Bérgamo y Génova, el artículo «Le segretarie non conciliano», cit. Sobre el trabajo doméstico como trabajo de amor y sobre las formas específicas de violencia que lo revisten, véase G. F. Dalla Costa, *Un lavoro d'amore. La violenza fisica come componente essenziale del «trattamento» maschile nei confronti delle donne,* Roma, Edizionei delle donne, 1978 [ed. inglesa: *A work of Love,* Nueva York, Autonomedia, 2008].

le el cumpleaños de su mujer, sino en la negativa a cuidar del hijo o del anciano con problemas. Ninguna mujer, salvo casos esporádicos, lleva la lucha contra el trabajo gratuito de reproducción hasta el punto de comprometer el bienestar de una persona allegada. Cuando el problema del trabajo de reproducción o doméstico o de cuidados, llámese como se quiera, estalló, el rechazo de las mujeres llegó hasta el rechazo de la maternidad, reduciendo la tasa de natalidad a los niveles que tanto se lamentan ahora, llegó al rechazo del matrimonio y de la cohabitación con hombres con tal de defenderse del trabajo que éstos daban, pero cuando una necesidad apremiante de la familia, de origen o adquirida, llama, la mujer no se echa atrás. No compromete el bienestar de quienes dependen de ella, y esto por amor, por responsabilidad, por no negarse a sí misma en la relación que la vincula al otro. Éste fue y es el límite de la lucha en torno al trabajo de reproducción. En el caso del trabajo de la tierra, el problema se ha planteado de manera análoga y diferente. Análoga en tanto que la tierra, como el ser humano, está viva y, por lo tanto, necesita de cuidados. Diferente en tanto que el rechazo de una agricultura respetuosa para con la tierra no ha sido el fruto de la lucha de los campesinos, que no han deseado nunca una agricultura dependiente del petróleo, sino una imposición que han sufrido por culpa de la exigencia de beneficio del conglomerado agroquímico. Pero trabajar la tierra no respetando sus ciclos vitales y los equilibrios ecológicos se topa con el límite de que la tierra muere, pierde su capacidad generadora, se vuelve estéril o da frutos envenenados. Y tal negación se vuelve contra el campesino, contra la dignidad de su oficio, porque deberá dispensar alimentos que ya no son vehículo de vida, sino de enfermedad. La negación de la ética del cuidado se vuelve en ambos casos contra la propia humanidad a la que pertenecen la mujer y el campesino. Por consiguiente, la cuestión de conseguir otras condiciones de vida y de trabajo se desplaza necesariamente a otro plano, el de la construcción de cooperación entre sujetos con una determinación ética a no cerrar estos problemas con soluciones falsas. Proteger la integridad del cuerpo de la tierra y sus poderes reproductivos está en el centro del redescubrimiento y de la reafirmación de una campesinidad responsable. Y es a la vez el presupuesto ineludible para garantizar nutrición y salud a los cuerpos humanos y raíces y vida a las comunidades. Por consiguiente, la gran batalla por una agricultura diferente une en una causa común a las mujeres, responsables históricas de la reproducción humana, y a los campesinos.

Diecisiete de abril: esta primavera inaugurada por el despertar del mundo agrícola derriba los cercos y reabre los pastos. Ha llegado también para nosotros el tiempo de la trashumancia, hacia el encuentro con la civilización campesina. Cambiemos de traje, dejemos atrás el eurocentrismo, dejemos atrás el antropocentrismo, hagámonos un poco más animales, rurales y éticos.

15 Soberanía alimentaria, campesinos y mujeres*

Pensamientos

El surgimiento de un gran movimiento de agricultores y de otras figuras rurales que quieren modalidades de trabajo y vida más ligadas a la tradición que a las tendencias capitalistas se ha encontrado con frecuencia, dentro de la propia intelectualidad del movimiento, con juicios de *residualidad* y *utopía,* así como con la tesis de que *nunca se puede volver atrás*. Pero se podría observar que ese «atrás» es el presente de una parte enorme de la humanidad, puesto que, en agricultura, en el mundo, sólo 27 millones trabajan con tractor, mientras que 250 millones lo hacen con tracción animal y cerca de mil millones, de los cuales muchas mujeres, con las manos[1]. Y, sobre todo, desde el punto de vista de estos mismos sujetos, las políticas agrícolas desarrolladas hasta el momento, y más aún en su versión neoliberal, se han revelado auténticas políticas de genocidio, han ocasionado cada vez más hambre y muerte, incluso a través de suicidios forzados y en masa de campesinos endeudados. Por lo cual, la primera objeción es que, para quienes se dedican hoy a la agricultura, en particular en los denominados países en vías de desarrollo, suscribir estas políticas alimentarias significaría suscribir un alto riesgo de muerte. La *necesidad de una alternativa* no sólo es inaplaza-

* M. Dalla Costa, «Sovranità alimentare, contadini e donne» [Soberanía alimentaria, campesinos y mujeres], ponencia presentada en el curso *Globalización y desarrollo desigual. El desafío político de los movimientos subalternos,* en Madrid, del 25 al 29 de junio de 2007, Universidad Nómada, Foro Complutense, UCM. La ponencia se publicaría posteriormente en *Foedus* 20 (2008), así como en *The Commoner* 12 (2007).

[1] J. Bové y F. Dufour, *Il mondo non è in vendita,* cit.

ble, sino que se da ya en lo concreto, puesto que los *sistemas*[2] de cultivo tradicionales garantizaban en mucha mayor medida las posibilidades de vida y nutrición. Lo cual no quita que se investigue para poder mejorar lo tradicional y sobre todo aligerar el trabajo, pero con tecnologías adecuadas, no devastadoras del medio ambiente, no expulsoras de poblaciones y cuyos costes puedan afrontarse desde la economía de los procesos agrícolas en cuestión. Y lo cual tampoco quita que esta investigación pueda recibir apoyo financiero. Pero también hay que discutir y compartir entre las poblaciones la fuente, la tipología y las condiciones de tal financiación. Porque el trabajo puede resultar menos duro que la deuda. Por lo tanto, al *defender y querer reinstaurar una agricultura campesina* con metodologías tradicionales, tal como están intentando a día de hoy redes de agricultores en los rincones más diversos de la tierra, se busca determinar un *giro histórico* para concretar a escala planetaria el derecho humano fundamental a la alimentación y, con ello, a la vida y el derecho a la resistencia contra la expulsión, contra la emigración y, a menudo, contra la extinción.

Pero retomemos la cuestión desde el principio. El modo de producción capitalista se fundó hace cinco siglos sobre la expropiación y el cercamiento de las tierras comunales y sobre la consiguiente y continua expulsión de poblaciones. Éstas, privadas de medios de producción y reproducción, quedaron reducidas a mera fuerza de trabajo, obligadas a aceptar cualquier condición en la fábrica o a vagabundear mendigando y ser criminalizadas por ello. Esta expropiación/privatización continúa, en el momento presente, produciendo multitudes empobrecidas y expulsadas, abocadas a hacinarse en las villas miseria de las megalópolis o a tomar el camino de la emigración, quizá muriendo al cruzar el desierto o el mar o en alguna cárcel.

Este gran proceso de expropiación que acumula tierra por un lado y multitudes empobrecidas por otro, es decir, ese *proceso de acumulación originaria* que fue necesario en los inicios del modo de producción en el que vivimos, *es hoy más necesario que nunca* para la continuación de la expansión y de la penetración (en los mecanismos de reproducción de la vida) de las relaciones capitalistas, para la refundación de la relación de clase y para la reestratificación del trabajo a escala planetaria.

Pero, entonces, la cuestión de la tierra, la *resistencia* a su expropiación y, sobre todo, la *voluntad de reintroducir* una relación con la tierra de signo contrario al de tales políticas es crucial no sólo desde el punto de vista de quienes se exponen a la expulsión o de quienes ya se han visto expulsados, sino para el cuerpo social trabajador a escala global. Están en juego sus posibilidades de empleo, puesto que no es

[2] Me interesa subrayar que se trata de auténticos *sistemas*, elaborados a lo largo de milenios, teniendo en cuenta las especies vegetales y animales autóctonas, la disponibilidad de trabajo y de instrumentos realmente disponibles y compatibles con los niveles económicos y con la protección de los recursos naturales y de los ecosistemas.

verosímil que se cree un número de puestos de trabajo equivalente al número de expulsados (y, de hecho, lo que hay en marcha son más bien políticas de destrucción del empleo), y están en juego, pues, sus niveles de precariedad y sus bajos salarios. Por otro lado, es igualmente *poco verosímil que quepa esperar una renta garantizada de tales proporciones*.

Pero, sobre todo, ¿*de cuánta libertad* podremos disfrutar si todos los habitantes del planeta pasan a tener que depender para su *supervivencia sólo y exclusivamente del dinero*?

Es más, ¿realmente podríamos *circunscribir el discurso* sólo *a la obtención de dinero* frente a un *producto agrícola* cuya concepción *industrial y neoliberal* hace que se contamine cada vez más la tierra, se perjudique la salud de nuestros cuerpos y se devaste el medio ambiente?

La *gran promesa* de la modernización agrícola a través de la *primera Revolución verde,* acabar con el hambre en el mundo, *provocó el hambre de muchísimos* a través de la expropiación de grandes extensiones de tierra, las mejores, muy frecuentemente realizada *manu militari*. En la actualidad, hay más hambre que antes de la Revolución verde. Ésta representó beneficios ingentes para los grandes complejos agroindustriales, miseria para los muchos a los que se les robó la tierra, contaminación química del suelo, destrucción de la biodiversidad y de ecosistemas y, por lo tanto, de garantías de vida y de abundancia de recursos alimentarios. Desde entonces, la población expulsada ha quedado etiquetada de sobrante y las alarmas por la explosión demográfica han sido cada vez mayores. En más de una ocasión he subrayado hasta qué punto *Revolución verde* y *guerra* van *en el mismo sentido,* no sólo por las profundas injusticias y, por lo tanto, por los conflictos que la primera genera, sino porque ambas roban tierras, una contaminándola con productos químicos, la otra con artefactos bélicos cada vez más letales, que con frecuencia ocasionan un daño infinito, origen de expulsiones sin retorno. Al cercamiento de las tierras, le correspondió y corresponde una ampliación de los cercamientos[3] de la humanidad, en los cinturones degradados de las ciudades, en los campos de refugiados y en los centros de internamiento para extranjeros.

La *segunda Revolución verde,* término con el que se designa el paso al cultivo de *especies genéticamente modificadas* y al consiguiente sistema de patentes, ha significado

[3] Desarrollo más ampliamente este aspecto en el marco del análisis de las políticas de ajuste estructural y de distintos proyectos financiados por el Banco Mundial en «L'Indigeno che è in noi, la terra cui apparteniamo», cit. Véase también M. Dalla Costa y G. F. Dalla Costa, *Donne, sviluppo e lavoro di riproduzione. Questioni delle lotte e dei movimenti,* Milán, FrancoAngeli, 1996 [ed. inglesa: *Women, Development and Labor of Reproduction. Issues and Struggles,* Nueva Jersey, EEUU / Asmara, Eritrea, Africa World Press, 1999].

la expropiación por parte de las multinacionales de los poderes reproductivos de las semillas, con la manipulación y la privatización de su patrimonio genético. De este modo, las multinacionales han *privatizado y cercado los mecanismos de reproducción espontánea de la vida* que las semillas representan, con sus procesos de nacimiento, crecimiento, muerte y resurrección. Las semillas naturales, gestionadas desde siempre como bienes comunales, que los campesinos seleccionaban, se intercambiaban y replantaban al año siguiente, constituían un recurso de vida y de abundancia fuera del control capitalista[4]. A través del negocio de los Organismos Genéticamente Modificados (OGM), el capital ha logrado expropiar el *saber milenario* de las poblaciones, que habían mejorado las semillas cooperando tanto con la naturaleza como con la *biodiversidad,* fruto de la *evolución natural* y de tal *cooperación,* gestionada sobre todo por las mujeres. *Las expropiaciones y cercamientos que hace cinco siglos «sólo» afectaron a la tierra, en la actualidad arrollan las fuentes fundamentales de la vida, la propia biodiversidad y los saberes que permiten beber de su abundancia.* Recursos que se han querido capturar no sólo *para hacer de ellos terreno de elevados beneficios,* sino, a su vez, *terreno de una reducción de la libertad y de la autosuficiencia* de las poblaciones. Para hacer a la humanidad, en cada uno de los lugares del planeta, más dependiente del mercado y del laboratorio, *dependiente del dinero para todas las facetas de la vida y dependiente de fuentes de vida (y de enfermedad) respecto a las cuales ya no tiene ni el saber ni el control.* Y esto *en función del despliegue de un neoliberalismo* que quiere poder endurecer en todas partes las condiciones de trabajo y de existencia sin encontrar oposición. En este contexto, *la autosuficiencia alimentaria,* a partir de la de la aldea,

[4] La directiva europea 98/95, al dictar las directrices para las leyes nacionales sobre semillas, declara ilegítimo el libre intercambio (aunque sea gratuito) de semillas y material de reproducción. Pero, sin este intercambio, «desaparece la posibilidad de transmitir las variedades locales por costumbre comunitaria y, de hecho, desaparece la posibilidad de garantizar su conservación dinámica en el contexto rural y local que les confiere valor» (M. Angeli, «Il valore complesso delle varietà tradizionali e locali», en M. Angeli *et al.*, *Terra e libertà/Critical wine. Sensibilità planetarie, agricoltura contadina e rivoluzione dei consumi,* Roma, DeriveApprodi, 2004, p. 112). Tengamos también presente que, en 1980, la creación por parte de la Comunidad Económica Europea de un Registro común europeo de semillas, que incorporaba todos los registros nacionales que recogían la lista de semillas autorizadas para la venta comercial, supuso la eliminación de la lista de mil variedades de plantas por ser consideradas similares. Las especies eliminadas (el proyecto original incluía la eliminación de 1.500) eran en realidad variedades no híbridas y, por lo tanto, menos rentables para el mercado. Las empresas de semillas prefieren comercializar hortalizas híbridas, de precios cinco o diez veces superiores a las comunes y con la característica de que no producen semillas, por lo que los campesinos deben volver a comprarlas cada año. Así desaparecieron 360 variedades italianas de plantas. Entre ellas, el tomate Rey Umberto, que pobló los cultivos italianos durante 120 años (véase el documento de A. Olivucci, *Civiltà Contadina per la protezione della biodiversità,* escrito en 2001, descargable en [www.civiltacontadina.it/seedsavers/intro.htm]).

constituye una posibilidad formidable de *resistencia* frente a salarios demasiado bajos y condiciones de vida indignas.

En esta segunda revolución verde, han avanzado también las políticas de privatización tanto de la tierra como del agua[5], en obediencia al dictado neoliberal por el que todo bien, incluidas las fuentes de la vida, debe convertirse en mercancía dirigida ante todo a la exportación. De forma complementaria, las demás políticas de la globalización, expresadas ante todo por las multinacionales a través de la Organización Mundial del Comercio (OMC), han delineado estrategias de devastación, a partir de la imposición, en varios países en vías de desarrollo, de la supresión de las tarifas aduaneras, de cara a invadirlos con productos agrícolas altamente subvencionados de los países más industrializados, productos que llevan a la ruina a los pequeños productores locales. La propia imposición de las semillas OGM arruina a los campesinos convertidos en dependientes de las multinacionales, que deben afrontar los elevados precios de las simientes y de los pesticidas con cosechas que con frecuencia resultan inferiores a lo empeñado o cuyo beneficio se frustra a causa de la caída de los precios agrícolas por la liberalización de los mercados exigida por la OMC.

Por lo tanto, *a partir de la expropiación de la tierra, en particular* bajo sus formas actuales de *apropiación y manipulación de sus poderes reproductivos,* se expulsa multitudes y se refunda y reestratifica el trabajo global hasta llevarlo a condiciones esclavistas. Pero tanto expolio de los mecanismos de reproducción espontánea de la vida, como la patente, la deuda internacional o el ajuste estructural constituyen *piezas de un mismo juego* con el que este sistema tiende a crear una *dictadura alimentaria* y, con ella, el máximo de dependencia de las poblaciones, su *absoluta vulnerabilidad al chantaje, bajo todos los aspectos.* Si no se parte de este problema, de la necesidad de romper tal dictadura, es como si todo el activismo expresado por las luchas y por las iniciativas en el mundo construyese una casa sin cimientos. El mo-

[5] Una de las victorias importantes contra la privatización del agua fue la que se obtuvo en el denominado «Circuito de las Aguas», una región única en el mundo, llena de fuentes de agua muy ricas en sales minerales de grandes virtudes terapéuticas, en Minas Gerais, Brasil, a medio camino entre São Paulo y Río de Janeiro. En la zona, surgieron cuatro pequeñas poblaciones entre las que se cuenta San Lorenzo, famosa estación termal a pesar de ser la más pequeña, con 37.000 habitantes. Allí, Nestlé empezó a producir el agua embotellada *Pure Life* que, para convertirse en tal, pasaba por un proceso de total desmineralización y posterior añadido de algunas sales a costa de su sabor y propiedades, traicionando por completo el tipo de agua que manaba de la fuente. Su actividad ponía en riesgo el propio flujo turístico y la economía del lugar, además de un bien comunal fundamental a disposición de la colectividad. Los habitantes la acusaron, de hecho, no sólo de alterar de manera no autorizada el agua que se embotellaba, sino también de trabajar sin autorización, de llevar a cabo drenajes excesivos, dañando la capa freática y alterando el sabor y las características del agua de la zona con sus procesos de producción. La protesta de los ciudadanos logró hacer que Nestlé se marchase, renunciando a tal actividad.

vimiento campesino se ha planteado este problema, *construir los cimientos*. Tiene la intención de establecer con la tierra una relación de signo completamente contrario al que el modelo neoliberal traza para la agricultura. Pero, partir del deseo de reintroducir la relación con la tierra, cuya negación[6] constituye el alma del desarrollo neoliberal, quiere decir subvertir sus condiciones y sentar las bases para construir un desarrollo diferente. Diferente ante todo porque ya no plantea la extensión del hambre y de la muerte como presupuesto ineludible en la medida en que se debe crear riqueza bajo la forma capitalista del valor. Construir tal alternativa es el programa de la «soberanía alimentaria».

La caravana de los *desaparecidos*[**]

Este *discurso campesino, nuevo y antiguo,* ha surgido *de la mano de aquellas redes* que, crecidas durante la década de 1980 en varios países afectados por la aplicación cada vez más drástica de las políticas de ajuste estructural, han logrado captar la atención mundial, en particular a partir de la década de 1990, gracias a las nuevas posibilidades comunicativas ofrecidas por la tecnología informática y a las primeras grandes citas de protesta contra la globalización neoliberal, dentro de las cuales constituyeron un espíritu fundamental, a partir de los encuentros intercontinentales que siguieron a la insurrección zapatista. A través de estas citas y con la Caravana de 1999[7], en preparación de la manifestación de Seattle, llegó al Norte un movimiento de campesinos, de pescadores, de indígenas y de otras figuras del mundo rural, los *desaparecidos*[*] *del desarrollo, a un Norte* donde la cultura política, también la de izquierdas, había abandonado prácticamente las cuestiones agrícolas, relegándolas a cuestiones del pasado, adscribiendo el mundo campesino a la esfera del atraso, dando por inevitables las nuevas directrices de los grandes complejos agroindustriales, pero, *sobre todo, incapaz de entender su carácter estratégico como nueva fórmula de dominio de la humanidad*. Por otro lado, la atención de los movimientos se había polarizado más bien entre las temáticas de la precariedad y de la renta de ciudadanía y las potencialidades de liberación ofrecidas por las nuevas tecnologías informáticas. Y esto a pesar de que también el *Norte vivía el drama alimentario,* no tanto por la falta de alimentos, como por su *inseguridad,* patente a partir de las constantes alarmas y escándalos que arrollaban el sector. Pero vivía asimismo el drama de la *continua pérdida de empleo,* puesto que las pequeñas y medianas empresas agrícolas se veían cada vez más a menudo abocadas al cierre[8]. El discurso de la «soberanía alimentaria», del que hablaremos más adelante, aunque precisara de diferentes articulaciones en función de las regiones de las que se tratara, respondía a las *exigencias fundamentales* de un conjunto de realidades rurales en los países *del Sur y del Norte* del mundo, pero también a exigencias urbanas que *convergían en la necesidad de activar otras formas de agricultura en oposición al modelo imperante*. Modelo caracterizado por la dimensión industrial y de monocultivo que margina las formas campesinas de trabajo, que reduce drásticamente el empleo, que se caracteriza por el ciclo largo, es decir, por una gran distancia entre productor y consumidor, que premia[9] con subvenciones el momento de la transformación y de la comercialización en detrimento del primer productor, el campesino, pero con ello en detrimento también de la frescura y autenticidad de los alimentos y de la transparencia del proceso productivo, modelo principalmente orientado a la exportación, a la competencia en el mercado global en busca de lugares en los que más conveniente resulte producir y en los que más rentable sea vender el «alimento mercancía cualquiera», modelo orientado a la especialización por áreas geográficas en la internacionalización liberal de los mercados, orientado a la utilización de gran cantidad de componentes químicos, así como a la manipulación genética de la naturaleza, entre otras cosas porque el alimento mercancía cualquiera ante todo debe viajar. Es interesante saber que en Rusia hay 1.500 variedades de tomate, pero ninguna puede viajar. Esperemos que no viajen nunca. Dejemos que viaje el hombre y aún le quede algo por descubrir.

---

[6] Recordamos asimismo, por lo que se refiere a la ganadería, que se puede dar tal negación a través de ese tipo particular de contrato que es la aparcería. El campesino pone a disposición la tierra, manteniéndose como su propietario, así como, en general, las estructuras necesarias para albergar en ella a los animales. La casa productora pone los animales. Pero ésta decide todos los aspectos de la actividad ganadera, desde el tipo de alimentación hasta la asistencia sanitaria, el campesino no decide nada.

[**] En castellano en el original. Todas las palabras acompañadas en lo sucesivo de asterisco aparecen en castellano en el original. *[N. de la T.]*

[7] La Caravana llevó desde todos los rincones del planeta hasta los países europeos a 500 representantes de organizaciones de campesinos, pescadores, poblaciones indígenas, zapatistas de Chiapas, personas en lucha contra las presas, madres de Plaza de Mayo, asociaciones de consumidores y otros. La actividad de la Caravana, que se desplegó durante mayo y junio de 1999, con debates preparatorios ya desde enero, permitió que tales sujetos diesen a conocer en primera persona en el mundo avanzado las problemáticas a las que se enfrentan cada día en los distintos Sures del mundo, ante todo a resultas de las políticas del Norte, y que informasen de sus luchas y reivindicaciones. La actividad de la Caravana fue una componente muy importante en la preparación de la protesta contra la globalización de las políticas de la OMC que se produciría en noviembre del mismo año en Seattle.

[8] En Italia, cierran cada día 50 empresas de pequeñas y medianas dimensiones, cerca de una cada media hora. Consúltese al respecto el documento de la Cooperativa Eughenia, «Le ragioni di una battaglia del Foro Contadino - Altragricoltura», *Altragricoltura* [www.altragricoltura.org/dirittoallaterra].

[9] Véase a este respecto G. Sivini, «Puntare sulle filiere corte per uscire dalla subalternità dell'agricoltura all'industria», en M. Angeli *et al.*, *Terra e libertà/Critical wine. Sensibilità planetarie, agricoltura contadina e rivoluzione dei consumi,* cit., pp. 134 ss.

Con la Caravana, llegan a Europa las organizaciones de agricultores unidas a través de la red Vía Campesina y, con ellas, llega al Norte una *propuesta alternativa, tan estratégica* como el proyecto adversario. Una propuesta que *apuesta por la agricultura campesina,* por el restablecimiento de sistemas agrícolas tradicionales, que apuesta por lo local en lugar de por el mercado global, por el máximo de autonomía y autosuficiencia de las poblaciones. Una propuesta que implica la *decisión* de *emanciparse de una vez por todas de las políticas del alimento capitalistas* que, en su *capacidad desmedida, es decir, sin medida, de producir alimentos,* nutren fundamentalmente los beneficios de las multinacionales, a la par que *siembran el hambre para una parte cada vez mayor de la humanidad.* Los 840 millones de individuos que, de acuerdo con los datos proporcionados por la FAO en la Cumbre de Roma de 1996, pasaban hambre y que, conforme a las previsiones del mismo organismo, debían reducirse a la mitad para 2015, han ascendido al cabo de 10 años a los actuales 854 millones, de los cuales 820 millones viven en países en vías de desarrollo. Si, en 1996, se contaban 1.200 millones de individuos con graves carencias alimentarias, hoy se han sumado a ellos otros 170 millones, sobre todo en Asia y África subsahariana. No es casual que se desprenda también de los datos del mismo organismo que: donde hay menos agricultura hay más hambre; donde no existe la posibilidad de acceso al agua es imposible practicar la agricultura; de entre las personas que pasan hambre, tres de cada cuatro viven en zonas rurales y dependen para la supervivencia de recursos naturales como la tierra y el agua[10]. Pero la relación con estos recursos, me atrevo a conjeturar, se ha devastado. Donde se impone el cultivo de semillas genéticamente modificadas, conviene añadir, existe el riesgo de catástrofe. Tierra, agua y semillas son cuestiones que no cabe tratar por separado, son órganos de un mismo cuerpo, el de la naturaleza.

En India, en el sector del algodón transgénico, ha habido ya decenas de miles de suicidios de campesinos aplastados por las deudas. En 2004, de acuerdo con la National Crime Bureau [Oficina Nacional de Delitos] india, se registraron 16.000 casos. Sólo en el Andhra Pradesh, hubo 1.860 suicidios en los primeros seis meses del mismo año[11].

---

[10] Esto es lo que se desprende de los datos generados por la FAO en la Cumbre de Porto Alegre sobre la Reforma Agraria y el Desarrollo Rural, celebrada del 7 al 10 de marzo de 2006, donde uno de los temas principales era la explotación de recursos hídricos.

[11] Tal como nos informa Vandana Shiva, la causa de todo esto fue que, en 1998, las medidas de ajuste estructural le impusieron a India que aceptase la entrada de multinacionales como Cargill, Monsanto y Syngenta en el sector de las semillas, hecho que, al cabo de poco tiempo, llevó a la sustitución de las semillas naturales, en otro tiempo reservadas por los campesinos para su reutilización al año siguiente, por semillas genéticamente modificadas, que deben combinarse con la adquisición de productos químicos muy caros y que no se pueden reutilizar al año siguiente, sino que hay que volver a comprar (V. Shiva, *Il bene comune della terra,* Milán, Feltrinelli, 2005, p. 135).

En China, los procesos de modernización han convertido el país en la región con un mayor índice de suicidios. De un total de un millón de suicidios más o menos al año que, de acuerdo con los datos de la OMS (Organización Mundial de la Salud), se producen en el mundo, 287.000 tuvieron lugar en China en 2003 y, de éstos, 157.000 afectaron a mujeres pobres y con frecuencia maltratadas de las realidades rurales. Se estima que, en este país, al igual que en Malasia, Sri Lanka y Trinidad, entre el 60 y el 90 por 100 de los suicidios que han tenido lugar en la última década se han efectuado ingiriendo pesticidas[12]. Pero esta práctica, siempre de acuerdo con noticias recibidas de la OMS, se ha extendido a muchos otros países asiáticos y a Centro y Sudamérica.

De 1988 a la actualidad, el número de personas que han perdido la vida intentando llegar a Europa asciende a casi 9.000 (8.995). De ellas, 6.503 han muerto en el mar Mediterráneo o en el océano Atlántico[13].

Cada vez son más los individuos en el mundo, hombres y mujeres, que deben preguntarse si es inevitable su destino de futuras víctimas de políticas de genocidio. O si hay alternativas. Deben preguntarse qué hacer. Cómo denunciar estas políticas por lo que son, cómo plantarles oposición, cómo salvarse, cómo salvar el espíritu y la vida[14]. El trabajo de conexión internacional, que, desde la década de 1990, vincula redes de campesinos de muchísimos países contra la globalización neoliberal, encara frontalmente estas preguntas y formula respuestas.

Qué hacer

La alternativa, es decir, la *propuesta de la soberanía alimentaria,* la acuña Vía Campesina[15], de la que se dice que es una red de redes por su amplitud: cerca de 70

---

[12] Véase «Giornata mondiale per la prevenzione del suicidio», 10 de septiembre de 2006, *Centro Nazionale di Epidemiologia, Sorveglianza e Promozione della Salute* [www.epicentro.iss.it/temi/mentale/suicidi06_oms.asp]. Recordamos asimismo que China es el cuarto productor mundial de OGM (ante todo arroz transgénico), después de Estados Unidos, Argentina y Canadá. José Bové observa que «esta práctica es coherente con la lógica actual del gobierno chino, que querría hacer desaparecer a 250 millones de campesinos. Pero, ¿para meterlos dónde? Y, ¿haciendo qué?» (J. Bové y F. Dufour, *Il mondo non è in vendita,* cit., p. 98).

[13] Datos de Fortress Europe.

[14] En un encuentro con los estudiantes de la Facultad de Agronomía en diciembre de 2001, Luis, un sindicalista que representaba redes de agricultores colombianos, decía con respecto a las lógicas y a las tecnologías agrícolas que se pretende seguir imponiendo a los países en vías de desarrollo: «Esta ciencia es portadora de muerte. Pero mata también el espíritu del hombre. Porque nosotros creemos que el espíritu está fuera del hombre. Está en la tierra, en los árboles, en los ríos. Si destruimos todo eso, el hombre que quede ya no tendrá espíritu».

[15] Para todas las informaciones contenidas en este artículo referentes a la red, véase el sitio web de Vía Campesina [www.viacampesina.org].

organizaciones para un total de 50 millones de afiliados. Este movimiento internacional de agricultores comienza a formarse en abril de 1992 en Managua, Nicaragua, cuando varios exponentes de movimientos campesinos procedentes de Centroamérica, Norteamérica y Europa se encuentran participando en el Congreso de la UNAG (Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos). Pero la primera reunión en la que se formaliza Vía Campesina, constituyéndose como organización mundial y dotándose de unas directrices y de una estructura, es en Mons, Bélgica, en 1993. La segunda conferencia mundial se celebrará en Tlaxcala, México, en 1996, con la participación de 37 países y 69 organizaciones, poniendo en el centro las cuestiones que más interesan a los pequeños y medianos agricultores: posibilidad de acceso a la tierra, reforma agraria, agricultura sostenible, condiciones de crédito, deuda internacional, tecnologías adecuadas, participación femenina, desarrollo rural y diferente. Pero, ante todo, *soberanía alimentaria*. Ésta, como perspectiva-proyecto, se *lanzará a escala planetaria* ese *mismo año, en Roma,* en el *encuentro de ONGs* alternativo al de la *FAO* (13-17 de noviembre de 1996), con ocasión de la cumbre mundial sobre alimentación. El encuentro alternativo albergaba también la iniciativa *«Women's Day on Food»* [Día de las Mujeres sobre Alimentación][16], con la presencia de muchísimas mujeres de distintos países y de la propia Vía Campesina. Desde entonces, estas redes han ampliado su radio de acción, llegando a tener presencia en siete regiones: Europa, Nordeste y Sudeste asiático, Norteamérica, Caribe, América Central y Sudamérica. Forman parte de ella, por citar algunas redes muy conocidas, los Sem Terra [Sin Tierra] de Brasil, con su historia de luchas y ocupaciones de tierra[17] y que congregan a más de medio millón de familias ocupantes, la Confédération Paysanne [Confederación Campesina] con José Bové, en Francia, red que re-

[16] Recordemos que los circuitos de mujeres que promovieron esta iniciativa, con anterioridad, esto es, el 20 de junio de 2006 en Leipzig, ciudad en la que la FAO había organizado la cumbre sobre recursos genéticos vegetales, habían difundido el «Llamamiento de Leipzig», *Asociación Isole nella Rete* [ed. cast.: www.ecn.org/food/leipzig.htm]. Éste hablaba de la seguridad alimentaria desde el punto de vista de las mujeres (todavía no se había adoptado la perspectiva de la soberanía alimentaria, que se incorporaría más tarde, en el Congreso de Roma de 1996 alternativo a la cumbre de la FAO, justamente en confrontación con Vía Campesina) y declaraba su «no» a los nuevos alimentos (es decir, a aquellos fruto de la manipulación genética) y a las patentes sobre la vida. En la cumbre de la FAO de Leipzig se puso en evidencia que la causa más importante de la fuerte reducción de la diversidad de las especies y de las semillas autóctonas debía buscarse en la introducción de las nuevas variedades (OGM).

[17] Vía Campesina propuso y en el Foro Mundial de Porto Alegre de enero de 2001 se aceptó la elección del 17 de abril como Jornada Internacional del Campesino, en memoria de la masacre de miles de Sem Terra que se produjo cuando éstos se manifestaban en Eldorado dos Carajàs, en Brasil, mientras en Tlaxcala, México, se desarrollaban los preparativos de la Segunda Conferencia Internacional de esta red (18-21 de abril de 1996). Durante aquella manifestación la policía abrió fuego, matando a 19 personas.

presenta a cerca de un tercio de los campesinos franceses, la National Family Farm Coalition [Coalición Nacional de Granjas Familiares], nacida en Estados Unidos en 1986, el KMP, Movimiento de Campesinos de Filipinas, y la Karnataka Farmers Union [Unión de Agricultores de Karnataka], nacida en India en 1980, con cerca de diez millones de afiliados y fundadora del banco de semillas naturales de Bangalore, semillas que se distribuyen gratuitamente entre la población para que las pueda cultivar.

En África, la Conferencia de Nyeleni (Selingué, Mali) de febrero de este año (2007), a la que asistieron movimientos espontáneos de agricultores y de otras figuras del mundo rural, fue muy importante para abrir también en este continente una nueva red de trabajo y cooperación.

El *concepto de soberanía alimentaria* es, como decía al principio, un concepto sobre el que hay que trabajar en función de los países y de las situaciones para articularlo de forma adecuada.

En *Roma en 1996,* la preocupación fue *distinguir* el concepto de soberanía alimentaria del concepto de *seguridad alimentaria,* afirmando el derecho de todas las poblaciones a poder *decidir de qué alimentarse y cómo producirlo,* teniendo acceso a la tierra y a un crédito a bajo interés, frente al mero derecho a acceder a unos alimentos decididos por otros tanto en el tipo como en las modalidades de producción y distribución. Entiéndase: posibilidad tanto de acceso a la tierra como al agua que corre por sus venas, como a la biodiversidad vegetal y animal que la puebla, pudiendo gestionar estas fuentes fundamentales de reproducción de la vida, que están en la base de la posibilidad de alimentación, de acuerdo con metodologías sostenibles bajo todos los aspectos que permitan su renovación.

La *dimensión* dentro de la cual se quiere desarrollar esta nueva relación con la tierra y con la producción y distribución de alimentos se *basa en una concepción del alimento* no como mercancía cualquiera, sino como *bien común* que materializa el *derecho fundamental* de cada uno y de todo pueblo a la alimentación y, por lo tanto, a la vida.

El *horizonte* hacia el que mirar *no* es el de la *competencia en el mercado global,* sino el de la *cooperación, la solidaridad y la equidad* entre campesinos para ofrecer, ante todo a los *mercados locales y nacionales,* un *producto agrícola genuino y variado* y los excedentes a otros mercados. Dando mucha importancia, por lo tanto, a la satisfacción, en primera instancia, de las necesidades alimentarias de la población del territorio al que se pertenece. Si tenemos presente que hasta los *esquimales* han tenido siempre su sistema alimentario, esto disipa cualquier duda respecto a la posibilidad de que este planteamiento pueda dejar a alguien sin recursos. Es decir, en cualquier punto de la tierra, incluso en condiciones extremas, las poblaciones siempre consiguieron establecer sistemas alimentarios capaces de responder a sus nece-

sidades. Este horizonte de solidaridad, cooperación y equidad se impone *igualmente* en la *relación entre productores y consumidores*. Cada una de estas figuras es garantía de vida para la otra[18]. Porque *la tierra puede ofrecer posibilidades de trabajo y de vida a muchos,* frente a una emigración impuesta por la miseria o a expulsiones provocadas por nuevas modernizaciones agrícolas u otros tipos de inversión capitalista (presas, carreteras, minas, extracciones petrolíferas, etcétera).

Incluso en el caso de un *país del Norte* como Francia, José Bové, después de haber insistido en que «la primera soberanía es la alimentaria: poderse alimentar y elegir cómo y de qué alimentarse»[19], afirma que la tierra puede ofrecer posibilidades de trabajo y de vida a muchos, *siempre que se practique la agricultura campesina*. Y, para que la agricultura pueda calificarse de tal, señala algunos requisitos. Debe tener, dice, dos condiciones, tres dimensiones, un planteamiento que se articula en diez principios y un perímetro de verificación[20], es decir, un espacio de validación. También aquí el primer principio es el de la solidaridad y no el de la competencia entre campesinos. Las dos condiciones son, una, la decisión del campesino de tener en su hacienda un espacio de iniciativa y responsabilidad, la otra, un contexto político que apoye la agricultura campesina en lugar de la industrialización y la concentración. Tanto las decisiones del campesino como las políticas del Estado pueden contribuir al reparto de las producciones. En cuanto a las tres dimensiones, Bové dice: una dimensión es la social, basada en el trabajo, la solidaridad entre campesinos, entre regiones y campesinos del mundo. El respeto del derecho a producir de cada campesino y de cada región es fundamental, si no, los más poderosos gestionarían el derecho a la vida de los demás y esto no forma parte del equilibrio humano. Por el contrario, la industrialización y la concentración de las haciendas agrícolas

[18] En este terreno, se han desarrollado distintas iniciativas en los propios países avanzados, a partir de redes como la National Food Security Coalition [Coalición Nacional por la Seguridad Alimentaria] en Estados Unidos a principios de la década de 1990 (ofrezco algo de información al respecto en «L'Indigeno che è in noi, la terra cui apparteniamo», cit). En Italia, se han desarrollado los GAS, Gruppi di Acquisto Solidale [Grupos de Consumo Solidario], constituidos por habitantes de las ciudades que se ponen de acuerdo con los productores para comprarles el producto agrícola, respetando cinco normas éticas básicas: respeto por los seres humanos (ante todo, los productos no deben ser fruto de injusticias sociales), respeto por el medio ambiente, por la salud y por el sabor y priorización de la compra-venta en términos de solidaridad entre los pequeños productores que respetan estas normas éticas. En la actualidad, los GAS, que discuten sus prácticas y problemáticas en encuentros a escala nacional, se han abierto a la inclusión entre sus actividades de otros sectores productivos. En ellos participan cerca de dos millones de ciudadanos. Véase a este respecto A. Saroldi, *Gruppi di acquisto solidali. Guida al consumo locale,* Bolonia, Emi, 2001.

[19] J. Bové y F. Dufour, *Il mondo non è in vendita,* cit., p. 151.

[20] *Ibid.*, pp. 176-178, 121, 180.

que la acompaña hacen producir cada vez más con cada vez menos trabajadores. La segunda dimensión es que la agricultura debe ser eficaz desde el punto de vista económico, es decir, debe crear valor añadido con respecto a los medios de producción empleados y a las cantidades producidas. Es la condición por la cual los campesinos deben poder vivir con cantidades de producción relativamente modestas, condición necesaria para poder mantener a muchos trabajadores activos. Esta producción eficaz desde el punto de vista económico va de la mano de una producción de calidad[21]. Pero esta condición se interpreta mejor si tenemos en cuenta también lo que dice Bové cuando especifica el cuarto principio, a saber, que hay que valorizar los recursos abundantes y economizar aquellos escasos. El trabajo es justamente un recurso abundante que hay que valorizar. Sustituirlo por capital exige una gran cantidad de energía con frecuencia no renovable[22]. Y, tal como da a entender en el conjunto de su argumentación, puede llevar a cotas de endeudamiento excesivas y, por lo tanto, a una presión continua e insostenible sobre la propia vida. Así pues, un rechazo y una crítica al enfoque productivista-tecnologicista que da por inevitable el deber de invertir innovando sin cesar. La tercera dimensión es que la agricultura campesina debe respetar a los consumidores, a los cuales debe ofrecer alimentos saludables, y debe respetar la naturaleza, contribuyendo a proteger, con su actividad, la biodiversidad y el medio ambiente. El perímetro lo representa un espacio de verificación de los indicadores, esto es, de los límites que se derivan de la adopción de los propios principios, por ejemplo, cuántos animales puede sostener determinada extensión de tierra si se les quiere hacer pastar, cuál es el umbral máximo aceptable de nitrógeno por hectárea. Bové define además una tríada de la agricultura campesina, que identifica con la producción, la prestación de trabajo y la preservación. La interdependencia entre estas tres actividades se deriva de una idea de la producción que no consiste en la obligación de producir cada vez más, en la medida en que la función del campesino no es sólo la de producir, sino, en términos más globales, la de gestionar el territorio, preservándolo como hábitat de especies vegetales y animales y como contexto vivo y dinámico de relaciones sociales. Y, por lo tanto, es fundamental la relación que establece con las demás figuras del territorio. Hablando de los campesinos, ya François Dufour, compañero de Bové y ganadero, decía: «Nuestro objetivo y nuestro trabajo no consisten en producir. Nosotros ocupamos un espacio, lo gestionamos y participamos en el vínculo social con el campo»[23]. A partir de estas afirmaciones, dio sus primeros pasos el proyecto por una agricultura campesina.

[21] *Ibid.*, pp. 176, 180.

[22] *Ibid.*, p. 180.

[23] *Ibid.*, p. 62.

Sólo hemos destacado algunos puntos, pero, en estas posiciones, se hace evidente la *total convergencia* entre campesinos del Sur y del Norte, ante todo en los planos de la *solidaridad, la responsabilidad y el sentido del límite.*

La soberanía alimentaria, entonces, denota un *proyecto alternativo de organización productiva y social, un proyecto social diferente,* basado en la *agricultura campesina,* que, como tal, *da trabajo a muchos,* frente a la agricultura industrial, frente a los monocultivos, que dejan con demasiada frecuencia no sólo sin renta, sino sin autonomía e identidad, a los pequeños productores agrícolas, convertidos en dependientes de las multinacionales. Por lo tanto, la posibilidad de una agricultura así, que sea *sostenible bajo todos los aspectos, económico, social, y ambiental,* restableciendo métodos tradicionales respetuosos con la tierra en tanto que permiten que ésta se regenere y, por lo tanto, que dé cada año cosechas y frutos, constituye el *nudo fundamental en el camino por la soberanía alimentaria.* De hecho, sólo la difusión de esta agricultura, que presupone asimismo el *restablecimiento de la ganadería en tierra,* el *restablecimiento de los sistemas integrados* de agricultura, ganadería y silvicultura y, sobre todo, el cultivo de distintas especies, *puede dar más seguridad* respecto a la posibilidad de nutrición para todos, porque se puede articular en función de las características de los diferentes territorios, porque está en manos de las poblaciones y no de las multinacionales y, por lo tanto, puede permitir obtener alimentos incluso prescindiendo del dinero, porque está diversificada y puede proporcionar a quienes viven en estas regiones alimentos adecuados desde el punto de vista tanto medioambiental como cultural, puede garantizarles alimentos saludables, variados y nutritivos, frente a los alimentos cada vez más pobres y menos variados que podemos permitirnos comprar cuando las grandes empresas han privatizado la mayor parte de la tierra. Aquí me refiero principalmente a los países del Sur del mundo[24]. En el Norte, lo que está más bien en juego es la posibilidad de tener alimentos saludables, frescos y sabrosos, es decir, de calidad.

En la raíz de la decisión de practicar la agricultura campesina está la experiencia de haber *visto y padecido el engaño de la productividad capitalista,* de haber pagado sus elevados costes ocultos. No sólo los que ya hemos mencionado de la compra de semillas y productos químicos, la pérdida de la biodiversidad, el envenenamiento del suelo, el deterioro de los alimentos y los perjuicios a la salud y al medio ambiente, sino también otros. Basten unos cuantos ejemplos.

Nuestras explotaciones ganaderas intensivas en Europa presuponen en los países en vías de desarrollo las denominadas hectáreas espectro, es decir, hectáreas de terreno que se destinan en estos países a la producción de cereales para nuestra ganadería y que equivalen a *7 veces*[25] las hectáreas destinadas en Europa a tal fin, extensiones de tierra robadas a una agricultura diversificada de la que se habrían podido beneficiar las poblaciones de esos territorios.

La denominada *Revolución blanca,* es decir, la transformación de lo que era la *vaca sagrada* de India en máquina productora de leche, ha comportado la pérdida de todas las demás funciones que el animal desempeñaba, *de enorme importancia para la agricultura y para la vida de las aldeas.* Ante todo, su energía motriz para el trabajo de los campos y su estiércol como abono y como combustible (desecado satisfacía las necesidades energéticas de dos tercios de las aldeas indias)[26]. En torno a la vaca, florecía la industria láctea gestionada por las mujeres: mientras se mantenía la posibilidad de alimentar a los niños y, a veces, a los pobres con los subproductos de la leche, tan ricos en poderes nutritivos como la parte que se vendía, se reproducía un conjunto de oficios artesanales y, por lo tanto, de ingresos de dinero que llegaban a manos de las mujeres, las cuales los empleaban para la mejora de las condiciones de la familia y de la comunidad. Ahora, allí donde la vaca sagrada se ha convertido en máquina productora de leche, todo esto ha desaparecido. El animal desempeña una única función, la producción de leche, y la leche fresca se entrega, en su totalidad, a las queserías industriales, sin dejar en su recogida subproductos para los niños ni quehaceres para las mujeres.

En cuanto a los OGM, recordemos de nuevo que en todo caso son plantas más débiles, que contraen enfermedades fácilmente, y que el uso intensivo de productos químicos para defenderlas *debilita la tierra, empobreciéndola.*

Y añadamos a esto, además, el *precio* que los campesinos del Sur pagan *en la gran batalla por los derechos de propiedad intelectual sobre la materia viva,* desde el momento en que deben defender como bien común el resultado de su trabajo y de su saber frente a la apropiación pirata de las multinacionales.

La *productividad de estas plantaciones oculta* la creciente miseria campesina provocada no sólo, como decíamos desde el principio, por la expropiación de las tierras, por la destrucción de la biodiversidad, fuente de alimentos, por la desaparición para muchos agricultores de la posibilidad de una renta agrícola y por la incertidumbre de la renta para los pocos a quienes se les permite obtenerla, sino, también, por el *aumento de la deuda internacional a las espaldas de los campesinos,* puesto que, con todo, estos cultivos, el agua que necesitan y las consiguientes infraestruc-

[24] Resulta significativo que el precio de la tortilla, uno de los alimentos más populares y baratos, haya aumentado en México a partir del momento en que se ha empezado a utilizar el maíz para producir biocombustibles.

[25] V. Shiva, *Vacche sacre mucche pazze,* Roma, DeriveApprodi, 2001, p. 70 [ed. cast.: «Vacas locas y vacas sagradas», en V. Shiva, *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos,* Barcelona, Paidós, 2003].

[26] *Ibid.*, pp. 65 ss.; véase también V. Shiva, *Staying Alive. Women, Ecology and Survival in India*, cit.

turas están muy subvencionadas y los gobiernos que los acogen se endeudan para sostener tales gastos, quitando apoyo financiero a la pequeña agricultura y a los servicios básicos para la población.

Detrás de *estas plantaciones está la imposición* por parte de los poderes económicos y políticos del Norte de *opciones que suponen desastres* para quienes las padecen *bajo distintos aspectos*. Por ejemplo, para los países de la costa mediterránea de África del Norte (Egipto, Marruecos, Túnez y Argelia), donde la obligación de producir fruta y verdura para la exportación, en virtud de acuerdos primero con la Comunidad Económica Europea y después con la Unión Europea, ha reducido el cultivo de cereales y legumbres y ha comprometido así la riqueza y las cotas de autosuficiencia de su sistema alimentario. Así pues, estos países han visto cómo su deuda crecía no sólo por la compra de lo que antes producían y que ahora deben importar, ante todo cereales y aceites, sino también para dotar a los nuevos cultivos de infraestructuras para el riego y otras cosas. Han asistido al deterioro de sus recursos medioambientales, principalmente por la explotación poco eficiente del suelo y del agua. Han sido testigos del creciente abandono del campo por parte de campesinos y pequeños ganaderos. Se les ha puesto a competir por estos productos agrícolas con los agricultores de los países de la costa mediterránea de la Europa meridional (Portugal, España, Francia meridional, Italia y Grecia).

Detrás de estas políticas agrícolas *están asimismo, y esto es aún más grave, la marginación y el empobrecimiento e incertidumbre vital de las mujeres y de las franjas más débiles* de la población, que dependen de tales políticas, está el ataque a las luchas de las mujeres por su autonomía, así como por esa mejora de las condiciones de la familia y de la comunidad que conseguían mendiante la selección y el cultivo de las especies vegetales y la preparación de la comida, pero también a través de la renta que los pequeños trabajos artesanales podían generar. En este sentido, fue muy significativa la acción de las mujeres que, el 8 de marzo de 2006, en Brasil, ocuparon la plantación de Aracruz Celulosa[27], en Barra do Ribeiro, Rio Grande do Sur, para denunciar el impacto social y medioambiental devastador del creciente desierto verde del monocultivo de eucalipto, planta que, como es sabido, absorbe cantidades ingentes de agua y destroza el suelo. Después de la ocupación, las mujeres se sumaron a la manifestación por el Día Internacional de la Mujer en Porto Alegre, llevando su solidaridad a todas las mujeres trabajadoras de las áreas rurales y urbanas, mientras se desarrollaban los trabajos de la Cumbre de la FAO sobre la reforma agraria y el desarrollo rural.

[27] Aracruz Celulosa es una empresa agroindustrial financiada por el Estado que posee los mayores desiertos verdes del país. Sus plantaciones cubren más de 250.000 hectáreas, 50.000 sólo en Río Grande del Sur. Sus fábricas producen 2,4 millones de toneladas al año de celulosa blanqueada, generando una gran contaminación del aire y del agua y ocasionando perjuicios para la salud.

Es posible elucidar otros puntos relevantes del discurso sobre la soberanía alimentaria leyendo la Declaración de Nyeleni, teniendo no obstante presente que son puntos clave recurrentes en los documentos de Vía Campesina. Al *Foro de Nyeleni* llegaron *todos los desaparecidos* y los tránsfugas del desarrollo:* campesinos, pescadores tradicionales, pueblos indígenas, pueblos sin tierra, trabajadores rurales, migrantes, ganaderos nómadas, comunidades pobladoras de la selva[28], mujeres, hombres, jóvenes, consumidores y movimientos ecologistas y urbanos[29]. Más de 500 representantes, procedentes de más de 80 países. La conferencia fue el resultado del esfuerzo organizativo de varios circuitos: además de Vía Campesina, la ROPPA (Réseau des Organisations Paysannes et de Producteurs de l'Afrique de l'Ouest [Red de Organizaciones Campesinas y de Productores de África Occidental]), el Foro Mundial de Pescadores y Trabajadores de la Pesca, el Foro Mundial de Pueblos Pescadores, el Comité de Planificación Internacional para la Soberanía Alimentaria, la Red para la soberanía alimentaria y otros.

En reconocimiento del papel fundamental que tienen las mujeres en la agricultura, la *fase preparatoria* de los trabajos de la conferencia estuvo en manos de un *Foro de mujeres*.

Entre los puntos importantes que en seguida saltan a la vista al hojear la Declaración, está la dimensión de *eticidad, responsabilidad* y *sentido del límite*.

Se afirma ante todo la conciencia de desempeñar, en tanto que productores de alimentos, un *papel crucial* para el futuro de la humanidad, a la que, se insiste, se quiere ofrecer alimentos saludables, de calidad y en abundancia, y, por lo tanto, constatamos nosotros, tal papel se quiere desempeñar de manera *responsable, ética y generosa*. Propósito que las políticas del capitalismo y del neoliberalismo abortan, tal como se remacha en más de un punto. Por lo tanto, frente a la *irresponsabilidad* de estas políticas, plasmadas en la primera y en la segunda Revolución verde, se opone una agricultura que quiere ser *responsable* para con la *tierra* y para con el *hombre*.

[28] Es frecuente que en particular las comunidades que viven en la selva sufran despiadados ataques de los que son responsables los «lugares con un desarrollo más avanzado» y que no sólo socavan su posibilidad de supervivencia, impidiéndoles practicar la agricultura, cazar y pescar, sino que socavan su vida, con la propagación de enfermedades mortales. Valga el ejemplo del pueblo indígena Achuar, en la selva amazónica de Perú, que, a causa de la extracción de petróleo en su zona, se ha encontrado todo el territorio y las aguas del río Corrientes contaminados. De poco sirve buscar otras corrientes de agua, ya que los animales se abrevan en todas partes y alimentarse de los animales quiere decir ingerir la contaminación extendida por el petróleo, enfermarse y morir. En la zona, operaba primero la compañía petrolífera Pluspetrol, después la Petroperú y, por último, la Oxy Perú. Éste constituye uno de los muchos ejemplos que existen a este respecto, aunque menos conocidos que la situación en el delta del Níger, en Nigeria, marcada por la larga historia de resistencia del pueblo ogoni y que en la actualidad ha captado la atención mundial.

[29] Véase [www.viacampesina.org]

Con la conciencia de que, históricamente, los sujetos más importantes en la creación de prácticas alimentarias y agrícolas han sido las *mujeres y los pueblos indígenas*, pero que, por lo general, se les ha infravalorado, se declara la voluntad y se asume la *responsabilidad de preservar y restablecer el patrimonio de esta creación y permitir* que estas capacidades y estos conocimientos se sigan desarrollando. Una asunción de responsabilidad no sólo hacia las *generaciones futuras*, sino también *hacia las generaciones pasadas*, hacia su trabajo y su saber, para que *su esfuerzo no haya sido en vano*.

Un prerrequisito para poder seguir elaborando este patrimonio, tal como se afirma asimismo en la Declaración de Nyeleni, es que a los productores de alimentos, campesinos, pescadores, ganaderos o pastores, se les debe garantizar plenos *derechos de acceso* y de *gestión* de sus tierras, territorios, aguas, semillas, ganado y biodiversidad.

El reconocimiento y la garantía de los *derechos de las mujeres* cobran una *centralidad absoluta*. Se insiste en que se debe reconocer hasta qué punto *el papel de las mujeres* resulta *crucial* en la producción de alimentos y, *por consiguiente*, en que *se les debe garantizar representación en todos los órganos de decisión*. Y debo señalar que este imperativo en las organizaciones campesinas o de la pesca, orientadas a la soberanía alimentaria, es un imperativo que se cumple en términos de *paridad en la representación* en todos los *cargos de decisión*. Por otro lado, justamente el desarrollo industrial de la agricultura y de la pesca ha robado a las mujeres esa pluralidad de oficios (campesinas, artesanas, preparadoras y vendedoras de pescados, etc.) que desempeñaban antes, les ha privado de funciones y las ha devaluado, dejándolas pobres y más expuestas a la violencia de individuos y organizaciones. Por ello, resulta fundamental que hayan obtenido un *poder de decisión allí donde está en juego* su *posibilidad de vida* y de *autonomía*. Y, del mismo modo, es *indispensable para los hombres* que las mujeres organizadas les *apoyen* en esta batalla planetaria por la soberanía alimentaria. En la conferencia de Pokhara, en Nepal, celebrada del 13 al 15 de mayo de este año (2007), participaron cerca de 1.500 dirigentes campesinos procedentes de las diferentes regiones del país[30], un acontecimiento histórico puesto que incluía a todas las realidades interesadas y contó con la participación nada menos que de un 45 por 100 de mujeres. Por otro lado, la participación en las luchas y en la organización con frecuencia permite a las mujeres, incluso en las situaciones más difíciles, cambiar tradiciones que las oprimen y que limitan su movilidad[31].

[30] *Ibid.*

[31] Véase a este respecto, en relación con la participación de las mujeres en las organizaciones campesinas de Pakistán y Afganistán: I. Munir, «Peasant Struggle and Pedagogy in Pakistan», en M. Coté, R. J. F. Day y G. De Peuter (eds.), *Utopian Pedagogy*, Toronto, Buffalo y Londres, University of Toronto Press, 2007.

El documento de Nyeleni prosigue insistiendo en otros tres puntos cruciales e interdependientes. El derecho de los distintos pueblos a *desarrollarse en sus países*, teniendo la posibilidad de vivir dignamente de su trabajo. En otras palabras, el derecho a no verse obligados a emigrar o morir de miseria. La posibilidad de *preservar y restablecer los entornos rurales, las reservas marinas, los paisajes y las tradiciones alimentarias*, basándose en una gestión sostenible y respetuosa del medio ambiente, de las tierras, del suelo, de las aguas, de los mares, de las semillas, del ganado y de la biodiversidad; la puesta en marcha de una verdadera reforma agraria integral que garantice a los campesinos plenos derechos sobre sus tierras, que defienda y recupere los territorios de las poblaciones indígenas, que asegure a las comunidades de pescadores el acceso y el control de sus zonas de pesca y de sus ecosistemas, que reconozca a los pastores el acceso y el control de los pastos y de las vías de trashumancia... *y que ofrezca un futuro a los jóvenes en los campos*. Por cierto, que no es verdad, añado por mi parte, que lo único que quieran los jóvenes sea huir del campo. Tanto en el Norte como en el Sur, hay mujeres y hombres que querrían trabajar en el campo, pero en buenas condiciones y, sobre todo, para practicar una agricultura diferente[32]. Resulta significativo a este propósito el llamamiento de los jóvenes lanzado el 25 de abril de 2007 en preparación de las iniciativas en Rostock en torno a la cumbre del G8, en el que se proponía una asamblea para el 3 de junio. En él se denuncia que, al año, en Europa, más de 300.000 empresas agrícolas se ven obligadas a cerrar por el avance de la gran agricultura industrial, responsable también de la degradación del medio ambiente. Insisten en que poder trabajar la tierra de acuerdo con una agricultura sostenible es un derecho, pero que este derecho se les niega con el aumento de los precios de la tierra a causa de la especulación inmobiliaria y de los tipos crediticios. Por consiguiente, quienes no provienen ya de una familia campesina, no logran materializar este derecho, cuando el desarrollo de este tipo de agricultura requiere de muchos jóvenes que opten por ella. Denuncian asimismo los EPA (Economic Partnership Agreements [Acuerdos de Asociación Económica]), con los que la Unión Europea exige a los países de África, el Caribe y el Pacífico (79 países, de los cuales 39 están catalogados como parte de los Least Developed Countries [Países Menos Desarrollados]) que eliminen sus aranceles aduaneros para casi todos los productos europeos.

[32] En las cooperativas de jóvenes que gestionan haciendas agrícolas, surge cada vez con más frecuencia la voluntad de que la hacienda interiorice una serie de valores diferentes, que represente un lugar importante de recalificación de la relación campo-ciudad, abriendo la hacienda misma y su territorio a iniciativas de distinto tipo: culturales, productivas, de empleo para gente con dificultades, como lugar de encuentro con quienes vienen del contexto urbano o como lugar de entretenimiento y juego para los niños. A este propósito, resulta ejemplar la cooperativa «Le Terre della Grolla Ottomarzo», en la provincia de Verona [www.leterredellagrola.it/grola/html].

Retomando la lectura del documento de Nyeleni, en él se establece además que, en caso de *catástrofes naturales o provocadas por el hombre* y en *situaciones tras un conflicto,* la soberanía alimentaria es una «garantía» capaz de reforzar las iniciativas locales de reconstrucción y de atenuar las repercusiones negativas. Puesto que las comunidades afectadas y abandonadas no son incapaces y una organización social sólida constituye la clave para la recuperación y la reconstrucción por medios propios. Y esto contra las *políticas de las ayudas alimentarias,* que son la otra cara de las políticas del alimento: con frecuencia llegan demasiado tarde, se «equivocan» de destinatarios, envían alimentos inadecuados u OGM, cuya nocividad está ya comprobada, y destruyen más aún la producción local.

He llamado la atención sobre estos puntos fundamentales, dejando otros para no alargarme. Lo que se desprende de todo ello es la determinación, la decisión de tomar un camino diferente, que parte de lo local y cuyas riendas quieren manejarse en primera persona, sobre el que se quiere *poder tener un control,* para construir *un proyecto social diferente,* que, precisamente, *no presuponga el hambre* de muchos para garantizar el bienestar de unos pocos. Gracias a la importancia crucial de su posición en tanto que productores de alimentos, estos sujetos han podido *provocar este cambio de rumbo. Al interrogarse en primer lugar sobre la posibilidad de supervivencia y, por lo tanto, sobre su calidad de vida y la de otros, han abierto interrogantes sobre el sentido de su trabajo, sobre el sentido de su relación con la tierra y con los demás seres humanos*. Esta componente de *decisión,* que es decisión de *tomar un camino diferente,* es fundamental. Evidentemente, no consideran que puedan «intervenir sobre la tendencia capitalista», porque la tendencia, también en las políticas de expropiación, apunta a una relegación cada vez mayor de la tierra y del hombre, ignorando sus ciclos vitales y aniquilando a una y a otro. Hay que poner en marcha otro tipo de agricultura. *Contra las jugadas insensatas* del capital, estos sujetos han buscado la solución al hambre en la construcción de *una alternativa sensata,* arraigada a escala local, pero con implicaciones globales, en el sentido de la *medida y del límite*. Han entendido la agricultura campesina ante todo como *campesinidad responsable:* para con la tierra, a la que no se quiere envenenar con químicos, sino tratar de manera respetuosa para conservar sus fuentes de vida y sus ciclos vitales (y descubriendo también que ésta es la opción más conveniente); para con los demás campesinos del planeta, con los que se quiere establecer relaciones de solidaridad y no de competencia; para con quienes compran el producto agrícola, a quienes se quiere ofrecer alimentos genuinos y abundantes como garantía de vida para toda la humanidad. *Frente a una dictadura alimentaria insensata* que *decreta* sin cesar *sentencias de muerte,* se quiere construir la *libertad alimentaria* como *otra cara de la democracia alimentaria*. La democracia alimentaria como *base imprescindible de toda democracia*.

Nuevos escenarios integrados

¿Utopía? Difícil pensarlo cuando 50 millones de personas están tomando este rumbo, construyendo múltiples momentos de confrontación e iniciativa concreta, para empezar a poner en marcha la soberanía alimentaria en varias regiones. Por otro lado, evidentemente, ya no es posible ignorar el problema de qué consecuencias se derivarán en términos de agravamiento del hambre, problemas sociales, desastre medioambiental y perjuicios para la salud si se mantiene el actual modelo agrícola. Resulta significativo que el presidente de la FAO, Jacques Diouf, el 13 de septiembre de 2006, en la Conferencia del World Affairs Council [Consejo de Asuntos Mundiales] de California del Norte[33] celebrada en San Francisco, después de haber informado de que *100 millones de personas se exponen a la emigración forzosa* como consecuencia del avance de la desertificación y de la erosión del suelo, a la vez que empiezan a escasear las reservas hídricas de importantes áreas de producción cerealista como India y China, declaró que la clave para aumentar la producción y proteger al mismo tiempo los recursos naturales era un *desarrollo agrícola sostenible* desde el punto de vista *medioambiental*. Precisando que *había que volver a partir de la aldea, que se podía aumentar el rendimiento agrícola hasta un 30 por 100 mediante la gestión integrada de los cultivos y mejores técnicas de labranza* y que *la nueva Revolución verde* estaría menos basada en la introducción de nuevas variedades de grano o de arroz de alto rendimiento... y mucho más en un uso *más sabio y eficiente de los recursos naturales* que hubiera a disposición. Y llegando a admitir, en la misma ocasión, que «puede parecer increíble, pero, en realidad, podemos ahorrar agua y, al mismo tiempo, producir más alimentos». Los campesinos lo llevan sabiendo milenios. Tales consideraciones constituyen, en todo caso, un índice significativo de hasta qué punto se está reconociendo en el ámbito de algunas cumbres institucionales la necesidad de un giro agrícola hacia *una agricultura local y sostenible*. Aún más significativo resulta que varios Estados hayan empezado a incluir en su *constitución o en documentos importantes* la soberanía alimentaria. Ésta aparece incluida en la nueva constitución de Bolivia, en la constitución *ad interim* de Nepal, en la nueva Loi d'Orientation Agricole [Ley de Orientación Agrícola] de Mali y en documentos de importancia de Senegal, Venezuela y España. Por otro lado, forma parte de los objetivos de este movimiento por la soberanía alimentaria que tal derecho se incluya en los *ordenamientos jurídicos a escala internacional*. Se discutirá de ello con más detenimiento, junto a otras grandes cuestiones, a finales de septiembre

[33] Se trata de uno de los foros no gubernamentales más importantes de Estados Unidos de dicusión y debate sobres asuntos internacionales. Cuenta con más de diez mil miembros.

de este año en Budapest, donde se encontrarán los campesinos europeos, desde los rusos a los portugueses, para discutir y *lanzar propuestas para las políticas agrícolas en Europa*. A partir del *prerrequisito* de que el acceso a la tierra, al agua, a las semillas y a la biodiversidad debe permanecer a disposición de las comunidades productoras de alimentos. Y de que las capacidades que éstas tienen de conservar, recuperar y desarrollar los conocimientos adquiridos en tal producción, capacidades que han permitido conservar la biodiversidad a lo largo de milenios, deben ponerse por encima de las exigencias de los mercados y de las empresas, defendiendo así los intereses de las generaciones futuras.

16 Pescadores y mujeres por la soberanía alimentaria*

Desde Kerala

El movimiento internacional de pescadores tiene sus orígenes en el Estado de Kerala, en el Sur de India, en la década de 1970. En 1979 se formaliza la Kerala Independent Fishworkers Federation [Federación de Pescadores Independientes de Kerala], probablemente el mayor sindicato de Kerala no afiliado a ningún partido político. Hay que recordar, no obstante, que, desde 1957, este Estado había tenido siempre en el gobierno una coalición de izquierdas o encabezada por un partido de izquierdas, que había impulsado un desarrollo dotado de un buen sistema de prestaciones sociales de bienestar. Por lo que la pobreza que caracterizaba muchas regiones de India estaba erradicada en este Estado, así como el analfabetismo. El 100 por 100 de la población estaba alfabetizada. Tal legado era tan fuerte que condicionaría incluso al gobierno no de izquierdas que se formaría en los primeros años del nuevo milenio[1].

¿Cuáles eran los motivos que impulsaron a los pescadores a organizarse? La constatación y el padecimiento, en el mismo sentido que los campesinos con la Revolución ver-

* M. Dalla Costa, «Pescatori e donne per la sovranità alimentare» [Pescadores y mujeres por la soberanía alimentaria], ponencia presentada en el curso *Globalización y desarrollo desigual. El desafío político de los movimientos subalternos,* Madrid, 25-29 de junio de 2007, Universidad Nómada, Foro Complutense, UCM. La ponencia se publicaría posteriormente en *Foedus* 21 (2008), así como en *The Commoner* 12 (2007).

[1] Fundamental al respecto el artículo de G. Madhusoodanan, «Il modello Kerala alla prova dell'ambientalismo», en *CNS Ecologia Politica* 3-4, Año XIII, fascículo 55-56 (2003). El actual gobierno vuelve a ser de izquierdas.

de, de las falsas promesas de un desarrollo industrial de la pesca que, en este caso, estaba marcado fundamentalmente por la llegada de grandes buques pesqueros con redes barrederas, que arruinaban los fondos marinos, así como por las denominadas Revoluciones azules en la cría de peces que, aunque prometían aumentar la oferta de alimentos, en realidad destruían más recursos de los que producían. El panorama que ya se había visto en la agricultura se desplegaba sobre las olas del mar o en las piscinas de las explotaciones azules. La mayor productividad, magnificada, escondía costes económicos, sociales y medioambientales que la vaciaban de sentido. Es más, la connotaban negativamente, puesto que reducían la oferta del alimento pescado, destruían el ecosistema, destruían el empleo y muchas posibilidades de vida. De ahí los inicios de un esfuerzo organizativo para oponerse a estos saltos tecnológicos en el sector pesquero, apostando, en cambio, por salvaguardar metodologías tradicionales y sostenibles de pesca y de cría y por exigir políticas que valorizasen el oficio de pescador y lo dotasen de los necesarios derechos y garantías. Pero, sobre todo, la constatación de las destrucciones masivas de recursos, de la expulsión de poblaciones, de las profundas injusticias y de la imposibilidad de subsistencia derivadas de estos estadios más avanzados de desarrollo uniría a los pescadores de Kerala y de muchas otras regiones de India y del mundo en la causa común de una *soberanía alimentaria basada* en el derecho de las comunidades de pescadores a *acceder a* sus *zonas de pesca y a sus fuentes de agua, pudiendo gestionarlas,* pudiendo ejercer su *oficio* en una *relación orgánica* con el mantenimiento de ese ecosistema que contenía sus recursos de trabajo y de vida. Se desprendía automáticamente de ello que defensa del trabajo *no era sólo defensa de una posibilidad anónima de empleo, era defensa de un sistema de vida, de un contexto de relaciones con la naturaleza y con los humanos* que no querían abandonar y del que no aceptaban verse expulsados. Decía Thomas Kocherry, líder histórico del movimiento de pescadores: «Para nosotros la pesca es un modo de vivir, no una mera fuente de ingresos. La mar es nuestra madre»[2].

Mares vacíos

El *primer acontecimiento* que viene a minar la austera vida de las comunidades costeras de Kerala es la *gran pesca mecanizada con redes barrederas,* que llega al océano Índico *ya en la década de 1960.* Los pescadores locales que se dedican a la pequeña pesca, oficio fundamental para las comunidades costeras, constatan enseguida, en la disminución de su pescado, los daños que ésta ocasiona. Tengamos presente que el 60 por 100 de los mil millones de habitantes de India vive a lo largo de sus costas. Las capturas de los pescadores locales constituyen cerca del 30 por 100 de la totalidad de pescado nacional, que asciende a 3 millones de toneladas al año, pero ellos representan entre el 80 y el 90 por 100 de los 10 millones de trabajadores pesqueros de este país[3] y dependen del mar para su subsistencia. Mientras que, a finales de la década de 1950, el índice de crecimiento del pescado en los mares de Asia meridional se incrementaba un 5 por 100 al año sin nuevas tecnologías de captura, entre finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, el índice en India descendió al 2 por 100[4].

En el mundo, la gran pesca mecanizada se caracteriza por grandes despilfarros. Se calcula que los descartes, es decir, el pescado que se vuelve a arrojar al mar muerto o moribundo porque no forma parte de las especies seleccionadas para el mercado, rondan un tercio (es decir, 27 millones de toneladas) del pescado total. Pero cuando se trata de pescar camarones o langostinos, pesca que se realiza con traíña, red especial de arrastre para fondos bajos, con efectos devastadores, el descarte puede llegar a 16 millones de toneladas al año, en algunas zonas incluso a 15 toneladas por cada tonelada de camarones pescados. Resulta significativo que en las principales zonas de pesca de camarones en India, la pesca anual de este crustáceo pasara de 45.477 toneladas en 1973 a 14.582 en 1979 y, un dato aún más significativo, los camarones que se exportan son cada vez más jóvenes, lo cual es un indicador de sobrepesca[5].

A escala global, de acuerdo con el informe Sofia 2002, de la FAO, cerca del 47 por 100 de las principales reservas o grupos de peces está totalmente explotado y, por consiguiente, no ofrece muchas esperanzas de que vaya a darse un nuevo crecimiento, el 18 por 100 está ya sobreexplotado, en continua disminución y sin perspectivas de expansión y el 10 por 100 está a punto de agotarse. Por lo tanto, sólo el 25 por 100 no es objeto de captura irracional[6].

Así pues, en el sector pesquero, al igual que en el agrícola, la relación Norte-Sur nos muestra una construcción de abundancia que, por un lado, es falsa en el caso

[2] Extraído del discurso que Thomas Kocherry pronunció el 15 de junio de 1999 en Oslo, con motivo de la entrega del premio de la Fundación Sophia: «Speech of Thomas Kocherry on the occasion of the prize ceremony of the Sophie Foundation», *Peace Movemente Aotearoa* [www.converge.org.nz/pma/apspeech.htm]. Puede leerse un fragmento del mismo traducido al italiano en M. Dalla Costa, «Il movimento dei pescatori», en M. Dalla Costa y M. Chilese, *Nostra madre Oceano. Questioni e lotte del movimento dei pescatori,* cit., pp. 82-84.

[3] *Ibid.,* p. 96.

[4] V. Shiva, *Vacche sacre, mucche pazze,* cit., p. 48.

[5] *Ibid.,* p. 49.

[6] «Situation mondiale des pêches et de l'acquacolture», en *Rapporto 2002 (SOFIA). La situation mondiale des pêches et de l'acquacolture,* FAO, 2002 [ed. cast.: *El estado mundial de la pesca y la acuicultura,* FAO, 2002]. El documento se puede consultar en distintos idiomas en [www.fao.org/documents/advanced_s_result.asp?QueryString=SOFIA+2002].

del propio Norte y, por otro, es causa de una miseria cada vez más extendida en el Sur, al que se le sustraen recursos fundamentales para la alimentación. De acuerdo con lo denunciado por Thomas Kocherry, «muchos gobiernos, sobre todo del Norte, subvencionan una pesca insostenible. Según los datos de la FAO, los gobiernos pagan al año 116.000 millones de dólares estadounidenses en total para capturar el equivalente en pescado de 70.000 millones de dólares. Naciones desarrolladas que han sobreexplotado sus aguas, han entrado en las aguas de países en vías de desarrollo. La Unión Europea tiene cerca de un 40 por 100 más de las embarcaciones necesarias para capturar peces de manera sostenible. Las grandes flotas de pesca industrial han despojado todos los océanos. Se han convertido en una amenaza para los 100 millones de pescadores y tienen conexiones orgánicas con la monocría costera de gambas»[7].

A raíz del «avance» de las técnicas pesqueras y de la posibilidad de trabajar y congelar el pescado en grandes buques pesqueros industriales, la captura global de peces ha pasado de unos 20 millones de toneladas en la década de 1950 a los 94,8 millones de toneladas del año 2000. Pero precisamente, tal magnitud de captura, con las modalidades que la caracterizan, ha supuesto que la explotación del patrimonio pesquero supere la capacidad reproductiva de las reservas. En algunos casos, sencillamente las ha aniquilado. Al mar que se extiende frente a los grandes bancos de Terranova, lugar de pesca de la merluza desde el siglo XVI, se le ha limpiado de este valioso pez y ahora sus aguas se han quedado vacías. Ni siquiera la prohibición de pescar decretada por el gobierno canadiense en 1992 ha logrado cambiar la situación, que se ha mantenido igual hasta el día de hoy. Con la desaparición del pez, han desaparecido 80.000 puestos de trabajo en el sector pesquero para hombres y mujeres.

El sector de *«mejora tecnológica»*, en continuo desarrollo sobre todo gracias a las *subvenciones* estatales, contribuye también a aumentar la presión sobre el mar. Estas subvenciones, que deberían crear puestos de trabajo en las zonas costeras pobres, favoreciendo el desarrollo de la actividad pesquera, se invierten la mayoría de las veces en nueva tecnología que incrementa la *overfishing* [sobrepesca]. De acuerdo con el Banco Mundial, tales ayudas ascenderían a un total de *20.000 millones de dólares* al año[8].

Las flotas europeas se mueven como en casa en los mares africanos, con consecuencias a menudo devastadoras para las poblaciones del lugar. Los acuerdos en este sentido entre Unión Europea y países de África, el Caribe y el Pacífico son numerosos. Resulta significativo a este respecto el acuerdo que la UE firmó con Mauritania el 1 de agosto de 2001, que prevé el acceso de los barcos de la Unión a las aguas de este país africano, con una contrapartida financiera de 430 millones de euros. Después de años de pesca, los miedos de las poblaciones locales son muchos[9]. A resultas de años de pesca europea, *África occidental ha perdido la mitad de sus reservas de pesca de altura,* una categoría que incluye *las especies más preciadas desde el punto de vista comercial.* En Dakar, Senegal, Daniel Pauly, una autoridad en los estudios sobre la explotación global de los recursos marinos, declaraba en la conferencia organizada por WWF internacional [Worldwide Fund for Nature, Fondo Mundial para la Naturaleza, con secciones en multitud de países] en 2002: «A causa de la explotación no sostenible de los recursos marinos por parte de las flotas extranjeras, los *ecosistemas de África Occidental se han empobrecido tanto como los del Atlántico Norte,* pero las consecuencias para el desarrollo y para la seguridad alimentaria son muy graves, *mucho peores* que las que pueden darse en Europa o América del Norte»[10]. La captura excesiva de los buques pesqueros de los países ricos empobrece las aguas del Sur. Klaus Toepfer, director ejecutivo del UNEP [United Nations Environmental Programme, Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente], subraya: «En muchas regiones del mundo, las *reservas pesqueras están sufriendo* desde que un *número excesivo* de buques pesqueros, que disfruta de *mucho apoyo financiero,* está reduciendo drásticamente el número de peces. Algunos países en vías de desarrollo que cuentan con buenas reservas pesqueras han estipulado acuerdos de pesca con países extranjeros, con la esperanza de aumentar la afluencia de divisas con las que pagar su deuda y estimular el crecimiento económico. Pero nuestras investigaciones indican que si no se activan rigurosos mecanismos de protección, esto puede revelarse como un peligroso error»[11]. Está claro. Vuelve a plantearse la *espiral de un desarrollo orientado al exterior,* en nombre del servicio de la deuda, que producirá nueva deuda, con muy duras consecuencias inmediatas y futuras para la población, empezando por la reducción de los grados de autosuficiencia alimentaria. Mientras que el pescado y el dinero irán a los países avanzados. A lo largo de las costas de muchos países, *durante mucho tiempo,* el *pescado ha representado, frente a la carne, la aportación de proteínas más segura y menos cara.* De acuerdo con los datos de la FAO, el pescado, los moluscos y los crustáceos suponen el 29 por 100 de las proteínas anima-

---

7 «Speech of Thomas Kocherry on the occasion of the prize ceremony of the Sophie Foundation», cit.

8 M. Carbone, «Le milieu marin et le développement durable», en *Le Courrier ACP-UE* 193 (2002).

9 «Accord de pêche UE-Mauritanie», *Le Courrier Acp-UE* 191 (2002).

10 D. Pauly, «Rischiano il collasso gli stock ittici dell'Africa occidentale», *World Wide Fund for Nature Italia,* 26 de junio de 2002 [www.wwf.it/news2862002_4229.asp].

11 F. Carlini, «Ipocriti pescatori in acque altrui», *Il Manifesto*, 3 de febrero de 2002 [www.ilmanifesto.it/php3/ricview.php3?page=/terraterra/archivio/2002/Febbraio/3c5e75c0ce563.html&word=pescatori].

les consumidas en Asia, el 19 por 100 en África y el 8 por 100 en América Latina[12]. En los países en vías de desarrollo, más de 200 millones de personas dependen de este valioso alimento para su supervivencia[13]. Pero, cuando el pescado entra en el mercado global, empieza a escasear y a encarecerse en el ámbito local.

Piscinas rebosantes

El *otro* gran *acontecimiento* que empujó a pescadores y comunidades costeras a organizarse en India, para unirse, por lo tanto, a pescadores de otros países del Sur y del Norte del mundo, fue la llegada de la denominada *primera Revolución azul*. Es decir, la acuicultura industrial, ante todo de gambas. Esta cría se ha instalado en muchos países tropicales, no sólo en India y, a pesar de que sus consumidores se encuentran fundamentalmente en los países avanzados, por regla general, dado el enorme impacto medioambiental que tiene, se establece en países en vías de desarrollo. Se la llama industria de «muerde y corre» porque, justamente, la devastación del ecosistema que provoca hace que, con frecuencia, deba abandonar el lugar en el que se instaló después de haberlo explotado o deba abandonarlo a causa del desencadenamiento de epidemias que afectan la cría o a causa de la volubilidad de la demanda de mercado. Al igual que la Revolución verde, también la revolución azul se presentó con un propósito humanitario, esta vez conjugado con uno ecológico: combatir la escasez de la oferta global de alimentos, ofreciendo, con el pescado criado, proteínas a las poblaciones pobres y reduciendo la presión sobre el mar. Los motivos aducidos eran desde luego falsos, puesto que el producto, un alimento absolutamente de lujo, no estaba destinado a los pobres, sino a una clientela acomodada de los países avanzados; y puesto que la presión sobre el mar no se reduciría, sino que aumentaría, ya que el *alimento marino* necesario para la cría de gambas habría de producirse con peces pescados en el mar por grandes buques pesqueros con redes barrederas y se destruirían más recursos de los que se producirían con la cría. De hecho, se estima que la cría industrial de peces y crustáceos necesita por regla general la captura, para el alimento marino, del doble del peso de lo que se produce[14]. Pero, en el caso de algunas especies, la relación es aún más desproporcionada. Para producir 3 kilos de salmón con acuicultura hacen falta 2,7 kilos de pienso marino, que a su vez requieren para su producción 15 kilos de pescado. Lo cual supone un enorme derroche. Por lo general, hacen falta entre 4 y 6 toneladas de alimento marino por hectárea. Pero debemos contabilizar también el pescado destruido por la devastación llevada a cabo en las profundidades sobre los peces jóvenes y los huevos a causa del uso de redes barrederas en la captura del pescado necesario para la producción del alimento marino.

Cerca de un tercio del total de pescado, es decir, 30 millones de toneladas, no está destinado a la alimentación humana, sino a nutrir animales, entre ellos, los propios peces y crustáceos de cría.

Pero, además de estos costes ocultos, la acuicultura industrial encierra otros. Las instalaciones constan por lo general de grandes piscinas de 2 metros de profundidad por una hectárea de superficie. Su establecimiento comporta la *destrucción de los bosques de manglares* que caracterizan las costas de los países tropicales. Estos bosques tienen varias funciones muy importantes. Protegen la costa de la erosión del terreno, la defienden de los huracanes o de otras catástrofes naturales y constituyen un valioso nido para especies de peces que, en sus aguas tranquilas, logran afrontar el periodo inicial de vida, antes de aventurarse en el mar, contribuyendo con ello a proteger la reserva marina para los pescadores. A las gambas hay que criarlas en una *combinación de agua salada y agua dulce* que precisa de una constante regulación, pero los movimientos mecánicos y el propio crecimiento de las gambas hacen que el agua se derrame en el territorio circundante, *salinizándolo y salinizando también* los estratos de agua dulce donde el drenaje ha sido excesivo. Pero, *con el agua,* se derraman los antibióticos, los excrementos de las gambas, los ingentes restos de alimento marino, de los cuales sólo un 17 por 100 constituye biomasa que las propias gambas utilizan. También bajo este aspecto, un despilfarro total. Con el agua, se derraman además los detergentes que se utilizan en las operaciones de limpieza. El deterioro del territorio, su salinización y contaminación química, imposibilitan la prosecución de la agricultura y llegan incluso a poner en riesgo la pesca en el mar, porque la primera franja se contamina y los peces tienden a migrar mar adentro, aumentando la distancia que los pescadores deben recorrer para su trabajo. Frecuentes son, además, las plagas que afectan a peces y crustáceos.

Muchas poblaciones deben *abandonar ese territorio salinizado y contaminado* en el que hasta los animales mueren, en busca de improbables reinstalaciones rurales, visto que las tierras disponibles para el cultivo son cada vez menos. Además de en India, estos criaderos se han instalado en Ecuador, Bangladesh, Brasil, China, Filipinas, Honduras, Indonesia, México, Sri Lanka, Tailandia y Viet Nam. Y han originado luchas y encarnizados enfrentamientos, así como numerosísimos momentos de protesta. Se han denunciado homicidios ligados a la industria de las gambas en

[12] «Development and peace and the fisheries», 1998, *Development and Peace,* [www.devp.org/testA/issues/fisheries.htm].

[13] V. Shiva, *Vacche sacre mucche pazze,* cit., p. 46.

[14] Así lo estima también la economista Rosamond Naylor, de la Stanford University, de acuerdo con lo que refiere F. Ungaro en «Il rischio acquicoltura», 23 de octubre de 2002, *Magazine Ènel* en [www.enel.it].

11 países. En India, esta industria ha atacado los 7.000 kilómetros de costas del país. Pero los expulsados a causa de estas instalaciones casi nunca tienen territorios en los que restablecer sus economías. La alternativa es la miseria, la degradación y el hambre en las villas miseria de las grandes ciudades.

El *empleo* creado por estos criaderos es mínimo en comparación con el empleo que destruyen. En Ecuador, por ejemplo, *una hectárea* de bosque de manglares llega a garantizar comida y subsistencia a *diez familias,* mientras que una industria de gambas de unas *110 hectáreas* sólo da trabajo a *6 personas.*

En los criaderos trabajan con frecuencia *mujeres y niños,* entre ocho y diez horas al día, en condiciones *higiénico-sanitarias desastrosas,* por lo que se ven sujetos a frecuentes patologías, sobre todo disentería y enfermedades de la piel. Se dice, además, que hay casos de violaciones de las trabajadoras.

Asimismo, las *horas ligadas a las tareas del trabajo doméstico* en el territorio circundante *se alargan.* Habrá que ir más lejos para buscar leña para el fuego y agua potable[15].

En algunas regiones, la propia elaboración de las gambas nos presenta escenarios infernales. Como en la *Machar Colony,* en la zona pesquera de Karachi, en Pakistán. Allí, la elaboración de estos crustáceos está basada en la explotación intensiva de niños. Acurrucados en largas filas sobre un suelo mojado y maloliente, descascaran montañas de gambas durante doce horas al día, bajo el control atosigador de los vigilantes. La paga está en función del número de cestas de crustáceos pelados que logren llenar. Quien consigue preparar 15 kilos en un día puede sacarse dos dólares. Por la posición en la que tienen que trabajar y al verse obligados a tener las manos en agua salada con el hielo mezclado con las gambas, estos pequeños están abocados a la artritis en los dedos y a los problemas de espalda[16].

El Banco Mundial ha apoyado la acuicultura industrial desde la década de 1970 y, en la actualidad, se trata del *sector alimenticio que experimenta un mayor crecimiento*[17]. Pero la construcción de las piscinas, de las carreteras para transportar el producto y de las *infraestructuras* para la refrigeración y otras cuestiones corren en gran parte *a cargo del Estado anfitrión,* que, para ello, *se endeudará aún más, negando en cambio,*

[15] Véase, para el conjunto de datos aquí ofrecido, V. Shiva, *Vacche sacre mucche pazze,* cit., pp. 51 ss.; M. Dalla Costa y M. Chilese, *Nostra madre Oceano. Questioni e lotte del movimento dei pescatori,* cit., p. 69; M. Shanahan, «Appetite for destruction», 22 de marzo de 2003, *The Ecologist,* en [www.theecologist.org/pages/archive_detail.asp?content_id=170].

[16] M. Dalla Costa y M. Chilese, *Nostra madre Oceano. Questioni e lotte del movimento dei pescatori,* cit., p. 69.

[17] L. R. Brown, «Alleveremo più pesce che bestiame?», s.d., *World Wide Fund for Nature Italia,* en [www.wwf.it].

como ya se vio en la agricultura, el apoyo a los pescadores locales, por ejemplo para el carburante y los servicios primarios para la población. En 1991, dentro del nuevo marco neoliberal que se le impuso a India, el gobierno constituyó la MPED (Marine Products Export Development Authority, Organismo para el Desarrollo de las Exportaciones de Productos Marinos), para dar aún más apoyo a la acuicultura. En efecto, el Organismo ha ofrecido asistencia técnica e importantes ayudas a este sector en el país. El mismo año, el gobierno autorizaba la pesca de alta mar.

Pez Frankenstein

Pero una *segunda Revolución* llegaría para amenazar el *mundo azul:* la *modificación genética de los peces.* En ocasiones, se propondría aún con propósitos humanitarios: evitar el uso de antibióticos, modificando genéticamente los peces para hacerlos más resistentes a las enfermedades. En otras ocasiones, el motivo que se esgrimiría sería declaradamente comercial. En particular, dirigido al salmón atlántico: hacerlo crecer más deprisa, en 12-18 meses en lugar de los 3 años naturales, y hacerlo más resistente al frío. Pero la ingeniería genética que pretendería aumentar la oferta de pescado, corre el peligro de destruirla. El pez que debe crecer más deprisa, puede requerir más comida; el pez más resistente, puede destruir las especies salvajes. Las especies transgénicas de cría pueden salir de las zonas de cría, como sucede con frecuencia, y cruzarse con las otras especies, con resultados imprevisibles sobre las propias especies y sobre el ecosistema. En todo caso, cuando se fuerza a la naturaleza de un lado, se la debilita de otro. Entre los resultados del denominado efecto Frankenstein figuran, por ejemplo, la introducción, entre 1968 y 1975, de la gamba oposum en diferentes lagos al norte del lago Flat Head, en Montana, para aumentar los recursos alimenticios del salmón Kakonee. Poco a poco, las gambas devoraron todo el zooplancton, que constituía una fuente alimentaria importante para el salmón, y la pesca de este pez cayó en picado. Antes de 1985, la recogida anual de salmón era de 100.000 unidades, en 1987, había descendido a 600 unidades[18].

Otra economía

Pero la *alternativa* para criar peces de manera sensata y realmente productiva existía *desde hace ya 500 años.* En efecto, India tiene sistemas tradicionales y soste-

[18] V. Shiva, *Vacche sacre mucche pazze,* cit., pp. 60-61.

nibles de acuicultura que la pusieron a la cabeza de la producción mundial de gambas desde el siglo XVI. Tales sistemas, con un impacto medioambiental muy modesto, se conjugaban y alternaban con la agricultura, allí donde era practicable. Se trataba, pues, de sistemas integrados de acuicultura y agricultura. Entre los más conocidos, el sistema *bheri,* constituido por *piscinas de dimensiones variables,* adoptado en zonas pantanosas y cenagosas, por ejemplo en Bengala Occidental. Cuando es temporero, se crían peces de noviembre a diciembre y, el resto de meses, se cultiva arroz. Cuando es perenne, porque la alta salinidad del terreno impide que crezca arroz, se crían gambas y peces todo el año. En otras zonas, como Orissa, cerca de los estuarios y de las playas y en torno a los lagos, se utiliza el sistema *gheri*. Se trata de grandes estanques a los que se hace llegar a los peces y a las gambas a través de las mareas y son las propias mareas las que los nutren, a la par que un sistema de pequeñas barreras de bambú evita que salgan al mar cuando la marea se retira. Después, gracias a un sistema de esclusas, se les apresa con redes o con las manos. Pero, sobre todo, este sistema se *alterna* con el cultivo de *trigo* y con el cultivo de *arroz*. Es más, en el momento de la siega, se deja una parte de la espiga en el terreno precisamente para que sirva de comida para los peces. Otro sistema es el *thappal,* que designa la búsqueda con las manos, durante la marea alta, de gambas, ostras y otros peces que se han visto empujados hacia la playa. Con frecuencia, se favorece la búsqueda con la inmersión en el agua de una estera hecha de hierba seca y de bálsamo, entretejidos con granos de arroz, que atraen a los peces. Una vez apresados, se colocan en recipientes de agua salada. Todas éstas son imágenes que dan una idea *de la extrema simplicidad,* pero, a la par, *productividad* de los métodos empleados, de su *sostenibilidad bajo todos los aspectos* y de la *riqueza* de la oferta del mar. Tales sistemas dieron de qué vivir a las poblaciones costeras durante siglos[19]. Sin embargo, ésta es la riqueza que las metodologías de la gran pesca industrial y de la cría industrial han mermado y están mermando cada vez más.

Autoorganizarse

Frente a la destrucción masiva de recursos llevada a cabo por la gran pesca mecanizada y por la acuicultura industrial y frente a la consiguiente imposibilidad de subsistencia y a las expulsiones de poblaciones, el movimiento de pescadores organiza una serie de luchas y crece apostando por unir a los pescadores de toda India. En 1982, hubo una escisión, pero el nombre y una parte enorme de los afiliados al

[19] *Ibid.*, pp. 58-60.

sindicato permanecieron con Kocherry y *obtuvieron* del gobierno la *suspensión de la pesca de arrastre a lo largo de las costas de Kerala durante el periodo monzónico de la reproducción, de junio a septiembre*. Más tarde, este movimiento alcanzó una dimensión verdaderamente nacional y adoptó el nombre de National Fishworkers Forum [NFF, Foro Nacional de Trabajadores de la Pesca]. Se propuso, entonces, construir una red mundial. Organizando encuentros y conexiones con pescadores en lucha en otros países del mundo, entre otros, con pescadores de Madagascar, Senegal y las provincias canadienses de Nueva Escocia y Terranova, después de haber lanzado cuatro grandes huelgas a escala nacional, que empezaron en 1991 y se vieron respaldadas por formas muy duras de lucha de las comunidades costeras, en 1997, con la conferencia de Nueva Delhi, se constituye como World Forum of Fish Harvesters and Fish Workers [Foro Mundial de Pescadores y Trabajadores de la Pesca]. Pero el Foro despegaría a escala realmente planetaria en el año 2000, con la conferencia de Loctudy, una pequeña región de la Bretaña francesa. El movimiento se dota entonces de unos *estatutos* y de una *estructura organizativa* y se propone nuevamente *construir a escala local alternativas al capitalismo,* poniendo en marcha modelos productivos y sociales que respondan a los problemas reales de las comunidades locales, que favorezcan la descentralización y la autonomía y que sean sostenibles para el mar y para los que viven en él. Decide que, el 21 de noviembre, fecha elegida como Día Internacional de la Pesca en la conferencia de Nueva Delhi de 1997, los foros continentales se dedicarán a organizar manifestaciones y huelgas para sensibilizar a todos de las problemáticas impulsadas por el movimiento de pescadores. Al año siguiente, en *noviembre de 2001,* el movimiento decreta de hecho una *huelga global* que involucra a todo el mundo de la pesca y se opone a la depredación de los mares. No obstante, en Loctudy, una nueva escisión pondrá a Kocherry a la cabeza de una nueva formación, el World Forum of Fisher Peoples [WFFP, Foro Mundial de Pueblos Pescadores], al que se unirán los delegados asiáticos y la mayoría de los africanos, mientras el resto del movimiento, coordinado por el canadiense François Poulin, mantiene el nombre originario. El año anterior, el movimiento de pescadores había llegado a los países europeos con la Caravana de 1999 y había constituido una componente muy importante de la manifestación de Seattle. En 1999, dio a conocer a los ciudadanos de varios países europeos su *lucha* contra los *motopesqueros que operaban con redes gigantes en coalición* con multinacionales extranjeras, poniendo en riesgo la vida de los pescadores y arruinando su área de pesca. Dio a conocer su lucha contra la *gran pesca,* que destruye la biodiversidad biológica a lo largo de la costa y mar adentro. Dio a conocer, asimismo, las luchas contra la *acuicultura industrial,* portadora de un impacto devastador, y la violencia de la *represión* que debían sufrir las poblaciones en lucha. Declaró su voluntad de construir alternativas locales con una base sostenible, que respondiesen ante todo a las necesidades de

las poblaciones costeras. En *2004, en el Foro Social Mundial de Mumbai,* opta, al igual que muchos otros movimientos, por no participar, sino construir una presencia diferente, a la par que decide, como forma de protesta contra la invasión de los motopesqueros con redes barrederas, bloquear la estación ferroviaria e impulsar otras formas de lucha. Queda aún por recordar que el movimiento de pescadores, con otras componentes de los movimientos indios, obtuvo *en 1996 una sentencia del Tribunal Supremo* que ordenaba la desaparición antes del 31 de marzo de 1997 de todas las instalaciones acuícolas, a excepción de las tradicionales y las tradicionales mejoradas, de todas las costas indias sujetas a reglamentación, hasta una distancia del mar de 600 metros, y de los miles de metros próximos a los lagos Chilika y Pullicat, zona húmeda de importancia internacional. El *gobierno nunca respetó el veredicto del Tribunal,* es más, lanzó la *Aquaculture Authority Bill* [Proyecto de ley para la acuicultura], para legitimar la cría de gambas en tales regiones, y transfirió las competencias al respecto al Ministerio de Agricultura; por otro lado, se estaba y se sigue aún pidiendo la aplicación de la *Marine Fishing Regulation Act* [Ley de Regulación de la Pesca Marina] *de 1978,* dirigida a proteger tres aspectos fundamentales del mundo de la pesca: la vida y la economía de los pescadores tradicionales, la conservación de los recursos marinos y el cumplimiento de la ley y del orden en el mar.

Tal como decíamos, *las grandes huelgas nacionales de la década de 1990* estuvieron *respaldadas* por luchas extremadamente duras de las comunidades costeras, que se concretaron en huelgas de hambre, encierros, marchas, bloqueos de autopistas, redes ferroviarias y aeropuertos, así como ocupación de oficinas gubernamentales y puertos[20]. Después de tales acontecimientos, se formó el Comité Murari, con la participación de 16 parlamentarios, de todos los ministros orgánicamente vinculados al sector de las aguas marinas e internas y de seis representantes de las partes interesadas. Pero las 24 recomendaciones que salieron de él, muy importantes, aceptadas oficialmente por el gobierno, nunca se respetaron. Por otra parte, las luchas contra las instalaciones industriales de acuicultura o contra la gran pesca se han encontrado en todo momento con una dura represión.

El *año 2004* marca otra etapa significativa para el movimiento de pescadores, que entra en contacto con la ILO [International Labour Office, Secretariado de la Organización Internacional del Trabajo] para llegar a establecer, junto con tal entidad, por primera vez, reglas con respecto al *trabajo informal de pesca.* Empezando por tener contratos escritos y la lista de las personas a bordo, por la necesidad de tener documentos de identidad y derechos con respecto a la repatriación y al reclutamiento, por la necesidad de contar con leyes y reglamentos relativos al alojamiento a bordo, a la comida y al agua potable, así como por tener una normativa que asegure los cuidados médicos de primeros auxilios y la dotación de un equipo de salvamento en buen estado. Se aspira a tener una seguridad social ante todo en forma de *pensión,* que se exige a partir de los 60 años, y una cobertura aseguradora aún más necesaria dados los riesgos del trabajo. Se aspira asimismo a contar con una normativa que establezca una edad mínima para el trabajo a bordo y un mínimo de horas de descanso en relación con las horas de trabajo, se subraya la necesidad de asegurar la formación de los jóvenes, proponiendo incluso horarios flexibles, ya que aplazar durante años el trabajo en las embarcaciones aumenta el riesgo de sufrir mareos y de no adquirir la confianza necesaria con el entorno marino. De igual modo, se exige que se establezca un salario mínimo para quienes reciben pagas, prestando particular atención al trabajo migrante y de los tribuales.

Con el documento *Toward a Fisheries Policy in India* [Hacia una política de la pesca en India][21], se plantean otra serie de reivindicaciones relativas a las condiciones de vida de los pescadores, a la par que se aspira a la puesta en marcha de una política de la pesca que tenga en cuenta las exigencias fundamentales de las poblaciones costeras y de su relación orgánica con los recursos marinos. Por lo tanto, se plantean exigencias, dirigidas en particular a los Estados concernidos por las activi-

[20] M. Dalla Costa y M. Chilese, *Nostra madre Oceano. Questioni e lotte del movimento dei pescatori,* cit., p. 80. En el texto se bosqueja y analiza la trayectoria del movimiento de pescadores en su conjunto.

[21] «Toward a Fisheries Policy in India», en *World Forum of Fisher People,* [www.wffpfishers.org/home.html]. Merece la pena recordar, para tener más claro el panorama de sujetos interesados en tales reivindicaciones, que, de acuerdo con los estatutos del WFFP, los pescadores que tienen derecho a hacerse miembros activos del Foro son todas las personas que practican directamente la pesca y que, en los distintos países, pertenecen a las siguientes categorías:

personas que practican la pesca de subsistencia;
pescadores artesanos;
comunidades autóctonas o aborígenes que practican la pesca;
pescadores costeros y continentales tradicionales;
pescadores autónomos que practican la pequeña pesca;
miembros de la tripulación.

Además: los miembros de la tripulación que pertenecen a grupos no nombrados antes, pero que forman parte en la actualidad de las organizaciones definidas en el subepígrafe A del artículo 2, a saber, las organizaciones que comparten los objetivos del artículo 1 de los estatutos; las organizaciones populares arraigadas en las comunidades de pescadores o que reúnen a mujeres comprometidas en la defensa de la pesca; los trabajadores del sector pesquero cuya actividad consiste en la elaboración, venta (con la excepción de los comerciantes) y transporte de pescado. Para el conjunto de estas reivindicaciones, véase M. Dalla Costa y M. Chilese, *Nostra madre Oceano. Questioni e lotte del movimento dei pescatori,* cit., pp. 97 ss. Los estatutos aparecen reproducidos en su totalidad entre los anexos del propio texto.

dades de pesca, que se refieren a las *condiciones de vida del pueblo o aldea,* desde la necesidad dramática de espacio para construir viviendas hasta la garantía de las posibilidades de acceso a la comida (fuertemente mermadas, lo recordamos, por la acuicultura industrial y por la gran pesca) y la garantía de servicios fundamentales como la educación, la sanidad, el agua potable y todas las infraestructuras que un pueblo necesita.

Hay además otras reivindicaciones relativas a las *ayudas* para el *combustible* necesario para las embarcaciones y formas de aseguramiento y crédito que garantizarían una mayor seguridad (además, como es lógico, de la pensión de la que ya hemos hablado). Pero el precepto neoliberal rechaza justamente que se subvencione la pequeña pesca, a la par que fomenta grandes subvenciones para la gran pesca.

Se insiste en la necesidad de *continuar la lucha* para conseguir una regulación de la pesca a partir de la aplicación de la *Marine Fishing Regulation Act,* oponiéndose a la tendencia declarada del gobierno a intensificar el potencial productivo de la pesca.

Las mujeres y el mar

Durante mucho tiempo, se ha ignorado y subestimado el papel de las mujeres en el sector pesquero. En realidad, su trabajo, que se concentra en la actividad de elaboración (por ejemplo, cortar en filetes) y venta del pescado, genera ese beneficio que, a su vez, permite que los maridos paguen a la tripulación y salgan a pescar, a la par que permite sostener los gastos de la familia y de la comunidad[22]. Perjudicadas también ellas en sus oficios por la llegada de la gran pesca, se han organizado en cooperativas, incorporando formas de ahorro y crédito que les permitieran afrontar mejor la actividad de mercado. Por otro lado, la organización en cooperativas ha sido una forma de organización respaldada con fuerza por el movimiento de pescadores.

Su papel en las luchas ha sido fundamental. De ahí que, en las estructuras organizativas que el movimiento internacional de pescadores se ha dado, a todas las escalas, se haya establecido una paridad absoluta entre hombres y mujeres en la representación.

En esta batalla planetaria, de mar y de tierra, que asiste a la destrucción de las lógicas de la vida por las lógicas del beneficio, la voz y la acción de las mujeres, junto a las de los hombres, son imprescindibles. No es casual que en más de una ocasión

[22] En Canadá, Estados Unidos, Japón y Noruega, donde la crisis ha obligado a los pescadores a reducir la tripulación, sus mujeres se han visto obligadas a suplir las bajas y trabajar en las embarcaciones («Development and peace and the fisheries», cit.).

se haya escrito en los documentos que marcan las etapas organizativas de este movimiento que, en lo sucesivo, se abandonará cualquier discriminación hacia ellas. En los estatutos redactados en Loctudy, en el *punto 3 del artículo 1,* que define los *objetivos* del *World Forum of Fisher Peoples,* se enuncia como objetivo «reconocer, sostener y mejorar el papel de la mujer en la vida económica, política y cultural de las comunidades de pescadores». Y este compromiso se corresponde plenamente con el compromiso asumido a su vez por las organizaciones campesinas.

Resulta significativo que, en la *Conferencia de Nyeleni* (Mali, febrero de 2007), en la que participaron las redes de pescadores junto con las de agricultores, pastores y otras figuras del mundo rural, las actividades estuvieran precedidas por *un día de discusión en femenino, un Foro de Mujeres.*

Soberanía alimentaria y vida

En su conjunto, el *movimiento internacional de pescadores,* que hemos estudiado en su *veta india* en tanto que motor propulsor de una coordinación entre pescadores con exigencias análogas en el Sur y en el Norte del mundo, representa *otro eslabón fundamental* de esa red que se propone la *soberanía alimentaria,* estableciendo que las fuentes fundamentales de la vida, como la *tierra y el mar,* constituyen bienes comunes y se deben gestionar como tales. Por lo cual, reivindica el derecho de acceso y gestión de los mismos por parte de aquellas *comunidades que producen alimentos,* en este caso, los pescadores, y que los producen con esas modalidades sostenibles bajo todos los aspectos que permiten su *renovabilidad.* Se trata de la renovabilidad del *patrimonio marino, pero no sólo.* La concepción del *oficio* de pescador está, de hecho, inscrita en una *relación orgánica* con el ecosistema, el carácter poliédrico de cuya oferta (entorno, clima, culturas y otros bienes que el mar y el territorio costero contienen) se quiere mantener. Del mismo modo que el campesino, de acuerdo con la concepción de la agricultura campesina o de la campesinidad responsable, no sólo está ligado a la tierra para sacar de ella un producto, sino que está vinculado al territorio, el pescador, en la concepción de la pesca impulsada por este movimiento, no sólo está ligado al mar para capturar o criar peces, sino que está vinculado a ese contexto de recursos que hacen posible un sistema de vida y que debe contribuir a proteger. De hecho, lo que se quiere conservar es este *sistema de vida y de reproducción de la vida,* sobre él se construye el *derecho de resistencia* frente a esas políticas de expulsión que el neoliberalismo, pero también el productivismo industrial, promueven cada vez más, concibiendo el mundo únicamente como un gran mercado de exportación. También en este caso, tal como vimos ya con la agricultura, aceptar estas políticas supondría para los pequeños pescadores y para

las comunidades costeras que viven de la pesca aceptar su expulsión, su extinción. Y, para el conjunto de la humanidad, aceptar una dependencia cada vez más fuerte del dinero para la adquisición de un producto marino cada vez más caro si procede del mar o no tan caro pero cada vez más de cría y cada vez más contaminado.

Frente a la *guerra sistemática contra las economías de subsistencia y los criterios de sostenibilidad* de los que son portadoras, el movimiento internacional de pescadores quiere *mantener métodos de producción* que han permitido vivir durante milenios, posibilitando al mismo tiempo salvaguardar la *oferta real de abundancia* que los recursos naturales y los ecosistemas comportan.

Este movimiento quiere asimismo mantener su *saber*. Resulta significativo que, en lugares del Norte como Nueva Escocia, 150 pescadores de la Bahía de Fundy se hayan unido para autogestionar su pesca. En lugar de quedarse con la asignación individual de cupos de pesca del gobierno federal, han constituido el Fundy Fixed Gear Council [Consejo de Ritmo Fijo de Fundy] para autogestionar sus cupos de manera global[23]. Percatándose de que, ante recursos limitados, un enfoque comunitario era la mejor solución para administrarlos bien. O que, en Filipinas, la asociación Agri-Aqua, que reúne a agricultores y pescadores, se haya propuesto la reconstrucción de los bosques de manglares, perfectamente conscientes de que, sin tal ecosistema, es impensable reactivar ni su economía ni sus oficios[24].

En cada articulación del discurso, aparece la dimensión de *solidaridad, eticidad, responsabilidad y sentido del límite*. Contra la *pesca desmesurada que vacía el mar*, negando el derecho al trabajo y a la vida a cada vez más pescadores, y contra los *insensatos juegos financieros* que la sostienen, este movimiento defiende una pesca tradicional sensata y mesurada que tiene en cuenta ante todo las necesidades de las comunidades costeras, pero en una relación de solidaridad con todos los pescadores del mundo, cuyo derecho a seguir trabajando y viviendo quiere reforzar. Y, asimismo, en una relación de solidaridad con el derecho a la comida, comida sana y abundante, de todas las comunidades del mundo. De hecho, en Loctudy, los pescadores

[23] *Ibid.*

[24] *Ibid.* En Italia, en Monterosso, Liguria, hay todavía quienes mantienen vivo el arte nocturno de la pesca de anchoas, *u pan du ma*, «el pan de mar», como lo llaman los ancianos del lugar. Hace treinta años, la pesca era la actividad principal de la zona. En la actualidad, en cambio, sólo quedan dos embarcaciones que pescan con lámpara, volviendo a tierra firme a las cuatro o cinco de la madrugada. No faltan dificultades y también en esta localidad se intenta obtener una marca que reconozca la calidad de las anchoas, permitiendo la salazón en el lugar y asegurando así un futuro a la ya exigua comunidad de pescadores (M. Chilese, «Nè pesci nè pescatori», en M. Dalla Costa y M. Chilese, *Nostra madre Oceano. Questioni e lotte del movimento dei pescatori*, cit., p. 59). En Camogli, cerca de Génova, una cooperativa de pescadores utiliza una red construida directamente por ellos con fibra de coco que, al final del año, se deja en el mar como comida para los peces, evitando así generar un desecho más.

del World Forum of Fisher Peoples adoptan sus estatutos «[...] afirmando que el océano es fuente de vida, determinados a asegurar la inagotabilidad de la pesca y de los recursos marinos para las poblaciones de la actualidad y para las generaciones futuras [...]»[25].

Por lo tanto, el movimiento impulsa su *acción por la soberanía alimentaria* a partir de la reconstitución de cotas de *autosuficiencia* basadas en una relación orgánica entre oficios y recursos del ecosistema. Cree que la primera seguridad alimentaria se deriva del restablecimiento de estos modelos de producción y de vida. *Niega* que la seguridad alimentaria resida en la disponibilidad de divisas suficientes para «comprar» la seguridad alimentaria en los mercados internacionales, donde los pequeños productores del Sur no deciden el precio ni de las exportaciones ni de las importaciones. Y donde cada vez más a menudo nos veremos obligados a comprar peces y crustáceos de cría contaminados. *Niega* que la seguridad alimentaria pueda derivarse de la graciosa concesión de ayudas, desde siempre instrumento en manos de los gobiernos más fuertes para condicionar a los gobiernos más débiles. Cree que la seguridad alimentaria se deriva de la soberanía alimentaria. *Decide* que las fuentes y los ciclos de reproducción espontánea de la vida no son mercificables, es más, constituyen el gran bien común del que partir para restablecer economías que permitan tener algún *control* sobre las condiciones de nuestra vida.

[25] Del preámbulo de los estatutos, en M. Dalla Costa y M. Chilese, *Nostra madre Oceano. Questione e lotte del movimento dei pescatori*, cit., p. 111.

Índice general



CUESTIONES DE ANTAGONISMO

TÍTULOS PUBLICADOS

Movimientos antisistémicos
G. Arrighi, T. K. Hopkins, I. Wallerstein

Las verdades nómadas & *General Intellect*, poder constituyente, comunismo
Antonio Negri y Felix Guattari

El largo siglo xx. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época
Giovanni Arrighi

Nazismo y clase obrera
Sergio Bologna

La izquierda contraataca. Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo
James Petras

La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense
Peter Gowan

Spinoza subversivo
Antonio Negri

Obreros y capital
Mario Tronti

Marx más allá de Marx. Cuaderno de trabajo sobre los *Grundrisse*
Antonio Negri

Caos y orden en el sistema-mundo moderno
Giovanni Arrighi y Beverly Silver

La posmodernidad y sus descontentos
Zygmunt Bauman

CUESTIONES DE ANTAGONISMO

TÍTULOS PUBLICADOS

1968. Una revolución mundial
(obra multimedia: CD-ROM/libro)
M. Bascetta, S. Bonsignori, S. Petrucciani, F. Carlini

El nuevo espíritu del capitalismo
Luc Boltanski y Ève Chiapello

Brigadas Rojas
Mario Moretti (entrevistado por R. Rossanda y C. Mosca)

Demarcaciones espectrales. En torno a *Espectros de Marx*, de Jacques Derrida
Michael Sprinker (ed.)

Espacios de esperanza
David Harvey

El trabajo de Dionisos
Antonio Negri y Michael Hardt

Historias locales/diseños globales. Colonialidad, saberes subalternos y pensamiento fronterizo
Walter D. Mignolo

La expansión económica y la burbuja bursátil
Robert Brenner

Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí
Norman G. Finkelstein

Marx dentro de sus límites
Louis Althusser

El sitio de los calcetines
Christian Marazzi

akal

La forma-Estado
Antonio Negri

Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos
Immanuel Wallerstein

Los libros de la autonomía obrera
Antonio Negri

El nuevo imperialismo
David Harvey

La fábrica de la estrategia: 33 lecciones sobre Lenin
Antonio Negri

Maquiavelo y nosotros
Louis Althusser

Repetir Lenin
Slavoj Žižek

Mujeres, raza y clase
Angela Y. Davis

Fuerzas de trabajo. Movimientos obreros y globalización desde 1870
Beverly J. Silver

Europa y el Imperio
Antonio Negri

La destrucción de los judíos de Europa
Raul Hilberg

Metamorfosis
Rosi Braidotti

CUESTIONES DE ANTAGONISMO

TÍTULOS PUBLICADOS

akal

CUESTIONES DE ANTAGONISMO

TÍTULOS PUBLICADOS



La política económica de Clinton y el declive de la economía estadounidense
Robert Pollin

Bienvenidos al desierto de lo real
Slavoj Žižek

Parecon. La vida después del capitalismo
Michael Albert

Más allá de *El capital*
Michael A. Lebowitz

Discurso sobre el colonialismo
Aimé Césaire

Fábricas del sujeto / ontología de la subversión
Antonio Negri

Nazismo y revisionismo histórico
Pier Paolo Poggio

La crisis de las clases medias
Sergio Bologna

El asalto a la nevera
Peter Wollen

Espacios del capital
David Harvey

De la esclavitud al trabajo asalariado
Yann Moulier Boutang

Privatizar la cultura
Chin-tao Wu

Espéculo de la otra mujer
Luce Irigaray

Palestina/Israel: un país, un Estado
Virginia Tilley

Breve historia del neoliberalismo
David Harvey

Adam Smith en Pekín
Giovanni Arrighi

Descartes político
Antonio Negri

La economía de la turbulencia global
Robert Brenner (en prensa)

Piel negra, máscaras blancas
Frantz Fanon

Arqueologías de futuro
Fredric Jameson (en prensa)

Ese sexo que no es uno
Luce Irigaray



CUESTIONES DE ANTAGONISMO

TÍTULOS PUBLICADOS

La editorial agradece a Mariarosa Dalla Costa por la cesión de diversas fotografías de su archivo personal, documentos que nos permiten acercarnos al movimiento feminista italiano de los años setenta.



Foto 1. Padua, 24 de enero de 1974. Manifestación convocada por Lotta Femminista a favor del aborto libre y gratuito y por la retribución salarial del trabajo doméstico.



Foto 2. Mestre (Venecia), 1 de mayo de 1975. Manifestación convocada por el Comité Triveneto de la Red por el Salario al Lavoro Domestico, SLD (Salario por el Trabajo Doméstico). En primer plano Mariarosa Dalla Costa sujetando una pancarta.

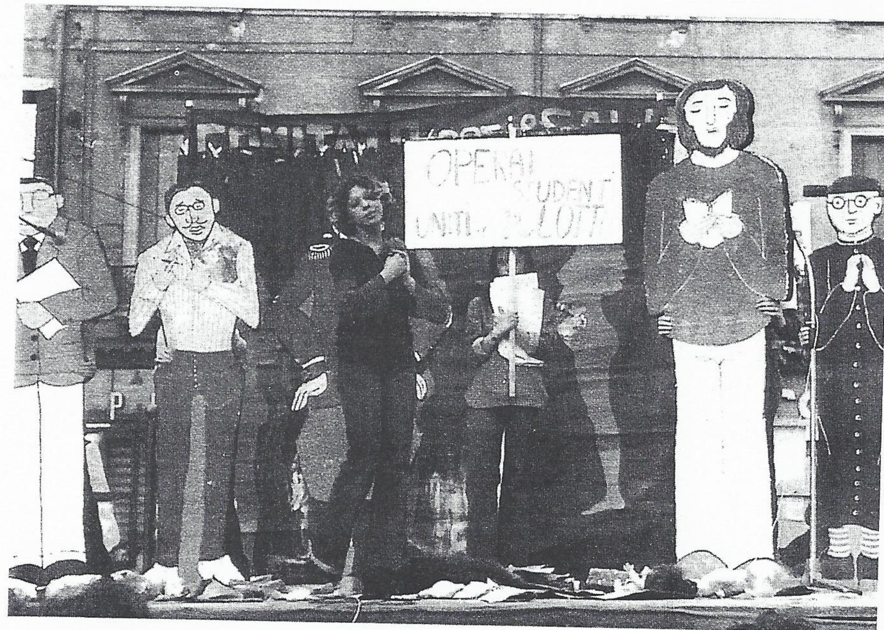


Foto 3. Mestre (Venecia), 1 de mayo de 1975. Espectáculo del grupo teatral del Comité por el SLD de Padua, realizado tras la manifestación.



Foto 4. Mestre (Venecia), 1 de mayo de 1974. Otra toma de la manifestación, con el Colectivo de Valdagno en primer plano.



Foto 5. Mestre (Venecia), 1 de mayo de 1975. Una compañera pone el cierre a la manifestación y a los espectáculos tocando una pieza del Cancionero Feminista, grupo musical del Comité SLD de Padua (sus canciones fueron recopiladas en dos discos, «Canti di donne in lotta» y «Amore e potere»).



Foto 6. Toronto, 17-20 de octubre de 1975. Mariarosa Dalla Costa
como asistente al Congreso de la Red Internacional SLD.

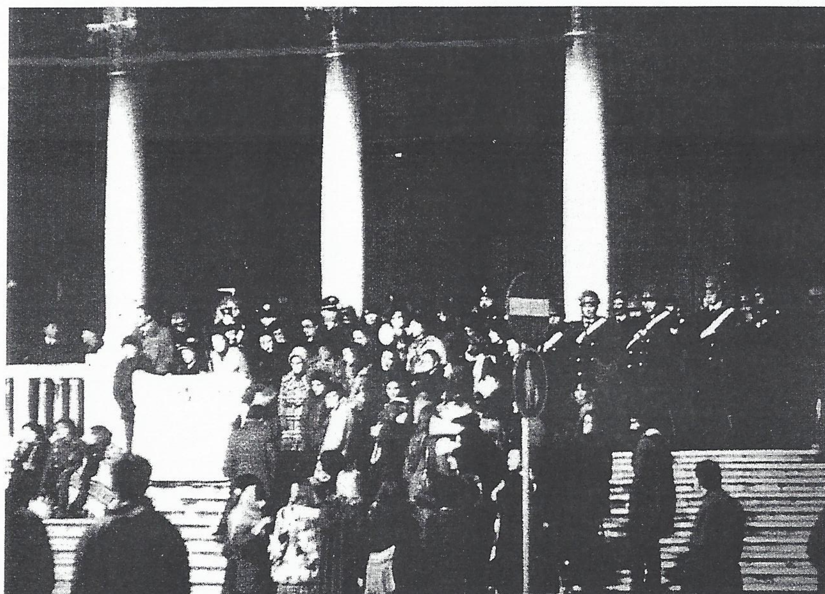


Foto 7. Padua, 13 de diciembre de 1975. La policía interviene contra las feministas
que protestan en las escaleras del edificio de la Gran Guardia contra las posiciones demasiado
comedidas de la parlamentaria comunista Adriana Seroni, que se encontraba
en Padua pronunciando una conferencia sobre el controvertido tema del aborto.



Foto 8. Roma, 6 de diciembre de 1975. Manifestación nacional convocada
por la Red por el SLD a favor del aborto libre, gratuito y asistido con anestesia.
En primer plano se puede ver a las mujeres del Colectivo de Nápoles.





Fotos 9 y 10. Nápoles, 1 de mayo de 1976. Tras la manifestación del Día del Trabajo, las feministas descansan en la Villa Comunale de Nápoles, festejando con espectáculos y música.



Foto 11. Nápoles, 1 de mayo de 1976. Manifestación nocturna convocada por la Red SLD, al grito de «tremate, tremate, le streghe son tornate!» [¡temblad, temblad, las brujas han regresado!]. Los días previos tuvieron lugar manifestaciones de la Red Internacional SLD en Nueva York y Toronto, mientras en Ginebra las feministas conquistaron por primera vez una «Casa de las Mujeres».



Foto 12. Trieste. Manifestación convocada por el movimiento Lotta Femminista contra la gratuidad del trabajo doméstico.